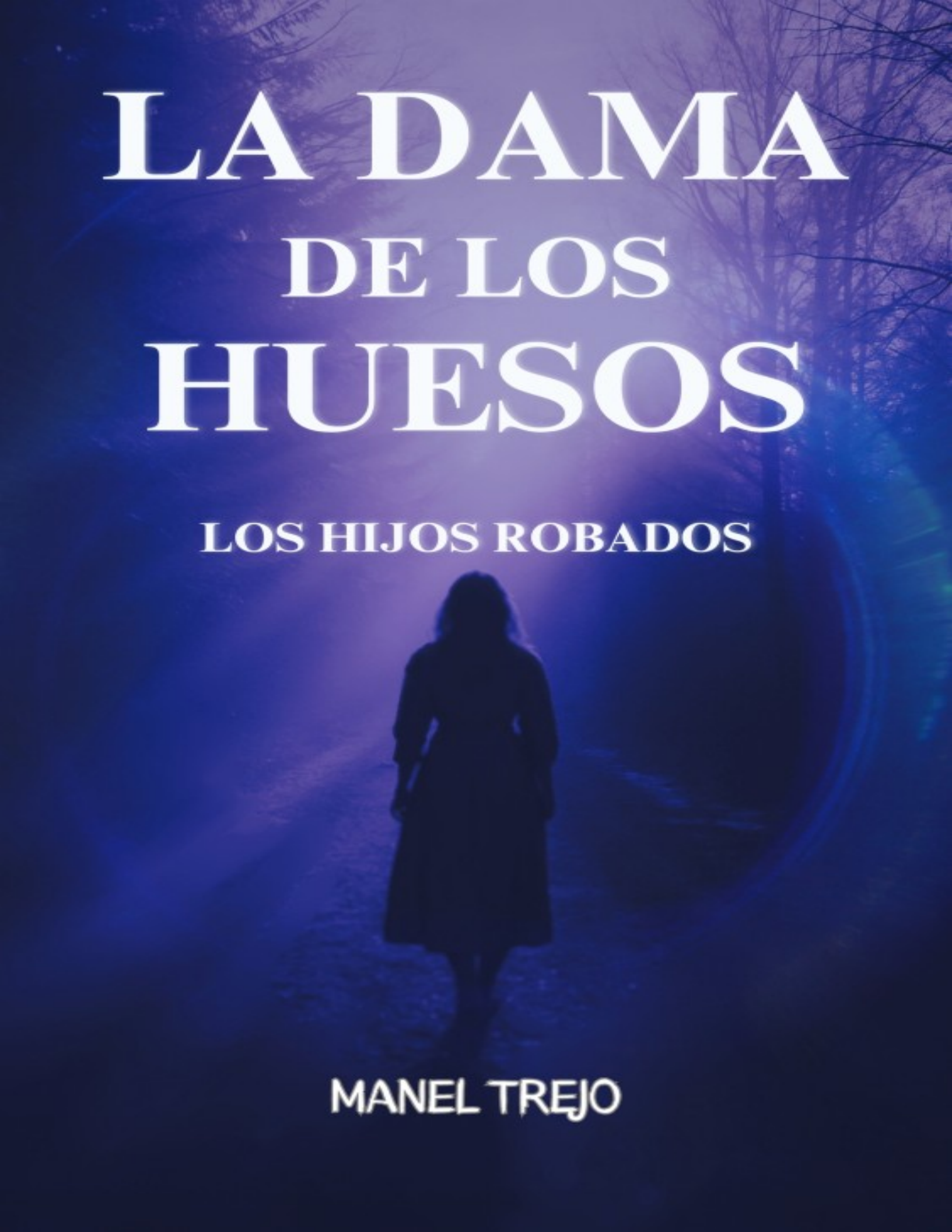

LA DAMA
DE LOS
HUESOS
LOS HIJOS ROBADOS
MANEL TREJO

La Dama de los Huesos

Los hijos robados

Manel Trejo

© Manel Trejo

La Dama de los Huesos

ISBN: 9798279213924

Sello: Manel Trejo Ediciones

Diseño de portada e interior: Manel Trejo

Todas las imágenes de stock libre de derechos

Impreso en España

Código de registro: 2506051996074

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

“Cuando el miedo lo inunda todo, solo el amor sabe dónde buscar.”

"La valentía no es la ausencia de miedo, sino la conquista de él."

— Nelson Mandela

"El amor de una madre por un hijo no se puede comparar con ninguna otra cosa en el mundo. No conoce ley ni piedad, se atreve a todo y aplasta cuanto se le opone."

— Agatha Christie

Contenido

BIOGRAFÍA

SINOPSIS

PREÁMBULO

CAPÍTULO 1 – SIEMPRE VALE LA PENA RESISTIR

CAPÍTULO 2 – LA DESAPARICIÓN

CAPÍTULO 3 – BÚSQUEDA CONTRA RELOJ

CAPÍTULO 4 – PRIMEROS INDICIOS

CAPÍTULO 5 – SOSPECHOSO CONVENIENTE

CAPÍTULO 6 – LA VERDAD OCULTA

CAPÍTULO 7 – SUPERVIVENCIA

CAPÍTULO 8 – HUMILLACIÓN

CAPÍTULO 9 – NIÑOS

CAPÍTULO 10 – DESCONFIANZA

CAPÍTULO 11 – ALMAS INOCENTES

CAPÍTULO 12 – SIN ESCAPATORIA

CAPÍTULO 13 – COMPARTIR

CAPÍTULO 14 – ZARZAPARRILLA

CAPÍTULO 15 – DESVARÍOS DE UN LOCO

CAPÍTULO 16 – EL NIDO DE LAS BRUJAS

CAPÍTULO 17 – ABUSO

CAPÍTULO 18 – LA ESTACIÓN

CAPÍTULO 19 – OPORTUNIDAD PERDIDA

CAPÍTULO 20 – RUMORES

CAPÍTULO 21 – ALMAS ROBADAS

CAPÍTULO 22 – TRAS LA PISTA DE PENÉLOPE

CAPÍTULO 23 – ATRAPADA

CAPÍTULO 24 – VENENO

CAPÍTULO 25 – FONT GROGA

CAPÍTULO 26 – ¿NEGOCIOS O PLACER?

CAPÍTULO 27 – OSCURIDAD

CAPÍTULO 28 – LA SOMBRA DE LA DUDA

CAPÍTULO 29 – TOMÁS

CAPÍTULO 30 – PRÓFUGOS

CAPÍTULO 31 – PROFECÍA

NOTA DEL AUTOR

Biografía

Manel Trejo ha sido siempre un amante de las historias que se esconden en las sombras y de los lugares que parecen guardar secretos entre sus muros. Apasionado por el género negro y el thriller psicológico, decidió dar vida a *La Dama de los Huesos*, su primera novela, inspirándose en su pasión por explorar rincones olvidados y su conexión con el pasado.

La historia está ambientada en el año en que nació su madre, un detalle que impregna la trama de una atmósfera única, con guiños a una época que, aunque distante, resuena profundamente en su imaginario. Durante el proceso de escritura, Manel Trejo recorrió en bicicleta los escenarios reales donde transcurren los eventos ficticios de la novela. Cada rincón visitado, cada camino recorrido, contribuyó a dar forma a un mundo literario donde lo real y lo inventado se entrelazan de manera imperceptible.

Con una narrativa envolvente, *La Dama de los Huesos* no solo refleja la pasión de Manel por el género, sino también su deseo de invitar a los lectores a descubrir un mundo tan real como inquietante, tan desconocido como revelador, donde las incógnitas que aparecen dan lugar a otras más impactantes, en el que todo confluye en un final delirante.

Sinopsis

En la Barcelona gris de 1946, Penélope Maspons, investigadora en una aseguradora y madre soltera, enfrenta la desaparición de su hijo en una ciudad dominada por el miedo, la represión y las heridas que el tiempo no logró cerrar.

Lo que comienza como una búsqueda desesperada se convierte en un descenso hacia las zonas más oscuras de la ciudad y de sí misma. A medida que avanza en su búsqueda, Penélope desentierra verdades soterradas por el miedo, abusos silenciados y un sistema que protege a los culpables. En una Barcelona donde la autoridad reprime y encubre, y la justicia se confunde con obediencia, la protagonista decide seguir su propio instinto. Mientras la policía se empecina en culpar al inocente, Penélope decide seguir las pistas por su cuenta, arriesgándolo todo.

En su camino, se cruzan hombres rotos por la represión sexual, mujeres que ocultan pasados criminales bajo perfumes caros y niños silenciados por el miedo. Su único aliado es Rafael Monroy, un inspector que también carga con el peso del pasado. Juntos descubrirán que el mal adopta rostros familiares y que algunas cicatrices se heredan como una maldición.

Cuando todo parece perdido, Penélope aprende que la verdadera fortaleza no está en vencer al monstruo… sino en enfrentarlo sabiendo que puede perderlo todo.

La Dama de los Huesos combina el ritmo del thriller con la sensibilidad del drama psicológico. Escrita con una prosa envolvente y simbólica, esta novela coral traza un retrato implacable de la maternidad, la represión y la dignidad en tiempos oscuros. Una historia poderosa sobre la fuerza de una mujer que se niega a ceder ante el miedo. Una novela donde los fantasmas del pasado no están muertos, solo esperan el momento de regresar.

Hubo una vez alguien que creyó en mí. Eran otros tiempos. Mi autoestima apenas se sostenía y, aunque siempre había soñado con ser escritor, pensaba que eso no era para mí.

Un día, esa persona me hizo un regalo sencillo: una libreta y un bolígrafo. Algo nada sofisticado, pero aquel gesto, tan humilde en apariencia, se convirtió en una semilla de confianza que empezó a germinar dentro de mí. Día tras día, entre altibajos, renuncias y nuevos comienzos, aquella semilla creció.

Pensé: si alguien cree en mí… ¿por qué no hacerlo yo también?

Escribí varios libros que nunca supe terminar. Hasta que me formé, aprendí, me especialicé en novela negra y thriller. Y, cuando por fin me sentí preparado, nació esta historia.

Por eso, gracias a esa persona —que hoy es mucho más que alguien especial, es mi compañero de vida—, agradezco a Alberto, por ver en mí lo que ni yo era capaz de proyectar.

También quiero agradecer a mi madre, a mis hermanos y a mi hijo: su amor incondicional, a veces silencioso, pero siempre presente.

A mis amigos, por escucharme y acompañarme.

A mis compañeros de trabajo que también forman parte de este camino.

Preámbulo

La luna, vigilante, la observaba a través de las ramas desnudas y retorcidas como brazos huesudos. Casi no era consciente de cómo la gélida bruma traspasaba las costuras de su rebeca. Abajo, la oscuridad había devorado todo rastro de vida, excepto por el lúgubre canto de algún pájaro insomne, un sonido que le erizaba la piel y anidaba en su mente como una amenaza ancestral.

Un trueno estalló en el horizonte, reverberó por el bosque, arrancando de su escondite a una criatura que pasó fugaz, indiferente al pavor que provocaba a Penélope. Ella se detuvo frente a la entrada de una caverna vasta y sombría, cuya boca parecía contorsionarse en una mueca de bienvenida macabra. La sensación de que algo—o alguien—la esperaba dentro era ineludible. Lo que buscaba, lo que temía, estaba allí.

La entrada se hallaba flanqueada por unas enredaderas espinosas que parecían advertirle, como guardianes siniestros. Creyó escuchar que desde el negro vacío la llamaba un susurro silencioso. Se colaba en su mente y la obligaba a arrastrar sus pies hacia adelante. Caminaba lentamente, como movida por una fuerza inquebrantable. La lobreguez del interior la engulló, densa y opresiva. Por un instante sus ojos dejaron de distinguir formas. Paralizada, un escalofrío recorrió su columna, y un suspiro entrecortado escapó de sus labios. Algo aguardaba en la penumbra; podía sentirlo.

Era consciente de que debía continuar, pero el entumecimiento de las piernas dificultaba su propósito. Al mirarlas, pudo advertir que no llevaba prenda alguna que cubriera su cuerpo. Se sintió desprotegida. Vulnerable, temblorosa, quiso retroceder, pero no había escapatoria. El suelo húmedo y resbaladizo cedió bajo sus pies, y antes de poder reaccionar, cayó con un golpe seco que sacudió su cuerpo. El dolor explotó en su espalda y en su cabeza. Llevó la mano al cráneo y la retiró empapada de sangre, tal vez. El

techo se convirtió en su único ángulo de visión, por unos instantes, mientras hacía acopio de fuerzas para poderse levantar.

En aquella caverna, el aire hedía a moho y algo más, algo familiar. Con los dedos exploró el suelo y topó con el frío metal de monedas desparramadas. Mientras las tocaba, el aroma volvió a ella: un olor inconfundible, uno que había tratado de olvidar. Sus músculos se tensaron. Él estaba allí. No necesitaba que sus ojos lo vieran para saberlo.

La oscuridad vibraba con su presencia. Una luz espectral insinuó una figura desnuda envuelta en un halo blanquecino. Era él. No podía ser otro. La piel de Penélope ardía bajo una brisa invisible. Quiso gritar, arrancarse de aquel lugar, pero el peso de una fuerza desconocida la mantenía anclada. El sonido se transformó: ya no eran pasos, sino un siseo serpenteante, algo que rozaba la roca con un ritmo cruel y calculado.

De repente, la presencia cálida de él se cernió sobre ella, como una manta que la envolvía sin tocarla. Su piel se erizó y el pulso se le volvió frenético pues su cuerpo reaccionaba antes que su mente. Quería resistirse, gritar su rechazo al juego en el que él siempre ganaba y ella perdía, pero sabía que no serviría de nada porque él nunca escuchaba.

Cerró los ojos, resignada, esperando algún tipo de desenlace, pero nada ocurrió. Al abrirlos vio que la caverna estaba vacía. Tan solo quedaba el aire viciado y la opresiva sensación de haber sido abandonada por algo antiguo y oscuro. La decepción golpeó su mente como un trueno silencioso. ¿Por qué era tan frágil ante él? La furia creció en su interior, una furia ardiente e inútil.

Entonces, un ladrido irrumpió desde la nada, desgarrando el silencio. Aquel sonido le resultó tan ajeno como esperanzador y, de pronto, algo húmedo y tibio le rozó la cara. Cuando abrió los ojos vio que era Canela, su mascota, que la lamía con desesperación. Todas sus sensaciones negativas parecían desvanecerse ante la ternura familiar de su compañera. Canela volvió a ladrar como si la incitara a

seguirla. Penélope, sin embargo, quiso levantarse, pero sentía un intenso dolor en el cuerpo.

El aullido resonó una vez más, y entonces algo cambió. La caverna empezó a desdibujarse, como si las paredes se disolvieran en humo. Penélope parpadeó, confusa, mientras el aire frío daba paso a una calidez inesperada. Entonces se percató de que estaba en su habitación, observó el techo familiar sobre ella y a Canela junto a su cama meneando la cola.

Respiró hondo, tratando de despejar el vértigo que aún retumbaba en su mente y notó que algo permanecía: el perfume de él. Aquel olor inconfundible y persistente había atravesado el sueño con ella.

Capítulo 1 – Siempre vale la pena resistir

Penélope

Un potente grito rompió la calma del atardecer.

—¡Maspons! —exclamó una voz masculina desde las proximidades.

Se trataba del señor Ferreras, el jefe de Penélope quien vociferaba desde la puerta del edificio del que ella había salido hacía pocos minutos, ajena a la situación y visiblemente acelerada. Corría en dirección a la escuela de su hijo para llegar lo antes posible y evitando que cualquier obstáculo le hiciese demorarse más de lo deseado. Penélope presionó el paso ignorando su implicación en el espectáculo que se desarrollaba a sus espaldas. En su mente, la imagen de su hijo la llenaba de una fuerza que su jefe jamás entendería. Era su refugio, su motor, y el único instante de alegría genuina que aún conservaba al final de cada día, pero las miradas curiosas de unos muchachos, que cuchicheaban mientras observaban la escena, la alertaron de que algo ocurría.

La ensoñación se desmoronó de golpe cuando unas voces conocidas la sacaron del refugio de su mente. Giró la cabeza y se encontró con la figura del señor Ferreras, de pie frente a la puerta del edificio, con el rostro enrojecido y los labios apretados, mientras agitaba las manos en una danza caótica de reproches. Su voz, afilada y cargada de frustración, resonaba como una campana de alarma, acompañada por el golpeteo insistente de su zapato contra el suelo, resonando en el aire como un tambor de guerra. Penélope sintió un calor abrasador que se instaló en su rostro. La vergüenza la envolvió al darse cuenta de que aquel escándalo estaba dedicado exclusivamente a ella.

—¡Penélope! ¿Dónde cree usted que va? —tronó la voz del gerente.

Ella lo miró desde la distancia, tratando de disimular su incomodidad. Con las palmas abiertas y un ademán de inocencia,

respondió:

—A la escuela... Debo recoger a mi hijo.

—¿Dónde cabe la idea de que puede dejar su trabajo a medias, señorita Maspons?

—¡Vaya, señor Ferreras! No sabía que el informe fuese tan urgente. Mañana me quedaré todo el tiempo necesario; se lo prometo, pero se ha hecho tarde y debo ocuparme de mi hijo.

Sabía que sus palabras caerían en oídos sordos. Cuando Ferreras estaba así de alterado, no había muro más impenetrable. Aun así, la responsabilidad hacia su hijo, Damián, pesaba más que cualquier otra cosa.

—A mí me pasa lo mismo, Penélope —replicó él con una mueca sardónica—. No tengo a nadie que haga por mí este trabajo. Solo dispongo de usted. Si no puede hacerlo, tendré que buscar a otra persona. A ver si he hablado claro. Si no es capaz de emplearse a fondo, no me haga perder el tiempo. No lo tome a mal, pero debo hacer que funcione el negocio, ya sabe…

—No, señor Ferreras, descuide. Ya sabe que yo siempre estoy dispuesta a lo que usted mande.

Penélope asintió, aunque las palabras del gerente la atravesaron como una cuchilla. Su cabeza bajó, resignada, y siguió a Ferreras hasta el interior del edificio, donde los informes y expedientes la esperaban como un recordatorio constante de su posición. Mientras caminaba, reflexionó sobre la injusticia de que sus derechos parecieran depender del estado de ánimo del jefe. El señor Ferreras, aunque fuera quien le había dado una oportunidad cuando más lo necesitaba, había evolucionado en un tirano incapaz de reconocer sus sacrificios.

El lugar de trabajo de Penélope estaba en la segunda planta de un bloque de viviendas, varias de las cuales habían sido transformadas en oficinas. La empresa era pequeña pero ambiciosa, aunque para Penélope eso solo significaba más incertidumbre. El señor Ferreras,

su jefe, no paraba de repetir que pronto se mudarían a un edificio propio, mucho más grande y con mejores instalaciones. Sin embargo, él dejaba caer, una y otra vez, que ese salto dependía del esfuerzo y la eficacia de los empleados. Para Penélope, estas palabras siempre sonaban como una amenaza velada, y no podía evitar preocuparse por las implicaciones: ¿y si el nuevo lugar quedaba más lejos de su casa? ¿Qué pasaría con el tiempo extra que ya dedicaba al trabajo? Como siempre, Ferreras parecía ignorar cómo sus decisiones afectaban al equipo.

A pesar de sus dudas, Penélope nunca se permitía confrontarlo directamente; prefería observar, analizar y asegurarse de que todo estuviera bajo control. Sabía que su papel en la empresa era clave. Junto con Arturo, formaba parte del departamento de investigación de fraudes, un área que no existía cuando ella empezó como administrativa. Fue su capacidad para detectar patrones sospechosos y su sentido de responsabilidad lo que llevó a Ferreras a confiarle la creación del departamento. No obstante, poco después, Ferreras decidió contratar a Arturo, argumentando que "la autoridad" que, según él, solo un hombre podía aportar, era necesaria. Aunque esto hirió su orgullo, Penélope no lo mostró. En cambio, se enfocó en trabajar aún más duro, consciente de que la solidez del equipo dependía de su capacidad para prever riesgos y manejar los desafíos con inteligencia.

Penélope vivía en un estado constante de alerta. Sabía que su trabajo era crucial para evitar que la empresa cayera en manos de clientes deshonestos, y asumía esa responsabilidad con seriedad. Aunque, al mismo tiempo, en su interior, siempre buscaba seguridad: en el equipo, en el plan de Ferreras, y hasta en la estructura misma del edificio que algún día ocuparían. Porque, para ella, la estabilidad era mucho más que una promesa, era una necesidad.

Sentada frente a su escritorio, los ecos del pasado la asaltaron sin piedad. Ese trabajo, por humillante que a veces resultara, había sido un salvavidas en el peor momento de su vida. En una ciudad donde

las cartillas de racionamiento marcaban la supervivencia y las colas frente a las tiendas eran una imagen cotidiana, Penélope recordó el día en que su padre cerró la puerta en su cara, dejando claro que no era bienvenida. Tras quedarse embarazada, la vida de Penélope se desmoronó como un castillo de naipes. Su familia, que siempre había sido un pilar, la rechazó sin contemplaciones. Su padre, con la voz dura como un martillo, le había dicho: *Ya no tienes lugar aquí.* De la comodidad de su hogar pasó a un vacío absoluto, un silencio que la envolvía de día y de noche. Sin saber qué hacer ni a quién acudir, se aferró a la única figura que le pareció segura: Siscu.

Siscu, con su sonrisa y sus palabras dulces, le prometió refugio. Durante los primeros meses, fue su ángel salvador, colmándola de atenciones y apoyo mientras ella intentaba reconstruir su vida, pero pronto, el brillo se apagó. Se reveló como un hombre impredecible. Un día la abrazaba con ternura y al siguiente, explotaba en un arrebato de ira que la dejaba temblando. Nunca olvidará aquella noche en la que, tras un comentario inocente sobre sus horarios de estudio, él perdió los estribos. Golpeó la mesa con tal fuerza que los vasos casi cayeron al suelo. *¡Eres una ingrata! Todo lo que hago por ti y así me lo pagas*, le gritó antes de marcharse dando un portazo que resonó en toda la casa.

Esa noche, Penélope lloró sola en la cocina, recogiendo no solo los platos, sino también los pedazos de su dignidad. La mezcla de miedo y humillación se le quedó grabada como una cicatriz invisible. Con el tiempo, logró romper el círculo de dependencia. Aprendió a sobrevivir por sí misma, aunque las marcas de aquella etapa tardarían años en sanar. Siscu le había quitado mucho, pero también le había dejado una lección: nunca volvería a confiar ciegamente en nadie.

Al llegar a su escritorio, se apartó el cabello castaño del rostro, sintió un peso opresivo en el pecho y un nudo en la garganta que apenas pudo ignorar. La fatiga de un día lleno de tensiones se mezclaba con la frustración y una tristeza latente, pero también con una chispa de determinación. Respiró hondo, intentando encontrar un punto de

calma, y se preparó para sumergirse en los informes, tratando de dejar a un lado las emociones que amenazaban con desbordarla. Los casos de fraude que investigaba a menudo terminaban en los tribunales y requerían toda su atención.

En el fondo, Penélope sabía que su fortaleza no radicaba en acatar sin más las reglas de un jefe déspota, sino en aquella visión de esperanza que, como un faro, iluminaba sus días: el abrazo de su hijo al final de cada jornada. Ese gesto de cariño era su ancla en medio de un mar de incertidumbres. En los momentos más oscuros, cuando el cansancio y la humillación la envolvían, se aferraba a esa imagen como quien se agarra a un salvavidas lanzado en el último momento.

Al pensar en ello, su decisión de aguantar aquel día cobraba sentido. Sabía que cada acción, por más insignificante que pareciera, la acercaba un paso más a su objetivo: ofrecerle a su hijo una vida que ella nunca tuvo. Penélope no solo trabajaba para sobrevivir; trabajaba para construir un futuro, para demostrarle a su hijo que incluso en los días más grises, había una razón para seguir adelante. Esa convicción la sostenía, guiaba cada uno de sus pasos y alimentaba un coraje que ni siquiera el desprecio de su jefe podía impedir.

Penélope levantó el teléfono y lo marcó con dedos temblorosos. Cada tono que sonaba le pesaba en el pecho. No era solo un favor, era su última carta. Si su hermano no contestaba, tendría que enfrentarse al abismo sola.

Tomás

Tomás avanzaba por la calle con un paso firme, tratando de dejar atrás la irritación que le quemaba por dentro. Aquella tarea improvisada había arruinado su tarde libre. La idea de perderse el encuentro que había esperado durante toda la semana le generaba un malestar que intentaba acallar concentrándose en el paisaje. La

pendiente que se alzaba frente a él le ofrecía un desafío físico que aceptó sin pensarlo demasiado, casi como una forma de distraerse. La calle se ensanchaba lentamente, y a su derecha se erigía la balaustrada del viaducto de Vallcarca, un coloso de piedra que parecía desafiar el abismo. Tomás se sintió atraído como un imán hacia uno de los miradores. Escrutó la ciudad desplegándose como un mapa vivo, iluminado por la luz de día.

Aunque su mente divagaba rápidamente entre ideas inconexas, la oscura idea del apodo de aquel viaducto le golpeó de repente, le llamaban "el puente de los suicidas". Ese pensamiento le causó un escalofrío, pero en lugar de ahondar en esa sensación, optó por admirar la valentía —o la locura— de quienes habían tomado la decisión de acabar con su vida en aquel lugar. Se preguntó si alguna vez podría tener el coraje de hacerlo también, pero enseguida apartó el pensamiento de su mente; no tenía tiempo para recrearse en lo trágico, todavía quedaba demasiado por vivir, muchos rincones por explorar y momentos por disfrutar. Cerró los ojos un instante, dejando que el aire fresco despejara su cabeza. Abrió la mirada hacia el horizonte con un destello de energía renovada. *Otro día. Otro momento. Todo sigue ahí*, pensó. Apenas estuvo quieto unos segundos antes de continuar su camino, ya más ligero, como si el peso de la tarde no pudiera con él por mucho tiempo.

Tras la guerra, en la que luchó para el ejército de los sublevados obligado por su padre y en contra de sus principios, Tomás había intentado retomar el control de su vida con la energía inagotable de quien siempre busca el próximo gran proyecto. Ingresó en la universidad para estudiar enfermería, pero pronto se encontró con un trabajo inesperado que le ofrecía la posibilidad de una independencia económica inmediata. Las largas jornadas laborales pronto le obligaron a abandonar los estudios, convencido de que algún día los retomaría "cuando fuera el momento adecuado". Su familia, que ya estaba descontenta con él por haberse negado a aceptar un matrimonio concertado, dejó de apoyarlo económicamente, pero Tomás lo vio como una oportunidad para demostrarse a sí mismo que podía salir adelante solo. Carolina, la

pretendiente elegida por sus padres, era una amiga de la infancia y él pretendía que siguiese siendo nada más que su amiga, de modo que la presión familiar no logró quebrantar su voluntad, y el matrimonio jamás se concretó.

Al igual que su hermana Penélope, Tomás había decidido mudarse a Barcelona, huyendo de los rumores que circulaban sobre él en Sabadell. En la ciudad condal se instaló en una modesta casa compartida del barrio de Gracia, donde comenzó a trabajar en diferentes empleos de temporalidad baja hasta llegar al actual, un colmado de barrio que apenas le proporcionaba lo suficiente para cubrir sus gastos. La relación con su hermana, aunque estrecha, tenía un matiz de dependencia que le incomodaba. Penélope lo había acogido en sus primeros meses, recordándole siempre que Barcelona era una ciudad llena de oportunidades y que lo único lo que necesitaba era explorarlas. Ella siempre le decía: *Los inicios son duros, pero siempre vale la pena resistir*. Tomás, incluso en los momentos en que las luces y el bullicio lo abrumaban, encontraba una chispa de entusiasmo al imaginar todo lo que aún podía descubrir en esa ciudad interminable. Aunque se sentía agradecido con Penélope, la sensación de ser utilizado como un comodín en su vida le resultaba frustrante.

Esa tarde, su sobrino Damián lo esperaba frente a las arcadas del porche del prestigioso colegio José Bertrán Güell de Vallcarca. Aquel niño, con la impaciencia reflejada en cada movimiento, fue liberado de la atenta vigilancia de la maestra cuando Tomás llegó.

—¡Qué prisa tienes siempre, enano! —dijo, revolviéndole el pelo antes de que el niño pudiera quejarse.

El regreso fue una combinación de risas, comentarios rápidos y distracciones. Tomás señalaba detalles curiosos de la calle o inventaba historias sobre los personajes que cruzaban por su camino, arrancándole carcajadas a Damián. Incluso cuando llegaron a casa y descubrieron el desastre que Canela había dejado, su irritación duró apenas un parpadeo.

—¡Canela, de verdad! —exclamó, fingiendo una severidad que ni él se creía. Luego, con un guiño hacia Damián, añadió—: Tu perra tiene más estilo que nosotros. ¡Mira cómo marca territorio!

Mientras limpiaba el desastre, Damián aprovechaba para hacerle preguntas sobre todo y nada, y Tomás respondía entre risas y exclamaciones exageradas.

Tomás observó cómo los últimos rayos de sol se deslizaban sobre la neblina que comenzaba a emerger, serpenteando por los canales de la planicie, a los pies de la cordillera de Collserola. El cielo teñido de tonos cálidos parecía una despedida serena del día, pero en su interior la sensación era de pérdida. Mientras el niño y la perra corrían libres por entre los campos de labranza de las afueras, él sentía con pesadumbre cómo las últimas horas del día se le escapaban entre los dedos, irrecuperables. Desde aquel lugar no había visibilidad hacia el lugar que rondaba su mente, resguardado tras una colina, pero su cabeza giraba una y otra vez hacia aquella explanada cercana a la ladera, un espacio al que acudía con frecuencia. Suspiró, resignado, al comprender que esa tarde no podría encontrarse con la persona que había conocido hacía solo unos meses atrás. Tenía una cita y el hecho de no poder acudir lo fastidiaba profundamente. Era posible que, si no se veían en esa ocasión, las circunstancias les privaran de otra oportunidad, a menos que la casualidad interviniera a su favor.

Sin duda, llegar a Barcelona había sido una decisión cargada de expectativas. La ciudad, pensaba, le ofrecería el anonimato necesario para empezar de nuevo, una segunda oportunidad para construir una vida lejos de las ataduras y juicios que lo habían perseguido en su lugar de origen. Sin embargo, en aquel momento no era capaz de ver con claridad. Necesitó mucho tiempo para saber si realmente se adaptaría a este nuevo mundo que se desplegaba ante él. Tal como su hermana había vaticinado, ahora se sentía satisfecho por haber resistido, aunque el camino no había sido nada sencillo.

La ciudad también le deparaba encuentros incómodos. Tiempo atrás, descubrió que Diego, un amigo de la infancia al que no veía desde antes de la guerra, también se había trasladado a Barcelona. El reencuentro, lejos de ser motivo de alegría, resultó más bien amargo: Diego ahora era policía, una figura que representaba una amenaza para él, ya que solían realizar redadas en el lugar donde había quedado con su amigo aquella misma tarde. Aquel descampado, donde se sentía libre de ser él mismo, era uno de los pocos refugios donde gente como él podía encontrarse a escondidas. Con el tiempo, se había convertido en un espacio popular, no solo por la discreción que ofrecía, sino también por las numerosas vías de escape en caso de que apareciera la policía. Aunque últimamente las cosas habían cambiado. Los agentes se infiltraban vestidos de paisano, y con algunos cuerpos que resaltaban incluso bajo la ropa, se convertían en trampas irresistibles. Como polillas atraídas por la luz, algunos incautos se acercaban con intenciones seductoras, solo para terminar con grilletes en las muñecas, golpes traicioneros y humillaciones físicas. Era un juego arriesgado, pero Tomás no podía evitarlo. Aquellos encuentros fugaces eran lo único que le daba algún aliciente a una vida que sentía cada vez menos atractiva.

La presencia de Diego lo complicaba todo. Parecía buscarlo deliberadamente en esos "aliviaderos públicos", como los llamaban en el ambiente de modo sarcástico, quizá por un rencor personal que había crecido con los años. Tomás sospechaba que, más allá de cumplir su deber, Diego buscaba una oportunidad para descargar sobre él ese resentimiento.

Un ruido lejano lo devolvió al presente. Decidió que era hora de regresar a casa de Penélope, confiando en que ya hubiera llegado, lo cual le daría margen para intentar encontrarse con su amigo.

Mientras caminaban hacia la ciudad, Tomás observó cómo una camioneta avanzaba hacia el corazón de la urbe, dejando tras de sí una nube de humo que se disolvía lentamente en el aire. Un ruido inesperado lo sobresaltó: un líquido pestilente cayó desde alguna ventana próxima, estrellándose a pocos pasos de él. Al principio se

sintió aliviado, creyendo que había escapado ileso, hasta que miró abajo y vio sus zapatos manchados. Utilizó un papel que encontró en el suelo para apenas enmendar el desaguisado. Desde los balcones, las voces de madres llamando a sus hijos se mezclaban con el chirrido agudo de las ruedas de algún vehículo de tracción humana en algún lugar cercano. De pronto, un barullo atrajo su mirada. Damián se hallaba en medio de la calle.

—¡Sal de ahí! —le gritó Tomás, alarmado. El niño le obedeció, pero un aullido desgarrador rompió la calma del momento.

Corrieron hacia el origen del gemido. Canela yacía en la calzada aullando de dolor. Tomás se arrodilló junto al animal y palpó su cuerpo. Detectó una fractura en la pata delantera. Recordó los días en el campo de batalla, donde había ayudado a sanar a soldados heridos. Sabía lo que debía hacer. Se apresuró a la farmacia para comprar vendas y esparadrapo. Por fortuna, llevaba consigo un palo que había recogido del campo para jugar con Canela. Al llegar a casa, tendió al animal en el terrazo con delicadeza para entablillarle la pata. Los temblores de dolor de la pobre perra le encogían el alma mientras la trataba.

Para calmarla, utilizó un cuentagotas para administrarle un poco de aguardiente. Canela se resistió al principio, pero Tomás le sostuvo el hocico con firmeza hasta que logró que tragara. El animal se estremeció, sus músculos se tensaron, pero poco a poco el alcohol pareció surtir efecto. Damián se sentó a su lado, colocando la cabeza de Canela sobre sus piernas. Acariciaba con ternura su corto pelaje mientras le canturreaba una nana, como si así pudiera aliviar el sufrimiento de su compañera.

Esa noche, mientras Canela descansaba, Tomás observaba cómo Damián acariciaba al animal mientras le susurraba algo que él no alcanzaba a oír. Se apoyó en la pared, mirando de reojo el reloj. La idea de perderse el encuentro que había esperado tanto lo inquietaba, pero se obligó a contenerse. Al menos por ahora. Reflexionó sobre las palabras de Penélope: *Resistir siempre vale la pena*.

Penélope

Penélope caminaba por la calle, agotada. Había tomado el metro desde Diagonal, donde trabajaba, hasta Lesseps. Sus pasos la guiaban por la avenida de Vallcarca, envuelta en la penumbra de las primeras horas nocturnas. Una ráfaga de humo, cargada del aroma dulzón de la leña quemada, invadió sus fosas nasales. Vio que provenía de un puesto de castañas y decidió detenerse. Compró un cucurucho para Damián y otro para Tomás. Pensó que su hermano merecía un pequeño agradecimiento por ser tan bondadoso con ellos.

Las luces ambarinas de las farolas proyectaban haces dorados sobre el suelo húmedo, creando pequeños refugios de claridad en medio de la oscuridad. Penélope reprochó mentalmente a alguien imaginario la escasa potencia de aquellas bombillas. El tintineo de unas llaves la puso en alerta. Se lamentó de que, a esas horas, la única compañía en las calles fueran los serenos. Uno de ellos, al verla, le preguntó dónde vivía. Al escuchar su respuesta, el hombre le informó, como ella esperaba, de que aquella dirección se hallaba fuera de su zona. Penélope dedujo que no era habitual en ese barrio o tal vez era un principiante, pues no parecía reconocerla.

Al cruzar la vía, su mirada se detuvo en la Casa Comas de Argemir, cuya fachada de aspecto medieval se erguía majestuosa, aunque casi oculta entre las sombras. Por unos segundos, se permitió admirarla. Aquella construcción, tan parecida a un castillo, la transportó a los días en que soñaba con vivir en un lugar así junto a Siscu. Era como un cuento de hadas. *Qué ingenua era entonces*, pensó. Había tenido muchos pájaros en la cabeza, creyendo que aquel hombre adinerado podía ofrecerle la vida de ensueño que ella deseaba. No es que estuviera con él solo por eso motivo, pero estaba acostumbrada a ciertos lujos que, en aquel momento, se le antojaban imprescindibles. Ahora, sin embargo, lo único que realmente le importaba era estar con su hijo.

El camino se le hacía interminable. Las largas horas de trabajo pesaban sobre Penélope como una losa que resultaba una carga más grande cada día. Sus piernas parecían arrastrarse por la calle, agotadas por el esfuerzo de una rutina que no daba tregua. El cansancio no era solo físico; su mente estaba atrapada en un remolino de responsabilidades, siempre preguntándose si hacía lo suficiente o si daba a su hijo lo que necesitaba. Cada paso era un recordatorio de las exigencias del trabajo, de las tareas que nunca acababan, y de esa sensación constante de que el tiempo nunca era suficiente para nada ni para nadie.

Más adelante, al girar por su calle a la izquierda, una gran rampa se alzó ante Penélope, imponente como un desafío, flanqueada por parcelas desoladas y sin construir. Al llegar bajo las sombras del puente de Vallcarca, avanzó con cautela; la oscuridad de la zona era densa y opresiva, envolviéndolo todo en un aire de inquietud. En un rincón oscuro, una figura humana la sobresaltó. Un grito, escapó de sus labios, resonando contra las frías paredes de piedra que amplificaron su eco.

Una mujer mayor yacía estirada sobre un lecho improvisado de cartones y mantas raídas. No pareció reaccionar al ruido, como si estuviera desconectada del mundo que la rodeaba. Su cabello largo y enmarañado cubría gran parte de su rostro, sumando un aire de misterio que intensificaba el desasosiego de Penélope. Por un instante, la anciana le pareció más una aparición que una persona real, una figura de otro tiempo o, incluso, de otro mundo. A su lado descansaba un sombrero viejo, de un estilo anticuado, que parecía un vestigio de una vida más digna. De repente, un pequeño animal —que Penélope, horrorizada, identificó como una rata— emergió de entre los ropajes de la indigente, haciéndola retroceder de forma instintiva.

La joven intentó continuar su camino sigilosamente, temiendo llamar su atención, pero un pensamiento la detuvo: ¿y si aquella mujer estaba muerta y nadie lo sabía? Luchó contra su instinto y decidió acercarse. Justo en ese momento, la anciana se apartó el cabello del

rostro y le dedicó una sonrisa extraña. Algo llamó la atención de Penélope: un collar peculiar que colgaba de su cuello. Sin tiempo para procesarlo, vio de nuevo al pequeño animal emergiendo de sus ropas. Sobrecogida, aceleró el paso. Con las llaves ya en la mano, subió sin dilación la empinada calle hasta su casa. Mientras lo hacía, recordó que días atrás había dado unas monedas a Damián para que se las entregara como limosna a esa misma indigente. El recuerdo le brindó algo de tranquilidad.

Una vez en la puerta de la casa, se apresuró a introducir la llave en la cerradura para abrir lo más rápido posible. Al llegar, encontró a los tres en el sofá. Damián, concentrado, hacía los deberes sobre su regazo, mientras Tomás leía un western. Canela, la perra, estaba tumbada junto a ellos.

—¡Ya sabes que no me gusta ver a la perra en el sofá! —protestó Penélope, molesta—. ¡Lo deja todo lleno de pelos!

—¡Hola, madre! ¿Eh? —replicó el niño con fastidio—. ¡No ves que está herida!

—¿Herida? —exclamó, alarmada—. ¿Qué le ha pasado?

—La atropellaron con una bici —respondió Tomás sin levantar la vista del libro.

—¡Qué horror! Pobre animal —se lamentó mientras colgaba su abrigo tras la puerta. Se acercó a Canela y la acarició con cuidado. La perra la observó con recelo, como si temiera que le ordenara bajar del sofá en cualquier momento.

—No te preocupes, Canela —murmuró al fin—. Hoy te puedes quedar aquí. —Luego, volviendo a su hermano, preguntó—: ¿Te quedas a cenar, Tomás?

—Vosotros cenáis demasiado temprano —contestó con apremio inesperado—. Además, debo irme ya. Aún puedo aprovechar algo de lo que queda de mi tarde libre.

—¡Tomás! —gritó la hermana cuando él ya estaba por salir.

Él se detuvo con una mueca de incomodidad, temiendo alguna reprimenda.

—Gracias —dijo ella, dedicándole una sonrisa sincera.

—No hay de qué, hermanita —asintió arqueando las cejas—. Ya me la devolverás con una buena comilona otro día —contestó ufano. —Por cierto, este bicho ha hecho de las suyas y he tenido que limpiar el estropicio.

—¡Vaya! Es que no aprenderá nunca —dijo Penélope, llevándose una mano a la frente, abatida—. Con estos horarios no puedo ocuparme ni de ella ni de mi propio hijo.

—No te agobies, hermana. Aunque, no sé por qué tienes un perro si no puedes cuidar de él.

—Por Damián, Tomás. No sé... Tengo la sensación de que así esto parece más una familia.

—No te líes, Penélope. Esto ya es una familia, con perro o sin perro.

—Ya, pero, míralo lo feliz que es con su mascota.

Cuando la puerta se cerró, Penélope observó a su hijo, concentrado en sus tareas, y suspiró profundamente. Su mirada se llenó de ternura al recordar cuánto había cambiado su vida desde que él llegó al mundo. Nueve años habían pasado, y aún podía sentir el peso de la decisión que tomó entonces. Sus padres le habían ofrecido dos opciones contrapuestas: dar al niño en adopción para casarse con el hijo de un proveedor y así preservar su posición en el legado familiar, o quedarse con él y romper todo lazo con el linaje. La elección no fue sencilla, pero al final no pudo traicionar sus propios principios. Había visto en los ojos de sus padres que solo les importaban las apariencias, no ella ni el bienestar del niño. Ese desprecio encendió algo en su interior: una determinación que nunca antes había sentido. Por ese motivo huyó a Barcelona, enfrentándose a la soledad, el rechazo y una incertidumbre que a menudo la hacía cuestionarse si realmente había tomado la decisión correcta. Al principio, cada día era una batalla contra el miedo al

fracaso, contra la ausencia de apoyo y contra la realidad de criar a un hijo sola en una ciudad que apenas conocía. Había noches en las que lloraba en silencio, agotada, abrazando a su bebé mientras se preguntaba cómo saldrían adelante. Sin embargo, había algo en su interior, una fuerza desconocida, que la impulsaba a seguir.

El golpe más duro llegó cuando descubrió que sus padres, en un acto de traición que nunca pudo perdonar, habían entregado a Damián en adopción sin su consentimiento. La desesperación de aquel momento la marcó para siempre. Movió cielo y tierra, enfrentándose a abogados, instituciones y prejuicios para recuperar a su hijo. Cada día de esa lucha fue una prueba de su resistencia. No dormía, apenas podía comer y vivía con el temor constante de que el tiempo jugara en su contra, pero su determinación era inquebrantable. Sabía que Damián era suyo, que nadie más podía reclamarlo, y no se detendría hasta tenerlo de vuelta en sus brazos.

Finalmente, después de meses que le parecieron años, logró recuperarlo. La victoria fue amarga, porque con ella llegó también la certeza de que había perdido a su familia para siempre. La relación con sus padres quedó completamente rota, y nunca más volvió a tener contacto con ellos. Sin embargo, aunque esa ruptura la dejó con una herida profunda, nunca se arrepintió de su decisión. Había elegido a Damián por encima de todo, y para Penélope, esa elección lo justificaba todo.

Él era su vida, su mayor logro, la razón por la que se levantaba cada mañana. Aunque su propia comodidad y sueños quedaron en un segundo plano, nunca lo sintió como un sacrificio. Miraba a su hijo y sabía que todo había valido la pena. Cada sonrisa suya, cada pequeño logro que alcanzaba, le recordaban que había tomado el camino correcto, incluso si este estaba lleno de dificultades. Penélope había perdido mucho, pero a cambio había ganado lo más importante: la oportunidad de ser madre y construir, junto a Damián, una familia que, aunque imperfecta, estaba llena de amor.

Capítulo 2 – La desaparición

Francisco

Unos haces de luz desvaídos se colaban por las rendijas de las contraventanas, proyectando un semblante fantasmal en la estancia. Las motas de polvo danzaban en el aire cálido y denso como si el tiempo hubiera suspendido su marcha, otorgando a cada partícula una eternidad efímera. Francisco observaba los últimos rayos del día con mirada absorta. Tras quitarse las gafas con un gesto mecánico, se restregó los ojos y encendió la lámpara de pie. La penumbra ya se había apoderado del despacho, ocultando la monotonía de las facturas apiladas en el escritorio de madera oscura. Los números borrosos frente a él le parecían ajenos, meros testigos de una vida que había perdido su rumbo. Reposaba sus brazos con desidia sobre un gran escritorio macizo.

Una retahíla de facturas esperaba a que les diera el visto bueno, pero los pensamientos se le escapaban a un lugar secreto detrás de sus ojos, vagando de recuerdo en recuerdo, algunos de ellos inventados. Como si pudiera ver los diferentes escenarios de lo que le podía haber deparado cada decisión tomada en el pasado. En ocasiones, se imaginaba modificándolo; en consecuencia, la vida había virado hacia un presente menos exigente. Se veía en un lugar donde nada importaba, ni el espacio ni el tiempo. Un sitio al que recurría mucho últimamente, donde no se sentía comprometido con nada, en el que podía hacer cualquier cosa que le viniera en gana sin dar explicaciones a nadie.

Se llevó la mano a la frente y decidió que aquella tediosa tarea podía esperar a un momento más propicio. Estaba cansado, y además no tenía claro si valía la pena dedicar tiempo a revisar el trabajo de su nueva secretaria. Quizá, si hubiera seguido el consejo de su mujer, ni siquiera la habría contratado. Aunque, para ser justos, dudaba mucho de que Dorotea tuviera algún conocimiento sobre selección

de personal. Cuando mencionó que entrevistaría a una joven atractiva, Dorotea se apresuró a ofrecer su "experta opinión", como si el año que trabajó en una boutique de la calle Balmes le otorgara autoridad en el manejo de un concesionario de automóviles. Incluso tuvo el descaro de sugerir que la candidata sería más adecuada para ventas, ignorando lo evidente: los clientes difícilmente confiarían en que una mujer pudiera proporcionar explicaciones técnicas sobre el funcionamiento de un vehículo.

Francisco estaba convencido de que Dorotea había tenido un golpe de suerte al cruzarse en su camino. Recordó con nitidez aquel día en que entró en una tienda buscando un regalo para su madre. En aquel entonces, ella lo deslumbró con una combinación de temple y arrogancia que parecía emanar por cada poro. Su desparpajo lo intrigó de inmediato, una rara excepción en un mundo donde todos parecían ansiosos por adularlo. Acostumbrado a la complacencia fácil, aquella actitud desafiante lo sacó de su letargo habitual, despertando en él una curiosidad que no había sentido en mucho tiempo.

Aquella bravura arrolladora, que sin piedad desenmascaró su ignorancia sobre la diferencia entre una camisa elegante y otra de corte más holgado —como las que las mujeres solían usar durante el embarazo—, lo descolocó de una forma que no pudo ignorar. Fue como si aquel momento dejara una semilla latente en su cabeza, un enigma sin resolver que se negó a desaparecer. Con el tiempo, esa inquietud creció, transformándose en un anhelo por volver a sentir aquel choque electrizante de los sentidos. Así que, impulsado por esa necesidad, regresó a la tienda, esta vez con la excusa de buscar un regalo para una mujer especial, alguien a quien quería conquistar en el día de San Valentín.

El plan fue sencillo y directo: eligió la prenda que la dependienta había señalado como su favorita, pagó por ella y, en un movimiento inesperado, se la devolvió insinuando que ella misma era la destinataria. Dorotea, visiblemente desconcertada, intentó rechazar el obsequio, argumentando que no podía aceptarlo porque no tenía

nada que ofrecerle a cambio. Francisco, con una sonrisa que mezclaba confianza y desafío, le propuso un trato: una cena en su compañía bastaría como retribución. Por primera vez, logró lo que parecía imposible: desvelar la oculta sonrisa de Dorotea, una sonrisa que, en ese momento, le pareció lo más cautivador que jamás había visto.

Pero ahora, mientras la recordaba con aquella mezcla de añoranza y amargura, Francisco no podía evitar preguntarse: ¿en qué momento aquella mujer encantadora, que parecía vivir para complacer y dar, se había transformado en la persona asfixiante y controladora que tenía por esposa? Este pensamiento, como tantos otros, lo golpeó con una tristeza profunda, una que llevaba adherida al alma desde hacía demasiados años, pero sabía que, en el fondo, Dorotea no había cambiado tanto. Seguía necesitando sentirse indispensable, que alguien valorara su entrega incondicional, aunque esa necesidad ahora lo agotara más de lo que lo conmovía. Y él, con su carácter reservado y su tendencia a refugiarse en sus pensamientos, era incapaz de ofrecerle el afecto que ella buscaba desesperadamente.

Quizá, en el fondo, buscaba en otras personas aquello que Dorotea había perdido con el tiempo, o que tal vez nunca tuvo del todo. Mujeres como su secretaria no cruzaban su camino todos los días, y eso lo hacía sentirse afortunado de tenerla cerca.

No buscaba su aprobación ni su afecto; no había en su mirada esa constante expectativa de reconocimiento que veía en Dorotea. Era como un soplo de aire fresco en medio del peso que sentía al estar cerca de su esposa. Había algo en su manera de moverse, en su mirada brillante, que le recordaba fugazmente a la Dorotea de aquella tienda, pero sin esa constante expectativa de reconocimiento que veía en su esposa. Era como un soplo de aire fresco en medio del peso que sentía al estar cerca de su mujer. Por eso no había dudado en brindarle la oportunidad de demostrar su valía, aunque todavía no hubiera probado del todo su capacidad para el puesto. Algo en ella irradiaba un magnetismo especial que no lo abrumaba, que le permitía mantenerse en su espacio sin sentirse invadido.

Estaba absorto en estos pensamientos cuando, de repente, un murmullo agudo e irritante irrumpió en la estancia, destrozando de golpe la frágil serenidad del momento.

—Necesito hablar contigo —anunció Dorotea, irrumpiendo en la habitación con su habitual aire de suficiencia.

—¡Dichosos los ojos que te ven! —murmuró Francisco, sin levantar la vista de los documentos a los que de repente prestó la atención debida.

—Si ni siquiera me estás mirando— replicó ella, cruzando los brazos con impaciencia.

—¡Para lo que hay que ver! — respondió él, dejando caer la pulla como una piedra en un estanque.

Dorotea resopló, y sus manos se aferraron al marco de la puerta como si pudiera hacer la obertura más grande. —¡La virgen! No sé qué vi en ti.

Francisco levantó finalmente la mirada, cargada de un desdén que sólo él sabía moldear. —¿Quieres que te lo recuerde?

—¡Tengamos la fiesta en paz! —espetó ella, ignorando el sarcasmo—. He invitado a los Márquez a cenar esta noche.

Él giró lentamente el cuerpo hacia ella, con sus ojos ahora entrecerrados. —¿Que has hecho qué...? ¿Quién te manda a ti programar cenas con mi mejor cliente?

—Llamó preguntando por ti. Como no estabas, pensé que sería una buena oportunidad para que os pongáis al día. Además, hace siglos que no invitamos a nadie.

—¿Y no se te ocurrió consultármelo antes? —replicó él, volviendo a hundirse en su silla con un gesto de exasperación.

—Si fuera por ti, nunca veríamos a nadie. De todos modos, no tienes que preocuparte, yo me encargaré de todo. Tú solo tendrás que sentarte a la mesa como siempre.

Francisco frunció el ceño. —Esposo mío… —comenzó Dorotea, suavizando el tono.

—¿Esposo mío…? Esto no trae nada bueno. ¿Qué quieres ahora?

—¿Tú crees que no soy capaz de sorprenderte? —preguntó, entrelazando los dedos como si preparara una artimaña.

—¿Cuánto dinero me va a costar tu "sorpresa"? —inquirió él, recuperando la atención en los documentos de su escritorio.

—Solo un vestido para esta noche. No tengo nada adecuado. ¿No te parece justo que luzca elegante frente a tus clientes?

Francisco se apoyó en el respaldo de la silla, observándola como si evaluara una mercancía en un escaparate. —¿Y qué pasó con los diez vestidos que compraste el mes pasado?

—¡Pero cariño! Esto es diferente. —Dorotea ladeó la cabeza, adoptando una mirada que mezclaba dulzura con desafío.

—Claro, diferente… como siempre. —Se sirvió un vaso de agua con un gesto de cansancio.

—¡No es justo que me trates así! —estalló Dorotea, dejando caer su máscara de diplomacia—. Todo lo que hago es por nosotros.

—¿Por nosotros? ¿Qué has hecho además de agotar mi paciencia y mi cuenta bancaria?

—¡Mira, ya no puedo más! No sé cómo hemos llegado a esto, pero está claro que no merezco un hombre como tú —vociferó, dando un paso hacia la puerta.

—Tal vez no, pero aquí estás —murmuró él, volviendo a centrarse en los papeles.

Dorotea se detuvo en el umbral, con sus palabras cargadas de veneno. —¡Qué descansada me quedaré cuando te mueras!

Francisco alzó una ceja, divertido. —No estarás tan tranquila si descubres que no te he dejado nada en el testamento.

El portazo con el que ella abandonó la habitación hizo vibrar las paredes. Francisco, imperturbable, abrió el primer cajón del escritorio y sacó una revista. En la portada, mujeres jóvenes con miradas provocativas desafiaban la moralidad. Mientras pasaba las páginas, se permitió una sonrisa de alivio: al menos, aquella noche le esperaba algo más placentero que las recriminaciones de su esposa.

Tomás

El local estaba en penumbra, iluminado únicamente por el resplandor amarillo de una bombilla que colgaba del techo, proyectando sombras alargadas en las paredes desnudas. El ambiente olía a humedad y madera vieja, Tomás no pudo evitar fijarse en el leve aroma del arroz que aún impregnaba los sacos apilados en un rincón, evocándole recuerdos de cenas familiares llenas de risas y espontaneidad. Afuera, el frío de la tarde otoñal había hecho que las calles quedaran casi desiertas, salvo por alguna figura que apresuraba el paso para realizar las últimas compras antes de refugiarse en el calor del hogar. Un charco en la entrada reflejaba la débil luz del interior, distorsionando la realidad como un espejo roto.

A través de la puerta entreabierta, Tomás observaba el exterior con impaciencia, tamborileando los dedos contra la madera. La noche había caído prematuramente aquel día, obligándolos a encender las luces antes de lo habitual. Un manto gris de nubes, que había cubierto el cielo con rapidez, amenazaba con descargar una lluvia inminente. *¿Qué hacemos aún aquí", pensaba, molesto?* Ya no quedaba género que vender, pero seguían atrapados en el lugar, como si la rutina fuese una jaula de la que nadie se atrevía a salir, sin embargo, el joven no dejaba de pensar que aquella escena era propicia para algún giro inesperado.

El pitido insistente de un coche rompió el silencio de la calle. Tomás supo al instante que era el señor Sanjuan, el dueño del

establecimiento. Desde el furgón, el hombre llamaba a gritos a su hija Josefina. Ella, una mujer rubia de cuarenta años y carácter decidido, era la otra dependienta que, junto a Tomás, se encargaba de mantener en marcha aquella tienda. Era una de las tres que su padre regentaba en Barcelona. Aquella tarde, Sanjuan regresaba de Lérida, donde había asistido al funeral de una tía, trayendo unas cajas de naranjas que había adquirido de unos campesinos por el camino.

Josefina, consciente de las penurias de Tomás, le había permitido llevarse un poco de arroz. *Pero que no se entere mi padre*, le advirtió con firmeza. Sanjuan tenía la costumbre de escatimar a los clientes, descontando gramos o centilitros de los productos racionados. Lo que se ahorraba lo vendía al día siguiente en el estraperlo a precios exorbitantes, o lo destinaba al consumo de la familia. Josefina, que había desarrollado cierta simpatía por el joven empleado, lo veía cada vez más delgado. Fue esa mezcla de lástima y empatía lo que la llevó a permitirle llevar algo de comida.

Aprovechando que Sanjuan estaba afuera, Tomás se guardó el arroz en los bolsillos. No tardó en llegar el dueño, cargando la caja de frutas. Apenas entró, sus ojos detectaron algo sospechoso.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó con desconfianza.

—¡Nada, señor Sanjuan! —respondió Tomás, nervioso, retrocediendo un paso.

En su prisa por alejarse del saco de arroz, tropezó con una caja de madera y cayó al suelo. El contenido de sus bolsillos se desparramó, dejando su mentira al descubierto. Sanjuan lanzó la caja de naranjas al suelo con furia, mientras una de ellas rodaba hasta detenerse junto al joven.

—¡¿Estás...?! —gritó el dueño, interrumpido por Josefina.

—¡No, padre! Fui yo quien le dijo que se lo llevara.

Sanjuan la miró con rabia contenida.

—¡Maldita sea! ¿Y tú qué haces aquí? ¿No te dije que vigilaras el furgón? Si me roban las cajas, te lo descontaré del sueldo.

—Pensé que ya no quedaba nada por cuidar.

—¿Entonces por qué crees que te lo pedí? Afuera hay demasiada gente desesperada.

—Lo siento, padre, pero por favor, no lo despidas. Hablemos cuando te calmes.

—¡Me cago en todo! ¡Sé muy bien lo que tengo que hacer! —rugió Sanjuan, mientras Josefina bajaba la mirada y Tomás intentaba recomponerse.

El silencio que siguió al arrebato de Sanjuan fue incómodo y denso, como el aire que cargaba con reproches no pronunciados. Tomás apenas murmuró una disculpa antes de agacharse para recoger los granos de arroz esparcidos por el suelo. Lo hizo con torpeza, sintiendo el calor de las miradas sobre su espalda. Cuando terminó, se despidió con una frase corta y salió del local, agradeciendo en silencio el aire frío de la noche que lo recibió afuera.

Esa noche, Tomás volvió a casa sintiéndose derrotado, cargando no solo con el peso de la humillación, sino también con el temor de perder el trabajo. Al día siguiente, sus peores sospechas se hicieron realidad: el señor Sanjuan decidió trasladarlo como castigo a otra de sus tiendas, situada en el barrio de Gracia. Aunque no lo despidió, el cambio lo sintió como un exilio, alejado del único sitio que conocía bien y de las personas con quienes había trabajado.

Ahora, tras una larga jornada en su nuevo puesto, Tomás estaba sentado en su coche destartalado, intentando recuperar la calma. Había aparcado cerca de un descampado oscuro, donde la soledad lo envolvía como un manto. Sacó un pequeño peine del bolsillo trasero de sus pantalones de pana y comenzó a alisar su cabello rubio, usando el espejo retrovisor como su único confidente. Sus ojos castaños reflejaban la mezcla de emociones que lo consumían: frustración por el castigo, cansancio por el trabajo y una extraña resignación. Aunque el cambio lo había disgustado, se consolaba

pensando que, al menos, aún conservaba su empleo. Otra cuestión que lo animaba como a un niño frente a su pastel de cumpleaños, contando los segundos para soplar las velas, era el inminente encuentro con su nuevo amigo.

El sol raseaba en el horizonte. Tomás observaba cómo las asiduas sombras humanas, vagaban en busca de una pasión clandestina en la apartada explanada. Aunque ya no se sentía como aquellos hombres que vagaban temerosos y audaces al mismo tiempo, sabía que seguía siendo parte de ellos.

Cualquier gesto o detalle, podía provocar que se dejara llevar únicamente por el deseo, y se sumara a aquellas figuras perdidas, buscándose unas a otras, sin encontrarse nunca con su propia verdad. Convenciéndose de que no son personas reales, sino un sucedáneo de ellos mismos, al que le han dado rienda suelta sin reproches ni condiciones de ninguna clase. Cuando en realidad todo lo que son lo han reducido en aquel ser que vaga sin rumbo por las afueras de la ciudad y que simplemente busca una satisfacción frugal que calme su infelicidad por un breve momento.

Recordó la vez que descubrió aquel lugar. *Aquí no encontrarás nada de lo que has venido a buscar*, profirió alguien que le doblaba la edad y a quién ignoró con la mirada desde que había apercibido su cercanía. Tomás, inocente y temeroso, no respondió. Aquel desconocido escrutó su pueril y confundido rostro. Parecía esperar una respuesta que nunca obtendría. A pesar de que la mente de Tomás se inundaba con miles de dudas, estas quedaban sofocadas por la imperiosa cautela que lo mantenía en silencio. Entonces, aun cuando su boca no había proferido palabra alguna, el hombre no dudó en continuar su monólogo: *Tú has venido a buscar lo que todos: a alguien que te toque como nadie jamás lo ha hecho. Que te llene del amor que tú mismo no te puedes dar. Que te dé el placer suficiente para hacerte olvidar el sufrimiento con el que la vida te está castigando. A pesar de tus deseos, te irás más vacío de lo que llegaste, pero volverás, incapaz de resistir la promesa rota de no*

regresar para encontrar a alguien especial que en verdad sabes que no existe.

Con el tiempo, Tomás había logrado liberarse de la culpa que lo perseguía y se sentía complacido porque la vida le había demostrado lo equivocado que estaba aquel hombre que lo asustó con sus deprimentes palabras. Alguien le dijo que no había nada sucio en amar, sin importar el género. Tomás consiguió limpiar su mente de prejuicios y disfrutar de su sexualidad.

Aunque aún esperaba encontrar a alguien especial, sospechaba que ya lo había hallado. No era cuestión de fidelidad, pues sabía que su amante estaba casado. Sin embargo, decidió no flirtear con nadie más mientras aquello durase. Había aprendido a no hacerse ilusiones, pero no podía evitar la esperanza de que sus ilusiones se hiciesen realidad.

Aparcado bajo un árbol cuya penumbra robarían sus ramas a la ya escasa luz de la luna gibosa menguante, recordó lo que un cliente le había contado sobre la última luna llena; la luna del cazador. Le explicó que el mes de octubre era el preferido para cazar ciervos y zorros que ya no podían esconderse en los campos segados por el hombre y que esa fase del astro era especialmente brillante y longeva en el cielo, por lo que los cazadores tenían la oportunidad de acechar a sus presas de noche. La ironía lo hizo sonreír: comparar a los hombres que merodeaban por la noche con cazadores le pareció absurdo y revelador. Siempre le habían fascinado los astros; a menudo caminaba largas distancias para contemplarlos. Aunque aquel pensamiento se desvaneció al ver acercarse una figura inesperada.

Abrió la puerta, confiado. Cuando el desconocido intentó tocarlo, Tomás cerró los ojos, confuso entre el miedo y la excitación, pero al recordar a quien esperaba, recobró la compostura y lo apartó con firmeza. Después de unos segundos, apareció el hombre que realmente aguardaba.

—Deberíamos buscar otro sitio —le sugirió el recién llegado sin saludar siquiera—. Tomás asintió, pero no pudo evitar acercar su rostro para besarlo apasionadamente.

El otro no le correspondió en el mismo grado. En lugar de eso reclamó su réplica con la mirada. Tomás escrutó al moreno de ojos verdes que había conocido unas semanas atrás con recelo. Al percatarse de que no estaba en la misma tesitura que él, cesó en su propósito.

—Está bien, pero ahora estamos aquí —le contestó Tomás, aproximándose para besarlo de nuevo.

El otro se giró para comprobar que nadie los estuviera observando. Después de cerciorarse, le sujetó la cara con las dos manos y explotó en una pasión que nunca antes parecía haber vivido. Lo besó con una intensidad desesperada, como si su propia existencia dependiera de aquel contacto, mientras sus dedos ardientes recorrían cada centímetro de la piel de Tomás con una avidez casi febril. Su mirada desbordaba un torrente de deseos reprimidos durante años, anhelos largamente negados de poseer y explorar la esencia de otro cuerpo masculino.

Más tarde, el moreno se colocó la camiseta, ocultando por un momento la sonrisa bobalicona que le había quedado perpetua en el rostro, aunque Tomás podía verla, complacido, a través del reflejo en la ventana. De pronto, el semblante del otro pareció ensombrecerse.

—¿Qué quería ese tipo? —preguntó mientras se apartaba de él.

—Nada. Se había equivocado de persona —mintió Tomás, visiblemente incómodo.

El moreno, promovido por la singularidad del momento, le confesó sus miedos.

—Me gustaría que estuvieses solo conmigo. Es la primera vez que hago algo así y… me gustas —confesó clavando sus ojos verdes en los de Tomás.

—¡Pero, eso no es justo! ¡Tú estás casado! —protestó el rubio mientras se limpiaba el abdomen con un pañuelo de tela.

—Eso es cierto, pero quiero que confíes en mí cuando te digo que no nos une nada más que el matrimonio. Ya no soy capaz de tocarla. —El moreno sollozó con aflicción—. Esta tarde se me ha insinuado y la he ignorado. ¡No sé qué voy a hacer!

—¡Déjala! Vayámonos a otro lugar a comenzar una nueva vida juntos —resolvió el rubio.

Al otro le brillaron los ojos de satisfacción. Agarró la mano de Tomás, la apretó con fuerza.

—En un mundo ideal eso sería posible, pero no lo es. Ya sabes lo que ocurriría si descubren lo nuestro. Eso solo sale bien en las películas.

—¿Y qué? ¿No valdría la pena intentarlo? —dijo Tomás a la vez que se subía los pantalones.

—¡No puedo, Tomás! ¡Yo no soy como tú! ¡No puedo con esto! —el casado abrió la puerta, se marchó sin despedirse.

Tomás observó cómo su amigo se alejaba, su figura desvaneciéndose lentamente en la penumbra de la noche. Sentía un torbellino de emociones agitándose en su interior: rechazo, tristeza, esperanza, y un anhelo inexplicable que no se apagaba del todo. *Quizá no sea un adiós definitivo*, pensó, aferrándose a una posibilidad remota. Había algo en la manera en que su amigo lo miró antes de irse, una chispa que prometía que aquello no sería el final, aunque tampoco podía asegurar un comienzo.

Recordó cada instante compartido, las conversaciones a media voz, los momentos de cercanía que parecían suspender el tiempo*. Tal vez nos volvamos a encontrar en algún momento, aunque sea para seguir fingiendo que no sabemos lo que queremos*, reflexionó con una mezcla de resignación y deseo. No había certezas, pero tampoco las necesitaba ahora. Solo bastaba con la idea de que, en

otro lugar y en otro tiempo, sus caminos podían cruzarse de nuevo, aunque fuera brevemente.

Mientras el eco de los pasos de su amigo desaparecía en la distancia, Tomás no pudo evitar esbozar una leve sonrisa, tan tenue como la luz de la luna menguante sobre el descampado. *Quizá sea mejor así*, se dijo, aunque su corazón dudaba de sus propias palabras. Dejó que la brisa nocturna enfriara sus pensamientos y volvió a recostarse contra la puerta del coche.

Allí, en el silencio de la noche, decidió que no cerraría las puertas. Después de todo, algunos encuentros no están hechos para durar, pero dejan la promesa de un reencuentro, tan incierto como irresistible.

Penélope

Penélope conducía su Vespa 98, una novedad en las calles de Barcelona, y una herramienta que había conseguido gracias a la política modernizadora de su empresa. La aseguradora en la que ejercía su trabajo buscaba diferenciarse ofreciendo un servicio más rápido y eficiente, incluso desafiando las convenciones de la época. Aunque no era común ver a una mujer sobre una motocicleta, mucho menos en un rol profesional, en su reducido entorno, Penélope era conocida por su determinación y por abrirse paso en un mundo dominado por hombres. En la Barcelona de 1946, marcada por las cicatrices de la posguerra y el rígido control social, su figura al volante de la motocicleta no pasaba desapercibida. Era una estampa de modernidad que hacía girar cabezas, algunas con asombro y otras con desaprobación.

Aquel día, su destino era una pastelería familiar que tenía contratado un seguro de empresas con su compañía. El negocio había prosperado durante décadas, utilizando herramientas que ahora formaban parte de su identidad, como una máquina registradora *National* y una báscula *Berkel*, símbolos de la época dorada del

comercio de barrio. Sin embargo, la posguerra había dejado al establecimiento en un estado de lento declive, donde la lucha por sobrevivir marcaba cada jornada. Los dueños afirmaban que aquellos objetos, adquiridos antes de la Guerra Civil, representaban el esfuerzo de generaciones. Su pérdida, declarada como resultado de un robo, no solo tenía implicaciones económicas, sino también un peso emocional que intentaban convertir en un reclamo ante la aseguradora.

Mientras maniobraba con habilidad por las estrechas calles del barrio, Penélope mantenía firme entre sus tobillos una carpeta colocada sobre el reducido espacio de la Vespa. Dentro, llevaba el inventario de lo que los dueños habían declarado como robado el día anterior. Además de la registradora y la báscula, se incluía una cantidad de dinero que, en su experiencia, parecía exagerada para un comercio modesto. Aunque los objetos robados parecían antiguos y pesados, sabía que muchas veces los asegurados intentaban inflar las reclamaciones añadiendo artículos de poco valor o difícil transporte, esperando que la compañía aceptara el pago sin investigar demasiado.

Penélope no podía evitar reflexionar sobre la situación. Las máquinas declaradas robadas, aunque eran reliquias en apariencia, aún tenían utilidad y simbolizaban una época en que el negocio prosperaba. Había visto aquella báscula *Berkel*, de precisión innegable, con marcas de uso que delataban décadas de trabajo en el mismo mostrador. Por otro lado, la máquina registradora *National*, un armatoste de más de cuarenta kilos, destacaba por su robustez. Aunque Penélope no podía ignorar una pregunta que le rondaba la mente: *¿qué clase de ladrones robarían algo tan pesado y voluminoso si ya tenían las supuestas doscientas pesetas de la caja registradora?* Algo no cuadraba, y su instinto le decía que debía investigar más a fondo.

Frente a la pastelería, estacionó la motocicleta con un movimiento ágil y esperó a que los tenderos abrieran. La carpeta descansaba en sus manos mientras repasaba mentalmente la información del caso.

Dentro del local, la joven solicitó los libros de contabilidad y comenzó a transcribir los datos del último mes en una cuartilla. Compararía estos números con los presentados en la denuncia. Sabía que el creciente número de fraudes estaba asfixiando a la compañía. La pobreza en la ciudad, cada vez más palpable, no solo incrementaba los intentos de estafa, sino que también reducía la base de clientes, llevando a las aseguradoras a un límite peligroso.

De regreso a la oficina, Penélope reflexionó sobre los retos que enfrentaba en su entorno laboral. Aunque sabía que su figura, conduciendo la motocicleta, rompía moldes, también comprendía que esta modernidad visible era solo la punta del iceberg de un camino lleno de resistencias. Su objetivo no era solo resolver el caso, sino demostrar que ella, como mujer, podía ser tan capaz y profesional como cualquiera de sus compañeros. De pronto, la rutina se vio interrumpida por la entrada abrupta de Arturo, quien irrumpió en el despacho con una sonrisa que Penélope siempre consideraba irritante. Sin esperar invitación, inició el diálogo con un aire de falsa camaradería.

—¿Qué tienes entre manos? —preguntó con frialdad.

—El caso de la pastelería Can Rovira —respondió ella, algo insegura.

—¿Cómo lo llevas? —inquirió mientras arqueaba las cejas con arrogancia.

—Bien. Estoy redactando el informe financiero. Queda claro que no han podido obtener tantos beneficios en un día como declaran en la denuncia —desveló la joven con firmeza, aunque cuidando su tono.

—Está bien. ¡Dame todos los documentos! Ya me encargo yo. Tú te dedicarás al siniestro del incendio de la carpintería Hermanos Llosas —ordenó Arturo, mientras se tocaba la barbilla con aire ausente, mirando al techo como si el cambio fuera algo trivial.

—¿Qué…? Si el trabajo ya está finalizado. Solo queda entregárselo al señor Ferreras para su aprobación —protestó Penélope, incapaz de ocultar su sorpresa. Su tono, aunque respetuoso, denotaba una leve irritación.

—¡Déjamelo! Ahora procederemos a brindarles la oportunidad de que se retracten antes de llevarlos a juicio —comentó Arturo, haciendo un gesto de impaciencia con la mano.

—Ya lo he hecho yo. Insisten en que les robaron esa cantidad. No obstante, no tenemos las de ganar. No es suficiente para demostrarlo ante un juzgado —argumentó Penélope con una mezcla de frustración y seguridad.

—Es decir, que no tenemos nada —recriminó Arturo, cruzando los brazos y ladeando la cabeza con un gesto crítico.

—Yo no diría tanto. Debemos esperar unos días —replicó Penélope, dejando entrever que tenía un plan, aunque sin revelar demasiado.

—No entiendo —admitió Arturo, levantando una ceja.

Penélope, con un suspiro y una mirada que mezclaba cansancio y determinación, comenzó a explicarle lo que tenía pensado.

Pasados unos días, Penélope volvió a la pastelería, esta vez con el señor Ferreras y su compañero Arturo. Aunque ella llevaba la iniciativa, sabía que este encuentro era una prueba para demostrar su valía. Durante el trayecto, repasaba mentalmente cada detalle del plan. Había insistido en que la acompañaran para mostrarles algo que, según ella, sería la clave del caso.

El señor Ferreras, con su habitual tono envarado, no ocultó su escepticismo al entrar en la tienda.

—Está bien, señora Maspons. ¿Qué es eso que quiere enseñarnos? —preguntó mientras observaba el modesto local.

Penélope no respondió de inmediato. En lugar de ello, se dirigió directamente a los tenderos.

—¿Han repuesto ya todas las máquinas robadas?

Los comerciantes asintieron, asegurando que habían comprado reemplazos. Penélope sonrió con calma y se inclinó sobre la caja registradora.

—¿Seguro que esta no es la misma máquina que aseguramos antes del robo? — preguntó sin levantar la voz—. Una tan antigua es difícil de encontrar.

—Por supuesto —respondió el tendero—. Es recién comprada, de segunda mano.

Penélope se inclinó sobre la caja registradora y pasó los dedos por el lateral. Allí, casi imperceptible, estaba el hilo rojo con su sello de cera. Con un alfiler, rascó la zona. Un pequeño fragmento de cera se desprendió.

Ferreras frunció el ceño. Intrigado, inspeccionó la otra máquina. La báscula presentaba el mismo detalle en una parte de su estructura. Arturo, que hasta entonces había permanecido en silencio, expresó su rechazo con una carcajada interrumpida.

—¿Qué es eso?

—Una prueba de que esta máquina nunca fue movida —respondió Penélope con satisfacción—.

Se enderezó y sacó su libreta.

—Antes del supuesto robo, coloqué un hilo rojo en la base de esta máquina y lo sellé con cera transparente. Si realmente la hubieran reemplazado por una nueva, el hilo y la cera no estarían aquí. Ferreras se inclinó y observó el fino hilo rojo que aún seguía en su sitio. Penélope cruzó los brazos y continuó:

—Pero hay más. Como esta caja registradora y la báscula que aseguramos no hay muchas iguales en el mercado.

Sacó su libreta y pasó las páginas hasta encontrar la que buscaba.

—Lea en voz alta lo que pone en esa hoja —dijo, señalando una anotación.

Ferreras leyó:

—Caja registradora: abolladura en la esquina inferior derecha, mancha de óxido cerca del cajón. Báscula Berkel: rayadura profunda

en la parte trasera.

Penélope sonrió y se giró hacia la caja registradora. Señaló una pequeña abolladura en la esquina y una mancha de óxido en el metal. Luego, se acercó a la báscula y pasó el dedo por una rayadura profunda en la parte trasera. Eran exactamente las mismas marcas que había anotado antes del supuesto robo. Los tenderos palidecieron. Ferreras los miró con dureza.

—Entonces… ¿cómo explican esto?

Los hombres intentaron balbucear alguna excusa, pero la evidencia era abrumadora. Las máquinas no habían sido robadas, como ellos afirmaban, sino escondidas para fingir el hurto y reclamar una compensación económica. Confrontados con los hechos, confesaron que solo les habían sustraído cincuenta pesetas, no las doscientas que habían denunciado.

Ferreras, satisfecho, pero también sorprendido, cerró el trato con una advertencia:

—Les daremos treinta pesetas y no denunciaremos el intento de fraude. A cambio, seguirán pagando su cuota mensual, pero con un incremento del veinte por ciento.

De vuelta a la oficina, Penélope aún sentía la adrenalina del caso resuelto. Sabía que lo que había hecho era brillante, pero más que la satisfacción del triunfo, lo que realmente la animaba era la idea de haber dejado claro su potencial. Sin embargo, al llegar, Ferreras, desde el asiento delantero del coche, la miró por el retrovisor con una expresión seria.

—No me gustan las personas que se atribuyen logros ajenos, señora Maspons —dijo de repente, cortando el silencio.

Penélope frunció el ceño, desconcertada.

—Señor Ferreras, no entiendo…

El jefe giró el rostro hacia ella, con gesto severo.

—Arturo me ha contado que la idea del hilo rojo fue de él y que usted quería atribuirse el mérito.

Penélope sintió cómo la respiración se le atascaba en la garganta.

—¿Arturo le dijo eso? ¡No es cierto! La idea fue mía, y puedo probarlo.

Ferreras resopló, como si la mera sugerencia de que ella tuviera razón le resultara absurda.

—No necesito que me lo pruebe. Ya hablé con Arturo, y no tengo motivos para dudar de él.

La rabia le subió por el pecho, pero se obligó a mantener la voz firme y controlada.

—Señor Ferreras, usted estuvo allí. Vio cómo resolví el caso.

—Y también vi a Arturo respaldándolo. ¿Sabe qué significa eso? Que si mañana me preguntan, el mérito será suyo. —Ferreras hizo una pausa, observándola como si hablara con una niña que no entiende su lugar en el mundo—. Y eso, señora Maspons, es como debe ser.

Penélope sintió cómo su estómago se encogía.

—Cada uno está donde debe, Maspons. Y usted debería aprender que la honestidad no es negociable.

Se bajó del coche y este se alejó sin darle oportunidad de responder. La conversación había terminado. Penélope se quedó quieta, con los puños cerrados y la mandíbula tensa. Sabía que, en esa oficina, nunca importaría lo buena que fuera. La verdad no tenía valor. No si salía de los labios de una mujer.

◆

Las sombras de algunos edificios caían sobre los de la acera opuesta, como gigantes lanzas en pie de guerra, esperando una señal para comenzar la batalla. Algunos rayos de sol se reflejaban en los cristales de las ventanas, irisando fugazmente una pared

herrumbrosa y sucia, que parecía cobrar una efímera belleza. Decenas de tendederos de ropa asomaban vacíos desde los balcones. Los toldos de las tiendas, recogidos y a salvo de la humedad, anunciaban el final del día. Las farolas, aún de gas en muchas calles del barrio, comenzaban a iluminar tenuemente las fachadas desnudas y sin vida, proyectando círculos deformes que acentuaban la decadencia.

Penélope miraba hacia atrás, observando cómo Damián la seguía lentamente, tirando con sumo cuidado de la correa que sujetaba a Canela. Los rizos negros del niño se mecían al compás de los pasos forzados de la perra herida. Apenas habían pasado unos días desde que un joven ciclista atropelló al animal mientras bajaba deprisa por una calle empedrada. Canela parecía resignada a caminar con su pata entablillada, tras el improvisado tratamiento que le aplicó Tomás con sus escasos conocimientos de primeros auxilios. El accidente había sido fortuito, pero Damián confesó a su madre sentirse culpable por no haber prestado la atención suficiente. Ella lo tranquilizó, asegurándole que esas cosas ocurrían y, a veces, eran inevitables.

Dirigió la atención hacia la única tienda con el toldo desenrollado, algo raro a esas horas. Aunque a simple vista parecía cerrada, aquella señal indicaba a los vecinos que estaba abierta. Frente a la persiana bajada, varias personas hacían cola, vigilando con inquietud ambos extremos de la calle. No era habitual encontrar clientes a esas horas, pero algunos recurrían al estraperlo para conseguir productos que el racionamiento no cubría. Penélope, afortunadamente, contaba con su hermano, que trabajaba en un colmado y le conseguía lo necesario, pero aquella noche no tenía nada para cenar. La escasez, agravada por la sequía que azotaba el campo, hacía que muchos alimentos básicos desaparecieran del mercado oficial.

Quería acabar cuanto antes; no deseaba quedarse a tientas bajo la penumbra de las calles escasamente iluminadas. El manto mortecino que había cubierto sus tardes ese mes de septiembre le resultaba

inquietante. El cambio horario, previsto para el día siguiente, haría que las noches llegaran aún más temprano. Detestaba los ajustes de reloj; trastocaban su rutina y añadían un peso innecesario a su día a día.

Cuando alguien salió de la portería junto al local, otra persona entró rápidamente. Todos vigilaban hacia ambos lados, dispuestos a dispersarse si un coche de la Policía aparecía. Penélope metió la mano en su bolsillo y rozó el billete que iba a usar para la compra. Esperaba encontrar algo fresco, aunque sabía que era complicado a esas horas. Mientras esperaba, calculaba mentalmente cómo estirar aquel dinero hasta fin de mes. Aunque trabajaba duro, la paga apenas le permitía cubrir las necesidades de ella y de su hijo.

Cuando llegó su turno, Penélope subió las escaleras de la tienda con reticencia, dejando abajo a Damián, que insistió en quedarse con Canela. El niño solía acompañarla, aprovechando para pedir algún capricho. Penélope siempre se lo otorgaba; sus excelentes notas lo merecían. Sin embargo, no podía evitar inquietarse al dejarlo solo, especialmente tras escuchar rumores sobre desapariciones. Aunque sabía que muchas de esas historias eran exageraciones, la incertidumbre siempre se apoderaba de ella.

La dependienta, la misma que atendía durante las horas oficiales, reservaba ciertos productos para el estraperlo. Mientras Penélope hacía su pedido, se asomaba por la ventana para vigilar a Damián y Canela. Al recoger la compra, observó al bebé de la tendera con ternura. Vestía con un enorme pelele blanco y un gorro con pompón. Una pequeña mano se asomaba tímidamente desde las profundidades de su ropa, igual que si buscara explorar el mundo fuera de su suave prisión de tela. Sin embargo, arañaba su delicado rostro como si de este modo quisiera descifrar el significado de la vida que le esperaba. Penélope, con cuidado, le colocó el guante que se le había caído, mientras la tendera regresaba con el cambio.

Damián

Damián vigilaba a Canela con atención, observando cómo la perrita, a pesar de sus heridas, se esforzaba por trotar al ritmo que le permitía su pata entablillada. La correa, una improvisación hecha con una vieja cuerda de tender ropa, era un recordatorio constante del accidente. Aunque no era común ver a un perro atado en las calles del barrio, Penélope había insistido en que, tras el atropello, Canela debía estar controlada. Damián, que adoraba a la perrita, aceptó sin protestar, tratando de protegerla a toda costa.

Cerca de allí, un grupo de niños jugaba a las canicas, arrodillados en el suelo polvoriento. Al verlo pasar, lo llamaron, invitándolo a unirse. Aunque la última vez que había jugado con ellos los dejó en evidencia con su habilidad, lo aceptaron de buen grado. Damián no pudo resistirse. Sin embargo, cada vez que intentaba lanzar su canica, sentía los tirones bruscos de la cuerda, pues la perra parecía empeñada en olfatear cada rincón cercano. Los movimientos impredecibles de la mascota lo frustraron rápidamente.

Con un suspiro de exasperación, Damián soltó la cuerda por completo, pensando que la perra se quedaría cerca. Se convenció de que no iría lejos con la pata en esas condiciones y decidió enfocarse en el juego. Sin embargo, cuando llegó su turno nuevamente, y por fin lanzó su canica con precisión, el instante de victoria fue opacado por un vacío repentino: Canela ya no estaba. Miró a su alrededor, seguro de encontrarla husmeando en algún árbol o rueda de un coche cercano, pero no había rastro de ella. Su corazón dio un vuelco. Había soltado la correa, confiado, y ahora su amiga había desaparecido.

Penélope

Penélope, mientras tanto, mantenía una conversación con doña Ignacia, quien, como siempre, aprovechaba cualquier ocasión para desahogarse. La tendera hablaba con una energía casi inagotable,

saltando de un tema a otro sin esperar respuesta, como si las palabras fueran un torrente imposible de contener. Penélope asentía de vez en cuando, más por educación que por interés, mientras sentía cómo su paciencia se agotaba lentamente. Sabía que, una vez que aquella mujer empezaba a hablar, era difícil detenerla. Suspiró con discreción, intentando cortar el parloteo sin ser grosera.

Mientras las frases de doña Ignacia seguían llenando el aire, Penélope comenzó a inquietarse. Giró la cabeza hacia la puerta, buscando con la mirada alguna señal de Damián. El niño llevaba ya un buen rato fuera, y el silencio en la calle parecía más pesado de lo habitual. El pensamiento de que algo podía haber pasado con Canela o con él cruzó fugazmente por su mente. Apretó las manos sobre el bolso, como si el gesto pudiera calmar la creciente sensación de ansiedad. No era la primera vez que dejaba al niño esperando, pero aquella tarde parecía diferente. Quizás era el cansancio acumulado o las habladurías que rondaban el barrio, pero el malestar no la abandonaba.

Doña Ignacia seguía hablando, ajena a la creciente inquietud de Penélope, quien volvía a mirar la puerta cada pocos segundos, como si esperara que el niño y la perra aparecieran en cualquier momento. Aunque intentaba convencerse de que todo estaba bien, la inquietud comenzaba a formar un nudo en su pecho.

Damián

Damián miró a su alrededor con rapidez, pero la perra ya no estaba a la vista. Un vecino, que había estado observando desde un portal, le indicó con un gesto vago que había visto a una perra marrón con la punta de la cola blanca corriendo hacia las afueras. Sin pensarlo dos veces, comenzó a seguir las indicaciones. A medida que avanzaba, las calles se volvían cada vez más solitarias, y la penumbra de la tarde empezaba a envolverlo como un manto inquietante. El sonido de sus pasos resonaba con fuerza sobre el

pavimento, un rumor que parecía acentuar la ausencia de cualquier otra vida a su alrededor.

Finalmente, al llegar a una calle más amplia, escuchó los ladridos de Canela, débiles pero inconfundibles, al final de un callejón. La mezcla de alivio y desaliento lo hizo dudar por un instante, pero apretó los dientes y continuó su búsqueda. Las luces de la ciudad se desdibujaban tras él, reemplazadas por la oscuridad que crecía con cada paso. Aunque sus piernas comenzaban a dolerle y el frío de la tarde le mordía la piel, no podía detenerse. Canela lo necesitaba, y eso era lo único importante.

Penélope

Penélope, al enterarse de que su hijo había salido corriendo, un hilo de impotencia le tiró del pecho como un lastre que no la dejaba respirar con normalidad. Gritó su nombre con desesperación, pero solo obtuvo el eco de su propia voz. Corrió sin rumbo fijo, mientras el temor crecía en su interior, alimentado por las sombras de la noche. Se echó el mantón a los hombros y golpeó con consternación la tierra prensada de la calzada, agujereando el suelo con los gruesos tacones mientras se dirigía al encuentro de su hijo. No obstante, desconocía completamente los esfuerzos que le llevaría hacerlo. Comenzó a maldecir al muchacho en las dos lenguas conocidas por ella. El naranja encendido de las nubes, cuyos colores transmutaban hacia el bermellón disipado, enardecía su mirada inquieta.

Damián

El niño de cabello ensortijado corría con la urgencia de quien persigue algo invaluable. Mientras avanzaba, de reojo, creyó reconocer un rostro familiar. La figura, apenas perceptible entre las sombras alargadas de la tarde, se desvanecía en dirección a una explanada cercana. No le prestó atención en ese momento; su

mente estaba completamente ocupada en encontrar a Canela. Sin embargo, más tarde, atrapado en un destino que lo dejaría a merced de sus pensamientos, descubriría que aquel rostro pertenecía a su profesor Sebastián. La ciudad quedaba atrás, extinguiéndose a medida que sus pasos lo alejaban.

De repente, algo captó su atención: una inquieta cola marrón con la punta blanca sobresalía entre los matorrales. Era Canela. El niño sintió una chispa de consuelo, pero esta fue efímera. La perra se movía con rapidez, desapareciendo entre las sombras del bosque que se alzaba frente a él. Damián la llamó con insistencia, alzando la voz por encima del murmullo de las hojas movidas por la brisa, pero Canela seguía corriendo, ignorando sus gritos. En un instante, la perra se disipó por completo entre las tinieblas, como si la espesura del bosque la hubiera engullido.

Damián, jadeante, observó a su alrededor. A un lado, una fuente de piedra se alzaba solitaria, flanqueada por dos bancos del mismo material que parecían abandonados al tiempo. El aire estaba impregnado del relente de la humedad que caía con la llegada de la noche, pero su frente perlada de sudor lo impulsó a acercarse al caño. El agua cristalina fluía tentadora, y el muchacho, incapaz de resistirse, inclinó la cabeza para beber, sintiendo el frescor revitalizar su cuerpo mientras la inquietud seguía rondando su mente.

De pronto, la necesidad de encontrar a Canela despertó en él con una fuerza renovada. Damián se adentró en el bosque, donde la penumbra parecía ser la única que lo habitaba. El panorama, cubierto por sombras confusas, se volvía borroso; forzaba la vista para distinguir algo entre los matorrales y los troncos que se alzaban como guardianes inmóviles. El crujido de unas pisadas, lejanas pero insistentes, lo guio más adentro, alimentando la ilusión de estar cerca. La noche había alcanzado al día, y la penumbra lo rodeaba como una envoltura opresiva.

Sus manos tanteaban el terreno, palpando troncos húmedos y ramas pegajosas que se adherían a su piel como indicaciones de su avance. De vez en cuando, alguna zarza le punzaba las palmas, arrancándole

pequeñas exclamaciones de dolor que se perdían en el vacío. Su respiración entrecortada resonaba con fuerza en sus oídos, ahogando cualquier otro sonido que pudiera indicarle la dirección de la mascota. Sin embargo, seguía llamándola con insistencia, con su voz quebrada por el cansancio, aferrándose al propósito de hacerla volver a su lado.

En su mente, una certeza luchaba por imponerse al miedo: si Canela regresaba, le mostraría el camino de vuelta a casa. Ese era su consuelo, el único que tenía. De lo contrario, sentía que él mismo no podría encontrar la salida. A pesar del frío y del creciente agotamiento, se obligaba a seguir avanzando, convencido de que estaba cerca, de que la encontraría pronto. La idea de verla aparecer entre las sombras lo impulsaba a dar un paso más, a ignorar la fatiga y el desconcierto que lo rodeaban.

PENÉLOPE

Los minutos se escurrían, arrancando los tonos rosados del cielo y tiñéndolos de un gris opaco y asfixiante. Penélope deambulaba como un animal herido, presa de una desesperanza que la devoraba por dentro. La incertidumbre de no saber si algo le había sucedido a su hijo se enroscaba en su interior como una serpiente, apretando con fuerza cada pensamiento y robándole el aire. Gritaba su nombre con una furia que se deshacía en quiebros, debilitándose poco a poco, hasta que su voz se rompió en sollozos ahogados. El llanto desbordaba sus ojos, y los mechones sueltos de su trenza, pegados a su piel húmeda, acentuaban la desolación en su rostro.

A lo lejos, distinguió una fuente desolada, rodeada de un silencio que parecía burlarse de los recuerdos recientes de risas y chapoteos. Aquella imagen la hirió aún más. Intentaba aplicar la lógica fría y meticulosa que había perfeccionado en años de investigaciones en la empresa de seguros, pero la consternación le nublaba la mente. Se maldecía por no ser capaz de encontrar una pista, cualquier rastro que la guiara, pero su esfuerzo chocaba una y otra vez contra un

muro de angustia paralizante, y cada paso la hundía más en el abismo del desánimo. Su cuerpo avanzaba, pero su espíritu ya se estaba quebrando.

Damián

De repente, una piedra invisible hizo que el niño tropezara y cayera de bruces contra el suelo. Al levantar la mirada, su campo de visión fue invadido por unas piernas gigantescas que se alzaban imponentes frente a él. Desde arriba descendió una mano extendida, un gesto de auxilio que parecía invitarlo al resguardo. Damián, al principio, sintió una punzada de decepción al comprobar que no era la mano de su madre. Aun así, cedió, aceptando la ayuda de aquella desconocida que, en ese momento, representaba su única esperanza de volver con ella.

En ese instante, vio la correa de Canela en el suelo. Damián se giró de inmediato, instintivamente alargando el brazo para alcanzarla, pero el agarre firme de aquella mujer lo arrastraba en dirección opuesta. El pulso se aceleró, su pequeño cuerpo se tensó como un arco a punto de soltar la flecha. Gritó, desgañitándose, como si el sonido pudiera revertir el tiempo o invocar una solución. Aquella correa, insignificante para cualquiera, era para él el último hilo que lo conectaba con el mundo seguro que hasta ese momento había conocido. Pataleó con furia, clavando las manos en el suelo en un intento desesperado por resistir. El suelo era áspero, frío, indiferente a su dolor. La rabia le nubló los ojos y, poco después, el dolor de la angustia los llenó de lágrimas. Su grito resonó en el vacío, un eco distante que parecía burlarse de su desamparo. En medio de la desesperación, su corazón latió con fuerza al imaginar una respuesta: el sonido tan ansiado, tan necesario, de la voz de su madre llamándolo, pero solo el silencio respondió, cruel y profundo.

Penélope

Penélope alzó la cabeza con una determinación que apenas sostenía su fragilidad interna. Se aferraba a esa fachada como a un salvavidas, intentando sofocar el caos de pensamientos que le gritaban todas las posibilidades más aterradoras. La silueta del macizo de Collserola se delineaba tenuemente bajo un débil resplandor, pero su belleza era una burla cruel ante su creciente consternación. La humedad calaba su ropa y su piel, pero no la sentía; su mente estaba demasiado ocupada librando una guerra contra la negrura que amenazaba con consumirla.

Con pasos rápidos, casi frenéticos, se adentró en la maleza, ignorando los rasguños en sus piernas y sus pies. Entonces, el grito. Un sonido agudo y desgarrador que congeló su respiración y aceleró su pulso en un mismo instante. Era él. Era Damián.

El impacto fue brutal, como si todas las paredes que había construido a su alrededor se desplomaran de golpe. Damián no era solo su hijo; era su ancla, la razón por la que había encontrado fuerzas para seguir adelante en los momentos más oscuros. Su risa había iluminado días que de otro modo habrían sido interminables. Ahora, el eco de su grito le arrancaba toda ilusión de control.

Corrió hacia el origen del sonido, llamándolo con desesperación, cada vez más alto, más desgarrado, hasta que su voz se quebró en un sollozo. Su cuerpo temblaba, más de miedo que de frío. ¿Y si llegaba tarde? ¿Y si nunca lo encontraba? La idea la atravesó como una daga helada. Se desplomó sobre sus rodillas, jadeando, intentando reunir fuerzas mientras unas lágrimas silenciosas surcaban su rostro.

La oscuridad era opresiva, un enemigo tangible que se infiltraba en sus pensamientos, pintándolos con los peores escenarios. Por momentos, la tentación de rendirse la invadía. ¿Y si simplemente se tumbaba en cualquier rincón, dejaba de luchar y permitía que las tinieblas se la llevaran a ella también? Pero entonces, la voz de

Damián resonaba en su mente, llamándola: *madre*, y algo dentro de ella se negaba a ceder.

Se levantó, poseída por una energía que no reconocía como suya, y regresó a las luces de la ciudad. Allí, en la tienda donde había estado comprando, Doña Ignacia le permitió usar el teléfono. Mientras marcaba con dedos trémulos, sintió las miradas de reproche y curiosidad clavadas en su espalda. *¿Policía? Se han llevado a mi hijo:* gimió, aceptando al fin la terrible realidad.

Más tarde, arropada con una manta que alguien le había dejado, observaba cómo los policías y voluntarios se adentraban en la espesura con linternas y perros rastreadores. Las horas transcurrían como siglos. Su mente, incapaz de encontrar un refugio seguro, se hundía más y más en el miedo. Cuando un agente joven y cabizbajo se acercó, la sensación de que traía malas noticias se instaló en su pecho.

—Lo siento, señora. No hemos encontrado nada todavía. Seguiremos buscando, pero hasta el amanecer será difícil.

—¿Cómo que nada? ¿Es que la tierra se lo ha tragado? —dijo, con su voz al borde del grito.

—Estamos haciendo todo lo posible, señora. Solo hemos encontrado un animal muerto, pero poco más.

Penélope sintió que el suelo bajo sus pies desaparecía.

—¿Un animal? ¿Qué clase de animal?

—Un perro.

La palabra la golpeó como un mazazo.

—¿De qué color es? —preguntó con un hilo de voz.

El agente dudó un momento.

—Marrón, pero no estoy seguro.

Su corazón dio un vuelco. A pesar del temor, decidió verlo. Guiada por el agente, avanzó tambaleante hacia el lugar. La linterna iluminó

un bulto cubierto por un trozo de tela. Cuando la retiraron, Penélope contuvo el aliento. La cabeza destrozada del animal le provocó una arcada, pero al notar que no era Canela, soltó un suspiro tembloroso.

Entonces, alguien gritó a lo lejos:

—¡He encontrado algo!

La corriente de esperanza la levantó como un resorte. Corrió hacia la voz, más rápido que nadie. Un agente sostenía un reloj en la mano, alzándolo como un trofeo.

—¿Reconoce este objeto? —preguntó.

Ella lo miró con ojos vacilantes.

—No. No lo había visto nunca.

Aunque lo negó, el nerviosismo traicionaba su expresión. Sin embargo, nadie insistió; todos lo achacaron a su estado emocional.

Minutos después, otro agente halló la correa de Canela. Cuando el descubrimiento fue anunciado, un murmullo inquietante recorrió el grupo de búsqueda. Penélope se acercó intranquila, sintiendo cómo sus piernas se volvían de plomo con cada paso. La correa, ahora cubierta de polvo y marcada por el barro, yacía inerte sobre el suelo, como un vestigio mudo de algo perdido. Alguien la señaló como el epicentro de lo que ahora consideraban el escenario del delito.

Penélope se quedó de pie, paralizada, rodeada por las linternas que iluminaban aquel pequeño objeto con una teatralidad cruel. El aire parecía densificarse, haciéndose imposible de respirar. Una oleada de pánico ascendió desde su estómago, cerrándole la garganta y robándole cualquier vestigio de lógica. La esperanza y el miedo se trenzaban en un nudo opresivo que comprimía su pecho, dejándola al borde de la asfixia.

Cada pensamiento se transformaba en un susurro frenético: ¿Dónde estaba Damián? ¿Seguiría vivo? ¿Sufría? Las preguntas eran dagas afiladas que se clavaban una y otra vez en su mente. Quería gritar,

pero la voz se le había encogido. Sentía que su cuerpo flotaba en un limbo, atrapado entre la desesperación y el horror de imaginar lo peor.

El mundo a su alrededor se desdibujaba. El sonido de las pisadas de los agentes, los murmullos de las conversaciones entre ellos, incluso el ladrido de los perros rastreadores, todo se convertía en un zumbido lejano, casi irreal. Su mirada permanecía fija en la correa, como si esa pequeña ristra de hilos entrelazados pudiera revelarle el paradero de su hijo. El tiempo parecía haberse detenido, transformando cada segundo en una eternidad insoportable.

Entonces, una imagen fugaz cruzó su mente: Damián, con la correa en la mano, tirando de Canela mientras reía. Esa visión le arrancó un sollozo desgarrador, pero también un atisbo de determinación. No podía rendirse, no ahora, no mientras él pudiera necesitarla. Aunque el nudo en su pecho seguía creciendo, y cada paso que daba hacia lo desconocido sentía como si caminase sobre una cuerda floja, al borde del abismo.

Capítulo 3 – Búsqueda contra reloj

Tomás

Desde el interior del coche, Tomás tamborileaba con los dedos sobre el volante, mirando el retrovisor con la impaciencia de quien está acostumbrado a jugar con las posibilidades. La noche, con su penumbra envolvente y su promesa de secretos, difuminaba las líneas del mundo exterior, dejándolo en un limbo excitante y confuso. Sabía que su amigo podía no aparecer, y aunque la probabilidad de un nuevo encuentro lo mantenía en vilo, no podía ignorar la punzada de soledad que se había vuelto una constante en su vida.

La última vez que se vieron, su amigo había partido sin garantizar un próximo encuentro, pero Tomás había decidido acudir al mismo lugar y hora cada día. La expectativa de volver a sentir aquel cuerpo cálido y firme sobre el suyo era suficiente motor para su imaginación inagotable. Las desilusiones del pasado quedaban relegadas al olvido. Su mente, siempre buscando nuevas aventuras y estímulos, prefería aferrarse al entusiasmo del presente antes que cargar con el peso de viejas heridas.

Pero había algo en este hombre, diferente a los demás. A pesar de la fachada segura y triunfadora que él proyectaba, Tomás intuía fisuras en esa armadura. Había visto su vulnerabilidad asomarse en los gestos más pequeños, en el modo en que sus dedos temblaban levemente al rozar su piel. Eso le intrigaba. El hombre parecía encarnar todo lo que Tomás evitaba: responsabilidad, estructura, y la peligrosa seriedad del compromiso. Aun así, no podía evitar sentirse atraído por él, como si esas diferencias fueran piezas que encajaban perfectamente en su rompecabezas emocional.

Había algo cruelmente irónico en su situación. En una Barcelona oscura, reconstruyéndose entre las heridas abiertas de la guerra civil y las imposiciones del régimen franquista, amar como él amaba era

visto como un delito o una enfermedad. En 1946, la ciudad estaba llena de silencios forzados, de miradas bajas y de calles donde la sombra de los grises parecía alargarse hasta la eternidad. No eran solo los riesgos externos, como las redadas policiales en los lugares frecuentados por los suyos, o el constante peligro de una denuncia por "escándalo público"; era también el muro invisible que los otros levantaban para protegerse. Su vida estaba llena de momentos robados, de encuentros clandestinos, de hombres que desaparecían antes de que pudiera conocerlos realmente. Y, aun así, Tomás no podía renunciar a esa búsqueda.

Por mucho que intentara convencerse de lo contrario, anhelaba algo más que pasión pasajera. Soñaba con un amor que no tuviera que esconderse, con un compañero que no huyera a la primera señal de peligro. Aunque en aquellos tiempos, parecía un ideal tan lejano como inalcanzable. A veces se preguntaba si había algo mal en él, algo que lo hacía aspirar a lo imposible. La mayoría de los hombres que conocía preferían la seguridad de una fachada, un matrimonio vacío que les proporcionaba una máscara aceptable ante la sociedad, pero él no podía. No quería.

Al principio, pensó que su amigo sería uno más de tantos. Por lo menos, eso imaginaba; ya había tenido algunos desengaños con otros hombres que, después de enamorarse de ellos, desaparecían para siempre. A pesar del muro que había logrado construir durante los últimos años, apilando un cúmulo de decepciones, aquella persona había conseguido franquearlo en poco tiempo. Tomás no había hecho nada para evitarlo esta vez, aunque tenía la terrible sensación de que se iba a arrepentir.

Se habían conocido en uno de esos rincones del Raval donde los desterrados de la hipócrita moral nacionalcatólica podían dejarse llevar por sus instintos; algunos también por sus sentimientos. En esos bares pequeños y oscuros, donde se mezclaba el olor de la humedad con el de los cigarrillos baratos. Lugares que ofrecían una efímera libertad, pero que luego cobraban su precio en forma de remordimientos incapacitantes y sentimientos de baja autoestima. A

pesar de la clandestinidad, el riesgo era constante, no solo por la desaprobación social, sino por las leyes que los castigaban como si amar fuese algo que se debiera penalizar. Los mismos hombres que buscaban consuelo entre sí a menudo terminaban autocastigándose, arrastrados por una culpa que no les pertenecía.

Dios no lo ve con buenos ojos, decían los adeptos a la iglesia. Entonces, ¿por qué motivo permitía que existieran personas así? Tomás había escuchado confesiones desgarradoras de hombres que querían dejar de ser como eran, algunos incluso dispuestos a someterse a mutilaciones para dejar de sentir ese deseo que la sociedad calificaba de aberrante. Aunque él sabía que aquello no era algo que pudiera extirparse, como si fuera un bulto de grasa. Siempre habría gente como él, porque era una parte inquebrantable de la humanidad, y ningún dogma ni decreto lo cambiaría, ni Dios mismo evitaría que siguiera naciendo gente así.

Una tos intencionada lo sacó de sus pensamientos. Giró la cabeza hacia la ventanilla y allí estaba él, con su silueta delineada bajo la luz de un poste cercano. Un nudo le apretó la garganta, no de miedo, sino de una mezcla de alivio y dolor. Porque, aunque había venido, sabía que aquella relación no podía darle lo que realmente deseaba. Fingió buscar algo en la guantera para disimular la emoción que le quemaba en el pecho, y después de unos segundos, desbloqueó la puerta.

El hombre entró al coche con la calma medida de alguien acostumbrado a controlarlo todo. Sin embargo, Tomás percibió la tensión en sus gestos, un nerviosismo apenas disfrazado.

—Te he echado de menos —murmuró el recién llegado, su voz suave pero cargada de intención.

—Yo también —respondió Tomás con naturalidad, igual que si fuera algo evidente.

Tomás se inclinó hacia él, y cuando sus labios se encontraron, el mundo pareció detenerse. El beso fue correspondido, primero con cautela, luego con una intensidad que encendió cada rincón de su

ser. Un calor abrasador lo envolvió desde dentro, como si sus propios deseos hubieran encontrado por fin un reflejo. No pudo resistirse a seguir adelante, avanzando solo hasta donde el otro le permitía.

Al principio, percibió pequeñas barreras, gestos sutiles que marcaban un límite. Aunque Tomás, con una paciencia casi instintiva, supo cómo desarmarlas sin forzar, derribándolas con la suavidad de quien entiende que la entrega no se exige, se provoca con ternura. Y así, juntos, dejaron de resistirse, navegando al unísono en un mar de pasión ardiente que los consumía y los unía en el mismo vaivén.

Cuando finalmente se separaron, los ojos del moreno brillaban bajo la tenue luz de la ciudad cercana. Había algo en su mirada que parecía querer decir más de lo que sus palabras solían admitir. Fue entonces cuando rompió el silencio:

—Hay algo que quiero decirte. Me gustaría ser el único con el que te acuestas —apuntó el moreno de ojos verdes, con una mezcla de seriedad y fragilidad en su voz—. Por mi parte, haré lo mismo… en la medida de lo posible. Mi mujer y yo solo compartimos un techo, pero debo guardar las apariencias. Es todo lo que puedo ofrecerte.

Tomás no pudo evitar una sonrisa que interrumpió la tensión del momento. La franqueza de aquel hombre, aunque limitada por sus circunstancias, le arrancó algo que lo cogió por sorpresa: esperanza, pero esa chispa pronto se apagó al recordar la realidad que los rodeaba.

—Entiendo que quieras protegerte de las represalias, pero quiero que te pongas en mi lugar. Vivo en una habitación con una familia con cuatro chiquillos. He comenzado a odiar a los niños —añadió con un toque de ironía que apenas disimulaba su frustración—. Trabajo en un colmado donde el jefe me detesta. ¿Crees que debo conformarme con dos tardes a la semana para estar con la persona que amo, cuando es lo único que puede animarme en esta vida? — Tomás dejó la pregunta al aire, buscando una reacción que el otro no tardó en tener.

—No. Por supuesto que no. Lo siento. No quiero perderte, sin embargo, intento ser realista. Hay muchos como tú que han acabado en alguna cuneta con un tiro en la frente. No puedo vivir pensando que me puede ocurrir algo así, o sufrir porque le suceda a la persona que amo —recalcó el casado, con su voz temblando al pronunciar las últimas palabras.

Tomás suspiró, dejando que el peso de las emociones encontradas lo atravesara antes de responder:

—Está bien. Dejemos que el tiempo lo decida. Los dos tenemos claro que queremos estar juntos, pues aprovechemos mientras podamos —sentenció, por fin, Tomás.

—De acuerdo —respondió el otro, tras una pausa—, pero debemos estar atentos.

—¿Por qué lo dices? —preguntó el rubio, frunciendo el ceño.

—Tu sobrino me ha visto entrar en tu coche.

Tomás lo miró, divertido, restándole importancia.

—¿Mi sobrino? No tienes que preocuparte por él. No dirá nada. ¿Cuándo nos ha visto?

—Hace un rato.

—De todas formas, ¿por qué no me lo has dicho antes? ¿No te ha parecido extraño que un niño estuviera deambulando por las afueras?

—No sé… Tenía la esperanza de que no me reconociera, pero su mirada creo que decía lo contrario. Estaba nervioso. Además, tampoco estaba seguro de que fuese él. ¿Y si era él? Tú, imagina, que cuenta que ha visto cómo su profesor se introducía en el coche de su tío en un descampado, durante la noche. Esto no puede estar pasando. Quería convencerme de que no había ocurrido, por eso no te he dicho nada, pero ahora me estoy agobiando.

La tensión en el aire se hizo palpable, y en aquel preciso momento, las luces de un coche de policía rompieron la oscuridad del camino

cercano. Tomás sintió que el tiempo se congelaba mientras el vehículo pasaba lentamente junto a ellos. El otro hombre, con un ceño fruncido y una excusa apresurada, salió del coche a toda prisa.

Tomás encendió el motor en silencio y condujo lentamente, con las luces apagadas, hasta que alcanzó la entrada a la ciudad. Mientras las sombras de las calles lo envolvían, no podía dejar de pensar en cuánto tiempo más podría sostener aquella vida dividida entre el deseo y el miedo.

Penélope

Faltaban apenas unos minutos para las seis horas y cuarenta y dos. En ese instante exacto, el sol debía iluminar el inicio de la búsqueda. Los perros rastreadores estaban atados al guardabarros de un vehículo policial. Sus aullidos, ásperos y penetrantes, desgarraban el aire. Ansiosos, tiraban de las correas con una ferocidad casi desesperada, como si también compartieran la urgencia de encontrar a la víctima. Habían impregnado sus sentidos con las prendas de Damián, la ropa que Penélope había llevado a la comisaría. Esa misma ropa que su hijo había insistido en usar el día anterior, convencido de que le traía suerte. *La suerte no está en la ropa, cariño*, le había dicho entonces, con una sonrisa indulgente. Ahora, esa frase le pesaba como un hierro al rojo vivo. Después de todo lo ocurrido, ¿cómo podía estar tan segura de sus palabras?

El amanecer, lento y cruel, seguía demorándose, alargando las sombras que envolvían el campo de búsqueda. La madre observaba a los policías mientras organizaban los equipos: tres grupos repartidos para inspeccionar diferentes zonas. Entre ellos, el inspector Diego Roca, un hombre de semblante severo y distante, daba órdenes con precisión militar. Penélope lo conocía desde hacía años, de cuando era un niño que corría por las mismas calles que su hermano. Aunque ahora, ese pasado común parecía enterrado. Roca ni siquiera dio señales de reconocerla, y ella no quiso mencionarlo; tal vez era mejor así.

Otro de los grupos formados estaba dirigido por el subinspector Rafael Monroy, un hombre de tez morena, pelo oscuro y mirada intensa. Al acercarse, le ofreció la mano con cortesía, mientras esbozaba una discreta sonrisa.

—¿Trajo alguna fotografía de su hijo, señora? —preguntó, con un acento cubano marcado y un tono cálido pero firme.

Penélope, con gesto tembloroso, sacó una única imagen del bolso y se la entregó.

—Solo tengo esta. Por favor…, cuídela bien —murmuró, igual que si entregara algo irremplazable

Rafael sostuvo la foto con cuidado, como si el objeto tuviera un peso emocional evidente.

—Descuide, señora. La trataré de la misma forma que si fuera mía. Ahora bien, ¿recuerda qué ropa llevaba su hijo antes de desaparecer? —preguntó, mientras sacaba un pequeño cuaderno marrón de su chaqueta y un lapicero desgastado, listo para anotar.

—¡No ha desaparecido! ¡Se lo han llevado! —espetó Penélope, con la voz quebrada por el hastío.

—Vamos a cogerlo con calma, señora. Si le subimos mucho el fuego a la olla, se nos pega el arroz. Necesito que me ayude a entender cómo está tan segura de eso que dice —sugirió, con la mirada fija, pero sin rastro de juicio.

—Lo oí gritar… —susurró ella, llevándose la mano al pecho—. Como si lo estuvieran arrastrando a la fuerza. ¡Debe creerme! Soy su madre. Sé cuándo mi hijo está en peligro. Su forma de chillar… —La voz se le quebró, y sus rodillas parecieron ceder un momento.

Rafael dio un paso adelante, extendiendo el brazo para sostenerla, pero Penélope recuperó el equilibrio antes de que pudiera ayudarla.

—¿Está segura de eso, señora...? —Monroy bajó la mirada al papel que sostenía y leyó con cuidado—: Penélope Maspons. Bonito nombre. —Sonrió brevemente, pero su tono no perdió la seriedad—.

¿Maspons? Ese apellido me suena. ¿Tiene algo que ver con la empresa Maspons y Cía.?

Ella reaccionó con un gesto de desasosiego, y su voz salió entrecortada.

—Sí… Mi padre es el socio principal.

Rafael asintió lentamente, dejando que la información se asentara.

—Entendido. Ahora, dígame, señora Maspons, ¿qué ocurrió exactamente? Vamos paso a paso, sin prisa —dijo, inclinando la cabeza levemente, como si le diera todo el tiempo del mundo para hablar.

Penélope respiró hondo y, luchando contra las lágrimas, relató todo lo ocurrido, desde que salieron de casa, excluyendo la compra, hasta la desesperada búsqueda en el bosque.

Ahora, tras varias horas de infructuosa espera, el viento golpeaba su rostro húmedo, mezclando las lágrimas con el frío que mordía su piel. Sus manos, entrelazadas como un nudo de angustia, sostenían su última esperanza: *Es fuerte, es un niño fuerte*, repetía en su mente como un mantra. Sin embargo, la voz interna que intentaba calmarla era opacada por una más oscura, cruel y despiadada. Imaginaba a su hijo sufriendo, llamándola en vano. Ese pensamiento la atravesaba como una daga, dejando su pecho oprimido, casi sin aire. Se levantaba de la roca donde había tomado asiento, solo para caer de nuevo, incapaz de encontrar calma. Su tacón golpeaba la tierra roja con un ritmo frenético, un eco de su desesperación.

De pronto, escuchó el murmullo de una discusión acalorada. Desde aquel lugar, podía ver claramente que se trataba de los dos agentes, Roca y Monroy. Los brazos de ambos se agitaban en un brusco baile que rompía el viento. El sonido de aquellas palabras encendió en Penélope una chispa de curiosidad. Sin pensarlo demasiado, se deslizó entre los vehículos hasta ocultarse tras uno de ellos, donde pudo escuchar con claridad.

—Las huellas de neumático en la esplanada son recientes —comentaba Roca con tono apremiante, casi como si estuviera dando órdenes más que compartiendo información—. Hay manchas de aceite que podrían darnos más información del coche. Los técnicos están trabajando en ello. Es nuestra mejor pista.

—Nadie más ha podido pasar por este lugar después del suceso —añadió, cruzándose de brazos con firmeza—. Román se ha asegurado de que no transitara nadie durante la noche. Alguien aparcó ahí un coche y después se largó. Esto podría llevarnos directamente al culpable.

Rafael, con las manos en los bolsillos y un aire reflexivo, lo observaba en silencio. Finalmente, habló con suavidad, como si midiera cada palabra.

—No digo que no sea importante, inspector, pero… —hizo una breve pausa, clavando la mirada en el suelo antes de volver a levantarla—, cualquiera pudo dejar el vehículo ahí. No sabemos si estuvo en el lugar durante la desaparición o después. No me parece algo tan sólido como para darle tanto peso, ¿no cree?

Penélope apretó los dientes al oírlo. *¡Mi hijo no puede depender de suposiciones!*, pensó, mientras la conversación continuaba con una calma que le resultaba intolerable.

—Por ahora, es todo lo que tenemos —replicó Roca, irritado, inclinándose hacia Monroy como si quisiera imponer su postura—. ¿O acaso se le ocurre algo mejor?

Rafael suspiró, dejando que el peso del aire enfriara la tensión del ambiente.

—Tal vez podríamos preguntar a los vecinos si vieron algo. A veces, la gente guarda detalles que parecen insignificantes hasta que se les pregunta —propuso, tranquilo.

Diego resopló, como si la sugerencia fuera casi una pérdida de tiempo.

—¿Sabe cuánta gente vive aquí? Nos llevaría semanas. Si descubrimos quién estaba en ese coche, tendremos algo concreto. Deje de dar vueltas y enfoquémonos en lo importante.

—Está bien —respondió Rafael, con la misma calma, aunque su tono se tensó apenas un poco—. Por otro lado, también tenemos el reloj de pulsera que encontramos. Yo puedo encargarme de investigar dónde venden este modelo. Parece exclusivo; tal vez podamos acotar las opciones.

Diego asintió brevemente, aunque no parecía del todo convencido. Entonces, añadió con un matiz de indiferencia:

—Tampoco podemos descartar que el niño se haya escapado.

Rafael frunció apenas el ceño, pero no levantó la voz.

—No creo que haya sido así —dijo con firmeza, aunque sin agresividad—. Creo que la madre dice la verdad. Ella está segura de que se lo llevaron.

Roca alzó las cejas y una sonrisa irónica se dibujó en su rostro.

—¿Así que confía tanto en ella? ¿No sabe quién es? —dijo con sarcasmo.

Rafael lo miró, inquisitivo.

—¿Qué quiere decir? Sé que es la hija de Justo Maspons, el empresario.

Roca se echó hacia atrás en su silla, cruzándose de brazos, con una mueca que mezclaba diversión y desdén.

—Veo que no ha oído los rumores —comentó, con un matiz sugerente.

—¿Qué rumores? —Rafael se metió las manos en los bolsillos y ladeó la cabeza, con una expresión serena pero atenta.

—Digamos que ha tenido una vida… un tanto libertina —soltó Diego, riéndose entre dientes, como si fuera un chiste privado.

Rafael arqueó apenas una ceja y asintió lentamente.

—Bueno… —murmuró—, lo que la gente diga no siempre es lo que es. —Sus palabras quedaron flotando en el aire, suaves pero firmes, como una advertencia que Diego ignoró.

—¡Vaya! Nunca lo hubiera dicho —respondió Roca, todavía divertido.

Penélope se echó la mano a la cara y resopló con ira desde su escondite. Observó cómo se alejaban para anunciar el final de la búsqueda. Ella se irritó al comprobar que no tenían intención de continuar con la pesquisa. Se dirigió hacia los agentes de la Brigada de Investigación Criminal, dispuesta a exigir que no se detuvieran hasta encontrar a su hijo. Sin embargo, su frustración estalló al ver al subinspector Monroy dibujando una caricatura en el cuaderno que había utilizado para anotar sus respuestas, con aire de despreocupación. A la madre aquello le pareció indignante. Estaba segura de que si se tratara de su propio hijo se lo tomaría más en serio. Colocó sus manos en jarras y dio media vuelta, dispuesta a huir de la incompetencia de la policía. En ese momento, un joven agente la llamó.

—Hemos encontrado algo, señora Maspons. Dígame si esto es de su hijo —inquirió el policía.

Llevaba una bolsita de tela en las manos. Al moverla, se podía distinguir un suave tintineo que le resultó muy familiar a la madre del niño. Cuando la observó con detenimiento pudo reconocer la bolsa que le cosió a Damián con unos retales con el fin de que guardara ahí sus canicas. Ella intentó alcanzarla, pero el agente que las sujetaba retrocedió su brazo para impedírselo.

—No la toque, por favor. Díganos si es de su hijo.

Rafael Monroy intervino con un gesto conciliador:

—Déjesela un momento.

La bolsa llegó finalmente a las manos de Penélope, quien la acercó a su rostro. Inspiró profundamente, como si en aquel objeto pudiera encontrar la esencia de Damián. Aunque en lugar de consuelo, solo halló vacío. El tintineo que antes le había dado tanta alegría era

ahora un recordatorio brutal de su ausencia. Las lágrimas comenzaron a caer sin control, mientras su mente se enfrentaba al abismo de la incertidumbre. *¿Estará vivo? ¿Estará sufriendo? ¿Volveré a verlo?*

El peso de no saber era insoportable, un dolor que le robaba el aliento y la fuerza para seguir adelante, pero Penélope no podía rendirse. No lo haría. Porque mientras quedase aliento en su cuerpo, lucharía por su hijo. Era su madre, y nunca dejaría de intentarlo. Jamás.

Águeda (La Dama de los Huesos)

La penumbra había invadido el bosque, dejándolo a expensas de las ánimas atormentadas que vagaban en las tinieblas de lo invisible. El aire estaba cargado de una humedad que se adhería a la piel, pesada y opresiva, como un presagio que se hacía tangible. Unas tenues luces, a lo lejos, regaban de tonos ambarinos una casona cuyas paredes de piedra testimoniaban lo inminente. Desde el interior, emergían gritos y sollozos, huecos, como si el eco de un sufrimiento sin fin se deslizara por las grietas de la piedra.

A unos veinte metros, bajo la mirada severa de una luna parcialmente oculta por las nubes, dos muchachos se alternaban para cavar una fosa de metro y medio por cincuenta centímetros. Sus movimientos eran torpes y pesados, las manos llagadas por el esfuerzo y la tierra húmeda pegada a las uñas. Cada palada parecía arrancarles no solo sudor, sino también fragmentos de su espíritu. La respiración entrecortada de los jóvenes era el único sonido que competía con el crujido de las palas al desgarrar el suelo.

Observando la escena con una mezcla de impaciencia y desdén, una mujer envejecida, vestida con atuendos oscuros y raídos, se mantenía inmóvil. Su figura proyectaba una sombra alargada que se extendía sobre la fosa, como si la misma noche la envolviera. Una ardilla acurrucada en su hombro mordisqueaba nueces que la mujer le ofrecía mecánicamente, sin apartar la vista de la faena. Sus ojos, oscuros y hundidos, eran como pozos insondables que parecían contemplar más allá de lo visible.

Al introducir la mano en el bolsillo, encontró una hoja de roble. Por un instante, sus dedos se detuvieron. La sostuvo con extrañeza, intentando recordar cómo había llegado allí. Finalmente, la dejó caer al suelo sin darle importancia, aunque sus labios murmuraron algo inaudible, un susurro perdido en el viento que comenzaba a alzarse.

El niño estaba maniatado, con las manos a la espalda. La cuerda que lo sujetaba era rígida, y la venda sobre sus ojos, impedía que pudiera presenciar su destino todavía. Aunque, por el temblor de su cuerpo, se podía advertir que presentía que algo terrible estaba a punto de suceder. Sus músculos tensos y la respiración acelerada deleitaban a Águeda, que lo miraba con impaciencia.

De pronto, uno de los chicos dejó caer la pala. El sonido metálico rompió el pesado silencio como un trueno, y la mujer reaccionó de inmediato. Su rostro se contrajo en una mueca de furia, y con un movimiento rápido levantó el bastón que llevaba consigo.

—¡Inútil! —exclamó, descargando el báculo sobre el muchacho.

El chico tropezó y cayó dentro de la fosa, levantando una lluvia de tierra húmeda que se depositó sobre la hojarasca.

—¡Si no eres capaz de acabar el trabajo, harás compañía a este mocoso! —gritó con una voz que parecía desgarrar la misma noche.

El muchacho, pálido y temeroso, se puso de pie de inmediato. Su rostro estaba manchado de tierra y lágrimas, pero sus manos, temblorosas, se aferraron a la pala mientras reanudaba el trabajo. Tosía nervioso, con un nudo en la garganta que parecía crecer a medida que la fosa se hacía más profunda.

Cuando la mujer dio el visto bueno, los chicos se desplomaron en el suelo, jadeando. Sus cuerpos estaban exhaustos, pero sus ojos evitaban mirar a la anciana. Águeda, con aire solemne, alzó los brazos hacia el cielo, igual que si intentara comunicarse con fuerzas invisibles. Su cabeza se inclinó hacia atrás, sus párpados se cerraron parcialmente, y un suspiro profundo escapó de sus labios. El momento había llegado.

Se giró para agarrar el hacha que tenía preparada. La madera del mango parecía resplandecer con un fulgor pernicioso, y la hoja afilada reflejaba las luces procedentes de la casa. Águeda la sostuvo con ambas manos, admirando su filo como si fuera un objeto sagrado. El grueso cabello de la nigromante apenas se movía con la

brisa que comenzaba a soplar, impregnada de una humedad creciente que anunciaba tormenta.

En un instante de distracción, el niño secuestrado aprovechó la oportunidad. Con una facilidad sorprendente, logró liberarse de las ataduras y la venda que lo cegaba. Antes de que alguien pudiera reaccionar, se levantó de un salto y corrió hacia el bosque, tropezando con raíces y ramas caídas. La venda que antes le impedía ver ahora le rodeaba el cuello como un pañuelo, ondeando al ritmo de sus pasos desesperados.

—¡Maldito niño! —gritó la mujer, levantando una piedra del suelo y lanzándola con fuerza.

El primer intento falló, y el segundo también. Damián corría como si la vida se le escapara con cada zancada. Aunque finalmente, la tercera piedra lo golpeó en la cabeza. El impacto fue seco, brutal, y el niño se desplomó sobre el suelo húmedo, que lo acogió en su regazo como un amante sombrío.

Un trueno ensordecedor quebró el silencio de forma despiadada, y la primera gota de lluvia cayó con un peso que anunciaba el diluvio. La mujer, con el hacha en alto, se colocó sobre el cuerpo inconsciente del niño. La respiración de Águeda era agitada, pero su mirada estaba fija, cargada de determinación.

De repente, una hoja de roble comenzó a descender lentamente desde las alturas. Su caída parecía ralentizada, como si el tiempo mismo se detuviese. Al posarse sobre la frente del niño, un relámpago iluminó el lugar cegando a todos por un momento. Por un instante, la mujer vaciló. Algo en aquella hoja, insignificante y trivial, parecía contener un mensaje que solo ella podía comprender. Un instante después, la lluvia comenzó a caer con furia torrencial, igual que si el mismo cielo quisiera evitar lo que estaba por suceder.

Penélope

El viento había amainado, y la oscuridad comenzaba a adueñarse de cada rincón de la ciudad. Nubarrones amenazantes, arrastrados desde el mar, avanzaban con prisa hacia el interior. Penélope caminaba hacia su casa, consumida por una mezcla de desaliento y desesperación. La policía parecía incapaz de comprender la urgencia de encontrar a su hijo. En lugar de seguir buscando por la sierra de Collserola, habían decidido encerrarse en la Jefatura de Policía a analizar unos indicios insignificantes, mientras Damián seguía en peligro. A ello se sumaba la actitud burlesca de aquel policía cubano, que había dibujado el drama en forma de chiste. Para colmo, había intentado coquetear con ella, como si su espléndida sonrisa pudiera sanar su dolor.

Cuando Penélope estaba a punto de entrar en su casa, una imagen captó su atención por el rabillo del ojo. En la acera opuesta, unas puertas más atrás, vio a su vecino Pedro cerrando la suya tras de sí. De inmediato, un torrente de recuerdos la asaltó: las veces que había encontrado a su hijo conversando con aquel hombre y las ocasiones en que, con recelo, le había impedido acercarse. Damián disfrutaba hablando con él, algo que Penélope nunca comprendió. Sentía que había algo oscuro en aquella relación; no podía soportar los regalos de madera tallada que Pedro le ofrecía a su hijo, aceptados siempre con entusiasmo infantil.

Pedro la miró entonces, enarcando una ceja con intriga. Su mirada se sostuvo lo suficiente como para despertar un fuego abrasador en el pecho de Penélope, quien en ese momento lo entendió todo. Aquella sensación de incomodidad había sido un aviso: él tenía algo que ver con la desaparición de Damián. Con un impulso irrefrenable, corrió hacia él, bloqueando la puerta antes de que pudiera cerrarse. Su voz temblaba de rabia y angustia.

—¿Dónde está mi hijo? —le gritó, limpiándose las lágrimas que recorrían su rostro.

Pedro la miró perplejo, sin responder.

—¡Dígame dónde lo tiene! ¡Sé que usted lo secuestró! —insistió, impidiendo que escapara.

Sin mediar palabra, Pedro intentó marcharse, pero Penélope lo sujetó por la chaqueta y lo empujó con tanta fuerza que cayó al suelo, golpeándose la cabeza contra el pavimento. Unos transeúntes se acercaron alarmados. Mientras lo ayudaban a incorporarse, Penélope, fuera de sí, le lanzó un golpe con su bolso para que el otro le respondiera. Cuando llegó un policía, Pedro, todavía aturdido, declinó presentar una denuncia contra ella. Con una compasión inesperada, simplemente se marchó, dejando a Penélope bajo la mirada desconfiada del agente.

—¡Señora, tranquilícese! —le espetó el policía al sujetarla—. ¡Le va a dar un soponcio!

Pero Penélope estaba desbordada. Todo el sistema parecía volverse en su contra.

—Si vuelve a ocurrir algo parecido, la llevaremos a la Jefatura de Policía. ¿Comprendido? —amenazó el agente.

—¡No entienden nada! ¡Se han llevado a mi hijo! —exclamó, sollozando con rabia.

—¡Señora!, deje ese trabajo a la policía. ¿Ha denunciado la desaparición?

—Sí, pero ha sido un secuestro, no una desaparición. Estoy segura de ello —dijo colocando sus manos en medio del pecho.

—Lo que usted diga, señora. Y le vuelvo a repetir: vaya con sus sospechas a los agentes que llevan la investigación. Ellos las tendrán en cuenta —aconsejó el policía de paisano—. Si quiere la puedo acompañar hasta la Jefatura para que pueda hablar con ellos.

Ella se apartó de un tirón.

—No será necesario. Ya sé ir yo solita —exclamó con resentimiento.

Penélope entró en su casa, donde la penumbra intensificaba su desesperación. Todo parecía suspendido en el tiempo, como si la

casa misma se negara a aceptar la ausencia de Damián. Abrió los porticones, dejando que la tenue luz del exterior se colara entre las sombras, pero el aire seguía siendo denso, cargado de una melancolía asfixiante. Se dirigió a la habitación de su hijo, empujando la puerta con cautela, del mismo modo que si temiera alterar el delicado equilibrio de aquel espacio detenido en el pasado.

El cuarto de Damián estaba intacto, cada detalle permanecía en su lugar, igual que si él fuera a regresar en cualquier momento: los juguetes cuidadosamente apilados en la estantería, la cama hecha con esmero y el olor aún perceptible de su colonia infantil. Penélope abrió las ventanas, la brisa fresca irrumpió en la habitación, barriendo el aire rancio y trayendo consigo ecos lejanos de vida. La luz desveló el vacío que albergaba cada rincón de aquella sala llena de recuerdos.

Sobre la cómoda de madera de pino, una fotografía capturaba un momento de felicidad pasada: madre e hijo sonriendo durante un día soleado en el parque de atracciones del Tibidabo. Penélope se acercó, sujetó el marco metálico con manos temblorosas y lo observó con ternura y añoranza. Los recuerdos se agolparon en su mente: la risa contagiosa de Damián, sus ojos brillantes llenos de curiosidad, y la calidez de su pequeña mano aferrada a la suya. Cerró los ojos un instante y besó la fotografía, como si pudiera invocar a través de ese gesto la presencia de su hijo.

Se acercó a la ventana y se asomó al mundo exterior, observando a la gente que transitaba la calle, ajena a su dolor. Cada niño que veía desde allí parecía, por un fugaz instante, ser Damián. Su corazón latía con esperanza, solo para desplomarse cuando la realidad desmentía sus ilusiones. Esa secuencia de emociones, una y otra vez, comenzaba a carcomerla. No podía quedarse de brazos cruzados. La policía, con su lentitud y burocracia, no iba a devolverle a su hijo; debía actuar por su cuenta.

Decidida, salió a buscar pistas. Después de recorrer varias calles y enfrentarse al silencio de los vecinos, un anciano le proporcionó la primera esperanza: había visto a un niño con pelo rizado y un perro

marrón el día anterior, cerca de un sendero que conducía a la montaña.

Durante aquella tarde, él caminaba tranquilamente hacia el bosque, apoyándose en su bastón con cada paso. De repente, una bicicleta pasó velozmente junto a él, golpeando el báculo que lo sostenía. Indignado, quiso usarlo para darle un escarmiento al ciclista, pero la edad, con sus inevitables estragos, había mermado los reflejos de antaño. No logró alcanzarlo y el garrote terminó cayendo al suelo.

Aun así, tuvo tiempo suficiente para fijarse bien en el aspecto de aquel maleducado, por si volvía a cruzarse con él y pudiera darle su merecido. Mientras se agachaba con esfuerzo para recuperar el bastón, percibió un movimiento fugaz por el rabillo del ojo. Instintivamente, lo retiró para no golpear al que se aproximaba, aunque al alzar la vista descubrió que se trataba de un perro.

Pocos segundos después, otro niño, este con el cabello ondulado, apareció corriendo tras el animal, gritando con evidente apremio. La escena quedó grabada en su memoria, aunque en ese momento no entendió del todo su importancia.

El anciano insistió en acompañar a Penélope hasta el lugar del suceso, mientras le explicaba que el niño que iba delante tendría unos catorce años y llevaba el pelo recortado a casco. En un momento dado, señaló un estrecho sendero con el garrote, con claras señales de no poder proseguir hasta el lugar en cuestión. Con un suspiro que resonó en su pecho, siguió las indicaciones del anciano.

A pesar de haber avanzado ya unos metros, todavía podía oír al anciano parlotear a lo lejos, como un eco persistente de su compañía reciente. Penélope continuó su marcha por una travesía que se abría paso entre carrascos y robles de hojas envejecidas, dejando que las marcas de la bicicleta, claramente señaladas en el suelo arcilloso y húmedo, guiaran sus pasos. La tierra, moldeada por las ruedas, parecía contar una historia reciente, y ese rastro tangible llenaba a Penélope de un frágil optimismo.

Sin embargo, al llegar a la cima, algo desmoronó aquella esperanza. A su izquierda, divisó el parque de atracciones del Tibidabo, el lugar donde había llevado a su hijo cuando cumplió siete años. La visión le trajo una punzada de nostalgia y dolor, como si aquel espacio compartido ahora se burlara de su sufrimiento. Bajó la vista hacia el suelo, solo para descubrir que las huellas que había seguido con tanta dedicación ahora se confundían con las marcas de los vehículos que transitaban a diario por la carretera que venía de Barcelona.

Determinada a no rendirse, continuó caminando hasta alcanzar la ladera contraria, pasando junto a un antiguo hotel que, como bien recordaba, había servido como hospital militar durante la guerra. La carga emocional y física comenzó a pesarle. Finalmente, se dejó caer sobre la hierba, vencida por un cansancio repentino que parecía haber estado aguardando el momento en que la tensión le diera tregua.

Desde aquel punto, podía contemplar cómo una profusión de árboles y arbustos se extendía ante ella, formando una cortina de penumbra que parecía regodearse de su impotencia. Cada rincón del paisaje parecía conspirar para esconder cualquier prueba de que su hijo hubiera pasado por allí. La incertidumbre la abrazó de nuevo, recordándole que su búsqueda aún estaba lejos de terminar.

El regreso fue mucho más breve, ya que la pendiente pronunciada la obligaba a avanzar más rápido, pese a su cansancio. Por momentos, la fuerte bajada la hacía trastabillar, obligándola a concentrarse en cada pisada. Antes de continuar hacia el camino principal, decidió desviarse campo a través, con la esperanza de descubrir algún resto que le indicara la dirección tomada por quien se había llevado a su hijo.

En un momento dado, un ruido quebró el silencio del bosque. Su corazón dio un vuelco, temiendo que pudiera tratarse de un jabalí. Se detuvo, inmóvil, tratando de identificar el origen del sonido. Para su alivio, lo que vio fue una ardilla, que subía ágilmente por el tronco de un pino cercano. Apenas recuperada de la tensión, giró

para seguir su camino, pero algo en el suelo la hizo tropezar. Cayó de bruces, aunque, por suerte, pudo colocar las manos a tiempo para evitar que su rostro golpeara el suelo.

Con esfuerzo, se incorporó sujetándose a un árbol. Al mirar sus rodillas bajo la falda larga, notó que estaban ensangrentadas. Mientras se limpiaba las heridas con un pañuelo, su mirada se posó en algo curioso: una cuerda de cáñamo estirada sobre las acículas. Examinó con atención el hallazgo, aliviada al pensar que no era su torpeza la que la había hecho caer, sino aquel obstáculo inesperado. La siguió con los dedos hasta el tronco de un gran árbol donde estaba atada. Al observarla más de cerca, se dio cuenta de que uno de los extremos estaba completamente deshilachado, como si algo o alguien la hubiera roído.

Fue entonces cuando su atención se desvió hacia algo más. Muy cerca, un trozo de tela blanca ondeaba suavemente al viento, atrapado en unas plantas punzantes. Lo recogió con cuidado y, al examinarlo, se dio cuenta de que era el fragmento de una venda. De inmediato, recordó a Canela, entonces cayó en la cuenta de que no había aparecido desde lo sucedido a Damián. Una idea cobró forma en su mente: quizá habían atado al animal para impedirle intervenir, pero parecía que había logrado escapar. Este pensamiento le dio un pequeño consuelo; si el perro había huido y no había regresado a casa, tal vez estaba custodiando a su hijo en algún lugar.

Impulsada por la posibilidad, siguió inspeccionando el terreno cercano en busca de más pistas. Fue entonces cuando encontró otro indicio: un trozo de tela negra, rígida y áspera al tacto, que parecía parte de alguna vestimenta. Lo recogió con cuidado, sabiendo que podía ser una pista importante. Satisfecha con sus hallazgos, pero mentalmente agotada, decidió regresar a casa. Necesitaba poner en orden sus pensamientos y analizar lo que había encontrado.

Mientras guardaba las piezas de tela, un pensamiento cruzó su mente como un rayo: no se había acordado de contarle lo sucedido a su hermano. La idea de su olvido la inquietó, pero también reforzó

su determinación. Había demasiadas piezas en aquel rompecabezas, y tendría que trabajar duro para descubrir la verdad.

Capítulo 4 – Primeros indicios

Penélope

Nada más abrir los ojos, se arrepintió de haberlo hecho. La oscuridad parecía devorar todo a su alrededor, y el aire, denso y pesado, se colaba en sus pulmones como un veneno invisible. Quiso volver a cerrarlos, como si el acto de no mirar pudiera protegerla, pero ya era tarde. Sentía cómo la realidad de aquel lugar la envolvía con sus garras, atrapándola en un ciclo sin fin. No podría escapar de aquel sitio al que siempre volvía, por mucho que lo intentara.

El fino camisón que llevaba puesto se le enredaba entre las piernas, como si también él conspirara contra ella, impidiéndole moverse con normalidad. Cada paso era torpe, como caminar contra una marea invisible. El fango que lo cubría parecía vivo, resbaladizo y viscoso, obligándola a deslizarse hacia el centro de la caverna. No era un movimiento brusco, pero era constante, inevitable.

Penélope levantó la vista, con su mirada cargada de ansiedad. A través de una obertura en la roca, la luna menguante se asomaba con una luz pálida y débil, como una promesa lejana de libertad. Era la única señal del mundo exterior, uno al que no parecía poder regresar. Por el contrario, cada movimiento la llevaba más adentro, más profundamente en aquel purgatorio que parecía creado solo para ella.

Sentía las miradas. Sabía que algo o alguien la estaba observando, y no era solo una paranoia; era una certeza que le recorría la piel como una descarga eléctrica. Las miradas eran punzantes, afiladas, como pequeñas dagas que se clavaban en cada milímetro de su cuerpo, provocándole un dolor que no era físico, pero igual de insoportable.

La oscuridad se condensaba con cada paso que daba. Era tan densa que llegó a preguntarse si aún estaba allí, si no había sido engullida

por completo por esa negrura infinita. Su mente, enredada en el terror, le mostraba monstruos deformes que salían de las sombras, grotescos engendros de lo que alguna vez pudieron ser humanos. Sus bocas se abrían para devorarla, y sus ojos eran vacíos, pozos sin fondo que la llamaban a caer en ellos.

El sonido de unas risas chirriantes la sacudió. Eran artificiales, inhumanas, como si vinieran de algún mecanismo infernal que se burlaba de su desesperación. Penélope se encogió, temblando, mientras el eco de aquellas carcajadas resonaba en sus oídos como un martilleo implacable.

Palpó el suelo con las manos en busca de algo a lo que aferrarse, cualquier cosa que le diera estabilidad en medio de aquel caos. Sus dedos encontraron algo frío y sólido. Al principio pensó que era una roca, pero pronto se dio cuenta de que no lo era. Eran unos pies desnudos. Sintió las uñas largas y curvadas rozar su piel. Apartó las manos al instante, estremeciéndose de repulsión.

Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza, y el miedo la paralizó por completo. Quiso huir, pero sus piernas no respondían. Su cuerpo parecía haber sido tomado por la misma caverna, convirtiéndola en una extensión de aquel lugar. Temblando, se acurrucó junto a una pared de roca tan húmeda como el suelo. Las gotas resbalaban por la superficie y caían sobre su rostro, como si la misma caverna llorara con ella.

Entonces, en medio del horror, algo rompió el encantamiento. Una voz conocida emergió de las profundidades.

—¡Madre! —Era Damián.

El sonido la atravesó como un rayo. Por un momento, el miedo y la desesperación cedieron ante un instinto más poderoso: el de proteger a su hijo. Penélope se levantó, intentando no perder el equilibrio; sus piernas temblorosas apenas la sostenían. Tiritaba de miedo, y sus dientes castañeaban con un sonido que llenaba el silencio. Cada paso que daba hacia el interior era un acto de pura voluntad, una lucha contra el pánico que la consumía. Estaba

completamente paralizada por el pavor, pero algo más profundo que el miedo la empujaba. Damián la necesitaba.

De pronto, una fuerza brutal la empujó fuera del sueño, como si quisieran hacerle ver que estaba perdiendo el tiempo bajo las sábanas.

Francisco

Un estruendo abrupto lo arrancó de su concentración. La calidez de la habitación, sumada al silencio que hasta entonces lo rodeaba, lo había envuelto en un leve sopor. Los acordes disonantes de una supuesta melodía lo alteraron profundamente, encendiendo su irritación habitual. Francisco levantó la voz, dirigiéndose al salón:

—¡Apaga ese trasto de una vez! —gruñó, refiriéndose al aparato de radio que había perdido la sintonía.

Cuando se hizo de nuevo el silencio, suspiró con alivio, y al regresar a su escritorio, la tarea que lo tenía absorto desde hacía horas lo estaba esperando. Cavilaba formas de estabilizar el negocio y reducir su dependencia de la venta ocasional de un vehículo. Después de la guerra, las ventas habían caído en picado. En ocasiones, pasaban semanas sin vender un solo automóvil, y los gastos mensuales seguían acumulándose.

Un empresario local le había propuesto vender accesorios para vehículos: fundas para asientos, alfombrillas, limpiaparabrisas. Francisco había estado haciendo cálculos; aunque no representaría un cambio drástico en las ganancias, aportaría ingresos recurrentes que aliviarían la presión financiera.

De repente, Dorotea irrumpió en la estancia, con unos rulos desordenados en el lado derecho de la cabeza.

—¡Me estoy arreglando! No puedo estar pendiente de la radio —se excusó, alzando la voz con cierto tono teatral.

—¡Pues si te vas, apágala! No es tan complicado —replicó Francisco sin apartar la vista de sus números.

Ella, acostumbrada a su dureza, reprimió las palabras que le venían a la mente, dejando escapar un suspiro contenido.

—Francisco, acabo de ver un local cerca de casa a muy buen precio —anunció con un entusiasmo comedido, intentando suavizar el ambiente—. Podría servir para abrir una boutique elegante. Sería perfecto para un público selecto.

Francisco levantó la mirada, escrutándola con esa mezcla de escepticismo y frialdad que tanto la exasperaba.

—¿Otra vez con eso? ¿Es que ya has olvidado lo que pasó la última vez? —respondió seco, volviendo a sus papeles.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Dorotea, fingiendo inocencia.

—Que fracasaste. Así de simple.

—¿Fracasé? —replicó ella, llevándose una mano al pecho—. ¿Cómo puedes decir eso? Fue la guerra la que arruinó todo, no yo.

—Un buen negociante saca adelante su empresa en cualquier circunstancia —sentenció Francisco, implacable.

Dorotea apretó los labios, respiró hondo y respondió con tono sereno, aunque sus ojos traicionaban su enojo.

—¿Por qué siempre eres tan rígido conmigo? He aprendido de aquel error, Francisco. Además, si no funcionara, siempre tendríamos el local. Podríamos alquilarlo.

—¿Tú? ¿Aprender? —Francisco se frotó las sienes, sintiendo que la conversación le provocaba un incipiente dolor de cabeza—. ¿Acaso has pensado en los costes? ¿Qué haríamos con las prendas que no se vendieran? ¿Las trasladarías a tu armario?

—¡Qué mezquino puedes llegar a ser! —exclamó ella, perdiendo la paciencia por un momento. Luego, como si recordara su propósito de mantener la paz, añadió—: Mira, esta noche vienen los Gutiérrez

a cenar. Tienen una sombrerería en el Ensanche y nos pueden dar consejos.

Francisco levantó una ceja, incrédulo.

—¿Los Gutiérrez? ¿Desde cuándo planeas cenas sin consultarme?

—Ya te lo había dicho, pero nunca escuchas cuando te hablo. Si no prestas atención, es tu problema.

En ese momento, la nueva criada apareció en la puerta, interrumpiendo la discusión para preguntar si necesitaban algo.

—Por cierto, tenemos una sirvienta nueva —anunció Dorotea con una sonrisa que pretendía ser inocente, como si no hubiera importancia en el cambio.

Francisco observó a la muchacha, analizándola con detalle, antes de soltar:

—¿Para qué necesitamos otra sirvienta? ¿No teníamos suficiente con una? —Hizo una pausa, igual que si acabara de darse cuenta de algo —. ¡No! ¿Has despedido a Antonia?

—Tuve que hacerlo. Se metía en cosas que no le correspondían — respondió Dorotea con frialdad, evitando cruzar su mirada.

Francisco volvió a su asiento, murmurando algo inaudible mientras Dorotea se retiraba con aire digno. Cada uno regresó a su rincón de reproches y silencios, en un duelo que parecía no tener fin.

Sara

Una pequeña lámpara de pie iluminaba tenuemente la estancia, apenas suficiente para romper la penumbra. Bajo su luz vacilante, el libro "Nada", de Carmen Laforet, reposaba abierto en la página setenta y ocho. Los dedos de Sara descansaban sobre sus líneas, como si el contacto con las palabras pudiera anclarla a una realidad más amable. Lo mantenía en su regazo, pero había releído el mismo párrafo tantas veces que su significado se había desvanecido. Su

mente, rebelde, escapaba una y otra vez, y cuando intentaba retomar el hilo, la sensación de vacío la atrapaba. Finalmente, sus ojos se cerraron con la pesadez de quien carga algo más que cansancio.

Una falda plisada, de un verde intenso, colgaba desde sus piernas estiradas, sobresaliendo por los costados del sofá. Este, girado estratégicamente hacia la puerta del salón, se había convertido en una especie de trinchera silenciosa, su pequeño puesto de vigilancia. El cabello pelirrojo de Sara, corto y revuelto, parecía mucho más oscuro bajo la luz tenue, como si absorbiera parte de la penumbra que la rodeaba. Unas gruesas gafas de pasta, algo torcidas, resbalaban sin remedio por el puente de su nariz

El leve giro de una llave en la cerradura la sobresaltó. Las gafas cayeron sobre el libro después de dar un respingo. Abrió los ojos, desorientada por un instante, y dirigió la mirada al reloj de cuco en la pared. Las manecillas marcaban las tres de la madrugada. Un escalofrío la recorrió, aunque no sabía si era por la hora, por el sonido de la puerta o por la confirmación de lo que llevaba horas temiendo.

Con un movimiento lento, se puso de pie. Su postura, brazos en jarras y pies sólidos, intentaba transmitir firmeza, pero en sus ojos oscuros brillaba algo más profundo: una mezcla de agotamiento, tristeza y un rastro de esperanza rota. La puerta se abrió, y Sebastián entró con pasos vacilantes. Intentaba moverse en silencio, pero su andar tambaleante y el olor inconfundible del alcohol lo delataban antes de cruzar el umbral. Sara aspiró involuntariamente ese aroma, sintiendo cómo algo dentro de ella se encogía aún más.

Desde su posición, notó cómo la lluvia había empapado su ropa y su cabello. Los rizos de Sebastián, ahora lánguidos, caían sobre la frente, cubriéndole los ojos verdes que tantas veces la habían mirado con amor, pero esa mirada parecía un recuerdo lejano. Sin apenas deparar en la presencia de Sara en la entrada, pasó de largo el salón y se dirigió directamente al interior de la vivienda.

Ella lo observó mientras desaparecía por el pasillo. Su enojo, que había estado creciendo como una tormenta durante horas, estalló, pero junto a él surgió algo más: una herida silenciosa que parecía abrirse un poco más con cada noche como aquella. Sara lo siguió, dejando atrás el libro y la lámpara que apenas iluminaba ahora el sofá vacío.

Sebastián se encerró en el baño, y Sara escuchó cómo se secaba con torpeza. El sonido de la ropa mojada al caer al suelo le pareció una sentencia. Cuando él se metió en la cama, lo hizo sin notar que ella no estaba ahí.

El grito de Sara resonó contra las paredes del dormitorio.

—¡Sebastián! —protestó desde la puerta, con una voz cargada de rabia y algo más, algo que no llegaba a aflorar del todo.

Sebastián, sobresaltado, cayó de la cama. Se levantó tambaleándose y miró hacia el lado donde Sara solía dormir, ahora vacío. Ella encendió la luz, dejando al descubierto su rostro marcado por el cansancio y la decepción.

—Hoy no me podrás engañar. No serás capaz de decirme que has llegado a las doce —lo desafió con un tono cortante, pero detrás de esas palabras había un dolor que no lograba ocultar.

Él intentó justificar su retraso, pero cada excusa era como una piedra más en el muro que los separaba.

—¿No te das cuenta? —insistió Sara, con su voz quebrándose ligeramente—. Estoy todo el día deseando que llegues de trabajar, y cuando llegas, estás demasiado ocupado. Espero para irnos juntos a la cama, pero tú nunca apareces. Termino durmiéndome sola. Y cuando por fin estás aquí, es como si no existiera para ti. ¿No entiendes que te echo en falta?

Una lágrima, que nadie vio, rodó lentamente por su mejilla, invisible en la penumbra de la habitación. Sebastián suspiró con pesadez.

—Tranquilízate. Ahora vamos a dormir, que es muy tarde. Mañana lo hablamos, ¿vale? Me duele la cabeza —murmuró, agotado, igual que

si las palabras de Sara no fueran más que un murmullo lejano.

—No. Vamos a hablar ahora. Ya me he desvelado, y no podré dormir hasta que lo aclaremos. Solo te pido que me digas qué te ocurre. Últimamente, ni me miras, ni siquiera te has fijado en el camisón nuevo que me compré. ¿Cariño…? ¡Sebastián!

El sonido de unos ronquidos lentos y profundos fue su única respuesta. Sebastián había caído rendido, perdido entre el cansancio y el alcohol. Sara lo miró durante unos segundos. Su respiración pesada llenaba el cuarto, pero a ella le pareció que todo estaba en silencio. Con un suspiro, apagó la luz. Su enojo había dejado paso a una tristeza abrumadora, la misma que se instalaba en su pecho cada vez que apagaba la lámpara, sola, en noches como esa.

Finalmente, lo dejó dormir, pero el sueño no llegaría para ella.

Rafael

A través de las cristaleras, apenas se percibía el murmullo del tráfico en aquella tarde aciaga de la Vía Layetana. El subinspector Rafael Monroy escuchaba impasible cómo la sala de reuniones se iba llenando de gente. Sin embargo, él seguía de espaldas, con la mirada perdida más allá de aquellas ventanas, mientras su mente volaba lejos de allí. Detestaba los cónclaves donde todos daban su opinión sin demasiado fundamento, como si fueran expertos en la materia. No se creía más inteligente que los demás, pero de algo estaba absolutamente seguro: conocía al detalle el caso que estaban tratando. Y sabía que no había tiempo que perder en formalidades absurdas.

Tras un intercambio breve de saludos, tomó la palabra el inspector Diego Roca. Con tono autoritario, comunicó que habían identificado a un posible responsable del secuestro de Damián Maspons. Rafael frunció el ceño. *¿Responsable?*, pensó, *¿no debería ser sospechoso primero?*

Roca continuó, detallando cómo habían llegado a esa conclusión. Habían encontrado huellas de neumáticos en el descampado cerca donde desapareció el niño. Gracias a la colaboración de un mecánico local identificaron tres modelos de vehículo que podían coincidir con las marcas. La búsqueda se había centrado entonces en los vecinos y familiares del pequeño.

—Fue clave el análisis de la tierra adherida a los neumáticos —añadió Roca, con gesto de orgullo—. Coincide exactamente con la del descampado, lo que sitúa al vehículo en las proximidades del lugar de los hechos. Además, un testigo asegura haber visto un coche oscuro estacionado en la zona, similar al de Tomás Maspons, alrededor de las siete de la tarde.

El inspector prosiguió explicando que el coche de Tomás había levantado aún más sospechas. Según informó, durante una inspección superficial se hallaron manchas de aceite en el suelo bajo el aparcamiento del vehículo, compatibles con las encontradas en la zona del suceso. Además, durante el reconocimiento de la esplanada, uno de los agentes encontró una cajetilla de cigarrillos marca *Kensitas*, casi nueva, junto a las huellas del turismo. Aunque era una marca de lujo poco habitual, no era imposible conseguirla en el mercado negro por unas pocas pesetas por alguien como el investigado.

Más tarde, durante el registro del coche de Tomás Maspons, encontraron otra cajetilla de la misma marca. Al compararlas, Rafael notó un dato clave: en el lateral de ambas cajetillas estaba impreso el mismo número de serie, *38247*, lo que indicaba que provenían del mismo paquete. Era un detalle pequeño, pero difícil de ignorar.

Rafael sintió una punzada de incomodidad al oír todo aquello. No podía negar que eran indicios importantes, pero algo en la narrativa de Roca no terminaba de convencerle. Su instinto, ese que nunca le fallaba, le decía que faltaban piezas en el rompecabezas. Aun así, optó por guardar silencio y dejar que su superior continuara.

—Las prendas encontradas dentro del coche coinciden con las que llevaba el niño el día de su desaparición —sentenció Roca, con una seguridad que cortaba el aire—. Eso, sumado a la tierra, el testimonio y las cajetillas de cigarrillos, apunta sin lugar a dudas al señor Maspons como el responsable.

Rafael finalmente alzó la voz, aunque su tono se mantuvo tranquilo, como quien se aferra a la brisa en medio del calor.

—Señor inspector, ¿no es razonable que haya ropa del niño en el coche de su propio tío? Vamos, cualquiera que cuide a un niño podría llevar algo de su ropa en el auto. No parece tan extraño, ¿verdad? —dijo, con la mirada fija pero serena.

Roca se giró hacia él, con una expresión severa que no dejaba lugar a dudas sobre su irritación.

—¿Y cómo explica, entonces, que esa ropa estuviera guardada en la guantera, doblada y oculta? —replicó, sin ocultar el tono desafiante.

Rafael hizo una pausa antes de responder, inclinando apenas la cabeza.

—Oculta, dice usted… Quizá la guardaron ahí por pudor, para evitar que se ensuciara. En mi tierra, eso no sería nada raro —respondió, con calma, pero sin perder el hilo.

Roca dejó escapar una carcajada seca, cargada de ironía.

—¿Por pudor? ¿Y por qué sería la misma ropa que llevaba el niño cuando desapareció?

Rafael sostuvo su mirada, sin amilanarse.

—Eso habrá que confirmarlo con la madre. Ella sabrá aclararlo —dijo, con su voz firme, pero sin estridencias.

—¿Y si ella miente para proteger a su hermano? —preguntó Roca, dando un paso al frente. En el movimiento, su mano se posó casi de manera inconsciente sobre la funda de su revólver.

Rafael soltó un suspiro, con su paciencia resistiendo a duras penas.

—¡Por el amor de Dios, inspector! Estamos hablando de una madre que ha perdido a su hijo —respondió, con un tono que resonó en la sala como una campana, dejando a todos en silencio.

Roca intentó retomar el control, con su voz cortante.

—¿Y la expresión que mostró cuando vio el reloj encontrado cerca del descampado? Aunque lo negara, todos vimos que lo reconoció. No podemos ignorar ese detalle.

Rafael lo miró, incrédulo, mientras se llevaba las manos a los bolsillos, un gesto que calmaba su impulso de decir algo más contundente.

—Con el debido respeto, señor inspector, aún no sabemos nada concluyente sobre ese reloj. Basar nuestras decisiones en suposiciones o en lo que creemos haber visto… no me parece prudente —dijo, con firmeza, pero sin alzar la voz.

Roca dejó caer una sonrisa cargada de desdén.

—Entonces, asegúrese de obtener respuestas claras, subinspector Monroy —respondió Diego, con una mezcla de desafío y desdén.

Rafael asintió lentamente, como quien acepta un reto con estoicismo.

Sabía que la conversación había llegado a un callejón sin salida. Hablar con su superior era como intentar negociar con un muro de piedra. Mientras la sala se sumía en un incómodo silencio, Rafael se preguntó si realmente estaban más cerca de encontrar al culpable o si, como solían decir en su tierra, estaban dando vueltas como un trompo en la misma esquina.

Capítulo 5 – Sospechoso conveniente

Tomás

Las estrechas paredes del establecimiento parecían cerrarse sobre Tomás. Habituado a entornos que le permitieran moverse con soltura, improvisar y escapar de cualquier situación incómoda, la tienda se había convertido en una trampa. El espacio reducido, el aire viciado y la monotonía de las tareas se le hacían insoportables. Aunque no era solo el lugar: trabajar bajo las órdenes de Jacinto, con su actitud autoritaria y su total ausencia de ética laboral, agravaba el malestar.

Jacinto no veía empleados, veía herramientas que podía utilizar a su conveniencia. Mientras él desaparecía durante horas en el bar, dejando a Tomás solo para encargarse de la tienda, le daba órdenes que lo reducían a una sombra de sí mismo. Mentir a los clientes por teléfono, excusarlo ante los mensajes que llegaban y, lo peor, dejar la tienda desatendida para buscarlo en el bar, lo colocaban en una posición humillante que le hacía hervir por dentro, aunque evitaba mostrarlo.

Aquella tarde, sin embargo, algo cambió. Una llamada del señor Sanjuan, el dueño, había sacudido la rutina. El hombre había anunciado que pasaría por la tienda. Cansado del trato denigrante y decidido a poner fin a aquel ciclo, Tomás tomó una decisión poco común en él: no le diría nada a Jacinto. Por una vez, dejaría que las consecuencias se encargaran de ajustar cuentas. La sola idea de no ser el intermediario en los enredos de su compañero le proporcionó una ligera sensación de alivio.

Al fin llegó el momento que estaba deseando. Apareció el dueño por la puerta, con el rostro crispado por una preocupación que iba más allá de la gestión de la tienda. Ni tan siquiera se había percatado de que su hijo no se encontraba dentro. Bajó la persiana a media altura antes de que Tomás pudiera terminar de atender a una clienta, y sus

movimientos tensos y erráticos alertaron al joven. Sanjuan apenas parecía consciente de su presencia. Miraba constantemente hacia la calle, como si esperara algo desagradable. Tomás, observando desde su lugar, sintió cómo el ambiente se volvía cada vez más pesado, hasta que dos hombres accedieron al local preguntando por él. El más imponente de los dos, de hombros anchos y mandíbula tensa, le resultó dolorosamente familiar. Era Diego Roca, un nombre que evocaba recuerdos agridulces y heridas no cicatrizadas.

Tomás notó que le faltaba el aire. En la adolescencia, Diego había sido una figura imponente en su vida, no solo por su fuerza física, sino por su capacidad para aplastarlo emocionalmente. Ahora, años después, esa misma mirada que lo hacía sentir pequeño volvía a posarse sobre él, cargada de juicio. Intentando evitar el contacto directo, se centró en terminar con la clienta, pero su torpeza lo delató. Al salir para encontrarse con los hombres, tropezó con el umbral, y Diego lo sujetó con un agarre firme que no tenía nada de protector. Más que ayudarlo, lo inmovilizó, como si quisiera recordar quién tenía el control. El resultado fue una caída desastrosa que dejó a Tomás con el brazo roto y un dolor físico que apenas podía igualar al que sentía al reencontrarse con su viejo adversario.

No era la primera vez que Diego lo detenía, pero esta vez Tomás no lograba encontrarle sentido. Las circunstancias no justificaban aquella maniobra, y la falta de un motivo claro lo sumía en un desconcierto que solo acrecentaba su frustración. Esto, sumado al dolor físico, lo mantenía con una tensión que parecía comprimir cada músculo de su cuerpo, como si en cualquier momento pudiera romperse o estallar.

En el hospital de Sant Pau, mientras le colocaban el yeso, Tomás no podía apartar la mirada de Diego. Había algo en él que nunca cambiaba: esa intensidad que parecía llenar la sala, esa necesidad de dominar cada interacción, pero ahora, revestido de la autoridad de su uniforme, Diego parecía más peligroso. Sus palabras eran cortantes, sus gestos bruscos, y aunque mantenía una fachada de

profesionalidad, Tomás podía sentir la discordia que emanaba de cada movimiento.

El traslado a la Jefatura de Policía no hizo más que aumentar la tensión. Diego, en el asiento del conductor, conducía con una seguridad que rozaba la agresividad. Las preguntas que lanzaba al aire eran más acusaciones que intentos genuinos de esclarecer la verdad. Para él, Tomás no era solo un sospechoso; era alguien a quien había decidido castigar, un chivo expiatorio que encarnaba todos los prejuicios y resentimientos que Diego acumulaba en su interior. Rafael intentaba intervenir, buscando evitar que la situación derivara en algo personal, pero sus esfuerzos no lograban quebrar la determinación inquebrantable de su superior.

En la sala de interrogatorios, Tomás procuraba mantener la compostura. Sabía que mostrarse débil solo alimentaría el desprecio de Diego. Aunque con cada palabra del inspector, cargada de insinuaciones y ataques personales, sentía cómo su control se resquebrajaba.

Tomás quedó paralizado al escuchar la palabra "secuestrado". El mundo pareció detenerse mientras las imágenes de su sobrino Damián llenaban su mente: su risa despreocupada, su confianza ciega en él. El aire le faltaba, y un nudo en la garganta lo asfixiaba. ¿Cómo era posible? ¿Por qué nadie le había contado nada antes?

—¿Qué estás diciendo? —balbuceó, con la voz rota, mirando a Diego como si esperara que todo fuera un malentendido. La idea de que Damián estuviera en peligro lo devastaba, pero la rabia comenzó a abrirse paso. —¡Deberían estar buscándolo, no perdiendo el tiempo conmigo! —gritó, golpeando la mesa con su mano sana, mientras la desesperación lo consumía.

El peso de la incertidumbre lo aplastaba. ¿Dónde estaría Damián ahora? ¿Estaría asustado, llorando? Cada segundo que pasaba en aquella sala era una tortura.

La acusación de haber secuestrado a su sobrino, Damián, era absurda, pero Diego no parecía buscar la verdad; estaba

construyendo una historia donde Tomás era el villano, y lo hacía con una convicción aplastante. Rafael, el compañero de Diego, intentaba mediar, pero su voz apenas se escuchaba en el torbellino de la ira del inspector.

La escena escaló rápidamente. Diego, incapaz de contener su rabia, pasó de las palabras a los actos. Utilizó la violencia como una herramienta de intimidación, acercándose demasiado, invadiendo el espacio de Tomás hasta hacerlo sentirse completamente vulnerable. El fuerte olor a alcohol que acompañaba sus palabras ásperas resultaba tan desagradable que hacía retroceder instintivamente al interrogado.

—Este individuo es un depravado, lo sé desde que éramos unos críos. Yo mismo lo he detenido varias veces por escándalo público —añadió con desdén el inspector—. Es un tipo despreciable, incapaz de controlarse. No sería la primera vez que muestra una fijación peligrosa hacia un niño —declaró el inspector, cargando sus palabras de insinuaciones malintencionadas.

Rafael procuró interponerse, pero le costó ser expulsado de la sala con una autoridad que parecía inamovible. Cada golpe, cada empujón, era una declaración de poder de Diego, una reafirmación de su necesidad de estar por encima de todos.

Tomás, acorralado, sabía que cualquier intento de razonar sería inútil. Había aprendido a adaptarse, a encontrar salidas en las situaciones más adversas, pero esta vez sentía que no había escapatoria. Sin embargo, algo en él se resistía a ceder por completo. Su mente trabajaba a toda velocidad, buscando una forma de salir de aquel embrollo, mientras su cuerpo soportaba los embates de un interrogatorio que se había convertido en una guerra personal entre dos hombres con heridas no resueltas.

Diego abrió la puerta y la mantuvo así durante unos segundos, observando cómo el subinspector salía a regañadientes. Solo cuando lo vio desaparecer tras la ventanilla, cerró la puerta con un golpe seco y se giró hacia Tomás.

—Bueno, vamos a ver… ¿Por dónde íbamos? —dijo Diego, cruzando los brazos con lentitud, con un tono frío, pero cargado de una intensidad que llenaba la sala.

Tomás lo miró con temor. Sabía que Diego no era alguien con quien jugar. Se encogió en el asiento, apretando los labios, temiendo lo peor.

—¿Dónde está el crío? —soltó Diego, directo, mientras cogía la porra del escritorio y lo señalaba con ella—. O me lo dices, o te la comes. ¡Habla!

—¡Es mi sobrino! ¿Cómo quieres que le haga daño? —protestó Tomás, visiblemente afligido—. Jamás haría algo así, ni a él ni a nadie. Por favor, deja que me vaya. Mi hermana me necesita.

Diego rio sin humor, un sonido seco y cortante.

—¡Mientes! —exclamó, dando un golpe con la porra sobre la mesa—. ¿Qué hacía la ropa que llevaba puesta la tarde de la desaparición dentro de tu coche? Y no me tutees. Tú y yo no somos más que un policía y un delincuente. A mí me debes respeto, y si no me lo das, te lo saco a ostias.

Tomás tragó saliva, intentando controlar el temblor en sus manos.

—Yo cuido de él muchas veces, cuando su madre no puede. Es normal que deje cosas en mi coche… Quizá alguna vez, después de llevarlo a la playa, se la dejó allí tras cambiarse —intentó explicar, con voz temblorosa.

—¿Entonces cómo explicas que sea la misma ropa que llevaba la noche en que desapareció? —cuestionó Diego, inclinándose hacia él.

—¿Están seguros de eso? No me lo explico… —balbuceó Tomás, cada vez más desesperado.

Diego dejó escapar un suspiro cargado de impaciencia y, tras unos segundos, su voz se tornó glacial.

—Yo te lo contaré. Te lo llevaste pensando que nadie sospecharía porque eres su tío. Lo encerraste en algún lugar para tenerlo a tu

disposición, y antes de sacarlo del coche, no pudiste resistirte. Lo desnudaste para abusar de él. Con los nervios, olvidaste la ropa allí.

Tomás lo miró, incrédulo. Su desconcierto se transformó en una mezcla de rabia y pánico.

—¡Eso es absurdo! ¿Cómo puedes acusarme de algo así? ¿Qué te hace pensar que podría siquiera mirar a un niño de esa manera? —rebatió, con la voz quebrada.

Diego no retrocedió ni un centímetro. Ladeó la cabeza, con sus ojos oscuros y penetrantes como cuchillas lo acechó fríamente.

—¿Es necesario que te lo cuente? Siempre te han gustado.

Tomás abrió la boca, horrorizado. Su voz salió casi como un susurro.

—Te refieres a cuando éramos niños. Yo también lo era, Diego. Yo también era un niño.

El aire en la sala se volvió más denso. Diego dio un paso hacia él, lento, deliberado, y colocó la porra en la boca de Tomás, obligándolo a callarse. El contacto era brutal, pero Diego no apartó la mirada. Pasó la porra lentamente por sus labios, apretando con más fuerza de la necesaria.

—Es esto lo que te gusta, ¿verdad? —susurró Diego con un tono insinuante, cargado de desprecio—. Dime, ¿qué hacías en aquel lugar?

Tomás giró la cabeza de un lado a otro, intentando zafarse, con la respiración entrecortada. Finalmente, estalló.

—¡De acuerdo! Lo contaré, pero quítame esto de la cara.

Diego retrocedió apenas unos centímetros, lo justo para que Tomás pudiera hablar.

—Estaba con alguien, pero no puedo decir su nombre. Permanecí con esta persona hasta bien entrada la madrugada. Así que no pude ser yo —admitió Tomás, sin dejar de mirar al suelo.

Diego alzó una ceja, con curiosidad evidente.

—¿Era un hombre? —preguntó, con voz más baja pero cargada de intensidad.

—Eso qué importa —contestó Tomás, visiblemente alterado.

—Claro que importa. Si tienes coartada, la comprobaremos. Y para eso, necesito el nombre de esa persona. De lo contrario, será como si no tuvieras nada.

Tomás negó con la cabeza, con voz casi inaudible.

—No puedo decirlo. Lo prometí, pero… ¿es suficiente con encontrar prendas del niño en mi coche para probar mi culpabilidad?

Diego dejó escapar una risa seca.

—Por ahora, sí. Esto basta para retenerte. Y si no, ya sabes que puedo encontrar otros motivos para encerrarte hasta que te pudras aquí.

Tomás levantó la vista, con su desesperación transformándose en una chispa de desafío.

—Entonces hazlo, pero no conseguirás nada.

El comentario encendió la rabia de Diego. Con un movimiento brusco, golpeó la mano de Tomás con la porra, haciendo que este gritara y la escondiera bajo la axila contraria. Antes de que pudiera reaccionar, Diego volvió a usar el garrote, esta vez apretando contra la nariz y los labios de Tomás, que jadeaba de dolor.

—Te gustaría tener una así en la boca, ¿eh? —espetó Diego, con una sonrisa oscura.

Tomás intentó girarse, pero su rabia explotó.

—¡Quizá te guste más a ti! —le gritó, temblando de ira.

Diego se quedó inmóvil, como si el aire se hubiera vuelto de repente irrespirable. Al girarse, se encontró con la mirada atónita de otro policía que había entrado en la sala sin que él lo notara. La sorpresa en el rostro del agente dejaba claro que había presenciado aquella comprometida acusación. Por un instante, el silencio fue absoluto,

pesado como una losa. Luego, la furia se encendió en Diego como una llamarada incontrolable. Sus ojos oscuros brillaron con una mezcla de rabia y humillación.

Sin mediar palabra, se giró hacia Tomás, que aún estaba sentado, y descargó un golpe brutal con la porra sobre su rostro, con un movimiento rápido y lleno de desprecio, tal que quisiera borrar cualquier rastro de desafío en sus ojos.

—¡Te dije que te callaras! —rugió, con su voz retumbando en la sala.

Tomás, mareado por el impacto, intentó zafarse, pero Diego no le dio tiempo. Con un movimiento violento, lo tomó del cuello de la camisa y lo sacudió como si fuera un muñeco de trapo. Luego, sin soltarlo del todo, lo empujó hacia atrás con tal fuerza que la silla perdió el equilibrio y Tomás cayó al suelo, golpeándose contra el frío cemento. La caída le arrancó un gemido de dolor que quedó amortiguado por el sonido metálico de la butaca.

—¿Crees que puedes burlarte de mí? —espetó, inclinándose sobre Tomás, que intentaba incorporarse con las manos temblorosas—. ¡Levántate! ¡Vamos!

Pero Tomás apenas podía moverse. Un hilo de sangre resbalaba por su labio partido, y su respiración entrecortada desprendía miedo y dolor. Diego, lejos de calmarse, le propinó una patada en el costado, obligándolo a girarse y retorcerse en el suelo.

—Esto es lo que querías, ¿eh? —gruñó Diego, con una voz cargada de desprecio—. ¿Sigues pensando que puedes jugar conmigo, que puedes esconderme algo?, pero te juro que te haré hablar, aunque tenga que romperte en pedazos para lograrlo.

Los ojos de Diego se movieron fugazmente hacia el otro policía, que seguía inmóvil junto a la puerta con su rostro pálido. Ese breve instante de distracción permitió a Tomás arrastrarse apenas unos centímetros, intentando escapar del alcance de Diego, pero fue inútil. Diego lo agarró del brazo herido y lo levantó de un tirón, obligándolo a mirarlo directamente.

—¡Mírame! —ordenó, con una furia que apenas contenía—. Tú no eres más que un cobarde. Siempre lo has sido.

Tomás no respondió. Su mirada estaba perdida, apagada, como si hubiera abandonado toda esperanza de defenderse. La humillación, el dolor y el miedo se mezclaban en su rostro ensangrentado. Diego lo soltó con brusquedad, dejándolo caer al suelo igual que si fuera un despojo. No había forma de ganar aquel juego perverso en el que ni siquiera tenía derecho a mover ficha. Diego, su amigo de la infancia, había iniciado la partida con ventaja, y no parecía tener intención de detenerse hasta destrozarlo por completo. Cada golpe no solo hería su cuerpo, sino que también desmoronaba los recuerdos de una amistad que alguna vez creyó sólida.

El miedo y la desesperación lo envolvían como un sudario, pero en algún rincón de su ser todavía quedaba un resquicio de esperanza, una chispa que se negaba a apagarse: *Si tan solo pudiera hacerlos entender… Si tan solo pudiera convencerlos de que están equivocados.* Sin embargo, las palabras se le quedaban atascadas, prisioneras del dolor, la humillación y el cansancio. En ese momento, Tomás no era más que un hombre roto, tratando de mantenerse de pie en medio de una tormenta que parecía no tener fin.

Capítulo 6 – La verdad oculta

Penélope

Aquel lunes, Penélope no asistió al trabajo. Solo llamó para informar de su situación. Por suerte, quien estaba en el despacho del señor Ferreras era su esposa. En ocasiones, ella lo sustituía cuando debía atender operaciones fuera de la oficina. Con empatía y temple, la mujer tomó la decisión de concederle unos días de permiso sin consultar a su marido. Penélope sabía que el jefe nunca le habría conferido esa autoridad a pesar de ser su cónyuge, pero también entendía que la gravedad del asunto podía enternecer el corazón de cualquier madre. Supuso que el matrimonio Ferreras resolvería cualquier discrepancia entre ellos y que, aunque el jefe no estuviera de acuerdo, ya no podría revocar la decisión. Aun así, a Penélope le resultaba imposible imaginarse concentrada en el trabajo después de únicamente dos días de permiso, ni de semanas o meses, mientras su hijo continuara en peligro en manos de un desconocido.

Más tarde, dos vecinas tomaban café con ella en casa. Estaban sentadas alrededor de una mesa camilla redonda, situada en mitad del comedor. En el centro, un desangelado frutero de cristal con piñas de pino decoraba el ambiente. Solo había tres sillas de madera con asiento de paja rodeando la mesa; originalmente eran cuatro, pero una se había roto cuando Damián intentó un truco de escapismo. Un amigo le había prestado un libro sobre los retos de Harry Houdini, el maestro del misterio. Desde entonces, el niño veía en él un modelo a seguir y practicaba técnicas para conseguir salir de situaciones en las que casi nadie era capaz de lograr. Penélope se había enfadado; no podía permitirse comprar otra silla, y desde entonces, ese hueco vacío simbolizaba más que la pérdida material.

Alguien llamó a la puerta. Un golpe seco, contundente, que no parecía de un vecino habitual. Penélope miró a sus invitadas, alarmada, y se levantó arreglándose la falda con movimientos

nerviosos. El silencio se hizo denso en la sala. Unas caras conocidas esperaban al otro lado: los agentes Roca y Monroy. El primero entró con ímpetu, ignorando las normas de cortesía. Monroy, en contraste, saludó con una sonrisa conciliadora. Penélope, incómoda, instó a las vecinas a marcharse con un sutil gesto de la mirada. Estas reaccionaron de forma resuelta a la discreta petición de Penélope, con lo que enseguida inventaron una excusa para desaparecer de allí.

Cuando la puerta se cerró, Penélope acercó una silla y se sentó frente a los agentes. Con la mirada baja, esperó que ellos comenzaran.

—Como comprenderá, necesitamos hacerle algunas preguntas —dijo el inspector Roca con voz firme—. Por favor, sea sincera en sus respuestas. Está en juego la vida de un niño. Además, necesitamos otra fotografía de su hijo.

Penélope sintió cómo su rabia hervía bajo la piel, pero optó por la prudencia. Aquel hombre la hacía sentir como si fuera responsable de todo.

—Tengo una fotografía aquí que podría servir —respondió mientras se levantaba y caminaba hacia un chifonier. Alcanzó un retrato en sepia del mueble. En él se hallaba representado uno de los mejores días de Damián y del único que había tenido la fortuna de pasar en el Tibidabo. Al entregársela a Monroy, su voz tembló: —No me queda ninguna más. Cuídemela, por favor.

—Descuide. La guardaré como oro en paño —prometió Monroy, introduciendo la foto en su libreta.

Penélope miró el cuaderno con recelo.

—Veamos. Usted nos detalló lo que llevaba puesto el niño la tarde del incidente. Según explicó, iba vestido con un pantalón marrón y una camiseta blanca, ¿es correcto?

—Así es, señor agente —confirmó Penélope, la investigadora de fraudes.

El inspector Roca se inclinó ligeramente hacia adelante, con la mandíbula tensa y un brillo inquisitivo en los ojos.

—Entonces, ya hemos encontrado al culpable —declaró con contundencia el inspector, dejando entrever una vehemencia que descolocó a todos en la sala.

Por un instante, Penélope no comprendió lo que acababa de escuchar. La palabra "culpable" resonaba como un eco en su mente, desordenando sus pensamientos. Parpadeó, incrédula, mientras sentía un nudo en el estómago que subía hacia su pecho.

—¿Culpable? —repitió, con un hilo de voz que apenas contenía su desconcierto. Se levantó de golpe, y la silla donde estaba sentada tambaleó antes de caer con un ruido seco. Su mirada se clavó en Roca, buscando desesperadamente alguna señal de que aquello era un malentendido—. ¿De qué está hablando? ¿Han encontrado a mi hijo?

El inspector la observó sin pestañear, como si disfrutara del poder que su declaración le otorgaba.

—Su hermano Tomás llevaba en el coche la ropa que describió. Este dato demuestra que fue él quien se llevó a Damián.

El aire en la habitación pareció congelarse. Penélope sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies.

—¿Tomás? ¡Es imposible! Es su tío, jamás haría algo así.

Sin embargo, Roca no cedía. Los argumentos de la madre chocaban contra un muro de arrogancia y prejuicios. Monroy intentaba mediar, pero el inspector lo silenciaba con un gesto. Finalmente, Penélope, al borde de la desesperación, dejó salir sus acusaciones como un torrente:

—No puedo confiar en que estén haciendo todo lo posible por encontrar a mi hijo —dijo Penélope, con un temblor en la voz que delataba tanto su inseguridad como su creciente indignación—. Todo esto no parece otra cosa que un intento por culpar a Tomás para

cerrar el caso de forma rápida, sin importar lo que realmente está sucediendo.

Roca se inclinó hacia adelante, con una postura rígida y cargada de tensión, mientras su mirada se clavaba en Penélope con una intensidad casi abrasadora. Su rostro, endurecido y sombrío, delataba que estaba a punto de estallar, decidido a contraatacar y recuperar el control tras el desafío implícito en sus palabras. La atmósfera en la sala se tornó densa, como si el aire mismo se detuviera a la espera de la inevitable confrontación.

En ese momento, Rafael Monroy carraspeó suavemente, con un sonido discreto pero firme, como un pequeño rayo de luz que rompe un cielo nublado.

—Con permiso, inspector —intervino con calma, con una voz teñida de un acento cálido y cadencioso que parecía capaz de disipar incluso la mayor de las tensiones—, tal vez sería mejor considerar todas las posibilidades antes de sacar conclusiones.

Su tono, pausado pero firme, contrastaba con la agresividad latente de Roca, desviando momentáneamente el foco de la tensión mientras el ambiente comenzaba a relajarse, aunque solo ligeramente.

Penélope, todavía inmersa en su mezcla de incredulidad y rabia, lo miró con desconfianza, pero algo en su tono—cálido, casi paternal—la hizo bajar ligeramente la guardia. Cuando Roca abrió la boca para replicar, Rafael dio un paso al frente y, con un gesto firme pero calmado, posó su mano en el hombro de Penélope.

—Señora Maspons, respire hondo —le dijo en voz baja, lo suficientemente cerca para que solo ella lo escuchara—. Lo que queremos es ayudarla.

Penélope sintió cómo el contacto de su mano irradiaba una calidez inesperada que la desarmó por completo. No era habitual que alguien la tocara de esa manera: ni invasivo ni distante, sino con una mezcla perfecta de respeto y cercanía. La piel de su cuello comenzó a arder, y el calor subió rápidamente hasta sus mejillas.

Intentó apartar la mirada, pero los ojos oscuros de Rafael, que ahora parecían brillar con una intensidad que ella no había notado antes, la mantenían anclada. En ese instante, el tiempo pareció detenerse. Penélope sintió una conexión que no podía explicar, una especie de comprensión silenciosa que, por un segundo, la hizo olvidar el caos que la rodeaba.

Ella se zafó suavemente, rompiendo el momento antes de que se prolongara más de lo necesario. Sus manos se movieron nerviosas hacia su falda, alisando pliegues inexistentes.

—Lo siento, inspector Monroy, pero necesito respuestas, no palabras tranquilizadoras —murmuró, intentando recuperar la compostura.

Rafael asintió con una leve sonrisa, como si entendiera su resistencia. Se retiró unos pasos, manteniendo las manos a los costados. Sin embargo, su mirada permaneció fija en Penélope, suave pero inquisitiva, igual que si pudiera ver más allá de su fachada.

Mientras el interrogatorio continuaba, Penélope se obligó a apartar la atención de Rafael. Aunque agradecida por la intervención de Monroy, no podía evitar sentirse atrapada entre la arrogancia de Roca y la aparente condescendencia de su compañero. Su mente estaba llena de preguntas sin respuesta, pero una idea se alzaba con fuerza: no podía confiar en la policía. No cuando el inspector parecía decidido a fabricar un culpable en lugar de encontrar la verdad.

El inspector resopló, molesto por la interrupción, y retomó el control de la conversación.

—Así es señora Maspons, su hermano parece ser el principal sospechoso —afirmó el inspector con perseverancia.

—¿Me están diciendo que creen que puede ser culpable solo por llevar en su coche unas prendas comunes de su propio sobrino, a quien cuida de vez en cuando, mientras el verdadero culpable sigue libre con mi hijo? Con todo respeto, no entiendo cómo están llevando a cabo esta investigación —arremetió Penélope, claramente contrariada, con una mezcla de incredulidad y rabia en su tono.

—¡A ver, señora! Su hermano iba a acabar en el calabozo de todas maneras, pero le digo que ha sido él. Solo por la cara que puso usted cuando vio el reloj supe que sabía algo. Cada vez estoy más seguro de que todo gira en torno a su hermano Tomás, y lo voy a demostrar. Además, no espere que le revelemos todas las premisas que nos han llevado a esta conclusión.

Penélope, incrédula, sintió cómo las palabras del inspector Roca la golpeaban con fuerza. Respiró hondo, tratando de mantener la calma, aunque su voz tembló al replicar:

—¡Nos conocemos desde niños, Diego! ¡Sabes que Tomás no haría algo así!

Roca frunció el ceño, con una expresión endurecida.

—¡Me parece que es usted quien no conoce bien a su hermano! Y le exijo que me hable con el debido respeto.

—¡Esto es un sinsentido! —exclamó Penélope, al borde de las lágrimas—. No sé qué tiene contra mi hermano, pero no merece este sufrimiento. Le ruego que lo libere de la prisión.

—Créame, se merece esto y mucho más —afirmó con frialdad, sin vacilar.

Penélope sintió cómo la ira y la impotencia se mezclaban en su pecho.

—¿No entiende que soy la madre de ese niño? Estoy segura de que Tomás no tiene nada que ver con esto.

Roca la miró fijamente antes de soltar una pregunta cargada de ironía:

—¿Entonces, por qué no nos dice a quién pertenece el reloj encontrado?

—Porque no lo sé —respondió ella, con la voz quebrada.

—¡Sí que lo sabe! —acusó Roca con dureza—. Otra cosa es que no quiera contarlo. Esto solo demuestra lo irresponsable que es usted.

El rostro de Penélope se tiñó de incredulidad.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó, apenas conteniendo un grito ahogado.

—Que usted no es capaz de cuidar ni de su propio hijo —disparó sin miramientos.

Rafael Monroy, que hasta entonces había permanecido en silencio, alzó la cabeza y clavó una mirada desaprobadora en su compañero.

—Llevo haciéndolo nueve años —respondió Penélope con el rostro lívido, intentando mantener la dignidad.

—Y mire cómo ha acabado —replicó Roca con desfachatez.

—¿Está insinuando que lo ocurrido es culpa mía? —dijo Penélope, sintiendo cómo la rabia le hacía palpitar las arterias en el cuello.

—No digo eso, pero si ese niño tuviera un padre, quizá esto no habría pasado —comentó con una arrogancia helada.

—¿Qué quiere que haga? Soy una viuda blanca —replicó Penélope, al borde del llanto.

—Se rumorea que ni siquiera sabe quién es el padre —añadió el inspector, con evidente malicia.

—El padre desapareció en la guerra —respondió Penélope, desesperada, su voz cargada de una convicción tan intensa que, por un instante, casi llegó a creerlo ella misma.

Diego, sin embargo, no mostró el menor indicio de compasión.

—¿Y si es así, por qué razón no lleva el apellido de él? —preguntó, con una dureza cortante que perforó el aire—. No me mire así. Está hablando con la policía. ¿Qué pensaba? ¿Que no íbamos a comprobarlo? ¿A quién se le ocurre intentar hacer de madre y padre al mismo tiempo? —añadió, frunciendo los labios con un gesto de desaprobación que rezumaba arrogancia.

El tono de Diego, frío y lleno de juicio, pareció golpear a Penélope más fuerte que sus palabras, dejándola paralizada por un momento

antes de que la rabia comenzara a arder silenciosamente en su interior.

—Es lo que me ha tocado vivir, le guste o no —replicó Penélope, esforzándose por mantener la compostura, aunque su voz temblaba de indignación—. Puede que haya cometido errores, como todos, pero estoy segura de que no lo he hecho tan mal como usted insinúa. Y permítame recordarle algo: su rencor hacia mi familia no debería influir en una investigación tan delicada. Aquí estamos hablando de la vida de un niño inocente que no tiene culpa de nada.

Roca la miró con frialdad, cruzando los brazos en un gesto desafiante.

—¿Qué se cree, señora? Yo soy una persona competente. Las vidas de usted y su hermano me son irrelevantes. Me limito a los hechos, nada más. —Su tono era seco, casi mecánico, pero la dureza de sus palabras dejó claro que no estaba dispuesto a ceder ni un ápice.

Monroy, al notar el peso de la situación, intentó apaciguarla realizando preguntas que abrían otro frente:

—Por favor, señora ¿hay alguien más que pudiera tener interés en su hijo? Cualquier dato es importante.

El cambio de tono de Rafael, cálido y conciliador, rompió momentáneamente la tensión. Penélope respiró hondo y respondió con una calma que le costó reunir:

—Sí. Hay un vecino. A menudo lo encuentro hablando con mi hijo. Está obsesionado con él… le hace regalos.

Rafael inclinó la cabeza, interesado.

—¿Qué clase de regalos?

—Le talla animales de madera. El otro día le dio un oso, una obra de arte, la verdad. Me parece un esfuerzo excesivo para un niño que solo conoce de la calle. Cada vez que me despisto, los veo hablando. Siempre está sentado en la puerta de su casa, frente a la mía, cuando mi hijo regresa del colegio.

—¿Sabe cómo se llama?

—Pedro.

Roca y Monroy se levantaron, listos para marcharse. Penélope carraspeó para llamar su atención.

—¿Podré ver a mi hermano? —preguntó, casi implorando.

—¡No! Nadie puede visitarlo, por ahora —respondió Roca con un tono cortante.

Al cerrar la puerta, Penélope se dirigió, apresurada, hacia una de las ventanas que daba a la calle. La tensión seguía oprimiendo su pecho, y necesitaba saber qué estaban haciendo los agentes. Observó cómo cruzaban hacia la casa de su vecino Pedro, y se inclinó ligeramente hacia el cristal, intentando no perder detalle. Su cabeza trabajaba de forma frenética, hilando posibilidades y preguntas sin respuesta. ¿Estaban por fin actuando con sensatez? ¿O era otra pérdida de tiempo?

De repente, unos golpes en la puerta la hicieron sobresaltarse. Giró la cabeza rápidamente hacia el recibidor, con su cuerpo tenso como un resorte. Pudo ver, a través de una rendija, que se trataba de Antonia, la vecina de la casa de al lado. *Claro, ya se habrá dado cuenta de que los agentes se han ido y querrá enterarse de lo sucedido*, pensó con irritación. Sin embargo, Penélope no podía lidiar con más interrupciones; necesitaba concentrarse en lo que estaba ocurriendo enfrente.

—No puedo abrir ahora, Antonia —gritó, con un nerviosismo palpable que hacía que su voz sonara más aguda de lo habitual.

—Es que te traigo unos dulces para el desayuno —insistió la vecina con un tono afable, pero perseverante.

Penélope resopló suavemente, conteniendo su frustración, y corrió de nuevo hacia la ventana. Aunque, para su desesperación, ya no podía ver ninguna actividad en la calle. ¿Se habrían llevado a Pedro? ¿O simplemente se habían marchado sin hacer nada? Los golpes de Antonia volvieron a sonar, interrumpiendo sus pensamientos.

—¡Que ahora no puedo! —exclamó con un esfuerzo por mantener la compostura, aunque su tono ya dejaba entrever su creciente irritación.

—Solo será un momento —rogó la vecina, ignorando el evidente desinterés de Penélope.

La sensación de estar perdiendo el control se hizo más fuerte. Penélope necesitaba saber qué estaba pasando, pero la insistencia de Antonia la estaba desviando de su objetivo. *¿Por qué siempre aparece en el peor momento?*, pensó con exasperación.

—¡Abre un momento, mujer! —insistió Antonia, ahora casi a modo de queja.

Finalmente, incapaz de soportar más interrupciones, Penélope abrió la puerta de golpe, agarró el plato de dulces que la vecina le tendía y volvió a cerrarla sin pronunciar una palabra. Se apoyó contra la puerta por un instante, apretando el plato entre las manos y con las venas palpitando en su cuerpo.

Al cabo de pocos minutos, Penélope pudo ver con decepción cómo los agentes Roca y Monroy salían del domicilio de Pedro sin llevarlo consigo. Una punzada de impotencia la atravesó al verlos cruzar la calle con expresión imperturbable, igual que si su visita no hubiese tenido consecuencias. Mordió su labio inferior con tanta fuerza que terminó sangrando, pero apenas lo notó. Se dejó caer en el sofá, derrotada e indignada. ¿Cómo podían ignorar lo evidente? Había muchas más razones para sospechar de Pedro que de Tomás, estaba segura de ello. Sin embargo, una vez más sus inquietudes habían sido descartadas, como si no tuvieran importancia. La policía parecía ceñirse a un protocolo vacío, sin plantearse que ella pudiera tener razón.

Mientras las emociones se agolpaban en su pecho, unos golpes tímidos sonaron en la puerta. Penélope se levantó de un salto, sus mechones sueltos se agitaban con el movimiento. Abrió la puerta de golpe, dejando escapar palabras furiosas que apenas lograba contener:

—¡No estoy para visitas ahora, Anto…!

Se quedó muda al ver quién estaba al otro lado. Se estremeció por dentro, y un fogonazo de calor subió por su rostro, haciéndola sonrojar de manera evidente. Era Rafael Monroy, esta vez solo. Su expresión serena y conciliadora parecía chocar con el torbellino emocional que ella llevaba dentro.

—¿Puedo pasar? —preguntó él con el habitual tono cálido, que parecía acariciar las palabras.

Penélope asintió, todavía alterada, y se apartó para dejarlo entrar. Rafael se adelantó hasta el comedor con paso tranquilo, como si tratara de no perturbar aún más el ambiente. Cuando llegó a la mesa, esperó a que Penélope se sentara antes de ocupar un lugar frente a ella, en el extremo opuesto.

—Ante todo, quería disculparme por el comportamiento de mi compañero. Es usted toda una dama y no merece que la traten de esa manera —dijo, inclinándose ligeramente hacia adelante, con un tono genuino y pausado.

Penélope lo miró por un instante, como si evaluara sus intenciones, antes de desviar la vista hacia la mesa. Estaba cansada de disculpas vacías, pero algo en la manera de Rafael la desarmaba.

—… —No respondió, pero su silencio decía mucho.

—Sé que no es normal en él comportarse así, y lamento mucho lo ocurrido. Le ruego que no lo tome en cuenta —continuó Rafael, manteniendo el contacto visual, aunque ella evitaba mirarlo directamente.

Penélope finalmente alzó la vista, con unos ojos llenos de cansancio y desconfianza.

—¿No se da cuenta de que no está haciendo su trabajo en condiciones? ¿Cómo pueden culpar a mi hermano de forma deliberada cuando es inocente? —preguntó, con una voz que mezclaba rabia y desesperación.

Rafael suspiró, entrelazando los dedos sobre la mesa.

—Lo entiendo, pero, permítame decirle que esto, tanto por su parte como por la de él, son suposiciones. No hay nada evidente, todavía.

Penélope apretó los labios, pero no interrumpió.

—Sobre lo que me comentó antes, que quería ver a su hermano… Mañana a primera hora estaré en la Jefatura de Policía sin el inspector. Si quiere, puede venir temprano para visitarlo unos minutos. Eso sí, con la máxima discreción. Mi consejo es que lleve un delantal; diremos que viene a hacer la limpieza, si le parece bien. Nadie debe saber quién es usted. Estoy poniendo en riesgo mi trabajo por ayudarla.

Penélope lo miró sorprendida, sin saber cómo interpretar el gesto.

—Y yo se lo agradezco mucho, pero… ¿por qué hace esto? —preguntó, genuinamente curiosa.

Rafael se quedó en silencio un momento antes de responder, con una mirada suave pero penetrante.

—Porque tengo la sensación de que usted no es la mujer que otros creen. Hay algo en usted que… merece justicia.

Penélope sintió un nudo en la garganta. La sinceridad de Rafael contrastaba con la hostilidad de Roca, y por primera vez en días, sintió un leve atisbo de esperanza.

Cuando Rafael se levantó para marcharse, se detuvo un instante junto a la puerta. La miró con intensidad, pero esta vez su expresión tenía algo más: comprensión, quizás incluso apoyo. Penélope, sin saber por qué, desvió la mirada, sintiéndose vulnerable bajo su escrutinio.

—Volveré a interrogarla. La próxima vez espero que me cuente todo lo que sepa sin censura. Debe confiar en la policía —dijo antes de salir.

Penélope cerró la puerta y apagó las luces. La penumbra era un alivio para el dolor de cabeza, que parecía apoderarse de su ánimo.

Se dejó caer en la cama sin cambiarse, abrazando sus propias dudas y temores. Damián estaba desaparecido, Tomás era el principal sospechoso, y ella seguía convencida de que la policía estaba cometiendo un grave error. Si quería salvar a su hijo y demostrar la inocencia de su hermano, tendría que hacerlo sola. Y en su mente, una pregunta seguía atormentándola: ¿por qué Diego estaba tan empeñado en inculpar a Tomás? ¿Qué oscuros motivos lo llevaban a actuar de esa manera?

Sara

Desde la penumbra de su habitación, Sara miraba al techo como si buscara respuestas en las sombras cambiantes que proyectaban los faros de los coches al pasar. Los haces de luz entraban como intrusos, desdibujando por momentos las tinieblas que la envolvían. Bajo las sábanas permanecía inmóvil, pero no dormía; su cuerpo seguía vestido, como un soldado que aguarda la orden para actuar. Era una escena en la que el silencio y el frío parecían tener voz propia, susurrándole a cada instante las dudas que trataba de acallar.

Los últimos meses habían sido un laberinto de angustias inexplicables. Una jaqueca recurrente la empujaba a la cama antes de que Sebastián terminara de corregir sus interminables exámenes. Al principio creyó que se trataba de cansancio o de algún malestar pasajero, pero en lo más profundo sabía que era una excusa, un mecanismo de su mente para evitar enfrentarse a lo que intuía. Algo estaba cambiando. Algo se estaba rompiendo.

Había dejado todo por él: su familia, su vida en Madrid. Barcelona era la ciudad de los sueños de Sebastián, no los suyos, pero Sara había aceptado el sacrificio con amor. Creía que su entrega incondicional sería suficiente para mantenerlos unidos. Sin embargo, con el paso de los años, comenzó a percibir una distancia inquietante. Había momentos en los que Sebastián la miraba como si no la viera realmente, igual que si su existencia fuera un ruido de

fondo en la melodía de su vida. Aun así, lo amaba con una intensidad que la consumía, y esa misma energía alimentaba ahora su desesperación.

Esa noche, algo distinto latía en el aire. No había dolor de cabeza que la retuviera, no había resignación que la paralizara. Había llegado el momento de actuar, de poner a prueba lo que sus sospechas apenas lograban articular. El crujido de la silla de Sebastián, desde el despacho, la alertó de que había terminado con sus correcciones. Luego, los pasos decididos que resonaron en el pasillo le confirmaron que estaba cogiendo su chaqueta del armario. El chirrido de los goznes al abrir la puerta principal fue la señal que esperaba. Sara se sentó al borde de la cama, sintiendo el frío del suelo bajo sus pies desnudos, y se preparó para seguirlo.

Al salir a la calle, la humedad del otoño le golpeó el rostro, calándole hasta los huesos. La helada caricia del viento le erizaba la piel. Con las prisas, no había cogido nada para abrigarse el cuello, y notaba cómo se le hundía sobre los hombros. Se lo cubría con las manos en un vano intento por protegerlo del frío, mientras procuraba no perder de vista la figura de Sebastián, inconfundible con su gabardina beige y su sombrero Trilby. La oscuridad de la noche la protegía con un conveniente anonimato. La ciudad, que durante el día era un hervidero de vida, ahora parecía dormitar bajo el manto de la noche. Las luces de las farolas dibujaban círculos amarillos en las aceras, y las sombras de los edificios se alargaban como fantasmas vigilantes.

Sebastián caminaba con prisa, esquivando a los pocos transeúntes que quedaban en la avenida de Vallcarca. Sara lo seguía a una distancia prudente, sus pasos resonando apenas en el eco de la noche. Durante media hora lo observó moverse con un propósito que no alcanzaba a comprender. En un momento, se detuvo en una explanada vacía, mirando a su alrededor como si buscara algo. Sara, desde la distancia, notó cómo su postura cambiaba ligeramente, cómo una sombra de decepción cruzaba su rostro antes de volver a caminar. Finalmente, se dirigió hacia la plaza Lesseps.

A Sara se le aceleró el pulso cuando lo vio entrar en un local ubicado frente a la esquina del cine Roxy. El interior estaba oculto por gruesas cortinas dotando al lugar de un aire misterioso. El rótulo, casi invisible en la penumbra, consistía en letras sencillas apenas perceptibles bajo la luz tenue de la farola más cercana, componiendo el nombre del Bar los Chicos, era un detalle que ella apenas apreció. Se disponía a entrar cuando una mano firme la detuvo.

—Sara, ¿qué hace usted aquí? —era Sergio, un compañero de Sebastián.

Su tono era firme, pero había un matiz de preocupación en sus ojos. Sara, aún atrapada en la tensión de su seguimiento, respondió sin pensar.

—Estoy buscando a mi marido.

Sergio la miró con una mezcla de incredulidad y compasión.

—No debería entrar ahí —dijo finalmente, con voz grave.

—¿Por qué no? —preguntó Sara, sin molestarse en ocultar su impaciencia.

—Ese lugar no es para usted. Es un bar… especial.

Sara frunció el ceño, tratando de interpretar sus palabras.

—¿Especial? ¿No será un prostíbulo?

—No, no es eso —declaró vacilante.

—Cuénteme, ¿qué hay ahí dentro? —exigió Sara.

—¡No! No puedo... Váyase a casa y quédese tranquila. Le digo yo que será lo mejor —aconsejó el profesor dando muestras de nerviosismo.

—¡Si no me dice qué clase de local es, entonces entraré! —amenazó la mujer con crispación.

Sergio vaciló, mirando alrededor como si temiera ser escuchado.

—¡Espere…!, se lo contaré. Vayamos allí enfrente —sugirió señalando hacia su derecha.

Subieron unas empinadas escalinatas hasta llegar al mismo umbral de la iglesia de los Josepets, allí se sentaron en un murete de piedra que quedaba a la derecha de la entrada. Desde aquel lugar podían ver toda la actividad nocturna de la plaza.

—Es un lugar donde los hombres… pueden conocer a otros hombres —confesó finalmente de forma imprecisa.

—Como cualquier otro bar, entiendo —resolvió Sara inocentemente.

—No debes decírselo a nadie. Ya sabes cómo es la gente. Esto os puede perjudicar tanto a él como a ti. Si lo descubrieran él iría a prisión y tú serías estigmatizada de por vida. Yo jamás admitiré que te lo he contado. Si se enteran de que lo sabía y no lo he denunciado también me encerrarán en el calabozo.

—¿Me puede contar ya de una vez lo que ocurre? —explotó la señora ya cansada de tantos rodeos absurdos.

—Es un sitio para invertidos —confesó al fin el compañero de su marido.

El impacto de las palabras fue como un golpe seco en el pecho. Sara negó con la cabeza, como si el simple acto de hacerlo pudiera disipar la insinuación.

—Eso es imposible. Mi marido no… —se interrumpió, incapaz de pronunciar las palabras.

Sergio la miró con una mezcla de lástima y resignación.

—Sé que esto es difícil de aceptar, pero debe ser cauta.

—No puede ser… —murmuró Sara, abrazándose a sí misma como si el frío exterior hubiera invadido su alma.

—¿Está segura de que no ha notado nada? —preguntó Sergio sembrando la semilla de la duda en la mente de la mujer.

Sara sintió cómo un torrente de pensamientos inconexos la golpeaba con la fuerza de una verdad que hasta entonces se había negado a considerar. Los ecos de las palabras de Sergio resonaban en su mente como un martilleo constante. Se tambaleó ligeramente sobre el muro donde estaba sentada, como si la realidad hubiera removido los cimientos de su equilibrio. Su acompañante, atento, colocó un brazo detrás de ella, temiendo que pudiera caer. Sin embargo, Sara permaneció firme, aferrándose a su propia voluntad.

Sin levantarse, se impulsó con los brazos para apartarse unos centímetros de Sergio, igual que si necesitara poner distancia entre ellos, no tanto física como emocional. Se giró hacia él, con una mirada que oscilaba entre la confusión y la incredulidad.

—Y usted… ¿por qué lo sabe? ¿Es uno de ellos? —su voz salió dubitativa, como si temiera la respuesta tanto como la pregunta.

Sergio reaccionó con un respingo, casi del mismo modo que si las palabras de Sara lo hubieran herido.

—¡No! ¡Por Dios! —exclamó, con un tono cargado de indignación, pero también de vergüenza.

Sara, sin embargo, no estaba dispuesta a detenerse ahí. Había algo en la manera nerviosa de Sergio, en el peso que cargaban sus palabras, que le hacía sentir que no todo estaba dicho.

—Entonces, ¿por qué no lo ha denunciado? —inquirió, con una voz más fría, casi desafiante.

Sergio desvió la mirada, como si buscara las palabras adecuadas en algún punto invisible del horizonte. Finalmente, suspiró, y cuando volvió a hablar, su tono había cambiado: ahora era pausado, casi melancólico.

—Yo no soy nadie para juzgar los actos de los demás. La vida, tarde o temprano, ya se encarga de proporcionarnos el castigo que merecemos. De eso no tengo la menor duda —dijo Sergio, con la voz teñida de una tristeza que parecía provenir de una experiencia personal.

Sara lo miró en silencio durante unos segundos. Su mente era un torbellino de ideas contradictorias, pero su arrojo se imponía sobre cualquier vacilación.

—Y ahora, ¿qué debería hacer? Si lo denuncio, nadie podrá decir que lo he estado encubriendo. Puedo declarar que lo vi entrar en ese bar con mis propios ojos. No tengo por qué mencionar que usted me lo contó. Así no lo estaría comprometiendo —dijo, midiendo cada palabra, igual que si estuviera trazando un plan en voz alta.

Sergio no respondió de inmediato. Un hombre pasó junto a ellos, caminando lentamente, con el andar pesado de quien sospecha o simplemente observa demasiado. Los miró de reojo varias veces antes de perderse en la penumbra. Durante ese minuto, ambos permanecieron en un incómodo silencio, atentos al intruso como si este pudiera leer sus pensamientos.

Cuando el desconocido finalmente desapareció, Sergio exhaló un suspiro profundo. Luego, su voz se endureció, cargada de un filo amargo.

—Lo que sea que haga, sepa que desde el momento en que lo denuncie, su vida cambiará para siempre. Todos la señalarán. Todos la juzgarán. Y no espere compasión, porque nadie se apiadará de usted.

El tono cruel de sus palabras la hizo parpadear con desconcierto. Su garganta se tensó al replicar, casi con incredulidad:

—¿Por qué? Yo no he hecho nada malo —dijo, con una voz teñida de ingenuidad.

—Porque en esta sociedad no basta con no hacer nada malo. La culparán por no haber sido capaz de disuadirlo de su… perversión con sus encantos femeninos. Sepa que aquí se criminaliza todo lo que se sale de la norma, todo lo que no encaja en el molde de lo que se considera decente y correcto. Es una cacería de brujas, una inquisición moderna. Llámelo como quiera, pero eso es lo que enfrentará. Y si cree que la gente pensará que fue engañada

durante cinco años, se equivoca. Estas cosas, dirán, siempre se saben. Y si usted no las supo, la culparán también por eso.

Cada palabra de Sergio caía sobre Sara como una losa, aplastando poco a poco las escasas certezas que le quedaban. Ella desvió la mirada, incapaz de sostener el peso de su juicio.

—Yo no me lo imaginaba —murmuró, más para sí misma que para él —. Es el único hombre con el que he estado. Pensaba que simplemente no tenía apetito… que su falta de interés era algo normal.

Sergio soltó una risa seca, cargada de ironía, y negó con la cabeza.

—Pues es con él con quien se casó. Y dígame, ¿piensa que la iglesia permitirá que cambie de marido? —la miró fijamente, como si quisiera asegurarse de que sus palabras calaran profundamente—. Piénselo bien antes de dar un paso en falso. Porque no solo se condenará a él, sino también a usted.

Sara sintió cómo el frío de la noche se colaba por los pequeños huecos del tejido de la ropa, invadiendo no solo su cuerpo, sino su alma. Quiso responder, pero las palabras se quedaron atrapadas en la garganta. Por primera vez en años, no sabía qué hacer. Sus manos, temblorosas, se cerraron en un puño sobre el regazo mientras su mente se debatía entre el dolor, la rabia y el desconcierto.

En ese instante, Sebastián salió del bar. Su figura apareció bajo la tenue luz de las farolas mientras giraba la esquina para subir por la avenida de Vallcarca. Su paso parecía tranquilo, casi despreocupado, como si la noche no tuviera secretos que esconder. Sara, al verlo, se agachó rápidamente detrás del antepecho de piedra. Su respiración se aceleró mientras agarraba a Sergio de la camisa, obligándolo a imitar su movimiento.

—¡Agáchese! —murmuró con urgencia, sin apartar la vista de la figura de su marido.

Sergio, algo confuso pero obediente, se dejó llevar. Debió comprender que, si Sebastián reparaba en él, no dudaría en acercarse a saludarlo, y Sara quedaría expuesta. La tensión en el aire era palpable mientras Sebastián pasaba a escasos metros de ellos, ajeno a las miradas que lo seguían desde la penumbra. Su gabardina se agitaba levemente con la brisa nocturna, y el eco de sus pasos se perdió en la distancia.

Cuando el sonido se desvaneció por completo, Sara se atrevió a asomar la cabeza con cautela. Observó cómo Sebastián desaparecía en la curva de la avenida, y un atisbo de alivio cruzó su rostro. Se giró hacia Sergio, que la miraba con una mezcla de incertidumbre y compasión.

Por un instante, pensó que tal vez todavía había alguna manera de solucionar todo aquello, de restaurar una normalidad que ahora le parecía lejana e inalcanzable, pero no sabía cómo. Las palabras de Sergio seguían resonando en su mente, junto con el peso de sus propias sospechas y dudas. Decidió que, al menos por esa noche, no hablaría con Sebastián del tema. Aún necesitaba tiempo para ordenar sus pensamientos, para decidir qué haría con la verdad que comenzaba a desplegarse ante ella.

Sin embargo, un nuevo problema se presentó de golpe: si Sebastián llegaba antes que ella a casa, descubriría su ausencia y exigiría explicaciones. No podía permitirse ese riesgo. Sin pensarlo dos veces, se quitó los zapatos. El contacto del frío suelo, bajo sus pies, la hizo estremecerse, pero no le importó. Tenía que ganar tiempo.

Con el vestido ceñido limitando sus movimientos y los zapatos en una mano, comenzó a correr descalza por una calle paralela, eludiendo las luces de las farolas. Sus brazos se movían de manera casi teatral, como si intentara despedirse de una escena absurda y desesperada. El sonido de sus pasos desnudos sobre el pavimento resonaba en la soledad de la noche, mientras su mente, un torbellino de emociones, buscaba frenéticamente una solución que aún no lograba vislumbrar.

Capítulo 7 – Supervivencia

Rafael

Desde que despertó, Rafael había notado su cabeza abotargada, como envuelta en una niebla espesa, sensible al menor aquella mañana. El mareo, insistente, parecía recrudecerse con cada paso que daba mientras se vestía para el trabajo. De vez en cuando, tenía que detenerse. Se apoyó en el borde del lavabo y cerró los ojos para no sucumbir al latido doloroso que le recordaba, sin piedad, el exceso de vino de la noche anterior. Su cuerpo estaba ralentizado por un malestar intenso que lo ataba al momento con cadenas invisibles.

La ducha fría fue un latigazo que lo devolvió momentáneamente al mundo de los vivos. El café negro, acompañado de un trozo de pan con aceite, le dio un respiro momentáneo. Sin embargo, mientras caminaba por las calles de una Barcelona gélida, con la impertinente luz del sol filtrándose entre los otoñales plataneros de sombra, una nube instalada en la mente no le dejaba discernir con claridad. A medida que avanzaban sus pasos, volvía el cansancio que había conseguido diluir por el desagüe.

Su vida cotidiana le recordaba una y otra vez la frustración de ver cómo su tren pasaba de largo en la estación. Mientras el resto de los pasajeros ya se acomodaban dentro, preparados y equipados para la nueva jornada, él debía correr tras el convoy, esforzándose por alcanzarlo. En esa carrera desesperada, sentía cómo iba dejando atrás cosas importantes, objetos y oportunidades que le habrían sido útiles durante el trayecto. Sin embargo, no tenía más opción que renunciar a ellas si quería subir al tren. Esa imagen recurrente le provocaba una mezcla amarga de rabia y resignación, una sensación que le resultaba dolorosamente familiar, pero que nunca lograba disipar.

Los árboles de la calle, amarillentos y deslucidos, parecían compartir con él una melancolía cíclica. Pronto sus hojas caerían, entregándose a un letargo inevitable antes del renacimiento primaveral. Rafael no podía evitar ver en aquel ciclo natural un reflejo de su propia historia familiar: un proceso de pérdida y reinicio que parecía repetirse sin tregua. Sus padres habían emigrado a España huyendo de un desastre autoimpuesto. Su padre, un timador de oficio en Cuba, vendió sueños envueltos en promesas de ladrillo hasta que la realidad terminó por desmoronar sus mentiras. Cambiaron de ciudad demasiadas veces, como árboles trasplantados sin raíces firmes, hasta que ya no fue suficiente. Al final, la familia entera, incluida la abuela, tuvo que escapar a Madrid con lo puesto, buscando un nuevo comienzo. Dejaron atrás no solo el Caribe, sino también una vida que nunca llegó a florecer.

Qué irónico resultaba pensar que bastaría con cruzar un océano para escapar de la justicia. Si al menos hubiera optado por una profesión honesta, quizás las cosas habrían sido diferentes. Aunque no fue así, y lo que al principio parecía una salvación terminó convirtiéndose, una vez más, en una nueva desgracia para toda la familia.

Rafael tenía seis años cuando cruzaron el Atlántico, y aunque no entendía mucho en aquel entonces, los recuerdos de su niñez estaban marcados por la imagen de una madre exhausta y la ausencia de un padre cuya figura, cuando aparecía en las visitas a la cárcel, le resultaba tan desconocida como incómoda. La amargura de su madre y el peso de sobrevivir cincelaron en él una sensación de abandono que, a sus treinta y cinco años, seguía latente como una sombra en su interior.

Cuando tuvo edad suficiente, se marchó a Barcelona. Quería escapar del patrón familiar que lo asfixiaba, convencido de que un cambio de escenario podría salvarlo de la repetición inevitable. Allí conoció a una catalana con la que se casó, y juntos intentaron construir una vida sencilla. Sin embargo, la guerra civil se encargó de destruirla. A los pocos meses de ser llamado a filas, llegó la noticia de que su hijo había desaparecido. Desde entonces, permaneció en la misma

vivienda, esperando contra toda lógica que, si el niño volvía, pudiera encontrarlo allí.

Mientras caminaba, un recuerdo lo golpeó: su abuela, echándole la suerte sin su consentimiento con las runas brujas, una herramienta de adivinación utilizada mucho por ella. Predijo que nunca lograría mantener nada bueno en la vida. Según ella, cada vez que alcanzara algo, una desgracia se lo arrebataría. Rafael, que en su juventud renegaba de todo lo que representara sus raíces, había desechado la idea como un disparate. Aunque los años y las pérdidas lo habían llevado a reconsiderar aquellas palabras. Sin embargo, temía que no se tratara de una adivinación, sino de un mal de ojo que su abuela le había lanzado, tal vez como castigo por haber rechazado, desde siempre, formar parte de aquella estirpe.

Alzó la vista y se detuvo frente a un edificio que conocía bien, pero al que nunca había prestado atención. Desde la acera opuesta admiró su belleza con detenimiento. Los grandes almacenes El Siglo, con sus enormes cristaleras convexas, observaban las calles con sus ojos diáfanos. En la parte superior de la fachada, dos estatuas; una mujer vestida con una túnica en pose pensativa y un hombre semidesnudo con un mazo en la mano, dejaban pasar a los clientes bajo sus pies. Coronando la exquisita construcción, una cúpula de hierro y cristal quería alcanzar el cielo. En el vestíbulo, unas escaleras a derecha e izquierda se unían en la primera planta, rodeando un vacío central que conectaba todas las plantas de modo visual. En ella, una serie de palcos semicirculares presidían el interior del edificio al frente, como balcones orientados a la planta baja. A Rafael le recordaban los palcos de un teatro donde la actuación más importante pudiera desarrollarse en la puerta de entrada.

Dentro, el bullicio de los clientes lo hizo sentirse un poco más despierto. Se dirigió a la sección de relojería, cruzando bajo una lámpara de cristal que destellaba con la luz que se filtraba por la cúpula de hierro y vidrio. Tocó el bolsillo de su abrigo para asegurarse de que el objeto seguía allí, protegido dentro de una bolsa. Al llegar al mostrador, un amable dependiente lo recibió con

una sonrisa. Rafael sacó el reloj, un viejo Tissot 33.3 con escala telemétrica, y lo colocó sobre el mostrador.

—Necesito saber si este reloj ha sido comprado aquí —interrogó Rafael, consciente de que aquel hombre no necesitaba ver su placa para saber que era policía.

—No vendemos este tipo de modelos —dijo el vendedor con pesar, examinándolo con cuidado—, pero es un buen ejemplar, ¿sabe? Se utilizaban para calcular la distancia de las tormentas. Contando los segundos entre el relámpago y el trueno, podía saber cuántos kilómetros lo separaban de ella.

Rafael asintió en silencio, recordando las noches en la guerra, cuando aquel mismo mecanismo le había permitido calcular la distancia al enemigo en medio de la oscuridad. *Una herramienta para sobrevivir*, pensó mientras salía de los almacenes, con el reloj de vuelta en su bolsillo y la sensación de que, aunque el mundo siguiera girando, él permanecía atado a un ciclo que no sabía cómo romper.

En aquellos tiempos convulsos, el subinspector Monroy había vagado como un alma errante, envuelto en una nube de pensamientos que no parecían disiparse nunca. Había sobrevivido a la guerra disparando al aire, sin convicción, en un conflicto que nunca sintió como suyo. Más que un soldado, se veía como un espectador atrapado en un escenario que no había elegido. Lo único que mantenía vivo aquel hilo frágil de su existencia era la esperanza de encontrar algún día a su hijo. Cada día que pasaba, esa esperanza parecía más tangible, casi un faro en la bruma. Durante la guerra, aprovechó cualquier permiso para buscarlo, pero siempre era insuficiente. Cuando el conflicto terminó, se dedicó de lleno a rastrear su paradero, pero los años habían borrado las pistas, dejando solo fragmentos inconexos que nunca llevaban a ninguna parte.

Bajó por la Rambla, hacia la estatua de Colón. Los transeúntes se movían en un flujo constante, inmersos en sus propias

preocupaciones, interponiéndose a cada paso. Rafael esquivaba a unos y otros con una sensación de contracorriente, como si avanzara a través de un río plagado de remolinos que amenazaban con arrastrarlo hacia atrás. Al mirar hacia su derecha, reparó en unas sillas de hierro dispuestas en hilera, algunas ocupadas por un despliegue de periódicos abiertos y leídos por concentrados lectores. Tuvo el impulso de sentarse, aunque recordó que eran de pago y, además, su búsqueda no le permitía el lujo del descanso.

Al llegar a la Rambla dels Estudis, pasó por el Sepu y obtuvo la misma respuesta que en la calle Pelayo. Giró por Portaferrisa y enfiló hacia los almacenes Jorba, en el Portal del Ángel. Allí, un dependiente le dio la dirección de un lugar que podría tener lo que buscaba: J. Roca Joyero, en la esquina del paseo de Gracia con Gran Vía.

El dependiente de la joyería, un hombre que parecía interesarse mucho más en los objetos que en los humanos, lo recibió con una desgana que casi rozaba el desprecio. Su actitud cambió ligeramente cuando Rafael se presentó como subinspector de la Brigada de Investigación Criminal y le mostró el reloj que llevaba envuelto en un paño. Al observarlo, el joyero pareció reconocerlo de inmediato. Le pidió que lo sacara del envoltorio y, con delicadeza, giró el reloj y levantó la tapa para anotar un pequeño número grabado en la parte trasera. Acto seguido, desapareció en la trastienda y regresó con una carpeta abultada, llena de papeles amarillentos escritos a mano.

Mientras buscaba entre los registros, le explicó que cada reloj tenía un número de referencia que, en caso de garantía, iba acompañado de los datos del comprador. En teoría, si el reloj había sido adquirido allí, deberían figurar los datos en alguna parte. Rafael observaba cómo pasaba página tras página, ajustándose las gafas con impaciencia. En un momento, un pequeño papel cayó al suelo, pero el subinspector no le dio mayor importancia. El joyero seguía revisando los registros, cada vez con mayor frustración.

—No está. Este reloj no se ha vendido aquí —dijo al fin, con una mezcla de decepción y extrañeza—. Aunque habría jurado que sí.

Este tipo de relojes no se encuentran en cualquier sitio; solo en establecimientos especializados como este, que no abundan precisamente por aquí.

Rafael se inclinó ligeramente hacia el mostrador, señalando el suelo con un gesto sereno pero decidido.

—Antes, mientras buscaba, se le ha caído un papel al suelo —indicó, con la misma esperanza persistente que lo mantenía en pie día tras día. Había aprendido que, en ocasiones, las cosas importantes llegaban justo cuando se estaba a punto de rendirse.

El joyero recogió el papel con desgana y lo examinó. Su expresión cambió al instante, mostrando una sonrisa amarilla y torcida.

—¡Et voilà! ¡Se quería escapar la condenada! —exclamó con un tono de triunfo.

Rafael tomó el papel con cuidado. En él aparecía un nombre: Sebastián Robles. Lo leyó varias veces, permitiendo que las letras se asentaran en su mente. Era una pista, quizás pequeña, pero para él significaba una nueva posibilidad de acercarse a lo que llevaba tanto tiempo buscando.

Más que satisfecho, se sentía aliviado de haber dado por concluida aquella tediosa tarea que había asumido por decisión propia. Contra todo pronóstico, había conseguido un pequeño logro: en lugar de perder varios días buscando información inútil, aquella mañana había resultado sorprendentemente productiva. Ahora contaban con una pista que podría resultar clave. Si lograban contactar con la persona que había perdido aquel objeto, quizás podrían descubrir si había visto algo sospechoso o, en el mejor de los casos, si ese individuo era el mismo criminal que había secuestrado al niño.

Sin embargo, también existía la posibilidad de que esa persona no tuviera ninguna conexión con el caso, lo que convertiría todo su esfuerzo en otro trabajo inútil, como tantos otros en su día a día. Así era la labor policial: avanzar a tientas entre un laberinto de pistas y sospechosos, con la esperanza de que algún detalle, por insignificante que fuera, permitiera abrir una brecha en la

investigación. Aun así, esa mañana no estaba dispuesto a soportar otra decepción. Necesitaba desesperadamente la dosis de adrenalina que le proporcionaba saber que había hecho un progreso real, que su trabajo tenía sentido.

No podía evitar que su mente trazara paralelismos entre este caso y la desaparición de su propio hijo. La esperanza de que aquella investigación pudiera llevarlo, de algún modo, hacia el causante de que malviviera ocho años sin su hijo, era una llama que no podía apagar.

De camino a la Jefatura de Policía, sentado en el vagón principal del tranvía, ojeó su libreta y repasó el nombre que había anotado. Su mente, inquieta, comenzó a elucubrar. ¿Qué tipo de persona se habría adentrado en aquella parte del bosque con un objeto tan refinado? Intentó imaginar el escenario en el que aquel reloj había acabado extraviado. Para alguien que portara algo tan valioso, lo lógico sería haberse percatado de su pérdida de inmediato. A menos, claro, que el objeto hubiera caído durante un forcejeo, o quizá mientras realizaba algún tipo de trabajo físico, como cortar leña. ¿Acaso había algo más que pudiera explicar esa ausencia de reacción?

Por un instante, se planteó volver al lugar y buscar algún rastro que corroborara su teoría. Sin embargo, decidió que lo más sensato sería localizar primero al propietario del reloj y obtener respuestas directamente de él. Con ese pensamiento, guardó la libreta y dejó que el traqueteo del vagón lo meciera, mientras la determinación se afianzaba en su interior.

Penélope

Tal como le había aconsejado el subinspector Monroy, Penélope se enfundó en un mandil blanco y una cofia, simulando ser una limpiadora contratada. En la entrada, los vigilantes apenas alzaron la vista. Las mujeres eran invisibles en aquel mundo lleno de policías

armados y de porte marcial. Nadie le pidió identificación, y ella supo aprovecharlo.

Una vez dentro, adoptó un aire de confusión estudiada y preguntó a un joven agente por el almacén de utensilios de limpieza, asegurando que era nueva en el lugar. El policía, distraído, le señaló el final del pasillo. Mientras caminaba, su mente iba a mil por hora. Miraba de reojo cada despacho con la puerta abierta, escrutándolos con rapidez. Un atisbo de euforia la invadió cuando localizó al subinspector en uno de ellos. Rafael Monroy, con su calma habitual, la siguió discretamente hasta un diminuto almacén, asegurándose de que no levantaban sospechas. Cerró la puerta con un movimiento calculado.

Dentro, el aire era denso, y Penélope sentía cómo su nerviosismo aumentaba. Retrocedió para dejarle espacio, y en su torpeza golpeó una estantería. Un cubo lleno de trapos cayó al suelo con estrépito. Por reflejo, giró bruscamente y una escoba se inclinó, rozándole la espalda. Sobresaltada, lanzó un pequeño grito que rápidamente ahogó con su mano, sintiéndose ridícula. Por un instante, había imaginado que alguien más estaba allí.

—Cálmese, por favor —murmuró Monroy, colocando sus manos con firmeza en sus hombros—. Si se altera, esto no saldrá bien.

Penélope asintió, respirando hondo. Tomó la escoba y el cubo que él le entregaba y siguió sus instrucciones. Después de llenar el balde en el lavabo, Monroy la condujo a los calabozos.

En el interior, un policía mayor fumaba un cigarro negro con las piernas cruzadas. Monroy, en tono autoritario, le indicó que saliera a tomar aire. El hombre aceptó sin rechistar. Penélope comenzó a barrer el pasillo, mirando de reojo el lugar donde se hallaba su hermano. Ocho celdas se hallaban distribuidas a cada costado de un estrecho pasillo, justo delante del pequeño escritorio donde ahora se había sentado Rafael. Tomás, con el rostro magullado y un brazo herido, yacía en un catre dentro de una de las celdas ajeno a lo que ocurría.

Monroy, sentado en el escritorio, revisaba una libreta de anotaciones. Con un gesto sutil de la barbilla, le indicó que podía acercarse. Penélope dudaba, pero la emoción la venció.

—¡Tomás! Soy yo, tu hermana —exclamó en un susurro cargado de emoción.

Él tardó unos segundos en reaccionar, como si no pudiera creer lo que veía. Se levantó de un salto y exclamó:

—¡Peni!

Rafael alzó la mirada, intrigado por el apodo.

—Te tengo dicho que no me llames así —le regañó en voz baja, avergonzada por el apodo infantil.

Los ojos de Penélope se llenaron de lágrimas al ver las heridas de su hermano.

—¿Qué te han hecho? —preguntó, con su voz temblando de rabia contenida.

—Eso no importa. Lo que realmente importa es Damián. No sé qué ha pasado con él. Aquí creen que lo tengo escondido, ¿puedes creerlo? —contestó Tomás, frustrado—. ¡Y tú no pensarás eso, ¿verdad?

—Por supuesto que no, pero nadie me escucha —respondió, mirando brevemente a Monroy con desconfianza—. Lo oí gritar cuando se lo llevaban y no pude hacer nada.

Una lágrima se deslizó por su mejilla, y Tomás se la limpió a través de las rejas con un gesto protector. Rafael, observándolos, se aclaró la garganta.

—No se me acerquen tanto. Hablen, pero sin confianza —advirtió en voz baja.

Tomás bajó la cabeza, abatido.

—No entiendo nada, hermanita. ¿Por qué se lo querrían llevar? —preguntó en un susurro—. Estaba con alguien el día que

desapareció, pero no puedo revelar su nombre. Me han advertido que sin esa información no tengo coartada, pero tú sabes cómo soy: cuando doy mi palabra, la mantengo, cueste lo que cueste.

—No seas bobo. Si es la única manera de salir de aquí… —lo alentó.

—No. Hay otra. Si encuentran al verdadero culpable… El problema es que debería ser lo antes posible. ¿Sabes quién me ha metido aquí?

—Sí. Lo sé —admitió Penélope.

—Pues ya estás al corriente de lo que ha ocurrido en otras ocasiones, y cada vez es peor. Ya lo puedes comprobar —le indicó señalando sus heridas.

Rafael apartó su vista de la libreta por un momento y los observó con conmiseración.

Penélope tragó saliva, intentando contener las emociones que pugnaban por salir.

—La policía está investigando. Encontraron un reloj en el sitio donde oí a Damián por última vez. No se sabe todavía de quién es, pero yo creo que no tiene relación con lo ocurrido —opinó convencida.

En aquel momento, el agente pidió silencio.

—¡Basta! —interrumpió Rafael de repente, alzando la voz—. No pueden estar hablando de la investigación. Mire que todavía usted es sospechoso. ¡Y ya, dejen la muela! Ya es hora de que se vaya.

Ella puso los ojos en blanco, en señal de burla. Esto hizo que Tomás sonriera de forma irónica, dejando ver un hueco donde antes había un diente. Penélope reprimió un gesto de compasión y se dispuso a marcharse, pero Tomás no pudo contenerse:

—¿Ni siquiera un abrazo, Peni? —bromeó, mostrando una triste sonrisa.

Ella giró sobre sus talones y lo abrazó a través de las rejas antes de que Monroy pudiera detenerla. Rafael, con el ceño fruncido, la tomó de la muñeca y la acompañó hasta la salida. Sus dedos, cálidos y

firmes, le provocaron un extraño cosquilleo, no obstante, se soltó ruborizada; le pareció que se tomaba demasiadas libertades.

Cuando llegaron a la entrada, los vigilantes la miraron extrañados. Uno de ellos murmuró algo sobre lo rápido que había terminado de limpiar.

—No se encuentra bien —declaró a modo de disculpa el subinspector Monroy.

En ese momento, el inspector Roca apareció por la puerta. Su mirada severa se clavó en ambos.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó con voz cortante.

—Quería ver a su hermano. Ya le he dicho que no puede —contestó Monroy con naturalidad, como si la mujer acabara de llegar.

Roca les lanzó una mirada cargada de sospecha.

—Más vale que no se repita. Si no la detendré también a usted, igual que a su hermano —amenazó con inquina.

Penélope salió a la calle, pero no pudo evitar escuchar cómo Roca amenazaba con degradar a Rafael si volvía a permitir algo similar. Mientras caminaba, su mente bullía con pensamientos caóticos. Algo más profundo se movía en las sombras de esa Jefatura de Policía. Y aunque no tenía todas las respuestas, estaba dispuesta a encontrarlas.

Penélope caminaba cabizbaja por las calles de Barcelona, con el corazón encogido y la mente atrapada en un torbellino de pensamientos oscuros. La imagen de su hermano Tomás, demacrado y encerrado, se superponía al vacío insoportable que sentía al pensar en Damián. Su hijo seguía desaparecido, y lo único que podía hacer para demostrar la inocencia de Tomás era encontrar al verdadero culpable. Él mismo se lo había dicho, pero el tiempo corría en su contra. Sabía que los policías encargados del caso eran mediocres, más ocupados en buscar culpables fáciles que en hilar las pistas con lógica. Cada segundo que pasaba imaginaba a Damián en peligro, mientras los verdaderos responsables seguían libres.

La decepción la carcomía. No había podido preguntar a su hermano si había perdido aquel reloj que le regalaron. Había demasiados ojos y oídos alrededor, y no podía arriesgarse a hacerlo delante del subinspector. Sin embargo, la curiosidad seguía latiendo en su mente: ¿podría ser ese reloj el mismo que había encontrado la policía? Su intuición le susurraba que sí, y la incertidumbre la consumía.

Sentía rabia. Rabia contra el sistema, contra su propia impotencia, contra un destino que parecía reírse de ella, pero, sobre todo, sentía miedo. Miedo de fracasar, de no estar a la altura, de no ser capaz de enfrentarse a lo que tenía por delante. Era muy distinto investigar fraudes en una compañía de seguros que sumergirse en un mundo de delincuentes y mentiras. Sabía que necesitaba ayuda para conseguir descubrir la verdad, pero no podía confiar en nadie. Sus opciones eran escasas, y una de ellas la aterrorizaba más que enfrentarse a los culpables: Siscu.

El camino hacia el edificio donde sabía que lo encontraría le pareció interminable. Las calles, siempre familiares, ahora se le antojaban extrañas y hostiles. Las sombras parecían más largas, los rostros desconocidos, como si un velo de desconfianza lo cubriera todo. Penélope sabía que era su ansiedad hablándole, recordando que no podía permitirse fallar. No tenía idea de si sería bien recibida, pero no podía darse el lujo de dudar. Él tenía derecho a saber lo ocurrido. Después de tantos años de conocerlo, aún no podía predecir cómo reaccionaría, pero en ese momento Damián era lo único que importaba. La posibilidad de que él mostrara indiferencia le helaba el corazón. Le dolía profundamente cada vez que renegaba del niño, aunque en los últimos años había dado señales de cambio. Tal vez esta vez sería diferente... al menos quería creerlo. Cuando llegó, el reflejo del sol en las cristaleras le impidió ver el interior.

Apretó los labios y respiró hondo antes de acercarse. Aunque antes de que pudiera tocar la puerta, esta se abrió bruscamente, y Siscu salió, cogiéndola del brazo con fuerza.

—¿Estás loca? ¿Quieres que te vean? —le espetó en un susurro tenso, mirando a ambos lados con ojos calculadores.

Sin darle opción a replicar, la llevó a un callejón cercano. Allí la soltó, pero la intimidó con una mirada fría y escrutadora que Penélope intentó evitar. Su instinto le pedía que se encogiera, que bajara la cabeza, pero no lo hizo. Lo observó de arriba abajo, notando algo que la desconcertó: el hombre que tenía delante no era el mismo que había conocido. Su aspecto descuidado, su mirada sin brillo… incluso su porte elegante había desaparecido. Parecía más un fantasma de sí mismo que aquel hombre que alguna vez la había seducido con la mirada. Vio satisfecha que había perdido todo el poder que alguna vez ejerció sobre ella.

—Han secuestrado a nuestro hijo —le comunicó con un hilo de voz, tratando de controlar la emoción que amenazaba con desbordarla.

Siscu apartó la mirada, clavándola en una pared herrumbrosa. Su mandíbula se tensó, y una pierna flaqueó antes de que cayera al suelo, apoyado contra la pared opuesta. Penélope dio un paso hacia él, preocupada.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —preguntó, intentando acercarse.

—¡Estoy bien! —vociferó, con un destello de furia en los ojos—. ¡No necesito tu compasión!

Penélope se detuvo, pero no retrocedió. Sabía que, si lo hacía, lo perdería por completo.

—Necesito que me ayudes —insistió con voz firme, pero serena—. Tú tienes contactos, Siscu. Puedes hacer algo, estoy segura.

Él alzó la cabeza y la miró con desprecio.

—¿Qué insinúas? ¿Que conozco a la escoria que se ha llevado a tu hijo? —su voz era un filo de acero.

—No, claro que no. Solo creo que podrías mover algunos hilos… hablar con tus clientes. Algunos tienen influencia… podrían ayudar a cambiar de manos la investigación.

Siscu se levantó despacio, limpiándose las manos en el pantalón. La miró como si estuviera evaluando el peso de sus palabras, y luego negó con la cabeza.

—Eso es imposible. No puedo pedir un favor así sin revelar mi relación con el niño. Y no voy a hacerlo. Olvídalo.

Penélope sintió cómo su mundo se tambaleaba. Apretó los puños, buscando algo que decir, pero las palabras no llegaron. Siscu, por su parte, ya había girado el rostro hacia la salida del callejón. Pensó que era mejor dejarlo estar. En el fondo, sabía que esto era así desde el principio.

La mujer dio un paso atrás, con el corazón roto pero la mente clara. Aquella iniciativa había sido un error, ahora lo sabía. Siscu nunca cambiaría. Era un hombre encerrado en su propio mundo, incapaz de ofrecer más de lo que le convenía. Con cada paso que daba lejos de él, el rencor crecía en su pecho. Por primera vez, deseó con todo su ser que desapareciera de sus vidas para siempre.

Por la tarde, Penélope se sentía algo más optimista. A pesar de no haber conseguido nada relevante en la Jefatura de Policía y del desencuentro con el padre de su hijo, había hecho un descubrimiento inesperado que le daba una pequeña chispa de esperanza. No sabía a dónde la conduciría ni si tendría relación directa con el secuestro de Damián, pero, al menos, ahora tenía un punto de partida. Era un leve consuelo en medio del caos.

Con los dedos temblorosos, rozó un trozo de papel que había encontrado en el bolsillo del delantal usado para su disfraz de limpiadora. Mientras lo echaba a la colada, una esquina doblada había asomado, captando su atención. Se quedó mirando la nota por un buen rato, sintiendo los latidos en el pecho, tratando de imaginar cómo había llegado hasta allí y, más importante aún, qué significaba.

Comenzó a repasar mentalmente cada paso que había dado desde que se puso aquel delantal. Recordó haberlo llevado en la mano hasta la esquina de la Jefatura de Policía, donde se lo colocó antes de entrar para reforzar su fachada de limpiadora. Una vez dentro,

nadie la había tocado, salvo Rafael, quien le puso brevemente las manos en los hombros, pero entonces lo recordó: Tomás.

Él la había abrazado al despedirse. Fue un gesto rápido, pero suficientemente cercano como para deslizarle algo sin que ella se diera cuenta. Con una sensación de creciente inquietud, desdobló el papel una vez más y leyó aquel nombre que la había dejado perpleja: Sebastián Robles.

No podía creerlo. ¿Qué tendría que ver el profesor de Damián con todo aquello? Con el corazón en un puño, decidió dirigirse al colegio de su hijo. Aunque sabía que no iba a encontrarlo allí, no podía evitar que su mirada vagara entre los niños que salían del edificio, como si su inconsciente se negara a aceptar la realidad. Cada rostro que no era el de Damián le dolía como una herida abierta, pero no podía permitirse flaquear. Se detuvo un momento para recuperar el aliento y se obligó a seguir adelante. Si quería volver a verlo, debía mantener la determinación.

En la entrada del colegio, los profesores María Eugenia y Esteban vigilaban a los alumnos. Aquello era inusual; normalmente, la tarea recaía solo en uno de ellos. Penélope asumió que habían reforzado la seguridad tras lo ocurrido con Damián. Inspiró profundamente y reunió el valor necesario para acercarse a ellos.

Nada más verla, las expresiones de los profesores cambiaron. Sus rostros irradiaban compasión, y aquel gesto hizo que Penélope tuviera que contener las lágrimas con todas sus fuerzas. No podía permitirse derrumbarse. Por su hijo, debía mantenerse fuerte.

—Necesito hablar con el profesor Sebastián Robles —dijo con voz temblorosa, pero firme.

Los educadores intercambiaron una mirada breve. Fue María Eugenia quien respondió.

—Sebastián ya se marchó a casa. Si lo necesita con urgencia, puedo darle su dirección.

Penélope sintió un nudo en la garganta. Por un instante, pensó que recibiría una negativa, pero la maestra no dudó en proporcionarle la información. María Eugenia parecía aliviada de poder hacer algo, por mínimo que fuera, para ayudarla. Penélope agradeció con un leve asentimiento y tomó nota de la dirección, aferrándose a la idea de que aquel nombre en el papel era la clave que tanto necesitaba.

Mientras se alejaba del colegio, apretando el papel contra su pecho, la incertidumbre se mezclaba con una nueva resolución. Fuera lo que fuese lo que conectaba a Sebastián Robles con el caso, iba a descubrirlo. Por Damián. Por su hijo.

El domicilio del maestro no quedaba lejos. Era una casa con un pequeño jardín, discreta y ordenada. No tuvo que esperar mucho; en cuanto tocó la puerta, esta se abrió, revelando a Sebastián Robles, acompañado de su esposa, Sara. Penélope se presentó como la hermana de Tomás, aunque sabía que Sebastián ya la conocía como la madre de Damián. Notó cómo el gesto del profesor se tensaba.

—Tengo su nombre en una nota escrita por mi hermano, pero no sé qué significa. ¿Podría ayudarme, por favor? Es muy importante… Ya sabe lo que le ocurrió a su alumno —dijo Penélope, tratando de mantener la compostura mientras sus ojos recorrían el interior de la vivienda.

Sebastián pareció incomodarse, su mirada nerviosa viajaba entre Penélope y su esposa. Sara, en cambio, mantuvo una expresión serena, aunque claramente intrigada.

—No puedo ayudarla, lo siento —respondió Sebastián rápidamente, buscando la aprobación de su mujer con un vistazo fugaz.

—Invítala a pasar, no seas descortés —intervino Sara, con una firmeza amable que dejó al profesor sin opciones. Luego, dirigiéndose a Penélope, añadió—: Voy a salir a hacer unas compras, pueden hablar tranquilamente.

Penélope se hizo a un lado para dejarla pasar, y Sara se despidió con una sonrisa afable antes de cerrar la puerta tras de sí. Sebastián la

condujo hasta el salón, donde ambos tomaron asiento. El aire se volvió más denso, cargado de una tensión que Penélope podía casi tocar.

—No sé qué puedo hacer por usted —dijo el profesor, cruzando las piernas y dejando claro que no estaba dispuesto a colaborar.

Penélope no se dejó intimidar. Había aprendido a sacar fuerzas incluso en medio de su miedo.

—Tengo dos teorías —comenzó, midiendo sus palabras—. O usted tiene alguna relación con el reloj que encontraron, o sabe algo que puede servir como coartada para mi hermano. Fue lo que hablamos en prisión.

El rostro de Sebastián se contrajo en una mueca de desconcierto.

—¿Qué? ¿Tomás está en la cárcel? —preguntó, denotando algo de afectación.

—¿Conoce usted a mi hermano? —inquirió Penélope con su mirada fija en él.

—No… no mucho, la verdad —respondió tartamudeando, mientras se rascaba la nariz con insistencia.

—Pues no me da esa sensación —acusó, sin disimular su sospecha—. Dígame, ¿sabe algo sobre el reloj? Es uno de color dorado, con correa marrón y una esfera repleta de números, como impresos en papel envejecido y con manchas que parecen quemaduras.

Sebastián se removió en el asiento, evitando su mirada.

—No sé nada al respecto —contestó, pero sus gestos nerviosos lo traicionaban.

Penélope dio un paso más, con un tono ahora cargado de urgencia:

—Por favor, la vida de mi hijo está en peligro. Sé que usted sabe algo. Si no me lo dice a mí, quizás la policía se lo saque cuando la

avise, pero si me lo cuenta, le prometo que no diré nada, se lo juro por la vida de mi hijo.

El profesor parecía cada vez más incómodo. Finalmente, exhaló un suspiro.

—No he visto el reloj que han encontrado, pero sí… Yo le regalé uno a Tomás en compensación por un favor que me hizo.

Penélope frunció el ceño, estudiándolo.

—¿De qué favor estamos hablando? —preguntó con franqueza.

—Bueno… me ayudaba con las compras de vez en cuando —balbuceó Sebastián, cada vez más nervioso.

—¿Un reloj caro como agradecimiento por eso? —replicó Penélope, dejando escapar un tono de incredulidad.

—No funcionaba bien… —murmuró Sebastián, carraspeando mientras se mordía las uñas.

Penélope lo observó con atención. Su lenguaje corporal era más elocuente que sus palabras.

—¿Estaba usted con él durante la noche del incidente? —preguntó de pronto, sin rodeos.

Sebastián abrió los ojos como platos. El color se le subió a las mejillas.

—¡No! —espetó, sin añadir explicación.

—Por favor, dígame la verdad. Si estaba con él, es la única forma de que mi hermano pueda salir de allí. Lo están maltratando, y no sé cuánto más podrá soportar. Además, la policía está investigando. Van a rastrear el reloj, y tarde o temprano sabrán quién lo compró.

El silencio del profesor fue ensordecedor. Penélope sabía que estaba cerca de conseguir algo, pero entonces Sebastián alzó la mirada, furioso.

—¡Váyase! —dijo entre dientes, señalando la puerta.

Penélope se levantó con cautela, pero antes de irse se giró hacia él.

—Solo una cosa más: ¿el reloj que le regaló a Tomás era como el que le he descrito?

Sebastián no respondió. Su rostro, rígido como una máscara, fue todo lo que le mostró antes de cerrar la puerta de golpe. Penélope suspiró, frustrada. Mientras se alejaba por el jardín, Sara apareció en la esquina de la calle, cargando una bolsa. Por un instante, Penélope se planteó acercarse y reemprender el interrogatorio con la esposa presente. Quizá la presión adicional lo haría ceder y confesar lo que sabía. Sin embargo, desechó la idea; aquello cruzaría un límite ético que no estaba dispuesta a traspasar, incluso en su desesperación.

Ya en la calle, con el viento frío golpeándole el rostro, repasó lo ocurrido. Estaba casi segura de que aquel reloj era el de Tomás, pero no lograba entender cómo había llegado hasta el lugar del secuestro. Recordaba haberlo visto en la muñeca de su hermano, pero no en los últimos días. ¿Podría haberlo perdido, o alguien más se lo había llevado?

Los indicios seguían apuntando a Tomás, pero ella se negaba a creer que tuviera algo que ver con el secuestro de Damián. Sin embargo, una cosa estaba clara: debía buscar otra vía. Todo lo que había hecho hasta ahora, incluido ese enfrentamiento, la mantenía dando vueltas en círculos, al igual que la policía, pero ella no tenía tiempo para errores. Si quería salvar a su hijo y a su hermano, debía llegar más lejos. Más allá de las mentiras, de los relojes y de los secretos que Sebastián intentaba ocultar desesperadamente.

Quedaba claro que Diego estaba decidido a inculpar a Tomás, sin importar las pruebas. La posibilidad de que estuviera involucrado en el incidente no le parecía descabellada; después de todo, no sería el primer policía corrupto, ni probablemente el último. Penélope sabía que no podía confiar en la investigación oficial. Si quería encontrar a su hijo y salvar a su hermano antes de que fuera demasiado tarde, tendría que llevar a cabo su propia investigación, más allá de las limitaciones de la Brigada de Investigación Criminal.

Francisco

Francisco observaba más allá del jardín a través de la gran ventana, incapaz de enfocar su atención en nada cercano. De la boca de una esfinge brotaba el agua en un murmullo constante, deslizándose sobre sus pies de león y haciendo danzar a los nenúfares del estanque al mismo ritmo. Las palmeras de diversas especies enmarcaban la escena, transportándolo mentalmente a algún exótico rincón del norte de África. Sin embargo, su mirada parecía traspasar ese paisaje; se escapaba hacia los confines del universo, hacia algún lugar que ni él mismo entendía.

Quiso levantarse, deseando abrazar el día que estaba perdiendo. Sin embargo, un vértigo intenso lo detuvo. Cada intento era un fracaso que lo devolvía a la cama, atrapado en su fragilidad reciente. El médico le había recomendado una dieta estricta para evitar las náuseas, y aunque ya no vomitaba, un malestar oscuro se había apoderado de su cuerpo. Era como si una criatura parasitaria se alimentara de él, consumiendo su fuerza.

Un golpeteo suave lo sacó de sus pensamientos.

—¿Puedo pasar? —La voz de Dorotea sonó sigilosa al otro lado de la puerta.

—Pasa, mujer —respondió Francisco, con un tono cargado de agotamiento.

Dorotea entró con paso calculado, portando una taza de caldo como si fuera un trofeo.

—Te traigo tu caldo —anunció con un deje melindroso.

Francisco miró el reloj: las cinco en punto. Ella jamás fallaba a esa cita diaria. Podía olvidarse de todo lo demás, pero traerle el consomé parecía ser un ritual sagrado.

—No me apetece —murmuró, evitando cruzar su mirada con la de ella.

—Ya sabes que es bueno para tu salud un poco de caldo cada día. —Dejó la taza en la mesita de noche con un gesto casi mecánico—. Por si cambias de idea.

Dorotea se dirigió entonces a las ventanas. Francisco adivinó lo que iba a hacer antes de que lo hiciera.

—Déjalas abiertas —pidió con un esfuerzo que le costó más de lo que habría admitido.

Ella fingió no escucharlo y cerró las cortinas con determinación.

—Necesitas descansar —dijo, más para sí misma que para él.

Francisco la observó, impotente, mientras la luz del día desaparecía y lo dejaba encerrado en una oscuridad sofocante. Era su tercer día postrado en la cama, y la desolación empezaba a devorarlo. No estaba acostumbrado a la inactividad ni a la enfermedad; su vida siempre había estado marcada por el control, la rutina, y una salud de hierro. Además, no dejaba de pensar en los negocios: el trabajo acumulado, las decisiones pendientes, y el miedo a que su ausencia hundiera la empresa. Esa preocupación lo consumía tanto como el dolor físico.

Un retortijón punzante en el estómago lo hizo desear, por un instante, que todo acabara. La intensidad de aquel sufrimiento lo desconcertaba. Si hubiera tenido fuerzas, se habría levantado para lanzarse por la ventana, pero incluso eso le parecía un esfuerzo imposible.

El sueño lo atrapó de repente, como una emboscada. Despertó sobresaltado, aturdido y sudoroso. Encendió la luz, y su mirada se fijó en la taza de caldo, ahora tumbada sobre la mesita de noche. Estaba vacía.

Un escalofrío recorrió su espalda. No recordaba haberlo tomado. Se llevó las manos a la cabeza, intentando recomponer los fragmentos de su memoria, pero no encontró nada. Por un instante, temió haberlo derramado. Dorotea se pondría furiosa si descubría manchas

en la alfombra. Con esfuerzo, inspeccionó los alrededores, pero no había ni rastro del líquido.

Debo haberlo tomado, se convenció, aunque la inquietud no lo abandonaba.

De pronto, una nueva oleada de sopor lo arrastró de vuelta al abismo. Esta vez, los sueños fueron oscuros, laberínticos y cargados de angustia, como si su mente quisiera revelarle algo para lo que él no estaba listo para aceptar.

Damián

Damián despertó con un sobresalto. El corazón le retumbaba en el pecho como si aún estuviera corriendo por el bosque tras Canela. La pesadilla se había incrustado en su mente con una nitidez aterradora: unos brazos desconocidos lo habían arrebatado de su hogar, y un golpe en la cabeza, frío y seco, había marcado el final de su fuga desesperada. Llevó la mano a su cabello enredado, palpando con sus dedos en busca de la herida. Ahí estaba, un surco hinchado bajo los mechones apelmazados. No era un sueño. El dolor era real. Todo había ocurrido. La certeza lo golpeó como un cubo de agua helada, y por un instante, quiso creer que su cerebro le jugaba una mala pasada, pero el lugar donde se encontraba, húmedo y opresivo, desmentía cualquier esperanza. No podía entender quién y por qué motivo lo había arrancado de los brazos de su madre.

Alzó la vista, intentando adaptarse a la penumbra. Una luz grisácea comenzaba a colarse a través de pequeñas rendijas en las paredes delatando el amanecer. El lugar olía a madera húmeda, moho y algo más, un hedor amargo que no sabía identificar. Sus ojos, ahora más acostumbrados a la oscuridad, recorrieron el espacio. La cabaña era pequeña, apenas un cuadrado con un montón de paja en el rincón donde había despertado. Un silencio denso lo envolvía, tan profundo que podía oír el latido de su propio corazón, acelerado y tembloroso.

No podía disipar la sensación de estar atrapado en una cárcel sin tiempo.

Damián se levantó con cuidado, como si temiera que el más mínimo ruido pudiese desatar algo. El suelo parecía quebrarse bajo sus pies descalzos, y el sonido le hizo contener la respiración. Las paredes de madera eran toscas y desgastadas, y al pasar las manos por una de ellas, una astilla se clavó en su dedo. Contuvo un gemido; no podía permitirse mostrarse débil, ni siquiera frente a sí mismo. Su madre siempre decía que era un niño espabilado, y en ese momento debía demostrar que lo era. Tragó saliva, cerrando los puños con fuerza. Tenía que salir de allí, aunque el miedo se colaba por cada rendija como un vapor invisible y sofocante.

La puerta, custodiada por un candado que podía ver a través de una grieta, era un muro infranqueable. Trató de empujarla con todas sus fuerzas, pero era inútil. El silencio del exterior era tan opresivo como el de la cabaña, pero Damián tenía la sensación de que no estaba solo. Algo, o alguien, lo estaba vigilando.

De pronto, reparó en un haz de luz más amplio que se filtraba por el techo. Con el pulso acelerado, decidió explorar esa posibilidad. Se subió a una de las paredes, utilizando sus pequeños dedos para agarrarse a las hendiduras de la madera. Cada movimiento hacía que las tablas crujieran de forma inquietante, pero avanzó, motivado por una mezcla de temor y determinación. Al llegar al tejado, se asomó por una abertura triangular. Su cabeza pasó con dificultad, pero los hombros quedaron atascados.

Luchó por liberarse, mordiéndose el labio para no gritar de frustración. Entonces, instintivamente, contrajo el cuerpo de tal manera que logró pasar al otro lado, aunque quedó colgado boca abajo, como un murciélago. Con las piernas temblorosas y la vista fija en las rocas afiladas que se extendían varios metros más abajo, respiró hondo y, luchando contra el vértigo, decidió reptar por el techo hacia el lado opuesto.

Sin embargo, cuando logró asomarse, sus esperanzas se desmoronaron. Allí estaba ella. La mujer de ropajes oscuros lo observaba desde el suelo, inmóvil pero cargada de una energía inquietante. Sus ojos, dos brasas encendidas, lo taladraban con una ira contenida. Las manos, sucias y callosas, se crispaban como garras deseando aferrarse a algo.

—Te traía comida —dijo con una voz grave, rota, que parecía surgir desde lo más profundo de su garganta—, pero creo que no la mereces.

Con un gesto furioso, pateó un plato que contenía un líquido espeso y nauseabundo que ni la tierra quiso absorber. El contenido se desparramó por doquier. Damián, desesperado, bajó del techo y se arrodilló en el suelo, tratando de rescatar algún resto con manos temblorosas. Aunque, antes de que pudiera tocarlo, la mujer se abalanzó sobre él, agarrándolo del cabello.

—¡No intentes escapar otra vez! —le gritó mientras lo arrastraba de vuelta a la cabaña.

Damián forcejeó, pero era demasiado pequeño para liberarse de su agarre. La mujer lo empujó con fuerza al interior y cerró la puerta de un portazo, dejándolo una vez más atrapado en la oscuridad.

Damián golpeó la madera con toda la fuerza que tenía, mientras sus gritos resonaban en el silencio de aquel lugar maldito. Las lágrimas le escocían en los ojos, pero no era solo miedo lo que lo consumía. Era rabia. Una rabia que lo quemaba por dentro, que le gritaba que no podía rendirse. Que tenía que encontrar la manera de salir, de regresar a su hogar.

Se dejó caer al suelo, exhausto, mientras el eco de sus golpes se apagaba en la distancia. Fuera, el mundo seguía en silencio, ignorando su llanto, pero en el pecho de Damián ardía una chispa de esperanza. No iba a dejarse vencer.

Capítulo 8 – Humillación

Tomás

El carcelero arrastró a Tomás de malas maneras hasta una sala vacía, sacándolo de la celda en plena madrugada, perturbando su descanso. Dormir ocupaba la mayor parte del tiempo. En su situación, era la única forma de alejarse de las infinitas posibilidades que su mente se empeñaba en imaginar acerca de su destino. Si algo había aprendido durante los años de detenciones intermitentes, era que la incertidumbre podía devorar a un hombre más rápido que la peor tortura. Sin embargo, aquella noche su preocupación no giraba en torno a su propio destino, sino al paradero de su sobrino Damián. En esa prisión, lejos de todo y de todos, no podía hacer nada para ayudar a su hermana a encontrarlo.

Lo colocaron detrás de una mesa rectangular, iluminado por una lámpara cegadora. Más allá de la luz, escuchaba susurros y pasos. Detrás del foco distinguió varias voces familiares. Diego hablaba con su tono impositivo de siempre, mientras Rafael intervenía con moderación, marcado por su característico acento cubano. Rafael era un hombre sereno y conciliador, y Tomás se sintió levemente reconfortado al identificar su presencia. Sin embargo, su consuelo era frágil; los murmullos indicaban que Diego lideraba las acusaciones, convencido de que Tomás sabía algo sobre la desaparición de Damián.

Estiró los dedos de su mano derecha, entumecidos por la escayola. Instintivamente apartó la mano de la mesa, reviviendo el golpe recibido la última vez. Su mano izquierda buscó rascar su mejilla en un gesto automático, fue cuando se percató de que estaba temblando. Sabía lo que querían: que confesara algo que no había hecho. Sin embargo, no tenía respuestas ni una salida clara de aquel infierno.

La voz de Diego rompió el murmullo en la sala con una autoridad que resonó como un disparo.

— Alguien te vio la noche de la desaparición con Damián en el lugar de los hechos —acusó, mientras su sombra danzaba tras la luz.

Tomás cerró los ojos, irritado por el brillo que lo cegaba. No quería estar allí. Solo deseaba desaparecer.

—¿Quién? —preguntó, incrédulo.

—Un testigo que te identificó. Ya no puedes negarlo —afirmó Diego con impaciencia—. Tenemos pruebas.

—Pues que ese testigo diga dónde está mi sobrino —explotó—. Porque yo no tengo ni idea. ¡Ojalá lo supiera! Lo único que deseo es que aparezca sano y salvo.

Diego golpeó la mesa.

—No seas insolente. Sabes que tarde o temprano demostraremos que eres tú el degenerado que se lleva a los niños. Tenemos aquí al inspector que se encargaba de estos casos antes y confirma que se ha utilizado el mismo modus operandi que en otros sucesos producidos en la ciudad, relacionados con desapariciones de menores.

—Lo siento. No puedo decir nada más que lo que sé —declaró el prisionero cansado de repetir lo mismo una y otra vez.

En aquel momento, se volvieron a escuchar los murmullos y alguna que otra carcajada. Diego comentaba a los demás, de modo satírico, que lo conocía de cuando eran pequeños.

—En la escuela, daba caramelos a los niños si se bajaban los pantalones. Yo mismo sufrí sus insinuaciones e intentos de soborno. Puedo afirmar que es un depravado y que se merece que lo encierren de por vida con tal de preservar la dignidad de las calles. —declaró el inspector, con la intención de denigrar al preso.

Tomás se mordió la lengua. Aquello era demasiado. Quería decir algo, pero temía por su seguridad. El policía continuó diciendo que

en varias ocasiones lo habían castigado por comportamiento inmoral.

— Lo sancionaban por su conducta impúdica, pero una y otra vez recaía en los mismos actos, como si fuera incapaz de dominar sus impulsos — añadió, clavando las palabras como un dardo en la herida.

El detenido golpeaba el terrazo con el pie, en un intento por sofocar su ira en algo inocuo. Sus ojos estaban enrojecidos y brillantes. No sabía cómo colocarse en aquella incómoda silla de madera que se clavaba en sus glúteos sin compasión. Carraspeaba, intentando reunir el valor para hablar, pero su instinto de supervivencia lo frenaba. No entendía cómo Diego podía exagerar tanto las cosas.

—Todos los casos de desapariciones recientes han ocurrido en el bosque, después de aprovechar algún despiste de los padres. Dígame, señor Tomás Maspons, ¿dónde estuvo durante la tarde y noche del día veintiocho de septiembre?

Tomás dejó escapar un largo suspiro.

—Ya se lo he dicho antes: estaba en mi coche, hablando con una persona.

—¿Hablando?

—Diego lanzó la pregunta con sarcasmo.

—Sí, hablando. ¿Es eso un crimen?

—Entendido —replicó el inspector con calma—. ¿Y sobre qué conversaban?

—¿Es que acaso eso importa? —contestó Tomás, apretando la mandíbula.

—Cualquier cosa que nos cuente, para darle veracidad a su relato, puede ser relevante para exculparlo del delito —explicó con calma el policía desconocido—. Si nos revela algo útil, le aseguro que podremos ayudarle a salir de esta. Además, mientras no lo haga, usted mismo se estará convirtiendo en sospechoso. ¿Quién en su sano juicio no haría lo posible por librarse de esta complicación?

—Señor, debe creerme. Yo quiero a mi sobrino. Jamás le haría daño.

—¿Pero utilizarlo como objeto de deseo, qué? —arremetió Diego con malicia.

—¡Que no me van los niños! ¡Cómo lo tengo que decir! —sollozó con afectación manifiesta.

—Bien que te gustaba toquetearlos —acusó su antiguo amigo con resquemor.

La conversación se volvió cada vez más hostil. Diego no se detenía. Las acusaciones se intensificaban. Tomás sentía que su pecho ardía de impotencia, pero cuando Diego lo llamó depravado una vez más, algo en su interior cedió. Se levantó bruscamente, señalándolo con el dedo tembloroso. La barrera que impedía que sus palabras salieran a la luz se derrumbó en ese momento, haciendo que fluyeran como una gran presa que libera sus aguas.

—¡Eres un hipócrita! Tú estabas allí conmigo en el colegio. También eras un niño, ¿recuerdas? Confundes las cosas o simplemente te conviene que parezca así. ¡Yo nunca he tocado a un niño siendo adulto! Si sigues hurgando en el pasado, quizá deberías mirarte a ti mismo antes de señalarme.

Un chasquido quebró el silencio: la llama de una cerilla iluminó brevemente el rostro de Diego, deformado por una furia que parecía haber cruzado todos los límites de la cordura. La tenue luz reveló también una porra negra, levantada con una intención clara. Diego agitó el fósforo hasta apagarlo, dejando el eco de su respiración pesada en la penumbra, junto con el acre olor del cigarrillo recién encendido.

El primer golpe llegó como un relámpago. La porra impactó en el rostro de Tomás, justo en la herida aún fresca. El dolor fue tan intenso que lo hizo tambalearse y caer al suelo. El crujido seco de su brazo escayolado hizo evidente el impacto. Un gemido ahogado escapó de sus labios antes de que las patadas comenzaran. Una tras otra, cada golpe en su estómago y costillas era como un puñetazo

directo a su alma. Cada palabra de Diego, cargada de odio, se clavaba más hondo que los golpes físicos.

—Si cuentas algo sobre mí, te juro que te mato —gritaba Diego, mientras sus botas se ensañaban con el cuerpo inerte de Tomás.

Todo su mundo se resumía en un único sentimiento: el dolor. La impotencia le robaba incluso del deseo de respirar. Quería gritar, pero el aire le faltaba. Quería luchar, pero su cuerpo no le respondía. Deseó morir, porque el sufrimiento parecía no tener fin.

De pronto, todo cesó. Los golpes, los gritos, la violencia. La voz firme y autoritaria de Rafael cortó la atmósfera como un cuchillo:

—¡Basta! ¡Déjelo ya! ¿No ve que está inconsciente?

Un silencio sepulcral invadió la sala de pronto, aunque un ruido seco lo rompió, resonando en las paredes de la sala. Tomás, en un estado de semiinconsciencia, apenas registró el momento.

—Hay algo que debe saber. He localizado al dueño del reloj —informó el subinspector, sin poder apartar la vista del detenido—. Creo que sería mejor hablar con él lo antes posible —sugirió.

Rafael tenía la habilidad de apaciguar la furia de su superior, desenfocando su atención. Con esta nueva pesquisa, la ira del inspector Roca se desinfló lo suficiente como para querer salir de aquel cuarto y abandonar de momento el empeño por destruir a su antiguo amigo de la infancia.

Tomás escuchó los pasos de Diego alejarse, la respiración de Rafael aún acelerada y la tensión que impregnaba el aire. Quizá, pensó, su muerte había sido aplazada por ese hombre que había decidido intervenir. No era mucho, pero en ese momento era suficiente para seguir aguantando, aunque fuera un día más.

Penélope

El tráfico fluía a un ritmo constante a aquellas horas de la tarde. Desde la distancia donde se encontraba, Penélope observaba con atención la puerta de la Jefatura de Policía. Subida en la Vespa 98, mantenía el motor apagado para evitar cualquier ruido que delatara su presencia. Ese policía que tanto despreciaba a su hermano, debía saber mucho más sobre su hijo de lo que admitía. Aunque desconocía la hora exacta en que terminaba su turno, estaba dispuesta a esperar lo necesario.

Con el crepúsculo envolviendo rápidamente la ciudad, Penélope concluyó que su rostro no sería fácilmente reconocible desde la otra acera. Decidió acercarse más, pero antes de poner en marcha la motocicleta, la puerta de la Jefatura de Policía se abrió. Un hombre salió al exterior, y el sombrero que llevaba hacía imposible distinguir su rostro. Penélope avanzó un poco, pero un conductor frenó en seco y le pitó al esquivarla, obligándola a retroceder. El hombre, que caminaba distraído hacia la calle, se detuvo al escuchar el claxon y giró la cabeza en su dirección. Aunque sintió un sobresalto, no pestañeó al saber que era Rafael. Tratando de pasar desapercibida, Penélope mantuvo la calma y continuó su camino, disimulando su interés. Dio la vuelta a la manzana y regresó al mismo lugar, esta vez posicionándose en el carril frente al edificio. Observó con atención y vio cómo otro hombre arrancaba un vehículo de color oscuro. La luz ámbar de una farola cercana iluminó su rostro: era Diego.

Penélope no había imaginado que Diego aún vivía en Sabadell. Su intuición había sido clave para seguirlo, ya que lo había perdido en varias ocasiones durante el trayecto debido a la velocidad limitada de su Vespa. Pensó que, si no había cambiado de ciudad, probablemente tampoco lo habría hecho de barrio. Por fortuna, así fue. Algunas personas prefieren permanecer cerca de sus raíces, reflexionó. Lo vio cerrar la puerta de su coche y cruzar hacia una casa unifamiliar de dos plantas, con tranquilidad, como si nadie lo

estuviese esperando. Cuando lo vio entrar por la puerta, Penélope se sintió complacida por haber descubierto donde vivía.

En la acera opuesta, un pequeño local de alimentación captó su atención. Decidió entrar, no tanto por las compras como por la oportunidad de recabar información. Una mujer en el mostrador le ofreció una docena de manzanas a buen precio, advirtiéndole que no durarían mucho más. Penélope aceptó con una sonrisa, mencionando que había pensado hacer mermelada con ellas. Mientras pagaba, comentó casualmente que había crecido en ese barrio y que siempre le había gustado la zona.

En aquel momento, reconoció a su madre dirigiéndose hacia la tienda. Un escalofrío recorrió su cuerpo, mientras rezaba para que no entrase. No podía permitirse que la descubriera allí. En un gesto apresurado, se echó el pañuelo que llevaba al cuello sobre la cabeza, tratando de cubrirse el rostro lo mejor que podía. La tendera la miró con curiosidad, pero Penélope explicó que quería protegerse del fresco, algo que pareció convencerla.

Pidió entonces utilizar el baño, buscando tiempo para evitar a su madre, quien, por suerte, solo compró algo rápido y se marchó. Al regresar al mostrador, Penélope reanudó su estrategia.

—Mi marido y yo estamos buscando una casa como esa —comentó mientras señalaba la vivienda donde había entrado Diego.

—Esta está ocupada por un policía —desveló la tendera con aire colaborador—. Aunque la que se encuentra justo al lado está a la venta.

—La verdad es que esa en concreto nos ha gustado mucho —insistió Penélope—. ¿Sabe si los dueños estarían dispuestos a venderla?

Fue entonces cuando la comerciante compartió un dato revelador:

—Allí solo vive un hombre. Su esposa lo abandonó hace un par de años.

Penélope se mostró sorprendida. Aunque desconocía aquella información, realmente no sentía ninguna lástima por Diego.

—A pesar de lo espaciosa que es para él solo, nunca hemos sabido si tenía intención alguna de mudarse —añadió de forma atenta.

Mientras escuchaba, Penélope comenzó a idear cómo podría entrar en el hogar del policía. Sabía que no sería fácil, pero también que no se detendría hasta conseguirlo.

Rafael

Rafael cerró apresuradamente la puerta del coche patrulla mientras ajustaba el ala de su sombrero. Diego ya lo esperaba en la entrada del colegio, cruzado de brazos, con la mandíbula tensa y un mohín de impaciencia en el rostro. Su superior siempre le había insistido en la importancia de llegar juntos a los lugares donde se presentaban. Según decía, apareciendo separados, parecían de cuerpos policiales distintos, lo que desconcertaba a quienes tenían delante y los hacía menos propensos a colaborar. Sin embargo, Diego jamás tenía el detalle de esperarlo.

Cuando Rafael finalmente llegó a su lado, Diego hizo un ademán como si fuera a soltarle alguna reprimenda, pero se contuvo al recordar que estaban frente a un colegio infantil. Al poco, una mujer de cabello recogido y expresión severa salió a recibirlos. Se trataba de María Eugenia, una profesora de la escuela. Diego, en un tono comedido pero firme, le pidió que les concediera unos minutos de su tiempo. La mujer asintió, aunque su rostro dejaba entrever cierta incomodidad.

El hallazgo de un reloj en la escena del delito había conducido a los inspectores hasta allí. La pieza, un lujoso objeto de carátula color champán, resultó estar vinculada a Sebastián Robles, profesor del niño desaparecido. El proceso para localizarlo había sido sencillo: bastó con cruzar este dato con los nombres de las personas más cercanas a Damián.

El subinspector rogaba para que aquello los llevara hasta alguna pista útil. Quería ahorrar más sufrimiento a aquella hermosa mujer

que le había causado tan buena impresión. Sin embargo, por mucho que lo deseó, no pudo pasar a la siguiente casilla, de momento. Sebastián se encontraba fuera de la región, en Huesca, había ido a buscar unos expedientes. Aunque la excusa parecía plausible, su viaje repentino levantaba sospechas.

—Tenemos su dirección —comentó Rafael mientras se ajustaba el abrigo—. Está a poca distancia. Podríamos caminar, pero no quiero dejar el coche mal estacionado mucho tiempo Podría interrumpir la circulación.

La verja de la casa de Sebastián estaba entreabierta. Diego no dudó en avanzar por el sendero hasta la puerta principal. Aporreó la madera con fuerza, lo que hizo vibrar incluso los cristales de las ventanas. Nadie respondió. Tras unos minutos de espera, Diego se movió hacia la parte trasera y llamó a Rafael.

—Ayúdeme a subir —indicó, señalando una ventana abierta que se alzaba apenas unos centímetros sobre sus cabezas.

—¿Está seguro de que queremos hacer esto? —preguntó Rafael, incómodo.

Diego no respondió, limitándose a mirarlo fijamente. Rafael, tras una breve lucha interna sobre la ética de aquella acción, entrelazó los dedos de ambas manos y los ofreció como apoyo para que su superior pudiera usarlos. Diego trepó con agilidad, alcanzando el alféizar y desapareciendo al otro lado.

El interior de la casa era diáfano y con un orden impecable. Sobre un estante de madera, una mujer pelirroja de nariz aguileña los observaba desde varias fotografías, con ojos vivos y llenos de curiosidad. En una de ellas, la acompañaba un hombre que debía ser Sebastián. En otra, se mostraba con un uniforme de enfermera frente al Hospital de Sant Pau, precisamente donde habían llevado a Tomás a que le curaran el brazo.

—Rafael, ven aquí —llamó Diego desde el despacho del profesor.

Sobre el escritorio descansaba una pila de exámenes de matemáticas. Diego sostenía uno hecho trizas que había encontrado en la basura. Rápidamente lo identificaron como el de Damián. La nota era un diez, pero al recomponer los pedazos descubrieron varios errores que contradecían la calificación.

. —Es posible que lo sobrevalorara intencionadamente —comentó Diego, mientras recomponía cuidadosamente los pedazos—. Y que después se arrepintiera. ¿Qué cree, soborno o algo más turbio?

Rafael frunció el ceño, pensativo.

—¿Por qué querría darle un diez a un examen que claramente no lo merece? ¿Cree que tal vez el niño sabía algo que lo comprometía?

—No debemos descartar esa posibilidad. Al no conseguir cerrarle la boca al chico, quizá decidió sacarlo de escena y después destruir cualquier prueba que lo inculpase. Sea como sea, deberíamos hablar con las personas que compartían el día a día con Damián. Tal vez puedan arrojar algo de luz —propuso Diego mientras guardaba los restos del examen en su bolsillo.

—¿Y qué dice del reloj? —preguntó Rafael.

—Deberíamos esperar a que vuelva Sebastián para interrogarle. Mientras tanto, será mejor visitar a la esposa por si ella nos puede aclarar qué hacía el reloj en el lugar de los hechos.

Más tarde, en el Hospital de Sant Pau, mientras su superior era atendido a causa de un pequeño corte en el brazo, Rafael se dedicó a buscar la cara que había visto en las fotografías, entre las ajetreadas enfermeras. El blanco de sus uniformes resplandecía en contraste con los apagados rostros de los pacientes. Mientras recorría el pasillo con la mirada, no podía evitar que su mente lo traicionara con recuerdos de la guerra y de la impotencia que lo había atormentado entonces, cuando no pudo buscar a su propio hijo.

Concentrado únicamente en las mujeres de blanco, al principio no se fijó en otra figura que se movía hacia la salida. Una mujer vestida de

calle. Tal vez fue la forma en que se despidió del personal, con un gesto breve pero lleno de calidez, o quizá el modo en que sus ojos miraban a los pacientes, como si dejara algo inacabado. Algo en ella lo puso en alerta.

Fue entonces cuando percibió de reojo su melena rojiza, y supo que era la mujer que buscaba. No necesitó más confirmación. Salió tras ella y la alcanzó en la calle. Con un gesto suave pero firme, sacó el reloj del bolsillo y lo sostuvo frente a la mujer.

—¿Reconoce este objeto? —preguntó Rafael.

La mujer lo estudió con detenimiento, ladeando la cabeza.

—Es del estilo que usa Sebastián, pero no lo recuerdo. ¿Es suyo?

—Eso creemos. ¿Podría haberlo comprado para alguien más?

Sara, la esposa del profesor, dudó antes de responder.

—Últimamente no estoy segura de nada con él. Apenas me cuenta nada. —Hizo una pausa, visiblemente incómoda. —¿Por qué lo quieren saber?

El subinspector continuó con el interrogatorio ignorando su pregunta.

—Dígame, señora, ¿su marido estuvo con usted la tarde y noche del veintiocho al veintinueve de septiembre? Es decir, el último sábado —preguntó Rafael, con un tono que buscaba ser firme, pero no intimidante.

—Pues no necesito pensarlo mucho —respondió Sara, entrelazando las manos igual que si quisiera ocultar una incomodidad que empezaba a aflorar—. Últimamente, sale muy a menudo. Sobre todo, los fines de semana. Se va y no me cuenta a dónde. Es como si yo no le importara… Perdón, supongo que esto no tiene nada que ver con lo que ha venido a averiguar.

—Descuide, señora. Créame, cualquier detalle, por pequeño que parezca, puede ser importante —repuso Rafael, con ese tono

pausado y conciliador que le salía casi sin esfuerzo. Luego añadió, con cuidado—: Por cierto, ¿ustedes tienen hijos?

—Como no sea del Espíritu Santo… —respondió ella, intentando contener una sonrisa nerviosa. Aunque enseguida se ruborizó al darse cuenta de lo que acababa de decir y bajó la mirada. —Disculpe, no creo que mis problemas particulares le interesen.

—No crea, señora. Nunca se sabe. Todo puede ser útil. —Rafael aprovechó su propio tono afable para seguir indagando, evitando cualquier rastro de juicio—. ¿No se llevan bien?

Sara suspiró, como si estuviera soltando una carga que llevaba mucho tiempo soportando en silencio.

—Digamos que… a veces siento que soy más una hermana que su esposa. Me siento totalmente ignorada —confesó con un atisbo de tristeza en la voz, aunque enseguida se recompuso, enderezándose ligeramente—, pero, sea como sea, puedo asegurarle que Sebastián no sería capaz de hacer daño a nadie.

Rafael dejó que sus palabras se asentaran un instante antes de continuar, midiendo bien cada paso.

—No sabría decirle… —respondió con ambigüedad, dejando abierta la puerta para no descartar nada. —Otra cuestión, ¿sabe si su marido tenía problemas con alguno de sus alumnos?

—No lo sé. Si los tenía, nunca me lo comentó. ¿Eso significa que le ha ocurrido algo a uno de sus estudiantes? —preguntó ella, alarmada.

Rafael asintió con gravedad.

—Sí, señora. Uno de ellos ha desaparecido.

Sara llevó una mano al pecho, visiblemente afectada, pero negó con la cabeza.

—Lo siento mucho, pero no puedo ayudarle en eso.

Rafael sacó una pequeña libreta y escribió algo antes de arrancar la hoja.

—Está bien. Le dejo aquí el teléfono de la Jefatura de Policía. Si recuerda algo que pueda ser útil, no dude en llamarnos.

Sara tomó el papel y, al hacerlo, pareció recordar algo.

—Por cierto… antes de marcharse, Sebastián recibió la visita de una mujer. Morena, de cabello largo, muy guapa. Parecía preocupada. Creo que hablaron de uno de sus alumnos. No sé si guarda relación con lo que están investigando.

Rafael levantó la mirada, súbitamente atento.

—¿Morena, cabello largo, delgada, con ojos marrones? ¿Tal vez se fijó si, al sonreír, se le marcaban unos hoyuelos en las mejillas?

Sara asintió lentamente, sorprendida.

—En efecto. Veo que ya sabe de quién se trata.

Rafael guardó la libreta y asintió para sí mismo, con una expresión seria, mientras intentaba encajar la nueva pieza en el rompecabezas. Aunque, en el fondo, sabía que más que una pista nueva parecía más bien una intromisión.

Rafael se sintió decepcionado con Penélope por su actitud reservada y recelosa. Hasta aquel momento, había estado convencido de que confiaba en él, pero era evidente que se equivocaba. Además de entrometerse en tareas que correspondían exclusivamente a la policía, parecía estar ocultando información que podría ser clave para el caso. Aquella obstinación no hacía más que retrasar la recuperación de su hijo y entorpecer la investigación, dejando incluso margen al sospechoso para tomar ventaja.

De vuelta a la Jefatura de Policía, Rafael permanecía pensativo, con los ojos fijos en el paisaje que desfilaba más allá de la ventanilla del coche. De vez en cuando lanzaba una mirada a su compañero. Quería decirle algo, pero las palabras parecían atascarse en su

mente. Diego, siempre atento al lenguaje no verbal, pareció notarlo ya que le hizo un gesto breve con la cabeza, instándolo a hablar.

—Ahora que hemos encontrado a alguien con más posibilidades de haber causado el delito, es evidente que no tiene sentido mantener al detenido por más tiempo, ¿no cree? —preguntó Rafael con voz baja, apenas audible, que se quebraba con cada palabra.

Diego lo miró de reojo, con una ceja arqueada y una mezcla de exasperación e incredulidad en el rostro.

—¿Más posibilidades? ¿Se refiere a una persona de la que ni siquiera sabemos si le pertenece el reloj, ni si estuvo en el escenario del delito? ¿Cree que eso es más sólido que encontrar la ropa del niño en el vehículo del detenido? —su voz se endureció al final, cargada de impaciencia—. No sea ingenuo. ¿Qué le ha dado con ese hombre? ¿Acaso tiene algún interés personal en que lo liberen?

Rafael negó con la cabeza, aguantando la compostura.

—No se trata de eso —replicó con calma—. Es solo que no quiero que un inocente pague por algo que no hizo. Además, no me expliqué bien. Lo que quería decir es que ambos podrían ser responsables, pero solo uno está detenido. Y no podemos ignorar que Sebastián podría tener motivos para hacer daño al niño. Sé que está fuera de la ciudad y que no podemos interrogarlo de inmediato, pero quizá alguien podría desplazarse a Huesca para tomarle declaración.

Diego soltó una risa seca, casi burlona.

—No sea obtuso, Monroy. En dos días estará de vuelta en Barcelona. No vamos a desperdiciar recursos en perseguirlo antes de tiempo. Y, por si fuera poco, no podemos acusarlo de algo tan grave basándonos en un examen roto. Ni siquiera sabemos por qué lo calificó así. —Diego hizo una pausa, cambiando ligeramente su tono, como si buscara darle a Rafael una lección—. En cambio, Tomás tiene antecedentes. Su historial lo deja en una posición mucho menos favorable.

Diego se acomodó en el asiento y continuó con una voz más grave, casi solemne:

—Le voy a contar algo. Hace casi un año, durante una redada nocturna en Vallcarca, detuvimos a varios sujetos en una zona donde los rumores decían que se practicaban actos indecentes. Entre los detenidos estaba Tomás.

Diego relató los hechos con una crudeza que a Rafael le resultó inquietante, describiendo cómo una familia había denunciado lo ocurrido tras un desagradable hallazgo en el bosque. Su tono dejaba claro que sentía un desprecio profundo hacia aquel hombre, un odio que nublaba cualquier atisbo de objetividad. Rafael escuchó en silencio, reprimiendo cualquier comentario que pudiera exacerbar a su compañero. Sabía que intentar hacerle cambiar de opinión era inútil. Los prejuicios de Diego estaban demasiado arraigados, y su odio hacia Tomás lo llevaba a interpretar los hechos a su conveniencia. Sin embargo, Rafael no podía evitar pensar que acusar a alguien basándose en conjeturas y resentimientos personales era tan peligroso como injusto. Sabía que debía encontrar una manera de demostrar lo que la lógica le decía: la verdad no siempre encajaba con los prejuicios de los hombres, y era su deber buscarla, aunque eso significara enfrentarse a su superior.

De camino a casa, Rafael decidió pasar por la vivienda de Penélope. Había algo que lo inquietaba profundamente en el comportamiento de aquella mujer, y sentía la necesidad de obtener respuestas. No entendía cómo una mujer tan hermosa y con un carácter tan afable podía involucrarse en acciones que rayaban en lo imprudente y temerario, propias de un buscavidas. Sin embargo, algo en ella lo desarmaba. A pesar de su decepción, estaba dispuesto a darle la oportunidad de explicarse. Esa mujer tenía algo especial que lo llevaba a pensar que valía la pena intentar comprenderla.

Cuando golpeó la puerta con el picaporte, Penélope tardó en abrir. Finalmente, el eco de un cerrojo girando anunció su presencia. La abrió apenas lo suficiente para asomarse por un estrecho resquicio. Su aspecto era desolador. El rastro de lágrimas todavía brillaba en

sus mejillas, y sus ojos enrojecidos hablaban de una tristeza que no intentaba disimular del todo.

—Disculpe, no quería molestarla —dijo Rafael, esforzándose por mantener un tono sereno.

—Descuide —respondió Penélope, mientras intentaba secarse el rostro con la mano. Su intento de mostrarse entera era evidente, pero no lo conseguía del todo.

Hubo un breve silencio incómodo. Rafael carraspeó, buscando las palabras adecuadas.

—Quizá este no sea el mejor momento, pero… me gustaría hablar con usted sobre lo que está ocurriendo. Si le parece bien, podríamos cambiar impresiones mañana. ¿Qué tal si la invito a comer, digamos, a las dos?

Penélope se llevó instintivamente una mano al escote, ajustándolo, mientras una sombra de desconfianza cruzaba su rostro. Dio un paso hacia atrás, como si necesitara marcar distancia, y luego volvió a salir, esta vez con una mirada encendida.

—¡No soy como usted piensa, señor subinspector! —espetó con una mezcla de enfado y orgullo.

Rafael parpadeó, sorprendido por su reacción, sin encontrar palabras para responder.

—No crea todo lo que escucha de mí. Tal vez piensa que soy una mujer fácil, que se va con cualquier hombre que se lo pide —continuó Penélope, con su voz quebrándose en un sollozo mientras trataba de mantener la compostura.

—No es eso… Solo quería… —Rafael intentó explicarse, pero su voz salió torpe, a trompicones.

Antes de que pudiera terminar la frase, Penélope cerró la puerta con fuerza. El golpe resonó con un eco frío en las paredes del interior, dejándolo solo ante su sombra en la puerta. Rafael se quedó inmóvil unos segundos, sintiendo el peso de su propio desconcierto. Algo en

su interior le decía que había cometido un error, pero no lograba precisar cuál.

Capítulo 9 – Niños

Águeda (La Dama de los Huesos)

Cerca de la riera de Sant Medir, una campana rasgó el silencio de la madrugada con un tañido persistente. Los petirrojos, distraídos en las ramas desnudas de los árboles, se elevaron en un vuelo desordenado, llevándose consigo el eco de su canto. Las nubes, como gigantes abatidos, retrocedían perezosas hacia el interior, dejando caer algunas gotas fugaces sobre los pinos desvaídos. Un aliento húmedo y glacial se filtraba incluso a través de los abrigos más recios, entumeciendo las extremidades de cualquiera que osara desafiar el exterior.

Desde la casona, un alboroto creciente intentaba abrirse paso entre el incesante tintineo del artilugio metálico que resonaba como un presagio. Águeda agitaba la campana con fuerza inusitada. No era un simple aviso de despertar; algo inusual estaba sucediendo.

Como ratas huyendo de una embarcación en llamas, una horda de niños harapientos emergía despavorida por la puerta principal. Sus ojos, grandes y vacíos de esperanza, se clavaban en la tarima erigida en el centro del prado que separaba la casa del bosque. Allí, como una figura salida de una pesadilla, estaba Águeda, envuelta en su característico manto negro. Mordisqueaba un hueso con una parsimonia casi obscena, mientras los niños la observaban, famélicos y decaídos. Era su ritual. Comía frente a ellos, no por gula, sino por el placer perverso de exhibir lo que ellos no podían tener.

Sabía que el hambre era su látigo más eficaz. Con los estómagos vacíos, trabajarían mejor; la promesa de comida como único aliciente los hacía dóciles, pero no era solo eso. Águeda se deleitaba con su sufrimiento. Eran sus bestias, su ganado… Con la tristeza y el desconsuelo de estos ella alimentaba sus deseos de venganza. Cuanto más débiles y sometidos los veía, más se fortalecía.

Sin embargo, no siempre había sido así. Hubo un tiempo en el que su corazón no estaba encadenado al odio. A menudo recordaba con melancolía cómo, antaño, se dedicaba a vender golosinas en un carro. Lo guiaba con firmeza entre los adoquines, arreando su asno para avanzar por las calles a diario hasta llegar a la plaza de los Josepets. Cada tarde, su modesto negocio le proporcionaba sustento y una tenue alegría. Su vista comenzó a fallar, primero con destellos fugaces que le cegaban al sol, luego con sombras que devoraban las formas y los colores. Lo que antes eran rostros familiares se tornó en manchas borrosas, y las monedas, antes tan claras en su palma, se volvieron meros enigmas al tacto.

Los niños, al percatarse de su discapacidad, empezaron a burlarse de ella. Primero le pagaban con monedas de escaso valor, confiando en que su vista deteriorada no le permitiría notar el engaño; más tarde, aprovechaban su confusión para arrebatarle las golosinas sin pagar. Águeda, incapaz de distinguirlos con claridad, intentaba defenderse con un bastón que siempre tenía a mano, pero su torpeza solía terminar en desastre. Comenzó a detestar aquellas sonrisas sin rostro. Un día, un grupo de muchachos la atacó. Dos de ellos le arrebataron el bastón, y en la refriega cayó sobre el asno, que, asustado, comenzó a cocear salvajemente. El carrito quedó destrozado y ella magullada. Su sustento, su dignidad, todo desapareció ese día. Cuando salió del hospital, no quedaba rastro de su antigua vida. Lo único que emergió de las cenizas fue un odio visceral, un frío implacable que la convirtió en la mujer despiadada que ahora se alzaba en esa tarima.

Una mosca se posó en su nariz, devolviéndola al presente. Águeda, irritada, intentó aplastarla con un movimiento brusco. Su mano golpeó su nariz aguileña, arrancándole un gruñido de rabia. Su mirada se posó en Damián, atado a una silla junto a la tarima. Su rostro estaba pálido, y sus ojos, a la altura de los pies de Águeda, vagaban entre los niños que seguían llegando, formando un círculo expectante y aterrador.

Los rostros de los pequeños eran desconocidos para Damián, pero no necesitaba saber quiénes eran para entender lo que ocurría. Había algo en el aire, una tensión espesa, casi tangible. Águeda permanecía inmóvil, sus ojos brillaban con una malevolencia inhumana. El espectáculo apenas comenzaba.

De pronto, la mujer llamó a uno de los muchachos mayores.

—¡Antonio, ven aquí! —gritó con voz áspera y rotunda.

El joven, que hasta entonces había mantenido una actitud desafiante, palideció al momento. El miedo se coló en su mirada y tensó su mandíbula como un resorte.

—¡Yo no he hecho nada! —balbuceó apresuradamente, sin que nadie le hubiera acusado aún.

—Me da igual lo que hayas hecho o dejado de hacer. ¡Ven ya! —ordenó la mujer, masticando lentamente, mostrando entre los dientes restos de comida.

Los demás chicos, casi al unísono, lo empujaron hacia adelante, forzándolo a subir a la tarima donde ella esperaba. Cuando estuvo a su alcance, lo derribó con un movimiento brusco, tirándolo al suelo de un empujón. Sin perder tiempo, le puso un pie sobre la espalda para inmovilizarlo, mientras sacaba unas tenazas oxidadas de entre sus andrajos. Se agachó sobre él, clavando las rodillas en su espalda, y trató de agarrarle la mano.

Antonio forcejeó con desesperación, agitando sus brazos como un animal atrapado, pero la mujer no cedía. Fue entonces cuando uno de los muchachos se adelantó con una sonrisa servil.

—Yo le ayudo, señora —dijo, mostrándose ansioso por complacerla.

Jesús, rubio, con una nariz redonda y la frente cubierta de suciedad, sujetó con fuerza el brazo de Antonio, bloqueando sus movimientos. La mujer no perdió un instante. Con una calma turbadora, atrapó la uña del meñique con las tenazas y comenzó a tirar.

—¡Yo no he hecho nada, se lo juro! ¡Por favor, no me haga daño! —gritaba Antonio, con lágrimas surcando su rostro.

Ella lo miró fijamente con sus ojos oscuros, cargados de una frialdad pétrea.

—¿Crees que me importa? Si no has sido tú, dime quién tocó mis llaves. Sabes que está prohibido fisgonear y tomar lo que no es vuestro.

—¡No lo sé, de verdad! ¡Si lo supiera se lo diría! —sollozó, con la voz quebrada—. ¡No he tocado nada! ¡Por favor, no!

Sin embargo, sus súplicas no la detuvieron. Sin piedad, la mujer apretó las tenazas y tiró con toda su fuerza de la uña. El grito de Antonio se alzó como un eco desgarrador que rebotó en las montañas cercanas. Su cuerpo temblaba convulsivamente mientras Jesús mantenía el brazo inmovilizado con el pie.

La mujer se incorporó con una sonrisa cruel, mostrando con orgullo las tenazas manchadas de rojo. Dio una patada al chico herido, apartándolo como si fuera un despojo, y señaló con su herramienta a otro de los chicos.

—¡Tú, Hernando, eres el siguiente!

Hernando intentó huir, pero los demás lo atraparon y lo arrastraron hasta la tarima, lanzándolo a los pies de la Dama de los Huesos, como ellos la llamaban. Justo cuando ella se inclinaba para repetir el castigo, una voz cortó el murmullo.

—¡He sido yo! —dijo Damián con firmeza.

Todos se giraron hacia él. El muchacho estaba en primera fila, su mirada se mostraba desafiante y serena, a pesar de que su pequeño cuerpo temblaba ligeramente. Por un instante, acaparó la atención de todos.

—¡No digas estupideces! —resopló la mujer—. Es imposible que hayas sido tú.

—¿Y por qué no? Ya me he escapado dos veces, ¿por qué no una tercera? —respondió Damián con una calma que descolocó a la mujer.

Ella frunció el ceño, recordando cómo había encontrado las ataduras intactas cuando fue a recogerlo. Era improbable que hubiera escapado sin dejar rastro, y mucho menos que hubiera logrado volver a atarse por sí mismo.

—No has podido ser tú —dijo al final, con un tono que destilaba incredulidad.

Sin embargo, cuando se dispuso a continuar con Hernando, Damián volvió a hablar.

—He sido yo. Y si quiere, puedo decirle cómo lo hice.

La mujer lo observó con sus ojos oscuros escrutándolo con desconfianza e intriga. Finalmente, levantó la cabeza y dio su orden.

—Está bien. Todos adentro.

Águeda comenzó a dar palmadas con la fuerza y el ímpetu de quien espanta gallinas al gallinero, con cada golpe resonando en el aire frío como un disparo seco. Luego, sin previo aviso, agarró la silla de Damián y la arrastró, dejando profundos surcos en la tierra que se sumaban a los que ya había marcado antes. Con una fuerza descomunal, tiró de él como si fuera un saco inerte. Sus enormes pies aplastaban la hierba con una determinación casi mecánica, mientras sus brazos tensos guiaban la silla hacia un punto intermedio entre el círculo de niños y la cabaña. Se detuvo, lo observó con una mezcla de intriga y desprecio, y levantó la barbilla en un gesto altivo.

—Dime, niño, ¿cómo lograste coger las llaves que siempre llevo colgadas al cuello? —preguntó, con la voz impregnada de incredulidad.

Damián guardó silencio por unos instantes, calculando sus palabras. Luego, con una calma que parecía impropia de su edad, respondió:

—Aproveché mientras dormía.

Águeda enarcó las cejas, sorprendida por su osadía.

—Eso es poco probable. Tengo el sueño ligero y, además, jamás me las quito —replicó, con un tono cargado de sospecha.

El niño no se inmutó.

—A veces las deja en la mesilla de noche —contestó con una firmeza que hizo tambalear su seguridad.

Por un instante, la mujer se quedó paralizada, su mente trabajaba a toda velocidad. La posibilidad de que Damián hubiera cogido las llaves era inquietante, pero lo que no lograba comprender era por qué no las había usado para recuperar lo que era suyo y escapar de allí. Había algo más. Algo que no encajaba. Tras años de tratar con esos niños, Águeda sabía que algunos tenían formas de actuar que desafiaban toda lógica.

—¿Sabes cómo lo descubrí, mocoso insolente? —le espetó de pronto, con una sonrisa gélida—. En la alacena hay una pestaña que, si queda accionada, después cuesta mucho de abrir. Tú lo hiciste, ¿verdad? Has estado comiendo más de lo que yo pensaba.

Damián la miró, sin perder la calma.

—Tenía muchísima hambre. Era eso o morirme. ¿No lo entiende?

Águeda apretó los labios, furiosa ante la osadía del muchacho.

—No entiendo cómo es posible —gruñó, casi para sí misma—. ¿Cuándo hiciste tal cosa? Si llevo días sin desprenderme del colgante.

La duda la carcomía. Recordó que, la tarde anterior, mientras los muchachos estaban en la ciudad y ella deambulaba por el bosque en busca de respuestas que nadie más podría descifrar, había notado algo extraño al regresar: la alacena abierta y el mecanismo forzado. Aunque la idea de que aquel niño hubiera logrado semejante proeza sin dejar rastro era casi inconcebible.

Sin embargo, algo en su interior le decía que Damián no mentía. Eso la enfureció aún más. ¿Qué tan lejos podría llegar si ella le permitía vivir? Con su astucia, sería capaz de entrar en las casas más opulentas de la ciudad y llevarse joyas de valor incalculable. Sin embargo, Águeda no podía permitirse tener a un rehén que desafiara su autoridad. Su dominio debía ser absoluto.

La Dama de los Huesos se acercó lentamente, inclinándose hacia él con una mirada de hielo.

—Ya has demostrado que eres un problema. No puedo arriesgarme a que sigas corriendo libre por aquí. Tu destino está decidido.

El niño no parpadeó. Sabía que estaba a punto de enfrentar el abismo, pero algo en su postura revelaba que aún tenía una carta que jugar.

Rafael

La verja no cedía. Rafael y Diego la empujaron repetidamente, pero no lograron abrirla. A la derecha, una campanilla oxidada colgaba perezosa, como esperando que alguien la hiciera sonar. Sin dudarlo, la agitaron varias veces, provocando un tintineo agudo que resonó en el aire tranquilo del patio. A pesar de su insistencia, nadie acudía. Ambos afinaron el oído, atentos al más leve indicio de movimiento, pero lo único que se escuchaba era el trino ocasional de los gorriones en las ramas cercanas. De vez en cuando, el rugido lejano de algún coche rompía el silencio, pero nada más.

Pasaron varios minutos sin que nadie atendiera. Diego, con impaciencia creciente, apoyó una pierna en la puerta baja de entrada.

—Debemos saltarla —dijo el inspector, con la decisión reflejada en su voz.

—No creo que sea buena idea —respondió Rafael, con la cautela que lo caracterizaba.

—Ahí dentro debe haber algún picaporte. Nos escucharán mejor —añadió Roca, ajustándose el sombrero.

—Somos la Policía, no delincuentes. Deberíamos reconsiderar hacer esto —protestó el subinspector Monroy.

—¿De veras? —replicó Diego con una mueca burlona mientras se impulsaba por encima de la verja—. Observe y aprenda.

La puerta de hierro forjado apenas medía un metro de altura, y la salvaron con facilidad. Al cruzar, subieron las escaleras que llevaban al patio interior, sus pasos resonaban sobre las baldosas húmedas de rocío. Desde allí, otro tramo les condujo, a través de un porche abierto, hasta la entrada principal del edificio. Tal como Diego había supuesto, junto a la puerta había un picaporte. La golpearon con ella, emitiendo un estruendo metálico que espantó a las palomas que picoteaban restos de pan en el suelo, abandonados por los niños en la hora del recreo.

No pasó mucho tiempo hasta que la profesora María Eugenia salió de nuevo a recibirlos, apresurada, con unas gotas de sudor en la frente. Rafael se fijó en su físico. Era robusta, con un peinado recogido que enmarcaba su sobresaltado rostro.

—¿Qué desean? —preguntó con una mezcla de alarma y curiosidad.

—Venimos a hacerle unas preguntas sobre el niño desaparecido —anunció Diego, con la autoridad de su rango reflejada en el tono.

—¿Cómo han entrado? —exclamó la mujer, visiblemente desconcertada.

—Saltamos la valla —respondió Diego, como si fuera lo más natural del mundo.

La mujer frunció el ceño, pero no añadió nada al respecto.

—Tal como les informamos ayer, el tutor de Damián está fuera de Cataluña por motivos laborales.

—No importa. Nos gustaría hablar con algún profesor o alumno que conociera bien al niño —intervino Rafael, con su voz grave

resonando en la bóveda del vestíbulo.

—Podrán hacerlo al terminar las clases —dijo María Eugenia, con un tono más conciliador—. Sin embargo, debo decirles que el profesor Sebastián Robles era quien tenía el trato más cercano con él.

—Esperaremos —afirmó Diego—. Mientras tanto, ¿sabe si Damián tenía enemigos? ¿Alguien que pudiera desearle algún mal, ya fuera por envidias o por su situación familiar?

María Eugenia reflexionó un momento antes de responder.

—Hace unas semanas, mientras volvía a casa desde la escuela, presencié algo extraño. Esteban, otro profesor, y yo escuchamos cómo un hombre gritaba a un niño. Al cruzar la calle, vimos que se trataba de Damián. El hombre, al que reconocimos como el padre de Lucía, una antigua alumna, antes de la división por género, le dio una bofetada delante de todos. Esteban insistió en que parecía ser algo puntual, una regañina de un adulto irritado. A mí no me pareció tan simple.

Diego la observó con atención.

—¿Sabe qué pudo motivar aquella agresión?

—No exactamente. Esto ocurrió fuera del horario escolar, en un parque cercano. Esteban me disuadió para que no interviniese. Me dijo que no era asunto nuestro. Yo quise volver, pero me arrepentí. Cuando regresé al parque, vi que el tío de Damián estaba allí. En ocasiones recogía él al niño, aunque ese día apenas le prestaba atención, absorto en un libro. Aunque admiro a las personas que leen, eso no debería disminuir su responsabilidad. Me enfadé conmigo misma por haber creído que el niño estaba desamparado y me fui.

—¿Qué más puede decirnos sobre la familia de Damián? —preguntó Rafael.

—Su madre es una mujer fuerte. Estoy segura de que si hubiese estado presente se le hubiera echado encima a aquel hombre. Por otro lado, Damián es un alumno ejemplar; nunca se ha metido en

problemas. Lo que ocurrió con ese hombre me dejó desconcertada. Es una pena todo lo que está pasando —añadió María Eugenia, con un suspiro que parecía cargar con el peso del mundo.

—¿Comentaron el incidente con la madre de Damián? —preguntó Rafael esta vez, con su tono grave y pausado, buscando no parecer acusador.

—No. Pensamos que lo solucionarían entre ellos —respondió María Eugenia, incómoda.

—¿Es decir, un hombre golpea a un alumno de la escuela donde ustedes trabajan y ni siquiera informan a su madre? —insistió Rafael, cruzando los brazos con gesto sereno pero firme.

—Usted no lo entiende —replicó la profesora, bajando la mirada por un instante antes de continuar—. Se rumoreaba que habían tenido alguna relación… Por eso decidimos no inmiscuirnos en sus asuntos. Creímos que era mejor no agravar la situación.

Rafael frunció el ceño, pero antes de que pudiera decir algo, María Eugenia prosiguió:

—En cualquier caso, creo que deberían hablar directamente con el padre de Lucía. Se llama Rodrigo. Siempre recoge a su hija en el colegio de niñas, unas cuatro manzanas más arriba. No tiene a nadie más que lo haga; su mujer falleció. Lo distinguirán fácilmente: siempre va completamente vestido de negro. Creo que, si existiera ropa interior de ese color, también la llevaría… si es que no se la tiñe —añadió, intentando restarle peso a la tensión con un comentario irónico.

Diego, apoyado contra el marco de la puerta, cambió de tema.

—Deberíamos interrogar a algún alumno de la clase de Damián antes de que se marchen a sus casas —impuso, lanzando una mirada significativa a Rafael.

La maestra dudó unos instantes, sopesando su respuesta, antes de contestar con cautela:

—Entiendo su posición, pero los niños son muy pequeños y fácilmente influenciables. Estoy segura de que comprenderán que debo informar primero a sus padres. No quiero que esto sea interpretado como una intrusión indebida.

—Señora, no tenemos por qué pedir permiso. Es una orden.

.—Lo sé, pero tengo la obligación moral de proteger a estos niños. Permítanme al menos avisar a los padres. De lo contrario, podría perder su confianza, y eso dificultaría cualquier cooperación futura.

Diego apretó los labios, resignado, y Rafael, con un tono conciliador, puso fin a la conversación.

—De acuerdo, esperaremos, pero no se demore mucho.

Tras una escueta despedida, la profesora les indicó la salida. Parecía ansiosa por verlos marchar, quizá temiendo que su presencia inquietara a los niños. Aunque vestían de paisano, su porte serio y su actitud decidida eran suficientes para despertar el recelo de cualquier observador casual.

Ya en la calle, caminaron tranquilamente para hacer tiempo. Siguieron la dirección indicada hacia el colegio de niñas. Los padres comenzaban a llegar, en su mayoría mujeres, con el rostro cansado pero decidido, listas para recoger a sus hijos. Al ver a los dos hombres trajeados, las miradas desconfiadas no se hicieron esperar. Una de ellas esbozó una sonrisa tímida y algo bobalicona, sin reparar en la profesión de aquellos hombres de mirada abstraída, cautivada por el magnetismo que irradiaban aquellos caballeros de porte elegante.

Rafael, inmune a las distracciones, alzó ligeramente la barbilla, señalando con discreción a un hombre que se acercaba.

—Es él —dijo en voz baja.

El hombre vestido de negro parecía una sombra más de aquel gris paisaje urbano. Su delgadez era tal que las costuras de su traje apenas se sostenían en su cuerpo. La cabeza, desproporcionada en relación al resto, acentuaba su aspecto inquietante. Unas profundas

ojeras hundían aún más sus oscuros ojos, que parecían vacíos, como si en su mirada no hubiera luz, solo un abismo insondable.

Rodrigo notó de inmediato que lo estaban observando. Detuvo su paso a unos metros de la puerta del colegio, cruzó los brazos y permaneció en silencio, expectante, igual que si supiera que lo estaban esperando. Su postura rígida y desafiante no pasó desapercibida.

Diego y Rafael intercambiaron una breve mirada antes de avanzar hacia él, conscientes de que el interrogatorio que les esperaba sería cualquier cosa, menos sencillo.

—Disculpe. ¿Es usted Rodrigo, el padre de Lucía? —inquirió el inspector Roca, con una actitud firme y directa.

—Sí, soy yo —respondió el hombre, con una voz seca y áspera, sin molestarse en disimular su incomodidad. Su ropa negra y su semblante sombrío parecían una extensión de su personalidad.

—Soy el inspector Diego Roca, y este es el subinspector Rafael Monroy, de la Brigada de Investigación Criminal. Queremos hacerle unas preguntas —dijo Roca, mirándolo fijamente—. Hay algo que nos tiene intrigados. ¿Nos puede explicar por qué motivo abofeteó a un niño llamado Damián?

Rodrigo tardó unos segundos en contestar, como si estuviera calculando su respuesta.

—Porque ofendió a mi hija —declaró al fin, cruzando los brazos de forma defensiva—. ¿Y por qué lo preguntan?

Sus ojos se desviaron hacia los padres que esperaban en las cercanías, observando la escena con curiosidad. La vergüenza le hizo adoptar una postura aún más tensa, como si quisiera desaparecer bajo su propio abrigo.

—¿Qué quiere decir exactamente con "ofendió a mi hija"? —preguntó Rafael con calma, aunque sus palabras llevaban una carga evidente.

Rodrigo resopló, mirando alrededor como un animal acorralado.

—¿No podrían interrogarme en otro momento? Esto es muy incómodo —imploró, encogiéndose tras los dos agentes como si buscara protegerse de las miradas inquisitivas.

—Lo siento, pero no damos citas para interrogar a posibles sospechosos de un delito —replicó Diego con un tono sarcástico.

Rodrigo palideció. Su mirada, opaca y huidiza, se fijó en el suelo.

—¿Sospechoso? ¿De un delito? —balbuceó, claramente alterado.

—¿Está al corriente de la desaparición del niño al que abofeteó? —presionó Roca.

—No sabía nada de eso. ¿Están insinuando que yo tengo algo que ver? —dijo, con su voz alzándose levemente, más defensiva que indignada.

—Eso es lo que queremos averiguar —sentenció Diego con firmeza.

Rodrigo carraspeó, tragó saliva y finalmente comenzó a hablar.

—Les contaré lo que ocurrió, pero esto es muy embarazoso. Dijo que mi hija le había pedido que la besara. ¿Se imaginan? No podía permitir que dijera semejantes mentiras sobre mi pequeña. Con lo inocente que es... ¿Qué habrían hecho ustedes en mi lugar? —se justificó, con un tono que oscilaba entre la ira y el victimismo.

—¿Hablar con su madre, por ejemplo? —sugirió Rafael, sin ocultar el matiz de irritación en su voz.

Rodrigo soltó una carcajada amarga.

—¡Ni harto de vino hablo yo con esa mujer! —profirió con un destello de ira en los ojos.

—Vaya... Veo que la conoce bien —comentó Rafael, captando al vuelo el resentimiento en sus palabras.

—Lo justo para saber que no quiero saber nada más de ella. Es una mujer orgullosa y desagradecida —espetó Rodrigo, sin molestarse en ocultar su desdén.

—¿Ustedes dos han tenido alguna relación romántica? —preguntó Diego, dejando caer la palabra "romántica" con una mezcla de ironía y curiosidad.

La pregunta cogió a Rafael de sorpresa. No se le hubiese pasado por la cabeza que Penélope pudiera interesarse en alguien de aquella calaña.

—¿Romántica? Si a pasear junto a nuestros hijos alguna vez le llama romántico, pues sí —contestó con muestras de sentirse resentido.

—¿Siguen viéndose? —insistió el inspector.

—Juntos no hemos estado nunca, señor. Esa mujer solo piensa en su hijo.

—¿Quiere decir que usted desearía estar con Penélope, pero ella no lo permite? —inquirió Rafael con seriedad.

—Eso lo ha dicho usted —respondió Rodrigo, torciendo el gesto—. Yo solo le diré que pocas mujeres me han rechazado en la vida.

Diego entrecerró los ojos y preguntó con severidad:

—¿Y qué pensaba hacer usted al respecto?

—Olvidarla. No me interesa.

—No lo parece, considerando el resentimiento que le guarda a su hijo. ¿No será que lo culpa a él por ser el motivo de su rechazo? —apuntó Rafael con una calma que parecía irritar aún más a Rodrigo.

—Ya sé por dónde van. Están buscando un cabeza de turco. Puedo parecer que tengo motivos para lo que ustedes piensan, pero se equivocan. Como si no tuviera cosas más importantes que hacer... —refunfuñó Rodrigo, gesticulando de forma exagerada.

Diego lo observó con dureza antes de lanzar la siguiente pregunta:

—Dígame, ¿dónde se encontraba la tarde del veintiocho de septiembre?

—En casa de mis padres.

—Lo comprobaremos —respondió el inspector—. Mientras tanto, no salga de la ciudad. Si lo hace, entenderemos que tiene algo que ocultar y actuaremos en consecuencia.

—Hagan lo que quieran. No tengo nada que esconder, pero ahora, si me disculpan, no quiero que mi hija me vea hablando con la policía —rogó Rodrigo, visiblemente nervioso, mientras retrocedía unos pasos.

Diego lo observó mientras se alejaba, notando cómo la espalda de Rodrigo parecía encorvarse cada vez más, como si quisiera fundirse con las sombras del lugar. Era evidente que aquel hombre ocultaba algo. Su actitud esquiva y los vestigios de resentimiento que desprendía dejaban entrever un pasado turbio. Las palabras y gestos de Rodrigo sugerían que había existido un idilio malogrado entre él y Penélope, ahora teñido de rencor y amargura. Esa herida no cerrada, unida a su carácter huraño y a su desdén hacia el hijo de ella, lo convertía en un posible sospechoso. Parecía un hombre capaz de hacer cualquier cosa para saldar cuentas con una mujer que lo había rechazado. Más aún, cuando los agentes descubrieron un dato inquietante: su esposa no había muerto, como él había afirmado, sino que estaba cumpliendo condena en prisión. Rodrigo, frío e implacable, había sido quien la denunció por adulterio, enviándola tras las rejas después de presentar unas pruebas cuestionables. Era un hombre que no conocía límites cuando sentía su orgullo herido.

El perfil de Rodrigo encajaba demasiado bien. Tenía un motivo para deshacerse de Damián: su rencor hacia Penélope. Y, a juzgar por su comportamiento, también poseía la sangre fría para llevarlo a cabo. Ahora solo quedaba verificar su coartada.

Mientras caminaban de regreso, Rafael no podía apartar a Penélope de su mente. Cada nueva pieza de información sobre aquella mujer lo envolvía en una extraña mezcla de curiosidad y fascinación. No sabía qué era exactamente lo que le atraía tanto: si su aparente fortaleza frente a las adversidades, el misterio que la rodeaba o el hecho de que su sola presencia parecía alterar los cimientos emocionales de cada hombre que la conocía. Lo que sí sabía era

que, a medida que avanzaban en el caso, Penélope ocupaba más espacio en sus pensamientos. Y eso lo desconcertaba profundamente.

Capítulo 10 – Desconfianza

Penélope

La luz se extinguió en algún punto de aquella negrura insondable; quedó atrás, como el vestigio efímero de una esperanza extraviada. Penélope avanzaba a gatas, con sus dedos temblorosos explorando el suelo resbaladizo y rocoso, buscaba algún punto seguro donde apoyarse. La oscuridad la envolvía como una presencia viva, opresiva, y algo perturbador la invadía con cada movimiento. Intentaba silenciar su respiración agitada, pero el eco la traicionaba, devolviéndole su propio jadeo amplificado, como si aquel lugar se burlara de su esfuerzo por pasar desapercibida.

El cabello, enmarañado y húmedo, se enredaba en sus dedos, los esfuerzos por mantenerlo tras su espalda eran en vano y el miedo se alternaba con la rabia. Se obligaba a seguir adelante, reprimiendo los impulsos que la instaban a detenerse, a rendirse. En aquel instante, al sentir bajo sus manos la textura cambiante de la arena, una certeza la atravesó: conocía ese lugar. Aquel olor a cieno, que rezumaba de cada recoveco oculto, y que se colaba por su nariz con una agresividad abrumadora, activó un recuerdo enterrado en algún rincón de su memoria. Ya conocía aquel lugar; se trataba del escenario laberíntico de un sueño recurrente.

Cuando su pie se hundió inesperadamente en un líquido gélido, un grito se formó en su garganta, pero no llegó a salir. Su cuerpo fue arrastrado hacia abajo con una rapidez implacable. El frío mordía su piel como miles de agujas afiladas. La sensación de caída era vertiginosa, y la oscuridad bajo el agua era aún más densa, un abismo sin forma ni dirección. Penélope luchó, moviendo brazos y piernas con desesperación, pero la gravedad parecía invencible, tirando de ella hacia profundidades que no parecían tener fin. En un momento de pánico, dejó de moverse, esperando flotar, encontrar

algún indicio que la guiara hacia la superficie. Nada. Todo se detuvo en aquel instante.

Entonces, su mano tocó algo. No era el alivio de la superficie esperada, sino una alambrada de zarzas que le desgarró la piel al intentar aferrarse. El dolor fue tan real, que por un instante pensó que no estaba soñando. ¿Y si esta vez, simplemente, no despertaba? Se arrastró por aquellas ramas afiladas con una determinación nacida del miedo, buscando un resquicio, un espacio donde su cabeza pudiera emerger y respirar. Sin embargo, el tiempo se agotaba. El pecho le ardía por la falta de oxígeno, y su mente comenzaba a llenarse de un zumbido ensordecedor.

Fue entonces cuando las escuchó: voces huecas, como ecos distantes que se acercaban. Su piel se erizó. Sabía quiénes eran. Y sabía a quién servían. Su garganta, cerrada por la falta de aire, quiso gritar, pero el sonido murió antes de nacer. La desesperación dio paso al horror puro. No podía dejarse atrapar. No por ellos. No por ella.

El corazón le martilleaba en el pecho, pero tomó una decisión que la desgarró tanto como la alambrada. Soltó las ramas, dejó que la corriente la arrastrara y cerró los ojos, rindiéndose al abrazo viscoso del abismo. Mejor ser tragada por la sima que caer en manos de la mujer oscura que la acechaba, esa figura omnipresente en los rincones más oscuros de sus sueños. La gravedad la envolvió, suave al principio, luego implacable, y mientras la oscuridad la reclamaba por completo, supo que, esta vez, el despertar sería diferente. O no llegaría jamás.

Rafael

La avenida Vallcarca era excesivamente empinada, incluso para las piernas de Rafael, deportista eventual pero constante. A pesar de su buen estado físico, aquella cuesta le resultaba un desafío. Respiró hondo y ajustó el ritmo de su andar, decidido a aprovechar la

mañana para intentar establecer un contacto más sereno con la madre del niño desaparecido. Su primer intento había terminado mal: ella había declinado su propuesta de compartir una comida, interpretándola como un gesto de galantería. Nada más lejos de la realidad.

Penélope Maspons no lo conocía. Si así fuera, sabría que Rafael, aunque cubano y probablemente cargado de tópicos en los ojos de los demás, era un hombre que jamás mezclaba el trabajo con el amor. Su oferta solo pretendía optimizar el tiempo. Sin embargo, debía admitirlo: la mujer lo atraía, aunque se obligaba a mantener sus sentimientos bajo control. Su deber como subinspector era claro, y cualquier distracción emocional sería una falta a los ideales que siempre procuraba seguir. No obstante, el rechazo de Penélope había sembrado en él una inquietante inseguridad.

Era bastante probable que ella no confiara en él. Si ese era el caso, Rafael sabía que no sería fácil hacerle cambiar de idea. Sin embargo, también tenía claro que Penélope lo había juzgado antes de conocerlo realmente. Aquella desconfianza era un obstáculo, sí, pero uno que estaba decidido a superar. Ser digno de su credibilidad no solo era esencial para facilitar la comunicación entre ambos, sino también para que ella se sintiera segura compartiendo la información que podría resultar crucial para la investigación. Con este objetivo en mente, Rafael adoptó su habitual postura profesional y se armó de paciencia antes de llamar a la puerta.

—¡Buenos días, señora Maspons! —dijo tras carraspear varias veces para aclararse la voz—. Lamento lo ocurrido el otro día. No fue mi intención ofenderla, pero como comprenderá, necesito hablar con usted.

La voz le salió algo insegura, y no pudo evitar que su cuerpo se encogiera ligeramente al enfrentarse a la mirada de la mujer. Para su sorpresa, ella le respondió con un tono conciliador:

—Soy yo quien debe disculparse. No estaba en mi mejor día y… —Su voz se desvaneció mientras ajustaba un pañuelo que había llevado

anudado al cuello.

—Solo quiero que quede claro que mis conversaciones con usted son estrictamente profesionales. Mi única intención es ayudarla a encontrar a su hijo. Si interpretó mi ofrecimiento como algo fuera de lugar, le aseguro que no era mi propósito. Quería que lo supiera.

La tensión en el cuerpo de Rafael era palpable, y aunque intentó reprimirlo, su acento cubano afloró en la última frase. Penélope, por su parte, enrojeció con rapidez, como si aquellas palabras hubieran roto alguna barrera en su interior.

—No se preocupe. Estoy segura de que fue como dice. Y aunque no lo fuera… tampoco habría sido algo ofensivo. Solo que yo… —Su rubor se intensificó, y la frase quedó inconclusa.

—¿Puedo pasar un momento para hablar del tema? —preguntó él con cautela, deseoso de aprovechar aquel cambio en la actitud de la mujer.

—Claro que sí. Pase, por favor. —Penélope se hizo a un lado, permitiéndole entrar, y cerró la puerta tras él.

Ya en el interior, la mirada de Rafael recorrió el espacio con detenimiento, pero se detuvo al observarla. Parecía intentar descifrar los pensamientos de aquella mujer complicada, aunque sabía que no estaba cerca de comprenderla del todo.

—¡Qué vergüenza! —murmuró ella, rompiendo el silencio con una mezcla de ironía y turbación—. Pensar que un policía respetable podría interesarse en mí…

—No sería tan extraño —replicó Rafael, con una chispa de humor en su tono, permitiéndose, por un instante, dejar aflorar su acento cubano con mayor naturalidad. Aunque enseguida se ruborizó y desvió la conversación—. En fin… Debo informarle que hemos identificado a un posible sospechoso.

—Ah, ¿sí? —Penélope enarcó las cejas, sorprendida.

—Se trata del profesor de su hijo, Sebastián Robles. Hemos confirmado que compró el reloj encontrado en el escenario del delito. El problema es que no se encuentra en la región por el momento, así que no hemos podido interrogarlo. Quizá usted llegó a hablar con él antes de que marchara.

Penélope bajó la mirada, como si buscara respuestas en el viejo terrazo desgastado.

—No. Hace días que no sé nada de él —dijo alzando los ojos hacia su derecha.

Rafael la observó con atención, y aunque intentó contenerse, la ofensa era evidente en su voz cuando replicó:

—Ya veo que no tiene intención de colaborar.

—¿Cómo puede decirme eso? Lo único que deseo es encontrar a mi hijo —exclamó ella.

Penélope colocó sus manos en las caderas, en una postura desafiante. Aunque sus labios fruncidos denotaban una rabia contenida a punto de desbordarse.

—Sabemos de buena tinta que habló con él, antes de que marchara. ¿Por qué me miente? —la acusó sin contemplaciones, con la voz dura como el acero.

Penélope titubeó, pero su tono adquirió un deje de orgullo al responder:

—¡Lo siento, señor subinspector! Le aseguro que no tengo ninguna información que pueda compartir con usted.

Rafael frunció el ceño, visiblemente exasperado.

—¿Qué diablos significa eso? —exclamó, alzando la voz, que resonó como un trueno entre las paredes desnudas—. ¿Sabe algo y no lo quiere contar, o realmente no sabe nada?

Penélope mantuvo la compostura, aunque la arrogancia en su voz era un escudo débil.

—No sé nada.

—¿Está segura? —insistió él, con cada palabra cargada de sospecha —. A veces tengo la impresión de que, en realidad, no quiere encontrar a su hijo.

Ella se levantó de golpe, con los ojos encendidos de indignación.

—i¿Está de broma?! ¡No hay nada en este mundo que desee más! He luchado por él más de lo que debería hacerlo cualquier madre, y seguiré haciéndolo hasta que me muera.

Su grito desgarrado llenó la sala, y luego, como si se rompiera por dentro, llevó una mano temblorosa a su rostro para ocultar las lágrimas que empezaban a brotar. Rafael se quedó inmóvil, descolocado. Era incapaz de procesar cómo aquella mujer podía pasar, en un instante, de ser una fortaleza inquebrantable a un mar de vulnerabilidad.

Siempre le había costado saber cómo reaccionar ante aquellas situaciones. En su mente, el subinspector recordó un comentario que alguien le había hecho tiempo atrás: que era insensible al sufrimiento ajeno, especialmente al de las mujeres. Quizá había algo de verdad en ello, porque nunca entendía cómo algunas podían llorar con tanta facilidad. Sin embargo, al ver a Penélope quebrarse frente a él, algo cambió. Era innegable que estaba pasando por un mal momento. Cuando retiró la mano de su rostro, dejó al descubierto un sollozo que ya no se molestaba en ocultar. Había renunciado a la pretensión de fortaleza, como si el dolor que cargaba fuera demasiado pesado para seguir disimulándolo. Rafael la observó en silencio, y sus ojos se encontraron con los de ella. Durante unos segundos, que parecieron eternos, se sumergió en aquella mirada de un cálido color avellana, donde percibió algo innegablemente auténtico, una verdad desnuda que lo desconcertó.

Desvió la mirada, buscando alivio en su entorno. La sala, humilde pero acogedora, hablaba de la vida que allí se había detenido bruscamente. Sobre el borde de la mesa, unos cuadernos apilados guardaban la huella de pequeñas tareas escolares. En un estante,

varios tebeos descansaban desordenados, como si unas manos infantiles los hubieran abandonado con prisa. En la mesita baja, otros rastros de una infancia reciente se resistían al paso del tiempo. Todo en aquella casa hablaba de una vida que había sido interrumpida. La presencia del niño aún se percibía en el aire, igual que si la casa misma se negara a aceptar su ausencia.

Rafael tragó saliva, y los recuerdos lo invadieron de repente. Diez años atrás, su hijo había desaparecido envuelto en circunstancias tan confusas como desgarradoras. Durante años, ese vacío lo consumió, dejando una herida que, aunque el niño hubiera reaparecido hacía apenas un año convertido en adulto, nunca llegó a cerrarse del todo. Su regreso, en un estado deplorable del que aún no se había recuperado, dejó una marca imborrable en ambos. Aquel suceso había sido un golpe amargo, y ahora, mientras contemplaba a Penélope, una niebla de melancolía oscureció sus pensamientos.

Sacudió los hombros, como si así pudiera liberarse del escalofrío que le acechaba desde el centro de la espalda., y al abrir los ojos —sin darse cuenta de que los había cerrado— vio lo que realmente tenía frente a él: una madre al borde del abismo. La rabia que lo había impulsado momentos antes se transformó en lástima. Su rostro se suavizó, y con un gesto casi automático, colocó una mano sobre el hombro de Penélope en un intento de consolarla.

Ella levantó la mirada bruscamente, sus ojos mostraban una mezcla de dolor y gratitud. Rafael, sorprendido por la intensidad de ese contacto, retiró la mano de inmediato, como si se hubiera quemado. Dio un paso atrás y desvió la vista hacia la pared, intentando ocultar su desconcierto. La profundidad de los ojos de Penélope lo habían atrapado, hipnotizado, haciéndole olvidar por un momento a qué había ido allí.

Tomó aire, tratando de recomponerse antes de volver a hablar.

—Lo siento. No debí decir eso. No soy nadie para juzgarla —se disculpó con un tono más suave, casi susurrante.

Penélope bajó la mano que cubría su rostro y asintió, tratando de recuperar el aliento.

—Además, no entiendo qué tiene que ver mi hermano con todo esto —continuó, sonándose con el pañuelo—. Es absurdo que siga en prisión si jamás haría algo así, ni a su propio sobrino ni a nadie.

Rafael se llevó una mano al rostro, pensativo.

—Es razonable lo que dice —admitió con un ligero asentimiento—. Le prometo que haré todo lo posible para ayudar con su situación… —hizo una pausa, antes de agregar con un matiz más firme—, pero a cambio, debe contarme todo lo que sepa.

—De acuerdo. Le diré algo solo a usted. Si alguien más me pregunta, lo negaré todo. Debe prometerme que no lo dirá a nadie —pidió Penélope, con una mezcla de cautela y desesperación.

—Está bien, pero solo si lo que me diga no revela al culpable. Si ese es el caso, tendré que actuar en consecuencia.

—Descuide. Lo que voy a contarle no nos llevará a ninguna parte.

—Déjeme decidir eso. Cuénteme —respondió Rafael, mostrando las palmas de las manos en un gesto conciliador.

Penélope lo miró a los ojos, buscando una certeza que quizás no estaba allí, y finalmente comenzó a hablar.

—Creo que el profesor y mi hermano son amantes —confesó Penélope, con la voz temblorosa—. Estaban juntos la noche de la desaparición, pero el señor Robles nunca lo admitirá. Está casado, y si se descubriera su condición, correría el riesgo de acabar en el calabozo. Como podrá imaginar, no le conviene confesarlo. Ahora mismo estoy estancada con la investigación. Por eso le pido que no diga nada todavía. Le prometo que, en cuanto encuentre algo realmente relevante, colaboraré con ustedes. Como puede ver, a pesar de no haber hecho lo que todos se empeñan en achacarle, Tomás lo tiene muy difícil. Por tanto, haré lo que sea necesario para protegerlo.

Rafael la observó en silencio durante un instante, calibrando sus palabras.

—¿El profesor le confesó que estaba con su hermano? —preguntó, con la ceja ligeramente arqueada.

—No exactamente, pero su forma de responderme lo delató. Sé que estaba mintiendo.

Rafael suspiró con discreción, tratando de mantener la calma.

—Eso no parece ser una prueba sólida. Entiendo que esté intentando ayudar, pero lo que describe no tiene mucha base. Sin embargo, valoro que, al menos, esté comenzando a sincerarse. Es un paso importante. Aun así, permítame darle un consejo: deje este asunto en manos de la policía. Es evidente que está obstaculizando la investigación y, peor aún, poniéndose en peligro. Si no hubiera alertado al profesor, es probable que no hubiera huido como lo hizo. Lo único que consigue con esto es complicar nuestro trabajo.

Rafael adoptó un tono paternalista, esperando apaciguar el ímpetu de Penélope, pero sus palabras parecieron avivar aún más su determinación.

—No me importan los riesgos —replicó ella, con la voz cargada de emoción—. Se trata de mi hijo y de mi hermano. Son la única familia que me queda. Además, es evidente que usted no cree nada de lo que le estoy diciendo. Le aseguro que ni Sebastián ni mi hermano tienen nada que ver con el rapto de mi hijo.

La vehemencia en sus palabras dejó a Rafael pensativo. Penélope estaba afligida, sí, pero también mostraba una voluntad férrea que lo descolocaba. Su instinto le decía que no mentía acerca de la lealtad hacia su familia, aunque seguía sin confiar del todo en sus deducciones.

—Entonces, ¿cómo explica que el reloj comprado por Sebastián apareciera en la zona de la desaparición? —inquirió Rafael, con un deje de arrogancia que no logró disimular.

—No lo sé, pero me gustaría tanto como a usted descubrirlo. Aun así, estoy segura de que ni él ni mi hermano tienen nada que ver con esto —respondió Penélope, con una firmeza que rayaba la obstinación.

—¿Y si le digo que tenemos indicios de que Sebastián podría estar coaccionando a su hijo?

Penélope se quedó inmóvil por un instante, sus ojos se abrieron en un gesto de incredulidad.

—¿Qué me está diciendo? Eso no puede ser… —titubeó, pero al notar el peso de la mirada de Rafael, se corrigió rápidamente—. Perdón. No quiero que piense que dudo de la labor de la policía, señor subinspector. Es solo que me cuesta imaginar que alguien que trabaja educando a niños pequeños sea capaz de manipularlos para su propio interés. No me entra en la cabeza, eso es todo.

Rafael mantuvo su expresión neutra, pero su tono se suavizó ligeramente.

—No podemos descartar nada por el momento. A veces, la desesperación lleva a las personas a hacer cosas que jamás imaginaron. Solo le pido que confíe en la policía. Espero que las cosas estén claras entre nosotros; no quiero que haya malos entendidos. Es usted una mujer inteligente y sabe lo que conviene para que la investigación avance sin trabas. Por eso, espero que me haya contado todo lo que sabe.

Penélope suspiró profundamente, como si luchara contra el peso de sus propios pensamientos.

—Por supuesto. Sé que sus intenciones son buenas y que quiere ayudarme. Lástima que no pueda decir lo mismo de todo el cuerpo. Aunque, le aseguro que si descubro algo relevante, seré la primera en decírselo, señor subinspector.

Rafael asintió brevemente, pero algo en su interior le decía que aquella conversación no había terminado del todo. Al salir, giró el torso para comprobar que Penélope cerraba la puerta tras él. Sentía

que algo importante había quedado pendiente, una pieza del rompecabezas que ella aún no estaba dispuesta a compartir.

Mientras se alejaba, sus pensamientos se volvieron un torbellino. Sabía que Penélope no se quedaría quieta; era evidente que haría cualquier cosa para encontrar a su hijo, incluso si eso significaba poner su vida en peligro. Por ello, Rafael decidió que a partir de ese momento la vigilaría más de cerca. Si Sebastián Robles no había sido el responsable de la desaparición, como ella insistía, aún era crucial interrogarlo. Incluso si no estaba implicado, podía haber visto algo, algo que pudiera ayudarlos.

Además, la historia del reloj seguía desconcertándolo. La esposa de Robles no lo había reconocido como suyo cuando se lo mostraron. ¿Era posible que el profesor lo hubiera comprado para otra persona? ¿Alguien más estaba involucrado en todo esto?

Estaba sumido en estas reflexiones cuando una motocicleta vieja se detuvo frente a él con un chirrido. Un mensajero bajó con rapidez y lo abordó con urgencia.

—Señor Monroy, su hijo Gustavo ha sufrido un ataque de pánico en el hospital psiquiátrico. Necesitan que vaya inmediatamente.

Las palabras lo golpearon como un mazazo. Durante un instante, Rafael se quedó inmóvil, procesando la noticia. Su mente dejó de lado todo lo demás. Sin decir una palabra, subió a su vehículo y se dirigió al hospital, con el corazón latiendo con fuerza.

Penélope

Después de pasar toda la noche sin dormir, dándole vueltas a la mente y a la almohada, Penélope tomó una decisión definitiva. Por más que los riesgos fueran elevados y las represalias de la policía pudieran ser severas, no veía otra alternativa para encontrar a Damián. Rafael y Diego se presentaban como dos caras opuestas de una misma moneda. El subinspector le inspiraba confianza; parecía empezar a creer en ella, algo que le daba un extraño consuelo. En

cambio, Diego era todo lo contrario. Cada interacción con él la hacía sentir como un insecto que debía ser aplastado. Había algo en su actitud, algo visceral, que le resultaba profundamente inquietante. Desde el principio, había mostrado más interés en mantener a Tomás en prisión que en encontrar a Damián, como si estuviera motivado por algún rencor personal. Aquella sospecha le carcomía. No podía apartar la idea de que Diego, de alguna manera, estaba implicado. Y si existía la más mínima posibilidad de que eso fuera cierto, debía investigarlo, aunque el precio fuera alto.

Dejó la Vespa en la plaza Sant Roc, frente al imponente ayuntamiento. No pudo evitar que su mirada se mantuviera fija en la iglesia de Sant Félix, que, con su arquitectura solemne, siempre había despertado en ella una mezcla de respeto y melancolía. Consideró entrar a rezar por su hijo, pero descartó la idea; demasiados vecinos podrían reconocerla. Sabadell era su tierra, el lugar donde había crecido y donde vivían aún sus padres, a quienes quería evitar a toda costa. No les perdonaba lo que le habían hecho, ni podía permitirse abrir esa herida.

Cruzó la calle trasera de la iglesia, donde estaban las casas de su infancia. Con un pañuelo anudado a la cabeza para pasar desapercibida, caminó rápido, mirando de reojo la casa familiar. Un suspiro de exasperación escapó de sus labios. Por un momento, pensó en advertirles del secuestro de Damián. Después de todo, eran sus abuelos. Aunque desechó aquel pensamiento tan rápido como había llegado; su padre siempre encontraba la forma de mantenerse informado cuando le interesaba. Penélope continuó caminando, dejando atrás las calles donde jugaba de niña. Allí, cada rincón tenía un recuerdo, pero los años y el dolor habían teñido esos momentos de un color gris.

Llegó al modesto hogar de Sandra, una amiga de la infancia de la que no sabía nada desde hacía años. Según una amiga en común, vivía cerca del nuevo mercado. Llamó a la puerta utilizando el picaporte de hierro forjado. El eco metálico resonó en el silencio del jardín, mientras esperaba con paciencia a que alguien respondiera.

No hubo respuesta. En cambio, una vecina anciana, con un enorme moño que parecía desafiar la gravedad, salió de la casa aledaña. La mujer le indicó que Sandra estaba en una plaza cercana con sus hijos.

El bullicio de aquel lugar, lleno de niños jugando a la pelota y al escondite, la detuvo en seco. El sonido de las risas y los gritos le trajo imágenes de Damián. Una punzada de nostalgia y desesperación la dejó paralizada por un instante, pero sabía que no podía permitirse titubear. Localizó a Sandra entre una hilera de árboles y unos bancos de madera. Su amiga la reconoció al instante, pero a Penélope le costó identificarla. Había cambiado tanto desde la niñez que parecía otra persona. Aun así, sintió cierto alivio al ser reconocida; era un pequeño consuelo en medio del caos.

Tras intercambiar saludos y resumir a grandes rasgos su vida, así como lo sucedido con Damián, Penélope fue al grano.

—¿Recuerdas al niño gordito que jugaba con nosotras? Era amigo de mi hermano. —La voz de Penélope no logró ocultar la ansiedad.

—¿Diego? Claro que sí. —Sandra desvió la mirada hacia uno de los niños que corría hacia la pelota—. ¿Qué pasa con él?

—Necesito saber cosas sobre él. Es importante.

—Ahora es policía, ¿sabes? ¿Por qué no le preguntas tú misma? —respondió Sandra, alzando los hombros, como si aquello fuese lo más lógico.

—Porque no puedo. —Penélope bajó la voz y se inclinó hacia ella—. Creo que tiene algo que ver con la desaparición de mi hijo. Puede que quiera vengarse de Tomás.

Sandra frunció el ceño, incrédula.

—Eso es muy serio, Penélope. No imagino a alguien haciendo algo así. ¡Los niños son sagrados!

—¿En qué mundo vives, Sandra? Ojalá todos pensaran como tú, pero no es así. Hay gente malvada por ahí de la que nunca

sospecharías. Te recuerdo que han secuestrado a mi hijo —aludió Penélope con énfasis.

Tras un momento de duda, Sandra accedió.

—De acuerdo, pero prométeme que me mantendrás informada. Me hago una idea de lo mal que lo estarás pasando.

Penélope asintió, apenada.

—¿Recuerdas si Diego y mi hermano discutieron alguna vez? Algo del pasado puede estar relacionado con esto.

—Solo sé que de repente dejaron de hablarse. Eran inseparables, pero algo ocurrió.

—¿Tienes alguna idea de lo que hizo que acabara su amistad? Tu hermano también iba con ellos. Algo debes saber.

Sandra cerró los ojos como si buscara en su memoria.

—¡Ya recuerdo! —exclamó al fin—. Fue después de una noche con los tres en mi casa. Mi hermano solía invitar a amigos a dormir, pero algo sucedió esa vez. Al día siguiente, no volvió a traer a nadie más. Lo recuerdo porque, a partir de entonces, pude traer a mis amigas.

Penélope sintió un escalofrío.

—¿Sabes si durmieron juntos esa noche?

—No lo sé. Mi hermano solía acomodarlos en el sótano, en un catre. Aunque sí recuerdo que parecía asustado después de aquello, como si hubiera visto un fantasma.

—¿Nunca habló de lo que ocurrió?

—Nunca.

Penélope tomó nota mentalmente. Algo en aquella noche podía ser la clave, pero aún tenía una pregunta más.

—¿Sabes por qué Diego fue abandonado por su mujer?

Sandra la observó con curiosidad, con la mirada detenida en los ojos de Penélope como si estuviera evaluando hasta dónde podía hablar.

El silencio se alargó unos segundos, y Penélope sintió cómo su corazón comenzaba a acelerar. Sabía que estaba cerca de algo importante, pero la incertidumbre era insoportable.

—Dicen que se fugó con otro hombre. Nunca hicieron buenas migas, andaban siempre discutiendo. —Sandra se sentó en el banco cercano, haciéndole un gesto para que la imitara. Su tono era casual, pero la mirada tenía un brillo de cautela—. Aunque, claro, ya sabes cómo es la gente, siempre con habladurías. Que si no cumplía como marido, que si ella no lo aguantaba… En fin, cada cual cuenta su historia. Él no hizo nada por recuperarla, por eso. Mis padres se enteraron, ya sabes que no se les escapa ni una. —Sandra la observó de reojo antes de continuar—. A propósito, ¿has pensado en ir a ver a los tuyos? Han pasado ya muchos años desde que ocurrió aquello. Ahora son más mayores… y quién sabe, ¿no se te ha pasado por la cabeza que puedan estar detrás de esto?

El comentario la golpeó como un mazazo. Penélope sintió que el suelo bajo sus pies se tambaleaba por un instante, pero no podía permitirse mostrar vulnerabilidad.

—Estoy segura de que no han sido ellos —respondió, tratando de mantener la calma en la voz. No era fácil. Ese miedo siempre estaba ahí, en algún rincón de su mente, como un cuchillo que amenazaba con girarse—. No saben nada de mi vida desde hace años. En fin, supongo que no podrás decirme nada sobre el agente que acompaña a Diego, el subinspector Monroy.

Sandra entornó los ojos.

—No me cambies de tema. Ellos ya se lo llevaron una vez —apuntó con frialdad.

Penélope cerró los puños, sintiendo cómo la rabia luchaba contra el miedo. Su voz salió casi en un susurro.

—Pero ahora es diferente. Confía en mí.

Sandra pareció evaluar las palabras, aunque su expresión no se suavizó.

—Solo sé que Monroy es viudo y que su hijo desapareció hace bastantes años. No sé más. —Sandra hizo una pausa, observándola con una mezcla de curiosidad y pena—. No te voy a mentir, Penélope. No tengo nada más que decirte.

Penélope se levantó, evitando que las lágrimas que ardían en sus ojos se convirtieran en algo visible. Nada de lo que había averiguado servía para encontrar a Damián. Una semana desaparecido y lo único que tenía eran teorías y más preguntas. Su cabeza era un enjambre de posibilidades, cada una más aterradora que la anterior. Sabía que no podía rendirse. Diego era la mejor pista, aunque cada fibra de su ser le decía que él era peligroso. Por eso había planeado esa visita a la vivienda colindante a la suya, una oportunidad que no podía desaprovechar. La tendera le había indicado cómo localizar al encargado de la propiedad y, tras insistir, logró que la llevaran a ver la casa.

El joven que llegó para mostrarle la vivienda tenía el aspecto y la energía de quien todavía creía que el mundo era sencillo. Había algo en su manera de hablar, ligera y despreocupada, que contrastaba con la densidad del ambiente que los rodeaba. Las paredes desnudas, manchadas por el tiempo, parecían guardar el eco de una vida olvidada, y el suelo, cubierto de una gruesa capa de polvo, crujía bajo sus pasos, levantando pequeñas nubes que se disipaban con lentitud en el aire. Todo parecía abandonado a su suerte, como si los habitantes de aquella casa hubieran salido un día sin mirar atrás.

El olor a madera vieja, mezclado con la humedad persistente, se pegaba a su piel, haciendo que cada respiración fuese una carga. Penélope se obligó a sonreír y a fingir interés, como tantas veces lo había hecho en su trabajo como investigadora de fraudes. Sabía perfectamente cómo interpretar el papel, cómo dar la impresión de que todo estaba en orden, mientras su mente calculaba cada movimiento. El joven no sospechaba nada. Las palabras apresuradas y los movimientos impacientes delataban que solo quería terminar y pasar a su próxima tarea.

—Oh, vaya —dijo Penélope con una sonrisa forzada cuando ya estaban fuera—, creo que me he dejado el bolso en una de las habitaciones. ¿Le importaría si lo busco yo misma? Lo dejaré todo como estaba, se lo prometo. Después le llevaré las llaves a la tienda de enfrente, así no le hago perder más el tiempo.

El joven dudó por un instante, pero ante su insistencia, terminó por dejarle las llaves.

—No tarde mucho, por favor.

Cuando él se marchó, cerró la puerta y respiró hondo. Cada segundo era crucial. Recorrió la casa con rapidez, evaluando cada rincón. Las estancias eran escasas y desangeladas, pero cada una le parecía escribir su propia historia. El primer plan, saltar desde un balcón al otro, fue descartado al instante al calcular la distancia imposible que los separaba. Subió al terrado, donde descubrió que una pequeña pared dividía ambas propiedades. Observó con detenimiento cada detalle, buscando una forma de cruzar sin que nadie la viera. Encontró una vieja caja vacía en un rincón y la utilizó para alcanzar el muro. Sabía que cualquier movimiento en falso podría hacerla caer, pero no tenía opción. Con el corazón martilleándole en el pecho, cruzó al otro lado, conteniendo el aliento cuando sus pies tocaron el suelo del terrado de Diego.

La puerta de acceso al interior estaba cerrada, pero, como si el lugar estuviera de su parte, encontró una escalera de madera apoyada en un rincón. Estaba desgastada, con la madera carcomida por el tiempo y el óxido marcando los clavos que la mantenían unida. La movió con cuidado, asegurándose de no hacer ruido, y la apoyó contra el balcón de Diego. El crujido de los peldaños bajo su peso la hizo detenerse un instante, con la sensación de que el sonido podía resonar por todo el barrio. Aun así, continuó.

En su mente se sucedían los peores escenarios: que alguien la viera desde la calle, que la escalera cediera, o, peor aún, que Diego estuviera dentro. Entonces, el sonido metálico de unas llaves la paralizó. Miró hacia abajo y vio al policía entrando en la casa. El

corazón le dio un vuelco, y una descarga de adrenalina la impulsó a subir de nuevo al terrado lo más rápido que pudo, con la escalera tambaleándose bajo su trémulo cuerpo.

En el terrado, se quedó inmóvil, luchando por controlar la respiración. El frío del aire parecía cortarle la piel, pero lo agradeció; le ayudaba a mantenerse alerta. Mientras aguardaba, repasaba una y otra vez sus movimientos, buscando posibles errores que pudieran delatarla. Cada crujido, cada sombra en movimiento, le parecía una amenaza.

Pasó una eternidad hasta que vio a Diego salir finalmente de la casa. Lo siguió con la mirada, observando cómo cruzaba la calle y entraba en la tienda donde había quedado en dejar las llaves. Aquella era la ocasión. Descendió con sigilo y logró entrar en el interior.

El desorden que encontró le resultó desconcertante. No parecía el hogar de alguien meticuloso. La ropa estaba tirada por doquier, los muebles polvorientos y llenos de objetos esparcidos. La cama era un amasijo de sábanas arrugadas. Aunque nada de eso importaba. Penélope se centró en registrar cada escondrijo, cada cajón, con una meticulosidad obsesiva.

En uno de los cajones de la mesita de noche, encontró algo que la dejó helada: una fotografía de su hermano Tomás de la época escolar. La sostuvo en las manos, incapaz de comprender qué significaba. ¿Por qué Diego guardaba eso? ¿Era una advertencia? ¿Un trofeo? Su mente se llenó de preguntas mientras la ansiedad comenzaba a tomar el control. Nada tenía sentido.

Antes de que pudiera procesarlo, escuchó cómo la puerta de entrada se abría de nuevo. El cuerpo reaccionó antes que la mente, y se deslizó bajo la cama, conteniendo la respiración mientras los pasos del policía resonaban por la casa. Cada segundo se alargaba como si el tiempo se hubiera detenido. Cuando los pasos se dirigieron al baño, supo que era su única oportunidad.

Con movimientos calculados y silenciosos, salió del escondite y caminó hacia la puerta principal, sintiendo cómo la intensidad del

momento la hacía avanzar. Cuando giró el pomo, escuchó el grifo del baño cerrarse. Salió de la casa justo a tiempo, sin mirar atrás, con el corazón golpeándole en el pecho como un tambor desbocado.

Aferrando las llaves en la mano, una única idea persistía en su mente: estaba más cerca de la verdad, pero también más cerca del peligro. Y eso la aterraba.

Capítulo 11 – Almas inocentes

Rafael

Unos muros de piedra aislaban a sus residentes del exterior en aquel entramado de doce pabellones, paralelos entre sí y a su vez perpendiculares a dos crujías que los unían. Dos hemiciclos en ambos extremos albergaban las celdas de aislamiento. Rafael no recordaba cómo había llegado a conocer aquel dato, ya que nunca había entrado en aquella zona. Supuso que alguien se lo había contado. Imponía ver la envergadura de lo que el ser humano estaba dispuesto a construir para dejar fuera de la vista de una sociedad conservadora y puritana, con el fin de ocultar cualquier cosa que no estuviera incluida dentro de los cánones establecidos o pudiese incomodar a las personas de a pie. A Rafael nunca le habían gustado aquellos lugares donde uno se podía deshacer de un familiar incapacitado por no querer cuidar de él, solo con alegar que no estaba bien psicológicamente. Sin embargo, transigió, después de haberse dejado aconsejar por varios médicos que defendían la idea de que era conveniente el ingreso de su hijo allí. No tenía claro si era lo mejor que podía hacer por él, pero quizá sí lo único que le quedaba por hacer para salvarlo.

Al entrar por una puerta arqueada, un jardín profuso le recibió con sus brazos pletóricos de acogimiento. Rafael notó el contraste: un entorno hermoso y frondoso, como recordatorio de que la vida seguía su curso a pesar de que en el interior uno se sentía atrapado en un tiempo detenido, ajeno al mundo que giraba a su alrededor. El aire olía a tierra húmeda y a flores silvestres que se resistían al abandono. El zumbido de un insecto rompía, de vez en cuando, el pesado silencio del lugar. A medida que avanzaba, el crujido de la grava bajo sus pies parecía resonar en sus pensamientos, recordándole cada decisión tomada, cada esperanza perdida. Otra puerta dio paso a la recepción. Desde dentro, prestó atención a los ventanales del edificio, que apenas dejaban entrever la exuberancia

de unos árboles que comenzaban a amarillear. Filtraban una luz tenue y ambarina, como si el tiempo se hubiera detenido en aquel lugar.

La luz disminuyó su intensidad de pronto, igual que si un pájaro gigante se hubiera posado sobre el tejado. Rafael levantó la vista, inquieto, pero enseguida notó que eran las nubes, ansiosas por descargar un aguacero. La estancia quedó inmersa en una bruma ocre y macilenta. Una pared, en frente, se vislumbraba repleta de dibujos lúgubres y grotescos. Varias camisas de fuerza permanecían pulcras y dobladas sobre un aparador, como si esperaran su turno para abrazar a quien se resistiera. Rafael sintió un escalofrío al recorrer la escena con la mirada. Sentado en la entrada, un celador con rostro despreocupado lo dejó pasar sin apenas levantar la vista.

El policía saludó a Claudia con un leve gesto al pasar por delante del mostrador. Normalmente lo hacía con un guiño, pero hoy no se encontraba de humor. Para él, aquel lugar se había convertido en un símbolo que relacionaba directamente con la enfermedad de su hijo, con lo que en su subconsciente lo identificaba como algo negativo. Además, Gustavo había tenido otra crisis de las muchas que sufría desde su ingreso. Al principio, Rafael lo visitaba a diario. Aprovechaba todo el tiempo libre para estar junto a su hijo. Sin embargo, tras horas, días y meses sin reacción alguna por parte de este, excepto algunos episodios de agresividad sobrevenidos, terminó reduciendo significativamente sus visitas. Frente a Gustavo, Rafael sentía una distancia insalvable, como si su hijo estuviera atrapado tras un cristal empañado, donde cada palabra rebotaba y se desvanecía antes de llegar a él.

Claudia le indicó que el chico se hallaba sedado en aquellos momentos. Le recordó que los familiares solo podían pasar a la sala de visitas. Rafael insistió, alegando su condición de policía. Ante la petición, la recepcionista le explicó que el chico se hallaba inconsciente; no se daría cuenta de su presencia. Rafael no pudo evitar pensar que no habría diferencia con otras ocasiones en las que lo había ido a visitar. A pesar de ello, le pidió que esperara en la

sala; avisaría al director médico para que le informara de lo sucedido.

El Instituto Mental de la Santa Creu, ubicado en una finca agrícola entre Horta y Sant Andreu, dentro de la parroquia de Santa Eulalia de Vilapicina, era un referente en todo el país. En su interior, pacientes con diferentes patologías psiquiátricas habían sido tratados con técnicas que oscilaban entre la esperanza y la controversia. Gustavo no había reaccionado a ninguna de ellas. Los psiquiatras, tanto los contratados como los que venían a probar métodos innovadores, lo sometieron a experimentos tortuosos que fueron abocados al fracaso. Finalmente, decidieron tratarlo con fármacos, que solo servían para evitar los arrebatos de ira y las pesadillas, pero no aliviaban el eterno estrés postraumático que lo consumía. Rafael sentía que las paredes del hospital respiraban pesadumbre y desesperación, tal que albergaran las historias de cientos de pacientes olvidados.

Se sentó en una silla de madera y observó a los visitantes y enfermos que se reencontraban, como si nunca se hubieran separado. Pensó en su hijo, compungido. Las veces que había ido a visitarlo había optado por contarle cuestiones sobre su trabajo diario. Era lo único que formaba parte de su vida ya. Se había convertido en un monólogo rutinario. En ocasiones, le había narrado sucesos relacionados con alguna investigación. Era consciente de que se trataba de datos reservados, no obstante, estaba seguro de que nunca se lo contaría a nadie, aunque, en el fondo no le hubiera importado si eso significaba que volvía a hablar. Rafael estaba acostumbrado a interrogar a delincuentes y arrancar confesiones con persistencia. Gracias a su capacidad para negociar y a su poder de convicción había conseguido su declaración. Por ese motivo, sentía una frustración insoportable al no lograr lo mismo con su propio hijo.

Sabía que, si Gustavo hablase, probablemente lo culparía: por no haberlo salvado, por no encontrarlo a tiempo, por dejarlo solo en aquella pesadilla. Rafael no solo quería saber qué había ocurrido durante los años de su secuestro, sino que también quería entender

qué sombra oscura se había instalado en su mente desde entonces. Quizá, en el fondo, no quisiera saberlo, o temía que la verdad fuese un golpe más duro que el silencio. Desde su aparición en la puerta de casa un año atrás, Gustavo no había pronunciado una sola palabra. Rafael no conocía sus pensamientos ni sus miedos. Se sentía fracasado como padre. Además, ¿cómo le contaría que su madre había muerto pocos meses después de su desaparición? Ni siquiera tenía constancia de que le escuchara cuando le hablaba. Miró por la ventana, donde las primeras gotas caían con pereza sobre las hojas de los árboles, y entonces pensó en Penélope. No pudo evitar comparar el dolor que ella sentía con el de su difunta esposa, consumida poco a poco por la depresión hasta que ya no quedó nada de ella.

Era consciente de que la madre de Damián estaba pasando por algo similar. En su último encuentro, había experimentado un déjà vu que lo transportó, de manera brutal, a aquel instante devastador de su vida. Se quedó sin respiración al reconocer en ella el mismo rostro vencido que había visto en su esposa la noche previa a su muerte. Poco antes de lanzarse a la calle y desafiar a la muerte entre los vehículos que rugían sobre la avenida José Antonio Primo de Rivera, perdió la batalla final bajo las ruedas de un trolebús que, esta vez, la llevó a su última parada en el mundo de los vivos.

Fue un impacto que quedó latente en la cabeza de Rafael por mucho tiempo. Esa mirada, minutos antes, lo había dicho todo, aunque entonces no quiso entenderlo. No se pudo hacer nada por ella. Aquel incidente había dejado en el acto a su hijo huérfano de madre mientras aún seguía desaparecido. Rafael no sabía si Gustavo, en lo más profundo de su aislamiento, podía percibir que alguien importante faltaba en su vida. Por más que se esforzaba por atravesar las barreras que lo separaban de él, nunca lo conseguía. Era como si su mente hubiera emigrado a otra dimensión, dejando tras de sí un cuerpo que apenas era el consuelo de un padre atrapado en la soledad.

Mientras sus pensamientos lo consumían, Rafael percibió cómo el doctor entraba en la estancia. Se apresuró a limpiarse una lágrima rebelde que había logrado escapar, justo antes de abordarlo con preguntas que sabía serían difíciles de responder.

—Su hijo ha empeorado —empezó diciendo el doctor Martínez, con un tono que parecía cargado de resignación—. Cada vez sufre más ataques de ira, y no parece que vayan a remitir. Normalmente, este tipo de traumas no duran más de un año, pero Gustavo lleva ya demasiado tiempo con las secuelas de lo que fuera que le ocurrió.

Rafael se tensó al escuchar el diagnóstico. Las palabras del médico, aunque dichas con cierta profesionalidad, parecían cargar el peso del fracaso.

—Hemos estado estudiando el caso —continuó el doctor—. Es complicado. Hoy mismo ha mordido a uno de los auxiliares en el brazo mientras lo estaba duchando.

—Quizá no lo conocía —intentó justificar Rafael, casi instintivamente, aferrándose a una explicación que suavizara el incidente.

—Es cierto que el trabajador lleva poco tiempo con nosotros, pero no creo que ese sea el motivo —replicó Martínez, visiblemente molesto ante la conclusión simplista del policía, a quien parecía considerar un ignorante en la naturaleza de la mente humana.

—Siempre ha sido tímido. Desconfía de los extraños, y después de todo lo que tuvo que pasar… —Rafael insistió, aunque su voz sonaba más a súplica que a convicción.

—No es la primera vez que ocurre. No intente buscar un motivo racional —terció el doctor, esta vez con una irritación apenas contenida—. Su hijo… ¿cómo decirlo de una forma menos ofensiva? Tiene alteradas sus facultades mentales, señor Monroy. Cuanto antes lo acepte, mejor para usted.

Rafael sintió el golpe de las palabras como un mazazo. Luchó contra el impulso de responder, pero las emociones le atenazaban el pecho. En lugar de discutir, optó por cambiar el enfoque.

—Me gustaría verlo —pidió con un tono contenido, aunque firme.

—No puede ser. Ahora mismo está confinado en una celda de castigo. Como entenderá, no podemos permitir este tipo de comportamientos —contestó el doctor, con una frialdad que rozaba la arrogancia.

—¿Cómo es posible? —estalló Rafael, incapaz de contenerse—. Cuando lo traje aquí, voluntariamente, no tenía estos problemas. Estaba aturdido, sí, como si no acabara de despertar nunca, ¡pero no era agresivo!

—Hemos utilizado diferentes técnicas, algunas de ellas innovadoras, para intentar que su hijo salga de este estado, pero es como si no quisiera. Se siente cómodo en esa especie de semiinconsciencia. No parece interesarle nada de este mundo —resolvió el psiquiatra con una crudeza que perforó a Rafael.

El policía tomó aire, intentando recuperar la calma. Sabía que discutir no cambiaría nada, pero no podía aceptar que todo estuviera perdido.

—Respeto su opinión, doctor, pero, viendo que ha empeorado desde que está aquí, ¿no cabría la posibilidad de que en su casa pudiera mejorar? Rodeado de un ambiente familiar, con alguien que lo quiera y lo cuide. No soy experto en esto, lo sé, pero creo que podría ayudarlo.

El doctor lo miró fijamente, como si evaluara la idea, aunque la dureza en su expresión dejaba poco lugar para la esperanza.

—Lo dudo mucho. —Una enfermera se acercó al director con una consulta. Este la atendió rápidamente, sin perder de vista a su interlocutor—. Como le comentaba, hemos examinado el caso de su hijo y llegado a una conclusión: debe ser operado de inmediato —concluyó el doctor Martínez, con la frialdad de quien lleva años dictaminando destinos sin dudar.

—¿Operado? ¿De qué? —preguntó Rafael, confuso, aunque su voz ya llevaba un matiz de desconfianza.

—Hay que practicarle una lobotomía —reveló el médico, sin un ápice de emoción.

—¿Una lobotomía? —repitió Rafael, como si la palabra misma fuera un golpe seco en el pecho.

—Sí. Es un procedimiento en el que se realiza una incisión en un lóbulo cerebral para...

—¡Sé perfectamente lo que es! —interrumpió el policía, con un tono más alto del que pretendía. Estaba cansado de que lo trataran como si no entendiera—. Lo que no comprendo es por qué tienen que hacérselo a mi hijo. ¿Quieren que se quede así para siempre? Tengo un familiar al que se lo hicieron y...

—¡Basta! —exclamó el doctor, perdiendo la paciencia. Su voz resonó en la sala, igual que si quisiera poner fin a cualquier resistencia—. Está usted despreciando los avances de la medicina moderna. ¿Cree que propondría este procedimiento si no estuviera seguro de su eficacia? —Se llevó las manos a la cabeza, como si estuviera a punto de perder la compostura—. Es agotador lidiar con gente que se deja llevar por habladurías.

—Supongo que no, pero me opongo rotundamente a esto —declaró Rafael, firme, aunque con el corazón encogido.

—Es posible que sea la única oportunidad para que su hijo mejore. Hay un porcentaje elevado de pacientes que han mostrado progresos significativos después de este procedimiento. Además, no querrá que pase el resto de su vida en una celda de aislamiento. Porque, según su trayectoria, todo apunta a un agravamiento de su estado —advirtió el médico, intentando imponer su lógica.

—Quiero que mi hijo vuelva conmigo —replicó Rafael, pesaroso pero decidido—. Contrataré a alguien para que lo cuide mientras yo trabajo. Haré lo que usted me recomiende para ayudarlo a recuperarse, pero no permitiré que lo operen.

El silencio se hizo espeso, roto solo por la respiración pesada de ambos hombres. En la mente de Rafael, el recuerdo de su madre se

filtró como una sombra. Ella había muerto años atrás, obligada a someterse a una operación que nunca quiso. Rafael ya vivía en Barcelona cuando llegó la carta de su hermana, avisándole de la enfermedad de la madre. Sin dudarlo, dejó todo y viajó a Madrid. Entre él y su padre la sujetaron para que la durmieran con cloroformo, ignorando sus súplicas y la intuición que tantas veces había demostrado ser certera. Creían estar haciendo lo mejor para ella, confiando ciegamente en los médicos, pero su madre nunca despertó. Rafael jamás olvidó la mirada de decepción en sus ojos, una mirada que lo perseguiría toda la vida.

—Hagamos una cosa —sugirió el doctor Martínez, con un tono más calmado, pero igualmente autoritario—. Vamos a probar a subirle la dosis de medicación. Si no hay una mejora evidente, le pediremos su beneplácito para realizar la intervención.

—¡No! —negó Rafael con dureza—. Nunca tendrán mi permiso para algo así. Si no funciona, lo sacaré de aquí. Buscaré la solución en otro lugar.

—No sea ingenuo —replicó el alienista con una risita burlona—. No encontrará un lugar mejor.

—Eso no lo sé, pero es mi hijo, y yo decido lo que es mejor para él, no usted —zanjó Rafael, con la fuerza que apenas lograba reunir.

—Como usted crea conveniente —se resignó el médico, no sin un cierto aire iracundo.

Martínez se marchó de la sala sin despedirse, murmurando algo que Rafael no logró entender. Se quedó allí, sintiendo cómo su cuerpo parecía desinflarse con el peso de la desilusión. El suelo parecía hundirse bajo sus pies, llevándose consigo el último resquicio de esperanza que aún guardaba. Lentamente, como si el mundo lo aplastara, salió al pasillo. Se apoyó contra una columna y dejó escapar un largo suspiro, mientras encendía un cigarrillo. El humo parecía llenar el vacío que llevaba dentro. Los ocho años que había pasado buscando a su hijo parecían no haber terminado. Gustavo, después de todo, seguía desaparecido. No en cuerpo, pero sí en

mente. Su alma estaba atrapada en un lugar oscuro, inalcanzable, un infierno al que Rafael no podía acceder.

Una conversación lo sacó de sus pensamientos. Una enfermera mencionaba algo sobre un paciente que se había escapado del centro, casualmente, el mismo día de la desaparición de Damián. Habían logrado capturarlo esa misma tarde. Rafael prestó atención de inmediato. Por un momento, dejó de ser un padre abatido para convertirse nuevamente en policía. Salió de la sala con rapidez, buscando al doctor. Lo encontró en el pasillo, dando instrucciones a dos empleadas. Rafael se aproximó lentamente, esperando que terminara la conversación. Cuando las mujeres se marcharon, Martínez finalmente lo miró, con el entrecejo aún más arrugado que antes.

—Dígame, ¿qué duda le ha quedado? —preguntó con arrogancia.

—Olvídese, por un momento, de que soy el padre de un paciente. Quiero hacerle algunas preguntas en calidad de policía.

El médico pareció relajarse ante el cambio drástico en los acontecimientos. Debió pensar que no tendría que lidiar con otro reproche de un padre desesperado. Aunque parecía tener prisa en desaparecer de escena.

—Necesito que me hable de ese paciente que se fugó. ¿Es cierto que ocurrió el sábado pasado? —Rafael extendió el brazo, apoyándolo en la pared junto al doctor, creando una barrera física que impedía su retirada. Con la otra mano gesticulaba, como si quisiera enfatizar cada palabra, un gesto que contrastaba con su habitual control emocional.

—No exactamente —respondió el doctor Martínez con un semblante más dócil, quizá al intuir que oponerse al policía sería inútil—. Fue el viernes cuando nos dimos cuenta de su ausencia. El sábado lo encontraron unos vigilantes del centro cerca de la Font Groga, en el Collserola. Estaba atrapado entre unas zarzas. Dijeron que tenía todo el cuerpo aprisionado bajo ellas, igual que si hubiera caído en una trampa. Según los guardianes, extraerlo fue una tarea

complicada. Era como si hubiera introducido brazos y piernas en una red de nudos corredizos imposibles de deshacer. Todo muy extraño. Si no se tratara de ramas punzantes, cualquiera pensaría que alguien preparó aquello como una encerrona, algo deliberado para impedir que alguien pasara por aquella hondonada. El cuerpo del prófugo quedaba completamente invisible bajo la maleza. Fueron sus gritos de desesperación los que alertaron a los guardas.

—Eso lo sitúa en el lugar del delito. ¿A qué hora lo encontraron? —preguntó Rafael, intrigado, mientras su mente comenzaba a encajar piezas.

—Por la tarde. No sabemos la hora exacta, no nos la comunicaron. Lo que sí puedo decirle es que eran las ocho cuando lo trajeron de vuelta aquí —respondió el doctor mientras intentaba esquivar el cuerpo de Rafael, desplazándose hacia la pared opuesta.

—¡Vaya! Esto es muy interesante —murmuró Rafael, siguiéndolo de cerca, con los ojos entrecerrados—. Pudo pasar el tiempo suficiente para llevarse a alguien a otro lugar... o quizá a otra persona. Dígame, ¿cómo se llama el fugado?

El doctor Martínez se detuvo, suspirando con cansancio, y trató de desviar la conversación.

—Debo ocuparme de mis pacientes. Pida cita con Claudia, ella le buscará un hueco —dijo con un tono áspero, con clara intención de poner fin al interrogatorio.

—¡Vamos! Dígame cómo se llama —insistió Rafael, con la voz teñida de impaciencia.

—Arnaldo Dante —respondió al fin—. ¿Qué está investigando exactamente?

Rafael se quedó petrificado por un instante. El nombre resonó en su mente como un eco cargado de memorias amargas.

—¿Cómo dijo? ¿Arnaldo Dante? ¿Aún está aquí ingresado? —preguntó, sorprendido, mientras la rabia contenida comenzaba a filtrarse en su voz

—Así es. ¿Lo conoce? —preguntó Martínez, arqueando una ceja.

—¡Por supuesto! —respondió Rafael, irritado—. ¡Ese quimbao fue quien retuvo a mi hijo cuando era solo un niño! Tremendo descarado. Alguien lo vio llevárselo, ¿y qué pasó? La Policía lo encontró tres días después, con el niño encerrado en una casa abandonada. Su jersey rojo había llamado la atención de un vecino; de no haberlo llevado, no quiero imaginar qué habría sucedido. Aunque de nada sirvió. Días después, Gustavo volvió a desaparecer. Y ese tipo ya estaba aquí, ingresado, con lo que no pudieron inculparlo del segundo secuestro. Aunque estoy seguro de que estaban relacionados. Ese malnacido debió ser cómplice del que terminó el trabajo que él comenzó. La policía dejó de buscar... o se cansó de hacerlo. No fue hasta ocho años después que Gustavo apareció en la puerta de nuestra casa. Ocho años, quién sabe dónde. Ahora, resulta que este individuo se escapa cuando ha desaparecido otro niño, ¿no es descaradamente coincidente? ¡Debería pudrirse en este lugar! —Las palabras de Rafael se encendían tanto como sus gestos, que llenaban la sala como si intentara dar vida a lo que narraba—. A propósito, debo interrogarlo.

El doctor Martínez lo miró, vacilante, sopesando las implicaciones de su petición. Rafael, en cambio, estaba decidido. Por primera vez en mucho tiempo, su mente no estaba nublada por la confusión. Ahora era un padre y un policía. Y tenía claro que no iba a detenerse hasta obtener respuestas.

—¿Está usted seguro de eso? —preguntó el facultativo con cierta sorpresa—. No sacará nada en claro. Es de los peores casos que tenemos —advirtió, casi en un murmullo.

—Me lo imagino, pero esto es rutina policial —respondió Rafael, con un tono seco y una mirada que no dejaba lugar a réplica.

—Se encuentra en el ala de los violentos. Está junto a su... en fin —balbuceó Martínez, evitando terminar la frase.

—¿Con mi hijo? —Rafael dio un paso adelante, endureciendo el rostro—. Ahora no podrá negarme que vaya. Si no, le echaré encima

a toda la Policía —amenazó, señalándolo con el índice mientras su voz, aunque contenida, tenía un filo cortante.

—No es necesario que me eche a los leones —resolvió el doctor, retrocediendo ligeramente ante la intensidad del policía—. Avisaré a alguien para que nos acompañe.

Al alzar la voz, un celador se acercó rápidamente. Su uniforme estaba desgastado, con un cinturón del que colgaban un manojo de llaves que tintineaban con cada paso.

—Este es Federico, uno de mis hombres de confianza —informó Martínez, haciendo un ademán hacia el hombre—. Acompáñenos al ala de los violentos. Necesitaré que abra una de las celdas.

El grupo comenzó a desplazarse hacia la parte más cercana a la entrada del pabellón principal. Desde allí giraron a la izquierda, internándose en una de las crujías que conectaban los pabellones de extremo a extremo. A un lado del largo corredor se intercalaban talleres, aseos y una sala de reuniones. Por esa zona únicamente transitaban hombres, ya que los internos estaban segregados por género. A medida que avanzaba por los pasillos, Rafael notó cómo el eco de sus propios pasos parecía seguirlo como una sombra. Las paredes, grises y desgastadas, estaban salpicadas de manchas cuya procedencia prefería no imaginar. En cada rincón, había una sensación de lucha: una puerta cerrada a cal y canto, un murmullo ininteligible tras un muro, un grito lejano que retumbaba y luego se apagaba, como si el edificio mismo respirara entre gemidos. Altos ventanales, por los que debía entrar luz a raudales, en aquellos momentos, dejaban traspasar tan solo una luz mortecina y amarillenta, que parecía teñir el lugar con un aire casi irreal. Las sombras de las rejas proyectaban figuras inquietantes en las paredes internas, creando un juego de luces que envolvía el ambiente en una atmósfera fantasmagórica. Rafael intentaba distinguir entre trabajadores y pacientes, pero en la penumbra resultaba difícil saber quién era quién.

Unos suaves golpeteos comenzaron a sonar en los cristales, como si diminutos insectos se estrellaran contra ellos en su desesperación por entrar. Afuera, las nubes ya habían comenzado a desbordarse, pero Rafael apenas era consciente del inicio del temporal. Su mente estaba ocupada en lo que tenía por delante. Pensaba en cuántas preguntas podría hacerle antes de resistirse a agarrarlo por el cuello para estrangularlo. Sentía cómo la rabia latía en su interior. Le haría pagar lo que le había hecho a su hijo, eso lo tenía claro.

A medida que avanzaban, Rafael notó cómo el nivel social de los pacientes disminuía visiblemente, hasta llegar a las celdas aisladas. Allí, los rostros de los internos reflejaban el abandono y la desesperación. La mayoría eran de clase baja, hombres cuya pobreza los había dejado sin más opción que aquel lugar. Rafael, sin embargo, solo podía pensar en su hijo. Se detenía frente a cada puerta, observando por los pequeños ventanucos con la esperanza de encontrarlo. La luz que entraba en las celdas era aún más tenue que en los pasillos, intensificando la sensación de encierro. De pronto, unos gritos desgarradores lo hicieron girarse bruscamente.

—No se preocupe. No están torturando a nadie, aunque se lo parezca. No es una mazmorra medieval, por si se lo pregunta —comentó Martínez con un tono irónico, intentando desdramatizar—. Su hijo está al final del hemiciclo, en la última celda. Ya que está aquí, le dejaré entrar un momento. Supongo que no habrá inventado todo esto solo para verlo —añadió con una sonrisa forzada, dejando entrever su desconfianza.

—Se lo agradezco, pero no creo haberle dado motivos para desconfiar de mí —respondió Rafael, esforzándose por mantener la calma.

El director pidió al celador que abriera la puerta. Este sacó una de las llaves del manojo que llevaba colgado al cinturón y la introdujo en la cerradura, que emitió un chirrido metálico al girar. Martínez entró primero. Encendió un candil colocado sobre una mesita en el exterior. La luz cálida y temblorosa llenó la estancia, iluminando de golpe el rostro de Gustavo. Rafael se quedó paralizado. Su hijo

parecía tan vulnerable que sintió un nudo en la garganta. Un trueno resonó en el exterior, sacándolo de su ensimismamiento.

Rafael se acercó y lo tomó de la mano. Su piel estaba helada, lo que le provocó un escalofrío. Intentó despertarlo zarandeándolo suavemente, pero no obtuvo respuesta.

—¿No tienen alguna manta para ponerle encima? —preguntó Rafael, preocupado.

Con un simple gesto de la barbilla, Martínez ordenó al celador que trajera una manta. Rafael la colocó sobre su hijo con cuidado, cubriéndolo como si con ese gesto pudiera reparar el tiempo perdido. Las lágrimas le escocían en los ojos, pero no dejó que cayeran. Había seguido el consejo de unos compañeros que aseguraban que aquel lugar era el mejor para Gustavo, pero ahora lo invadía un profundo arrepentimiento. Recordó las largas jornadas de trabajo, la falta de horarios y la culpa que lo había llevado a confiar en extraños para cuidar de su hijo. Entonces, en aquel momento, volvió a acordarse del que había provocado todo aquello. Salió de la sala, con un claro propósito, mientras dejaba a su hijo bajo los cuidados de Morfeo y afuera crecía la tormenta.

—Quiero que me avisen cuando despierte. Vendré en cuanto se recupere. Organizaré su estancia en casa. He decidido llevármelo de aquí lo antes posible —anunció, esforzándose para que la voz no se le quebrara y con el corazón apesadumbrado.

Al salir, se dirigió al doctor con una voz cargada de determinación.

—Lléveme con el prófugo.

Lo guiaron al extremo opuesto del hemiciclo. Allí, en una celda oscura, con los cristales de la ventana exterior rotos, un hombre greñudo saltaba sobre el catre, murmurando frases ininteligibles. El olor a orines y excrementos saturaba el ambiente. Rafael lo miró con rencor. Sin pensarlo, le propinó un golpe en las piernas, haciendo que el hombre cayera sobre la cama. Murmuraba algo como un rezo, una cantinela que apenas entendía. Rafael respiró hondo, luchando

por mantener el control. Sabía que, aunque lo odiaba, necesitaba respuestas.

—Déjenme solo con él —exigió Rafael, con una voz grave que apenas dejaba espacio para la discusión.

Los dos hombres se miraron, indecisos, pero finalmente accedieron a regañadientes. Rafael se acercó a la parte superior de la cama, sus pasos resonaban en el silencio tenso de la celda. De repente, sus manos se cerraron alrededor del cuello del demente, apretando con fuerza.

—¿Por qué te llevaste a mi hijo, maldito hijoputa? ¿Quién es tu cómplice? ¿Eh? ¡Dime! —rugió, fuera de sí, mientras sus ojos brillaban con un odio incontrolable.

Desde el exterior, el doctor Martínez alzó la voz, con un tono autoritario que concurría con el caos en el interior.

—¡Federico, deténgalo! ¡Ya!

El celador se abalanzó sobre Rafael, rodeándolo por la espalda y tirando de él con todas sus fuerzas para impedir que matara al paciente. Rafael resistió por un instante, con su cuerpo temblando de furia, pero finalmente cedió ante el forcejeo.

—¡Como vuelva a repetirse, no le permitiré interrogar a nadie más! —espetó Martínez, con el rostro enrojecido de indignación—. Usted sabe que puedo prohibírselo si se muestra hostil con los enfermos.

Rafael respiró hondo, tratando de recuperar el control.

—Descuide, no volverá a pasar —dijo finalmente, aunque su voz todavía temblaba de rabia—. No sé qué me ocurrió. Empecemos de nuevo.

El doctor, visiblemente molesto e intentando calmarse, acercó una silla para que Rafael se sentara frente a la cama.

—Vamos, con tranquilidad. No sacará nada si pierde los nervios.

Rafael se dejó caer en la silla, con su cuerpo todavía rígido. Hizo un esfuerzo por suavizar su voz.

—Señor Dante —comenzó, con una calma que claramente le costaba mantener—, ¿por qué motivo salió del hospital el último sábado?

Arnaldo, que se había acurrucado contra el cabecero como un animal asustado, levantó la vista y lo miró fijamente. Por un momento, sus ojos parecían lúcidos.

—Yo lo conozco… y a su hijo también —dijo de repente, con una sonrisa débil, como si acabara de recordar algo—. Le gustan mucho los corruscos. Yo siempre le doy el mío. A mí no me gustan…

Su voz se desvaneció en el aire, ignorando por completo la pregunta. Rafael arrugó el entrecejo y lanzó una mirada inquisitiva al doctor.

—¡Doctor! ¿Cómo es posible que, habiendo doce pabellones inmensos, este individuo coma en el mismo comedor que su víctima? ¿Es cierto lo que dice?

—Sí, así es —admitió Martínez, con tono defensivo—. No se trata de un paciente peligroso. Nunca ha hecho daño a nadie, al menos que se haya demostrado.

—¿Entonces por qué está aquí? —insistió Rafael, con incredulidad.

—Es un castigo por escaparse. Él sabe que, si se fuga, deberá estar encerrado aquí varias semanas —respondió Martínez, con la seguridad de quien repite un protocolo conocido.

—¿Qué quiere decir, que lo ha hecho más veces? —preguntó Rafael, elevando la voz.

—Sí. Tiene una obsesión con los niños. No les hace daño, pero a veces se escapa y se lleva a alguno, dice que para protegerlo. Luego los esconde en algún lugar hasta que lo interceptamos.

—¿Y eso no le parece suficiente para considerarlo peligroso? —espetó el cubano, con la rabia a flor de piel.

—Para estar en la calle, tal vez sí, pero aquí, entre otros pacientes igual o peor que él, no lo consideramos una amenaza mayor —contestó el doctor con frialdad.

Rafael negó con la cabeza, incrédulo.

—Este individuo es un demonio. ¿Quién sabe para qué se los lleva? Seguro que no es para nada bueno. ¿Quiere decirme que, durante este tiempo, ha hecho lo que ha querido?

—No siempre ha tenido que escaparse. Ha estado temporadas fuera, en las que parecía rehabilitado, pero al final siempre acaba aquí. No puede evitar hacer lo que hace —reconoció Martínez, resignado.

De repente, Arnaldo interrumpió con un tono inesperadamente apenado:

—¡Lo siento mucho, señor padre de Gustavo! Lo intenté, pero no pude hacer nada por él.

Rafael se inclinó hacia él, con los puños cerrados.

—¡Maldito loco! ¿Quién era tu cómplice? ¿Dónde estuvo mi hijo todo este tiempo? —exigió, alzando un puño al aire.

Arnaldo lo miró con ojos desorbitados y murmuró:

—En la madriguera de las brujas… Como todos.

—¿Dónde? ¡Dime un lugar! —gritó Rafael, ahora más desesperado que furioso.

—En Olorda estaba el nido de las arpías, pero ahora está aquí… —balbuceó Arnaldo, como si estuviera atrapado en un delirio.

—¡¿Qué carajo dice este loco?! —exclamó Rafael, con su paciencia al límite.

Martínez soltó una carcajada irónica.

—Estamos en un manicomio, ¿qué esperaba? Ya le dije que este hombre está entre los peores.

Arnaldo continuó, en un tono cada vez más elevado:

—¡Que Dios se apiade de mí! Llevaré la carga del fracaso hasta mi deceso, por no salvar a las almas limpias e inocentes que no merecían castigo.

—¿Qué almas? ¿De qué demonios estás hablando? —preguntó Rafael, dudando ya de que aquel hombre tuviera algún vínculo con la realidad.

—Tenga paciencia —intervino Martínez—. Lo trata como a una persona normal, y no lo es.

Rafael tomó aire, intentando recomponerse.

—De acuerdo. Volveré a intentarlo. ¿Qué nueva alma no pudiste salvar, Arnaldo?

El hombre levantó la vista, con un destello de lucidez fugaz.

—La del niño del perro.

—¿Damián? ¿Te refieres a Damián? —insistió Rafael, cada vez más alterado.

—En Olorda se plantó la semilla del diablo. Allí comenzó todo. —Arnaldo volvió a desvariar, con su voz llena de un fervor casi apocalíptico—. Nadie se librará de su cosecha.

Rafael perdió el control. Se abalanzó sobre Arnaldo y lo sujetó del cuello con ambas manos.

—¡Te libras de todo, maldito! ¡Con la excusa de que estás loco haces lo que quieres! Pero a mí no me engañas. ¡Me vas a contar todo o te juro que te mato! —gritó, enajenado.

Federico y Martínez intervinieron de inmediato. El celador lo sujetó por la espalda, pero no bastó; la resistencia de Rafael era tal que necesitaron del esfuerzo conjunto para apartarlo del enfermo. Finalmente, lograron soltarlo. Arnaldo se dejó caer sobre el catre, tosiendo violentamente.

—En Olorda se tramó el final de la humanidad… —balbuceó el paciente, con los ojos perdidos.

En ese instante, una ráfaga de agua entró por la ventana rota, empapando el suelo de la celda. Martínez, con el ceño fruncido, miró al policía.

—Debe salir de aquí de inmediato, debemos organizar el traslado de este hombre.

Rafael, con el rostro aún encendido, salió de la celda mientras las palabras de Arnaldo seguían retumbando en su mente, como un eco cargado de enigmas imposibles de descifrar.

Damián

Entre la inmensidad del bosque, en el corazón de la sierra de Collserola, una campana volvió a sonar en aquella tarde aciaga. La tempestad se había diluido; aunque el eco de los truenos todavía retumbaba tras las montañas. La temperatura se había desplomado y una gélida niebla se había adueñado del paisaje, impregnando el ambiente de un efluvio acre como de tierra mojada.

Damián escuchaba cómo los otros niños salían al exterior en silencio. Sus pasos eran lentos, arrastrados, como si el barro que aplastaban les absorbiera la voluntad. Entre aquellos movimientos apáticos, un sonido distinto se abrió paso: pisadas firmes y decididas que crujían con fuerza contra el suelo. Se acercaban a la cabaña.

Pronto, el tintineo de unos colgantes se coló en sus oídos. Ese sonido, hueco y frío, era inconfundible. Sabía bien que aquellos abalorios estaban hechos de huesos; los mismos que la mujer oscura rebañaba frente a todos, como si fueran trofeos.

Cuando la puerta de la cabaña se abrió, su figura emergió de entre las sombras. Su rostro decrépito y pálido le recordaba a las muñecas rotas de la feria. Damián sintió un escalofrío recorriéndole la columna, pero apretó los dientes; estaba decidido a resistir. No sabía qué nueva locura se traía entre manos aquella mujer, pero no pensaba dejarse someter tan fácilmente. La Dama de los Huesos lo agarró con sus recias manos y lo levantó en el aire como si no

pesara más que un muñeco. Damián pataleó con todas sus fuerzas, pero sus movimientos eran inútiles; las cuerdas que aún le sujetaban los muslos limitaban sus intentos desesperados de escapar. Cuando sus piernas se agotaron, la mujer lo lanzó al suelo con desprecio y le plantó un pie en la espalda. Antes de que pudiera reaccionar, le apretó las ataduras con una precisión escalofriante y le colocó una venda sobre los ojos.

La oscuridad se volvió absoluta. Damián sentía el frío del barro pegándose a su piel mientras aquella mujer lo arrastraba sin piedad. El tintineo de los abalorios volvió a inundar sus oídos, un sonido hueco y perturbador que parecía acompañar cada paso de su captora como una macabra banda sonora. Sin embargo, lo que más le exasperaba era el ruido de su calzado al hundirse en el lodo, un crujido monótono y despiadado que se repetía una y otra vez con la misma cadencia, como el de un ataúd en una comitiva funeraria.

Ese sonido desató un recuerdo enterrado en algún rincón oscuro de su mente: la marcha fúnebre de Beatriz, su íntima amiga. Era muy pequeño cuando la sepultaron, pero ahora, aquel sonido traía de vuelta aquella escena con una fuerza arrolladora. Revivió el momento en el que la música lúgubre llenaba el aire pesado del día y cómo su mente infantil había bloqueado todo aquello, ocultándolo tras un velo que ahora se rompía sin piedad. La imagen le impactó con tal intensidad que perdió por un instante el sentido del equilibrio, tambaleándose hacia un lado. Aunque la mano de la mujer, áspera y feroz, lo sostuvo con firmeza, asegurándose de que no se desviara ni un centímetro del camino que ella marcaba. No había escapatoria, y cada paso que daba, guiado por su captora, lo hundía más en el abismo de su propio miedo.

Mientras lo empujaba hacia un destino incierto, imágenes de su primer encierro volvieron a invadir su mente. Recordó cómo, en los días iniciales, la Dama de los Huesos lo había llevado a un sótano oscuro bajo la casa principal. Aquel lugar apestaba a moho, y las paredes, cubiertas de manchas negras, parecían absorber incluso la tenue luz del candil que ella portaba. En una de ellas, unas repisas

de obra albergaban decenas de tarros de cristal, la mayoría cubiertos de polvo y marcados con unas letras extrañas. Dentro de ellos flotaban formas orgánicas que parecían pequeños corazones encogidos. La mujer le había susurrado al oído, con una voz que parecía surgir de las entrañas de la tierra, que aquellos frascos contenían las almas de los niños que pasaban por sus manos. Decía que, durante la primera noche de sueño, ella les arrebataba sus espíritus y los encerraba en aquel líquido viscoso que los preservaba para siempre. Si alguno intentaba escapar y se alejaba, su alma perdida lo condenaría: se convertiría en un animal sin razón ni memoria, y su cerebro se reduciría al tamaño de un ratón. Tan solo podría recuperar sus facultades si bebiera aquel líquido que le pertenecía.

Damián quiso desechar aquel recuerdo, pero su mente insistía en atormentarlo. Se preguntaba por qué esta vez la Dama de los Huesos le había vendado los ojos. Entonces, lo recordó: la última vez que lo hizo, había escuchado el ruido de una pala cavando un hoyo, un foso de su tamaño. Ahora no sabía qué le esperaba, pero el instinto le gritaba que no sería nada bueno.

En una ocasión, escuchó a uno de los niños mayores, también prisionero como él y privado del calor de su familia, confesarle a otro que no creía en las historias sobre las almas robadas. La Dama de los Huesos, oculta entre las sombras de los árboles cercanos, escuchó cada palabra. Sus ojos, invisibles, aunque siempre presentes, parecían captar incluso los pensamientos más discretos. Al descubrir su escepticismo, se acercó sigilosa y, con una voz helada, amenazó al incrédulo con destruir a toda su familia. Aunque él jamás hubiera mencionado su existencia, la mujer conocía todos los secretos; el bosque se los susurraba con el viento: eso decía.

Uno de los adeptos de la dueña de la casa lo obligó a subir a una banqueta. Damián, con los ojos cubiertos, buscó a tientas el peldaño hasta que unas manos ásperas y frías le guiaron el pie. Percibía los murmullos de los otros niños que le rodeaban, cargados de un pavor contenido. Entonces, sintió cómo algo hosco y pesado rodeaba su

cuello: un collar que le apretaba la piel como un lazo. De pronto, la tensión sobre su garganta le cortó la respiración. El pánico lo golpeó como un mazazo. Recordó los westerns de su tío Tomás y, antes incluso de entender lo que sucedía, sus piernas comenzaron a temblar incontrolablemente.

El sonido de los colgantes de la Dama de los Huesos volvió a llenar el aire, como si celebraran lo que estaba a punto de suceder. La oscuridad, el frío y el eco de aquella risa ahogada que parecía surgir de todas partes a la vez se apoderaron de Damián. En aquel momento, entendió que el bosque no era solo su prisión. Era también el testigo silencioso de todos los horrores que allí ocurrían.

—¡Ahora veréis lo que ocurre cuando alguien se atreve a tocar lo prohibido! —gruñó la anciana con una voz rasposa, tan cerca de Damián que pudo sentir el hedor a podredumbre que emanaba de su aliento—. No tendré piedad del que desafíe mi voluntad. ¡Como me llamo Águeda, acabaré con los insurrectos! Mirad lo que hago con quienes osan desobedecerme.

El silencio que siguió fue casi más aterrador que sus palabras. Apenas un segundo después, el ruido desagradable de alguien masticando rompió la quietud. Provenía del lugar exacto desde el que habían surgido sus palabras. Damián supo de inmediato lo que estaba haciendo: otra vez estaba royendo un hueso, como solía hacerlo frente a todos, disfrutando de su repulsivo espectáculo.

—¿No habéis echado de menos a alguien? —preguntó, de pronto, Águeda con una burla gélida que cortaba el aire como un cuchillo—. Por si os quedaba la duda: Luisito no logró escapar. No. Seguro que todos lo pensasteis. —La sonrisa que acompañó a sus palabras se extendió por su rostro como un gesto de pura maldad mientras seguía deleitándose con su macabro manjar—. ¡Vamos, estira bien de la soga y átala al tronco!

Damián sintió cómo el taburete bajo sus pies comenzó a moverse, apenas un leve balanceo, como si alguien lo empujara con suavidad para prolongar su agonía. Cada pequeño movimiento hacía que el

miedo le quemara las entrañas, a la espera de lo inevitable. Su cuerpo reaccionaba sin control: las piernas le temblaban tanto que no sabía si era él quien provocaba el vaivén del taburete o si era una mano oculta. Escuchó un castañeo de dientes y, al principio, pensó que era alguno de los niños que lo rodeaban; luego comprendió, con un escalofrío, que el sonido venía de su propia boca. Las lágrimas le escocían tras la tela que le cubría los ojos, y la desesperación le arrancó un grito.

—¡Yo no he sido! —soltó con un hilo de voz que se fue transformando en un grito desesperado—. ¡Yo no cogí las llaves! No sé dónde estaban. Me lo inventé todo. Si acerté, fue pura casualidad.

El taburete osciló más fuerte esta vez, y el corazón de Damián casi se detuvo al escuchar el jadeo colectivo de los espectadores. Sus movimientos involuntarios estaban a punto de sellar su destino.

—¡No te creo, mocoso! —rugió Águeda con una furia que parecía llenar todo el lugar—. Vas a morir esta noche, frente a todos estos miserables. Para que aprendan.

—¿Cómo cree que podría haberme vuelto a atar las manos después de hacer todo eso? —gimió Damián, buscando desesperado una lógica que la mujer pudiera aceptar—. Es imposible hacerlo uno mismo, sin ayuda de nadie.

—¿Crees que soy una idiota? —espetó Águeda, con un tono cargado de desprecio—. ¿Cómo puedo creer tus palabras, cuando eres un mentiroso?

—Sí, mentí —admitió el niño, con su voz quebrándose por un instante—. No quería causar problemas a nadie, pero le repito que no pude hacer aquello.

El silencio que siguió fue tan opresivo como el peso de la soga que sostenía el cuello del niño. De repente, el taburete tambaleó con más fuerza, y un grito unánime surgió de los demás niños cuando Damián estuvo a punto de caer.

—Sabes, te mantuve con vida porque creí que eras especial —dijo Águeda con un tono lento y deliberado, como si estuviera disfrutando de cada palabra—. Nadie escapa tan fácilmente de las ataduras que tenías. Pensaba que podrías serme útil, pero de nada me sirves si no colaboras. Así que, dime, ¿qué me impide matarte ahora mismo?

El silencio se hizo pesado, parecía que el aire mismo hubiera abandonado el lugar. Damián, paralizado, no encontraba las palabras. El tiempo parecía haberse detenido mientras su mente buscaba desesperadamente una respuesta. Luego, igual que si una fuerza inesperada brotara de dentro de él, dejó de temblar. Respiró hondo y, con una seguridad que nunca antes había sentido, alzó la voz.

—Conozco una casa donde vive gente con mucho dinero. Puedo entrar y abrir la puerta desde dentro para que se lleve todo lo que quiera —propuso, con las palabras saliendo apresuradas, como si con ellas pudiera comprar algo de tiempo, tal vez un respiro—. Póngame a prueba, verá cómo puedo hacerlo. No la decepcionaré.

Pero ahora, de pie entre el resto de los chicos, bajo la mirada implacable de aquella mujer, supo que nada podría haberla impresionado. La Dama de los Huesos no buscaba lealtad, ni siquiera obediencia: quería control. Total, y absoluto.

—¿Quién te ha contado que me interesa robar a los ricos? —preguntó ella, con un tono amenazador en cada palabra—. ¿Es que acaso alguno de los chicos ha estado hablando contigo? No intentes engañarme; sé que no podrías saber estas cosas desde tu agujero. ¿Quién te ha ayudado? ¿Quién te ha dado de comer y te ha informado sobre mí? ¡Habla ya, Damián! —Su mano se cerró en un pellizco que le arrancó un jadeo—. ¡Dime su nombre o te arrepentirás de no haber hablado!

Damián sintió cómo se le retorcía el estómago. No sabía cómo convencerla de su inocencia. Cada palabra suya sería una nueva cuerda con la que ella querría estrangularlo. Su mazmorra, las llaves,

la comida… Era cierto: alguien lo había ayudado, pero delatarlo significaba firmar su sentencia y también la suya propia.

—No, señora. No puedo hacerlo —murmuró al fin, con apenas un hilo de voz.

—¿Estás seguro de ello? —rugió la mujer, con su furia resonando en los oídos como un tambor de guerra.

—Sí, señora —repitió, esta vez más firme.

Ella se quedó un momento en silencio, pero no suponía un consuelo. Era el preludio de una tormenta.

—¡Está bien! ¡Tú lo has querido! —espetó con una crueldad glacial, girándose hacia el grupo—. ¡Seguidme todos!

Apenas tuvo tiempo de comprender qué significaban aquellas palabras. Sintió cómo le arrancaban la venda de los ojos, y la realidad se presentó con toda su crudeza. Los otros chicos estaban allí, de pie, con los rostros vacíos de emoción, casi como si ya no esperaran nada de la vida. Aquellos chicos, reclutados y adiestrados por aquella mujer con ínfulas de profeta, eran piezas de su retorcido juego. Bajo su mirada gélida, emprendieron una marcha silenciosa a través del bosque.

Damián avanzaba en silencio, cada paso lo hundía más en un frío que no solo era externo: se instalaba dentro de él, anidando en su pecho, enredándose en sus pensamientos. ¿Qué iban a hacerles?

El viento gélido se colaba entre los árboles, calando hasta los huesos. El terreno se volvía más abrupto, inclinándose hacia un valle profundo por donde resonaba el rumor de la riera de Sant Medir. Los otros chicos, muchos descalzos, avanzaban encorvados, con sus pies lacerados por las piedras y ramas.

Finalmente, Águeda se detuvo junto al arroyo. El agua parecía una serpiente de cristal que escupía su aliento en forma de niebla.

—¡Ahora, quitaos la vestimenta! —ordenó con una voz cortante como el hielo.

Damián sintió como si un puñetazo invisible le hubiera golpeado el pecho. ¿Quitarnos la ropa? ¿Con este frío? Miró a los otros chicos, esperando que alguno alzara la voz, que se resistiera, pero nadie se movió. Solo hubo miradas fugaces, llenas de duda y miedo. Vacilaron, aguardando algún signo que indicara que era un error. Aunque el gesto implacable de la mujer les dejó claro que no había margen para la desobediencia. Uno a uno, comenzaron a despojarse de sus prendas con movimientos lentos, temblorosos.

—¡Más rápido! —ladró ella, impaciente—. ¡No tengo toda la noche!

Damián no daba crédito a lo que estaba ocurriendo. Era evidente que las circunstancias en las que se encontraba estaban fuera de toda razón, en aquella casa ya de por sí llena de desafíos diarios.

Cuando estuvieron en ropa interior, Águeda recogió las prendas y las arrojó lejos de la orilla, dejándolos expuestos al frío implacable.

—¡Ahora al agua! —bramó con crueldad—. ¡No quiero que nadie salga hasta que confiese el culpable! —ahora, dirigiéndose a uno de sus secuaces—. Cuando alguien esté dispuesto a confesar o a delatar al que está ayudando al niño de la cabaña, vienes a buscarme, hasta entonces, ninguno se moverá del agua.

Algunos miraban hacia atrás, mientras caminaban hacia la corriente. Observaban cómo la vieja arpía caminaba de vuelta a la casa sin gesto alguno de arrepentimiento.

—Ya habéis oído. ¡Rápido! No quiero quedarme tieso como un témpano —mandó un chico cuyo flequillo no dejaba ver su rostro.

Damián sintió que su cuerpo se tensaba, cada fibra de su ser le gritaba que no lo hiciera, pero no tenía opción. Dio un paso hacia el agua. El primer contacto fue un choque brutal. La corriente era helada, el frío ascendió por su cuerpo como una garra invisible que le robaba el aliento. Al llegar a la mitad del cauce, otros niños lo empujaron para que siguiera avanzando. La corriente apenas le alcanzaba la mitad del pecho, pero los había más bajos que él, que estaban sumergidos hasta el cuello.

Mantuvo los brazos en alto, temblando, como si al menos pudiera salvarlos de aquel sufrimiento que le envolvía el cuerpo entero. El agua helada se colaba por cada rincón de su ser, y el frío era como un enemigo invisible que no le daba tregua. Una oleada de emociones se acumuló en su pecho, igual que si todo el miedo, la rabia y la tristeza se mezclaran en un torbellino que no podía contener. Sintió un nudo apretándole la garganta, tan fuerte que apenas podía respirar. Entonces, gritó. No era un simple grito; era un chillido desgarrador, nacido de la rabia, de la impotencia, de todo lo que un niño no debería tener que soportar.

Quiso salir de allí, escapar de aquel tormento, pero antes de dar un solo paso, sintió un impacto seco en la espalda. Uno de los esbirros de la señora lo había golpeado con un garrote. Damián se dobló de dolor, y las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas, aunque no estaba seguro si eran por el golpe, el frío o el miedo.

De repente, a través de la neblina de dolor que le empañaba la vista, vio cómo sus compañeros comenzaban a discutir. Sus voces, aunque apagadas por el rugido del río, eran lo suficientemente claras para entender lo que decían.

—¡Es su culpa! ¡Él tiene que confesar! —gritó uno.

—¡Si no dice quién es, vamos a morir todos aquí! —reprochó otro.

Se culpaban entre ellos, pero todas las miradas se clavaban en él como cuchillos. Damián intentó mantenerse firme, pero no vio venir el golpe. Un puño, ralentizado por el frío, pero cargado de ira, lo alcanzó en el ojo, haciendo que perdiera el equilibrio. Cayó de espaldas, y la corriente lo arrastró varios metros río abajo.

El agua lo envolvía como si quisiera tragárselo. Tosió y pataleó, intentando mantenerse a flote, mientras escuchaba el eco lejano de más golpes. Al alzar la vista, vio cómo uno de los niños vapuleados no volvía a incorporarse. Su cuerpo seguía el curso del caudal, moviéndose lentamente, inerte como una hoja arrastrada por el agua.

¡Se va a ahogar! pensó Damián con desesperación. Si lo alcanzo, quizá pueda ayudarlo, pero su cuerpo estaba agotado, y el frío lo había debilitado tanto que apenas podía mantenerse de pie. Entonces, notó que alguien se acercaba. Por un momento, creyó que venía a socorrerlo. Sin embargo, cuando levantó la vista, vio al agresor que lo buscaba con más determinación que nunca. Su corazón dio un vuelco al reconocerlo: era Jorge, el niño gracias al cual él aún seguía con vida. El rostro de Jorge estaba deformado por la ira, pero también había algo más, algo que Damián no lograba descifrar.

—¡Eres un delator! Por tu culpa estamos aquí —acusó Jorge, señalándolo con un dedo que temblaba tanto por el frío como por la rabia.

Damián sintió que el mundo se le caía encima. ¿Cómo podía decir eso? No era cierto.

—¡Eso no es verdad! ¡Yo no he dicho nada! —se defendió con desesperación. Su voz quebrada temblaba tanto como su cuerpo.

—¡Cómo que no! Eres un cobarde. Primero confiesas que fuiste tú el que cogió las llaves y, cuando estás a punto de morir, dices que no —le echó en cara Jorge, con un odio que jamás había visto en los ojos de su amigo. Damián sintió que algo se rompía dentro de él.

—¿Qué querías que hiciera, dejar que me colgaran? —protestó, con indignación.

—Si llego a saber que eras un cobarde, no te hubiera dado ni un mendrugo de pan —contestó Jorge con desprecio, cruzando los brazos mientras tiritaba.

—¡Déjame tranquilo! —gritó Damián, aunque el grito se apagó cuando el agua le entró en la boca, haciéndolo toser. Recuperó el aire y continuó, desesperado—: Si no hubiera hablado, alguien más te habría señalado. Al menos estamos vivos, ¿no?

—Di que has sido tú y acaba de una vez con esto —pidió Jorge, esta vez consternado, parecía que estuviera a punto de derrumbarse.

Damián sintió un nudo en el estómago. ¿Cómo podía pedirle algo así?

—¡Hazlo tú! Tú fuiste quien cogió las llaves, no yo —espetó, tratando de defenderse, de apartar la carga que Jorge intentaba colocar sobre sus hombros.

—¡Sí, pero lo hice para que pudiéramos comer los dos! —reconoció Jorge, alzando la voz como si eso justificara su decisión.

De repente, un ruido entre las ramas interrumpió la discusión. Ambos giraron la cabeza al unísono, y vieron a Águeda aparecer en la orilla opuesta. Caminaba despacio, con una sonrisa torcida en el rostro, igual que si disfrutara de lo que estaba a punto de hacer.

—Así que fuiste tú, Jorge. ¡Te he pillado! —anunció, con tono burlón —. Muy bien, niños, salid del agua. Podéis volver a la casa. La chimenea está encendida. Todos, menos Jorge, por supuesto.

El aire alrededor de Damián pareció espesarse, pero Águeda continuó como si nada.

—Me alegra que al fin hayas confesado —dijo, mirando a Jorge con una expresión de falso agradecimiento—. Y para recompensarte, te ahorraré el sufrimiento. Será rápido.

Antes de que alguno de los niños pudiera reaccionar, Águeda levantó una escopeta que había estado escondida entre los arbustos. Apuntó al corazón de Jorge y disparó sin vacilar.

Damián sintió como si el mundo entero se desmoronara. Vio a Jorge desplomarse sobre el agua, su cuerpo inerte siendo arrastrado por la corriente, como un muñeco de trapo. El arroyo lo llevaba consigo, hundiéndolo y dejándolo salir a la superficie, jugando con él igual que si fuera un simple objeto.

Damián se quedó inmóvil, escondido río abajo, observando cómo las ondas del agua ocultaban por momentos el rostro azul de su amigo. Quiso correr tras él, ayudarlo de alguna manera, pero sus piernas estaban entumecidas, y la corriente era demasiado rápida. Gritó su nombre, pero el eco de su voz se perdió en el aire helado. Pudo ver,

con impotencia, cómo el cuerpo de Jorge se disipaba entre la penumbra del bosque, donde el arroyo se hundía bajo las ramas extendidas de los árboles, tal que la misma naturaleza se lo tragara.

El frío le calaba hasta los huesos, pero Damián solo podía pensar en una cosa: regresar a la casa. Allí, la chimenea lo esperaba, y tal vez el calor le devolvería la vida que sentía que estaba perdiendo. Caminó en silencio, con el alma hecha pedazos. Cuando llegó cerca de la masía, se detuvo. Desde las sombras del bosque, vio a Águeda. Estaba agachada, escondiendo la escopeta bajo un banco de piedra, como si todo aquello fuera un simple trámite.

Damián sintió el corazón latirle con fuerza. Si entraba ahora, ella podría sospechar que la había visto. Y si eso ocurría, lo mataría, estaba seguro. De pronto, lo entendió. No podía quedarse allí. No podía regresar a la casa. Si lo hacía, sería su final. Esta era su última oportunidad para escapar, y no iba a desperdiciarla. Con el aire helado cortándole la piel y los músculos tensos por el miedo, se giró y corrió hacia el bosque, sin mirar atrás.

Capítulo 12 – Sin escapatoria

Rafael

Dos hombres completamente opuestos compartían el interior de un coche de policía. Sin embargo, había algo que los unía desde hacía años: ambos cargaban con la herida de haber sido abandonados por sus esposas, aunque de maneras muy diferentes.

El inspector Diego Roca, rígido y áspero como una mala noticia llegada en el peor momento, aún se resentía del día en que su mujer lo había repudiado sin miramientos, dejándolo con una amarga sensación de traición que nunca pudo digerir. Para él, más que la pérdida, lo que dolía era la forma en que ella lo había hecho: sin explicaciones, sin confrontación. Eso había sido imperdonable. Como un acto de revancha silenciosa, decidió borrar todo rastro de su existencia. Se deshizo de las fotografías, los regalos y cualquier recuerdo de ella, como si con ello pudiera extirpar el dolor.

No vale la pena, le repetía a Rafael, su subordinado y único confidente, cada vez que le sugería que intentara recuperarla. Aunque Diego era incapaz de aceptar su propia vulnerabilidad. Incluso si ella regresara, él decía que nunca podría volver a verla con los mismos ojos.

Rafael, en cambio, observaba con la calma serena de un hombre que había aprendido a aceptar el sufrimiento, aunque no por ello dejaba de doler. Su esposa no había huido con otro hombre ni lo había abandonado por falta de amor; ella simplemente no había soportado más. La desaparición de su único hijo fue una carga demasiado pesada para su corazón. Se rindió ante el dolor y optó por dejar este mundo, una decisión que Rafael jamás comprendió del todo. A diferencia de Diego, él no podía soltar el pasado. Seguía aferrado a la esperanza de que algún día vería a su hijo como era antes.

El coche se detuvo frente al colegio del niño desaparecido, en la calle San Camilo. Desde allí, el sol teñía las fachadas de los edificios con un dorado suave, mientras el mar, en la distancia, destellaba como un espejo inquieto bajo la luz de la tarde. Más cerca, las casas bajas, con sus tejados de tejas rojizas y balcones de hierro forjado, convivían con alguna masía que, poco a poco, parecía fundirse con el creciente núcleo urbano. El aire, cargado de salitre y un leve aroma a carbón quemado, traía consigo el murmullo de los vecinos. Más próximo aún, el eco metálico de un tranvía deslizándose por las calles añadía su nota distintiva, como la banda sonora inherente a la ciudad. Bajo los pies, de las lluvias del día anterior apenas quedaban rastros, salvo algún charco que los transeúntes esquivaban con cuidado para no mancharse los zapatos.

Faltaban veinte minutos para que las clases terminaran, pero ya algunos padres aguardaban en la puerta. Tal como había previsto la maestra María Eugenia, varios de ellos querían estar presentes durante la entrevista policial. Rafael y Diego, seguidos de los padres, entraron en el colegio y fueron conducidos a una sala que hacía las veces de comedor. Allí los esperaban los profesores con algunos de los alumnos. Una larga mesa, compuesta por varias pequeñas unidas de manera improvisada, ocupaba el centro del espacio. Los policías se sentaron en un extremo; los padres ocuparon el lado derecho y los profesores, el izquierdo. Las sillas minúsculas y las mesas de madera desgastada contrastaban con la tensión que se respiraba en el ambiente.

Diego, con su habitual tono autoritario, había dejado claro al director suplente, el profesor Esteban, que las entrevistas comenzarían con los amigos más cercanos de Damián. Por ese motivo, las primeras preguntas recayeron sobre uno de ellos.

Se trataba de Vicente, un niño de mirada huidiza y dedos inquietos que no dejaban de palpar algo en uno de sus bolsillos.

—A ver, hijo —empezó Rafael con delicadeza y con su acento cubano asomando en el arrastre suave de las palabras—, queremos encontrar a tu amigo. Para eso debemos hacerte algunas preguntas.

Nos ayudaría muchísimo que nos contestaras de forma clara. Cuanto antes lo consigamos, antes podrás volver a jugar con él.

El niño parecía distraído. No dejaba de mirar a su padre, sentado dos posiciones más allá en su fila, como si buscara una señal que le indicara qué hacer. Daba la impresión de no atender realmente a las palabras del policía, más por incomprensión que por desinterés. Era evidente que aquella situación le resultaba extraña y que no sabía qué se esperaba de él. Su padre, tras una breve pausa, le hizo un gesto de aprobación.

—Te llamas Vicente, ¿verdad? —preguntó Rafael con un tono tranquilizador—. Dime una cosa: ¿Damián es tu amigo? —Quiso comenzar con preguntas sencillas, rutinarias, para que el niño se sintiera cómodo.

—Sí —afirmó el niño sin titubear.

—¿Vais a la misma clase? —continuó Rafael.

—Así es —contestó Vicente, llevándose un dedo a la nariz. Sin embargo, en cuanto su padre carraspeó varias veces, entendió el mensaje y bajó la mano.

—¿Te contó si vio algo fuera de lo normal en los últimos días? —intervino ahora Diego, sin paciencia para rodeos.

—No —declaró Vicente en tono seco. De inmediato sacó unas canicas del bolsillo y comenzó a jugar con ellas, tal que le interesaran más que la conversación. Las observaba fijamente, girándolas entre sus dedos, como si a través de ellas pudiera desaparecer de allí.

—¡Atiéndeme un momento, chico! —espetó Diego, con un tono más autoritario—. Acabaremos pronto. ¿Recuerdas si te habló mal de algún profesor? Como, por ejemplo, Sebastián.

—No —repitió Vicente, resoplando de aburrimiento.

—¿Que no lo recuerdas o que no te dijo nada? —insistió Diego, esta vez con un matiz de irritación.

El niño volvió a mirar a su padre, buscando apoyo.

—No lo sé —respondió finalmente.

El hombre pareció querer intervenir, pero al notar que el tono del inspector se suavizaba, se contuvo y dejó que el interrogatorio continuara.

—Está bien. No pasa nada —dijo Rafael con amabilidad—. Supongo que no te contaría algo que le pudiera impresionar o parecer extraño sobre algún adulto.

—¿Como qué? —preguntó Vicente, con la genuina curiosidad de quien no comprende el peso de la conversación.

—No sé… —respondió Rafael, escogiendo sus palabras con cuidado —. Por ejemplo, que viese algo que pudiera avergonzar a un adulto o que lo pusiera en un compromiso.

El niño se encogió de hombros.

—Puede ser… —dejó en el aire, sin darle importancia.

Rafael intercambió una mirada con Diego. Había algo ahí.

—Muy bien. ¿Nos lo puedes contar? —pidió Diego, con la mandíbula tensa.

Vicente dudó, las canicas rodaron entre sus dedos con más insistencia.

—Es que no estoy seguro —musitó, con la clara intención de no alargar demasiado la conversación.

—¡Tranquilo! ¡Tú cuéntalo! No te pondremos nota —soltó Diego con sarcasmo.

El niño suspiró y, a regañadientes, comenzó a hablar:

—Me contó… —hizo una pausa, sin notar la creciente expectativa en la sala—. Que vio a su tío y al profesor Sebastián besarse dentro de un coche.

Un silencio denso cayó sobre la sala. Rafael vio cómo Diego se tensaba y cómo algunos de los presentes intercambiaban miradas rápidas y preocupadas. Vicente, en cambio, seguía jugando con sus canicas, ajeno a la tormenta que acababa de desatar.

—¿Y esto no me lo podías haber contado cuando te pregunté si vio algo fuera de lo normal? —criticó Diego, exasperado.

Vicente lo miró con desconcierto.

—¿No es normal besarse dentro de un coche? —preguntó con absoluta inocencia.

El murmullo entre los adultos fue inmediato. Algunas bocas se torcieron en muecas de desaprobación, otras guardaron silencio, pero el impacto estaba ahí, flotando en el aire.

—¡No! ¡No es eso! —exclamó Diego, perdiendo la compostura—. ¿Tú ves bien que dos hombres se besen?

Vicente parpadeó, parecía no entender por qué le preguntaban algo así.

—No sé… Creo que no —respondió, dudoso, buscando una respuesta que agradara a los adultos.

El rostro de Diego se endureció aún más.

—¿En tu casa se habla bien del Caudillo? —soltó con inquina.

El padre de Vicente se puso en pie de golpe, haciendo que su silla chirriara contra el suelo.

—¡Hasta aquí hemos llegado! —tronó su voz, cargada de indignación —. ¿De esto se trata? ¿De utilizar a los niños para hacer limpieza política?! Mi hijo no sabe nada de esos temas. Además, es demasiado joven para tener prejuicios como los adultos. En su casa se respeta la moral y los valores del régimen. Me ofende que lo pongan en duda.

Diego lo fulminó con la mirada, pero el hombre no titubeó.

—¡Pues más le vale que sea cierto todo lo que dice, si no tendrán problemas! —sentenció el inspector con tono amenazante.

Rafael respiró hondo, sintiendo que todo se salía de control. Miró a Vicente, quien seguía con la vista baja, ajeno al revuelo que había causado su comentario. Para él, aquella revelación no tenía ninguna importancia. Aunque para los adultos en la sala, aquella simple observación infantil era dinamita.

El padre del niño agarró a su hijo y salió de la sala sin mediar palabra. El sonido de sus pasos firmes resonó en el comedor, seguido de un silencio incómodo. Los demás padres se removieron inquietos en sus asientos, algunos lanzando miradas furtivas a sus hijos, como si de repente dudaran de lo que pudieran decir. En sus ojos se reflejaba un deseo apenas contenido de huir de aquella encerrona. Aun así, el inspector Roca no tenía intención de dar por concluida aquella rigurosa interpelación disfrazada de consulta rutinaria.

—¿Algún amigo más de Damián? —consultó Diego, esta vez sin molestarse en disimular su prepotencia.

El silencio se hizo más denso. Nadie contestó.

—¡Vaya! —exclamó, cruzándose de brazos con una mueca de desdén—. ¡Qué pocos amigos tenía este mocoso! —dictaminó con desprecio.

Rafael lo miró con recelo. No solo se estaba propasando, sino que además hablaba del niño desaparecido con una falta de respeto que resultaba inquietante.

—Vamos a ver… —continuó Diego, escudriñando la sala hasta detenerse en un chico que, momentos antes, había estado conversando con Vicente—. Tú pareces muy amigo suyo, no parabas de hablar con él antes de su charla conmigo. Seguro que también lo eres de Damián… ¿A que no me equivoco? Te toca sentarte a mi vera —añadió con sarcasmo, indicándole con un gesto que se acercara.

Uno a uno, interrogó a todos los alumnos de la clase. Rafael observaba el proceso en silencio, consciente de que nada de lo que los niños pudieran decir superaría la revelación de Vicente. Y así fue. Ninguno aportó información que ayudara a deducir qué le había ocurrido a Damián o quién podía estar detrás de su desaparición.

Aun así, un nuevo hilo de interés surgía entre las sombras del caso: la conexión entre Sebastián y el tío de Damián. Si el niño los había visto besándose cuando todo apuntaba a que el profesor lo sobornaba con notas más altas de las que merecía, aquello abría una posibilidad prometedora.

Más tarde, cuando los alumnos se marcharon con sus padres, fue el turno de los profesores. Interrogaron a cada uno sobre el comportamiento de Sebastián, buscando cualquier señal de alerta. Diego, con su habitual perspicacia manipuladora, exigió saber si alguno había detectado conductas indebidas en él, pero todos coincidieron en que no.

El inspector, lejos de conformarse, jugó con la duda, dejando caer con calculada insinuación que, en el futuro, permitir que un profesor de aquella índole siguiera dando clases en un colegio de niños podía traer consecuencias. La maestra María Eugenia intentó argumentar la posibilidad de que Vicente se hubiera inventado todo, pero Diego no cedió ni un milímetro.

—Es imposible —insistió con dureza—. Un niño de esa edad no puede imaginarse tal aberración.

No tardaron mucho en abandonar el colegio y dirigirse al parque donde, según los testimonios, Damián había recibido la bofetada de Rodrigo. Al llegar, tuvieron un golpe de suerte: Lucía estaba allí. No muy lejos, sentado en un banco, se encontraba el padre. Rodrigo se levantó en cuanto vio acercarse a los policías, pero no llegó a dar un paso cuando Diego ya había disparado su primera pregunta.

—¿Qué ocurrió con Damián cuando tu padre le dio la bofetada? —lanzó el inspector con su tono cortante de siempre.

Lucía lo miró de abajo arriba, midiendo sus palabras. Luego buscó la mirada de su padre, quizás esperando una señal de qué hacer. No la encontró. Aun así, comenzó a hablar.

—Él estaba jugando a escaparse de una trampa —dijo, con la seguridad de quien está contando un recuerdo bonito—. Para eso necesitaba mi bufanda y me la pidió.

Hizo una pausa breve y luego prosiguió, como si reviviera la escena mientras hablaba.

—Después de lograr salir de sus ataduras, me di cuenta de que la bufanda estaba rota. Le dije que me había gustado mucho su espectáculo, porque él suele hacer cosas así.

Rodrigo le agarró la mano con fuerza, intentando callarla sin necesidad de palabras. Sin embargo, Lucía no se dejó intimidar y continuó, sin apartarle la mirada, igual que si tratara de explicarle algo que nunca había tenido la oportunidad de decir.

—Hace trucos de escapismo y a mí me encantan. Le dije que, si me daba un beso en la mejilla, le perdonaba que me hubiera roto la bufanda.

Rafael notó el leve temblor en la mandíbula de Rodrigo. Diego, por su parte, ni siquiera pestañeó.

—Después, mi padre le pegó —añadió Lucía, con una perplejidad genuina en la voz—. Le prometí que no haría nada igual nunca más. No sabía que estaba haciendo mal, hasta que él me lo explicó.

El silencio que siguió fue espeso. Rodrigo apretó los labios con fuerza, como si morderse las palabras impidiera que la rabia se le escapara por la boca.

Rafael apartó la vista y caminó de regreso al coche con Diego. Al sentarse, vio cómo su compañero abría la guantera y sacaba su petaca.

—Solo es un trago —dijo Diego antes de llevarse el alcohol a los labios.

El aroma etéreo del licor se extendió rápidamente por el interior del vehículo. Rafael sabía que mentía, pero como tantas veces antes, le dio un voto de confianza. Uno más. Quizá el último.

Penélope

Penélope se mantenía inmóvil en el archivo de la Jefatura Superior de Policía de Barcelona, oculta tras una estantería repleta de cajas polvorientas. Había dejado de oír voces al otro lado del habitáculo, pero no bajó la guardia. Sabía que debía esperar el momento exacto, cuando el trasiego fuera mínimo. Pasar desapercibida era imprescindible. Mantenía a mano los enseres de limpieza, lista para actuar si la situación lo requería. Sabía que Rafael y Diego estarían fuera de la Jefatura durante un buen rato; la madre de un compañero de Damián le había mencionado que tenían previsto un interrogatorio en el colegio. Aprovechando que su presencia allí no resultaría sospechosa, ingresó allí bajo el pretexto de ser la encargada de la limpieza; la coartada era frágil, pero viable. Si alguien le preguntaba, mentiría sin dudarlo, aunque el agente que la había interceptado en la entrada no parecía convencido del todo. No podía permitirse fallos. Si el inspector Roca llegaba a enterarse de su presencia allí, estaba perdida.

El olor a humedad y papel viejo impregnaba el pequeño cubículo. Se llevó los dedos a la nariz justo a tiempo para contener un estornudo. Allí, entre aquellas cajas de cartón ennegrecido, descansaban expedientes de investigaciones cerradas y casos aún abiertos. Comenzó a buscar con manos temblorosas. No era solo el miedo lo que le hacía dudar, sino la certeza de que cualquier ruido inesperado podía delatarla.

Un crujido la hizo girarse en seco. La puerta se abrió. Penélope estaba lo suficientemente cerca como para fingir que la empujaba desde el otro lado.

—Estoy buscando el cuarto de la limpieza —dijo, con voz firme.

El agente que la observaba entrecerró los ojos. Su expresión dejaba claro que no acababa de creerla.

—¿Y qué se supone que hacía aquí dentro?

Antes de que pudiera responder, él la sujetó del brazo y comenzó a palparla, supuestamente para asegurarse de que no llevaba nada comprometedor, por lo menos eso pensó ella. Aunque no tardó en darse cuenta de que aquel registro duraba más de lo necesario. Sintió su mano recorrer sus bolsillos con una lentitud enfermiza, hasta que descendió más allá de lo permitido. Cuando el policía apretó su trasero con descaro, el pánico y la indignación la atravesaron en un mismo golpe. Sin pensarlo, reaccionó: su palma cruzó el aire y estalló contra la mejilla del hombre. El gesto, sin embargo, solo avivó la furia del guardia. Gruñó algo ininteligible y le sujetó las muñecas con fuerza. Tenía manos grandes, lo suficiente como para inmovilizarla con una sola. Con la otra, empezó a subirle la falda. Penélope sintió que la rabia se mezclaba con el miedo. No podía permitirse un escándalo. Si gritaba, alertaría a toda la Jefatura de Policía. Apretó los labios con fuerza. Debía pensar rápido. De pronto, sus dedos tantearon a ciegas y dieron con una enorme grapadora. Respiró hondo, la blandió y golpeó con todas sus fuerzas. El policía se tambaleó y cayó de bruces a sus pies. El golpe lo había dejado fuera de combate. Penélope se quedó paralizada; no esperaba que un solo golpe bastara. Tal vez había dado en un punto clave. Debía darse prisa, el ruido podía haber alertado a algún otro policía.

Sus manos se apresuraron en rebuscar entre los documentos. El corazón latía con fuerza cuando, por fin, distinguió el nombre de su hermano en una carpeta. La abrió con dedos temblorosos. Dentro, encontró una factura de compra de un reloj a nombre de Sebastián Robles, la fotografía de Damián y algunos informes firmados por Diego. No había nada que no supiera ya. El riesgo no había valido la pena, pero lo tenía que intentar. Apretó la mandíbula. No podía quedarse allí más tiempo.

Se dirigió a la zona de celdas. Eustaquio, el carcelero, la miró con desconfianza.

—No hace falta limpiar aquí —gruñó.

—Si no se higieniza, en pocos días esto se llenará de cucarachas —respondió ella con seriedad.

El hombre torció el gesto. No le preocupaban los prisioneros, pero parecía odiar los insectos. Con un bufido, la dejó pasar, sin perderla de vista. Mientras fingía barrer, miraba a su hermano de reojo. Tomás le devolvía la mirada cada vez que el carcelero se distraía. Necesitaba encontrar una forma de librarse de aquel hombre. No podía arriesgarse a que descubriera quién era en realidad. Entonces, se le ocurrió algo. Un plan arriesgado, pero necesario. Con un movimiento brusco, pasó su brazo por un hierro saliente y sintió la piel desgarrarse. Un dolor punzante recorrió su extremidad. Gimió y se dejó caer al suelo.

—¡Ay! —sollozó, llevándose la mano a la herida—. Me he hecho daño… me mareo…

Su hermano la miró con una mezcla de estupor y preocupación. Eustaquio se levantó de golpe.

—¡Necesito algo para curarme! No puedo ni moverme —gimió con un dramatismo bien calculado.

El carcelero refunfuñó, pero se apresuró a salir en busca de un botiquín. Penélope se abrió paso en una oportunidad robada.

—¡Hermano! —susurró, entre preocupada y molesta al ver su rostro hinchado—. Con lo guapo que eres… te están dejando hecho un cuadro.

—No deberías estar aquí —replicó Tomás en voz baja, con un tono más serio de lo habitual—. Si te descubren…

—No hay tiempo, escúchame —cortó ella—. Dime una cosa: ¿Sebastián pudo llevarse a Damián?

—No. Imposible —respondió sin dudar—. Estábamos juntos cuando ocurrió.

Penélope asintió. Sabía que su hermano no le mentiría.

—Bien, pero tenía que preguntarlo. Otra cosa: tu reloj caro… ¿dónde lo perdiste?

Tomás frunció el ceño.

—No sé. Un día dejó de estar en mi muñeca.

—Piensa bien. ¿Recuerdas qué día fue?

Él se quedó en silencio unos segundos.

—Sí… Trabajaba en la tienda de Gracia cuando ocurrió. Lo recuerdo porque, al llegar por la mañana, fui a quitármelo como siempre… y ya no lo tenía.

Penélope sintió un cosquilleo en la nuca.

—De acuerdo. Concéntrate. ¿Te lo pusiste antes de salir?

El aire apenas le llegaba al final de cada frase. Su nerviosismo crecía, a medida que pensaba en el tiempo que le quedaba antes de que descubrieran al policía inconsciente del archivo.

—Creo que sí… estaba seguro, pero luego dudé. Pensé que quizá me lo había dejado en casa, pero al volver y ver que no estaba… no sé qué pasó. Vivo en una casa compartida. Puede haber pasado cualquier cosa.

Penélope entrecerró los ojos. Aquello no le gustaba nada. Y lo peor era que el tiempo se le agotaba.

—¿Ocurrió algo extraño aquel día? ¿Te encontraste con alguien poco habitual? —preguntó Penélope, con la determinación de una investigadora experimentada.

Tomás frunció el ceño, tratando de hacer memoria.

—¡Caramba! ¡Ahora caigo! Al principio pensé que quizá me lo habían cogido los críos de la casa donde vivo… Menos mal que no les dije

nada, porque no estaba seguro. Aunque ya sé qué pudo haber pasado. Me topé con una vieja andrajosa, casi ciega. Hasta le alcancé el bastón que se le había caído. ¡Será desgraciada la ratera! —exclamó con rabia, golpeando la pared con el puño.

Antes de que pudieran seguir, la puerta se abrió de golpe. Eustaquio regresaba con unas gasas y un frasco de alcohol.

—A ver, límpiese eso y no ensucie más el suelo —refunfuñó, pasándole el material de mala gana.

Penélope se incorporó de inmediato y se curó a toda prisa.

—Me voy. No me encuentro bien —anunció con voz forzada.

El carcelero la miró con fastidio, pero no se molestó en retenerla. Ella salió de los calabozos con pasos rápidos, sin mirar atrás. No le importaba que el agente de la entrada la considerara una mujer débil. Lo único que le importaba era lo que acababa de descubrir: el reloj hallado en el escenario del delito había sido robado a Tomás.

Al salir a la calle, bajó la cabeza y se mezcló con la gente, intentando pasar desapercibida. A lo lejos, vio un coche patrulla acercándose. Seguramente traía de vuelta a Rafael y Diego. Se giró disimuladamente y aceleró el paso, pero su intento de fuga fue en vano.

El coche se detuvo a su lado.

—¡Señorita Maspons! —bramó Diego Roca desde el interior del vehículo—. ¡Sabía que era usted! ¿Se piensa que puede hacer lo que le venga en gana? Le advertí que no volviera por aquí.

Penélope se giró lentamente y lo enfrentó con la cabeza bien alta.

—Lo siento, pero se trata de mi hermano. No puede tenerlo encerrado sin pruebas y pretender que nadie lo visite —espetó, sin rastro de temor en la voz.

—¡Será arrogante la muy desgraciada! ¿Injustamente? —soltó Roca, con una carcajada despectiva—. ¡Vamos, suba al coche! Así juntamos a la puta con el maricón.

El comentario la golpeó como un latigazo. Sintió la sangre hervirle en las venas. Su respiración se volvió pesada y sus manos se crisparon. Sin pensarlo, se agachó y agarró una piedra del suelo.

—¡Hijo de…! —empezó, levantando el brazo para lanzarla.

Pero antes de que pudiera hacerlo, sintió una presión firme en la muñeca.

—¡Basta! —susurró una voz cerca de su oído. Era Rafael. Había bajado del coche y la sujetaba con fuerza, evitando que cometiera una locura.

—Déjeme… —gruñó Penélope, todavía temblando de furia.

—Tranquila —murmuró él, y luego elevó la voz, dirigiéndose a su compañero—. ¡Ya está bien, Roca!

El inspector lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué diablos le pasa ahora?

—Esta mujer se merece un respeto. Solo está haciendo lo que haría cualquiera en su situación. No ha hecho daño a nadie, y usted no está en condiciones de hacer su trabajo con lucidez. Déjela ir.

El rostro de Diego Roca se contrajo de rabia.

—¡Me está tocando los cojones, Monroy! —soltó, abriendo la puerta de un golpe.

Salió del coche de manera torpe y, nada más poner los pies en el suelo, se tambaleó hacia un lado. Rafael ya lo veía venir.

—No va a hacer nada —comentó con calma, dirigiéndose a Penélope.

Aunque Diego sí lo intentó. Se giró bruscamente y lanzó un puñetazo al rostro de Rafael. Este se apartó con agilidad, dejando que el inspector golpeara el aire. Diego perdió el equilibrio y, en un intento fallido por mantenerse en pie, terminó desplomándose sobre el suelo. Penélope observó cómo su rostro se crispaba y su respiración se volvía errática. Un segundo después, un espasmo le

recorrió el cuerpo y, con un sonido gutural, terminó doblegado sobre sí mismo, expulsando el alcohol que lo había mantenido en pie hasta entonces. Penélope aprovechó para escabullirse de aquel caos.

Se sentía desgarrada por el trato brutal que estaba recibiendo Tomás, pero, al mismo tiempo, la certeza de que le habían robado el reloj encontrado en el escenario del delito le daba un nuevo rumbo a su investigación. Ahora debía descubrir quién lo había sustraído entre las indigentes que deambulaban por el barrio y, más importante aún, por qué lo habían dejado precisamente en el lugar donde desapareció Damián.

Al llegar a la calle Gomis, un detalle banal la golpeó de repente: era lunes. Debería haber ido a trabajar, pero la sola idea de concentrarse en otra cosa que no fuera la búsqueda de su hijo le resultaba imposible. No podía perder tiempo en obligaciones mundanas. Un vecino del edificio, que también trabajaba en el paseo de Gracia, podría hacerle un favor. Le pediría que avisara a la compañía que seguiría ausente unos días más.

Tomás

Tomás observaba con melancolía la escasa luz que se filtraba por la diminuta ventana de la celda. Poco a poco, las sombras devoraban sin piedad los últimos rastros del día. El tiempo parecía discurrir en un bucle monótono y desesperante. Lo peor era la incertidumbre. No saber nada sobre la búsqueda de su sobrino le carcomía los nervios. Había intentado sonsacarle información al carcelero, pero siempre obtenía un gruñido como respuesta. El catre se le antojaba cada vez más incómodo, un suplicio añadido a la prisión de su mente. Por más que cambiara de postura, el sueño le era esquivo. Estaba atrapado en una jaula dentro de otra jaula. No dejaba de repetirse que Penélope no se detendría hasta encontrar a Damián, pero el miedo a que algo le sucediera le atenazaba el pecho.

Aquellas horas eran las más silenciosas de la Jefatura de Policía. La falta de vigilancia y la ausencia de otros reclusos acentuaban la sensación de aislamiento. Solo se oían pasos esporádicos y, de vez en cuando, la sombra de alguien que se asomaba a la puerta. A menudo, Eustaquio, el carcelero, le dirigía unas palabras de mala gana, pero incluso aquellas conversaciones insustanciales le servían para no perder la noción de la realidad.

Cuando por fin comenzaba a ceder al cansancio, sintió que alguien entraba. No era el vigilante; de eso estaba seguro. Se incorporó con cautela y lo vio. Diego. Algo en su postura, en la forma en que se movía, torpe y abatido, le hizo presentir que aquella visita no traería nada bueno.

El inspector abrió la celda con cierta dificultad y, sin mirarlo, se sentó a su lado en el camastro. Un pesado silencio se instaló entre ellos hasta que, con voz ronca y cargada de frustración, Diego murmuró:

—La vida es una mierda. Estoy tan jodido como tú.

Tomás reprimió un suspiro. Sabía que cualquier cosa que dijera acabaría irritándolo, así que optó por callar y escuchar.

—Al final del día, todos vuelven a sus casas, con sus familias, salen con amigos, hacen sus vidas… —continuó Diego con amargura—. Y mírame a mí. Lo único que tengo es el trabajo. ¿Sabes qué? Se acercan las Navidades. ¡Dios! Lo último que quiero es estar en casa de mis padres, con mis hermanos, sus parejas y sus hijos, rodeado de gente que me recuerda lo fracasado que soy.

Tomás apretó los labios, sintiendo una punzada de irritación. Quiso decirle que dejara de compadecerse, que tomara las riendas de su vida, que había quienes estaban en una situación mucho peor… como él, por ejemplo, que estaba encerrado gracias a la obstinación y la incongruencia de Diego, pero se contuvo.

—Cuando éramos niños, nada de esto importaba —murmuró Diego de repente—. Éramos buenos amigos. ¿Qué pasó?

Tomás tragó saliva y, por primera vez en mucho tiempo, se atrevió a decir lo que había callado durante años:

—Que te fuiste de mi lado.

Diego giró la cabeza y lo miró fijamente, desconcertado.

—Yo sentía algo especial por ti —confesó Tomás con voz firme, aunque su corazón martilleaba en el pecho—. Y pensé que era recíproco. Quizá me equivoqué, pero eso no era motivo para destruir nuestra amistad. El rostro de Diego se tensó de inmediato.

—¡Fuiste tú quien la destruyó! —espetó, señalándolo con un dedo acusador—. Dejaste de hablarme. Cuando me cruzaba contigo en la calle, girabas la cara como si no me vieras.

Tomás bajó la mirada.

—Me avergonzaba de lo que había hecho —murmuró, con un leve rubor encendiéndole el rostro.

—¡Lanzas la piedra y escondes la mano! —acusó Diego con una amargura apenas contenida.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tomás con una ligera sospecha de lo que significaba, pero sin llegar a creerlo.

El inspector soltó una risa seca, carente de humor.

—Nada. Solo que eres un cobarde.

—No lo soy. Acepté mi condición desde el principio… No todos pueden decir lo mismo.

El aire pareció enrarecerse de golpe. Diego se tensó como una cuerda a punto de romperse.

—¿No lo dirás por mí? ¡Yo no soy un violeta como tú! —se defendió de forma casi convincente.

—¿Eso crees? Quizá si lo dices muchas veces se convertirá en realidad —ironizó Tomás.

Diego se llevó las manos a la cabeza, como si su cráneo fuera a estallar. Sus ojos se oscurecieron de furia, y un aullido gutural se le escapó de la garganta.

—¡No soy marica y no estoy enamorado de ti! —bramó con un tono desgarrado, que sonaba más a súplica que a afirmación.

Acto seguido, se puso en pie y, poseído por una rabia ciega, descargó su puño contra el rostro de Tomás. No fue un solo golpe. Eran años de frustración, de negación, de algo que ni él mismo se atrevía a nombrar. Tomás no se defendió. Solo lo miró, con los labios ensangrentados y una tristeza infinita en los ojos. Porque, en el fondo, sabía la verdad. Diego también. Y eso era lo que más dolía.

Capítulo 13 – Compartir

Penélope

Cuando abrió la puerta de la alacena, Penélope sintió un vacío en el estómago que no tenía tanto que ver con el hambre como con la certeza de que había descuidado las tareas domésticas. Toda su energía se había concentrado en encontrar a su hijo y en buscar la forma de sacar a su hermano de prisión. Nada más importaba, pero ahora, al ver los estantes casi vacíos, comprendió lo mal que se estaba alimentando.

El apetito parecía haberse desvanecido junto con la normalidad de su vida. Sin embargo, lo que más la atormentaba no era su propia desnutrición, sino la duda persistente sobre si su hijo estaría comiendo lo suficiente, dondequiera que estuviese. Esa idea la perseguía como una sombra. Cada bocado que intentaba llevarse a la boca venía acompañado de un nudo en la garganta, como si su cuerpo rechazara alimentarse sin la certeza de que su hijo pudiera hacer lo mismo. Hasta dormir le resultaba un acto de traición. Aunque una voz interna, que a menudo sonaba como la de su madre, le recordaba que, si no se cuidaba, jamás lograría encontrarlo… en caso de que aún estuviera vivo. Ese último pensamiento la paralizó. Un vértigo helado recorrió su pecho. ¿Por qué había pensado aquello?

Respiró hondo, obligándose a enderezar la espalda. No. No podía permitirse ese tipo de pensamientos. Mientras no tuviera pruebas de lo contrario, su hijo seguía con vida. No podía flaquear. Si se dejaba arrastrar por el miedo, sería su peor enemiga. Decidida, salió a la tienda de abajo para comprar algo de comida. Mientras caminaba por la calle de adoquines, levantó la mirada y, a lo lejos, distinguió una figura conocida: su vecino Pedro.

Cruzó a la acera de enfrente sin apartar la vista de él, tratando de descifrar en qué estaba ocupado. Lo encontró sentado en el bordillo,

acompañado de un niño que, a simple vista, tenía la misma edad que Damián. El pulso de Penélope se aceleró. Era escandalosa la obsesión que tenía aquel hombre con los niños. ¿Cómo era posible que la policía no hubiera hecho nada al respecto? Apretó los dientes y desvió la vista, aunque el enfado la acompañó durante todo el trayecto.

Al regresar de las compras, vio que Pedro se había puesto su chaqueta de los domingos. Parecía prepararse para salir. Lo siguió con la mirada mientras se alejaba por la calle hasta que desapareció al girar la esquina. No lo dudó. Dejó las bolsas en la mesa y cruzó la calle sin perder un segundo. Se plantó frente a su casa con una idea clara en la cabeza: tenía que entrar. Rodeó la hilera de casas hasta dar con la parte trasera. Un muro de ladrillo de unos dos metros separaba la calle de lo que parecía un patio. Se detuvo un instante, evaluando la situación. No tenía más tiempo que perder.

Los ladrillos, desgastados por la lluvia y el paso de los años, tenían pequeñas hendiduras, suficientes para servirle de apoyo. Colocó las manos, probó la firmeza con la punta del pie y se impulsó hacia arriba con la agilidad de quien ya había hecho eso antes. Cuando cayó al otro lado, flexionando las rodillas, respiró hondo. Como siempre, la suerte no estaba de su lado: la puerta trasera estaba cerrada, además, las ventanas tenían rejas. Aunque la de la planta superior carecía de seguridad. Se encaramó con manos y pies, trepando hasta la planta superior, donde una ventana abierta la invitaba a entrar. Antes de cruzarla, por un instante, una sonrisa le bailó en los labios. Dos asaltos a casas en menos de una semana. Quizá debería haberse dedicado al circo, sin embargo, la sombra de la realidad la devolvió enseguida a su sitio.

Inspiró hondo y se deslizó dentro. Sentía en lo más profundo que aquel hombre escondía un secreto oscuro. No tenía pruebas, pero su instinto era insistente. Le parecía haber oído—no recordaba de quién—que el vecino estaba casado. Sin embargo, nunca lo veía acompañado, salvo por algún que otro niño.

La vivienda estaba sumida en la penumbra y flotaba en el aire un aroma a comida recién hecha. Avanzó con cautela hasta una habitación con la puerta entornada. Encendió la luz solo unos segundos. Ante ella apareció una pequeña cama de matrimonio, cubierta por una colcha vieja y descolorida. A un lado, un tocador de madera satinada de patas contorneadas sostenía varios jarrones de porcelana que le daban el aire solemne de un mueble de museo.

Un gran espejo reflejaba la parte trasera de un marco frente a él. Se acercó. En la foto, un hombre y una mujer sonrientes vestían trajes de boda. El hombre debía de ser Pedro en su juventud. Apagó la luz enseguida. Cruzó al cuarto contiguo. Esta vez no encontró el interruptor, pero la escasa luz del pasillo le permitió tantear hasta dar con una lámpara. Solo entonces entendió por qué no lograba encender la luz: el interruptor estaba más bajo de lo normal. Lo que descubrió al iluminar la estancia la dejó sin aliento.

Frente a ella había una pequeña cama infantil con osos de peluche. Un armario bajo, algunos juguetes esparcidos… y entre ellos, uno de Damián. Su pulso se aceleró. ¿Cómo era posible que Pedro tuviera una habitación infantil si no tenía hijos? ¿Hasta dónde llegaba su obsesión con la infancia? No perdió más tiempo. Salió de la casa decidida a encontrar al subinspector Monroy. Tenía que contarle lo que había descubierto. Tal vez así lograría convencerlo de que insistiera en esa línea de investigación.

Tomó el picaporte de hierro y lo dejó caer varias veces contra la madera, con una insistencia que retumbó en la calle. Desde la penumbra de una ventana, en la planta alta de la casa, una voz profunda y pausada la sorprendió.

—Vaya, señorita Maspons… qué sorpresa encontrarla aquí a estas horas.

Monroy la miraba con la calma de quien contempla un paisaje, recostado con indolencia en el alféizar. Daba la impresión de que la había seguido con la mirada hasta que ella llegó a la puerta. Guardó silencio unos segundos, sin apartar los ojos de ella, y le dio una

lenta calada a su cigarrillo. La luz de la ventana solo dejaba entrever su torso al trasluz y el humo que se disipaba lentamente en la neblina densa de la noche otoñal.

—¡Ahora bajo! —gritó al fin Rafael.

Se escucharon unos pasos firmes, pero sin prisa antes de que la puerta se abriera con sigilo.

—Pase, por favor —dijo con un susurro.

—¡No! —se apresuró a responder Penélope, ajustándose la toquilla alrededor del cuello—. Si no le importa, preferiría que hablemos aquí fuera.

Rafael frunció el ceño con una leve muestra de irritación y tosió antes de insistir:

—Pues yo optaría por que entrara. Dentro estaríamos más protegidos de la humedad que empieza a caer.

—Si quiere, puedo esperar a que coja algo de abrigo —propuso ella, manteniéndose firme.

El policía soltó un resoplido, cruzó los brazos y la miró con cierta exasperación.

—¡Venga, mujer! No sea tan mojigata. Soy policía.

El tono condescendiente la enfureció.

—¡Está bien! —cedió, visiblemente molesta—. Subiré, si no estaremos toda la tarde discutiendo.

Nada más entrar, se sorprendió por el orden y la pulcritud de la estancia. Nunca habría imaginado a Rafael como un hombre tan meticuloso.

—Disculpe el olor a tabaco —dijo él con cortesía, como si las diferencias de segundos atrás hubieran quedado en el olvido—. Siempre fumo en la ventana, pero es inevitable que el humo se quede impregnado.

—No se preocupe por mí —respondió ella con impaciencia—. Vengo a hablarle de algo importante: de mi vecino Pedro, en concreto. Siempre lo veo acompañado de algún niño. Además… —se inclinó hacia adelante— tiene un juguete de mi hijo en casa.

La expresión de Rafael cambió.

—¿Y cómo sabe eso?

Penélope tragó saliva antes de responder.

—Entré en su casa.

El policía dejó escapar una risa seca, pero su mirada se endureció.

—¿Sabe que lo que ha hecho se considera un delito? Ni siquiera nosotros podemos hacerlo sin una orden. Y usted es abogada, debería saberlo.

—Oh, por favor… ¿Me va a hablar de legalidad? ¿Cuántas veces han irrumpido en casas con la mera sospecha de que alguien era republicano? —espetó Penélope, con la ira encendida en sus ojos oscuros.

—Eso es otra historia —respondió Rafael con sequedad—. Además, ¿cómo lo hizo? No me diga que el pobre hombre la invitó a pasar.

—¿Pobre hombre? ¿Está defendiéndolo? —Penélope sintió un escalofrío de rabia recorrerle la espalda.

—Vamos, mujer… —El policía se pasó una mano por la nuca y suspiró—. Pedro quedó descartado como sospechoso desde el principio. Debería confiar más en la Policía.

—¡Tiene cosas de mi hijo en su casa! ¡Y una habitación infantil sin tener hijos! —insistió ella, aferrándose a la evidencia.

Rafael inclinó la cabeza levemente y la miró con un deje de ironía.

—¿Lo tenía? —corrigió con indiferencia.

Penélope parpadeó. Algo en su voz la puso en alerta.

—¿Y ahora dónde está? —preguntó impulsivamente. Aunque, en cuanto pronunció las palabras, sintió un vuelco en el pecho. Se llevó las manos al rostro—. ¡Dios mío! ¿Quiere decir que ahora está muerto?

Rafael asintió, sin dramatismos.

—Murió de cáncer. Tenía la edad de Damián.

El impacto la dejó sin aire.

—¡Oh, Virgen Santa! —susurró, sintiendo que las piernas le temblaban—. Por eso se rodea de niños… Los busca porque le recuerdan al suyo.

Las lágrimas, antes contenidas, comenzaron a deslizarse por sus mejillas. Rafael esperó unos segundos antes de hablar de nuevo.

—Esto que le voy a contar es confidencial, así que espero que no diga nada —su tono era serio, sin rastro de burla esta vez—. Pedro no es sospechoso porque en el momento del suceso estaba en el hospital con su mujer.

Penélope lo miró con incredulidad.

—¿Su mujer?

—Sí —asintió Rafael—. Está gravemente enferma. No ha salido del hospital en meses. Pedro va a verla todos los días, aunque ya ni siquiera lo reconoce.

Ella sintió que el suelo se desmoronaba bajo sus pies.

—¡Dios mío! ¡Qué ciega he estado! ¡Qué injusta he sido! —murmuró, más para sí misma que para él.

—Pues sí, señorita Maspons, lo ha sido —confirmó Rafael sin adornos—, pero no se lo tenga en cuenta. Pedro nos pidió que no dijéramos nada. No quería dar lástima en el vecindario.

Penélope bajó la mirada. De repente, su obsesión por el vecino le pareció absurda, fruto de su ansiedad y de su incapacidad para confiar en nada ni en nadie. Había estado tan atrapada en sus

miedos que no había sido consciente de que los demás estaban envueltos en su propia lucha y que no era la única que pasaba por momentos difíciles. Los sollozos de Penélope se hicieron más intensos. En aquel momento, comprendió con claridad que, en ese estado, jamás lograría encontrar a su hijo sano y salvo. Se había dejado consumir por la desconfianza hasta el punto de distorsionar la realidad. Siempre se fiaba de su instinto y nunca le había fallado… salvo en esta ocasión, en la que el horror de la situación la envolvía por completo. Inspiró hondo y, con esfuerzo, se recompuso.

—Tengo que pedirle perdón a Pedro —susurró, casi para sí misma—. En cuanto tenga un momento, iré a verlo.

Se pasó la mano por la cara, secándose las lágrimas apresuradamente, y alzó la mirada hacia Rafael.

—Siento mucho haber dudado de usted —dijo con honestidad—. Creo que estoy demasiado afectada por lo ocurrido como para pensar con claridad.

Rafael la observó en silencio unos instantes antes de responder.

—Eso mismo le he dicho desde el principio. Todos tenemos problemas, señorita Maspons, y hacemos cosas impensables para solucionarlos, pero hay que dejar cada trabajo en manos de los que saben hacerlo. Usted es investigadora de fraudes, no de delitos. Deje que esto lo resuelvan quienes se dedican a ello.

Penélope asintió, sintiéndose, por primera vez en mucho tiempo, avergonzada de su actitud.

—Tiene razón.

Rafael aprovechó su momento de lucidez para insistir:

—Debe confiar en la policía para encontrar a su hijo.

Ella bajó la vista.

—Me gustaría hacerlo, de verdad. Aunque hay cosas que no encajan… y eso me hace desconfiar. Aun así, seguiré su consejo, descuide.

Él ladeó la cabeza, esbozando una sonrisa cínica.

—Eso es lo que dice ahora, pero tengo la sensación de que cualquier nuevo suceso la hará cambiar de opinión. Penélope apretó los labios. Sabía que tenía razón.

—¿Usted qué haría en mi lugar? —preguntó, buscando un punto de conexión.

Rafael la miró con un brillo extraño en los ojos.

—No hace falta que me lo imagine. Yo ya estuve en su lugar.

Su tono había cambiado. Era más bajo. Más denso.

—¿Cómo dice? —preguntó ella, desconcertada.

Él inspiró profundamente antes de continuar.

—Mi hijo también desapareció.

Penélope sintió un temblor que subió por su cuerpo.

—¿Su hijo?

—Sí. Por eso me hice policía. Para poder investigar por mi cuenta.

Por primera vez, Penélope lo vio de otra manera. Hasta ahora, Rafael Monroy le había parecido un hombre que nunca había sido otra cosa que policía, pero no. Hubo un tiempo en el que fue solo un padre. Un padre que buscaba desesperadamente a su hijo. Se sintió tentada a preguntarle a qué se dedicaba antes de ingresar en el cuerpo, pero algo en su expresión la hizo callar.

—¿Y lo encontró? —preguntó con cautela.

Rafael entrecerró los ojos.

—Ocho años estuve buscándolo.

—¿Ocho años? —exclamó ella, llevándose una mano al pecho—. ¡Yo me moriría si tuviera que esperar tanto para encontrar a Damián!

—Rece para no tener que hacerlo —contestó él, con una dureza impropia en su tono.

—No hace falta —aseguró Penélope con firmeza—. Sé que está vivo. Una madre lo sabe.

Rafael la observó con una mezcla de lástima y escepticismo.

—No siempre. La madre de mi hijo no lo supo.

—¿Sigue desaparecido? —preguntó ella, en voz baja.

—No —respondió él, sin apartar la mirada de la mesa—. Apareció.

Hubo un instante de silencio antes de que continuara.

—Un día cualquiera, sin aviso, se presentó en la puerta de casa. Gracias a Dios, nunca cambié de domicilio en todo ese tiempo.

Penélope sintió un leve alivio por él.

—¡Vaya! ¡Me alegro mucho por usted!

Él sonrió, pero no había alegría en su gesto.

—Sí… aunque nada volvió a ser lo mismo.

Penélope sintió que el aire se volvía denso.

—¿Qué quiere decir?

Rafael dejó escapar un suspiro.

—El chico no habla.

Ella frunció el ceño.

—¿No habla?

—Nada. Ni una palabra. Ha sido examinado por distintos médicos. Todos coinciden en que no hay daño en sus cuerdas vocales que le impida hacerlo. Dicen que es algo psicológico. Estrés postraumático.

Penélope sintió un nudo en el estómago.

—No quiero ni imaginar lo que tuvo que pasar —continuó Rafael—. A veces tiene ataques de ira. Un día, sin razón aparente, golpeó brutalmente a un muchacho con el que se cruzó por la calle. Si no lo detengo a tiempo, lo habría matado.

Ella contuvo el aliento.

—¿Dónde está ahora?

El policía bajó la mirada.

—Lleva un año ingresado en un sanatorio.

Penélope no supo qué decir. La historia que había imaginado era muy distinta. El silencio entre ambos se volvió espeso, cargado de palabras no dichas. Por primera vez desde que lo conocía, Rafael Monroy no parecía el hombre imperturbable que ella había creído que era. Eso, de algún modo, la conmovía enormemente.

—¡Lo siento mucho, señor agente!

—Llámeme Rafael —respondió él, con voz grave—. Después de contarle mis asuntos personales, creo que es lo justo.

Le sostuvo la mirada con intensidad. Sus ojos oscuros brillaban con el reflejo de la lámpara, como una llama atrapada en un rincón de la penumbra.

—Descuide —asintió ella, permitiéndose, por primera vez, una leve sonrisa que asomó por la comisura de los labios—. Lo haré. Y usted puede llamarme Penélope, si así lo desea.

Mientras hablaba, sintió que su determinación vacilaba por un instante. Sentía que se perdía en aquellos ojos oscuros que absorbían su voluntad como un agujero negro. Por primera vez, se dio cuenta de que no eran tan distintos como había pensado al principio. Él sabía lo que ella sentía en ese momento y eso la complacía con creces. Tosió varias veces para obligarse a regresar a la realidad.

—Por cierto… ¿qué fue de su esposa?

El rostro de Rafael se ensombreció.

—No pudo soportar vivir en un mundo sin nuestro hijo —reveló con una frialdad que, más que indiferencia, parecía una forma de autopreservación.

Penélope sintió un peso en el pecho.

—Pobre mujer… Seguramente pensaba que nunca lo volvería a ver. Quizá perdió la esperanza. Guardó silencio un instante y luego preguntó:

—¿Qué edad tiene su hijo ahora?

Rafael levantó la vista, como si calculase mentalmente una respuesta que, en realidad, tenía grabada en los huesos.

—Dieciocho años.

Penélope entrecerró los ojos y un escalofrío recorrió su espalda. Se llevó las manos a la boca, en un gesto instintivo, como si quisiera detener el pensamiento que acababa de atravesarla.

—Dios mío… ¿Se ha dado cuenta de que tenía la misma edad que mi hijo?

Rafael exhaló, cruzando los brazos sobre el pecho.

—No lo había pensado —admitió, con un deje de incomodidad—, pero eso no significa nada. Puede ser una coincidencia. Aunque…

Rafael se quedó en silencio, de pronto.

—¿Que? Continue —insistió Penélope, inclinándose hacia él.

El subinspector se pasó una mano por la nuca, como si dudara de si compartir lo que estaba a punto de decir. Finalmente, se decidió.

Le habló de Arnaldo, el interno que se había escapado del psiquiátrico donde estaba su hijo y que, días antes de su desaparición definitiva, había intentado llevárselo. Le confesó su sospecha de que, de alguna forma, aquel hombre había estado implicado en la segunda desaparición, a pesar de que para entonces se encontraba retenido. También le mencionó algo que la hizo estremecer: Arnaldo había hablado de Damián. No era un dato menor, pero lo más desconcertante era que tratar de obtener información coherente de aquel demente era casi imposible. Sin

embargo, Penélope presentía que había una conexión entre los dos casos.

Arnaldo había estado fuera justo cuando ambos niños desaparecieron. Ambos tenían la misma edad. Y sobre todo… en su mente resonó una frase que el loco había repetido como un eco: Todo comenzó en Olorda. Se estremeció.

—¡Déjeme que hable con Arnaldo! —soltó de repente, con la urgencia de quien acaba de encontrar el primer hilo de una madeja enredada.

Rafael la miró con una mezcla de escepticismo y cansancio.

—¿Para qué? No sacará nada en claro con él. Además, creí que había decidido dejar la investigación en manos de la policía —dijo, aunque su voz sonaba más resignada que autoritaria.

—Lo sé, pero es la única pista que tenemos ahora mismo.

Penélope se inclinó hacia adelante, con la intensidad febril de quien no puede soltar una idea una vez que la ha tomado.

—Mire, Rafael, usted le tiene rencor. Lo sé. Y eso puede nublar su juicio. Igual que me ocurrió con mi vecino Pedro. Yo, en cambio, no lo conozco. No tengo una opinión preconcebida sobre él. Quizá conmigo se explique mejor.

Rafael la observó en silencio.

—¿Y si resulta que él es cómplice del secuestro de su hijo? —preguntó, casi con desprecio—. ¿No lo odiaría entonces?

Penélope apretó los labios.

—Por supuesto que lo odiaría. Aunque si sabe algo, podría decirme dónde está mi hijo. Y por eso tengo que hablar con él.

La firmeza en su voz le sorprendió incluso a ella misma.

—Debo intentarlo —insistió—. Con su aprobación, por supuesto.

Rafael dejó escapar un suspiro.

—Tengo serias dudas de que esto sea una buena idea.

—No tiene nada que perder, Rafael. Y nadie lo sabrá. Seré discreta. Se lo prometo.

Él la miró fijamente.

—¿Siempre consigue lo que quiere? —murmuró, con una media sonrisa exasperada—. Es usted imposible.

Penélope no respondió. Lo dejó reflexionar. Finalmente, el policía se recargó en la silla y habló, en tono pausado:

—De acuerdo. La avisaré cuando Arnaldo salga de su celda de aislamiento para que pueda hablar con él.

Penélope sintió un destello de alivio.

—Pero a cambio —continuó Rafael, con tono más severo—, debe compartir conmigo la información que obtenga. Y cada paso que dé, tendrá que consultármelo antes.

Ella se irguió en su asiento.

—¿Me está autorizando a seguir investigando?

—No —aclaró él, con un gesto de advertencia—. Solo le pido que, si va a seguir con su imprudente propósito, cuente con mi colaboración.

La miró fijamente, como si intentara grabar esa idea en su cabeza. Penélope asintió. Acababa de conseguir su primera verdadera alianza.

—Así lo haré —dijo con firmeza. Luego, sin darle tiempo a desviar la conversación, añadió—: A propósito, ¿qué hay respecto a mi hermano?

Rafael exhaló lentamente antes de responder.

—Sinceramente, aún está por verse su implicación en el caso —contestó, con una reserva que delataba su incomodidad.

—¿Aún cree que tiene algo que ver con el secuestro? —inquirió Penélope, tratando de sonsacarle la verdad.

—Lo que yo piense es irrelevante —respondió él, esquivando la pregunta—. Lo cierto es que, de una forma u otra, hay motivos suficientes para retenerlo.

—Aunque sea inocente de haberle hecho daño a su propio sobrino —puntualizó ella.

Rafael inclinó levemente la cabeza, como sopesando su respuesta.

—Eso aún está por verse.

Penélope sintió una presión creciente en el vientre.

—Si se refiere a su conducta moral, no soy quién para defenderla —reconoció—, pero él no puede evitar ser como es. ¿Cree que debe ser castigado por ello?

Rafael la observó con una expresión inescrutable.

—Se podría decir lo mismo de un asesino —declaró con frialdad.

—¡No puede comparar, Rafael! —exclamó ella, indignada—. Mi hermano no le ha hecho daño a nadie.

—Eso es lo que usted cree.

—No. Eso es lo que sé.

Él se encogió de hombros con desdén.

—Supongo que tiene sus razones para pensar así, pero yo debo ceñirme a las leyes.

Penélope entrecerró los ojos.

—¿Las mismas leyes que le ayudaron a encontrar a su hijo?

Rafael la miró con fastidio, pero no la contradijo. Su silencio fue más elocuente que cualquier respuesta. Penélope sintió que había ganado esa pequeña batalla.

—En fin, debo volver a casa —dijo ella, con un suspiro. Se sentía agotada. Todo esto la estaba devorando desde dentro.

Rafael, con gesto despreocupado, se puso de pie.

—La acompañaré hasta su casa —dijo, sacudiéndose la camisa—. Espere un momento mientras me pongo algo de abrigo. Este barrio no es lugar para que una mujer hermosa camine sola de noche.

Penélope arqueó una ceja.

—Me halaga, Rafael, pero su caballerosidad no sirve de mucho si, al mismo tiempo, me cree débil solo por ser mujer. —Rafael la miró con una mezcla de sorpresa y desconcierto. Ella sonrió, con cierta picardía—. A pesar de todo, no sé cómo lo hace, pero siempre logra embaucarme.

Rafael pareció querer responder, pero algo en su expresión cambió. Como movido por un impulso extraño, se dirigió a la habitación del fondo.

—¡Enseguida vuelvo! —dijo, elevando un poco la voz.

Desde donde estaba, Penélope pudo verlo de soslayo. Lo observó mientras se desabrochaba la camisa y la lanzaba sobre la cama. Su piel morena, los músculos firmes de sus brazos y el contorno poderoso de sus hombros… Hacía tanto tiempo que no veía a un hombre sin camisa. Sintió calor en las mejillas. Apartó la mirada rápidamente y caminó hacia la puerta, intentando borrar la imagen de su mente.

Mientras volvían, la conversación tomó un rumbo inesperado. Penélope, como si necesitara llenar el silencio, comenzó a hablar. Le contó que, años atrás, también había perdido a su hijo Damián. Lo dejó al cuidado de sus abuelos en Sabadell mientras buscaba trabajo en Barcelona. Cuando regresó a verlo, ya no estaba. El padre de Penélope nunca había aceptado que fuera una madre sin marido. Le avergonzaba. Le insistió en que se casara con el hijo de uno de sus amigos. Y, cuando eso fracasó, le propuso que diera al niño en adopción. Ella se negó rotundamente, pero su negativa no importó.

—Se lo llevaron sin mi consentimiento —murmuró, con la voz quebrada—. Me tomó meses encontrarlo. Aún no he perdonado a mis padres. —Se detuvo en seco—. No lo perdonaré nunca.

Rafael la miró de reojo.

—A él por hacerlo… y a mi madre por permitirlo —añadió Penélope, con amargura.

Hubo un largo silencio entre ambos.

—¿Nunca pensó que el abuelo de Damián podría haber sido el responsable de su desaparición?

Penélope negó de inmediato.

—No. Le hice una promesa. Le juré que, si nos dejaba en paz, nunca haría nada que manchara su apellido.

El subinspector la observó con atención.

—Mi padre siempre se preocupó más por su honor que por su familia —continuó ella, con frialdad—. Es imposible que provocara algo que generara un escándalo, mostrando a la luz la situación que él considera reprochable de su hija. Si secuestrara a mi hijo, tarde o temprano todos lo sabrían.

La acera de la calle Gomis estaba húmeda y resbaladiza por el relente nocturno. Penélope avanzaba con cautela, aferrándose al brazo de su acompañante cuando sentía que podía perder el equilibrio. En varias ocasiones, Rafael le ofreció su apoyo sin decir palabra, como si el gesto fuera suficiente para demostrar que estaba allí.

De pronto, él se detuvo y la soltó.

—Siga adelante —susurró, abandonándola sin más explicaciones.

Ella se giró, desconcertada, y vio a Rafael agazapado detrás de un coche. Él le hizo señales con la mano para que continuara caminando. Penélope vio cómo la mirada de este se mantenía fija en un punto que, por instinto, supo que no debía buscar. Apretó el paso

y se encaminó hacia su casa. Justo cuando alcanzó la puerta vio por el rabillo del ojo cómo Rafael salía disparado tras alguien que había permanecido oculto en la penumbra. Ella se quedó inmóvil dentro. Desde el resquicio de la puerta entreabierta, observó la escena con el corazón en un puño.

Al cabo de unos minutos, Rafael regresó, recuperando el aliento.

—No he podido atraparlo —dijo entre jadeos—, pero he visto quién era. La estaba acechando desde la otra acera. Penélope sintió un estremecimiento en la nuca.

—Lo tenía descartado como sospechoso porque sus motivos no parecían lo bastante sólidos —continuó Monroy—, pero ahora estoy convencido de que ese hombre no tiene buenas intenciones con usted.

—¡Pero, Rafael! No me tenga en ascuas. ¿De quién se trata? —se impacientó ella.

El subinspector le sostuvo la mirada antes de soltar la bomba.

—Rodrigo.

Penélope sintió un estremecimiento de horror.

—Mañana lo detendré —prosiguió Rafael—, pero ahora lo más urgente es asegurar su protección. Me quedaré en la puerta haciendo guardia.

—¡Dios mío! ¡Qué obsesión tiene ese hombre conmigo! —exclamó ella, llevándose las manos a la cabeza—. No se olvidará nunca de mí.

Respiró hondo y trató de recomponerse.

—No es necesario que se quede, Rafael. Cerraré bien.

Él negó con la cabeza.

—Si me permite, mi deber como policía es proteger a las personas —declaró con gravedad—. Y en estos momentos, su seguridad es vulnerable.

Penélope frunció el ceño, molesta.

—Siempre con esa costumbre de hacerme sentir frágil… —murmuró.

—¡Bien que se ha escondido tras la puerta cuando vio lo que ocurría! —bromeó Rafael, esbozando una sonrisa.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Está bien —cedió, con un suspiro—. Como usted quiera, pero no voy a permitir que pase la noche entera guardando vela a la intemperie.

Cruzó los brazos y lo miró con determinación.

—Si coge un resfriado, no podrá ayudarme a encontrar a mi hijo con el mismo ahínco.

Rafael la observó con ironía.

—¿Está segura de que quiere dar de qué hablar a las vecinas? —tentó con sarcasmo.

Penélope entrecerró los ojos.

—¡Mire! ¡No me lo está poniendo fácil!

Él alzó las manos, divertido.

—Descuide, es broma.

Su expresión se volvió seria de inmediato.

—Ahora cuénteme todo lo que sepa de este hombre.

Penélope exhaló.

—No hay mucho que contar. Salimos un par de veces, pero no me gustaba cómo trataba a Damián. Me dio la impresión de que le había cogido manía.

—Su hijo es lo más importante para usted —observó Monroy.

—Por supuesto —asintió Penélope, sin dudarlo.

Él la miró con un brillo indescifrable en los ojos.

—Es admirable lo claro que tiene las cosas.

Ella arqueó una ceja.

—¿Qué piensa? ¿Que cualquier otra mujer habría aprovechado la oportunidad para darle un padre a su hijo?

—No —negó él—. Solo digo que admiro su arrojo. Y la pasión con la que defiende lo que le importa.

Penélope sintió un inesperado calor en las mejillas.

—Por cierto, ¿su hijo le mencionó lo de la bofetada? —preguntó Rafael con tono grave—. Rodrigo le dio un revés hace unos días, por una pequeña disputa con su hija.

El ceño de Penélope se frunció de inmediato.

—Eso solo confirma que hizo bien en alejarse de ese hombre —continuó el subinspector—. Me alegro de que lo hiciera.

Penélope apretó la mandíbula.

—No me dijo nada… —murmuró, intentando contener la indignación —. Supongo que pensó que, si me enteraba, lo agarraría de los pocos pelos que le quedan. Y no se equivocaba.

Rafael esbozó una leve sonrisa.

—Eso demuestra una gran madurez por parte del chico. Ya verá cómo está bien. Si ha heredado algo de su madre, que estoy seguro de que sí, podrá superar cualquier obstáculo.

El calor le ascendió hasta el rostro de forma involuntaria a Penélope. Bajó la vista y colocó una manta sobre el sofá.

—Ay… ¡que Dios le oiga!

Su voz intentó sonar ligera, pero la angustia seguía apretándole el pecho. Rafael carraspeó y adoptó un tono más serio.

—Dígame, ¿recuerda algo fuera de lo normal en los últimos días? Un robo, un accidente… cualquier suceso inusual. A veces pasamos por alto detalles que pueden ser clave.

Penélope negó con la cabeza, pero algo le rondaba en la mente. Un pensamiento difuso, inquietante, como una sombra a punto de definirse. Lo dejó pasar… hasta que la mirada de Rafael la ancló de nuevo en el presente. Fue entonces cuando notó sus manos sobre las de él. No se había dado cuenta de que aún no las había retirado de la manta que él estaba alcanzando. Las apartó con rapidez, pero, un segundo después, volvió a posarlas sobre las suyas y las apretó con suavidad. Lo miró fijamente y, con voz serena, dijo:

—Confío en usted.

Aquella noche, Penélope tuvo un sueño consciente. Caminaba por una calle de Barcelona. Frente a ella, su hermano avanzaba sin notar su presencia. Quiso llamarlo, pero se había quedado sin voz. Fue entonces cuando la vio.

Una mujer de ropajes harapientos se cruzó en el camino de su hermano. La silueta era oscura, encorvada. Con un gesto ágil, le arrebató el reloj de la muñeca. Penélope intentó gritar, pero las palabras no tenían sonido. La indigente se volvió hacia ella, como si la hubiera escuchado. Le dedicó una intrigante sonrisa y se llevó un dedo a los labios. Silencio. Penélope sintió un escalofrío. Había algo en ella que la aterraba: esos ojos, fríos, vacíos. Como los de un ser sin vida.

Se despertó sobresaltada. Se incorporó en la cama y encendió la lámpara de la mesita de noche. Miró a su alrededor. Estaba en su casa. Se pasó las manos por el rostro. El contraste de temperaturas la reconfortó. Entonces, algo hizo que abriera los ojos de golpe. La mendiga que había estado en su calle días atrás. Había desaparecido el mismo día que Damián.

Cuando Rafael se marchó después de aceptar un café de achicoria, Penélope no perdió el tiempo. Salió a la calle y se dirigió al lugar donde solía dormir la indigente. Revolvió entre los cartones. Solo encontró unos restos vegetales. Los recogió en una pequeña bolsa de papel. Conocía a alguien en la Facultad de Biología que podría ayudarla a identificarlos.

Capítulo 14 – Zarzaparrilla

Rafael

Las primeras luces del día apenas se atrevían a destacar sobre las brumas de la mañana, vestigio de una noche tortuosa. Un escaparate de maniquís, vestidos con telas de colores sobrios, daba armonía a la lóbrega fachada del edificio donde Rafael dirigía toda su atención. Mientras disponía el vehículo en doble fila no dejaba de pensar en aquel huraño y sibilino individuo que se dedicaba a acosar a las mujeres indefensas. Rafael intuía que tras su máscara de respetabilidad se ocultaba algo mucho más turbio.

El agente Monroy descendió del coche con el rostro marcado por la falta de sueño, aunque sus movimientos denotaban determinación. Rodrigo no lograría escapar en aquella ocasión. Si no estaba en la sastrería, de la cual era propietario, tal como le habían informado, esperaría hasta que apareciera. No habían conseguido averiguar su residencia, pero tarde o temprano tenía que presentarse en su negocio.

Dos edificios más allá, una joven apareció en la calle y se acuclilló para manipular el candado de una tienda de sombreros. Rafael la observó unos instantes antes de acercarse para ayudarla a levantar la pesada persiana de hierro forjado. La muchacha le lanzó una mirada de agradecimiento fugaz antes de volverse hacia él con una expresión más reservada.

—¿Ha visto por aquí al dueño de la sastrería? —preguntó con voz serena.

La joven cerró los ojos por un instante, como si la simple mención de ese hombre le provocara rechazo.

—Solo le diré una cosa: ese hombre no sabe tratar a las mujeres. Es un indeseable —soltó sin rodeos.

Rafael inclinó levemente la cabeza.

—¿Ha hecho algo indebido a alguien? —intentó sonsacarle Rafael.

—No lo sé, señor agente, pero mi madre, que conoce a su familia, siempre dice que su esposa era una santa, la mujer más devota del barrio. Ese hombre la denunció por serle infiel y ahora está en prisión.

La joven hablaba sin mirarle directamente, como si temiera que sus palabras fueran demasiado comprometedoras.

—¿Tan evidente es que soy policía? —dijo Rafael, más para sí mismo que para ella—. ¿Quiere decir que fue encarcelada injustamente? —preguntó mientras miraba pasar a una señora con un carrito de bebé.

La muchacha tosió, visiblemente incómoda.

—¡Dios me libre de afirmar eso! No soy quién para juzgar. Solo le cuento lo que se dice, pero en el barrio muchos creen que se inventó la acusación para librarse de ella. Aun así, yo confío en la justicia. Si no lo hiciera, me volvería loca. Imagínese que cualquiera pudiera acusar a alguien sin pruebas, solo porque tiene influencias.

Rafael asintió con un leve gesto.

—Eso sí —continuó la joven—, no me gusta cómo me mira cuando paso por su lado en la calle. No soy la única que lo dice. A veces me da la sensación de que ese viejo verde me desnuda con la mirada.

El subinspector mantuvo el rostro imperturbable. La mujer parecía dispuesta a seguir hablando, pero él necesitaba concentrarse en su objetivo. Se despidió con una inclinación de cabeza y continuó su camino hacia la sastrería.

El interior del local estaba en penumbra, iluminado solo por la escasa luz que se filtraba a través del escaparate. Una joven de unos treinta años lo recibió con una sonrisa forzada. Antes de que él pudiera hablar, se apresuró a decirle que el dueño no tardaría en llegar.

—Soy policía. Lo esperaré aquí —anunció Rafael, con tono neutro.

La mujer pareció dudar, pero no objetó nada. Unos minutos después, un cliente entró y ella se apresuró a atenderlo. Aprovechando la distracción, Rafael cruzó la puerta de la trastienda con movimientos silenciosos. Recorrió la estancia con la mirada antes de comenzar a abrir los cajones, uno por uno. Sus manos se deslizaron sobre los bordes de la madera con paciencia, hasta que notó algo extraño en uno de ellos. Un sonido diferente. Palpó el fondo del compartimento y sintió unos papeles trabados en el hueco. Tiró con cuidado hasta extraer un fajo de documentos. Sobre el escritorio extendió su hallazgo: fotografías de Penélope, recortes de periódico con noticias sobre los logros del padre de esta… Rafael frunció el ceño. Aquello no auguraba nada bueno. Un ruido repentino lo puso en alerta. La figura de un hombre apareció en el umbral de la trastienda y una voz áspera gritó a la dependienta:

—¡¿Qué hace ese hombre en mi despacho?!

Aunque en cuanto sus ojos se cruzaron con los de Rafael, el sastre se detuvo en seco. Sus pupilas se dilataron en un instante de pánico antes de que girara sobre sus talones y saliera corriendo. Sin perder un segundo, Rafael guardó los documentos en el bolsillo de su gabardina y se lanzó tras él.

La ciudad despertaba con pereza. El aire matinal aún cargaba el peso de la humedad nocturna y las calles estaban pobladas de rostros somnolientos. Entre ellos, una silueta oscura destacaba con nitidez: el hombre de andares zancudos, sombrero calado y un aura de hostilidad que mantenía a los transeúntes apartados de su paso. Rafael pensó con ironía que debían conocer su mal carácter.

Decidió que la mejor opción era seguirlo en coche. Condujo con cautela, esquivando los vehículos que se movían con pereza. Sus ojos escudriñaban la multitud en busca de su objetivo. Por fin, Rafael captó, de soslayo, el movimiento fugaz de aquella silueta oscura que se deslizaba con rapidez, intercalando pequeños saltos en su avance, como un cuervo sin alas que huye de su depredador. Sin perder un segundo, abrió la puerta del vehículo y, con un ágil salto, aterrizó sobre la acera.

Se lanzó en su persecución, zigzagueando entre los transeúntes sin prestar atención a ninguno de ellos, como si corriera entre los rostros anónimos de un sueño. La calle, con su bullicio matutino, se había transformado en un circuito de carreras repleto de obstáculos difusos y desesperantes. El cuervo andante torció a la izquierda, y Rafael esbozó una leve sonrisa. Conocía bien aquel callejón. No tenía salida. La caza estaba terminada. Sin embargo, al girar la esquina, su presa había desaparecido. Rafael se detuvo en seco y recorrió el lugar con la mirada. Las paredes medianeras de los edificios no ofrecían puertas ni ventanas por las que pudiera haber escapado. Todo indicaba que se lo había tragado la tierra.

Cuando estuvo a punto de dar media vuelta, algo en el suelo le llamó la atención. A pocos metros, una tapa de alcantarilla ligeramente desencajada. Se acercó sin dudarlo y, con algo de esfuerzo, la retiró. Apenas había descendido un par de peldaños por la escalerilla, cuando escuchó una voz apagada en la penumbra.

—¡Me entrego! ¡Pero no he hecho nada!

Rafael esperó a que el hombre subiera y, con un movimiento firme, le inmovilizó las manos con las esposas, atándoselas a la espalda.

—¿Por qué huía, si tan inocente se declara? —preguntó con voz tensa.

El apresado carraspeó antes de responder, como si estuviera a punto de recitar un guion aprendido de memoria.

—¡No huía! Me acordé de que había dejado el fuego encendido en casa y después me asusté cuando lo vi perseguirme.

Rafael soltó una carcajada seca.

—Ese cuento ya está muy visto —ironizó con desdén—. Se viene conmigo a Jefatura. Hay algunas preguntas a las que tiene que responder.

El detenido enderezó la espalda con aire altivo.

—¿De qué se me acusa? Tengo derecho a ser informado.

El subinspector le dedicó una mirada gélida antes de responder con voz firme:

—¡De acosar a la señorita Penélope Maspons!

El hombre hizo una mueca burlona.

—Ah, ha encontrado las fotografías… No creo que sea para tanto. Detenerme por unas simples imágenes roza lo absurdo.

Rafael apretó la mandíbula mientras lo empujaba para que caminara.

—¡Son imágenes robadas! —espetó—. Se nota a simple vista que ella no sabía que le estaban tomando esas fotos. Y no es solo eso… ¿Cree que no lo vi ayer, acechándola?

Rodrigo chasqueó la lengua con irritación.

—¿Desde cuándo es delito mirar a una mujer?

—No lo es, pero vigilarla a escondidas, recopilar información sobre su familia y, además, tener motivos para perjudicarla, pudiendo relacionar todo esto con la desaparición de su hijo… Eso sí es motivo suficiente para preocuparnos.

El sastre resopló con fastidio antes de hablar con tono desdeñoso.

—No sé de qué me está hablando. No tengo ningún interés en hacerle daño a esa mujerzuela. Tuvo su oportunidad de arreglar su vida y la dejó escapar.

Rafael se mantuvo en silencio unos segundos. Abrió la puerta trasera del coche y lo empujó dentro con un gesto seco. Acto seguido, se introdujo en el vehículo y arrancó. Mientras conducía hacia la Jefatura de Policía, se quitó la gabardina con movimientos que parecían propios de un contorsionista. Luego, miró por el retrovisor. Rodrigo permanecía en silencio, pero su expresión revelaba una mezcla de molestia y altanería.

—¿Quiere decir que ella lo rechazó y aun así insiste en que ceda a sus pretensiones? —inquirió el cubano con tono acerado y con su mirada fija en el detenido.

Rodrigo apretó los labios, apenas disimulando el desprecio en su expresión.

—Esa mujer no sabe lo que le conviene. Solo piensa en su hijo y, cuando él crezca, se quedará completamente sola —vaticinó con frialdad.

Rafael frunció el ceño.

—¿Eso es lo que busca? ¿Que se sienta sola para que acabe yendo a usted? —arremetió el subinspector, girando bruscamente el volante hacia la derecha. El movimiento hizo que el sastre se ladeara en el asiento, golpeándose contra la puerta del coche.

Rodrigo soltó una risa breve y amarga.

—No tuerza los hechos a su conveniencia, señor agente. Está manipulando mis palabras solo para cerrar su investigación cuanto antes. Entiendo que tenga prisa, pero aún no ha encontrado al verdadero culpable.

Rafael mantuvo el semblante impasible mientras sus manos seguían firmes sobre el volante.

—Eso está por verse.

Penélope

Aunque nunca había poseído amplios conocimientos de arquitectura, reconoció de inmediato el estilo neorrománico del edificio y supo que era obra del arquitecto Elies Rogent. Aquella información no formaba parte de ninguna de las asignaturas de la carrera que Penélope estaba por cursar, pero decidió incluir en su carta de presentación algunas notas sobre su admiración por la historia que encerraban sus muros. Para ello, tuvo que investigar y estudiar a fondo las características de aquella construcción, que albergaba la Universidad de Barcelona, el lugar donde aspiraba a estudiar Derecho.

Mientras caminaba por la calle Pelayo, recordó lo difícil que había sido obtener la aprobación de su padre para enviar aquella carta. Su firma era imprescindible, y en ella explicaba sus aspiraciones y motivaciones para acceder a la universidad. Tiempo después, con sorpresa y amargura, descubrió que sus compañeros varones no habían tenido que pasar por el mismo trámite para ser admitidos. Le pareció injusto entonces, pero no había alzado la voz cuando tuvo la oportunidad de hacerlo.

Al llegar al final de la calle, levantó la vista y contempló la imponente edificación, con sus ventanales solemnes y su porte austero, al otro extremo de la plaza de la Universidad. Atravesó el lugar sin apartar la vista del edificio. Se detuvo unos instantes ante la entrada principal, permitiendo que un aluvión de recuerdos la envolviera en una ola de nostalgia. Finalmente, respiró hondo y cruzó el umbral.

Caminó entre las robustas columnas del vestíbulo, aquellas que siempre imaginó sosteniendo no solo el peso del edificio, sino también el de décadas de conocimiento, sueños de futuro y esperanzas truncadas. Subió a la primera planta y preguntó por Vanesa, una amiga de aquellos años universitarios. Curiosamente, mientras Penélope había estudiado en la Facultad de Letras, Vanesa lo había hecho en la de Ciencias. Se conocieron por casualidad: un día, mientras Penélope mataba el tiempo en la terraza de la Facultad de Ciencias, la vio sentada en el suelo. Pensó que estaba triste y sola, así que, con la naturalidad de quien comprende el peso de la soledad en una gran ciudad, se acercó a consolarla. Sabía bien cómo Barcelona podía volverte invisible ante los ojos de los demás. La indiferencia de los transeúntes la había golpeado más de una vez: miradas esquivas, rostros impenetrables, saludos ignorados en medio del rugido incesante de la urbe. Al principio, insistió en desafiar esa frialdad, saludando a desconocidos con un gesto de la mano, pero con el tiempo se cansó de ser distinta y terminó por rendirse a la indiferencia generalizada.

Pensó que Vanesa debía de estar atravesando algo similar. Sin embargo, se llevó una sorpresa desagradable: la otra le respondió

con brusquedad que había subido allí precisamente para estar sola. No fue hasta días después cuando el destino volvió a cruzarlas: Vanesa tropezó en el umbral de la universidad y, mientras los demás seguían de largo sin prestarle ayuda, Penélope fue la única que la recogió del suelo. Al principio, la otra se mostró desconfiada, pero con el tiempo comprendió que aquella chica de provincia, de ojos marrones y mirada vivaz, era alguien en quien podía confiar.

Le indicaron que Vanesa estaba en la biblioteca del mismo edificio. Hacía años que habían perdido el contacto, y Penélope dudaba si aún trabajaba allí. Se sintió aliviada al comprobar que así era. Mientras avanzaba por una galería de baldosas en damero, recordó cómo solía imaginar aquel suelo convertido en un tablero de ajedrez con fichas gigantes. Los rayos de sol apenas lograban filtrarse entre las columnas, cuyos capiteles, adornados con estilizaciones vegetales, parecían restos de una hiedra petrificada en tiempos remotos.

Por primera vez, desde que le arrebataron a su hijo, sintió un atisbo de esperanza. Se aferró a la bolsa de papel que llevaba consigo. Quizá, solo quizá, el contenido le daría la certeza de que su intuición no estaba errada. Los restos vegetales que en un principio le parecieron manchas de sangre podían ser la clave para encontrarlo.

Al entrar en la sala, vio a varias mujeres de su edad y, por un instante, no pudo distinguir a Vanesa entre ellas, pero entonces escuchó su voz. Se alegró de comprobar que su amiga seguía allí. Vanesa, por su parte, también se mostró feliz de verla; con los años había aprendido a apreciar a Penélope. Con el corazón latiéndole intensamente en el pecho, le pidió ayuda como si su vida dependiera de ello. Vanesa no dudó en prestársela. Penélope le entregó la bolsa con lo que había encontrado entre los cartones de la indigente que dormía en su calle. Aquello era su última esperanza. Vanesa, que era bióloga, prometió consultar con un colega botánico para analizar la muestra.

Penélope estaba convencida de algo: la indigente que había robado el reloj de su hermano podía ser la misma que merodeaba por la

calle y que desapareció el mismo día que su hijo. Todo parecía un puzle del que solo tenía algunas piezas. Temía que al final fueran fragmentos de distintos rompecabezas, imposibles de encajar, pero debía intentarlo. No podía permitirse otra opción.

Francisco

En la casa de los Rodés, el doctor Zelaya ajustó el manguito del tensiómetro alrededor del brazo de Francisco. Este se sobresaltó con el contacto gélido de las manos. Un instante de confusión lo invadió: no sabía dónde estaba. Solo cuando Dorotea descorrió las cortinas y la luz de la tarde resbaló sobre los muebles oscuros, pudo orientarse. A través del ventanal distinguió la fuente del jardín y suspiró, reconociendo su hogar.

El doctor lo observó con gesto inescrutable antes de inclinarse sobre él. Una luz repentina le invadió los ojos cuando el médico examinó sus pupilas. Murmuró algo que Francisco no alcanzó a comprender del todo, pero no le importó; solo deseaba que lo dejaran en paz. Un dolor sordo y punzante le encogió el abdomen y lo obligó a replegarse sobre el colchón. Zelaya lo miró con fugaz extrañeza, pero prosiguió su examen con la indiferencia mecánica de quien ha visto demasiados cuerpos enfermos.

Francisco lo escrutó con una furia contenida. Veía la ignorancia en su mirada y esto lo enervaba. No entendía cómo alguien podía llamarse médico y no ver lo evidente. Lo miraba con ojos vacíos, con esa expresión de quien ya ha determinado su diagnóstico antes siquiera de finalizar la revisión. Le pareció escucharle decir a Dorotea que le diera unos calmantes, como si su malestar fuera un simple capricho pasajero. El comentario lo alteró más de lo que estaba dispuesto a admitir. ¿Cómo era posible que nadie comprendiera la gravedad de su situación? Una semana atrás estaba perfectamente. Ahora, en cambio, se sentía atrapado en su propio cuerpo, reducido a un amasijo de carne débil y febril.

—Reposo —sentenció el doctor—. Unos días más y estará mejor.

Aquello lo exasperó. La medicina siempre se refugiaba en respuestas vagas, en esperas inútiles, en una fe ciega en la convalecencia. No había nada de ciencia en ello. Él, que siempre había confiado en su mente, que había creído estar por encima de la debilidad del mundo físico, se veía ahora reducido a un inválido al que trataban con lástima. ¿De qué le servía todo su conocimiento si su propio cuerpo lo traicionaba?

Dorotea jugó su papel a la perfección delante del visitante. Se inclinó sobre él con ternura impostada, le cubrió la mano con la suya y le sonrió con dulzura.

—Descansa, Siscu, amor mío.

Por un momento, la miró con extrañeza. Algo en su tono lo inquietó. No era la forma en la que ella solía hablarle. Nunca lo llamaba así. Nunca con tanta suavidad. Siscu. Se le heló la sangre al oírlo. Esa era una palabra prohibida, un vestigio de otro tiempo, de otra vida, de otra mujer. Solo Penélope lo había llamado así.

Las imágenes se agolparon en su mente con una inmediatez cruel: la risa de Penélope en la penumbra, el roce de sus manos en los encuentros furtivos, la sensación de haber sido visto, de haber tentado el peligro. ¿Era posible que Dorotea lo supiera?

—Tómate el caldo —le susurró ella al oído, con una dulzura calculada —. Te hará bien.

Francisco apenas la escuchó. Su voz era solo un murmullo entre el tumulto de pensamientos que se arremolinaban en la cabeza. Su mirada se deslizó hasta la mesita de noche. El reloj marcaba las cinco. Unos segundos después, la puerta se cerró con un leve chasquido. El silencio cayó sobre la habitación como un sudario. Solo entonces reparó en la taza. Blanca, de cerámica, con su superficie humeante. Estaba ahí, como siempre, habitual y oportuno. El aroma a carne y verduras flotaba en el aire denso de su enfermedad. Y, sin embargo, por primera vez, algo en su visión de la taza lo hizo estremecerse.

Capítulo 15 – Desvaríos de un loco

Penélope

Era la primera vez que Penélope se adentraba en aquella zona periférica de la ciudad. Se sentía pequeña ante la imponente agrupación de edificios que dominaban el paisaje, alzándose entre terrenos de cultivo dispersos, almacenes y barrios de trabajadores. Tuvo que recorrer durante diez minutos una carretera poco transitada hasta llegar al Institut Mental de la Santa Creu. A su paso, apenas encontró construcciones lo suficientemente robustas como para cortar el aire fresco del otoño, que le calaba la piel con su humedad persistente. Los pedruscos dispersos por el camino la obligaban a conducir en zigzag.

Allí estaban recluidos Gustavo, el hijo de Rafael, y Arnaldo Dante, el demente cuya entrevista había conseguido tras insistentes ruegos. El policía le había permitido la visita con la condición de que no revelara a nadie su encuentro y le informara de cualquier hallazgo relevante. Quizá Arnaldo supiera algo sobre su hijo o tal vez conociera a la persona que lo había secuestrado. Al menos, eso quería creer. Se aferraba a la esperanza de que aquella iniciativa le proporcionara alguna respuesta. No tenía nada que perder. No era ajena al trato con trastornados, sobre todo en situaciones de vida o muerte. Su trabajo la había llevado a verse envuelta en circunstancias de las que nadie hubiera apostado que podría salir, y, sin embargo, siempre encontraba la manera de zafarse. Sabía cómo ganarse la confianza de los atormentados hasta conseguir que compartieran sus secretos.

Llegó ante un gran portal de hierro que se abrió con lentitud. Un celador de gesto cansado, con el uniforme gastado y la mirada baja, le preguntó su nombre y el motivo de su visita. Sin apenas mirarla, se dispuso a anotar la información en un grueso libro de registro, apoyado sobre un viejo escritorio de madera oscurecida por el uso.

Por un instante, las palabras se le atascaron en la garganta. No podía evitar un pensamiento absurdo: ¿y si, una vez cruzada la imponente puerta, la confundían con una de las internas? Un escalofrío le recorrió la espalda. Internamente, se rio de sí misma por su desvarío. Se había vestido con esmero para proyectar la imagen de una mujer respetable, pero en aquel lugar eso no significaba nada. La locura no entendía de economías, de géneros ni de edades. Nadie estaba a salvo de los caprichos de la vida.

De niña, le habían enseñado a no molestar a los enfermos mentales. Se hallan en un umbral al que ningún cuerdo debería acercarse sin estar dispuesto a pagar un alto precio, le habían advertido. A Penélope la atemorizaban y le causaban un gran respeto, como contrapunto también la intrigaban.

Finalmente, respondió a lo que le requerían. El hombre la escoltó hasta una sala de locutorios y le indicó que tomara asiento en el número cuatro. Se dispuso a esperar. En su mente, esbozó la imagen del hombre que estaba a punto de conocer: un viejo canoso, con el cabello largo y mugriento, dedos huesudos de uñas amarillentas, una sonrisa torcida de dientes podridos y ojos enrojecidos enajenados de la realidad.

Una mezcla de desinfectante, éter y humedad flotaba en el aire, impregnando cada rincón del recinto y atosigando la respiración de Penélope. El olor a medicinas se mezclaba con un leve rastro de sudor rancio y ropa sin ventilar, como si el mismo aire estuviera atrapado entre esas paredes desde hacía demasiado tiempo. Frente a ella, una pared de yeso descascarillado albergaba una ventanilla de hierro con barrotes, la única separación entre ella y la zona de los enfermos. La luz mortecina de una bombilla desnuda proyectaba sombras en la pared, dándole a la estancia un aire lúgubre y opresivo.

Se acercó ligeramente y entonces lo notó: en la parte derecha de la ventanilla, el metal estaba deformado, como si alguien lo hubiera golpeado con furia en un intento desesperado por atravesarlo. De manera inconsciente, apartó la silla unos centímetros más, tal que

aquella barrera, frágil e insuficiente, pudiera ceder en cualquier momento y dejarla expuesta a lo imprevisible. Suspiró profundamente, tratando de calmarse. Nadie la había obligado a estar allí, pero sabía que era necesario para encontrar a su hijo. Contuvo una lágrima que pugnaba por escaparse de sus ojos. Por un instante, se sintió débil. No soportaba la sensación de vulnerabilidad que se instalaba en su pecho. Se reprendió por su flaqueza. No podía permitirse vacilar.

De pronto, un hombre se sentó frente a ella. No era el anciano decadente que había imaginado. Era apuesto. No sabía si eran más hermosas sus pupilas azules o el blanco impecable que las hacía resaltar. Pensó que se trataba de un médico del hospital, alguien que venía a informarle de que el enfermo no estaba disponible, pero no fue así.

El hombre no parecía verla. Se abrazaba a sí mismo como si estuviera desnudo sobre el hielo y fijaba la mirada en un punto concreto de la pared, igual que si estuviera viendo una película invisible para todos los demás. Su boca entreabierta dejaba caer un labio inferior carnoso que cedía ante la gravedad, revelando unos dientes sorprendentemente blancos. Llevaba el cabello corto y alborotado, con unas mechas blancas sobre la frente que destacaban sobre el gris de su cabellera. Ese detalle le confería un aire aristocrático. Penélope supo entonces que se trataba del hombre en cuestión.

No sabía por dónde empezar su interrogatorio. Se debatía entre la prudencia y la urgencia. Decidió que lo mejor sería presentarse primero, explicar quién era y qué esperaba de aquella visita. Así lo hizo.

Arnaldo Dante no pareció inmutarse ante el monólogo que Penélope había comenzado a desarrollar. Con una voz controlada, pero cargada de angustia, le relató lo sucedido con su hijo, el tormento de no saber su paradero y la impotencia de ver cómo cada pista se desvanecía antes de dar con la verdad. Le habló con cautela, con

cordialidad, suplicándole que, si sabía algo, se lo dijera. Le prometió que nadie jamás sabría que había sido él quien se lo contó.

El hombre no reaccionó. Sus ojos permanecían fijos en un punto indefinido, como si sus pensamientos estuvieran en otro lugar, en otro tiempo. Desesperada, Penélope mencionó entonces a Gustavo, el hijo de Rafael.

Arnaldo alzó la mirada y la clavó en ella. El brillo helado de sus ojos celestes la atravesó con tal intensidad que sintió un frío repentino recorrerle la espalda. Fue un gesto tan abrupto que se vio obligada a apartar la vista. Se sintió turbada, invadida por el peso de un juicio invisible e injusto.

—¡Yo te conozco! —afirmó el hombre al fin, sin que su expresión apenas cambiara.

—¿Qué…? —balbuceó ella. Luego, tratando de recuperar el control, afirmó con firmeza—: Yo a usted no.

Esperó una explicación, pero Arnaldo simplemente la observaba, tal que el enigma estuviera en su propio rostro y no en sus palabras.

—¡Dígame de qué me conoce, si se puede saber! —insistió, sintiendo que aquella conversación comenzaba a deslizarse por un terreno resbaladizo.

Arnaldo ladeó la cabeza, dejando caer el labio inferior con una expresión que oscilaba entre la indiferencia y la fatiga.

—Eres la madre de uno de los pajarillos enjaulados —musitó.

La frase se deslizó entre ellos como un eco siniestro. Penélope sintió que el aire se espesaba en la sala.

—¿Cómo sabe eso? —exclamó, sintiendo que la desesperación se le enredaba en la garganta—. ¿Es que acaso usted sabe algo de lo ocurrido? ¡Por favor, ayúdeme! ¡Se lo suplico! ¡Es mi última esperanza!

El alienado no contestó.

—¡Por favor! —su voz quebró la quietud de la sala—. ¿Usted ha visto quién se lo llevó?

Arnaldo suspiró, su aliento tembló en el aire.

—Debo salvar sus almas —murmuró, igual que si hablara consigo mismo—. Si pudiera salir de aquí…

—¿Qué almas? ¿A quién se refiere? ¿A los niños? Usted quiere salvarlos, ¿no es así? Pero, ¿de qué? ¿Y por qué se los arrebata a sus padres?

Penélope se inclinó sobre la repisa, tratando de aferrarse a cada una de sus palabras antes de que se escurrieran en la locura.

De pronto, Arnaldo se irguió y sus pupilas se dilataron como si viera algo que no estaba allí.

—¡Debo salir de este lugar! —gritó con los ojos abiertos de pánico—. ¡Ellas me encontrarán!

El corazón de Penélope le golpeó el pecho con furia.

—¡No entiendo nada! ¿Quiénes lo van a encontrar?

Arnaldo cerró los puños con fuerza. Su respiración se volvió errática.

—¡Las hijas del diablo me arrancaron la inocencia! ¡No puedo permitir que se repita lo que comenzó en Olorda!

El nombre resonó en la cabeza de Penélope. Olorda. Algo en su instinto le dijo que ese nombre era importante.

Arnaldo se abrazó a sí mismo. Sus brazos se apretaron contra el torso, como si intentara protegerse de algo invisible. Luego, lentamente, sus manos ascendieron hasta el rostro en un gesto de súplica, pero antes de que Penélope pudiera reaccionar, comenzó a rascarse con furia los hombros y los brazos.

—¡¿No lo ves?! ¡¿No lo ves?! —su voz se quebró en un jadeo—. ¡Los picores anuncian la trama de algo oscuro!

Penélope sintió cómo la desesperación le quemaba la piel.

—¿Dónde está mi hijo? —su voz se alzó en un ruego desesperado—. ¿Sabe cómo puedo encontrarlo o quién me puede ayudar? Es muy importante para mí.

Arnaldo no respondió.

—Usted también tuvo madre —continuó ella, tratando de apelar a cualquier resquicio de humanidad que quedara en él—. Imagínese que no supiera nada de usted. Imagínese su sufrimiento.

Por un instante, el hombre pareció paralizarse. Su cuerpo tembló, el labio inferior titubeó, como si en algún rincón de la memoria hubiera una sombra de lo que alguna vez fue. Entonces, sin previo aviso, se puso en pie. Su ira explotó en un estallido de gritos y movimientos espasmódicos. Comenzó a golpear los barrotes con furia, con los puños cerrados, con la mandíbula tensa, con una violencia que retumbaba en la sala como una campana de alarma. Los celadores irrumpieron con determinación. Penélope se echó hacia atrás, haciendo que su silla chirriara contra el suelo. Sin intercambiar palabra, los hombres sujetaron a Arnaldo por los brazos y lo inmovilizaron con destreza. Uno de ellos sacó una jeringa de su bata y, con un movimiento rápido, le administró un sedante.

—¡El hijo del policía fue uno de ellos! —aulló con una voz que hizo temblar a Penélope, antes de caer rendido a la droga—. ¿Tú también te harás policía para encontrar a tu hijo, Penélope?

Entonces, mientras lo arrastraban, comenzó a aullar. No como un hombre, sino como un lobo. Poco a poco, los gritos del interno se apagaron hasta quedar reducidos a un murmullo incomprensible, mientras su cuerpo perdía la tensión. La puerta se cerró y el golpe seco resonó en el aire como un latigazo. Penélope se quedó inmóvil, vacía, igual que el cubículo en el que se encontraba. Decepcionada. Agitada. Su corazón martilleaba en su pecho con una intensidad dolorosa. La silla era incómoda, pero sus músculos rígidos, entumecidos por la tensión, la mantenían anclada en su lugar. Ni siquiera tenía fuerzas para levantarse. Desde donde estaba, podía escuchar el eco de los pasillos: un murmullo ininteligible, arrastrado

como el viento que golpea contra una ventana cerrada. Un sollozo lejano. Un grito ahogado en la distancia. Aquellas paredes respiraban angustia.

Aquel hombre tenía miedo. Un miedo visceral, de esos que corroen la razón hasta volverla trizas. Y eso era lo que más temía Penélope: que ese terror estuviera relacionado con su hijo. Arnaldo había sufrido. Sus ojos no solo reflejaban locura, sino dolor, un sufrimiento acumulado que pesaba sobre sus hombros como una condena. Aunque también había dicho algo que la inquietaba profundamente. Él estaba convencido de que tanto Gustavo como Damián habían pasado por lo mismo. ¿Era una suposición? ¿O realmente sabía algo?

La frase sobre hacerse policía resonaba en su mente. ¿Por qué lo había dicho? Era evidente que Arnaldo había seguido los pasos de Rafael en su obsesiva búsqueda. Quizá también creyó que ese uniforme le daría respuestas, pero no podía dar nada por sentado. No podía confiar en todo lo que aquel hombre decía. No era descabellado pensar que buena parte de su discurso estaba teñido de delirio.

Respiró hondo y trató de recomponerse. Pidió visitar a Gustavo, pero le informaron que no estaba disponible. El doctor del centro lo estaba atendiendo. De todas formas, se dijo a sí misma que sería una pérdida de tiempo. Si no había hablado con su propio padre desde que lo encontraron, ¿por qué iba a hacerlo con ella?

Se masajeó las sienes. ¿Y ahora qué? ¿Qué le diría a Rafael? Él pensaría que le ocultaba información, que no quería compartir lo que había averiguado, pero lo cierto era que no tenía nada concluyente. Había entrado en un laberinto delirante y salido con las manos vacías. Solo un puñado de palabras confusas y un espectáculo enloquecido que no la llevaban a ninguna parte. No obstante, una idea le rondaba la cabeza. Arnaldo había insistido en lo mismo, tanto a Rafael como a ella. Todo había comenzado en Olorda. ¿Por qué ese lugar? ¿Por qué mencionarlo una y otra vez como si allí estuviera la clave de todo?

Tal vez, si quería entender lo que había ocurrido, tenía que empezar a buscar allí.

Capítulo 16 – El nido de las brujas

Penélope

El vehículo de la Policía traqueteaba con cada bache del camino y oscilaba de derecha a izquierda al tomar las curvas que serpenteaban hacia la antigua población de Santa Creu de Olorda. Penélope, con los brazos cruzados y la mirada fija en el paisaje monótono desde la ventanilla, se obligó a concentrarse en la información que había recopilado. La localidad había sido absorbida por los municipios de Molins de Rei, Sant Feliu de Llobregat y Sarrià en 1912, cuando este último aún era independiente antes de anexionarse a Barcelona en 1921. Posiblemente, era un dato irrelevante para la investigación, pero ella necesitaba aferrarse a hechos concretos. Le gustaba ir con toda la información posible.

Por ese motivo, no dudó en empaparse de todo lo relacionado con aquella población en la biblioteca universitaria. Vanesa se ofreció a ayudarla, con una amabilidad que Penélope todavía encontraba abrumadora. Incluso se prestó a acompañarla, pero Penélope declinó la oferta con cortesía. Le bastaba con saber que podía contar con ella. Lo que sí le preocupó fue el informe pendiente del análisis de los vegetales, una demora que le crispaba los nervios. Necesitaba respuestas, pero parecían escaparse como arena entre los dedos, deslizándose con una lentitud exasperante, como si el tiempo mismo conspirara para retenerlas fuera de su alcance.

Vanesa le confesó que antes de conocerla había sido una persona solitaria, una confesión que sorprendió a Penélope. Siempre la había visto como una mujer resuelta. Sin embargo, comprendía su historia: el miedo al rechazo era una sombra persistente, siempre al acecho, apagando poco a poco la confianza en uno mismo. Con el tiempo, tras conocerla, Vanesa había comenzado a abrirse y atraer amistades. Ahora se mostraba agradecida con ella por la influencia que había tenido en su vida. Penélope la miró con ternura, aunque

una voz en su interior le susurró que nada dura para siempre, que las personas vienen y van. Lo había aprendido a fuerza de golpes.

Rafael, en cambio, era diferente. Penélope le había pedido que la acompañara a Santa Creu de Olorda y, aunque al principio se mostró reticente, terminó cediendo. Sabía que él no veía sentido en aquel viaje, pero también que había aprendido a no discutir con su tozudez. ¿Por qué había aceptado? Tal vez porque desconfiaba de que ella pudiera arreglárselas sola. O quizá intuía que escondía información y esperaba sonsacársela por el camino. También cabía la posibilidad de que, en el fondo, confiara en su instinto, pero no lo admitiera. Fuera como fuese, le convenía que la llevaran. Le divertía esa manera discreta en la que Rafael intentaba protegerla, como si ella no supiera defenderse sola. Admiraba su calma y su fortaleza, pero se negaba a bajar la guardia. En otro tiempo, habría caído en sus brazos sin dudarlo. Ahora sabía que los únicos en los que podía confiar eran los suyos propios.

El polvo acumulado en el parabrisas apenas permitía distinguir el pequeño núcleo de casas unidas a una iglesia románica. A su alrededor, masías dispersas y envejecidas por el abandono se desparramaban por la ladera, como testigos silenciosos de un pasado que se resistía a desvanecerse. Collserola las envolvía con su manto de árboles, ocultándolas del mundo exterior. El cielo, cubierto de nubes, teñía de gris el horizonte. La temperatura era templada, pero el aire parecía denso, como si el lugar estuviera atrapado en una burbuja de tiempos pasados.

Comenzaron por visitar las casas más cercanas al templo y, poco a poco, fueron alejándose hacia el flanco derecho. Preguntaron sin éxito. Nadie sabía nada de un niño desaparecido. Penélope sintió la incomodidad de Rafael a su lado. No hacía falta que dijera nada; su expresión serena y sus manos en los bolsillos eran suficiente. Estaba convencido de que todo aquello era una pérdida de tiempo. Y quizás lo era, pero ella no podía rendirse. No cuando su intuición le gritaba que había algo oculto en aquel lugar. Un hombre encerrado en un manicomio aseguraba saber algo. Penélope necesitaba averiguar

qué. Cuando llegaron a la última casa y el masovero estuvo a punto de cerrar la puerta tras despedirse, una idea cruzó su mente como un relámpago.

—¡Espere, no cierre! —su tono fue más apremiante de lo que pretendía. Rafael alzó una ceja, desconcertado.

El hombre se detuvo y la miró con recelo.

—Ya sé que no sabe nada sobre un niño desaparecido, pero… ¿aquí ha ocurrido algo siniestro que pudiera haber afectado a un niño?

El anciano se quedó en silencio. Su mirada se perdió en la tierra del suelo. Cuando habló, su voz sonó más suave.

—Deberían hablar con el antiguo párroco. Él conoce todas las historias de este lugar. Lo encontrarán en la taberna.

El viento comenzó a soplar con una humedad inesperada, y una bruma baja se arrastró por el suelo como dedos espectrales.

La taberna no era difícil de localizar; en un pueblo tan pequeño, solo podía haber una. Frente a la puerta, un hombre fumaba en silencio y les indicó con la cabeza el interior. Allí, sentado en la barra con un vaso de vino, un viejo parecía debatirse entre el sueño y el aburrimiento. Mantenía una conversación con el camarero, a pesar de que este parecía no prestarle atención alguna.

Cuando los vio, sus ojos se iluminaron con la chispa de quien se alegra de una novedad. Se presentó como Manuel, con una familiaridad que no esperaba.

—Conozco este lugar desde que era un niño —comentó, mientras giraba el vaso con un gesto pausado y deliberado, sin apartar la mirada, igual que si aquel simple acto tuviera un significado oculto —. Mis padres vinieron desde Madrid, huyendo de unas acusaciones de fraude.

Penélope se tensó. La palabra resonó en su mente. Fraude.

—Supongo que mi familia quería limpiar su honor —continuó Manuel —. Por eso me inculcaron la misión de servir al señor.

Penélope sintió un extraño escalofrío. No le gustaba que le hablaran de honor. No en esos términos, pero Manuel la miraba con curiosidad, como si ya hubiera adivinado algo en ella. Le contó a lo que se dedicaba.

—Dices que investigas fraudes —añadió con una sonrisa ladeada—. ¿Tus padres eran delincuentes?

La pregunta la atravesó como un cuchillo. No respondió. No podía. Mucho menos delante de un policía. Rafael desvió la mirada. No la presionó. No lo haría, pero ella sabía que, tarde o temprano, alguien descubriría la verdad. Y entonces… entonces ya no habría escapatoria. Aunque, ahora, debía cumplir el pacto de silencio que había acordado con el padre.

Ante la pregunta de Penélope sobre la posibilidad de algún drama ocurrido en Santa Creu de Olorda en el que hubiesen intervenido menores, Manuel no dudó en responder.

—Hace muchos años… por lo menos cuarenta —comenzó, girando el vaso en su mano como si removiera los recuerdos junto al vino—, aparecieron unas hermanas desconocidas en la escuela del pueblo. Decían que sus padres las habían abandonado y que querían hacer lo mismo que los otros niños.

Su tono, hasta entonces despreocupado, adoptó un matiz más grave.

—Vivieron más de dos años en una masía perdida en el interior de Collserola, de modo casi salvaje. No tenían un referente que les enseñara qué estaba bien y qué estaba mal. Sobrevivían cultivando la tierra y cuidando unos pocos animales, pero cuando se presentaron en la villa, ya no les quedaba nada.

Penélope se estremeció. Sabía lo que era aprender a valerse por sí misma, pero aquello sonaba más cercano a la supervivencia que a la autonomía.

—A través de la parroquia se les concedieron ayudas —continuó Manuel—. Ropa, comida, libros, material escolar… todo donado por

las familias del pueblo para que pudieran integrarse. Al principio se quedaron en una pequeña vivienda anexa a la iglesia, bajo el cuidado de una feligresa. Parecía que todo iba bien. Aunque… —Tomó un largo trago de vino antes de continuar— nos dimos cuenta demasiado tarde de que no era así.

Penélope se inclinó ligeramente hacia adelante, sin perder detalle de la conversación.

—En la escuela fueron blanco de burlas y desprecio —continuó—. Se reían de ellas por su ropa raída y su carácter huraño, siempre apartadas del resto, como si el mundo entero les fuera ajeno. Nadie intervino ni se dio cuenta de hasta qué punto las estaban empujando al aislamiento… hasta que comenzaron a suceder cosas extrañas.

La mirada de Manuel se perdió, por un momento, a través de la ventana, dejando que el silencio pesara un instante antes de continuar.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó Penélope, inclinándose ligeramente hacia adelante, atrapada por la intriga.

—¿Por qué no nos sentamos en una mesa y se piden algo? —propuso Manuel, levantando un dedo al camarero, quien ahora prestaba atención a la conversación.

—Me parece una buena idea —dijo Rafael con su habitual calma, mientras Penélope reprimía un suspiro de impaciencia.

Se trasladaron a una mesa apartada. Manuel los observó con cierta picardía antes de soltar:

—¿Ustedes no serán familia de las Carbonell?

—¡No! ¿Quiénes son? —preguntó Penélope, con creciente impaciencia.

Manuel apoyó los codos en la mesa y, con un aire de importancia, declaró:

—Las asesinas de Olorda.

La frase quedó suspendida en el aire, como un eco sombrío.

—Las cuatro hermanas de las que hablamos —prosiguió—. La justicia las buscó durante años, pero dudo que sigan con ello. Me parece que dejaron de intentarlo cuando prescribieron los delitos. En aquella época, todo funcionaba de manera… irregular.

Penélope sintió que algo le hormigueaba en la nuca. Miró de reojo a Rafael, pero él solo observaba con la misma expresión neutra de siempre.

—Al principio —continuó Manuel—, algunos aldeanos se quejaban de robos. No imaginábamos que unas niñas, de las cuales la mayor apenas tenía doce años, tuvieran algo que ver. Durante un tiempo se intentó que fueran adoptadas, pero nadie quería a unas niñas criadas de forma salvaje. Como no podían quedarse en la casa de Dios, fueron devueltas a su masía, con la condición de que siguieran asistiendo a clase. Se les asignó una tutora, pero entonces todo adquirió un matiz demasiado siniestro, imposible de ignorar.

Apuró el vaso de vino antes de seguir.

—Los paisanos contaban historias. Un niño dijo haberlas visto bailando alrededor de una poza en el bosque. Otros afirmaban que, en noches de luna llena, surgía una niebla oscura de ese lugar y que, tras cada tormenta eléctrica, los campos amanecían secos y las hojas de los árboles caían antes de tiempo.

Penélope cruzó los brazos. Historias de pueblo, seguramente, pero su instinto le decía que allí había algo más que supersticiones.

—Luego empezaron a desaparecer niños. Justo los que las habían acosado en la escuela. Nadie sospechó de ellas hasta que encontraron a uno, gravemente herido en el bosque. Él las delató. Entonces… alguien decidió hacer justicia por su cuenta.

Hizo una pausa, mirándolos con ojos vidriosos.

—El marido de la cuidadora denunció que ella no había vuelto a casa. Reunió a un grupo de aldeanos y fueron a la masía para

hacerlas pagar por lo que habían hecho. Sin embargo, cuando llegaron, las hermanas ya se habían escapado.

Rafael giró levemente la cabeza, como si analizara cada palabra.

—Sin embargo, el hijo del matrimonio también desapareció. El padre nunca dejó de buscarlo… y juró vengarse.

Penélope sintió un nudo en el estómago.

—¿Sabe si los niños desaparecidos fueron encontrados?

Manuel negó lentamente con la cabeza.

—No. Aunque sí hallaron el cuerpo de la cuidadora… Estaba en las cuevas del Oro, cerca de la iglesia. Y no estaba sola. Encontraron otro cuerpo que llevaba años allí.

Bajó la voz, igual que si la revelación fuera un secreto prohibido.

—Era la madre de las Carbonell. Lo supimos por un colgante que llevaba en el cuello… o lo que quedaba de él.

Un frío repentino recorrió la espalda de Penélope, como si algo invisible le rozara la piel.

—Después de aquello —prosiguió Manuel—, la gente estaba convencida de que las hermanas habían lanzado un maleficio sobre el pueblo. Subimos al monte. Mientras las campanas repicaban, rezamos salmos y maldijimos a las que traían la desgracia. Después se clavó una cruz en la cima más alta de Olorda para proteger a los buenos cristianos.

Se encogió de hombros.

—Eran otros tiempos —dijo, casi como una excusa—. Si quieren, puedo llevarlos a la masía. Así entenderán mejor lo que les he explicado y con suerte podrán encontrar algún significado a esta visita.

Se levantó con dificultad, tambaleándose apenas. Cedió el paso a Penélope y, al verla caminar, la miró con descaro. Rafael frunció el ceño.

—¿Se cree que por haber sido cura y viejo no sé apreciar la belleza? —dijo Manuel, con una media sonrisa.

Rafael suspiró y decidió ignorarlo.

—¿Por qué colgó los hábitos? —preguntó con tono neutro.

Manuel pareció reflexionar.

—Creo que, con el tiempo, dejé de sentirme en deuda con Dios.

Caminaron en silencio hacia la vaguada. Tras cruzar un arroyo seco, subieron por la ladera hasta una casa de piedra en ruinas. Cuando Penélope empujó la puerta, algo cayó al suelo. Un crucifijo de madera. No le dio importancia.

En el interior, las cortinas roñosas colgaban sobre un suelo oscurecido por la humedad. Las grietas de las paredes dejaban ver el moho y las telarañas que se apoderaban de cada rincón. En un aparador, una foto antigua mostraba a una pareja sonriente con cuatro niñas. La más pequeña sostenía las manos de su padre. A los pies del marco, descansaba un collar trenzado con cuerda y diminutos huesos blanquecinos, gastados por el tiempo.
Algo en su forma, en su inquietante sencillez, despertó un eco en la memoria de Penélope, un destello fugaz de un recuerdo aún difuso.

—Yo he visto esto antes… —susurró.

—¿El colgante? —preguntó Rafael.

—Sí, pero no recuerdo dónde.

Manuel sonrió con amargura.

—Es igual al que encontramos en el cadáver de la madre.

Entonces, un grito desgarrador los hizo girarse. Un vagabundo los miraba con los ojos desorbitados.

—¡Sacrílegos! ¡Quién osa tocar la cruz que nos protege del mal! ¡Nadie entra en la casa de Satanás sin pagar un precio! —amonestó entre voces de irritación.

Manuel suspiró y dijo con tono cansado:

—No se preocupen. Perdió la cabeza hace años… Él es el marido de la difunta cuidadora de las hermanas. Estuvo muchos años buscando a su hijo. Después de su fracaso, volvió así.

—¡Venga, Ventura! Que solo son unos turistas —le dijo Manuel al demente en catalán, con la condescendencia de quien ya ha visto demasiadas veces la misma escena.

Penélope observó al hombre con disimulado temor. ¿Así terminaría ella si no encontraba a Damián? ¿Errando sin rumbo, atrapada en la locura de la pérdida? ¿Cómo podría seguir adelante sin su hijo?

—¿Cuál es su nombre? —preguntó con una mezcla de lástima y curiosidad en la voz.

Prefería mantener cierta distancia con aquel hombre trastornado, pero algo en su mirada perdida la inquietaba.

—Buenaventura Dante —contestó Manuel, como si el nombre pesara en su lengua.

El eco del apellido la golpeó de inmediato.

—¿No será el padre de Arnaldo Dante?

El desconcierto la hizo tropezar con una rama, pero logró recuperar el equilibrio antes de caer. Rafael la miró con sorpresa. No se esperaba esa pregunta. Manuel, en cambio, parpadeó un par de veces antes de asentir con el ceño fruncido.

—¡Sí! —exclamó—. ¡El niño desaparecido! ¿Sabe algo de él?

La urgencia en su voz contrastaba con la indiferencia con la que había relatado la historia de las Carbonell.

—En efecto —respondió Penélope con un tono más grave—, pero no está mucho mejor que su padre.

Manuel la miró en silencio por un instante y luego suspiró, encogiéndose de hombros.

—En ese caso, mejor que sigan como están. La locura no tiene retroceso, aunque ya no exista lo que la originó —resolvió el antiguo

párroco con sabiduría.

Rafael tensó la mandíbula. Su expresión permanecía imperturbable, pero Penélope conocía ese gesto. No estaba de acuerdo. Tal vez porque sabía demasiado bien lo que era luchar contra algo que parecía irreversible.

Buenaventura Dante tomó el crucifijo caído y lo volvió a colgar en la puerta con manos temblorosas. Luego se santiguó una y otra vez, murmurando palabras entrecortadas, como si cada rezo fuera una barrera contra algo invisible. Sin embargo, cuando alzó la vista hacia ellos, su mirada estaba cargada de furia.

—¡No os iréis de rositas, pecadores! —rugió con una rabia que le crispó los músculos del rostro—. ¡Alguien traerá tristeza a vuestras vidas!

Penélope se santiguó instintivamente. No era supersticiosa, pero aquellas palabras sonaban demasiado parecidas a una maldición como para ignorarlas. Manuel los abandonó con la excusa de tener que visitar a una familia de las cercanías. Aunque, antes de irse, se aseguró de que la pareja recordara bien las indicaciones para regresar al coche desde aquel lugar perdido entre frondosos árboles.

El camino de vuelta transcurrió en silencio. Al pasar junto a una masía habitada, Penélope se detuvo un instante. Frente a la casa crecían unos hibiscos encarnados, y su vibrante color parecía desafiar la decadencia del entorno. Se quedó mirándolos, abstraída.

—Me encantan estas flores —murmuró, más para sí misma que para Rafael.

No supo en qué momento su cuerpo comenzó a temblar. Un frío repentino la envolvió, como si el aire hubiera cambiado bruscamente. No iba preparada para el descenso de temperatura en aquella zona. Rafael, sin decir nada, se quitó la chaqueta y la colocó sobre sus hombros con un gesto automático. No le preguntó si la quería. No le dio tiempo a rechazarla. Penélope lo miró de reojo, sintiendo un leve rubor en las mejillas. No estaba acostumbrada a esos gestos. Se sintió azarada. En silencio, ambos contemplaron el

cielo enrojecido que anunciaba el fin del día. La luz agonizaba en un último aliento, mientras las estrellas comenzaban a titilar con timidez.

Cuando regresaron al coche, la sensación de vacío se hizo aún más grande. Se miraron, pero en sus ojos no había satisfacción, solo la certeza de que se marchaban de allí con más dudas de las que traían. No tenían ninguna prueba que relacionara a las hermanas Carbonell con el secuestro de Damián. Todo lo que habían descubierto era una historia enterrada por el tiempo, una serie de fechorías que nunca fueron confirmadas. Tal vez Arnaldo Dante no tenía ninguna conexión con el caso. Tal vez todo lo que dijo en el sanatorio solo hablaba de su propio pasado. ¿Y si Penélope había escuchado solo lo que quería oír?

El collar de huesos… ¿realmente lo había visto antes o su mente le estaba jugando una trampa? Ya no estaba segura de nada.

Se habían mantenido en silencio durante la última mitad del camino, cuando el vehículo de la Policía se detuvo frente a la casa de Penélope, en la calle Gomis. Entonces, de pronto, ella rompió esa barrera invisible.

—Quiero contarte mi historia —dijo, sin mirar a Rafael.

Él no respondió de inmediato, pero su atención estaba fija en ella. Con voz pausada, Penélope comenzó a sincerarse. Le habló sobre el hombre del que se enamoró, aquel con quien creyó tener un futuro… hasta que descubrió que estaba casado. Le habló de su padre, Justo Maspons, el empresario que intentó arrebatarle a su hijo para proteger el nombre de la familia. Le confesó cómo tuvo que amenazarlo con revelar oscuros secretos familiares para evitar que Damián fuera dado en adopción sin su consentimiento. Al final, ganó la batalla, pero a un precio muy alto: fue despreciada por su familia. Sobrevivió sola con su hijo, con la única excepción de su hermano Tomás, quien fue el único que se quedó a su lado.

—¿Y el padre de Damián? —preguntó Rafael con cautela.

Penélope desvió la mirada.

—No puedo decirlo.

Su voz sonó firme, pero Rafael notó la tensión en su mandíbula. Ella cambió de tema con rapidez. Le habló de su otro hermano, Felipe, el favorito de su padre. Le contó cuánto se esforzó en ser la hija ejemplar, la que estudiaba, la que intentaba ganar su aprobación… solo para descubrir que nada de eso importaba. Felipe siempre fue el niño de sus ojos. Y cuando ella fracasó, lo vio en la mirada de su hermano: la satisfacción de quien había ganado sin siquiera haber competido. Desde entonces, no volvió a tener contacto con ellos. El silencio que se instaló después fue distinto, más intenso. Rafael no la interrumpió. No le ofreció consuelo ni palabras vacías. Solo la dejó hablar. Por primera vez en mucho tiempo, Penélope sintió que alguien realmente la escuchaba y la comprendía.

También le confesó que el reloj encontrado en la escena del delito pertenecía a su hermano pequeño y que había sido robado por una indigente antes de la desaparición de Damián. Estaba convencida de que se trataba de la misma persona que había estado merodeando por su barrio días antes del secuestro de su hijo.

—No le diga nada a Diego sobre el reloj —le pidió Penélope, con una súplica velada en la voz—. Está obsesionado con culpar a mi hermano. No va a creer que se lo arrebataron.

Rafael asintió sin discutir. Luego, en señal de reciprocidad, decidió compartir con ella algunos hallazgos recientes que reforzaban las sospechas que tenía sobre Diego. El cubano explicó que había entrado en la sala de archivos del cuartel, donde se guardaban las pruebas. Abrió la caja con las pertenencias de Damián y enseguida notó que algo no cuadraba. La ropa encontrada en el coche de Tomás era de verano: pantalón corto y camiseta ligera. Sin embargo, Damián desapareció en otoño. Debería haber llevado prendas de abrigo.

Penélope sintió que el aire se volvía pesado.

—¡Nunca me mostraron la ropa encontrada! —exclamó, descompuesta. Alzó los brazos con frustración, golpeándose sin

querer la mano contra el vidrio de la ventanilla. La toquilla que llevaba sobre los hombros resbaló hasta su cintura—. ¡Siempre me dijeron que coincidía con la descripción que di en el interrogatorio!

Rafael, con su habitual templanza, intentó calmarla.

—¡Está bien! No nos precipitemos. Es posible que haya sido un simple error del inspector —sugirió con voz medida.

Penélope giró bruscamente la cabeza hacia él, con los ojos chispeando incredulidad.

—¿Qué? —Su tono era casi una exclamación—. ¡Está usted loco! Pensé que estaba de mi parte.

Rafael suspiró y le sostuvo la mirada sin inmutarse.

—Lo estoy, pero déjeme hacer las cosas a mi manera. Recuerde lo que me dijo sobre Arnaldo Dante: que no podía entender sus palabras porque estaba demasiado afectado por lo que había hecho. Aplíquese el consejo. No saque conclusiones apresuradas. Comenzó a bajar el cristal de la ventanilla con la manivela, luego sacó un cigarro del bolsillo y se lo colocó entre los labios.

—Un escritor francés que murió hace poco decía: Para ver claro, basta con cambiar la dirección de la mirada.

Encendió el cigarro con una cerilla y dejó que el silencio hiciera eco a su promesa.

—Descuide, llegaré al fondo del asunto. Se lo prometo.

Penélope exhaló ruidosamente. No pudo hacer otra cosa que resignarse.

—Seguramente tiene usted razón, Rafael. Aunque ahora no lo sienta —admitió con amargura, ajustándose de nuevo la toquilla sobre los hombros—, pero es mi hermano el que está encerrado. No puedo evitar sentir rabia por esta mezquina manipulación policial. ¡Por favor, haga todo lo posible por sacarlo de prisión! No se merece esto… después de todo lo que ha sufrido.

—Por supuesto. Si se demuestra que la investigación ha sido manipulada, su hermano será liberado automáticamente —afirmó Rafael, con una sinceridad que no necesitaba más explicaciones.

Penélope cerró los ojos un instante, murmurando con un hilo de voz:

—¡Dios le escuche! —imploró la mujer al aire.

Rafael asintió con gravedad y, tras una calada pausada, cambió de tema.

—Respecto al reloj de Tomás, no se preocupe. No diré nada… al menos por ahora. Hay bastantes indicios —repito, indicios, no pruebas— de que esta investigación está lejos de parecer seguida de forma ética.

Luego la miró de reojo.

—Dígame, ¿sigue creyendo que Arnaldo sabe algo sobre la desaparición de Damián?

Penélope desvió la vista hacia la carretera. La ciudad comenzaba a extenderse ante ellos con su manto de farolas centelleantes.

—A estas alturas ya no sé qué creer —murmuró—. No entiendo cómo ese hombre sabía cosas que jamás le había contado.

Rafael arqueó una ceja.

—¿Cómo qué?

Penélope dudó un instante antes de responder.

—Insinuó que yo estaba en la misma situación que tú… perdón, usted.

—No se preocupe. Está bien. Ya es hora de que nos tuteemos, ¿no crees? —propuso Rafael con una media sonrisa.

Penélope sintió un leve calor en las mejillas.

—Me parece bien —susurró.

Después aclaró su garganta y continuó:

—Arnaldo dijo que tu hijo era uno de los capturados. Me preguntó si pensaba hacerme policía, igual que tú, para encontrar a Damián. Como si estuviera en la misma situación en la que estuviste hace nueve años.

Rafael mantuvo la vista en la carretera, pero su expresión se ensombreció.

—En cierto modo, lo estás. Eso no significa que nuestros hijos hayan sido secuestrados por las mismas personas —aclaró con voz neutra.

Penélope tamborileó los dedos sobre su regazo, inquieta.

—Él sabía cosas de mí que nadie sabe… —murmuró—. Creo que Gustavo debe saber dónde está mi hijo.

Rafael giró la cabeza hacia ella con incredulidad.

—Eso es absurdo.

Su tono fue más cortante de lo habitual.

—No es capaz de decir ni una palabra —continuó, visiblemente molesto—. Sé que confías en tu intuición y lo respeto. Siempre he pensado que las personas intuitivas son poco valoradas, pero te pido que mantengas a mi hijo al margen de esto. Él ni siquiera es consciente de que existes.

El tono protector en su voz hizo que Penélope se removiera en el asiento.

—Siento mucho haberlo mencionado. No fue mi intención involucrarlo… Me imagino lo duro que debe ser para ti —se disculpó con sinceridad.

Rafael no respondió de inmediato. Solo exhaló el humo con lentitud, observando cómo las luces de la ciudad aparecían ante el parabrisas. Aunque no lo dijo en voz alta, Penélope supo que lo había aceptado.

Damián

Damián se encontraba solo, bajo la gélida noche del bosque. Encogido en el hueco de un tronco que únicamente le cubría el torso. El frío se le clavaba en los huesos como si fueran cuchillas invisibles. Intentaba contener los temblores, pero su cuerpo traicionaba su voluntad con sacudidas espasmódicas. Seguía empapado, y cada gota helada que resbalaba por su piel era una punzada de dolor. Sabía que no aguantaría hasta el amanecer. Sin embargo, aún seguía con la idea de huir, aunque no pudiera moverse. No podía pensar con claridad. Nada más podía sentir el frío devorándolo desde dentro.

El miedo lo tenía atrapado, tanto como la escarcha. Había decidido quedarse allí, resistir hasta que los albores del nuevo día le mostraran una salida entre aquel laberinto de zarzas. Aunque ahora su mente le jugaba una cruel trampa: la visión de la chimenea encendida en el gran comedor de la maldita anciana. Nunca había estado allí, pero el pobre Jorge, que en paz descanse, se lo había descrito con tanto detalle que sentía que lo conocía. Podía ver la piedra ennegrecida por el hollín, los bancos de madera desgastados, las mantas gruesas cubriendo los asientos. Imaginaba el calor envolviéndolo, devolviéndole la vida. Su cuerpo ansiaba aquel refugio, aunque su alma gritara que nunca podría sentirse a salvo en aquella casa.

Había algo aún peor que el frío: una cosa que no podía borrar de su mente. La imagen de Jorge, su rostro azulado, sus ojos abiertos en una expresión de asombro perpetuo mientras el río lo engullía, el instante exacto en que la vida le fue arrebatada, quedó impreso detrás de sus párpados, persiguiéndolo en cada pestañeo, en cada sombra del bosque. Había crecido entre la violencia de una guerra, había visto castigos en la escuela, niños de su edad azotados con la regla, obligados a sostener libros hasta que los brazos les dolieran. Aunque eso… eso era otra cosa. Presenciar cómo mataban a alguien de modo tan cruel e imperturbable, cómo una vida se apagaba sin razón, era un peso insoportable sobre su pecho. No podía entender

cómo una persona podía tomarse la licencia de imponer un castigo tan severo.

Observó sus propias manos, entumecidas, violáceas. Igual que sus pies, que apenas ya sentía. Soportar esas temperaturas sin ropa le parecía a Damián totalmente despiadado. Su cuerpo le avisaba de lo inevitable. Si no se movía, si no hacía algo, la muerte lo reclamaría antes de que el sol apareciera. Por un instante, la idea de volver a la casa se coló en su mente. ¿Sería posible? Tal vez aún había tiempo. Intentó levantarse, pero sus músculos no respondieron. Un susurro de desesperación escapó de su garganta. Quizá ya era tarde.

Entonces, un sonido quebró el silencio: el ulular de un búho. Cercano, insistente, casi burlón. Damián lo escuchó tal que el ave lo estuviera llamando a despertar, a no rendirse. Sin embargo, él estaba demasiado agotado para asustarse. Demasiado vacío para responder. Aun así, el animal no cejaba en el empeño, como si supiera que, si el niño se llegaba a dormir, jamás despertaría. Algo en aquella persistencia lo hizo sonreír, o tal vez solo fue un espasmo. Una risa que sonó más a tos.

El pájaro se posó sobre una rama, cerca de él, y su ulular se transformó en una voz. La voz de alguien conocido. Una que resonaba en su memoria, lejana pero inconfundible: ¡Vamos, Damián, siete, ocho, nueve… hasta quince! ¡Tú puedes! Su antiguo profesor de gimnasia, gritándole en el patio, empujándolo a seguir, a no rendirse. ¡Uno, dos, tres… levántate!

La rabia brotó de lo más profundo de su ser. Apretó los dientes, se aferró al tronco con todas sus fuerzas y, como un animal herido que se resiste a morir, se puso de pie. Un temblor lo recorrió de pies a cabeza, como si el frío intentara volver a derribarlo. Agarró una rama y la lanzó contra el búho. No soportaba más aquella insistencia. Sin embargo, la voz no se apagó. Seguía dentro de su cabeza, retumbando en sus oídos. ¡Tú puedes, Damián!

Arrastró los pies. Cada paso era un suplicio. Su piel desnuda se erizaba con cada ráfaga de viento, y el cuerpo se le estremecía en

espasmos involuntarios, pero la voz seguía empujándolo. A lo lejos, vio la luz de la casa. La chimenea. Ya no pensó en el peligro, ni en la anciana. Solo en el calor, en la posibilidad, por remota que fuera, de sobrevivir. Corrió, o al menos lo intentó, pero antes de alcanzar la puerta, algo lo golpeó en la cabeza. Pudo notar cómo un dolor punzante explotaba en su sien, y la oscuridad lo envolvió.

Cuando hubo despertado, un ardor le taladraba el cráneo. Intentó moverse, pero el cuerpo entero era un solo grito de dolor. Se obligó a abrir los ojos. Estaba en la cabaña. A su lado, un montón de ropa seca. Se la puso con torpeza, sus manos rígidas apenas le obedecían.

Por la mañana, seguía sin haber conciliado el sueño. La inquietud lo mantenía alerta. Sabía que Águeda podía sospechar, que lo había visto, y que conocía el escondite del arma. Y el frío… el frío aún no lo abandonaba. Brincaba, se frotaba los brazos, pero el hielo seguía dentro de su piel, incrustado en sus huesos.

A pesar de todo, nada impidió que aquella arpía lo echara fuera a patadas bien temprano.

—Te pondré a prueba —le dijo, con su voz cruel y seca—. Si no sirves, no tendré razones para salvarte.

Caminaron más de hora y media. La calle Balmes se alzó ante él como una sentencia. Sabía lo que debía hacer. Era su última oportunidad. Con voz firme, contó a Águeda su plan. Conocía la casa de un hombre rico. Sabía cómo entrar. Había estado allí antes, observando en silencio cómo vivía aquella gente. No habría nadie dentro.

Se escabulló por el hueco entre la valla y la pared. El hambre lo había adelgazado lo suficiente como para deslizarse con facilidad. Una vez en el jardín, se quedó inmóvil por un instante, mirando el estanque de nenúfares y la escultura de la mujer con cuerpo de león. Sus ojos de piedra lo miraban con tristeza. Como los de su madre. Se obligó a moverse. Encontró una ventana entreabierta, trepó con agilidad y se deslizó al interior. El aire denso y tibio le

golpeó la piel helada. Esperó detrás de una cortina gruesa. Escuchó un sonido rítmico: ronquidos. Deslizó la tela con cuidado, y pudo observar a un hombre acostado en una cama señorial. Su calvicie incipiente relucía bajo la tenue luz.

A Damián le sobrevino una sonrisa. La vulnerabilidad con la que lo encontró le hizo gracia. Esperaba a alguien en una situación más amenazante. El niño extendió una mano y tocó la cabeza del señor. De pronto, este despertó y lo sujetó por el brazo. Damián logró zafarse, pero el tirón hizo que algo cayera de la mesita de noche. Un estrépito de cristal roto quebró el silencio. Cuando Damián alcanzó la puerta, echó un último vistazo. El hombre seguía en la cama, se había vuelto a dormir, y en la alfombra, una mancha oscura delataba su visita. El estómago se le encogió al percatarse de que el durmiente no emitía sonido alguno. ¿Estaría muerto? Volvió sobre sus pasos y comenzó a zarandearlo. Algo dentro de él le decía que ese hombre no despertaría esta vez.

—¡Venga, despierte! ¡Tiene que ayudarme! —suplicó Damián con desesperación.

Apenas obtuvo una respuesta. Un ojo se entreabrió fugazmente, solo para cerrarse de inmediato, como si aquel cuerpo estuviera a punto de expirar en ese mismo instante. Damián contuvo la respiración y acercó su oído al pecho del desconocido. El alivio lo recorrió cuando sintió el tenue ritmo del corazón. Aún vivía, pero no había tiempo. No podía hacer nada por él. Debía continuar con lo planeado.

Se incorporó con determinación, pero un escalofrío le recorrió la espalda al notar un movimiento tras la cortina. Se quedó rígido. Su pulso se desbocó. No estaba solo. Un susurro le heló la nuca.

—¿Qué demonios haces? ¡Date prisa!

Damián giró la cabeza de golpe. Uno de los niños que lo habían acompañado estaba allí, observándolo con impaciencia. El niño le informó en un murmullo entrecortado: Águeda estaba esperando en la puerta del piso. Uno de los chicos había lanzado una pelota contra

un cristal del vestíbulo para atraer al portero y darle tiempo al grupo de escabullirse dentro. No había más opción. El plan ya estaba en marcha.

Damián se obligó a moverse. Con una última mirada al hombre que yacía sobre la cama, dejó el lugar disponible, listo para ser saqueado, con la decepción de no haber podido dejar ni tan siquiera una nota de socorro. Cuando llegó al vestíbulo, la figura de Águeda se recortó en la penumbra, observándolo con una severidad que le encogió el estómago. Su rostro, pétreo, no mostraba emoción alguna, pero su mirada taladraba como una aguja en el pecho del niño. Entonces, un surco de sudor resbaló por la frente de la anciana. Sin previo aviso, su mano se alzó y le cruzó la cara con una bofetada que lo dejó aturdido.

—¡Vámonos de aquí enseguida! —ordenó con dureza, dirigiendo su vista hacia la calle.

Sin embargo, el portero ya había regresado y, con el ceño fruncido, barría los restos del cristal roto. De vez en cuando, levantaba la cabeza y oteaba el exterior, buscando con furia al responsable del daño.

—¡Alguien debe volver a distraerlo! —exigió la anciana con voz perentoria, mientras los inducía a ocultarse.

El niño que había entrado con Damián salió disparado hacia la calle. El portero arrojó la escoba y se lanzó a la carrera tras él, mientras soltaba un rugido de furia. Era la señal. Uno a uno, los niños salieron del edificio a toda prisa, pero algo salió mal. El portero regresó antes de lo esperado. Su rostro, congestionado por la rabia, delataba su intención de llamar a la policía. Damián vio cómo uno de los chicos más grandes, sin dudarlo, se abalanzaba sobre él y le asestaba un golpe. El vigilante cayó tras el mostrador.

No hubo tiempo para pensar. Escaparon. Corrieron con todas sus fuerzas, jadeando en la helada madrugada, subiendo la calle Balmes hasta que dejaron atrás la ciudad. Solo cuando estuvieron lo suficientemente lejos, ocultos en la espesura del bosque, Águeda se

volvió hacia Damián con una expresión en la que hervían el enojo y la sospecha.

—¡¿Por qué has elegido esta casa, estúpido?! —espetó con una voz que reverberó entre los árboles.

Damián tragó saliva.

—No sé… —dudó—. Mi tío siempre me decía que él podría haber vivido en una casa así cada vez que pasábamos por aquí.

La mirada de Águeda se endureció.

—¡No me creo que esta sea la única casa en la que te has fijado! ¡Precisamente esta! —gruñó, y antes de que Damián pudiera responder, su mano le agarró del pelo, tirando hacia arriba sin piedad—. ¡Dime, ¿de qué conoces ese piso?!

Damián ahogó un gemido de dolor.

—¡Ay, ay! ¡Me hace daño!

La anciana no lo soltó.

—Dime, ¡quién te ha dicho que ahí tienen dinero!

—Mi tío me dijo que no lo contara… ¡Ay, por favor! —balbuceó el niño, con los ojos empañados.

Águeda torció el gesto en una mueca de desprecio.

—Cuando lleguemos a la casa, te arrancaré el pelo con unas tenazas… —susurró con frialdad—. Luego seguiré con las uñas. Primero las de las manos, después las de los pies…

El miedo se apoderó de Damián.

—¡No, por favor! ¡Está bien! ¡Lo diré!

El aliento de la anciana olía a tabaco y a carne rancia cuando se inclinó sobre él.

—Habla.

Damián cerró los ojos, sintiendo cómo las palabras se deslizaban de su boca como una confesión arrancada a golpes.

—Mi tío me decía que ahí vive mi padre.

Un silencio brutal cayó sobre ellos. Águeda lo miró con ojos inyectados en incredulidad. De repente, su rostro se crispó. Su boca escupió un bufido de furia.

—¿Será posible? ¡Esto parece una burla!

Su pie se elevó y le propinó una patada brutal en el estómago. Damián cayó al suelo, jadeando, doblado sobre sí mismo por el impacto.

—Qué más da quién viva ahí —logró decir con voz entrecortada mientras se incorporaba.

La anciana lo observó. Sus ojos oscuros centelleaban con una mezcla de ira y… ¿miedo?

—Claro que importa —dijo con voz grave, casi como un gruñido—. En este caso, importa.

Le sostuvo la mirada con tal intensidad que Damián sintió que le perforaba el alma.

—No podemos entrar en esa casa. ¿Entendido?

Damián asintió sin comprender del todo, pero algo, en lo más profundo de su instinto, le dijo que no debía hacer más preguntas.

Capítulo 17 – Abuso

Penélope

Penélope aguardaba en una amplia sala de la Universidad de Barcelona. No había estado allí antes, pero la disposición inclinada de las mesas sugería que se trataba de un aula de dibujo o diseño. El aire estaba impregnado de un tenue olor a tiza y papel envejecido, mezclado con el rastro de tinta y barniz que flotaba en la penumbra de aquella estancia poco iluminada. Algunas ventanas altas permitían la entrada de una luz grisácea, filtrada por la humedad persistente de la ciudad.

Había llegado hasta allí gracias a un detalle insignificante, un vestigio de esperanza hallado, irónicamente, bajo el puente de los suicidas. Un mensajero, con el aire apresurado y la chaqueta gastada por el uso, había llamado a su puerta con una nota de Vanesa. En pocas líneas, su amiga le comunicaba que ya sabían de qué planta provenían los restos hallados en aquellos cartones cerca de su casa.

Vanesa había salido en busca de Adrián, su colega Botánico de la facultad. Mientras tanto, Penélope trataba de controlar su impaciencia. Se preguntó si aquel edificio siempre había sido tan frío o si la sensación nacía de su propia inquietud. Se frotó las manos y desvió la mirada hacia una hilera de pizarras cubiertas con esquemas de hojas y tallos, pruebas de que el aula aún albergaba actividad a pesar de los efectos de una guerra reciente.

Nada más regresar, le adelantó la información, antes de que su compañero entrara: se trataba del fruto de la zarzaparrilla, una trepadora espinosa cuya raíz era valorada en boticas para elaborar tónicos y refrescos. Su savia rojiza, similar a la sangre, le había llevado a pensar en un primer momento que los restos eran otra cosa, hasta que observó la disposición de las semillas.

Tuvo la intuición de que aquello podía serle útil. Conociendo el origen de la planta, tal vez lograría reconstruir el camino hasta su fuente y, con suerte, averiguar más sobre la indigente. Quizá incluso hasta su hijo.

Vanesa le mencionó que Adrián, su colega, estaba revisando los archivos de la Facultad en busca de un informe sobre la zarzaparrilla. Si encontraban datos sobre su distribución en la zona, podrían acotar las áreas por donde aquella mujer solía moverse.

El sonido de pasos firmes anunció la llegada del profesor. Adrián, un hombre de gesto serio y mirada inquisitiva, apareció sosteniendo una gran lámina de papel enrollado. Con precisión casi ceremonial, la desplegó sobre la mesa más cercana.

—Aquí tenemos lo que buscábamos —dijo, señalando el entramado de líneas y marcas en el mapa.

Penélope se inclinó sobre el papel. No tardó en identificar los contornos familiares de la sierra de Collserola. Adrián recorrió con el índice dos puntos específicos donde la zarzaparrilla crecía en mayor abundancia: uno en las inmediaciones del pantano de Can Borrell y otro, cerca del viaducto de Can Ribas.

—No es una planta fácil de encontrar en esta zona —explicó—, pero si la indigente ha estado en contacto con ella, es probable que frecuentara alguno de estos lugares.

Rebuscó entre un montón de documentos apilados en una mesa contigua y extrajo un pliego de papel sulfurizado. Se lo entregó a Penélope.

—Copie lo que le parezca relevante. Hágalo con lápiz primero, por si necesita corregir algo antes de repasarlo con pluma. Y no olvide anotar referencias cercanas; le ayudarán a orientarse cuando se encuentre sobre el terreno.

Ella asintió, notando cómo la información se organizaba en su mente. Adrián echó un vistazo al reloj de su muñeca y recogió rápidamente algunos papeles.

—Me temo que tengo clase en unos minutos. Espero que le sea útil.

Con un leve asentimiento, se despidió y salió de la sala con la misma determinación con la que había entrado. Penélope exhaló despacio. Había demasiadas piezas en este rompecabezas, pero ahora al menos tenía un hilo del que tirar. Se giró hacia Vanesa, que la observaba con una leve sonrisa.

—¿Y tú? —preguntó de pronto, apoyándose en la mesa—. ¿Cómo que sigues en la universidad?

Vanesa asintió con un gesto satisfecho.

—Sí, conseguí plaza como profesora hace un par de años. No ha sido fácil, ya sabes cómo es este mundo para nosotras, pero aquí estoy.

Penélope sintió una punzada de admiración y, al mismo tiempo, una sombra de envidia. Su amiga siempre había tenido claro su camino y había luchado por él, sin dejarse desviar por las circunstancias. Además, se había casado recientemente, en el momento justo para que su vida personal no interfiriera con su crecimiento profesional. Un logro nada sencillo en una sociedad donde las mujeres todavía tenían que demostrar el doble para que se les reconociera la mitad.

—Te envidio un poco, lo admito —confesó con una sonrisa amarga —. A veces siento que todo lo que planeé se esfumó antes de poder tomar forma. Vanesa la miró con expresión comprensiva.

—¿Sabes lo que daría yo por una vida con algo de emoción? No me malinterpretes, adoro mi trabajo, pero hay días en los que todo parece tan predecible…

Penélope soltó una risa breve. Ironías de la vida. Allí estaban, cada una deseando un poco de la existencia de la otra. Tomó aire y decidió contarle todo lo ocurrido en los últimos días. La desaparición, las pistas, la indigente. Vanesa escuchó sin interrumpir, con su expresión pasando de la curiosidad a la preocupación.

—Si necesitas ayuda, cuenta conmigo —dijo al final, sin titubeos—. No voy a dejarte sola en esto.

Penélope sintió una gratitud inesperada. No sabía aún a dónde la llevaría todo aquello, pero al menos ya no estaba completamente sola en su búsqueda.

Aquella noche, recostada en la cama, mientras intentaba dar sentido a la avalancha de pensamientos que se agolpaban en su mente, Penélope terminó sucumbiendo al sueño.

Avanzaba descalza con extrema cautela sobre el suelo rocoso y resbaladizo. Cada paso era una prueba de equilibrio, una lucha contra la gravedad y el miedo. Su respiración entrecortada le impedía escuchar cualquier sonido que pudiera advertirle del peligro. Sabía que un solo descuido bastaría para caer, arrastrada por la inclinación del suelo pulido y húmedo, característico de las cavernas.

La oscuridad era casi total. Solo distinguía sombras errantes que parecían moverse a su alrededor, difusas, esquivas. ¿Era su imaginación o algo más la acechaba? Sus piernas temblaban, su cuerpo entero se estremecía con un terror ancestral. Nunca había soportado la oscuridad. Nunca. Le resultó imposible recordar desde cuándo necesitaba una lámpara encendida para dormir.

De pronto, el suelo bajo sus pies pareció dar paso a una superficie más blanda y helada. Un charco se abría frente a ella, con su silueta apenas visible en la penumbra. Parecía invitarla a rendirse, a desvanecerse en su orilla y rodar hasta sus aguas turbias. Penélope conocía bien ese abismo: lo había visto en sus sueños, lo había sentido llamarla incontables veces, pero esta vez era diferente. Esta vez, sabía que no era real. Lo observaba todo con la distancia de quien mira una vitrina en un museo. No había peligro. No podía haberlo.

Unas gotas comenzaron a caer en el agua con la cadencia hipnótica de una melodía onírica. Instintivamente, extendió las manos bajo el goteo y se llevó el agua al rostro, buscando despejarse: sentía que aún dormía en el interior de aquella ilusión. Aunque la sensación pegajosa que le quedó en las palmas la hizo contener el aliento. Miró sus manos y un grito desgarrador escapó de su garganta.

Aunque la luz en la caverna era tenue, no había duda: estaban manchadas de un rojo denso, oscuro, casi negro. El pánico se apoderó de ella. Se apresuró a sumergirlas en el agua, frotándolas con desesperación, pero cuanto más intentaba limpiarlas, más se teñían. Se apartó bruscamente, trastabillando sobre el suelo irregular, hasta que sus piernas cedieron y cayó de rodillas. Se acuclilló, temblorosa, con los sollozos ahogados en su garganta. Fue entonces cuando lo vio.

A través del hueco entre sus piernas, algo emergía del agua. Primero, unas pequeñas ramas, delgadas y afiladas, que pronto se tornaron en espinosos esquejes. Penélope los reconoció de inmediato: zarzaparrillas. La planta trepadora crecía a una velocidad antinatural, sus tallos se enredaban unos con otros mientras echaban flores de un perfume embriagador. Fascinada y aterrada a partes iguales, observó el ciclo entero de la planta desarrollarse ante sus ojos. Cuando alargó la mano, ya había frutos. Los tomó con cautela, sintiendo su peso en la palma. Sus dedos, aún temblorosos, los apretaron ligeramente, liberando un jugo oscuro, idéntico al color del agua. Un alivio irracional la recorrió. No era sangre. No podía serlo. Se incorporó con esfuerzo, diciéndose a sí misma que aquello no podía hacerle daño. Era solo un sueño. Tenía que serlo, pero entonces, desde lo más profundo de la caverna, una voz emergió como un susurro gélido que se deslizó por su piel como un escalofrío.

Penélope giró la cabeza bruscamente, buscando su origen. Entre la penumbra, una silueta se mantenía oculta tras una bruma espectral. No podía ver aquel rostro, pero algo en su presencia le resultaba aterradoramente familiar. Avanzó, pisando las ramas de zarzaparrilla, sintiendo sus púas desgarrar la piel con saña. No le importaba. Tenía que ver quién era. Cuando la niebla comenzó a disiparse, lo comprendió de golpe.

Era ella. La indigente que merodeaba por su calle. Aquella que desapareció el mismo día que su hijo. Penélope sintió que el suelo se desvanecía bajo sus pies. La mujer se acercó, inclinándose hasta

rozarle el oído con sus labios resecos. Su aliento era gélido, su voz trémula, pero penetrante.

—Esto no es un sueño, niña.

El susurro se deslizó como una daga en su mente. Penélope se estremeció y cerró los ojos con fuerza, deseando despertar pronto.

Diego

En el andén todo eran prisas. Los pasajeros se abrían paso entre la multitud con sus pesadas maletas, algunos buscando la vía correcta para alcanzar su destino, otros tratando de acomodarse en un vagón con todo el equipaje que parecían no estar dispuestos a dejar atrás, como si no tuvieran intención de volver jamás. El gigantesco reloj de la estación de Francia dominaba la escena, su segundero avanzando con la implacabilidad de un verdugo. Para unos, era una advertencia de que el tiempo se alargaba más de lo debido; para otros, un cruel recordatorio de que habían llegado demasiado tarde. La actividad frenética de la estación contrastaba con la calma exasperante de los vendedores de billetes, que parecían ajenos a la angustia de los pasajeros. Las colas avanzaban con la lentitud de un cortejo fúnebre, estirándose hasta la puerta de salida.

Diego aguardaba el tren procedente de Huesca. Había preguntado a un ferroviario por la hora de llegada y este le informó, con la desgana propia de quien ha repetido lo mismo demasiadas veces, que el convoy acumulaba un retraso de diez minutos. Maldiciendo por lo bajo, el inspector aprovechó la espera para refugiarse en los lavabos, donde nadie pudiera verlo. Sacó la petaca de su bolsillo interior y bebió un buen trago. El calor del licor descendió por su garganta, dejándole una sensación familiar y tranquilizadora.

De vuelta en el andén, se colocó en un punto estratégico, atento a los pasajeros que comenzaban a descender. Sin embargo, un tren inesperado irrumpió en la estación, vomitando una multitud ansiosa por salir. Diego se apartó de un salto, pero no evitó que alguien lo

embistiera con violencia. Estuvo a punto de perder el equilibrio. Gruñó una maldición y fulminó con la mirada al culpable, que ya se perdía entre el gentío.

Poco después, la locomotora que esperaba se acercó con la lentitud de un muñeco de cuerda en sus últimos segundos de vida. Un ferroviario le confirmó con un leve gesto que era la que esperaba. Diego sacó su libreta y trató de revisar las anotaciones que había hecho tras interrogar a Sara. Sin embargo, las letras bailaban ligeramente ante sus ojos. Frunció el ceño. Pasó la manga por su cara e intentó concentrarse. Sabía que había bebido demasiado, pero no podía permitirse un error. Las líneas seguían torcidas, pero logró descifrar lo que necesitaba. Todo estaba bajo control.

Nunca había visto a Sebastián en persona, pero la descripción de su esposa le daba una idea bastante clara: cabello oscuro y ondulado, algo largo; barba corta y descuidada; ojos redondos y vivos, de un verde claro poco habitual.

Por un instante, estuvo a punto de agarrar a un hombre del brazo, convencido de que era él, pero un vistazo a sus ojos oscuros lo descartó al momento. Maldijo su impaciencia. Cuando ya parecía que todos habían bajado, un último pasajero descendió con aire distraído. Llevaba una gorra y parecía absorto en sus pensamientos.

—¿Sebastián Robles? —llamó Diego.

El aludido alzó la vista y sus ojos se encontraron. Ipso facto, tropezó y cayó al suelo, aterrizando de lleno sobre la pequeña maleta que llevaba consigo. Diego chasqueó la lengua y lo ayudó a incorporarse. Nada más tocarlo, supo que era blando, como todos los de su calaña: carne flácida y voluntad quebradiza. Aunque lo que más le exasperó fue la expresión de miedo en su rostro. El pavor en sus ojos era repulsivo. Se lo veía en la forma en que respiraba, en la manera en que temblaba. Lo odiaba. Hombres así eran una plaga.

—Inspector Diego Roca. Tengo algunas preguntas para usted.

Sebastián tragó saliva y asintió, sin encontrar palabras.

—Antes... ¿Puedo ir al baño? —musitó.

—Hazlo rápido —concedió Diego.

El profesor se dirigió a los servicios y Diego lo siguió de cerca. Sebastián se encerró en un cubículo, mientras el inspector se apostaba junto a los mingitorios colectivos. El lavabo apestaba a orines corrompidos y humedad rancia. Él lo notó, pero esto no evitó que sacara la petaca y tomase otro trago. Esta vez, el licor descendió como brasas encendidas, arañándole el estómago con mordiscos punzantes, una quemazón áspera que se extendió por su interior. Carraspeó y, sin más rodeos, disparó su primera pregunta.

—¿Por qué rompiste el examen de matemáticas de Damián? ¿Y por qué lo calificaste con una nota que no merecía?

Un silencio, denso y cargante, se expandió por la sala como un eco sin voz. Reformuló la pregunta, pero la respuesta siguió siendo el mutismo. Diego suspiró, fastidiado. Subiéndose la bragueta impaciente, carraspeó varias veces para forzar una reacción. No hubo resultado. Perdió la paciencia. Con una patada seca, derribó la puerta del cubículo. El crujido de la madera resonó en los azulejos del baño como un disparo. Sebastián estaba en plena fuga, con medio cuerpo colgando por un ventanuco. Diego lo agarró por las piernas y tiró con fuerza. Sebastián se deslizó hasta la taza del wáter y se golpeó la cabeza con un ruido sordo. Quedó inmóvil.

Diego lo observó desde arriba, sintiendo una extraña satisfacción. Lo había reducido, lo tenía bajo su control. Aquello era justo lo que se merecía por intentar huir. Lo giró y le abofeteó la cara un par de veces. No obtuvo respuesta. Fue entonces cuando notó algo sospechoso. El bulto en su pantalón no parecía normal. Frunció el ceño y tanteó la zona con la mano por si escondiese algún arma. Sintió el calor de su cuerpo bajo la tela. Algo en su interior se removió con incomodidad. Un reguero de sudor resbaló por su sien. Apartó la mano bruscamente y, lleno de furia, le asestó una patada en las piernas. Sebastián despertó con un jadeo.

—¿Se acuerda de mí? —gruñó Diego.

El profesor asintió, con los ojos vidriosos de pánico.

—¿Qué me dice del examen de Damián? —su tono era puro acero.

—No sé de qué me habla —balbuceó Sebastián.

—Hemos encontrado un examen suyo con un diez, hecho trizas, pero está lleno de errores. ¿Qué explicación tiene para eso?

—Él podía hacerlo mejor —musitó, nervioso—. Decidí que debía repetirlo. Últimamente estaba distraído, quise darle otra oportunidad.

—Eso no explica la nota inicial.

—En clase era brillante, sabía la materia. Algo le pasaba. Pensé que debía ayudarlo. Me arrepentí y por eso decidí que lo repitiera.

Diego lo escrutó con una mezcla de desprecio y suspicacia.

—No me creo nada. Eres un mentiroso.

Sacó una bolsa de plástico y sacó de ella un reloj. Sebastián lo miró igual que si fuera la soga de su ejecución.

—¿Lo reconoce?

El herido lo miró con los ojos desorbitados, como un animal acorralado en su último aliento. Su mano seguía aferrada a la herida de su cabeza, y resoplaba entre jadeos, como si el aire pudiera mitigar el dolor. Tal vez comprendió, al fin, que el policía no se detendría ante nada para obtener respuestas, porque, con voz temblorosa, empezó a hablar.

—Sí... —su voz era un susurro tembloroso—. Lo compré yo.

—No me jodas. Eso ya lo sé. Dime algo que no sepa.

—Se lo regalé a Tomás, pero... se lo robaron.

Diego alzó una ceja, intrigado.

—¿Así que lo tuyo con Tomás es más que una simple amistad?

El rostro de Sebastián se tiñó de rojo. Sus labios temblaron, pero no emitió sonido alguno.

—El que calla, otorga —dictaminó Diego, con una sonrisa burlona.

—Solo somos amigos —murmuró al fin, intentando recomponerse.

Diego esbozó una sonrisa feroz.

—Veremos si sigues diciendo lo mismo cuando termine contigo. Entonces, ¿no estabais en el coche de Tomás la tarde de la desaparición de Damián? —preguntó el inspector con ironía, mientras le hundía la suela del zapato en el pecho, como quien aplasta un insecto. Mientras se aseguraba de que su cuerpo no se despegase del suelo, mantenía la vista fija en la puerta, atento a cualquier intrusión inesperada—. Ya me lo imaginaba. Tu coartada se desmonta por completo —añadió con malicia. A esas alturas, sabía que el profesor no quería perjudicar a su amigo.

—¡Está bien! ¡Diré la verdad! —soltó finalmente, con la voz trémula —. Estuve con él esa tarde, desde las siete hasta las once, más o menos. Tomás no pudo llevarse a su sobrino porque nunca se separó de mí. Es inocente de lo que se le acusa, así que ya pueden sacarlo del calabozo —declaró Sebastián, con la respiración entrecortada, logrando al fin sentarse sobre el sanitario.

Diego chasqueó la lengua, fingiendo comprensión.

—No te esfuerces, chico. Te entendí a la primera. Tomás está donde debe estar. — Diego ignoraba la declaración que acababa de oír y continuaba sentenciando al tío de Damián.

Sebastián lo miró incrédulo.

—¡¿Qué me está diciendo?! ¿No ha escuchado lo que le he dicho? Él no debería estar en prisión. Estoy dispuesto a declarar que estuve con él todo el tiempo. No se merece esto. Libérelo, ahora que sabe la verdad —insistió, con su desesperación volviéndose súplica.

Diego inclinó la cabeza con fingido interés antes de esbozar una sonrisa torcida.

— A ver si me queda claro… Dos hombrecitos, solos, en un coche… durante horas. Qué bonito. Me conmueve. ¿Qué hacían? —preguntó con sorna.

—Hablar —contestó Sebastián, apenas con un susurro.

—¿En serio? —El inspector le agarró del cabello y le sacudió la cabeza con brusquedad, como si quisiera arrancarle la verdad a la fuerza.

El profesor evitaba su mirada. Sus labios se negaban a moverse.

—Vamos, ¡qué hacíais! —bramó Diego.

De repente, se bajó la cremallera del pantalón y apretó la cabeza de Sebastián contra su entrepierna.

—¿Era esto? —su voz temblaba de excitación contenida—. Adelante. Haz lo que tan bien sabes hacer.

El maestro jadeaba, su pecho subía y bajaba en espasmos cortos. Diego se deleitó en la manera en que su cuerpo se encogía, en la forma en que la desesperación lo hacía más pequeño. Las manos temblorosas de Sebastián empujaban en dirección contraria, pero la fuerza del policía era abrumadora. Movía el cuello de un lado a otro, resistiéndose, mientras su agresor lo sujetaba con firmeza, forzándolo a una demostración que lo humillara por completo.

Entonces, la puerta de los lavabos se abrió de golpe. Un sonido sordo interrumpió la escena, un golpe seco, como si alguien se hubiera dado contra la pared. Diego se quedó inmóvil. Un escalofrío le recorrió la espalda mientras salía del cubículo con rapidez, componiendo un gesto de falsa indiferencia. Se acercó a la puerta para comprobar qué había ocurrido. Entonces la escuchó.

—¡Sebastián! ¿Estás ahí? —Era la voz de una mujer: Sara Robles.

Se llevaba una mano a la sien, visiblemente aturdida. Por su expresión, acababa de golpearse con el marco de la puerta al entrar con prisa. Sus ojos, inquietos, recorrían el espacio con sospecha.

—Hola... ¿Está aquí mi marido? —preguntó, con el ceño fruncido y la voz tensa.

Diego tragó saliva. Su rostro palideció un instante, pero se recompuso de inmediato.

—¡Hola, señora Robles! —respondió con una sonrisa forzada—. Ahora sale.

La mujer cruzó los brazos y lo miró con recelo.

—Venía a recogerlo. Lo vi entrar aquí, pero como tardaba tanto, me preocupé.

—Tranquila. Solo ha tenido un pequeño accidente. Enseguida se lo devuelvo.

Sara entrecerró los ojos. Diego notó el aire volverse denso entre ambos. Sin vacilar, empujó la puerta suavemente hasta cerrarla en sus narices. Volvió al cubículo. Se inclinó hasta que su aliento caliente le rozó la oreja a Sebastián. Hablaba lento, con voz pastosa, arrastrando cada palabra como una promesa maldita.

—Si cuentas algo de lo que ha pasado aquí, os mataré a los dos, a Tomás y a ti. Por lo que a mí respecta, aquí solo me has dicho que el reloj es del tío del niño raptado. Eso es lo único que ha salido de tu boca, ¿me oyes? —Sebastián contuvo la respiración—. Por tu bien y por el de tu esposa, es mejor que no se sepa que además de cobarde eres un maricón. No saldríais bien parados. Y menos tú, maestro de una escuela de niños.

Diego Se incorporó y se acomodó la ropa con parsimonia.

—Así que, si tienes algo de cerebro, calla.

Sebastián bajó la cabeza. Al salir, Diego notó de inmediato que la puerta no estaba como la había dejado. No encajaba del todo en el marco. Se detuvo un segundo, frunciendo el ceño. ¿Lo habría escuchado? La sangre le hervía con solo pensarlo. Sin mediar palabra, golpeó a Sara con rabia en el brazo al pasar junto a ella, apartándola del camino como si fuera un estorbo. No se detuvo, ni

siquiera la miró. Mientras avanzaba por el pasillo, se repetía una y otra vez que no había motivo para preocuparse. Eran inteligentes. Un maestro de escuela. Una enfermera. Gente con demasiado que perder. No serían tan estúpidos como para admitir que Sebastián también era un violeta. Nunca harían algo así. Y, en todo caso, si lo hacían... se encargaría de que lo lamentaran. Aquel interrogatorio no había sido en vano. No solo tenía una confesión—aunque pensara ignorarla—sino que también había logrado doblegar a Sebastián. Lo tenía en sus manos. Podía moldear la versión de los hechos como quisiera. Satisfecho, continuó con su trabajo.

Tras una visita infructuosa a la tienda donde trabajaba Tomás, decidió probar suerte en la anterior, aquella donde había prestado sus servicios hasta pocos días atrás. Allí lo recibió Josefina, con la cortesía propia de quien no quiere problemas con la policía. Cuando Diego le mostró el reloj, su reacción fue inmediata.

—Sí, por supuesto que lo reconozco. Era de Tomás Maspons. No se lo quitaba jamás.

El inspector entrecerró los ojos, evaluándola.

—¿Nunca?

—Nunca —confirmó la mujer—. Decía que se lo había regalado alguien muy importante para él, pero nunca mencionó quién.

Diego asintió con fingida indiferencia, como si la información no le sorprendiera, pero por dentro, su mente ya encajaba las piezas. Otro testigo. Otra confirmación. Ahora tenía lo que necesitaba. Si prescindía del testimonio de Sebastián—y era mejor que lo hiciera—, aún podía probar que el reloj encontrado en el escenario del delito pertenecía al tío del niño. Ya no importaba si lo había perdido o si alguien lo había robado. Era su reloj. Y eso era suficiente. Lo tenía acorralado. Un escalofrío de satisfacción le recorrió el cuerpo. Ya veía el final de esta historia. Por fin conseguiría sacar a ese depravado de las calles para siempre.

Diego llegó a la Jefatura de Policía de Vía Layetana con el cuerpo tenso, pero con la satisfacción de quien había jugado bien sus

cartas. Su mente aún resonaba con los ecos del interrogatorio en la estación de Francia, con cada palabra diseccionada y analizada, cada gesto calculado. La declaración de la testigo en el antiguo trabajo de Tomás no había hecho más que reforzar su estrategia. Un paso más en la dirección correcta. El caso, en apariencia enmarañado, no era para él una trampa, sino un tablero de ajedrez donde había logrado mover las piezas a su favor. Sabía que no estaba fuera de peligro, que cada decisión lo acercaba a un abismo incierto, pero aquello no le preocupaba. Apenas cruzó la puerta, un compañero se le acercó con gesto reservado:

—Te están esperando en tu despacho.

—¿Quién?

El agente no respondió de inmediato, pero su mirada lo decía todo. Se trataba de Justo Maspons, el padre de Tomás y Penélope.

Diego tragó saliva. Antes de marchar hacia su oficina, el mismo compañero añadió en un murmullo:

—Ah, Rafael estuvo aquí. Se quejaba de que usted liberó a Rodrigo sin justificación y que no contó con él para interrogar a Sebastián.

Diego resopló, sin inmutarse. Conocía demasiado bien las rabietas de su subordinado como para tomarlas en serio. Aunque lo que sí le preocupaba era la presencia del señor Maspons.

Al abrir la puerta de su despacho, lo encontró allí, instalado igual que si fuera el dueño del lugar. Sentado de espaldas, con las piernas cruzadas y una elegancia estudiada que no ocultaba su frialdad. Apenas giró el rostro para observarlo de soslayo, con un solo ojo, como si ni siquiera mereciera el esfuerzo de volverse del todo. Carraspeó; como un aviso. Un recordatorio de quién mandaba allí.

Diego se acercó con cautela, notando cómo el aire en la habitación se volvía denso, cargado de algo más peligroso que la simple tensión. Cuando sus miradas se cruzaron, la de Maspons era un filo de acero. No necesitó hablar para que Diego entendiera que estaba allí con una única exigencia.

—¿No me dirá que ha oído algún comentario desafortunado? —aventuró Diego, con un deje de preocupación en la voz.

—Todavía no, pero si esto se demora más, será inevitable —vaticinó Maspons con un tono glacial.

—He hecho lo que me pidió. He conseguido que esto no trascienda.

—i¿Me tomas por imbécil?! —bramó el empresario. Golpeó la mesa con tal fuerza que los lapiceros salieron disparados y rodaron por el suelo—. Te dije que quería un final rápido y silencioso.

Diego respiró hondo, conteniéndose.

—Es su hijo. ¿De verdad no le importa cómo termine?

Justo Maspons entrecerró los ojos y su expresión se volvió aún más cruel.

—¿Sabes lo que ocurriría si todo esto sale a la luz? ¿Si toda Barcelona se entera de que mi hijo es un depravado? —dijo, con un desprecio que helaba la sangre—. ¿Tú qué sabrás de vergüenza, si llevas años aceptando los cuernos que te pone tu mujer?

El golpe fue certero, brutal. Diego apretó los dientes, sintiendo la rabia burbujear en su interior.

—¿Qué cree que pasaría? —inquirió, mordiéndose la lengua.

—Sería el hazmerreír de esta ciudad y de toda España. Mi nombre se volvería un chiste, una burla. Nadie confiaría en un hombre incapaz de controlar a su propio hijo. Perdería el respeto de mis socios, de mis inversores. —Con un gesto iracundo, tomó los papeles de su escritorio y los lanzó al aire. Los folios revolotearon antes de caer desordenadamente al suelo, como las certezas de Diego en aquel momento.

—No quiero correr más riesgos —continuó Justo, recuperando su tono controlado, el de un depredador antes del ataque—. Quiero que este problema desaparezca.

—Si lo denuncia, todo será más rápido —sugirió Diego.

—¡Ni hablar! No pondré mi firma en nada que me relacione con él.

—Entonces, ¿qué espera que haga?

La mirada de Justo se clavó en él con la intensidad de un verdugo que pronuncia sentencia.

—Que desaparezca. Para siempre.

Diego se quedó en silencio. La atmósfera se volvió opresiva, como si el espacio mismo se contrajera a su alrededor. No esperaba escrúpulos por parte de Maspons, pero ver con qué facilidad hablaba de borrar a su propio hijo del mapa le revolvió el estómago. No era rabia ni indignación lo que sintió, sino una extraña clemencia. ¿Cómo podía un padre odiar así a su hijo? Por un instante, imaginó a Tomás creciendo bajo la sombra de aquel hombre, buscando una aprobación que nunca llegaría. Lo entendía demasiado bien. Diego también había aprendido que esperar afecto era un error, pero, aun así, no podía evitar sentir cierto desprecio por la frialdad absoluta de Maspons. Apretó los puños y borró cualquier gesto de su rostro. No podía permitirse mostrar dudas. Maspons creía tenerlo bajo control, pero Diego nunca seguía órdenes sin más.

—Entendido —respondió al fin, con voz neutra. Aunque en su interior, sabía que aún no había decidido qué haría.

—¿Y su hija? —se atrevió a preguntar, tanteando el terreno.

—¿Qué hija? —respondió Maspons, con un tono tan gélido que parecía borrar del mundo a Penélope—. No tengo hija. Solo tengo un heredero legítimo: Felipe.

Diego asintió despacio. No valía la pena insistir.

—Una cosa más —añadió Justo, inclinándose sobre la mesa—. Archiven el caso de Damián. No quiero que un niño desaparecido con su perro sea motivo de investigaciones incómodas.

—Si lo archivo, no tendré motivo para retener a su hijo —objetó Diego.

—Sabes perfectamente que Tomás no está en prisión por ese niño —respondió Maspons, con su paciencia agotándose.

—Alguien debe denunciarlo.

—Esa denuncia puede salir de la policía. No soy un ingenuo, inspector.

Diego tragó saliva. Aquel hombre lo tenía atrapado.

—Por cierto —preguntó Diego, midiendo cada palabra—, ¿cómo sabe lo del perro?

Justo Maspons alzó una ceja, esbozando una sonrisa apenas perceptible, de esas que no transmitían simpatía, sino advertencia.

—Tengo ojos en todas partes —respondió con calma, como si se tratara de la verdad más obvia del mundo.

Un temblor frío le subió a Diego por la espalda. No era solo una amenaza velada, era una confirmación de lo que ya intuía: Maspons no dejaba cabos sueltos. Nada escapaba a su control. Se mantuvo impasible, pero por dentro su mente trabajaba rápido. Aquello significaba que cada uno de sus movimientos estaba siendo observado, que cualquier paso en falso podría volverse en su contra.

Al salir de la Jefatura, el aire frío de la noche le golpeó el rostro, disipando momentáneamente el peso de la conversación. Caminó sin rumbo definido, con las manos en los bolsillos y la mandíbula apretada. Lo había conseguido. Maspons había mordido el anzuelo, le había dado carta blanca. Sin embargo, en lugar de sentir alivio, una inquietud sorda se instaló en su pecho, como una astilla que no podía arrancarse. Lo resolvió como mejor sabía: con alcohol.

Los ventanales de aquella taberna apenas traslucían la tenue luz de la farola más cercana, velada por nubes bajas y grises. A Diego no le sorprendió. Todo en aquel lugar parecía estar cubierto de una capa de polvo añejo, como si el tiempo se hubiera detenido en su interior. Observó con desgana los vidrios sucios, empolvados, probablemente a causa de la lluvia del día anterior, y pensó que el dueño no se

preocupaba demasiado por la limpieza. No era un sitio donde la gente acudiera a mirar, sino a olvidar.

Ya había vaciado su petaca dos veces en el despacho antes de llegar y, sentado en la barra, sumó a su cuenta dos whiskys con hielo que se evaporaron en su garganta antes de que pudiera pensar demasiado en lo que hacía. Se acomodó junto a un desconocido que parecía llevarle ventaja en la carrera contra el olvido y, sin demasiado preámbulo, comenzó a hablar.

Las palabras salieron con la misma fluidez con la que el alcohol corría por su sangre. No estaba en condiciones de medirlas, de filtrar lo que debía o no debía decir. Se escuchó a sí mismo confesar que no sabía exactamente qué estaba haciendo, pero que debía seguir adelante. Que no era solo cuestión de orgullo ni de venganza. Ahora se trataba de supervivencia. Si quería conservar su puesto y, con él, su integridad física, debía encargarse del problema de Tomás. Porque sabía de lo que Maspons era capaz.

El dinero ya no era un incentivo. ¿De qué servía una fortuna cuando no sabía en qué gastarla ni con quién disfrutarla? Rafael había insistido en que liberaran a Tomás, argumentando que no había pruebas suficientes para retenerlo. Diego había ignorado sus quejas, pero le irritaba sentirse atrapado entre fuerzas opuestas. Hiciera lo que hiciese, siempre habría alguien en contra. Entonces, su compañero de borrachera, en un destello de lucidez etílica, le soltó una frase que se le quedó grabada:

—Si te van a joder de todos modos, haz lo que te dé la gana. Solo tú tienes la última palabra.

Y sí, tenía razón. De pronto, todo pareció más claro. El mundo giraba a su alrededor, pero él encontró un punto de estabilidad en aquella idea. Debía actuar de la misma forma que si no hubiera consecuencias. Como si no existiera nada más que su propia decisión.

Cuando salió de la taberna, la embriaguez lo golpeó con más fuerza. El suelo parecía moverse bajo sus pies, obligándolo a caminar a

trompicones, como un marinero en plena tormenta. Algo invisible lo empujó hacia un cubo de basura, haciéndolo caer con estrépito. Un segundo después, su estómago se retorció y vomitó hasta la bilis. Se dejó caer al suelo, jadeando, con la boca amarga y el cuerpo convulsionado por escalofríos. Miró alrededor, pero todo era borroso. Cerró los ojos, intentando que el mundo dejara de dar vueltas, pero solo consiguió marearse más. Entonces, su mente lo traicionó. Tomás. El odio que había sostenido hasta ese momento se desvaneció como un humo que se disipa en el aire. Un suspiro tembloroso escapó de sus labios y, sin darse cuenta, llevó una mano a su pecho. ¿Qué quería hacer realmente con él? Las emociones, contenidas durante años tras una muralla infranqueable, comenzaron a traspasarla. No le importaba quién pudiera verlo en aquel estado lamentable. No en ese momento. Con dedos torpes, sacó la cartera y extrajo una fotografía. La imagen de su amigo de la infancia lo miró desde el papel, intacta, ajena a todo lo que había sucedido. Sus ojos se nublaron. No podía seguir viviendo con aquel recuerdo clavado en su conciencia. No con el peso de lo que estaba a punto de hacer. Algo definitivo tenía que suceder. Y él era el único que podía decidir qué.

Capítulo 18 – La estación

Sara

La luz grisácea de la mañana se colaba por la ventana del baño, desdibujando el reflejo de Sara en el espejo. Se deslizó los dedos por su cabello pelirrojo, rizado y corto, igual que si aquel gesto pudiera desenredar las dudas que la atormentaban. Sus ojos, hundidos en sombras de insomnio, no se parecían a los suyos. Se sintió extraña dentro de su propia piel, como si la mujer que la miraba no fuera más que un sucedáneo de lo que había sido. Su rostro desmejorado no se debía solo a no haber dormido bien, sino también al desengaño y al hastío de haber amado tanto para recibir tan poco.

La puerta del lavabo estaba entreabierta. No solía dejarla así, pero aquella mañana la incertidumbre la carcomía, y cada sonido en la calle la hacía contener el aliento. Sebastián no tardaría en regresar. Lo esperaba con la certeza trágica de quien sabe que el amor ha sido una farsa, pero necesita oírlo de la boca del otro para creérselo del todo.

Desde que Sebastián había retomado su rutina en la escuela, apenas habían intercambiado palabras más allá de conversaciones triviales. Sara había llegado a la dolorosa conclusión de que, hacía demasiado tiempo, su vida en común no era más que una ilusión; dos personas coexistiendo en un matrimonio que, en esencia, ya no les pertenecía. Los periodos de distancia e interés se habían repetido tantas veces que resultaban previsibles. Sebastián se alejaba, sumido en su propio mundo, hasta que ella, agotada, alcanzaba el límite de su paciencia. Entonces, igual que si despertara de golpe, él regresaba con gestos de cariño exagerados, con regalos que no venían a cuento, con promesas que nunca terminaban de cumplirse. No era amor, sino una estrategia: un juego de equilibrios en el que siempre conseguía mantenerla atrapada en la duda.

Durante mucho tiempo, Sara se había preguntado si la culpa era suya. Si no habría sabido quererlo de la forma correcta. Aunque ahora, la verdad la atenazaba con la contundencia de una sentencia inapelable: nunca había sido responsable de aquella distancia ni había hecho nada para merecer ese ir y venir de afectos condicionados. Por un instante, la certeza la llenó de una extraña satisfacción, como si al fin se hubiera liberado de una pesada carga. Sin embargo, la realidad se impuso con crudeza: el alivio no bastaba para mitigar el dolor. Seguía sintiéndose perdida y sola, atrapada en una historia que no podía contarle a nadie.

Sara había pasado la noche en vela, atrapada en un torbellino de pensamientos que la llevaban siempre al mismo punto: su matrimonio era una farsa, una construcción vacía sostenida por la costumbre y la necesidad de aparentar. La pregunta que la atormentaba era la misma una y otra vez: si Sebastián siempre había deseado a los hombres, ¿por qué se había casado con ella? ¿Qué había buscado en una mujer durante tantos años? No encontraba respuestas, solo un vacío desgarrador. Se sentía devastada, parecía que toda su vida hubiera sido un espejismo que ahora se desvanecía frente a sus ojos. La confusión y la tristeza la habían sumido en un letargo del que apenas podía salir. Tras una noche de insomnio y una mañana desperdiciada en la cama, intentó reunir fuerzas para ir al hospital.

Aquel día tenía turno de tarde, pero había avisado de que se retrasaría alegando indisposición. La verdad era que apenas podía sostenerse en pie, abrumada por el peso de sus pensamientos. Aún tenía unos minutos antes de que Sebastián regresara… si es que lo hacía. No podía apartar de su mente lo que había escuchado en la Estación de Francia, aquellas palabras que habían destrozado cualquier duda. La certeza de su engaño la asfixiaba, pero si algo tenía claro, era que no dejaría que la mentira continuara. Había tomado una decisión, y esta vez, no dudaría en hacerle saber a su esposo que el juego había terminado.

Revivía, una y otra vez, el instante en que Sebastián, con voz firme pero cargada de peso, confesaba ante aquel policía que había estado con otro hombre. La escena se repetía en su mente como una melodía disonante, imposible de acallar. Sentía que aquellas palabras le atravesaban el pecho, que la herida se abría más con cada repetición. No era solo el engaño; era la humillación, el golpe directo a su orgullo, la certeza de haber sido una pieza en una historia en la que nunca fue protagonista. No podía dejar de pensar en el fracaso de su matrimonio, en lo que la gente diría si la verdad saliera a la luz. Sabía que muchos asumirían que la culpa era suya, que no había sabido retenerlo, que de algún modo había fallado como esposa. Aunque ella sabía la verdad. Había hecho todo lo posible para salvar su matrimonio, se había aferrado con todas sus fuerzas a la idea de que el amor podía restaurarlo todo. Si no lo había conseguido, no era por falta de esfuerzo.

Mientras escuchaba aquella confesión, había sentido el impulso de marcharse, de fingir que nunca había oído nada. Hubiera sido tan fácil dar media vuelta y vivir en la ignorancia… Sin embargo, ¿qué sentido tenía alargar lo inevitable? No podía seguir mintiéndose. No podía fingir que todo estaba bien cuando el amor que sentía por Sebastián, por mucho que aún ardiera dentro de ella, nunca sería correspondido de la misma manera.

El sonido de la puerta cortó el aire. Sara se irguió de golpe, con el corazón latiéndole en las sienes. No le dio tiempo ni a cruzar el umbral del salón.

—¡Quiero que te vayas de esta casa!

Su voz resonó en la estancia, firme, sin titubeos. Sebastián se detuvo en seco, desconcertado. Se recompuso casi de inmediato, recuperando la compostura con esa frialdad estudiada que tanto la desesperaba.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres? —preguntó, con un tono más contenido que dolido.

Sara dejó escapar una risa amarga.

—La pregunta es: ¿qué quieres tú, Sebastián?

Él apartó la mirada por un instante, como si buscara la respuesta en algún rincón de la habitación.

—No quiero que sufras por mi culpa —murmuró, llevándose una mano al pecho, con un gesto tan ensayado que a ella le revolvió el estómago—. No te lo mereces.

Sara sintió un nudo de rabia apretándole la garganta.

—Ya es tarde para eso. No quiero volver a verte.

Sebastián parpadeó rápido, visiblemente afectado, pero sin perder la máscara de control.

—¿No entiendes que mi deber es estar a tu lado?

Ella negó con la cabeza, exasperada.

—Lo sé, pero yo no quiero vivir con alguien como tú. No te imaginas lo abochornada que me siento… Cada vez que pienso en aquella tarde… —Su voz tembló, pero se obligó a continuar—. Me insinué inocentemente, esperando un gesto, una respuesta… pero tú solo estabas pensando en el tío de tu alumno. Te esperé toda la noche, intentando comprender qué te ocurría. Nunca, jamás, habría imaginado la verdad. Y ahora, aquí estoy, sintiéndome ridícula.

Sebastián bajó la cabeza. Un sollozo contenido le quebró la respiración.

—Me quedaré contigo. No puedo dejarte sola. Eres mi esposa…

Sara lo miró con una mezcla de furia y desconsuelo. ¿Lloraba por ella? ¿Por arrepentimiento? ¿O simplemente porque su mundo perfectamente construido se venía abajo?

Inspiró hondo. Se negaba a dejarse arrastrar por la duda.

—Me voy a trabajar —dijo, cogiendo su abrigo sin mirarlo—. Recoge tus cosas. Cuando vuelva, no quiero encontrarte aquí.

Y sin esperar respuesta, salió por la puerta.

Cuando la puerta se cerró tras ella, el eco del golpe resonó en su pecho como un disparo. Descendió las escaleras con paso firme, pero en su interior, todo se derrumbaba. El aire húmedo de la mañana le golpeó el rostro al salir a la calle, pero no consiguió despejarla. Caminó sin rumbo fijo por las calles adoquinadas de Barcelona, sorteando el tráfico de tranvías y el bullicio apresurado de los obreros que se dirigían al puerto. Todo le resultaba irreal, como si estuviera fuera de su propio cuerpo, observándose a sí misma desde lejos.

¿Había hecho lo correcto? Había soñado con un amor absoluto, con una vida compartida que diera sentido a su existencia. Había amado a Sebastián con cada fibra de su ser, con la intensidad de quien siente que el amor es lo único que puede redimir el vacío de la vida. Aunque, ¿había sido real ese amor, o solo una proyección de lo que deseaba? Lo conocía mejor que nadie. Sabía que detrás de su impecable fachada, de su sonrisa medida y su ambición sin grietas, se escondía un hombre que temía el fracaso por encima de todo. Sebastián necesitaba ganar, brillar, demostrar a los demás que era el mejor. Y ella… ella solo había sido parte de esa narrativa.

Aunque, ¿acaso su amor no era real? ¿No eran reales las noches en las que él la abrazaba en silencio, los momentos en los que sus ojos se encontraban y, por un instante, parecía que todo tenía sentido? ¿Y si había hablado demasiado pronto? ¿Y si él realmente quería quedarse, por ella, y no por miedo al qué dirán? Su propio corazón la traicionaba, apretándose con cada imagen de Sebastián en su memoria, con cada rastro de su perfume que aún flotaba en la ropa. La certeza con la que había hablado hacía apenas unos minutos ahora se desmoronaba.

Se detuvo en una esquina, respirando hondo, sintiendo que las lágrimas amenazaban con romper la coraza que había construido. Quería ser fuerte. Quería sostener su decisión. Sin embargo, el amor que aún la ataba a él era una herida abierta, un anhelo que no podía borrar con palabras firmes y puertas cerradas.

Quizás aún no estaba lista para perderlo. O quizás nunca lo estaría.

Rafael

Cerca de la tienda de Rodrigo, en una ciudad aún agitada por las tensiones de la posguerra, Rafael avanzaba con determinación. Caminaba con pasos largos y descompasados, como si sus pies y su torso fueran entidades separadas, obligadas a seguirse sin voluntad propia. Su andar vacilante parecía a punto de quebrarse con el más mínimo obstáculo, pero la mirada fija en el horizonte no dejaba margen para distracciones. El reciente despropósito de su superior, liberando al sospechoso sin miramientos, le quemaba por dentro. Trató de convencerse de que no valía la pena obsesionarse, de que tarde o temprano la verdad saldría a la luz, pero no podía. No esta vez.

En la sastrería, la dependienta le había proporcionado la dirección donde podía encontrarlo. Mantenía el rostro impasible en público, pero sus ojos delataban la tormenta interna. La ira le ardía en las manos, y el calor sofocante que le subía hasta la nariz lo hacía respirar con pesadez. Se había confiado, suponiendo que su labor investigativa no se vería entorpecida, pero ahora se sentía traicionado. La certeza de que su trabajo debía formar parte de un engranaje mayor se desmoronaba ante la realidad. Diego había actuado por su propia cuenta. Lo había ridiculizado ante sus compañeros y había dejado en libertad al hombre al que Rafael estaba seguro de haber atrapado con razones de peso. Le habían negado la posibilidad de interrogarlo sobre las fotografías ocultas de Penélope y descubrir si su resentimiento hacia ella lo había llevado a usar a Damián como instrumento de venganza.

No entendía cómo su superior podía haber tomado una decisión tan drástica sin consultarle. ¿Cómo era posible que Diego hubiese decidido de forma tan repentina que aquel individuo era inocente? ¿Desde cuándo un agente de policía se erigía en juez? Aquello confirmaba lo que más temía: nunca había confiado en su criterio. Y lo peor de todo, daba la impresión de que ocultaba algo. Antes creía que trabajaban con un mismo objetivo, pero la evidencia de que Diego operaba con otros intereses era innegable. Se suponía que

interrogarían juntos a Sebastián, pero había sido ignorado sin más. Ese juego sucio le resultaba desconcertante y, hasta no descubrir qué había detrás, no pensaba desistir. Inspiró hondo varias veces, tratando de disipar la presión en su pecho, pero solo logró que la respiración se volviera más densa.

Al llegar a la dirección indicada, golpeó, con menos fuerza de la pretendida, la puerta de madera bajo el número cinco de la angosta calle. Su rabia estaba ahí, pero era difícil que se manifestara. Un acceso de tos le sacudió justo antes de escuchar unos pasos pausados al otro lado.

—¿Quién es? —preguntó una voz grave y rasposa.

Rafael se aclaró la garganta y respondió con su título oficial, aunque su tono sonó menos firme de lo que habría querido.

El callejón, apartado del bullicio, quedó sumido en un breve silencio, roto únicamente por el crujido de una cerradura y el tintineo de llaves girando en un mecanismo que sonaba arcaico. La puerta se entreabrió lo justo para revelar a un hombre mayor, de rostro curtido y mirada perspicaz. Exigió identificación y una orden judicial antes de dejarle pasar. Rafael insistió con una mezcla de terquedad y cansancio.

—Solo quiero hablar con Rodrigo —dijo, con una voz comedida, conteniendo el enojo.

—No está aquí —respondió el anciano con calma imperturbable.

Rafael sintió un golpe de frustración, pero en lugar de reaccionar, apretó la mandíbula. No quería discutir, pero la tensión en su interior lo empujaba más allá de su límite habitual.

—¡Sé que está aquí! —soltó de repente, sorprendiéndose a sí mismo con la brusquedad de su tono—. No puede irse de rositas.

—Ha sido liberado porque es inocente —lo interrumpió el anciano con una firmeza inquebrantable. Sus ojos destellaban lucidez pese a la edad avanzada.

—¿Inocente? ¡Ese bastardo…!

—¡Un respeto! —le cortó el anciano, con la misma calma impenetrable—. Está hablando de mi hijo. Y está muy equivocado. No tiene idea de hasta qué punto.

El anciano habló de la coartada de Rodrigo, de su presencia en casa aquella noche, de la incompetencia de la policía al detenerlo sin pruebas. Cada palabra era un golpe sordo contra la pared de su convicción.

La seguridad con la que aquel hombre hablaba lo dejó desconcertado. No era el tono de un anciano asustado ni de un simple ciudadano preocupado, sino el de alguien acostumbrado a ejercer poder. Rafael sintió por un instante que estaba haciendo el ridículo. Frente a él no había un delincuente temeroso, sino un hombre en bata y zapatillas de estar por casa que, con unas pocas frases bien medidas, lo había puesto en jaque. Sintió que el suelo se volvía inestable bajo sus pies. Había llegado con la certeza de que tenía razón, de que Rodrigo estaba detrás de todo, de que él solo estaba haciendo su trabajo. Sin embargo, en aquellos momentos, ante este hombre que ni siquiera alzaba la voz, su furia se evaporó en un cansancio pesado.

—Ahora, si me disculpa —concluyó el hombre—, llamaré a nuestro abogado. Con un empuje lento pero decidido, cerró la puerta.

Rafael no se movió de inmediato. No porque esperara que la puerta volviera a abrirse, sino porque su mente estaba atrapada en un torbellino de dudas. Dio media vuelta sin despedirse y empezó a caminar sin un destino claro. Su pecho aún ardía, pero ahora el fuego tenía otro matiz. No era solo enojo; era algo más profundo, más incómodo. ¿Y si realmente se había equivocado? ¿Y si Rodrigo no era el responsable? Si era así, entonces… ¿qué le quedaba?

El aire frío le secaba la garganta, pero no hizo nada para aliviar la sensación. Hundió el mentón en el cuello del abrigo y se dejó arrastrar por el peso de su propia incertidumbre.

Diego

El inspector Roca había vuelto a la Jefatura con una sensación de triunfo que le cosquilleaba en el pecho. Todo estaba saliendo según lo planeado, pese a que el señor Justo Maspons se negara a reconocerlo. Aunque eso poco importaba; de hecho, le venía hasta bien. Si el viejo no aceptaba la realidad, significaba que aún podía sacarle más partido a la situación. Había logrado sus objetivos sin necesidad de involucrar a nadie más, sin testigos, sin riesgos innecesarios. La misión que le habían encomendado estaba en marcha, y él cumplía con su deber. Después de aquello, quizás podría largarse de una vez por todas. Desaparecer.

Sin embargo, algo lo inquietaba. No lo suficiente como para perder el sueño, pero sí para hacerle cavilar más de la cuenta. ¿Por qué demonios el padre de Tomás lo odiaba con tanta saña? No es que sintiera lástima por el chico, pero había algo en todo aquel desprecio que le resultaba desconcertante. Porque no podía ser solo por ser maricón. Conocía a hombres que compartían esa inclinación y, aunque despreciados, no eran objeto de semejante furia. ¿Qué había hecho Tomás para provocar un rencor tan absoluto?

Al mismo tiempo, sentía curiosidad por saber cómo había pasado el día y si había acabado con aquella actitud arrogante y acusadora; tantos días encerrado deberían haber hecho mella en su carácter, tarde o temprano. Era absurdo, pero cada vez que volvía a la celda, había una extraña expectativa en él. Como si necesitara comprobar que Tomás seguía ahí, intacto, con esa chispa desafiante que tanto le irritaba. O tal vez esperaba ver otra cosa. Algo distinto en su expresión, en su voz. No sabía bien qué.

Y, sobre todo, ¿seguía pensando que él sentía lo mismo? De ser así, tenía que dejarlo claro de una vez por todas. No había espacio para la duda. Nunca había sentido nada por él. Ni por ningún otro hombre. Nunca lo haría. Pensar en esa idea le parecía una abominación.

Cuando entró en la zona de celdas, lo primero que le sorprendió fue la actitud del prisionero. Desde su arresto, siempre lo había encontrado tirado en el catre, con aquella arrogancia suya, mirándolo con sorna. Sin embargo, ahora, en el reducido espacio de la celda, Tomás estaba en el suelo, haciendo ejercicio con una determinación inesperada. Sus brazos delgados pero firmes se flexionaban con cada movimiento; el torso desnudo resplandecía bajo la tenue luz de la bombilla. La piel blanca parecía más cenicienta en la penumbra, salpicada por el sudor. Seguía con su rutina, ajeno a su presencia. Diego lo contempló embelesado. Esperó a que le prestara atención. Y mientras lo hacía, no pudo evitar que su mirada recorriera cada centímetro de aquel cuerpo.

En un momento, al moverse, la parte alta de su trasero quedó más expuesta. Un escalofrío lo recorrió de golpe, perturbándolo. Su mirada se deslizó hasta un pequeño espejo sucio en la celda contigua, donde se sorprendió al ver su propio rostro levemente sonrojado. Con rabia, giró la cabeza hacia el carcelero, temeroso de que hubiese notado algo, pero el hombre estaba absorto en la lectura de un diario. Maldijo en silencio. Se obligó a respirar hondo. Esto no era nada. No significaba nada. Solo era la maldita falta de actividad.

Sin previo aviso, giró sobre sus talones y se marchó hacia el baño. Abrió el grifo y dejó que el agua fría le golpeara la cara. Sentía un calor abrasador que no sabía de dónde venía. Su pulso latía en las sienes, como si algo dentro de él estuviera a punto de estallar. No es nada, se repitió. No es nada.

Cuando regresó, lo hizo con la seguridad fingida de quien tiene todo bajo control. Cruzó la estancia con pasos firmes, le hizo un gesto al carcelero para que los dejara solos y entró en la celda. La puerta se cerró tras él con un chasquido seco. Se sentó en el catre mientras Tomás continuaba con sus sentadillas, sin inmutarse.

—Los músculos se me estaban atrofiando por no moverme —comentó el rubio sin mirarlo.

Diego sonrió con sarcasmo.

—Veo que has asumido tu situación.

—Al contrario. Todavía tengo la esperanza de que me mires a los ojos y reconozcas que no hay ningún motivo para que esté aquí.

El policía entornó los ojos.

—¿Y qué te hace pensar que sentiría piedad por una basura como tú?

Tomás esbozó una mueca, casi un puchero burlón.

—Quizás porque, en el fondo, me entiendes más de lo que quieres admitir.

Diego soltó una carcajada seca.

—¿Entenderte? Ni siquiera tu padre lo hace.

La burla pareció desinflar la actitud del prisionero. Por un instante, la desesperanza asomó en sus ojos.

—Si tanto asco te doy, ¿por qué vienes a verme tan a menudo?

Diego se puso de pie bruscamente.

—Eres mi rehén. Es mi trabajo.

—¿Seguro? —replicó Tomás con una mirada afilada—. ¿Qué buscas aquí cada día?

—¡Nada! —Diego se acercó a la puerta, metiendo la llave en la cerradura—. ¿Insinúas algo? ¡Déjate de rodeos y ve al grano!

—No insinúo nada. Puedes confiar en mí. Tengo experiencia en estas cosas.

Diego sintió cómo algo se tensaba en su interior. Su respiración se volvió más pesada.

—Siempre acabamos en el mismo sitio… y yo no quiero —murmuró con voz quebradiza.

De repente, su cuerpo cedió. Parecía que alguien le hubiese cortado los hilos de su cuerpo de títere, se dejó caer al suelo. Se cubrió la cabeza con las manos y exhaló un grito ahogado, como si estuviera sofocado.

—¡Me estoy volviendo loco! ¡No lo entiendo! Es como si alguien me pateara por dentro, tal que caminara en la oscuridad sin saber a dónde voy…

Alzó la vista y la clavó en Tomás.

—¿Por qué me besaste aquella vez?

Tomás no parpadeó.

—Porque me gustabas.

Diego cerró los ojos un instante.

—Me jodiste la vida. Desde entonces todo ha ido a peor.

Tomás suspiró.

—¿Y qué culpa tiene un beso?

Diego se rio, pero no había humor en su risa.

—Ese beso no fue nada inocente. Desató algo que no debió despertar. Desde entonces estoy atrapado en un agujero negro del que nunca saldré.

—Qué fácil es echarle la culpa a los demás en vez de mirarse al espejo —replicó Tomás con dureza.

—Yo estaba tranquilo… era un chico normal… y ahora…

Tomás se inclinó un poco hacia él.

—Bésame otra vez.

Diego lo miró con incredulidad.

—¿Qué?

—Solo así saldrás de dudas.

—¡Eres un imbécil! ¡Eso solo me haría peor!

Diego explotó. Lo empujó con rabia sobre el catre y se abalanzó sobre él.

—¡Ardes de deseo! Se te ve en los ojos —susurró Tomás.

—¡Cállate! ¡Maricón de mierda!

Diego se desabrochó el cinturón con furia, enrollándolo en su puño. El primer golpe cayó con brutalidad sobre los labios de Tomás, que escupió sangre. Aunque en su mirada no había miedo, sino decepción.

—Vas a arrepentirte de todo lo que has dicho —gruñó Diego, fuera de sí.

Y siguió golpeando. Como si con cada azote intentara borrar algo que jamás podría arrancarse de la piel.

Capítulo 19 – Oportunidad perdida

Penélope

La Vespa 98 de Penélope se resistía a arrancar aquella mañana gris de octubre. Parecía un mal augurio, un aviso sutil de que no debía seguir adelante con lo que tenía en mente. Como si no bastara con aquella advertencia mecánica, cada vez que se detenía en un semáforo, el motor tosía y se apagaba. Quizá era culpa de la humedad que se aferraba a las calles de Barcelona con la terquedad del otoño.

Pensó en Rafael. Tal vez él pudiera llevarla en su coche a los lugares que quería visitar. La idea la tranquilizó por un instante, aunque enseguida surgieron dudas. ¿Le permitiría ir? Era probable que, con el pretexto de que aquello era asunto de la policía, intentara retenerla. Sin embargo, la sensación que había tenido en Santa Creu de Olorda persistía: por primera vez en mucho tiempo, creía poder confiar en un hombre que no fuese su hermano. Rafael no era como los demás. En el fondo, intuía que haría cualquier cosa por ayudarla, y ella no podía permitirse desperdiciar esa oportunidad. Se las había arreglado sola durante demasiado tiempo, pero quizá, solo quizá, aquel hombre podría hacerle el camino un poco más fácil en su búsqueda.

Al llegar a la Vía Layetana, dejó la motocicleta en marcha. Si la apagaba, dudaba que volviera a encenderse. Frente a la Jefatura de Policía, un guardia le informó que Rafael estaba fuera, en ruta, y no regresaría en todo el día. Sin mediar palabra, giró sobre sus talones y se alejó. Había considerado compartir con otro agente los resultados de los análisis de los vegetales, pero lo desechó de inmediato. No podía confiar en nadie más.

Tomó el camino de Horta hacia Cerdanyola con el cuerpo tenso y la mente encendida. La Vespa rugió al primer intento, como si entendiera la urgencia de su dueña. Las calles quedaron atrás y el

asfalto comenzó a serpentear entre colinas. A cada curva, el aire le golpeaba el rostro, despejándola. Aquella sensación de vértigo y control, de moverse sin certezas, la mantenía alerta. La velocidad no la asustaba; al contrario, la hacía sentir viva, despierta, en sintonía con algo más grande que ella.

El camino se estrechó y la pendiente se hizo más pronunciada. La moto vibraba bajo su peso, bamboleándose al sortear los baches y piedras sueltas que salpicaban la calzada. Cada sobresalto en la moto se le antojaba un latido de la tierra misma, un recordatorio de que estaba avanzando, que su empeño no era en vano. Nada más importaba. Ni el tiempo, ni el cansancio, ni el temor que se agazapaba en su interior. Solo Damián. Solo la certeza irracional de una madre que sabe, sin pruebas, sin lógica, que su hijo sigue en algún lugar esperando ser hallado.

Vanesa le había indicado que, más adelante, debía desviarse por un camino menos transitado, casi oculto entre la maleza, hasta que desembocara en el pantano de Can Borrell. Los árboles se cerraban a su alrededor conforme ascendía, y la luz del día se filtraba en haces irregulares entre las copas altas. En algunos tramos, la humedad había convertido la tierra en un barro pegajoso, obligándola a aflojar el puño del acelerador.

Al dejar atrás Cerdanyola, giró a la izquierda, cruzando la ribera del torrente de Can Coll. El agua discurría con calma, indiferente a su premura. La carretera se volvió más amable por unos minutos, un respiro en su camino. Pudo acelerar, sentir el motor responder con gratitud a la tregua del terreno, pero fue breve. Pronto la ruta se retorció de nuevo, estrechándose entre muros verdes de pinos y alcornoques.

Y entonces, el bosque se abrió. De repente, como una revelación, apareció ante ella un prado inmenso, un océano de hierba ondulando bajo la caricia del viento. Penélope aminoró la marcha, sin darse cuenta de que había contenido el aliento. En aquel instante, la angustia cedió un poco, dejando espacio a una sensación casi olvidada. Esperanza. No duraría mucho, lo sabía, pero decidió

aferrarse a ella unos segundos más, hasta que la realidad volviera a reclamarla.

Cruzó un puente de madera que crujió bajo el peso de la Vespa. Abajo, la riera de Sant Medir se retorcía entre piedras y raíces, un murmullo constante en el silencio del campo. Pasó de largo la masía de Can Borrell, con sus muros de piedra desgastados y tejados rojizos que parecían susurrar viejas historias.

Tres curvas después, detuvo la moto. A partir de allí, solo podía seguir a pie. El sendero descendía de forma abrupta, y cada paso removía el polvo y la grava suelta. El suelo era traicionero, quebradizo. Penélope avanzaba con cautela, sacando de cuando en cuando del bolsillo un dibujo de la zarzaparrilla, proporcionado por Vanesa, comparándolo con la vegetación que la rodeaba. Todo parecía inútil. La maleza era un laberinto indescifrable, y el tiempo jugaba en su contra.

Entre los troncos, vislumbró el declive del terreno. Más abajo, en algún punto oculto por la espesura, debía de estar el pantano. Su intuición no se equivocaba: había algo allí, esperándola. Al llegar a la orilla, sintió cómo el fango cedía bajo sus botas. Se agachó, recogió restos de plantas con dedos temblorosos. Ya las había comparado tantas veces que la imagen se le había quedado tatuada en la memoria. Nada nuevo. Nada útil. La frustración le recorrió el cuerpo como un escalofrío.

Finalmente, halló algunas zarzaparrillas trepando por los árboles como serpientes perezosas. Sin embargo, allí no había rastro de construcciones, de ningún escondite más que el bosque mismo. Solo quedaba la masía que había dejado atrás. Sintió una punzada de inquietud. Apretó los labios, giró sobre sus pasos y se dispuso a volver por el mismo camino.

Dejó la Vespa junto a la entrada de la casa, alerta. No sabía qué encontraría dentro ni si necesitaría salir huyendo. Apenas se apeó, dos niños de siete y nueve años irrumpieron en su campo de visión, corriendo despreocupados hasta que la vieron. Se detuvieron en

seco, observándola con una mezcla de curiosidad y recelo. Por un instante, Penélope creyó haber dado con el lugar. ¿Y si Damián no era el único niño secuestrado? El mayor llamó a su madre con un grito ahogado. El pequeño se ocultó tras su hermano, asomando apenas el rostro. No estaban acostumbrados a visitas. Evitaban su mirada, inseguros, clavando los pies en la tierra como si temieran moverse.

Una mujer salió de inmediato. Al ver que se trataba de una mujer, relajó los hombros, aliviada. Su gesto se suavizó y, tras una breve pausa, la invitó a sentarse en una mesa de madera con bancos a cada lado. Poco después apareció el marido, con expresión vigilante. La mujer le hizo un gesto sutil, tranquilizándolo. Tres niños más salieron de la casa y comenzaron a corretear por el terreno. Los mayores se dirigieron hacia una zona apartada, donde, a juzgar por el creciente alboroto de cacareos, graznidos y balidos, debía de haber animales de granja. El bullicio se intensificó a medida que los pequeños se acercaban. Penélope se preguntó si los animales intuían que era la hora de comer. Observó la escena en silencio, con la sospecha todavía rondándole la cabeza. No podía descartar nada. No todavía.

El masovero se sentó junto a su mujer con la naturalidad de quien ocupa su sitio en el mundo. Le dio un beso breve, redondo, sin preocuparse por la presencia de una desconocida. Raquel, la señora de la casa, se sonrojó como una muchacha recién cortejada, y Penélope no pudo evitar sentir una punzada de melancolía al verlos. Irradiaban una felicidad serena, sin alardes ni artificios. Ella le tomó la mano por encima de la mesa y él la miró con adoración.

Penélope carraspeó antes de hablar. Les explicó que llevaba días buscando a su hijo desaparecido, les dio su descripción con la esperanza de que lo hubieran visto por la zona, pero un presentimiento se adelantó a la decepción: ellos negaron con un leve movimiento de cabeza y un atisbo de compasión en la mirada. Felipe, el masovero, aseguró que, de estar en su lugar, movería cielo y tierra por uno de sus hijos. Raquel asintió con solemnidad.

Le ofrecieron un poco de queso elaborado con la leche de sus ovejas y un vaso de limonada recién exprimida de sus propios limoneros. No había probado nada tan puro en mucho tiempo. Mientras masticaba con lentitud, sintió que aquellos sabores la anclaban al presente, alejándola por un instante de la angustia que le oprimía el pecho. Fueron muy amables de indicarle cómo llegar al segundo lugar que se había propuesto explorar: un valle más profundo en el bosque, oculto entre la espesura, más allá del viaducto de Can Ribas. Penélope se despidió con una sensación extraña: no había conseguido información que la acercara a Damián, pero, de algún modo, ver aquella forma de amor sencillo, tangible, le dio fuerzas para seguir adelante.

Tomó la motocicleta y ascendió por la empinada carretera de la Rabasada. El motor gruñía bajo su peso mientras la inclinación de la cuesta la obligaba a apretar los puños y aferrarse con firmeza al manillar. Tras unos metros de ascenso, el terreno cambió abruptamente y tuvo que aplicar los frenos con suavidad; la bajada se hizo patente, y con ella, el viento arreció, silbando entre los árboles, acariciando su rostro con la indiferencia de la montaña.

Cuando llegó a la intersección que le habían señalado, detuvo la Vespa un instante. A la izquierda, un sendero se internaba en el bosque. Según Raquel y Felipe, debía caminar hasta alcanzar la mitad del viaducto de Can Ribes. Aquel puente de piedra debía servir para acceder a una gran construcción que nunca se llegó a edificar. Ahora solo servía como un mirador hacia el valle, aunque la frondosidad de los árboles impedía distinguir nada con claridad.

Apenas había avanzado cuando, por el rabillo del ojo, captó un movimiento en la lejanía. Su cuerpo se tensó. Afiló la vista y entonces lo vio: una delgada columna de humo se elevaba sobre las copas de los árboles. Alguien vivía en el interior del valle. Un escalofrío le recorrió la espalda. Desanduvo el camino hasta la intersección y tomó el sendero que descendía hacia la vaguada. Se sintió ridícula por mirar atrás, igual que si estuviera dejando algo más que la moto a sus espaldas. La tristeza la invadió por un

instante, como si supiera que lo que se avecinaba marcaría un punto de no retorno.

A medida que avanzaba, la maleza se volvía más densa, los arbustos se cerraban como garras en torno al sendero. Las espinas le arañaban la ropa, enredándose en sus mangas, parecía que quisieran advertirle de que no siguiera adelante. Entonces, justo cuando el camino se volvió intransitable, lo vio. Las plantas trepadoras se extendían por el suelo formando islas. Penélope sacó el dibujo que llevaba guardado y su pulso se aceleró: era la misma zarzaparrilla que había encontrado bajo el puente de Vallcarca. Por un instante, se quedó absorta en los racimos de bayas moradas que pendían inertes de la planta. Las tomó con delicadeza entre los dedos y las presionó ligeramente, comprobando que su jugo tenía el mismo tono rojo oscuro que las que había hallado entre los cartones. Aquello no podía ser una coincidencia. Sus manos temblaron. Hipotéticamente, había encontrado el lugar, pero aún no sabía cómo llegar hasta él para obtener la confirmación definitiva.

Trató de rodear el laberinto vegetal, pero cada intento terminaba en una pared de maraña aún más infranqueable. Las espinas se aferraban a su ropa, desgarrándola, impidiendo cualquier avance. Se alejó unos metros para intentar comprender la disposición del terreno. Si había un acceso, debía de estar oculto.

La frustración la golpeó de lleno. Un grito escapó de su garganta, seco, desesperado. Su mano, crispada de rabia, golpeó un tronco delgado, provocando un tintineo inesperado. Frunció el ceño. Miró con más atención. Algo colgaba de sus ramas desnudas. Se acercó, con el corazón golpeándole el pecho. Se trataba de un colgante rudimentario, compuesto por pequeños huesos. Su respiración se agitó. Había visto aquellos collares antes. La casa de Santa Creu de Olorda estaba llena de esa extraña bisutería.

El aire se le escapó de los pulmones cuando recordó a la indigente que había merodeado por su casa en los días previos a la desaparición de Damián. Ella llevaba uno exactamente igual. Todo encajaba. Un frío intenso le subió por la espalda. Iba por buen

camino, pero también estaba aterrada. No quería imaginar qué hacía aquella mujer con su hijo. No cabía duda de que alguien vivía al otro lado de aquella muralla vegetal; de lo contrario, la fumarada que aún se elevaba sobre las copas de los árboles no tendría explicación.

Entonces, el viento siseó entre las copas de los árboles. Un rumor de hojas agitándose sobre su cabeza la hizo alzar la vista. De repente, un crujido de ramas. Pisadas sobre la hojarasca. Se quedó paralizada. Algo se movía detrás de los arbustos. Un gemido suave, casi un susurro, la hizo estremecerse. Sus ojos se abrieron, llenos de terror. ¿Tendría tiempo de subirse a un árbol? Quizá ya no. Su instinto le ordenaba correr, pero sus piernas no respondían. Vio algo moverse entre los matorrales, deslizándose de un lado a otro. Y entonces, justo cuando el miedo estaba a punto de devorarla, lo reconoció. Era algo familiar. Y, por un instante, el pánico cedió.

Una cola marrón con la punta blanca se agitaba frenéticamente entre la maleza. No tuvo tiempo de reaccionar. Solo sintió el impacto del cuerpo caliente y vibrante que la derribó sin contemplaciones. La tierra húmeda se pegó a su ropa mientras una lengua ansiosa le recorría el rostro, arrancándole un jadeo entre sorpresa y alivio. Canela. El reconocimiento la golpeó con la misma fuerza que la caída. Estaba allí, después de tantos días de incertidumbre. La perra saltaba a su alrededor, moviendo la cola como si el tiempo no hubiera pasado, igual que si nunca se hubieran separado. Emitía gemidos entrecortados, un sonido casi humano, similar al llanto de un niño que busca los brazos de su madre. Penélope la observó con la vista empañada. No parecía mucho más delgada que la última vez que la vio y, para su sorpresa, la herida en su pata había sanado.

Le retiró con delicadeza los restos de esparadrapo adheridos a su pelaje. Solo entonces notó que no era tela, sino algún tipo de vendaje vegetal, seco y fibroso. Una idea cruzó su mente como un relámpago: ¿alguien la había estado cuidando? Sin embargo, descartó la posibilidad casi de inmediato. Tal vez simplemente se había enredado con esas plantas en sus andanzas por el bosque. Se aferró al optimismo que la invadía. Si Canela se había mantenido fija

en aquel lugar, significaba que Damián también podía estar cerca. Se agarró a esa certeza con la desesperación de quien encuentra un resquicio de claridad en las sombras.

Rodeó a la perra con los brazos y rompió a llorar. Un llanto incontenible, emocional y esperanzado, empapó el rostro afable de Canela. Ella la miró con la lealtad tranquila de quien entiende sin palabras.

Cuando logró recomponerse, abrió la bolsa que llevaba colgada al hombro y sacó unos trozos de pan endurecido. Canela los devoró en cuestión de segundos, sin dejar de menear la cola con un entusiasmo desbordante. Luego, sin previo aviso, la perra se puso en marcha. Se deslizó ágilmente entre los arbustos de zarzaparrilla, sin apartar del todo la vista de su dueña, como si se asegurara de que la seguía. Penélope tomó aire y fue tras ella.

El bosque se tornaba cada vez más hostil. La vegetación espinosa se cerraba en torno al sendero como si quisiera impedirles el paso. Penélope avanzaba con dificultad, sintiendo los arañazos en sus brazos, las ramas que se enredaban en su ropa, la tierra resbaladiza bajo sus pies.

El terreno empezó a descender hacia una hondonada. Frente a ella, una inmensa roca se erguía amenazante, como un coloso que vigilaba el valle. Bajo su base, una abertura en forma de triángulo horadaba la piedra, igual que si un gigante hubiera hundido una espada en sus entrañas. Un túnel oscuro. Un portal al abismo. Penélope se detuvo en seco. Canela, en cambio, avanzó hasta la entrada y giró la cabeza, esperando. El pecho de Penélope se contrajo. La respiración se le volvió errática. La cueva exhalaba un aliento denso y sofocante, impregnado de humedad y sombras. Su instinto le gritaba que retrocediera, que no cruzara ese umbral, pero entonces recordó a Damián; su promesa. Había jurado que haría lo que fuera necesario para traerlo de vuelta. Cerró los ojos y tomó una bocanada de aire. Se apoyó en las paredes de la grieta, con los brazos abiertos, intentando controlar el temblor en sus músculos. No podía permitirse el lujo de flaquear. Entonces, entró.

El interior de la cueva la envolvió con su negrura. Por un instante, perdió por completo la visión. Sus pies tantearon el suelo irregular y pedregoso. Tropezó más de una vez, obligándose a avanzar a tientas, guiándose solo por el instinto y el contacto con la roca fría. Se apartó los mechones sueltos del tocado, pegajosos por el sudor, y los alisó sobre el resto de su cabello. El calor era asfixiante, y del interior de la cueva emanaba un hedor rancio y penetrante que le revolvía el estómago. Poco a poco, sus ojos se adaptaron a la penumbra. A unos metros, algo brillaba. Se aproximó con cautela y descubrió un charco de agua oscura en el centro de la cueva. Reflejaba la poca luz que se filtraba desde la entrada, como si fuera un abismo insondable.

Más adelante, unas escaleras de piedra emergían hacia una penumbra más intensa si cabía. Se perdían en las profundidades de la gruta, invitándola a ascender. Un vértigo inesperado la asaltó. Se sujetó al borde de la roca, sintiendo cómo la respiración se le volvía convulsiva. No sabía por qué, pero algo en aquel lugar le resultaba insoportablemente familiar. Entonces, los recuerdos la asaltaron. Como un torrente imparable, una sucesión de imágenes se desplegó en su mente con la nitidez de un golpe certero.

Una mujer la arrastraba del brazo con brutalidad. Penélope lloraba, forcejeaba, pero aquel ser no mostraba compasión. Sus dedos se cerraban en torno a su piel infantil como garras. Había estado con sus padres en el parque de atracciones. La risa de los niños, el carrusel girando, la algarabía de los vendedores… todo se desvaneció en un segundo. Se quedó sola. Entonces, aquella mujer apareció. Se ofreció a llevarla con su familia. Penélope, asustada y confusa, tomó su mano en cuanto vio sus ojos oscuros, insondables como un pozo sin fondo, se soltó aterrada.

No sirvió de nada. La arrastró hasta la cueva, sumiéndola en una negrura sofocante. Vagó a ciegas, con el pánico atenazándole el pecho, hasta que sus pies resbalaron y cayó al agua. El frío la paralizó al instante. Se hundió en la oscuridad líquida, incapaz de gritar. El agua le oprimía el pecho, la envolvía como un sudario

helado. Entonces, un chapoteo rasgó el silencio. Alguien se lanzó tras ella. Unos brazos firmes la sujetaron con delicadeza, impidiendo que se hundiera más. La arrastraron hasta un recodo oculto, donde la piedra la protegía de cualquier mirada.

Una voz temblorosa, pero amable, le susurró al oído:

—Pronto estarás en casa. Tu alma se salvará. Solo quédate en silencio.

Penélope, sin otra opción, obedeció, mientras los gritos crispados de la mujer que la había arrastrado hasta allí resonaban en la penumbra, helándole la sangre.

La realidad se materializó a su alrededor. Las escaleras seguían allí, aguardando en la negrura, como una sentencia escrita en piedra. Entonces lo entendió. Aquel lugar no era desconocido. Además, comprendió que las pesadillas que la llevaban allí cada noche eran en realidad un recuerdo, su pasado reclamándola. Comprendió también que jamás habría escapado sin la ayuda de aquel hombre delgado, de rostro melancólico y ojos de un azul profundo.

La misma persona que había secuestrado a Damián podría haberla raptado a ella décadas atrás. La diferencia era que Penélope había tenido ayuda. Nunca supo quién fue su rescatador. Recordaba, sin embargo, que la había acompañado hasta su calle, sosteniéndola con delicadeza, y que al despedirse la miró con unos ojos que parecían reflejar el mismo cielo. Entonces cayó de rodillas, aturdida. El impacto de la revelación la golpeó como un mazazo en el pecho. Recordó aquellos ojos. Los había visto antes, hacía poco. A pesar del tiempo, a pesar de las arrugas que el sufrimiento había trazado en su rostro, supo sin la menor duda que se trataba de Arnaldo Dante.

Una pena inmensa la invadió. Qué injusta había sido su vida. Apartó la vista y enfocó las escaleras de piedra. Canela la esperaba en lo alto, inquieta, impaciente. Penélope, en cambio, no estaba segura de poder seguir adelante. La oscuridad se había instalado en su mente, evocando monstruos ancestrales que parecían acecharla desde cada sombra. Sus piernas temblaban. Pensó en dar la vuelta, pero el

atardecer se acercaba. Si retrocedía, solo alargaría lo inevitable. Tenía que continuar y salir de allí antes de que cayera la noche.

Subió las escaleras. Cada peldaño era un desafío. Sentía la presión del aire denso en sus pulmones, el pánico aferrándose a su pecho, pero entonces, un destello la cegó. Luz. Un suspiro de alivio escapó de sus labios. El túnel la había conducido a un paso estrecho entre dos edificios. Eran construcciones robustas, de dos plantas, con muros gruesos que parecían devorar la claridad del día. Desde su posición, solo podía ver el límite de la parcela, donde la naturaleza reclamaba su espacio.

En aquel instante, escuchó voces. Un alboroto en las cercanías la obligó a agazaparse. Permaneció oculta, conteniendo la respiración, hasta que el bullicio se disipó. Aprovechó el silencio para moverse. Al final de una de las paredes, descubrió varias bicicletas viejas apoyadas contra los muros. Se acercó con sigilo. Canela olisqueó una de ellas y, entre los radios, Penélope vio algo que le heló la sangre. Restos de pelo marrón. El impacto fue inmediato. Era posible que hubieran atropellado a Canela con una de aquellas bicicletas, pero… ¿qué relación tenía aquello con el secuestro de Damián? Su mente intentó conectar los hechos. Nada era casualidad. ¿Habían planeado todo con precisión? Tal vez, atropellaron a la perra para asegurarse de que Damián no la abandonara. Sabían que el niño seguiría a su mascota donde fuera, sobre todo estando herida. Era una idea retorcida, pero Penélope no creía en las coincidencias.

El sol descendía lentamente, deslizándose tras la cima de la montaña que se alzaba a su espalda. Sabía que la noche traería más peligros de los que ya enfrentaba. Debía actuar antes de que fuera demasiado tarde. Esperó pacientemente. Poco a poco, las voces se apagaron. Se refugiaban en el interior de la gran casa de piedra con tejas negras que se erguía frente a ella, como un gigante silencioso.

Las luces de la segunda planta permanecieron encendidas un rato más. Luego, una a una, fueron apagándose. Cuando la última se extinguió, Penélope tomó una decisión arriesgada. Subiría por la fachada. A simple vista, parecía una locura. Aunque los salientes de

la piedra le ofrecían puntos de apoyo suficientes para trepar. El ascenso fue más difícil de lo que imaginó. A mitad de camino, ya se estaba arrepintiendo, pero no había vuelta atrás; el regreso parecía aún más peligroso que seguir ascendiendo.

Agazapada en el alféizar de una ventana, escudriñó el interior. La penumbra reinaba en la habitación. Solo la tenue luz de unas velas permitía entrever los contornos de varios camastros. Se esforzó en enfocar la mirada. Pudo entrever los rostros infantiles que se disponían a dormir. Los niños soplaban suavemente sobre las llamas, apagándolas una a una. Penélope aguantó la respiración. Probó a abrir la ventana, pero estaba cerrada. No estaba dispuesta a rendirse. Se deslizó con cuidado por la repisa, tanteando otras ventanas con los pies. Una de ellas tenía el cristal roto. Metió la mano por la abertura con cautela, sintiendo el filo de los bordes astillados rozarle la piel. Buscó a tientas el pestillo. Cuando finalmente lo encontró y lo accionó, la ventana se abrió con un leve crujido.

Contuvo el aliento, atenta a cualquier sonido, pero solo encontró un silencio denso, desconcertante. El corazón le martilleaba en el pecho. Tragó saliva, respiró hondo y, con cautela, se deslizó al interior.

Se adentró en la sala con sigilo, sintiendo cómo el aire denso y viciado parecía cerrarse a su alrededor. El techo era bajo, y las paredes de piedra desnuda devolvían el eco de su propia respiración. La sala olía a humedad, a leña mal apagada y a cuerpos sin bañar. El murmullo de resoplidos pausados y algunos ronquidos quebraban el silencio. En el suelo, entre las estrechas y austeras camas, unas pocas llamas agonizantes titilaban dentro de improvisados candiles de barro. La luz parpadeante proyectaba sombras alargadas en los rincones oscuros, creando siluetas fantasmales que se deslizaban sobre las paredes como si estuvieran vivas. El miedo se deslizó por su cuerpo como un susurro helado. La disposición de la sala le recordaba a un cuartel o, peor aún, a un orfanato de pesadilla. Los camastros, apenas compuestos por una tabla de madera con patas y

unas mantas delgadas y ajadas, que se alineaban sin orden aparente. No había rastro de juguetes, ni de colores, ni de nada que indicara que allí vivían niños y no prisioneros.

Recorrió con la mirada los rostros dormidos. La mayoría tenían la expresión serena de la infancia, pero en algunos se dibujaban muecas de angustia, como si incluso en sueños no pudieran escapar de su encierro. Un nudo se formó en su garganta. Damián podría haber estado ahí. Tal vez había dormido en una de esas camas, abrazado a sí mismo en busca de un calor inexistente. La idea le oprimió el pecho hasta casi impedirle respirar. Se sintió mareada, como si la opresión de aquel lugar fuera demasiado para ella. Fue entonces cuando un movimiento la hizo detenerse.

Uno de los chicos la observaba con el ceño fruncido, parpadeando con confusión, igual que si intentara decidir si lo que veía era parte de un sueño o de la realidad. Penélope no perdió el tiempo. Se inclinó sobre él, susurrando con urgencia:

—¿Damián? ¿Dónde está Damián?

El muchacho negó con la cabeza.

—Aquí no está —susurró.

El rechazo la golpeó como un mazazo. Algo dentro de ella se rompió. Con los nervios desbordados, lo agarró por los hombros y lo zarandeó.

—¡Dímelo! —suplicó—. ¿Está en otro lugar? ¿Aquí dentro?

El joven se incorporó con lentitud, dejando que la penumbra revelara su estatura. Era más alto de lo que había imaginado, superándola con facilidad a pesar de su juventud. Sus miradas se encontraron en un duelo mudo. Él no necesitó decir nada. Su presencia imponente la hizo soltarlo y dar un paso atrás. La rabia se disipó en un temblor contenido. Sus piernas flaquearon y la culpa la envolvió.

—Lo siento… —musitó, con la voz quebrada.

Las lágrimas le nublaron la vista, deslizándose por sus mejillas. El chico suspiró. Algo en su expresión pareció suavizarse. Tal vez porque entendía su dolor, o quizás porque, a pesar del tiempo, recordaba la desesperación de una madre buscando a su hijo. Finalmente, habló:

—Está en una cabaña… dentro del recinto.

Penélope sintió que el aire volvía a entrar en sus pulmones. Estaba cerca, pero todavía quedaba lo peor: sacarlo de allí con vida. Un ruido repentino detrás de la puerta la hizo estremecerse. Por la rendija inferior se filtraba una luz tenue, y las sombras que se movían del otro lado delataban una creciente inquietud. El sonido hueco de cerrojos deslizándose rompió el silencio como una sentencia de muerte. El peligro era inminente. Penélope reaccionó al instante. Se giró hacia la ventana, con la intención de huir, pero un nudo en el estómago la detuvo. No podía dejar a esos niños allí. Corrió de cama en cama, sacudiéndolos con urgencia.

—¡Levantaos! ¡Tenemos que salir de aquí!

El chico que la había ayudado dudó. Su mirada era impasible, casi resignada. Penélope lo agarró del brazo, esta vez con delicadeza.

—Por favor… —rogó.

Él tardó en responder, pero al final, asintió. Los niños empezaron a moverse, primero con lentitud, luego con una desesperación que los hacía tropezar unos con otros. El caos era inminente. Formaban un tapón en la salida, una masa torpe y desorganizada. Y entonces, una voz atronadora se alzó al otro lado de la marabunta infantil. Un grito furioso, cargado de rabia y autoridad. Penélope sintió cómo un temblor involuntario la invadía, atrapándola por un instante. Uno de los niños gritó algo entre el tumulto:

—¡No podemos irnos!

El terror se propagó como un incendio. El ímpetu inicial se transformó en pánico. El sonido de una bofetada resonó en la estancia. Y luego, una letanía extraña, sofocante, como un maleficio

lanzado desde más allá del tropel inquieto. Penélope supo que no tenía tiempo. Con determinación, tomó al chico de la mano y se encaminó hacia la ventana. Se aferró al alféizar con todas sus fuerzas y descendió con rapidez, tratando de no perder de vista a su aliado, pero al tocar el suelo, él ya no estaba. El pánico la atravesó. Giró la cabeza en todas direcciones. Nada. Era como si se hubiera evaporado en el aire.

El miedo se apoderó de ella. ¿Cómo encontraría ahora la cabaña donde debía estar Damián? Echó a correr; necesitaba encontrar un escondite cuanto antes. Sin embargo, solo se topó con el bosque. Los árboles la observaban en la penumbra, con sus copas alzándose como gigantes silenciosos. Miró hacia arriba. Desde su posición, el interior del bosque era una mancha oscura, un abismo impenetrable. Pronto, la negrura lo devoraría todo. Sus pies se quedaron anclados al suelo. La amenaza de la oscuridad era un peso que la paralizaba, pero no podía detenerse. Damián estaba allí. En algún punto de aquel recinto. Si la atrapaban, no podría hacer nada por él.

Respiró hondo y echó la vista atrás. Desde las ventanas, los niños la observaban con ojos encendidos de esperanza. Solo por ese instante, supo que todo había valido la pena. Se preparó para adentrarse en el bosque, pero algo la detuvo. Una presencia. El aire se volvió denso. Una sensación punzante le recorrió la espalda. No estaba sola. Giró la cabeza con un presentimiento aterrador. Y entonces, la vio. Solo unos segundos. El rostro demacrado de la indigente que había espiado a su familia. La misma mujer que la había aterrorizado bajo el puente de Vallcarca. No tuvo tiempo de reaccionar. De pronto, la oscuridad la envolvió por completo.

Capítulo 20 – Rumores

Rafael

Rafael emergió del sueño con un sobresalto, desorientado y envuelto en una sensación viscosa de angustia que se disipaba lentamente con la brisa fría de la mañana. Abrió los ojos de golpe, intentando aferrarse a la realidad como quien busca asidero en medio de una corriente furiosa. La pesadilla ya comenzaba a disolverse en el olvido, engullida por la vigilia, dejando tras de sí apenas fragmentos dispersos y carentes de sentido. El sudor frío empapaba la almohada. Con un gesto de desagrado, la arrojó al suelo, como si de ese modo pudiera deshacerse también del desasosiego que lo oprimía.

Se incorporó despacio, masajeándose las sienes en un intento inútil de recuperar los detalles del sueño. Solo quedaban retazos, imágenes difusas que su mente se empeñaba en presentar como piezas de un rompecabezas imposible de ensamblar. Sintió un dolor sordo en la cabeza, pesado, como una resaca sin alcohol. Se arrastró hasta la cocina, donde encontró algo de pan duro y un pedazo de queso seco que mascó sin ganas. Bebió un sorbo de café frío y buscó en el botiquín su última aspirina. Se la tragó con agua de la fresquera y empapó un pañuelo que se llevó a la frente ardiente. La sensación de frescor le arrancó un suspiro de alivio.

El baño de agua templada terminó de devolverle cierta claridad. La rutina le ayudaba a recuperar su centro, a deslizarse con suavidad entre los días sin demasiada resistencia, pero aquel día no podía permitirse la indiferencia habitual. El caso de Damián Maspons requería su atención, y por más que deseara dejar atrás el embrollo de Rodrigo, sabía que debía enfrentarlo sin juicios apresurados. Se recordó a sí mismo que su trabajo no era decidir quién era culpable o inocente. Solo era un eslabón entre el crimen y la justicia. Apegado a ese pensamiento, se sintió con el rumbo claro.

Si Rodrigo no era el responsable del secuestro, debía empezar a tomar en serio la intuición de Penélope. Pensó en la de su propia madre y en las veces que la ignoró, cuando ella había demostrado poseer un sexto sentido para tomar decisiones acertadas. El recuerdo le cayó encima con la pesadez de algo ya vivido. Su madre había suplicado no someterse a aquella operación. Su padre y él confiaron en los médicos, creyendo que hacían lo correcto, pero no la salvaron. Aquello lo perseguía como una herida mal cerrada, una culpa que llevaba con resignación.

Se dirigió al coche con el cuerpo más pesado de lo habitual. Encontrar a Penélope resultó inútil; una vecina le informó que había salido temprano con una bolsa, como si planease pasar el día fuera. No le costó imaginar su destino: seguramente había decidido seguir la pista de Damián por su cuenta. Le irritó que no le consultara, aunque, en el fondo, admirase su arrojo. Decidió cambiar de dirección. Visitaría a su hijo Gustavo y, de paso, volvería a interrogar a Arnaldo Dante. Penélope creía que ese hombre podía saber algo, y aunque Rafael desconfiaba de cualquier cosa que no fuese una certeza absoluta, confiaba en su criterio.

En la recepción del hospital psiquiátrico, Claudia le informó que no podía ver a su hijo. Había sufrido un brote psicótico y lo habían sedado para evitar que se autolesionara. Rafael insistió. Al fin, le indicaron que, quizá en una hora, los efectos habrían remitido y podría verlo. Mientras tanto, pidió una visita con Arnaldo.

Lo encontró más apagado que la última vez. Apenas murmuraba palabras sueltas, inconexas. Lo observó con detenimiento. Algo no encajaba. Demasiada calma, demasiada quietud. Sus ojos azules, de un tono casi hipnótico, le recordaron a su padre. Sintió un extraño impulso de compasión. Por un instante, pensó en decirle que su progenitor seguía vivo, que había estado buscándolo, pero aquella mirada perdida lo detuvo. No era el mejor momento.

Intentó captar su atención, pero Arnaldo parecía absorto en algún punto de la ventanilla que los separaba. Sus puños, apoyados sobre la mesa, comenzaron a aflojarse. Entonces, Rafael notó que sostenía

algo entre los dedos. Un papel arrugado. Golpeó los barrotes con la empuñadura de su pistola para sacarlo del trance, pero solo consiguió alertar a los guardias. Quizá pensaron que aquello podía acabar mal. Lo agarraron de los brazos para llevárselo, pero este se resistía. En el forcejeo, el hombre soltó el papel. Rafael lo vio caer y, con un esfuerzo calculado, logró alcanzarlo antes de que alguien lo recogiera. Salió del hospital sin mirar atrás y abrió el pliego en cuanto estuvo fuera. Era una fotografía de Gustavo.

Apretó la mandíbula. Algo no cuadraba. Decidió revisar el expediente de Arnaldo. El doctor Martínez, tras algunas reticencias, le permitió examinarlo en una sala apartada. Claudia le llevó una carpeta de cartón con documentos de distintos formatos. Rafael la hojeó con calma. Allí estaban los registros de ingresos y salidas, informes médicos, fotografías... hasta un pequeño objeto: un collar de huesos idéntico a los hallados en Santa Creu de Olorda. Lo levantó con un bolígrafo, observándolo con una mezcla de curiosidad y repulsión.

Las fotos contaban una historia en fragmentos. La primera imagen de Arnaldo en el hospital mostraba a un hombre joven, demacrado, con heridas y manchas oscuras sobre la piel y la ropa hecha jirones. En otra, después de haber sido aseado, afeitado y vestido, posaba junto a una enfermera con expresión orgullosa. La siguiente fotografía fue la que realmente sorprendió a Rafael: la misma mujer, con un vestido de novia, del brazo de Arnaldo Dante. No tenía idea de que aquel hombre alguna vez hubiera estado casado. Más desconcertante aún fue descubrir que esa misma mujer figuraba como la persona que solicitó su segundo ingreso. Debió de ser devastador para ella admitir que no podía salvarlo de las tinieblas de la locura.

El nombre de la enfermera estaba en el expediente: Adriana. Rafael decidió que debía hablar con ella. Después de insistir para que el doctor Martínez le facilitara su ubicación, este admitió que aún trabajaba en el hospital y que su turno terminaba en media hora. Le pidió que la retuvieran. Había preguntas que solo ella podía responder.

Adriana le contó que, a pesar de haber solicitado el ingreso de Arnaldo, nunca dejó de preocuparse por él. Lo había cuidado hasta donde le fue posible, pero llegó un punto en que mantenerlo en casa se volvió inviable. Al principio, parecía recuperado, aunque las cicatrices del trauma seguían latentes bajo la superficie. Ella había hecho todo lo posible por sostenerlo, comprendiendo la dureza de su historia. Sin embargo, llegó el momento en que aquello dejó de ser suficiente.

Arnaldo le había confesado que sus padres y hermanos fueron asesinados por las mismas personas que lo habían convertido en lo que era. O, al menos, eso le aseguraron ellas mismas. Rafael ya conocía su origen en Santa Creu de Olorda, pero escuchar de nuevo ese nombre lo hizo reafirmar su intuición. Todo lo que había ido recopilando comenzaba a encajar, aunque aún no podía ver con claridad la imagen completa.

La historia de Arnaldo era de una crueldad difícil de imaginar. Si no fuera por el tono pausado y quebrado de Adriana al relatarlo, Rafael habría pensado que se trataba de una pesadilla. Hacía muchos años, unas jóvenes huérfanas lo drogaron y lo secuestraron. Lo ataron a un carromato y lo arrastraron hasta el corazón del bosque. Allí, le arrancaron los harapos que aún llevaba, lo embadurnaron con miel y lo sujetaron a un árbol. La intención era clara: dejarlo a merced de los insectos y las alimañas. Al principio, gritó y lloró, llamando desesperado a sus padres para que lo salvaran, pero ellas solo rieron. Le dijeron que estaba solo, que su familia había muerto y que nadie vendría por él. Luego se marcharon, dejándolo allí, envuelto en la espesura y el silencio.

Los días pasaron, y con ellos, la cordura. El hambre lo convirtió en algo que apenas podía reconocerse como humano. Se alimentó de los insectos que se posaban en su rostro y de las ratas que lograba atrapar con los dientes. Aprendió a ahuyentar a los animales carroñeros que intentaban devorarlo mientras seguía atado al árbol. Con el tiempo, su cuerpo adelgazó tanto que la correa que lo sujetaba cedió, deslizándose por su piel huesuda hasta el suelo.

Fue entonces cuando comprendió que podía huir. Se dejó caer hasta donde alcanzaba una roca sobresaliente y, con lo poco que quedaba de sus fuerzas, comenzó a desgarrar la cuerda que sujetaba sus manos hasta liberarse. Aunque, para entonces, ya no recordaba quién era. No recordaba su nombre ni su pasado. Solo tenía hambre. Y miedo.

Vagó por el bosque durante meses, sobreviviendo como una criatura salvaje hasta que alguien lo encontró y lo llevó al psiquiátrico. Allí, entre los pasillos fríos y las miradas esquivas, conoció a Adriana. Ella fue la primera persona que lo trató con cuidado, la única que le habló con dulzura. Para Arnaldo, aquello fue como un ancla en medio del delirio. Se enamoraron. No obstante, el pasado nunca lo dejó en paz. Poco a poco, su obsesión por salvar a otros como él se convirtió en una cruzada. Hablaba de brujas y conjuros, de sombras acechando. Comenzó a llevarse niños a casa, convencido de que debía protegerlos. Adriana intentó razonar con él, pero fue inútil. No le quedó otra opción que internarlo de nuevo en el hospital psiquiátrico. Aun así, nunca dejó de velar por él. De vez en cuando, lograba escapar. Siempre se obcecaba en que lo hacía para salvar a almas indefensas.

Rafael la escuchó con atención. Cuando terminó de hablar, dejó un silencio en el aire antes de hacerle la única pregunta que rondaba su mente:

—¿Por qué nadie le creyó?

Adriana lo miró sorprendida, como si la pregunta le resultara absurda.

—Porque no podía ser cierto —respondió, sin dudar—. No todos los niños podían estar en peligro. Y jamás se demostró que esas mujeres existieran realmente. Los médicos lo diagnosticaron con paranoia crónica. Para ellos, no había más misterio que ese.

Rafael sintió una leve punzada de duda, pero pasó tan rápido que no tuvo tiempo de procesarla. Algo en aquella historia lo inquietaba. Le desconcertó que Arnaldo hablara de varias mujeres. ¿Acaso sus

delirios tenían alguna relación con la desaparición de Damián? Tal vez no, pero la fotografía de su hijo Gustavo en manos de Arnaldo no podía ser una coincidencia. Quizá era un mensaje. Quizá Gustavo sí tenía algo que ver con el secuestro del hijo de Penélope. No tenía respuestas. Solo una certeza: debía encontrarla cuanto antes.

Patricia

Patricia, la madre de Penélope, ajustó el abrigo sobre sus hombros antes de salir detrás de su marido. Era una mañana fría y húmeda, de esas en las que la niebla aún se aferraba a las calles estrechas de Sabadell, como un velo translúcido que no terminaba de disiparse.

Justo caminaba con prisa, con ese andar rígido que delataba su malhumor. No era necesario preguntarle qué le atormentaba; ella ya lo sabía. Desde hacía días, su humor se había vuelto más irascible, sus silencios más pesados. Años atrás, cuando las preocupaciones lo asaltaban, las disimulaba con el porte altivo del empresario seguro de sí mismo. Ahora, su rostro era un amasijo de crispación contenida. Y aquella mañana, cuando cruzaron la puerta de casa, Patricia lo sintió de golpe: la mirada esquiva de los vecinos, los murmullos apagados al paso de su marido. Algo había cambiado.

Ella bajó la vista y apresuró el paso, como si su presencia pudiera desdibujarse en el aire. Desde que era niña había aprendido a pasar desapercibida, a moverse sin llamar la atención, a evitar convertirse en el blanco de las conversaciones ajenas. Aunque con Justo aquello era imposible. Él siempre exigía ser el centro, el foco, la referencia. Y en ese momento, lo era por motivos indeseados para él.

En la esquina de la calle, Ramón Soler los esperaba con el porte de quien cree estar al tanto de un secreto importante. Cuando los vio, su expresión se volvió entre complacida y compasiva.

—Buenos días, señores Maspons —saludó con un leve asentimiento, con apenas un gesto de la barbilla.

Ella apenas reflejó un mohín en sus labios.

—Espero que no se tome a mal lo que se dice por ahí… —continuó Soler, con esa condescendencia que tanto irritaba a Patricia.

Su marido se detuvo en seco.

—¿Qué se dice por ahí?

Soler hizo un gesto ambiguo, como si buscara las palabras adecuadas para maquillar lo inevitable.

—En Barcelona no se habla de otra cosa. Se comenta que… —Bajó la voz un tono— han secuestrado a su nieto.

El silencio que siguió pareció detener el tiempo. Patricia sintió que algo se contraía en su pecho.

—Y también dicen… —prosiguió Soler, arrastrando las palabras— que su hija nunca estuvo casada. Que tuvo al niño sola.

Las últimas sílabas se deslizaron con la suavidad de un veneno bien administrado. Patricia sintió un nudo en la garganta. Durante días había vivido con esa angustia silenciosa, rezando en la intimidad de su habitación para que su nieto apareciera sano y salvo, para que Penélope no tuviera que enfrentarse sola a aquella pesadilla, pero su esposo… su esposo solo parecía preocupado por las murmuraciones. Ni una palabra sobre el paradero del niño, ni una mención a la desesperación de su hija. Solo el escándalo, solo su reputación. Le recorrió un escalofrío de rabia y tristeza.

Justo se tensó. Su mandíbula se endureció tanto que Patricia temió que sus dientes crujieran.

—Pura habladuría —murmuró, con la voz rasposa.

Habladuría. Eso era todo lo que significaban para él su hija y su nieto: un maldito rumor.

—Quizá, pero ya sabe cómo son estas cosas… Cuando la gente empieza a hablar, es difícil acallarlos.

Patricia vio cómo su esposo apretaba los puños. Lo conocía demasiado bien. Sabía que esa rabia no se quedaría en palabras.

—Le agradecería que no volviera a mencionar este asunto, Ramón.

—No se preocupe, amigo, no soy yo el que habla… —Soler sonrió con aire de falsa lealtad—, pero en Barcelona… bueno, ya sabe cómo es Barcelona. Además, con la cantidad de contactos e influencias que tiene usted allí, hasta el más pequeño rumor puede abrir grietas en la fortaleza de un apellido. Y si llega a los oídos del régimen…

Tampoco ayudaba que Justo fuera un hombre de costumbres. No soportaba los cambios, las sorpresas, mucho menos los rumores. Cada día seguía el mismo itinerario: el café en el Cercle Sabadellès, la visita a las distintas fábricas textiles de su propiedad repartidas por Sabadell, y los sábados y domingos, días que reservaba para el tiro de pichón en el campo del Estadio Municipal de Montjuïc. Siempre contaba a Patricia que allí, entre el olor a pólvora y los estallidos secos de los disparos, encontraba un remanso de control, una rutina en la que nadie osaba desafiar la autoridad que ahora estaba en entredicho.

Con un leve gesto de la cabeza, Soler se despidió y se perdió entre la niebla de la calle. Patricia se quedó inmóvil, observando de reojo a su marido. Justo no se movió durante unos segundos. Parecía un hombre al que acababan de derribar de un solo golpe y aún no entendía qué había sucedido. Luego, sin decir palabra, giró sobre sus talones y comenzó a andar con rapidez, empujándola sin querer a seguirlo. Ella obedeció. Siempre obedecía.

La tensión en el ambiente era tan espesa que Patricia sintió que le costaba respirar. Entraron en la casa sin dirigirse una sola palabra. Justo cerró la puerta con violencia y cruzó la sala con pasos furiosos. Patricia, aún con el abrigo puesto, se quedó de pie junto a la mesa, con las manos aferradas a los botones del tejido.

—¿Qué has hecho? —soltó su marido, girándose bruscamente hacia ella.

Patricia frunció el ceño.

—¿Cómo dices?

—Nuestra hija. Tu hija. ¿Te das cuenta de lo que ha provocado?

Ella sintió un ardor en la garganta.

—No ha provocado nada.

—¡No te hagas la inocente! ¡Siempre le has consentido todo! —bramó él, avanzando hasta quedar a pocos pasos de ella—. Nos están señalando, Patricia. Me están señalando. Si descubren que Tomás está detenido como sospechoso y lo vinculan conmigo… ¡Y si, por esta maldita historia, la empresa se arruina…!

Patricia sintió cómo algo dentro de ella se rompía.

—¿Eso es lo único que te importa? —susurró, sin poder contenerse.

Justo la miró con furia.

—¿Cómo dices?

—¿De verdad solo piensas en la empresa? ¿No te importa lo que le ha pasado a Damián? ¿No te importa lo que están sufriendo nuestros hijos?

La bofetada no llegó, pero Patricia la vio en sus ojos. Se quedó inmóvil, esperando el golpe que no se produjo. Justo apretó los dientes y, en su lugar, de un manotazo le arrebató el bolso de las manos y lo lanzó sobre la mesa. Patricia apenas pestañeó.

— Ni se te ocurra desafiarme —la amenazó con ojos enrojecidos.

Ella alzó la vista lentamente, con el pecho oprimido de rabia contenida.

—No puedes evitar que la gente hable, Justo.

Su marido la fulminó con la mirada.

—¡Sí que puedo! —gruñó, con los dientes apretados—. Puedo callarlos.

Patricia sostuvo su expresión un instante. No dijo nada. No había necesidad. Entendía lo que significaba. Sabía lo que Justo estaba

dispuesto a hacer cuando su apellido estaba en juego. Y también era consciente de que nada de lo que dijera lo haría cambiar de opinión.

Capítulo 21 – Almas robadas

Penélope

Un hedor nauseabundo la arrancó de la inconsciencia. Penélope parpadeó varias veces, confusa, con la boca pastosa y un regusto metálico en la lengua. Un vértigo denso la atrapó, igual que si su conciencia se arrastrara por un lodo espeso y oscuro. Su estómago se revolvió al instante, y las arcadas la obligaron a doblarse sobre sí misma. La garganta se le desgarraba en un intento inútil por expulsar lo que no tenía dentro. Algo muerto estaba allí con ella. Lo supo incluso antes de que su vista se adaptara a la negrura que la envolvía. El suelo bajo su cuerpo era húmedo, frío, como si el lugar hubiera estado aislado de la luz durante siglos. La oscuridad la abrazaba con un peso asfixiante, sofocándola, llenándole la cabeza de imágenes aterradoras. Respiró entrecortadamente, sintiendo el pánico crecer en su pecho como una garra afilada que le arañaba el alma. No podía perder el control. No ahora.

Con movimientos torpes, tanteó el suelo con las manos. Tierra húmeda, guijarros, algo viscoso que prefirió no identificar. Intentó ponerse de pie, pero el mareo la hizo tambalearse. Se llevó una mano a la cabeza y el dolor la atravesó como una navaja. La piel estaba pegajosa. ¿Sangre? Su respiración se volvió errática. ¿Cómo había llegado hasta allí? Miró hacia arriba. A través del círculo de penumbra, las estrellas titilaban como un espejismo distante. *¿Un pozo o una fosa?* Su mente se aferró al primer pensamiento, intentando encontrar lógica donde solo había caos. Aunque entonces su mano rozó algo en el bolsillo de su chaqueta. Algo inesperadamente suave, quebradizo. Lo sacó con cuidado. Una flor. No la podía ver, pero estaba casi segura de que se trataba de un hibisco.

El recuerdo la golpeó de lleno: Rafael, la tarde en Santa Creu de Olorda, cuando ella le confesó que era su flor favorita. El corazón le

dio un vuelco. ¿Cómo había llegado hasta su bolsillo? ¿Lo habría puesto él? Por un instante, una tímida sonrisa luchó por abrirse paso en su rostro, pero se desvaneció de inmediato cuando los primeros albores del día revelaron la espantosa realidad. No era un animal lo que yacía junto a ella. La náusea regresó con brutalidad. El amanecer desdibujaba las sombras y perfilaba un rostro pequeño y deforme, una expresión congelada en un rictus de horror. La piel estaba hinchada, el cuerpo rígido, frágil. Penélope ahogó un grito, pero el temblor la sacudió entera. Ahora entendía. No era un simple pozo. Era una tumba.

La arcada llegó sin aviso, obligándola a caer de rodillas, apenas a un palmo del cadáver. Su pecho subía y bajaba con violencia y el llanto aferrándose a su garganta como un puño. Su mente saltó sin control a lo inevitable: su hijo. Damián. La idea de que él pudiera terminar igual, abandonado en un agujero sin nombre, le desgarró el alma. Ahora lo veía con claridad. Sabía de lo que aquella mujer era capaz. Había estado demasiado cerca de su objetivo. Penélope creyó haber frustrado su propósito, pero ¿y si solo había ganado tiempo? Algo no encajaba. ¿Por qué los niños no intentaban escapar? ¿Por qué ninguno había mostrado resistencia?

Las dudas la asaltaban, implacables, como un enjambre de sombras dentro de su cabeza. ¿Y si se había equivocado? ¿Y si le habían dicho lo que quería oír? ¿Y si Damián nunca estuvo allí? Su mente estaba demasiado confusa y agotada. Tal vez el golpe en la cabeza la había desorientado, o tal vez era el terror el que la mantenía atrapada en una red de paranoia. Sus ojos se clavaron en la tierra oscura y húmeda bajo sus manos. Algo en ella se rompió. La desesperanza la embistió con toda su crudeza. No podía pensar, no podía luchar. El miedo la tenía paralizada.

Damián

El chirrido de la puerta de madera al abrirse hizo que el corazón de Damián diera un vuelco. Se incorporó de inmediato, con el cuerpo

entumecido por tantos días de encierro. ¿Sería esta la vez que lo dejarían salir? Cada vez que la puerta se abría, albergaba la misma esperanza, pero hasta ahora solo había encontrado decepción. Algo le decía que todos los niños pasaban primero por la cabaña. Había llegado a la conclusión de que era para que el sufrimiento los volviera sumisos antes de que tuvieran oportunidad de escapar. Si los debilitaban lo suficiente, si los hacían sentir que no tenían opción, entonces ya no lucharían.

Él no quería rendirse, pero tampoco quería sufrir más. Aprendió rápido que Águeda esperaba obediencia, que quería ver en sus ojos el reflejo de su dominio absoluto. Y él estaba dispuesto a darle lo que quería, al menos por ahora.

—Haré lo que me pida, señora —murmuró con voz quebrada y la garganta reseca por la falta de agua.

Águeda lo observó de arriba abajo, con esa mueca suya que no era ni un gesto de aprobación ni un tic, sino algo más inquietante, como si se burlara en silencio. ¿Lo habría creído? Luego chasqueó la lengua, igual que si reprendiera a un animal. Le dio un empellón hacia la salida, pero Damián ya había aprendido a moverse antes de que lo empujaran. Sabía que, si demostraba resistencia, le haría daño. Así que se adelantó, caminando al ritmo que ella quería, con la mirada baja, como un animal amaestrado.

Cuando llegaron a la entrada de la gran casa, Águeda le tendió un hueso que había estado rebañando. ¿Pretendía que comiera eso? El simple pensamiento le revolvió el estómago… pero su hambre era más fuerte que su orgullo. Lo agarró con ansia, arrancando los últimos restos de carne con los dientes. Como un perro hambriento. Hasta partió el hueso y succionó el tuétano. Si su madre lo viera en aquellos momentos no podría creerlo.

La mujer sonrió, complacida. ¿Pensaba que lo había domesticado? Tal vez, pero Damián no se engañaba. Sabía que cuando Águeda parecía menos peligrosa era cuando más debía temerle.

—Tu madre ha estado por aquí —soltó de repente, con frialdad.

Una punzada de dolor le recorrió el pecho. El simple pensamiento de su madre lo hizo temblar por dentro. Quería llorar, pero se obligó a no mostrar debilidad. No delante de ella. Quiso aferrarse a esa noticia, a la idea de que ella había venido por él, que nunca había dejado de buscarlo.

—¿Dónde está ahora? —preguntó con un hilo de esperanza.

Deseó con todas sus fuerzas que le dijera que estaba allí. Que estaba viva, pero Águeda dejó que el silencio se alargara, disfrutando de su angustia antes de asestar el golpe.

—Ya no está entre nosotros.

El mundo pareció desaparecer por un instante.

—¿Está muerta? —susurró Damián, con los labios temblorosos.

Pero ella no respondió. En su lugar, lo empujó dentro de la casa y lo arrastró escaleras abajo. Su agarre era firme, casi doloroso. Damián tropezó con los escalones, sus piernas flaqueaban, parecían haber perdido toda la fuerza. El temor de que pudiera haber fallecido se agarró a su pecho como una sombra gélida, envolviéndolo, colándose en cada rincón de su mente y congelándole el aliento. *No puede estar muerta. No puede ser.* Aunque, por más que intentara repetirse esas palabras, no lograba acallar la voz en su cabeza que le susurraba lo contrario. Apretó los puños en un intento por contener las lágrimas sin conseguirlo del todo.

El olor del sótano lo golpeó con fuerza: humedad, hierbas secas y algo más. Algo químico. Algo podrido. Él ya había estado allí. Durante la primera noche. Miró a su alrededor. Los frascos seguían en el mismo lugar. Filas y filas de ellos, con líquidos densos y turbios. Decía que en esos botes estaban las almas de los niños, aunque Damián no estaba del todo seguro de que eso se pudiera hacer.

Águeda se dirigió a un viejo escritorio y sacó un pergamino amarillento de un cajón. Damián alcanzó a ver lo que parecía una lista antes de que ella lo guardara de nuevo. Entonces, sin previo

aviso, tomó uno de los frascos y lo estrelló contra el suelo. El estallido lo hizo saltar hacia atrás. Pedazos de cristal volaron en todas direcciones. Un frío punzante le recorrió la espalda. No entendía nada. Antes de que pudiera reaccionar, sintió la mano de Águeda aferrarse a su cabello y arrastrarlo hacia la escalerilla que llegaba hasta un ventanuco por el que apenas se filtraba un tenue halo de luz.

—Mira —ordenó con voz apática.

Damián obedeció, con el estómago encogido por el miedo. Fuera, un niño yacía en el suelo. No se movía. Parecía muerto. Su mente gritaba que no podía ser, que tenía que estar respirando, que en cualquier momento se levantaría. Entonces, el cuerpo convulsionó. Damián sintió el pánico trepar por su pecho. Temía que estuviera sufriendo.

—Lo mismo ocurrirá si te alejas de tu alma despojada —susurró Águeda con satisfacción.

Cuando salieron de la casa, Damián vio al niño sentado en el suelo. Parecía vivo. Sintió un fugaz alivio. Hasta que lo miró de cerca. Sus ojos estaban vacíos, su mirada perdida en algún punto inexistente. Un hilo de baba colgaba de la comisura de sus labios. No estaba muerto, pero tampoco estaba vivo. Damián tragó saliva. Sintió la necesidad apremiante de salir de allí. De encontrar a su madre. Sin embargo, la esperanza se desplomó cuando sintió el tirón de la mujer oscura, llevándolo de vuelta a la cabaña.

Sus pies se arrastraban sobre el suelo terroso mientras Águeda lo empujaba de vuelta. La imagen del niño sin alma seguía grabada en su mente. *¿Eso me pasará a mí si no obedezco? ¿Si intento escapar?* La puerta se cerró tras él con un golpe seco. La oscuridad de la cabaña lo envolvió de nuevo. El aire estaba cargado de humedad y desesperanza, el olor de su propio cuerpo sin lavar lo mareaba. Se dejó caer sobre la estera de paja que le servía de cama y cerró los ojos con fuerza.

Intentó recordar el rostro de su madre, la calidez de sus brazos, el sonido de su voz llamándolo por su nombre, pero la imagen se desdibujaba, como si cada día que pasaba allí la arrancara un poco más de su memoria. Le reconfortaba pensar que, si su madre seguía viva, vendría a buscarlo. Aunque no podía descartar la posibilidad de que aquella mujer estuviera diciendo la verdad. El miedo lo atenazó de nuevo, y esta vez fue mucho más intenso. Sintió un nudo en la garganta, una presión insoportable en el pecho. *No llores. No llores. No llores.* Mordió su propia mano hasta que el dolor distrajo su mente, hasta que logró contener el llanto. Llorar no serviría de nada.

Tenía que pensar. Tenía que encontrar la forma de salir de allí. De alguna manera, tenía que descubrir la verdad. Se giró de lado, encogiéndose sobre sí mismo, escuchando los ruidos lejanos de la gran casa. Oía las pisadas de Águeda, los murmullos de los otros niños en el patio, el crujido de la madera con cada ráfaga de viento. Todo seguía igual. Todo estaba en su lugar, pero él sentía que el mundo acababa de romperse. Apretó los puños. *Si madre está viva, me encontrará. Y si no lo está… entonces tendré que encontrar la forma de salir por mi cuenta.*

No podía rendirse. No ahora. No mientras todavía quedara una posibilidad.

Capítulo 22 – Tras la pista de Penélope

Patricia

Patricia observó con curiosidad a su marido cuando este levantó el auricular del teléfono. No había oído que sonara; por un instante pensó que iba a hacer una llamada, pero al escuchar su escueto saludo comprendió que él era el receptor. A pesar del letargo que le provocaban las pastillas, logró captar con claridad cómo Justo repetía, casi maquinalmente, las palabras de su interlocutor. Era el policía Rafael Monroy. Le informaba de que su hija había desaparecido y quería saber si ellos conocían su paradero.

En ese instante, Patricia abrió los ojos de par en par. Contuvo el aliento, pendiente de la respuesta de su esposo. Justo titubeó unos segundos. A ella le asaltó el impulso de arrebatarle el teléfono y bombardear al policía con preguntas sobre su hija, pero sabía que él jamás se lo permitiría. Siempre se había creído el dueño absoluto de las decisiones familiares. Entonces, la realidad la golpeó con brutalidad: su marido, con voz firme y desapasionada, dijo que no tenía ninguna hija. Y colgó.

Patricia sintió un vértigo insoportable. Sin decir nada, se alejó hasta el balcón. No quería que ese hombre infame viera cómo sus lágrimas caían sin control. Desde allí, alzó la vista al cielo y observó a los pájaros revoloteando despreocupados entre las nubes. Los envidió con una punzada en el pecho. Quiso ser uno de ellos, desaparecer, volar lejos de aquel infierno.

De repente, la voz de Justo la alcanzó como un latigazo. Le gritaba con desprecio, pero ella ya no estaba allí. Su mente se había refugiado en otro lugar, un recuerdo lejano y cálido. Se imaginó paseando de la mano de sus tres hijos en un parque soleado, con la risa de los pequeños flotando en el aire. Entonces, su ensueño se quebró cuando la voz de su marido irrumpió con más fuerza. Le ordenaba que cerrara la puerta, que entraba el frío. Sin embargo,

ella ya no era la mujer que se aferraba a la barandilla con ambas manos, calculando la altura hasta el suelo, ya no. Ahora se sentía un ave, desplegando las alas, dejando que el viento la elevara, sintiendo el sol en el rostro, libre.

Rafael

Penélope seguía sin aparecer y el tiempo corría en su contra. Rafael sentía un peso en el pecho, una opresión sorda que le impedía pensar con claridad. Un presentimiento le gritaba que ella estaba en peligro y que su desaparición guardaba un vínculo directo con el secuestro de su hijo. Era impensable que Damián, un niño tan pequeño, hubiese hecho algo para justificar un destino tan cruel. Aquello tenía que estar ligado al pasado de la madre, a una historia aún oculta. En el fondo, sabía que el camino para encontrar al niño lo conduciría, inevitablemente, hasta ella.

Había agotado las pistas entre los vecinos. Ninguno tenía antecedentes ni vínculos evidentes con el caso. Sin embargo, quedaba una posibilidad: su casa. La vecina de Penélope, una mujer de voz aguda y parloteo incesante, tenía las llaves «por si pasaba algo». Y, en su criterio, aquel momento lo justificaba. Entre un mar de reproches y quejas sobre la irresponsabilidad de la desaparecida, le abrió la puerta. Rafael apenas la escuchaba. Su paciencia, ya de por sí extensa, comenzaba a flaquear. Con un escueto «perdón», cerró la puerta tras él, deseoso de encontrar algo que lo acercara a la verdad.

En la habitación de Penélope, un armario bajo le pareció el lugar ideal para guardar documentos importantes. Su intuición no le falló. Sobre la cama esparció carpetas y papeles de todas las formas y colores, examinándolos con la paciencia de quien busca una aguja en un pajar. El desorden que se manifestaba en el espacio de Penélope no era solo el reflejo de su repentina desaparición, sino también de una vida llena de fragmentos dispersos, pistas sueltas que Rafael intentaba ordenar. Sabía que la clave estaba ahí, entre

los documentos y objetos personales que habían quedado atrás. Si había un hilo conductor en todo esto, debía encontrarlo.

En ese instante, llamaron a la puerta. Rafael sintió un chispazo de irritación. Si era la vecina, no le abriría. Era de vital importancia encontrar algún indicio lo antes posible. Para su alivio, era el cartero, con una carta a nombre de Penélope. El hombre dudó cuando Rafael le pidió la correspondencia. Debido al control exhaustivo de las comunicaciones en aquellos días, el cartero se negó a entregársela a un desconocido sin una orden formal. Rafael, consciente de ello, sacó su placa con calma y explicó que estaba realizando una inspección oficial vinculada a una investigación en curso. El cartero siguió mirándolo con recelo, pero ante la autoridad del agente, no insistió más y le entregó el sobre. Rafael lo abrió con la esperanza de hallar una pista, pero su contenido no aportó nada relevante.

Sobre la mesita de noche, junto a varios libros y un despertador mecánico de cuerda, su mirada se detuvo en una caja de madera pequeña, con cerradura rota, como si alguien la hubiera abierto con prisa. La destapó con cuidado. Dentro, envueltos en hojas de papel de seda, había varios telegramas y cartas antiguas. Los mensajes eran breves, escuetos. Algunos estaban firmados con iniciales que no reconocía. Otros no tenían remitente. Rafael frunció el ceño. El tono de los mensajes no era el de una correspondencia habitual entre amigos o familiares. Eran fríos, calculados. Cogió uno de los telegramas, fechado hacía varios años:

«El miércoles, 20:00. Entrada lateral. Pregunta por F.»

Otro, más reciente, decía:

«Confío en que todo esté en orden. Nos veremos cuando sea necesario. F.»

Rafael recorrió las letras con los dedos. F. ¿Quién era «F»? Apartó los telegramas y siguió revisando la caja. Entre los papeles, doblada con pulcritud, encontró una invitación de gala. Era un evento de la alta sociedad barcelonesa, de aquellos a los que la familia de

Penélope estaría habituada a asistir. La fecha coincidía con el primer telegrama.

*Una simple coincidencia***,** pensó al principio. Hasta que leyó el nombre que figuraba en la parte inferior de la invitación. *Francisco Rodés.* No era extraño que un hombre como él organizara un evento de tal calibre. Lo que sí le resultaba inquietante era la relación entre el telegrama y la invitación.

«20:00. Entrada lateral. Pregunta por F.»

El anfitrión del evento era Francisco Rodés. El hallazgo aún no probaba nada, pero algo no encajaba. Si Penélope había asistido simplemente como invitada de su círculo social, ¿por qué recibiría un telegrama indicándole una entrada lateral y un contacto con iniciales en clave? Esto no era solo una invitación formal. Había algo más detrás. Rafael repasó la lista de telegramas. Uno, fechado tiempo después del evento, le llamó especialmente la atención:

«Como siempre, encantado de verte. No olvides nuestro acuerdo. Llámame cuando lo necesites. F.R.»

Las iniciales lo golpearon como un puñetazo en el estómago. *F.R. Francisco Rodés.* Había encontrado la conexión. Francisco y Penélope se conocían desde hacía años. Lo que aún no sabía era qué tipo de relación los unía. Rafael dejó la invitación sobre la cama y volvió a tomar el telegrama entre los dedos. *F.R. Francisco Rodés.* La conexión estaba clara, pero seguía sin entender el alcance de la relación entre ellos. Sabía que un simple intercambio de mensajes no bastaba para demostrar nada. Necesitaba más pruebas. Se puso en pie y recorrió la habitación con la mirada. ¿Qué más había aquí que pudiera arrojar luz sobre el enigma?

Abrió el cajón de la mesilla de noche y encontró una agenda de piel oscura, con algunas páginas arrancadas. Pasó los dedos por la portada antes de hojearla con rapidez. Las anotaciones estaban escritas con la letra clara y pulcra de Penélope. Se detuvo en una página fechada el mismo año del evento. Junto a un par de apuntes

de clases universitarias y una lista de tareas triviales, había una frase que le heló la sangre.

«Cita con F.»

Nada más. Sin dirección, sin detalles. Solo una fecha y una inicial. Pasó varias páginas más y encontró lo mismo en distintos momentos del año.

«Cita con F.» «Reunión con F.» «Entrega a F.»

Rafael cerró la agenda con lentitud. Eso ya no era una coincidencia. Rodés no solo la conocía. Habían mantenido contacto durante un tiempo prolongado.

Salió de la casa con una sensación de urgencia. El siguiente paso era encontrar pruebas físicas de esos encuentros. Sabía que Rodés, como empresario influyente, frecuentaba ciertos hoteles y restaurantes exclusivos de Barcelona. Decidió empezar por el Gran Hotel Colón, un establecimiento elegante donde solían hospedarse políticos y hombres de negocios. Se presentó en la recepción con su placa y solicitó acceso a los registros de los últimos años. El recepcionista, tras unos momentos de duda, le permitió consultar los archivos. Rafael pasó página tras página entre los libros de registro hasta que encontró lo que buscaba.

«Francisco Rodés. Reserva frecuente.»

Pero lo que más le sorprendió no fue ver su nombre. Sino que, en varias ocasiones, aparecía un segundo huésped anotado con él. No decía «Penélope», pero sí «Acompañante. Habitación reservada». Había una fecha que le resultó familiar. El día después del evento de gala. Rafael presionó los labios. No había nombres concretos, pero estaba claro que Rodés se reunía allí con alguien en privado. La idea de que pudiera tratarse de Penélope se instaló en su mente con un peso insoportable.

Decidió continuar su búsqueda en el Restaurante Can Lluís, un lugar de alta categoría que Rodés visitaba con frecuencia. Allí, tras unas

discretas preguntas, consiguió dar con un camarero veterano que llevaba años trabajando en el lugar.

—Rodés, sí, claro que lo recuerdo. Era un cliente habitual —dijo el hombre, con el aire de quien ha visto demasiadas cosas.

—¿Sabe si solía venir acompañado?

El camarero se frotó la barbilla.

—A veces, sí. Siempre muy discreto. Y ahora que lo menciona… hace unos años solía venir con una chica joven. No era su esposa, desde luego.

—¿Podría describirla? —Rafael sintió cómo su pulso se aceleraba.

El hombre frunció el ceño, intentando recordar.

—Pelo oscuro, delgada… sí, sí, una chica muy elegante. No hablaban demasiado en público. A veces solo tomaban café, otras veces cenaban, pero recuerdo que él siempre pagaba y le pedía que no firmara la cuenta. Rafael asintió lentamente. Era ella. Tenía que ser Penélope.

Aquel mismo día, Rafael se dirigió a la empresa de Rodés para intentar hablar con alguien que pudiera darle más información. El empresario estaba enfermo, pero consiguió que le permitieran revisar algunos documentos administrativos de años anteriores. Lo que encontró fue la última pieza del rompecabezas.

Entre varios contratos y registros financieros, halló un documento privado, firmado por Rodés, donde se estipulaba un pago recurrente a una cuenta bancaria sin nombre, solo con un número de identificación. Ese número coincidía con la cuenta de Penélope. Rafael sintió un escalofrío. El telegrama había mencionado un acuerdo. Aquí estaba la prueba de que Rodés había estado pagando a Penélope de forma constante. Lo que aún no sabía era por qué, pero ahora tenía una certeza innegable: la vida de Penélope y la de Francisco Rodés estaban entrelazadas desde hacía años. Y el motivo de ese vínculo podría ser la clave de su desaparición.

Decidió dirigirse a la dirección que le habían indicado como su residencia habitual. Desde la calle, Rafael observó la elegante residencia. Un jardín de palmeras se extendía ante él, con una fuente cuyo chorro caía en intervalos irregulares sobre un estanque austero. El crepúsculo teñía de sombras los colores vivos del paisaje, sumiendo la escena en un aire de decadencia. Insistió con el timbre cuatro veces hasta que una mujer sofisticada, de unos cuarenta años y cabello rubio impecablemente arreglado, abrió la puerta. Su expresión denotaba fastidio.

—El señor Rodés no puede atenderle, está enfermo —dijo con desgana.

Rafael sujetó la puerta antes de que pudiera cerrarla.

—Es importante, y urgente —su tono, aunque tranquilo, no admitía réplica.

La mujer suspiró y, con un deje de reproche, lo hizo pasar.

Mientras esperaba en la sala de estar, Rafael examinó las fotografías sobre un mueble de color caoba. En ellas, Rodés aparecía en diversos eventos junto a su esposa. El mobiliario de la sala revelaba un estatus privilegiado para la época en la que estaban viviendo, cuando la mayoría apenas tenía lo necesario para sobrevivir. Un escalofrío le recorrió la espalda cuando sacó del bolsillo la foto de Damián y la comparó con las imágenes del empresario. El parecido era innegable.

Cuando finalmente entró en la habitación donde convalecía Rodés, el empresario negó con rotundidad cualquier parentesco con el niño. Su respuesta fue tan tajante que, lejos de disipar las dudas de Rafael, solo avivó sus sospechas. El ambiente en la estancia era opresivo, impregnado de enfermedad y abandono. El aire viciado, la penumbra persistente y la quietud casi espectral, lo envolvían todo. Rodés apenas podía mantener los ojos abiertos; su fragilidad era evidente. Rafael se puso en pie y avanzó hacia la puerta, pero antes de cruzarla, se volvió una última vez para observar al aquejado. No era el momento para presionarlo, lo sabía. Aun así, algo dentro de él

le impidió marcharse. Necesitaba saber qué relación tenía con Penélope. No podía dejar pasar aquella oportunidad. Se giró con la intención de insistir, pero Rodés ya había sucumbido al agotamiento. Dormía, ajeno a la tensión que lo rodeaba.

Dorotea, la esposa, no perdió la oportunidad. Se adelantó con firmeza y le señaló la salida. Su expresión dejaba claro que la conversación había terminado. Sin decir una palabra, Rafael cruzó el umbral, pero su intuición le decía que aquel hombre guardaba secretos que aún no estaba dispuesto a revelar.

Salió de la casa sintiéndose derrotado. Un presentimiento le decía que Rodés tenía un vínculo con Damián, pero sin pruebas no podía presionarlo. De regreso a la comisaría, pidió a unos de los agentes que revisara los movimientos bancarios de Penélope. Con lo controlado que estaba todo, no era fácil mirar las cuentas de nadie sin levantar sospechas, pero uno de los muchachos de la Jefatura tenía buenos contactos y consiguió hacerse con un informe detallado. Lo que vio confirmó sus sospechas: cada mes, excepto el último, Francisco Rodés había ingresado dinero en la cuenta de la madre de Damián. No podía tratarse de una simple relación comercial. Era evidente que Rodés le estaba proporcionando algún tipo de manutención. Si a eso sumaba el parecido físico entre él y el niño, todo indicaba que era el padre, pero, entonces, ¿por qué negarlo con tanto ahínco cuando hablaban tan claro las evidencias?

Rafael sintió una punzada de decepción. Penélope le había confiado tantas cosas… y, sin embargo, le había ocultado algo tan importante. No había conseguido toda la información, pero al día siguiente retomaría el interrogatorio con Rodés. Mientras tanto, decidió investigar en la empresa donde Penélope trabajaba. Allí, en lugar de respuestas, encontró otra mala noticia: la habían despedido por ausencias injustificadas. El peso de la impotencia se asentó sobre sus hombros. Cuanto más indagaba, más sombría se volvía la historia de Penélope. Lo peor era que la mujer a la que amaba estaba en peligro. Un peligro real y cercano. Y él no lograba encontrarla a tiempo.

Capítulo 23 – Atrapada

Rafael

Aquella mañana gélida de otoño, una bruma densa se cernía sobre la ciudad, deslizándose entre las calles como espectros silenciosos, dispuestos a preservar su orden imperturbable. El sol apenas lograba colarse por los resquicios que la neblina le concedía.

Rafael se dirigía por segunda vez a la casa de los Rodés. No podía posponerlo. En la portería, se encontró con la sirvienta, que había bajado a recoger el correo. El policía interceptó la correspondencia y, con la naturalidad de quien ya tiene un propósito, decidió interrogarla. No obstante, la mujer poco podía aportar; llevaba apenas dos semanas en la casa. Sin embargo, sí le proporcionó el nombre y la ubicación de la antigua criada, que aún trabajaba en el edificio, ahora al servicio de otros vecinos.

La encontró sin dificultad y, para su sorpresa, la mujer estuvo más que dispuesta a hablar. Su resentimiento era evidente, y cada palabra salía de su boca con el énfasis propio de quien busca un desahogo.

—Me echaron sin dar explicaciones, pero sé que fue porque vi algo que no debía —dijo, cruzándose de brazos—. Aunque, a decir verdad, nunca habría contado nada. Sabía que mi trabajo dependía más de mi discreción que de hacerlo bien, pero ni siquiera me dieron la oportunidad de demostrarlo.

Rafael no necesitaba presionar; las respuestas llegaban solas, arrastradas por la indignación contenida. La mujer empezó a hablar de la señora de la casa, describiéndola como una persona grosera e insatisfecha, imposible de complacer. Sin embargo, fue un comentario en mitad de su soliloquio el que captó la atención del subinspector.

—Recibía visitas de una mujer extraña, muy distinta a ella. La señora Dorotea siempre tan fina, tan arreglada, y aquella otra, enorme, desaliñada, vestida con trapos oscuros… No sé qué se traían entre manos, pero no era cosa buena.

—¿Qué más sabe de ella? —inquirió Rafael.

—Solo que la trataba con demasiada cautela para ser una simple conocida. Y que siempre llegaba por la puerta de servicio, cuando el señor no se encontraba en casa.

Hizo una pausa, igual que si dudara en contar lo siguiente, pero, finalmente, habló:

—Creo que lo que me costó el puesto fue ver cómo la señora escondía algo en el cajón de abajo de su cómoda. No sé qué era, pero parecía importante.

—¿Observó algún otro comportamiento sospechoso?

La mujer asintió con una sonrisa ácida.

—Todos los días, a las cinco en punto, la señora llevaba una taza de caldo a su marido. No era nada raro… si no fuera porque jamás había mostrado el más mínimo interés en cuidarlo. Siempre lo despreciaba, pero con eso, era estricta. Como si nadie más pudiera encargarse.

El instinto de Rafael se activó, pero dejó el dato en suspenso. Quedaba otra cuestión por abordar.

—¿No han tenido hijos los señores Rodés?

—No. Nunca.

—¿Y por separado?

La excriada lo miró con desconfianza.

—¿Qué quiere decir, señor agente? ¿Fuera del matrimonio? ¡Dios me libre de pensar tal cosa! No, eso no.

Rafael entendió que no sabía nada. Si Francisco Rodés era el padre de Damián, lo había ocultado bien.

Bajó hasta la planta donde se encontraba la residencia de los Rodés. No tenía intención de pedir permiso esta vez. Con el argumento de que el señor de la casa había mentido a la policía, se coló en la vivienda, esquivando con indiferencia los comentarios mordaces de Dorotea, que intentaban provocarlo. No era el mejor momento para medir riesgos. Solo le importaba encontrar a Penélope.

Comenzó a registrar cada rincón, revisando muebles y cajones en busca de documentos que arrojaran luz sobre el caso. Nada. Si había algo importante, no estaba a simple vista.

—Una caja fuerte. Tiene que haberla. —Se volvió hacia Dorotea—. Dígame dónde está.

—No tiene nada que pueda interesarle, solo papeles sin importancia y unos cheques al portador que aún no han sido cobrados. Perderá el tiempo —respondió ella con aire desdeñoso—. Además, no tengo la llave.

Rafael no insistió, por el momento. Se dirigió entonces a la habitación de Francisco. Al asomar la cabeza, el olor acre de la bilis le golpeó el rostro. El empresario estaba inclinado sobre un orinal, vomitando. Rafael desvió la mirada y esperó tras la puerta a que amainara la tormenta. Mientras lo hacía, sintió el estómago encogerse. Un destello del pasado lo atravesó como un puñal. Su madre. La imagen de su rostro demacrado, los sonidos del sufrimiento, la impotencia de aquellos días. Respiró hondo y cerró los ojos. No estaba allí. Estaba en 1946.

Cuando el ruido cesó, entró con paso firme, aunque sin mirarlo directamente. Se extrajo el sombrero y lo sostuvo entre las manos.

Voy a ser claro, señor Rodés —dijo Rafael con frialdad—. Sé que ha estado enviando dinero a Penélope Maspons. Me hubiera gustado escucharlo de su boca antes de descubrirlo por mi cuenta, pero no estamos aquí para eso. Ahora mismo tiene dos opciones: me deja ver el contenido de su caja de caudales, o en unas horas esto estará en manos de la Jefatura. Y le aseguro que cuando ellos vengan, no preguntarán con tanta cortesía.

Rodés lo miró con dureza. No era un hombre que cediera fácilmente, pero tampoco tenía alternativa. Pidió que lo dejaran solo un momento. Ni siquiera su esposa podía saber dónde guardaba la llave. Rafael salió de la habitación y esperó. A los pocos minutos, la voz áspera del empresario lo llamó.

—Por cierto, ¿de quién son los cheques al portador? —preguntó Rafael mientras recogía la llave.

—Son pagos de clientes del concesionario. Prefiero guardarlos aquí hasta que pueda gestionarlos personalmente. No confío en nadie para que haga ese trabajo.

Hizo una pausa antes de añadir, con una mirada calculadora:

—¿Cómo sabe eso, subinspector? Nadie, excepto yo, conoce el contenido de esa caja.

Rafael sonrió con frialdad.

—Me lo dijo su esposa.

Un silencio cargado se instaló entre ambos. Si Dorotea sabía lo que contenía la caja, significaba que, o conocía el escondite de la llave, o tenía otra copia.

Abrió la caja y revisó su interior: dinero, joyas, documentos. Y entonces lo vio. Un testamento. Rafael lo desplegó con manos firmes. Lo leyó una vez. Luego otra. La mitad de la herencia de Francisco Rodés era para su hijo extramatrimonial, Damián Maspons. Apretó los labios. El empresario no solo había reconocido que aquel era su hijo, sino que había asegurado su futuro. Esto lo dejaba fuera de sospecha.

Rafael sintió una punzada de decepción. Penélope nunca le había contado esto. No solo a nivel personal, sino porque habría abierto otras líneas de investigación mucho antes. Sin embargo, lo que más le preocupaba en ese momento no era ella. Era Dorotea. Si conocía el contenido de la caja de caudales, también habría leído el testamento. Sabía que el niño heredaría la mitad de la fortuna de su esposo. Rafael sintió cómo un frío intenso le recorría la espalda. Ella

sí tenía motivos para que el niño desapareciera. No tenía pruebas todavía, pero estaba seguro de que las encontraría pronto.

—¿Y qué me dice de las transferencias que ha estado haciendo? —preguntó Rafael con tono neutro, aunque expectante.

Rodés suspiró, con la mirada clavada en el techo.

—Comencé a enviarle dinero cuando el niño tenía cuatro años —admitió finalmente—. No podía arriesgarme a que esa mujer hablara más de la cuenta.

—Es decir, que en realidad era un soborno.

El empresario frunció el ceño y se removió en la cama.

—Hombre… dicho así…

—¿Cuándo terminó su relación con Penélope Maspons? —insistió el policía.

—Pocos meses antes de que diera a luz. Me asusté, tenía miedo de que la noticia se propagara…

—¿Y la abandonó eludiendo cualquier responsabilidad? —lo interrumpió Rafael con dureza—. Si tenía tanto miedo de las consecuencias, ¿por qué siguió haciendo lo mismo con otras mujeres?

El rostro de Francisco se tornó ceniciento. Apretó los labios y desvió la mirada, como si buscara refugio en algún rincón de la habitación.

—¿Por qué no reconoce a su hijo? —continuó Rafael, sin darle tregua.

Rodés se incorporó un poco en la cama y lo miró con incredulidad.

—i¿Está usted loco?! Mi mujer no lo soportaría. ¿Se imagina el escándalo? Sería la vergüenza de todos si se supiera.

—¿Está seguro de que su esposa no lo sabe ya?

El empresario se encogió sobre las sábanas, su rostro se enrojeció de golpe y, por un instante, pareció que iba a decir algo. Sin

embargo, solo dejó escapar un gruñido de impotencia. Rafael, que lo observaba con detenimiento, se fijó en un objeto sobre la mesita de noche. Una taza vacía, idéntica a la del día anterior. La tomó con la mano derecha y la acercó a la nariz. Olía a caldo, como era de esperar. Rodés lo miró con expresión extraña.

—Mi mujer me trae una taza cada tarde. Hace un par de meses que adquirió esa costumbre —dijo con voz apagada—. Dice que me hace bien.

Rafael arqueó una ceja, pero dejó la taza de nuevo en su sitio sin hacer más comentarios.

Cuando preguntó a Dorotea por qué conocía el contenido de la caja fuerte si no tenía acceso a la llave, la mujer enmudeció. Su respiración se aceleró, su pecho se agitó con cada bocanada de aire y sus manos temblorosas se aferraron al vestido.

—¿No creerán que yo tengo algo que ver con los tejemanejes de mi marido? —balbuceó, llevándose una mano al corazón—. Si sé lo que hay dentro es porque él mismo me lo habrá contado. Jamás me ha permitido abrirla, además, solo él tiene la llave.

—Pero, señora, usted sabía lo de los cheques —replicó Rafael con frialdad.

Dorotea exhaló un suspiro entrecortado y se dejó caer en el sofá con dramatismo. Buscó un abanico entre los cojines y comenzó a agitarlo con vehemencia, provocando que unos mechones rubios se despegaran de su rostro y bailaran en el aire. Su piel, pálida como el mármol, parecía perder aún más color con cada bocanada de aire. De repente, dejó caer la cabeza hacia atrás y se desvaneció con un suspiro lastimero. Rafael soltó una maldición entre dientes. En la calle, avisó al sereno para que buscara un médico. No tenía tiempo para desmayos ni para escenas de mujer ofendida.

A continuación, se dirigió a la Jefatura de Policía para revisar el testamento e inspeccionar las cartas que había interceptado. Si bien Dorotea podía tener motivos para querer que el niño desapareciera, eso no constituía una prueba de que hubiera hecho algo al respecto.

Además, sin poder interrogarla en su estado actual, no podía sacarle más información por el momento. El tiempo corría y Rafael sentía que avanzaba demasiado lento.

Al abrir uno de los sobres, descubrió con decepción que se trataba de una carta escrita en clave. No podía creerlo. Era evidente que la remitente no quería que cualquiera pudiera leer su contenido. Eso la hacía aún más sospechosa. La carta estaba firmada por una tal Belinda y dirigida a Dorotea. Durante unos segundos, Rafael se sintió frustrado. Estuvo a punto de arrugar el papel y arrojarlo a la papelera, cuando algo en su caligrafía irregular le resultó familiar. Se quedó observándola con detenimiento. Entonces, recordó a su abuela.

La anciana había sido una ferviente devota de las runas brujas. Aunque se trataba de un antiguo sistema de escritura de origen germánico y escandinavo, usado en tiempos remotos para la comunicación, también era utilizado como herramienta espiritual y de adivinación. Ella le había contado que los vikingos y otros clanes germánicos creían que las runas conectaban con las fuerzas de la naturaleza y los dioses, y así podían conseguir respuestas a sus inquietudes. Años atrás, cuando Rafael era niño, su abuela le había mostrado aquellas inscripciones misteriosas, asegurando que tenían el poder de revelar el destino. En su juventud, él mismo había buscado información sobre las runas, sobre todo después de que la predicción de su abuela se cumpliera de manera inevitable.

Miró la carta con otros ojos. Aquellos símbolos parecían corresponder con el alfabeto rúnico. Lo que ignoraba era si, una vez transcritos, el mensaje estaría en español o en otro idioma. Solo había una forma de averiguarlo.

Se dirigió a la Facultad de Letras de la Universidad de Barcelona. Sin embargo, allí no había nada relacionado con otro idioma que no fuese el castellano. Debía buscar otra alternativa. El tiempo apremiaba. Si en aquella carta había una pista sobre la desaparición de Penélope, no podía perder ni un minuto más.

Penélope

El traqueteo la arrancó de un sueño que ni siquiera recordaba haber tenido. Abrió los ojos, pero fue inútil; todo era oscuridad. Su respiración se volvió errática. Intentó moverse, pero algo la mantenía atrapada. La asfixia se coló en su garganta como una serpiente constrictora. Intentó girar el rostro y, en su lugar, se encontró con un amasijo de pelo sucio y un hedor tan nauseabundo que el estómago se le revolvió. Una arcada seca la sacudió, pero no pudo moverse. Estaba inmovilizada.

El miedo la paralizó primero. Luego, la empujó al borde del pánico. Su pecho subía y bajaba con desesperación, pero el aire que inhalaba solo traía polvo y moho. Se ahogaba. Sintió el vértigo del terror puro, de la certeza de estar atrapada en una trampa sin escapatoria. Apretó los puños con rabia, con impotencia, con una súplica muda que no llegaba a ninguna parte. Debía salir de allí cuanto antes.

El movimiento se detuvo de repente. Un relincho. Luego, una voz de mujer. Penélope aguzó el oído, pero la conversación que escuchaba era ininteligible. Sus palabras flotaban en el aire, sin nadie que las atrapara. A Penélope le daba la sensación de que mantenía un monólogo exasperado y vacilante. Incluso pudo captar un golpe de enojo en la madera. Estaba dentro de un carruaje.

Intentó gritar. Luchó por hacerse oír, pero su voz apenas fue un quejido ahogado por la tos y los estornudos. Su rostro estaba empapado, de sudor, de mucosidad, de desesperación. El hedor le nublaba la mente, y la falta de aire le hacía oscilar en los márgenes de la consciencia. Entonces, todo se apagó.

Cuando volvió en sí, alguien la sacudía. Algo frío y húmedo le empapó la cara. No podía moverse. No podía reaccionar. Oía voces desesperadas, una respiración forzada contra su boca. Notó cómo su rostro recibía varias bofetadas, pero ya no sentía dolor. Se había esfumado. Su cuerpo era un peso muerto que no respondía a los

estímulos. La muerte se la llevaba, lo sentía, pero una fuerza externa se aferraba a ella, negándose a soltarla.

Un golpe de aire en los pulmones la hizo arquearse y la tos la desgarró desde dentro. Vomitó, sintiendo las miradas clavadas en ella. Dos mujeres. Sus rostros tenían un parecido inquietante. Fijaban la mirada en su marca de nacimiento; una en forma de estrella en el hombro. Parecían unir detalles inconexos, mientras echaban la mirada al frente, donde los árboles parecían darles la razón. Penélope apenas podía sostener el cuello en alto, pero su mente se activó en un instante. La indigente; la mujer a la que había estado buscando.

El miedo regresó de golpe, pero con él, una certeza cortante como una daga en las entrañas. Había fracasado. Su obcecación, su creencia de que solo ella podría resolverlo todo, la había llevado directa a un callejón sin salida. Y lo peor era la duda: ¿y si su hijo ni siquiera estaba allí? ¿Y si ya era tarde? El terror intentó tragársela, pero una energía contraria emergió desde lo más profundo de su ser. No podía rendirse. No ahora. Aun si todo estaba perdido, tenía que intentarlo. Nadie más lucharía por Damián. Si ella caía, él también lo haría.

Se tragó las lágrimas y respiró hondo, aunque el aire apestara a encierro y muerte. No cometería el mismo error. Ya no podía permitirse actuar impulsivamente. Debía esperar. Guardar la calma, encontrar una grieta en la situación y escabullirse cuando nadie lo esperara. Como una tortuga que aguarda dentro de su caparazón hasta el momento exacto para moverse. Esta vez, no fallaría.

Se despertó sobre un camastro de hierro. La habitación, sombría y húmeda, tenía el aire viciado de un lugar que llevaba demasiado tiempo sin ventilación. Apenas un haz de luz lograba filtrarse por un pequeño ventanuco con rejas oxidadas, proyectando sombras deformes en las paredes descascaradas. Intentó moverse, pero sus muñecas estaban sujetas a las barras laterales del somier con unas correas de cuero áspero.

El instinto la impulsó a forcejear, pero pronto se dio cuenta de que era inútil. La sensación de vulnerabilidad la asfixió, más aún que el olor a humedad y a desechos que impregnaba el aire. El corazón se le aceleró. Tenía que salir de allí.

—¡Déjenme salir! —gritó, con la garganta seca—. ¡Por favor, necesito ir al baño!

Unos pasos resonaron en el pasillo. La puerta se entreabrió con cautela y apareció una silueta. Una mujer de rostro rollizo la observó en silencio. Penélope, tragándose el orgullo, le suplicó que la dejara ir al servicio. La desconocida desvió la mirada hacia el pasillo, dudando. Finalmente, se acercó y le soltó una mano. Sin decir palabra, le dejó un orinal de metal junto al catre y salió de la habitación.

Penélope sintió una punzada de humillación. Algo no encajaba. No entendía qué querían de ella ni por qué parecían actuar con tanto recelo, como si temieran algo de su presencia. Al tantear su ropa, notó algo en el bolsillo. La flor marchita. Pensó en Rafael y se aferró a su recuerdo. Un nudo de emociones se apretó en su pecho. Rabia, anhelo, confusión. Si estuviera delante, le diría exactamente lo que le hacía sentir con esos gestos que la desarmaban.

No tuvo tiempo de ahondar en sus pensamientos. La puerta volvió a abrirse. La misma mujer de antes entró, recogió el recipiente sin dejar de mirarla y, con una expresión inescrutable, sacó un mendrugo de pan duro y un trozo de queso envuelto en papel de estraza.

—Come —dijo, antes de desaparecer.

A los pocos minutos, regresó con un vaso de agua. Esta vez no se marchó de inmediato. Se quedó allí, mirándola con una mezcla de burla y compasión.

—Una mujer tan guapa, en un lugar como este, solo puede estar destinada a una cosa —murmuró con tono ambiguo, antes de salir.

El comentario le heló la sangre. ¿A qué se refería? Un mal presentimiento le revolvió las entrañas. Con la mano libre, terminó de soltar la otra correa. Sus captores parecían desconfiados, pero cometían errores. Un error que podía ser su única oportunidad. Se frotó las muñecas, aún marcadas por la presión del cuero, y miró alrededor. Tenía que hacer algo antes de que fuera demasiado tarde.

Se acercó sigilosamente hasta la puerta. La entreabrió apenas unos milímetros y pegó la oreja a la rendija. Se oían voces. Dos mujeres hablando en un tono bajo, pero no lo suficiente como para impedir que captara partes de la conversación.

—Debemos prepararla para su debut.

—Aún es demasiado pronto.

—Así como está, inmovilizada, no dará problemas.

—Pero no a todos los hombres les gusta de esta manera.

—Pues empezaremos con los que sí.

Penélope sintió que el suelo se hundía bajo sus pies. ¿Debut? ¿Resistirse? El rubor de la indignación le encendió el rostro antes de que el verdadero terror la golpeara. Aquello no era una simple retención. No la tenían allí por dinero. Su piel se erizó de pies a cabeza. Tenía que escapar enseguida.

La puerta se abrió de golpe y la mujer robusta entró. Sus carnes rollizas se comprimían dentro de un vestido excesivamente ajustado. Sus ojos se posaron en las correas sueltas, y por un instante, su expresión reflejó decepción antes de tornarse en una risa áspera y cruel.

—Vaya, qué impaciente —se burló, abalanzándose sobre ella.

Penélope se revolvió con todas sus fuerzas, intentando zafarse.

—¡Déjame salir de aquí! —le suplicó, con su voz quebrándose entre el miedo y la rabia.

La mujer soltó una carcajada amarga. Esa desesperación no era nueva para ella.

—Todas lo intentamos al principio.

La volvió a sujetar con las correas sin dificultad. Penélope se debatió con todas sus fuerzas, pero la otra mujer era más fuerte y, sobre todo, parecía acostumbrada a esas luchas.

—Si me dejas salir, te juro que volveré con la policía. Te sacaré de aquí.

La carcajada de la mujer resonó en la estancia.

—¿La policía? —se mofó—. No sabes en qué mundo te has metido, bonita.

El peso de sus palabras cayó sobre Penélope como una losa.

—Por lo menos dime dónde estoy.

Por primera vez, la expresión de la mujer se suavizó. La miró con algo parecido a la lástima.

—Tarde o temprano lo averiguarás.

Y salió de la habitación, dejándola con la certeza de que el tiempo se le agotaba.

Capítulo 24 – Veneno

Rafael

La dirección que tenía en el sobre no correspondía a una biblioteca, ni a un archivo público, ni a ningún lugar donde un hombre como él pudiera acudir sin levantar sospechas. Era una casa en el Ensanche, en una de esas calles donde el tiempo parecía haberse detenido antes de la guerra.

Rafael se detuvo frente a la puerta, revisó la nota una vez más, y la golpeó con el picaporte. El sonido resonó con un eco envolvente en el interior. No había cartel, ni placa, ni rastro de que aquel lugar tuviera un propósito definido. Unos segundos después, la mirilla se abrió con un chasquido. No vio ojos al otro lado, pero sintió que alguien lo observaba.

—¿Quién lo envía? —preguntó una voz rasposa.

—Vengo por el libro —respondió Rafael, recordando las palabras que le habían indicado que debía decir.

El cerrojo giró y la puerta se abrió apenas lo suficiente para que pudiera entrar. Una vez dentro, el hombre que lo había dejado pasar cerró la puerta con una rapidez que rozaba la paranoia. El lugar estaba en penumbra. El olor a papel viejo, barniz y algo más, tal vez incienso o humedad enquistada, impregnaba el ambiente. Las paredes estaban cubiertas por estanterías repletas de libros con lomos desgastados, algunos sin título, otros en lenguas que Rafael no reconocía. Entre ellos, se veían objetos de origen incierto: tallados en piedra, pequeñas esculturas con símbolos extraños y una vitrina con lo que parecían pergaminos medievales.

—No acepto visitas sin recomendación —dijo el hombre, sin invitarlo a sentarse.

Su anfitrión era un hombre de unos sesenta años, vestido con un traje de buen corte, pero anticuado, con el cabello blanco peinado

hacia atrás. Tenía un anillo con un símbolo que Rafael no logró identificar a primera vista.

—No es una visita cualquiera —respondió Rafael, intentando mantener la calma—. Busco información sobre las runas germánicas.

El hombre entrecerró los ojos.

—La filología germánica no es un tema popular en la España de Franco. No me interesa la política.

—No es política. Es personal.

Un silencio pesado cayó entre ambos. Rafael sintió que el coleccionista estaba midiéndolo, decidiendo si confiar en él o no. Finalmente, el hombre suspiró y se acercó a una estantería. Tiró de un libro con la naturalidad de quien lo ha hecho muchas veces, y un mecanismo oculto activó un compartimento en la pared. Detrás de la estantería había un pequeño estudio privado, iluminado solo por una lámpara de escritorio. Sobre la mesa, varios libros estaban abiertos, con páginas llenas de notas al margen. Y en el centro, un manuscrito antiguo, escrito en un idioma que Rafael no pudo reconocer de inmediato.

—Este es el Codex Runarum —dijo el hombre, apoyando una mano sobre el texto con una especie de reverencia—. Lo traje de Alemania hace muchos años, antes de la guerra.

Rafael se acercó, tratando de contener su ansiedad.

—Necesito descifrar un texto —dijo, sacando la carta—. Está escrito en alfabeto rúnico.

El coleccionista tomó el papel con cuidado y lo examinó bajo la luz.

—No es solo un mensaje —dijo después de unos segundos—. Es un cifrado.

Una sensación extraña le recorrió la columna a Rafael.

—¿Cifrado?

—Las runas aquí no solo representan letras. Algunas están invertidas, otras combinadas con números. Esto no es un texto común. Quien lo escribió sabía exactamente lo que hacía.

—¿Puede traducirlo?

El hombre no respondió de inmediato. Giró la carta en distintos ángulos, probando diferentes interpretaciones. Finalmente, sacó un cuaderno y comenzó a hacer anotaciones.

—Hay fragmentos que puedo leer con claridad —dijo al cabo de unos minutos—. Habla de una hermana llamada Belinda y de una mujer retenida en su casa. Menciona a «la elegida»…

Rafael sintió que la sangre le golpeaba las sienes.

—¿La elegida?

El coleccionista asintió, pero su expresión se endureció.

—Y hay algo más. Aquí, en la esquina del texto… esto no es una runa nórdica. Es un símbolo masónico.

Rafael sintió un nudo en el estómago.

—¿Masones?

El hombre asintió con gravedad.

—Si alguien está usando este código, significa que tuvo acceso a conocimientos que no cualquiera posee. Durante la República, la masonería tuvo cierta presencia en Cataluña, pero tras la guerra, muchos fueron perseguidos. Algunos huyeron, otros desaparecieron. Y unos pocos… se quedaron en las sombras.

—¿Qué significa todo esto?

El coleccionista dejó la carta sobre la mesa y lo miró directamente a los ojos.

—Significa que se ha metido en algo peligroso, señor. Muy peligroso.

El silencio se hizo espeso entre ellos. Rafael sabía que no podía quedarse allí mucho tiempo. Había obtenido lo que buscaba, pero

ahora tenía más preguntas que respuestas.

—¿Puedo llevarme la carta? —preguntó.

El hombre le devolvió el papel sin dejar de observarlo con una mezcla de curiosidad y advertencia.

—Si yo fuera usted —dijo mientras volvía a activar el mecanismo que ocultaba la habitación secreta—, me olvidaría de esto y me marcharía de Barcelona.

Pero Rafael sabía que no podía hacerlo. Porque en esa carta, en esos símbolos ocultos, había una verdad que no podía ignorar.

Cuando salió a la calle, sintió un escalofrío. La sensación de que alguien lo observaba. Giró la cabeza, pero no vio a nadie. Solo la noche cerrada de Barcelona y el eco de sus propios pasos en la acera.

El mensaje era claro en algunos aspectos, pero dejaba zonas de sombra. Quien la escribía se identificaba como Belinda, hermana de Dorotea. En el texto, informaba de que habían interceptado a la elegida y que esta se encontraba custodiada en su casa. No estaba seguro de haber comprendido cada matiz; cabía la posibilidad de que la traducción no fuera del todo precisa. Sin embargo, lo que sí quedaba claro era que Penélope podía estar en la casa de la hermana de Dorotea. El sobre contenía una dirección.

Una oleada de euforia lo recorrió. Había encontrado la pista que necesitaba, pero la mención de la «elegida» lo hizo detenerse por un instante. ¿Un error de transcripción? ¿O acaso tenía alguna relación con el secuestro de Damián? A pesar de la incertidumbre, no había tiempo que perder. Decidió que antes de actuar debía informar a Diego en la Jefatura de Policía. Él podría ocuparse de Dorotea mientras él iba en busca de Penélope.

Cuando llegó a la Jefatura, Diego lo sorprendió al sugerir que fueran juntos a rescatar a la hija de los Maspons. Rafael, que conocía bien la reticencia de su compañero hacia los hermanos, se preguntó qué lo había llevado a cambiar de actitud. Sin embargo, lo urgente era

actuar. Era conveniente dividirse: uno se encargaría de Dorotea y el otro de Penélope. Antes de partir, decidieron revisar de forma rápida los expedientes en busca de algún indicio referente a Dorotea Carbonell que pudiera serles útil.

No encontraron nada relevante sobre Dorotea en los registros actuales, pero un expediente antiguo llamó su atención: hacía referencia a una niña del mismo nombre. Según los documentos, cuando tenía dieciséis años, se abrió una diligencia por un incidente en la montaña en el que murieron sus padres adoptivos. La joven había regresado sola de una excursión, afirmando que los había perdido de vista. Un grupo de excursionistas voluntarios emprendió la búsqueda y halló los cuerpos en el fondo de un precipicio. Todo indicaba que habían caído desde gran altura. En su momento, la policía la interrogó, pero la muchacha se limitó a decir que se había despistado y que no logró encontrarlos. El caso se archivó como un trágico accidente.

Rafael sintió una punzada de inquietud que le erizó la piel. Dorotea no solo tenía una historia envuelta en sombras, sino que, además, él estaba convencido de que sabía del adulterio de su esposo. Su silencio escondía algo más que una simple resignación. Si había descubierto que su marido tuvo un hijo ilegítimo y que le había dejado la mitad de sus posesiones, tenía un claro motivo para actuar. Era probable que hubiera ordenado la captura del muchacho y de su madre, si es que no lo había hecho ella misma. Ahora, ambos estaban retenidos bajo la custodia de la hermana y, quizás, de más personas.

Respiró hondo. El peso de la verdad lo golpeaba con fuerza, pero no era momento de ceder a la incertidumbre. Debían moverse de inmediato.

Francisco

Desde la cama, Francisco fijó la vista en la taza sobre la mesita de noche. Su mente, siempre enredada en detalles, se aferraba a esa imagen con una inquietud difícil de explicar. Sentía la cabeza aún embotada, pero con más energía que el día anterior. Entonces, recordó la visita del policía y cómo, en aquel momento, aquel objeto le había parecido banal, pero ahora algo no encajaba.

Cerró los ojos por un instante, reconstruyendo los hechos con la precisión de un relojero. Recordó su decisión de deshacerse del contenido de la taza, volcando el caldo en la maceta junto a la cama. Al abrir los ojos, su cuerpo se tensó. La planta, que durante meses había lucido vigorosa, se erguía ahora como un cadáver vegetal: mustia, apagada, reducida a un triste espectro de lo que fue.

Un frío repentino le subió por la nuca. No podía evitar compararse con aquel vegetal marchito. Aunque él aún respiraba; aún tenía la posibilidad de comprender. Su mente lógica, su refugio habitual, se afanó en buscar una explicación razonable. Un líquido dañino para una planta no tenía por qué serlo para un hombre. ¿O sí? El pensamiento lo golpeó como un mazazo: su debilidad había comenzado justo cuando Dorotea instauró aquella costumbre de llevarle el caldo cada día.

Cuando cayó la tarde, Francisco se sintió lo bastante fuerte para moverse. Consultó el reloj que guardaba en el cajón. Faltaban pocos minutos para la hora del caldo. Con un sigilo casi felino, se deslizó fuera de la cama y avanzó por el pasillo hasta la cocina. La puerta estaba entreabierta. Se apoyó contra el marco y observó desde la sombra. Nadie sospecharía que estuviera levantado. Dorotea removía el caldo en las brasas con un ritmo pausado. Hasta ahí, todo parecía normal. Tal vez estaba siendo paranoico.

Pero entonces, ella se giró con una expresión vigilante y, tras comprobar que estaba sola, arrastró una silla hasta la encimera. Se subió con agilidad, estirando el brazo hacia el estante más alto, un

rincón apenas visible. De allí sacó un paquete de papel naranja. Francisco contuvo el aliento. La vio deslizar la mano dentro, extraer un pequeño puñado de contenido y verterlo con cautela en el cazo. Luego removió el caldo con parsimonia, como una bruja preparando un brebaje en su caldero.

Una punzada de inquietud le erizó la piel. No podía ser. Ella no podía hacer algo así. Dorotea lavó sus manos con minuciosidad antes de devolver la silla a su lugar. Entonces, por un instante, miró hacia la puerta. Francisco retrocedió a tiempo y se ocultó en la habitación. Escuchó cómo su esposa se dirigía al baño. Sabía que tardaría allí al menos diez minutos. Era su oportunidad.

Volvió a la cocina. Se apresuró en arrastrar la silla, sin poder evitar un leve crujido. Subió con esfuerzo y alcanzó el paquete. Sus dedos temblaban cuando leyó la etiqueta. El mundo se le desmoronó. Veneno para ratas. Un ruido sordo escapó de su garganta, una mezcla de espanto y confirmación. Como un engranaje bien aceitado, su mente encajó todas las piezas: su debilidad, la planta marchita, la insistencia de Dorotea en que bebiera el caldo cada tarde. Y luego, la caja fuerte… La llave.

El ruido metálico de la cadena del inodoro al tirar de ella lo sacó de su trance. Bajó torpemente, sintiendo las piernas débiles, justo cuando Dorotea entró en la cocina.

—¿Qué haces aquí, Francisco? —preguntó con una mezcla de sorpresa y sospecha.

Él tragó saliva y apartó la mirada.

—Tenía hambre —musitó, notando que su voz sonaba hueca, quebrada.

Dorotea inclinó la cabeza, evaluándolo con una mirada serena, casi tierna.

—Vuelve a la cama, tienes mala cara. Te traeré algo.

Francisco obedeció, sintiendo cada paso como una caída libre. Desde la habitación, escuchó cómo ella abría de nuevo el armario. ¿Dudaba

de la cantidad que usaba? El miedo se transformó en certeza. Cuando Dorotea salió, Francisco tambaleó hasta el teléfono y marcó el número de la comisaría. Rafael contestó al otro lado. Francisco expuso los hechos, con un deje que transmitía su rabia.

—Tenía razón, sabe lo que hay dentro de la caja fuerte. Dorotea hizo una copia de la llave. Me ha estado envenenando. Y sabe que tengo un hijo. He encontrado una fotografía suya en el fondo de un cajón de su tocador, bajo la ropa íntima, junto a la copia de la llave. No sería de extrañar que estuviese detrás del secuestro de mi hijo.

Del otro lado del auricular, el silencio fue más opresivo que cualquier respuesta.

Capítulo 25 – Font Groga

Dorotea

Dorotea contempló su imagen en el espejo del recibidor. El vestido de raso verde botella ceñía su cuerpo con una elegancia estudiada. Contrastaba con la palidez de su piel, el resplandor dorado de su cabello y la intensidad azul de sus ojos. Su mirada brillaba con un destello victorioso.

Había entrado en la habitación de su marido hacía apenas unos minutos. La taza que dejó sobre la mesita de noche estaba vacía. Francisco dormía profundamente, inmóvil. Se sorprendió a sí misma disfrutando del momento. ¿Por qué no lo había hecho antes? Se sentía ligera, liberada de una carga que había llevado durante demasiado tiempo.

Desde el principio, él la había relegado a un papel secundario. Lo comprendió la noche de bodas, cuando la llevó en volandas hasta la alcoba y, sin apenas mirarla, encendió la radio para escuchar un partido de fútbol. Ella se despojó del vestido con la esperanza de captar su atención, quedándose solo con su ropa interior de encaje, pero Francisco ni siquiera giró la cabeza. Ofendida y humillada, se puso un camisón y se metió en la cama sin decir palabra. Cuando terminó el partido, él la despertó para consumar la unión. Dorotea no le correspondió, pero eso lo le importó para seguir con su propósito. Entonces comprendió que jamás ocuparía el lugar central en su vida; solo sería un objeto secundario, una válvula de escape para su deseo.

Salió de casa con un repiqueteo de tacones sobre los adoquines. El sonido resonaba en la noche, silenciando a los grillos. Necesitaba un taxi que la llevara al evento de moda, un acontecimiento al que acudía con entusiasmo. De pronto, se percató de que no había mirado a su marido antes de marcharse; quizá ya había exhalado su

último aliento, pero lejos de inquietarla, la idea apenas le provocó un leve encogimiento de hombros.

Tomó un atajo por un callejón para llegar antes a la calle principal. La escasa luz de las farolas apenas iluminaba las paredes húmedas y desconchadas de las fachadas. Un movimiento en la penumbra la hizo girarse de golpe. Su corazón dio un vuelco. Un indigente, tambaleante y apestando a vino rancio, se acercó con una mueca entre la sonrisa y el gruñido. Dorotea tropezó y cayó de rodillas, sintiendo el frío y la suciedad del suelo traspasar sus medias de seda. El hombre intentó ayudarla, pero ella levantó las manos con un gesto de rechazo y el horror reflejado en su rostro.

Se levantó con dificultad y aceleró el paso hasta alcanzar la avenida iluminada. Apenas podía respirar. Aquel hombre le había recordado algo… o a alguien. Una sombra del pasado, oculta pero jamás olvidada.

Mientras el taxi se deslizaba por las calles, los recuerdos acudieron sin permiso. La imagen de sus hermanas y ella, huyendo de Santa Creu de Olorda, se impuso en su mente. Se refugiaron en una construcción abandonada en plena sierra de Collserola, un lugar apartado, invisible para el mundo. Al principio, fue su salvación. Hasta que él apareció.

Un hombre mayor, con la mirada turbia y el temperamento impredecible, que afirmaba que aquella era su casa. Aceptó compartir el espacio a regañadientes, pero su presencia era una amenaza constante. Dormía con una escopeta junto al catre, y aunque pasaba el día fuera, siempre volvía con una botella de vino. Belinda fue la primera en pagarlo. Una tarde, después de quedarse dormida junto al riachuelo, despertó con su peso aplastándola. No hubo forma de escapar. Regresó a casa rota, irreconocible. A partir de ese día, el miedo se convirtió en un huésped permanente. Dorotea nunca olvidó la forma en que resolvieron el problema, a pesar de su corta edad por aquel entonces.

En aquellos días, las hermanas se afanaban en la pequeña cocina de la casa en ruinas, amasando galletas y horneando magdalenas que inundaban el aire con un aroma dulce y engañosamente hogareño. Junto a ellas, frascos de licor de hierbas aguardaban en la penumbra, macerando sus secretos en botellas de vidrio grueso. Todo aquello era su sustento. Bajaban a la ciudad, vendían sus productos y volvían antes de que el sol cayera del todo. No obstante, había otro propósito que las mantenía ocupadas. La espera, la observación y la conspiración se habían vuelto en algo constante en sus rutinas.

El vecino era un problema que no podían seguir ignorando. Vagaba por la casa con pasos pesados, con la mirada sombría de quien vive al borde del abismo. Siempre llevaba el arma consigo, como si temiera que la casa misma se volviera contra él. Y quizás tenía razón.

Una tarde, dejaron estratégicamente una botella en el umbral de la puerta principal, con el corcho apenas encajado, igual que si alguien la hubiera olvidado allí por descuido. Aseguraron el engaño con sus voces. Hablaron en voz alta, con fingido entusiasmo, sobre la elaboración de un licor especial destinado a un comprador importante. Sus palabras fueron como anzuelos lanzados al aire, y el vecino mordió la carnada sin dudar. Lo vieron más tarde, tambaleante bajo la luz mortecina de la lámpara de aceite, bebiendo a sorbos ansiosos. Se reían en silencio, ocultas tras las cortinas, esperando el momento en que cayera. Y ocurrió.

A la mañana siguiente, despertó convertido en una bestia. Salió tambaleándose al patio, con su piel cetrina y perlada de sudor, los ojos inyectados en sangre. Era como un animal acorralado. Con un rugido gutural, arremetió contra la puerta de la cocina, dispuesto a arrasar con todo. Sin embargo, cuando sus ojos se posaron en las hermanas, se detuvo en seco.

La escopeta ya no estaba a su lado. Belinda la sujetaba en las manos. El cañón, frío y despiadado, le apuntaba directamente al rostro. Su furia se desmoronó en un instante. Las piernas le

flaquearon, y cayó de rodillas en el suelo mohoso. Unió las manos con las palmas cerradas en súplica.

—No… —balbuceó, con una voz convertida en un hilo rasgado por el miedo.

Por un segundo, pareció aferrarse a una frágil esperanza, como si aquellas muchachas aún pudieran mostrar misericordia. Aunque la compasión había muerto mucho antes de aquella mañana.

El disparo resonó como un trueno. El retroceso de la escopeta sacudió los brazos de Belinda, pero ella no parpadeó. El hombre se llevó ambas manos al cuello, de donde brotaba un reguero de sangre. Boqueó como un pez fuera del agua, luchando por un aire que nunca llegaría.

Belinda se acercó a él con una sonrisa perturbadora. Apenas parecía haber comprendido lo que ocurría cuando ella le asestó una patada en el pecho, derribándolo sobre la tierra enlodada. Se agachó sin vacilar, no quería que el hombre se perdiera lo que iba a suceder a continuación. Deslizó la hoja de su cuchillo sobre la tela de los pantalones y rasgó la parte superior. Los ojos de él se abrieron en un gesto de pánico mientras intentaba no desangrarse usando sus manos. Mientras tanto, ella lo observaba con una mueca cruel. El resto fue un espectáculo macabro del que las hermanas no apartaron la vista.

Cuando todo acabó, permanecieron de pie, rodeando el cuerpo mutilado como si contemplaran una obra de arte. No hizo falta hablar. Lo único que quedó fue el sonido del viento meciendo las hojas secas.

Más tarde, tomaron una decisión. No se permitirían volver a estar indefensas. Guardaron la escopeta en un lugar accesible, pero seguro: bajo el viejo banco de piedra que dominaba el patio. Justo en la repisa oculta bajo el asiento, protegida de la lluvia y del tiempo. Si algún día alguien osaba amenazar su hogar de nuevo, no dudarían en usarla. No volverían a cometer el error de esperar demasiado.

El recuerdo del abuso que sufrió su hermana la arrastró, sin remedio, a otro rincón oscuro de su memoria: su padre adoptivo.

Tenía apenas seis años cuando sus hermanas la dejaron en la puerta del orfanato. No podían cuidarla, la vida había sido demasiado cruel con ellas, y aquella decisión, aunque dolorosa, era la única posible. Sin embargo, nunca la abandonaron del todo. Años más tarde, le confesaron que siempre la habían vigilado desde la distancia, asegurándose de que creciera en un entorno seguro. O al menos, eso creían.

Dorotea fue adoptada rápidamente por un matrimonio que no podía tener hijos. Al principio, pensó que la fortuna le sonreía: una casa, comida caliente, una nueva familia. Aunque pronto comprendió que la suerte era un espejismo. Aquel hombre, que se hacía llamar su padre, tenía una forma inquietante de acercarse a ella. Sus caricias eran demasiado prolongadas, sus palabras demasiado dulces. Ella intentaba esquivarlo, pero él siempre encontraba la manera de imponerse. En las noches más oscuras, cuando la casa dormía, notaba su presencia acechante, como una sombra que nunca se disipaba.

Lo peor era la indiferencia de su madre adoptiva. Si alguna vez sospechó algo, nunca dijo una palabra. Se limitaba a observarla con una mezcla de envidia y desdén, como si Dorotea fuera una intrusa en su hogar. Nada que ver con su verdadera madre. Dorotea sabía que ella jamás habría permitido que algo así sucediera.

En esas noches de tormenta, cuando el miedo la paralizaba y no tenía a quién aferrarse, se refugiaba en el recuerdo de su madre. Su voz, su aroma, el calor de sus brazos. Se repetía que, de algún modo, ella la protegía desde algún lugar. En cambio, con el tiempo, aprendió a ocultar su miedo, a fingir, y, sobre todo, a sobrevivir.

El taxi redujo la velocidad y el conductor la observó por el retrovisor.

—¿Está bien, señora?

Dorotea parpadeó, volviendo al presente. Asintió y exhaló un suspiro. Nada de aquello importaba ya. Su vida ahora era otra.

Llegó a su destino, dejando atrás el pasado. La velada fue perfecta. Entre risas y copas de champán, su sueño de abrir una boutique de lujo cobraba forma. Cuando regresó a casa, el silencio la recibió como un viejo amigo. Caminó hasta la cocina, sintiendo la adrenalina disiparse poco a poco. Abrió el armario, sacó un vaso y lo llenó con agua.

—¿Tienes sed? —La voz de Francisco la paralizó.

La luz estaba apagada, pero podía sentir su presencia. Se giró lentamente. Allí estaba él, sosteniendo una taza humeante, con una expresión inescrutable.

—¿No crees que hace frío esta noche? —dijo, con un tono que pretendía ser casual. Su mirada, sin embargo, ardía con un brillo peligroso—. Toma, un caldo caliente te sentará bien.

Dorotea sintió un hormigueo helado en la piel. Dio un paso atrás, pero él avanzó.

—Vamos, cariño. Un buen caldo no hace daño a nadie —insistió con una sonrisa ladeada.

Ella intentó apartarse, pero él la acorraló contra la pared. Le acercó la taza a los labios. Dorotea giró el rostro, negándose a beber de su contenido. Francisco no tenía paciencia para juegos. Le sujetó el cuello con fuerza, obligándola a mirarlo. Derramó el líquido caliente sobre su boca con brutalidad, forzándola a tragar. Dorotea reaccionó al instante, escupiéndoselo en la cara con desprecio. Un silencio tenso se apoderó del aire antes de que Francisco, cegado por la ira, le propinara una bofetada que le hiciera tambalearse.

—No juegues conmigo —susurró—. Ahora te vas a quedar aquí, en el baño. Lo suficiente para que entiendas cómo se siente alguien atrapado, sin salida. Y mañana… —Su voz se tornó más fría, más cortante—. Mañana me llevarás al lugar donde tienes a mi hijo. Y si está muerto… tú correrás la misma suerte.

La dejó caer al suelo y cerró la puerta con llave. Dorotea apoyó la cabeza contra la pared, intentando recuperar el aliento. Su mente

trabajaba a toda velocidad. Francisco lo sabía. Ahora, todo había cambiado.

Penélope

El olor a tabaco rancio y perfume barato flotaba en el aire espeso de la habitación. Las paredes desconchadas y la luz mortecina de una bombilla desnuda acentuaban la sensación de encierro. Un catre de metal chirriaba con cada movimiento, y el eco de risas ahogadas y murmullos llegaba desde el otro lado de la puerta. Penélope llevaba horas allí, inmovilizada, con la piel marcada por las correas que la mantenían prisionera. No sabía exactamente dónde estaba, pero el ambiente rezumaba clandestinidad y peligro. Un burdel, probablemente, o algún local de mala muerte donde se movían secretos que nadie se atrevía a nombrar.

El sonido de pasos acercándose por el pasillo la sacó de sus pensamientos. Su corazón, siempre atento al peligro, se aceleró. La puerta se abrió con un crujido y apareció la oronda mujer que la custodiaba. Penélope no dejó que el miedo la paralizara. Sabía que no tenía muchas oportunidades y, si quería salir de allí, debía aprovechar cada grieta en la coraza de sus captores.

—Tengo un hijo que necesita mi ayuda —dijo Penélope en un susurro apremiante, con la voz quebrada por la desesperación. Miró a la mujer que la custodiaba con súplica, intentando encontrar un resquicio de humanidad en sus ojos.

La mujer, rechoncha y de facciones duras, se quedó en silencio. Sus ojos oscuros se entrecerraron con curiosidad.

—Por favor… Si no tiene piedad de mí, téngala al menos de un niño. Un niño indefenso que está en peligro. Podría ser su hijo —insistió Penélope, aferrándose a cualquier posibilidad, a cualquier indicio de compasión.

El rostro de la mujer se ensombreció. Su expresión dejó entrever un atisbo de dolor.

—Yo tuve un hijo —murmuró, con la voz rota—. Me lo arrebataron nada más nacer.

Una lágrima silenciosa rodó por su mejilla redonda, surcando la piel curtida por la resignación. Penélope vio la grieta y se aferró a ella.

—¿No le gustaría saber dónde está? Saber si está bien…

—Claro que me gustaría, pero ahí fuera… No sabría por dónde empezar.

—A eso se aprende. Como todo. Escapemos juntas. Yo la ayudaré —sugirió Penélope con fervor, sintiendo que la adrenalina le quemaba las venas.

Su guardiana la miró de arriba abajo. Parecía dudar. Con las ropas raídas y la expresión ojerosa, Penélope no parecía una gran promesa de salvación.

—Mi hijo fue adoptado por un matrimonio, sin mi consentimiento, mientras estaba al cuidado de mis padres. Si fui capaz de encontrarlo, también puedo hacer lo mismo con el suyo.

Los ojos de la mujer se iluminaron con una esperanza frágil. Con una decisión casi abrupta, comenzó a desatar las correas que la mantenían inmovilizada. Sin decir una palabra, abrió la puerta y le hizo un gesto para que guardara silencio, llevando un dedo a sus labios.

La tomó del brazo y la condujo por los pasillos, esta vez con una delicadeza inusual. Atravesaron una gran sala donde el humo de los cigarrillos flotaba en el aire y la música de un viejo gramófono se deslizaba entre las conversaciones. Hombres con trajes arrugados y mujeres de labios pintados de rojo se movían entre sombras y caricias furtivas. Algunas bailaban con una soltura ensayada y sus cuerpos deslizándose con familiaridad en aquel escenario de decadencia.

—Baila —susurró su acompañante—. Si te mueves con naturalidad, nadie sospechará.

Penélope obedeció. Se dejó llevar por el ritmo pausado de la música, esbozando una sonrisa falsa. Fingir seguridad era su única carta.

—¿Rebeca, a dónde vas? —interrumpió una voz femenina.

Una punzada de inquietud le erizó la piel a Penélope.

—La llevo con la señora Belinda. Quiere que empiece a trabajar para ella —respondió su guardiana sin titubeos.

—Pues date prisa, que está saliendo ahora mismo.

El corazón de Penélope golpeaba contra su pecho. Rebeca aceleró el paso y ella la siguió, pero antes de alcanzar la puerta, dos hombres de rostros adustos se interpusieron en su camino.

—¿A dónde creen que van?

La tensión en el aire se hizo densa. Rebeca bajó la mirada en señal de sumisión.

—La señora nos espera. Debemos hablar con ella antes de que se marche.

Los hombres intercambiaron una mirada. En ese breve instante de duda, Rebeca actuó. Se lanzó contra ellos con toda la fuerza de su cuerpo, haciendo que uno cayera sobre el otro.

—¡Corre! —le gritó a Penélope.

Sin dudarlo, Penélope se precipitó hacia la puerta, sintiendo el frío de la noche golpearle el rostro. Sus pies se movieron por instinto, sin mirar atrás. La adrenalina le nublaba los sentidos. Al otro lado de la calle, distinguió a Belinda subiendo a un automóvil. Detrás de ella, un grito la sacudió. Giró la cabeza y vio a Rebeca siendo derribada por uno de los secuaces de la casa. El otro hombre no se detuvo. Venía a por ella. No había tiempo que perder.

Penélope dobló la esquina con el aliento entrecortado. Necesitaba un escape rápido. Entonces la vio: una moto estacionada junto a la acera, con el motor en marcha. Su dueño, un repartidor de pan, discutía con el encargado de una fonda.

—Te lo pagaré mañana, hombre, que ahora no tengo cambio —gruñía el tabernero, mientras el repartidor gesticulaba con impaciencia.

—¡Me dijiste lo mismo ayer! —protestó el panadero, agitando las manos.

No había tiempo que perder. El vigilante del garito le pisaba los talones. Penélope se lanzó hacia la moto y se montó en el asiento con un movimiento fluido. Sintió el calor del motor bajo las piernas, el temblor del vehículo listo para arrancar. No era propio de ella actuar de aquel modo, pero en ese instante, nada importaba más que su hijo.

—¡Eh, qué haces! —gritó el repartidor, girándose justo cuando ella torcía el acelerador con fuerza.

La moto rugió y salió disparada. Por el rabillo del ojo, Penélope vio al hombre levantar los brazos, incrédulo, mientras su medio de trabajo desaparecía con ella entre las callejuelas del Raval. No podía pensar en él ahora. Belinda estaba allí delante, subiendo a un coche negro que ya arrancaba. Penélope apretó los dientes y aceleró la moto, pegándose al coche de Belinda como si su vida dependiera de ello. No había espacio para la duda ni para el miedo. Cada curva, cada pendiente de la carretera de la Rabasada, la sorteó con la precisión de alguien que no podía permitirse un solo error. No esta vez.

¿Qué pensaría Damián de ella? ¿Sabría que estaba luchando por él con todas sus fuerzas? ¿Que había estado tan cerca y había fallado? Un estremecimiento recorrió su espalda. No podía soportar la idea de que su hijo la viera con la misma dureza con la que ella había juzgado a sus propios padres. No iba a permitir que pasara un solo día más sin que él supiera cuánto lo amaba. No sería como sus abuelos. Ella sí sabría cómo protegerlo.

La carretera ascendía, estrecha y serpenteante, rodeada por un bosque oscuro que anunciaba la inminente llegada de la noche. Sobre las copas de los árboles, una luna llena asomaba tímida, pero prometedora. La obstinada y resolutiva parte de sí misma tomó el

control, desplazando el pánico instintivo que siempre le provocaba la falta de luz. Solo tenía un pensamiento: seguir a Belinda hasta el final. Estaba convencida de que, si seguía a aquella perversa mujer, acabaría encontrando a Damián. Puesto que dudaba de su capacidad para volver por sí sola al lugar donde la habían interceptado aquellas extrañas mujeres de aspecto parecido.

De repente, el coche frenó en seco y se detuvo en el arcén. Penélope reaccionó a tiempo, apagó la moto unos metros atrás y se agazapó entre la maleza. Desde su escondite, vio cómo la mujer bajaba del vehículo y miraba a su alrededor, inquieta. Algo no iba bien. Belinda murmuraba entre dientes y golpeaba el suelo con un objeto metálico. Al poco, una luz tenue de una linterna iluminó la parte trasera del coche. ¿A quién esperaba?

De pronto, Belinda se internó en el bosque. Penélope no dudó. Era ahora o nunca. Corrió hacia el desvío. Se deslizó entre los arbustos y la siguió con pasos sigilosos. La única referencia que tenía era el leve haz de luz que oscilaba de un lado a otro en la distancia. Avanzó con cautela, esquivando ramas y raíces traicioneras. Cada crujido del suelo bajo sus pies la hacía contener el aliento. Debía mantener la distancia justa: lo bastante cerca para no perderla, pero lo suficientemente lejos para que no la descubriera.

El terreno se abrió y dejó entrever una construcción rudimentaria. Un sonido rítmico rompió el silencio del bosque: el inconfundible murmullo de un chorro de agua al caer. Se encontraban ante La Font Groga. Recordó las historias sobre aquella fuente. Se decía que su color amarillento se debía a un tesoro de mil piezas de oro enterrado en sus profundidades, protegido por ninfas. También afirmaban que quien bebía de ella gozaría de buena fortuna. Quizás debería probar suerte, pero no había tiempo para leyendas.

Unos pasos pesados quebraron la calma. Penélope se ocultó tras un árbol justo cuando una figura conocida emergió de la oscuridad: la indigente, la mujer que la había arrastrado hasta Barcelona.

—¿Águeda, has hablado con Dorotea? —preguntó Belinda con impaciencia.

—Quiere que matemos al niño —respondió la otra, con una voz grave y serena—, pero a la madre no.

El estómago de Penélope se encogió. Querían matar a Damián.

—Está bien —asintió Belinda—. ¿Y qué hacemos con ella?

—Puedes hacer lo que quieras, mientras siga con vida. El destino la encontrará para cumplir con la profecía.

¿La profecía?

—Está bien —dijo Belinda, con un tono casi reverencial—. Hagamos la voluntad del espíritu del bosque.

—Hagámosla —respondió Águeda con solemnidad.

Penélope contuvo la respiración. Aquello iba mucho más allá de lo que jamás habría imaginado. Un niño condenado a muerte, una profecía, un espíritu del bosque. Se negaba a creerlo. Tenía que ser un delirio, pero no podía permitirse dudar. Damián aún estaba vivo, y tenía que sacarlo de allí.

Águeda se perdió en la espesura del bosque. Penélope la siguió, consciente de que aquella mujer tenía un oído excepcional y que cualquier sonido en falso la delataría. Se descalzó. Sabía que el suelo estaría lleno de piedras afiladas, ramas secas y quién sabe qué más, pero debía moverse sin hacer ruido. Quizá sería su única oportunidad. Recordó la película de Tarzán y, por un instante, se sintió como Jane adentrándose en la selva tras él. Sin embargo, en la realidad, abrirse paso a ciegas entre la maleza resultaba mucho más arduo de lo que el cine hacía parecer. Cada paso lo sincronizaba con los de Águeda, ocultando el crujir de sus pisadas bajo las suyas. Estaba tan absorta en su avance que no advirtió cuándo la noche se cerró por completo a su alrededor. Solo al alzar la vista y ver la luna resplandeciendo sobre su cabeza comprendió por qué su miedo a la oscuridad no había aparecido.

Después de abrirse paso entre la espesura de malezas que parecían insondables, algo la detuvo. A pocos metros, entre la maraña, apareció la cueva. El umbral de aquel lugar maldito, donde su cuerpo había caído y su misión se había desmoronado. Lo traspasó con cautela y rapidez. Se deslizó por el pasillo estrecho entre las dos edificaciones y asomó la cabeza con cuidado. Vio a Águeda entrar en la construcción más grande. Dentro, la silueta de la mujer se recortaba contra la luz anaranjada de la chimenea que la esperaba encendida.

Una punzada de inquietud le erizó la piel a Penélope. Sabía lo que aquella mujer estaba a punto de hacer. Entendió que aquella sería su última oportunidad. Esta vez, no podía fallar.

Capítulo 26 – ¿Negocios o placer?

Rafael

Un cartel de letras desvaídas colgaba sobre la entrada del local, apenas iluminado por un par de bombillas que titilaban con fatiga. Rafael se detuvo frente a él. Se cercioró de que correspondiera con la dirección que constaba en la carta recibida por Dorotea Carbonell. La puerta de madera oscura estaba entreabierta, y un leve murmullo de voces y música llegaba desde el interior. Dos hombres de rostro pétreo custodiaban la entrada. No eran matones corpulentos, sino tipos con mirada dura y manos escondidas en los bolsillos de sus abrigos largos. Rafael supo que, si había problemas, al menos uno de ellos llevaría una navaja o algo peor. Se acercó con pies de plomo. Dudarían de los inseguros, y él no podía permitirse eso.

—¿Negocios o placer? —preguntó el de la izquierda, sin molestarse en ocultar su desconfianza.

—Una copa y poco más —respondió Rafael, con voz neutra.

El hombre lo estudió con la mirada, midiendo si valía la pena dejarlo pasar. Finalmente, con un leve gesto de la cabeza, le indicó la entrada. Rafael no tenía la costumbre de frecuentar lugares como aquel, pero tampoco era la primera vez que se deslizaba en un ambiente que exigía sigilo y prudencia. Había aprendido que la mejor forma de pasar desapercibido era moverse con naturalidad, siendo un rostro más entre la multitud.

El interior era sofocante. La luz era escasa, unas lámparas de mesa con tulipas desgastadas apenas daban un resplandor amarillento a la estancia. El humo de tabaco flotaba espeso en el aire, mezclado con el olor agrio del aguardiente barato. Un gramófono en un rincón soltaba una melodía de jazz rasposa, casi ahogada por el murmullo de las conversaciones.

Se acercó a la barra y pidió un coñac. El camarero, un tipo flaco y de ojos inquietos, le sirvió sin hacer preguntas. Bebió un sorbo y escudriñó la sala. Su mirada se detuvo en una mesa apartada, donde dos hombres bien vestidos observaban el local con una actitud distinta a la del resto. No bebían, no hablaban demasiado. Sus ojos se deslizaban de un lado a otro, atentos, como si tomaran nota mental de cada movimiento.

Rafael no necesitó mucho para identificarlos. Eran de la Brigada Político-Social, la policía secreta del régimen. No usaban uniforme. No lo necesitaban. Eran más peligrosos así, con su elegancia discreta y su paciencia depredadora. No estaban allí por placer. Esperaban a que alguien cometiera el error de hablar más de la cuenta.

Pronto lamentó no haber venido acompañado. Rescatar a Penélope y detener a la mujer que la retenía era una empresa demasiado arriesgada para afrontarla en solitario. Podría recurrir a los dos agentes de incógnito, pero no estaba seguro de que fueran aliados. Además, era evidente que no seguía el protocolo policial; estaba operando por su cuenta, y eso lo dejaba en una posición aún más vulnerable.

Cuando vio al camarero dirigirse al pasillo lateral con una bandeja, Rafael se levantó de su taburete con tranquilidad y lo siguió, como si se dirigiera al baño. Su truco estaba en moverse con cautela, en no parecer que estaba escondiéndose. En el lavabo, abrió el grifo y dejó correr el agua. No porque la necesitara, sino para ganar unos segundos, para centrar la respiración y calcular sus próximos movimientos. Debía tomárselo con calma. No podía llamar la atención.

Se pasó una mano por la nuca, secándose el sudor frío, y salió del baño con el mismo aire despreocupado con el que había entrado. En lugar de regresar a la barra, giró discretamente hacia la puerta con el cartel de «Reservado». Aunque no llegó muy lejos.

—¿A dónde te crees que vas? —La voz del vigilante lo detuvo en seco.

Rafael no reaccionó de inmediato. Se giró con calma, como si no entendiera la necesidad de aquella pregunta.

—Tengo que ver a alguien —respondió, con un tono tan neutro que no dejaba claro si hablaba con autoridad o simple confianza.

El hombre entornó los ojos.

—¿Quién te ha dicho que puedes pasar?

No podía titubear.

—Alguien que preferirías no nombrar en voz alta.

El silencio se tensó. Rafael mantuvo la mirada, impasible. No necesitaba demostrar seguridad, solo sembrar la duda. En lugares como aquel, las órdenes raramente venían de un solo jefe, y nadie quería enemistarse con la persona equivocada. El vigilante lo midió unos segundos más, luego resopló con fastidio.

—Haz lo que tengas que hacer, pero si la jodes, es asunto tuyo.

Rafael no esperó a que cambiara de opinión. Asintió levemente y empujó la puerta, deslizándose dentro sin hacer ruido. El pasillo era angosto, con las paredes agrietadas y un fuerte olor a humedad y tabaco rancio. Varias puertas se alineaban a lo largo del corredor, algunas cerradas, otras entreabiertas. Se movió con sigilo, hasta que encontró una estancia sospechosa. La habitación era pequeña y oscura, iluminada apenas por la luz que se filtraba desde el pasillo. En el centro, maniatada a una silla, había una mujer de cuerpo robusto y rostro endurecido por los años. Tenía la piel amoratada en algunas zonas y un rastro de sangre seca en la comisura de los labios.

—¿Quién eres? —murmuró ella, entrecerrando los ojos.

—Rafael —respondió él, con voz baja, mientras se agachaba para desatar las cuerdas.

Ella suspiró aliviada cuando la circulación volvió a sus muñecas, pero no pareció sorprendida de verlo.

—¿Eres de los suyos?

—No —dijo Rafael—. Estoy buscando a Penélope.

El nombre encendió algo en su mirada.

—Llegas tarde. Se ha escapado.

Rafael sintió una punzada en el pecho; alivio e incertidumbre en la misma medida.

—¿A dónde fue?

—No lo sé —contestó ella, frotándose las muñecas—. Solo dijo algo sobre su hijo y salió tras la jefa.

Fue entonces cuando Rafael sintió el cambio en la atmósfera. Un leve movimiento en la puerta. Giró la cabeza a tiempo para ver a una de las mujeres del local observándolos, con el cuerpo tenso y los labios apretados. Su instinto le dijo que, en cuanto saliera, daría la alarma.

—Si la dejas ir, avisará a los suyos y no saldrás vivo —gruñó la mujer a la que acababa de liberar.

El aire se espesó en la habitación. Rafael evaluó los riesgos. No era un hombre de violencia, nunca lo había sido. Prefería evitar la confrontación en lugar de forzarla, pero en ese momento, no podía permitirse otra opción. Soltó el nudo de su corbata con un movimiento rápido y, antes de que la testigo pudiera reaccionar, la usó para atarle las muñecas detrás de la espalda.

—Lo siento —murmuró, aunque era evidente que de poco servía.

Soltó un último vistazo a la mujer atada y al cuerpo inmóvil de la testigo antes de cerrar la puerta tras de sí. Sus pasos resonaron en el pasillo, acompasados pero firmes, mientras recorría el camino de regreso. Todo seguía igual, como si nada hubiera ocurrido en la habitación de atrás. Nadie lo detuvo ni le prestó demasiada atención. En lugares como aquel, la gente aprendía a no hacer preguntas.

Cruzó el local sin apresurarse, con la tensión acumulada en la nuca. Solo cuando traspasó la puerta y dejó atrás a los porteros, sintió que su pecho se aflojaba mínimamente. La brisa nocturna lo golpeó de lleno, cortante y vacía. Afuera, la ciudad seguía en su letargo de posguerra. La calle estaba mojada, quizá por la llovizna que había caído antes, y sus pasos resonaron sobre el pavimento húmedo. No había rastro de Penélope. Ni un indicio de lo que había ocurrido minutos atrás.

Había imaginado ese momento de otra manera. Se había visto irrumpiendo en el local como un héroe, rescatándola justo a tiempo, con el relato clásico del salvador que llega en el último segundo. Sin embargo, la realidad no era una de esas historias. Penélope no era una damisela en apuros. Se había salvado sola, o, al menos, eso parecía. No tardaría en meterse en otro lío. Sabía que Penélope era como un imán para el peligro, y su instinto le decía que aún no estaba a salvo. Rafael exhaló despacio y ajustó el sombrero sobre su cabeza. No le quedaban oportunidades. Si quería encontrarla, debía seguir el rastro de Damián. Y debía hacerlo rápido.

Francisco

Francisco agarró del pelo a Dorotea, sin piedad. Ella se resistía, intentando zafarse, aunque con cada esfuerzo suyo, él redoblaba la fuerza en sentido contrario. Comprendió que cuanto más luchara, más brutal sería la respuesta. No le quedó otra opción que ceder, dejando que la guiara para evitar una agresión aún mayor.

En el coche, Dorotea le indicó que se dirigiera hacia la carretera de la Rabasada. Ya no podía seguir negándolo: Francisco lo sabía, y quizá también la Policía, si él había decidido denunciarla. Resistirse era inútil. Lo conduciría hasta la casa donde sus hermanas se refugiaron tras la revuelta que las expulsó de su pueblo natal.

Mientras el paisaje pasaba borroso a través de la ventanilla, sintió cómo los recuerdos la invadían. Aquel lugar, aquella historia, todo

volvía con la misma intensidad de entonces. No recordaba cada detalle con exactitud, pero había algo que jamás se borró de su mente: cuando se llevaron a Arnaldo con ellas. Sus hermanas le contaron que lo habían amarrado a un carro, intentando doblegarlo para que aceptara marcharse con ellas por voluntad propia, pero él solo quería regresar a su casa. Águeda, convencida de que jamás lograrían su cooperación, dictó su sentencia: debía morir para que no las delatara.

El castigo fue despiadado. Primero, le extrajo los ropajes con brusquedad. Después, lo ató a un árbol centenario. Por último, embadurnó de miel su trémulo cuerpo. Arnaldo lloró como un niño desconsolado, llamó a sus padres, suplicó que lo liberaran. Cansada de sus lamentos, Águeda le dijo sin titubeos que estaban muertos, que nadie vendría a salvarlo. Dorotea jamás olvidó aquella mentira cruel. No podía imaginar un destino peor que ignorar la suerte de los propios padres.

Tiempo después, ya instaladas en una casa abandonada en medio del Collserola, se encontraron con unos niños extraviados. Los pequeños suplicaron que los llevaran con sus familias, pero una vez más, Águeda repitió la mentira: sus padres habían muerto. Luego, con aparente dulzura, les sugirió que se quedaran con ellas. Ante su resistencia, los encerró en una habitación hasta que aceptaron someterse a su voluntad. Así nació la idea de transformar aquel refugio en una suerte de orfanato. Al principio, los niños hacían pequeños recados para ellas; con el tiempo, comenzaron a robar. Algunos lograron escapar, pero siempre aparecían otros: jóvenes vagabundos o menores perdidos en la ciudad.

Años después, cuando Dorotea aún era niña, las hermanas tomaron caminos distintos. Solo Águeda permaneció en el lugar. A Dorotea la dejaron en la puerta de un orfanato real, donde pronto fue adoptada. Durante años se sintió traicionada y abandonada, hasta que regresaron por ella.

Después de tanto tiempo, las hermanas volvieron a reunirse. Águeda tenía un plan para todas. Al inicio, Dorotea se negó a participar. Sin

embargo, su hermana mayor le aseguró que nunca habían dejado de velar por ella, que la entregaron a otra familia porque ellas no podían ofrecerle un hogar digno. Sin embargo, Dorotea no se dejó engañar tan fácilmente. Le reprochó a Águeda no haberse dado cuenta de que, en realidad, nunca estuvo bien.

Entonces, Águeda le lanzó una pregunta que la dejó helada:

—¿Todavía crees que la muerte de tus padres adoptivos fue un accidente?

En ese instante, lo entendió todo.

Las hermanas, finalmente, se alinearon con Águeda y su plan. El destino quedó sellado tras el secuestro de Damián, cuando regresaron a Santa Creu de Olorda y descubrieron una roca tallada con antiguas inscripciones rúnicas. Jamás antes habían reparado en ella, pero allí se encontraba la profecía que estaban dispuestas a cumplir. Su linaje nórdico las había preparado para comprender aquellas escrituras ancestrales. Aunque todas tenían ciertos conocimientos, eran Águeda y Belinda quienes mejor dominaban ese saber. Aquel descubrimiento lo cambió todo, aunque en ese momento aún no eran conscientes de hasta qué punto.

Dorotea miró por la ventanilla. Conocía demasiado bien aquel paisaje. No permitiría que un hombre insignificante como Francisco la sometiera cuando había algo mucho más importante en juego. No podía dejar que descubriera el escondite de su hermana.

El vehículo se detuvo justo donde ella había indicado. No dudó ni un segundo. Apenas su marido abrió la puerta, saltó del coche y echó a correr, abriéndose paso entre la maleza hasta internarse en el bosque. Francisco, con la rapidez de un depredador, se lanzó tras ella sin vacilar.

Capítulo 27 – Oscuridad

Penélope

Penélope contuvo el aliento cuando vio a Águeda salir de la casa con el cuchillo firmemente sujeto en la mano. Su estómago se encogió en un nudo de puro instinto. La vio avanzar con paso decidido hacia la cabaña de madera, y la certeza la golpeó como una losa: allí dentro debía estar Damián. No podía permitirlo.

Sin tiempo para pensar en un plan, su mano se cerró en torno a una piedra. La lanzó con una puntería que ignoraba que poseía, y el impacto seco resonó en el cráneo de la mujer. Sin embargo, Águeda ni siquiera se tambaleó. Apenas giró la cabeza, como un animal al que le hubiera molestado una mosca. Penélope sintió la frustración latirle en la sien. El cuerpo reaccionó antes que la mente: corrió hacia la mujer con un grito de pura rabia y le asestó un golpe en la rodilla con toda su fuerza. El impacto la hizo tambalearse un instante, lo suficiente para que Penélope se arrojara sobre ella, buscando desestabilizarla. La lucha fue encarnizada; Penélope la arañó, le dio patadas, y no se amedrentó a la hora de morderla. Aunque, Águeda la agarró del cuello con una sola mano y la alzó sin esfuerzo, como si no pesara nada, para después arrojarla contra el suelo con una brutalidad aterradora.

Desde el suelo, con el aire escapando de sus pulmones en jadeos entrecortados, Penélope la vio entrar. Su miedo escaló un peldaño más. Aunque, apenas un segundo después, la mujer salió de nuevo con el ceño fruncido y una expresión de duda cruzándole el rostro. Damián no estaba allí.

El alivio fue instantáneo, pero efímero. En aquel momento, Águeda buscó otra víctima en la que volcar sus deseos de sangre. Pareció encontrarla en ella. Se giró con la furia impresa en sus facciones y la boca apretada en una mueca de ira. Antes de que Penélope pudiera reaccionar, la embistió con la fuerza de un toro desbocado. Su

cuerpo voló por el aire y rodó varios metros antes de detenerse. El golpe le nubló la vista. Cuando volvió a enfocarse en ella, vio algo que le pareció una alucinación provocada por el impacto. Siscu empujaba a Dorotea. Se acercaban a trompicones. No entendía qué hacían allí aquellos dos, le pareció algo insólito.

De pronto, Siscu desvió el arma que llevaba y apuntó directamente al pecho de Águeda.

—¿Dónde está mi hijo? —rugió con un brillo peligroso en la mirada.

Águeda no se inmutó. Su voz salió ronca, calculada.

—En la cabaña.

—¡Eso es mentira! —gritó Penélope, con una voz al borde de quebrarse. Sin embargo, la duda atravesó su mente. Tambaleante, reunió las fuerzas que le quedaban y corrió a verificarlo. El habitáculo se encontraba completamente vacío. Su pecho se oprimía más con cada segundo que pasaba sin encontrar a su hijo.

—Damián está vivo —susurró ella—. Las oí hablar.

—Átala —ordenó Siscu, lanzándole una cuerda a Penélope sin apartar la mirada de Águeda.

Penélope se acercó con dificultad y obedeció sin discutir. Sujetó a Águeda con firmeza, asegurándola al tronco de un árbol con nudos apretados. La mirada de la mujer era de pura furia contenida, como si la estuviese maldiciendo.

En ese momento, Dorotea, pálida y temblorosa, comenzó a respirar de forma agitada. Posó una mano en su frente en un gesto extraño, casi un saludo militar desvirtuado. Un suspiro afligido se le escapó de los labios. Luego, se tambaleó y cayó al suelo, a un paso de golpearse contra el banco de piedra del patio. Siscu frunció el ceño y se agachó junto a ella.

—Penélope, ve a la casa y trae un vaso de agua —dispuso Siscu con urgencia—. Debe estar en estado de shock.

Penélope vaciló. Algo no le cuadraba, pero asintió. Sabía que también podía aprovechar la oportunidad para buscar cualquier otra pista sobre Damián. Se dirigió hacia la casa con paso apresurado y, antes de entrar, lanzó una mirada furtiva a través de una de las ventanas para asegurarse de que todo seguía en calma. Sin embargo, la paz fue efímera. Un estruendo quebró la quietud de la noche. Penélope dio un brinco, su instinto se puso en alerta, y alcanzó a ver el cuerpo de Siscu desplomarse pesadamente. Un reguero de sangre se deslizaba desde su frente. Delante de él, Dorotea permanecía inmóvil, con la mirada clavada en su víctima y la escopeta humeante aún firme entre sus manos.

El terror de aquella escena se propagó por sus venas como un veneno. Debía poner a salvo a su hijo. Corrió por las escaleras hacia las habitaciones. Abrió la puerta y se encontró con un grupo de muchachos paralizados por el miedo.

— ¡Corran! —gritó—.

Continuó su recorrido hasta llegar al final de la sala. Abrió la ventana y se deslizó con cautela por la fachada con la seguridad de que aquellos angustiados muchachos la seguirían. Sin embargo, cuando sus pies tocaron la hierba, vio con decepción que había fracasado en su intento de persuadir a los niños. Además, Águeda se encontraba allí con ellos, observándola desde lo alto, con una mirada fría y calculadora, como si midiera el siguiente movimiento para atraparla. Sin embargo, lo que más la horrorizó fue un movimiento que pudo notar de soslayo. A su derecha, en la esquina, vio a Dorotea introducir un nuevo cartucho y cerró la escopeta con un chasquido seco.

Un segundo de duda y Penélope comenzó a correr. La mujer la siguió, pero sus pasos eran torpes. Penélope ganaba ventaja, aunque la espesura del bosque la esperaba como un monstruo hambriento. Las nubes habían cubierto la luna, llevándose con ella cualquier atisbo de esperanza. Las sombras la envolvieron, impenetrables. El miedo la había paralizado una vez antes. Esta vez, no podía permitirse el lujo de dudar. Corrió hasta que la maraña la

detuvo. Entonces, sintió una mano en su pierna. El frío recorrió su espina dorsal. ¡Era el final! Su cuerpo reaccionó sin pensar. Se acuclilló, cubrió su cabeza con los brazos y cerró los ojos, esperando el golpe mortal, pero este no llegó.

Una voz familiar la sobresaltó. Abrió los ojos con incredulidad y su corazón dio un vuelco. Frente a ella, Damián y Canela la observaban con expresión aturdida, con ojos vidriosos por la emoción. Un torrente de sensaciones la desbordó. Su hijo, su pequeño, estaba vivo, entero. Había soñado con aquel momento tantas veces. Había imaginado su abrazo, su olor, su voz llamándola, pero nada podía prepararla para la intensidad de lo que estaba sintiendo en aquellos momentos.

El alivio la golpeó con la fuerza de una ola incontenible y, antes de poder articular palabra, sus piernas cedieron. Se dejó caer de rodillas y, temblorosa, extendió los brazos hacia él. Damián corrió a su encuentro y se aferró a su madre con una fuerza que parecía querer fundirlos en un solo ser. Penélope hundió el rostro en su cabello, sintiendo su calidez, escuchando su respiración entrecortada. Un sollozo escapó de su garganta, profundo y desgarrador. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas, calientes, incontenibles. No sabía cuánto tiempo llevaban así, abrazados, igual que si el mundo se hubiera desvanecido a su alrededor.

—Pensé que nunca volvería a verte, madre —susurró Damián contra su pecho, con la voz quebrada.

—No digas eso —respondió ella, con la voz ahogada por las lágrimas —. Estoy aquí. Siempre estaré aquí. Nadie volverá a separarnos.

Lo estrechó con más fuerza, como si temiera que se desvaneciese en el aire. El miedo, la desesperación, la culpa, todo se desbordó en ese instante. Era una herida que se cerraba con el calor del abrazo de su hijo, con la certeza de que, contra todo pronóstico, lo había encontrado. Sus dedos recorrieron su rostro, sus brazos, como

asegurándose de que era real, de que no era un espejismo cruel de su mente agotada.

Aunque la realidad volvió a filtrarse poco a poco. No podían quedarse allí. Debían moverse. La sensación de que los encontrarían, sin importar cuánto corrieran, la paralizaba. La oscuridad, espesa y sofocante, no ayudaba en absoluto. Su mente, atrapada en un bucle de indecisión, no lograba encontrar un camino seguro.

Finalmente, confió en Canela. La perra avanzaba con seguridad por los intrincados senderos del bosque, esquivando con facilidad la maraña de arbustos y enredaderas. Aunque Penélope y Damián no tenían la misma destreza. Cada paso parecía más difícil, cada crujido de las ramas bajo sus pies se le antojaba una alarma que delataría su presencia.

Pensó en la muerte de Siscu, en cómo su hijo se había quedado huérfano de padre sin haberlo llegado a conocer. Los buenos recuerdos compartidos con él se agolpaban en su mente. Un sentimiento de compasión y culpabilidad la amenazaba con hacerla sentir mal.

El tiempo perdió sentido. En un momento dado, Penélope creyó que estaban dando vueltas sin rumbo. Pensó, angustiada, en buscar un recoveco donde pasar la noche y esperar la luz. Aunque, a los pocos segundos cambió de idea y decidió que debían seguir avanzando. Su mente oscilaba entre decisiones contradictorias, atrapada en una espiral de miedo e incertidumbre. Su respiración se volvía más rápida. El pánico amenazaba con consumirla.

Entonces, recordó la última vez que había sentido aquel mismo estado de desamparo. Años atrás, cuando Damián era solo un bebé, había tenido que dejarlo al cuidado de sus abuelos. Estaba inmersa en la difícil tarea de encontrar trabajo. Sabía que, hasta que no lo lograra, no podría recuperar a su hijo, pero esa certeza no hacía que el proceso fuera más fácil ni aceleraba su éxito. Se había sentido igual de impotente, igual de perdida.

Aquella tarde, en un intento desesperado por calmarse, fue a la playa. Eran los albores de una primavera inquieta. La lluvia del día anterior aún dejaba su rastro en el aire, en el aroma húmedo de la tierra y en el peso de las nubes que, aunque dispersas, aún velaban el cielo. El clima era templado, con una brisa que arrastraba el eco lejano de tormentas pasadas. Se dejó caer sobre la arena, sintiendo cómo esta crujía bajo su cuerpo, moldeándose a su forma. Frente a ella, el mar rugía con una furia contenida. Las olas se estrellaban contra las rocas, vistiéndolas de un blanco efímero antes de retirarse, como un velo nupcial deslizándose liviano hasta la orilla. La espuma corría sobre la arena, besándola fugazmente antes de ser engullida por la marea, como un manto de nieve fugaz derritiéndose en un momento.

El estruendo del mar, áspero y cadencioso, llenaba sus oídos, acunando sus pensamientos en una melodía hipnótica. Cada bramido del agua parecía recordarle lo diminuta que era ante la inmensidad del mundo, lo insignificante de sus preocupaciones comparadas con la eternidad de aquel paisaje indómito. Se levantó y comenzó a caminar, con los pies y el alma desnudos, dejando que la fría caricia de las olas le recorriera la piel como un murmullo ancestral. Por un momento, solo fue ella y el horizonte infinito, un instante de paz suspendido en el tiempo.

El recuerdo le trajo un atisbo de serenidad. Inspiró profundamente, buscando afianzarse en aquella sensación. Entonces, sintió la mano de Damián aferrarse a la suya. Su hijo, con una seguridad inesperada, le susurró:

—Todo va a salir bien, madre.

Lo miró con ternura y, por primera vez en mucho tiempo, creyó en esas palabras. No podía permitir que el miedo la paralizara, tenía que actuar. Su determinación se reavivó y tomó una difícil decisión. Volverían al lugar donde Damián había estado encerrado. Algo le decía que era la única forma de salir de aquel laberinto. Con suerte, sus perseguidoras seguirían buscándolos en el bosque. Por si acaso,

tomó una gruesa rama del suelo. No dudaría en usarla si era necesario.

Ahora sabía algo con certeza: la Dama de los Huesos, como la llamaba Damián, conocía demasiado bien ese entorno y siempre iba un paso por delante, pero esta vez, ella también estaba lista para anticiparse.

Capítulo 28 – La sombra de la duda

Diego

Diego irrumpió en los calabozos con una expresión que parecía haber sido cincelada por el agotamiento y la ira. Se había ausentado la noche anterior, rompiendo su propia rutina, y ahora, al regresar, daba la impresión de estar aún más fuera de sí que en los días previos. Tomás, recostado despreocupadamente en el catre, lo observó con esa sonrisa suya, a medio camino entre la piedad y la ironía.

Eustaquio, el carcelero, se había marchado a cenar, como siempre a la misma hora. A Tomás le intrigaba que fuera Diego quien asumiera su lugar con tanta frecuencia. Había otros oficiales de menor rango que podían hacerlo. ¿Acaso ya no le importaba lo que pudieran pensar de sus constantes visitas al prisionero?

Diego avanzó con una rigidez antinatural, como si su cuerpo estuviera siendo sostenido por hilos invisibles, tensándose y aflojándose con cada paso. Su postura ya no irradiaba la firmeza con la que solía imponerse ante los demás. Parecía un guerrero herido, un animal acorralado. Se dejó caer pesadamente en el suelo, justo frente a la celda.

—¿Sabes? Nunca he sido feliz. —Su voz, tan acostumbrada a ordenar y arremeter, sonó por primera vez sincera, casi frágil—. Lo curioso es que nunca me importó. Siempre creí que la felicidad estaba sobrevalorada, que lo esencial era ser respetado, temido si hacía falta, pero… ¿qué pasa cuando eso deja de ser suficiente? ¿Qué ocurre cuando lo único que deseas es desaparecer?

Tomás permaneció en silencio. Su instinto le decía que Diego no buscaba respuestas, sino consuelo. Y si estaba equivocado, sabía que cualquier palabra de más podría hacer explotar a su viejo amigo. Además, aunque no estuviera dentro de la celda, Diego

llevaba las llaves en la mano derecha. Podía entrar en cualquier momento, y Tomás sabía bien cómo expresaba su desacuerdo cuando no le gustaban las réplicas.

—¿Qué puede hacer alguien tan miserable como yo? —preguntó Diego, con los ojos vidriosos.

Esta vez sí, Tomás sintió que debía decir algo. Cuando sus miradas se cruzaron, entendió que Diego realmente esperaba que le contestara.

—Averiguar qué te haría dichoso. No a los demás, solo a ti.

—¿Y si eso no encaja con lo que los otros esperan de mí?

—Quien te quiere de verdad seguirá a tu lado. Tenlo claro.

El silencio se espesó entre ellos. De pronto, Diego se puso en pie y abrió la celda. Se sentó junto a Tomás y, con un gesto inesperadamente íntimo, lo besó. El detenido no pudo evitar una risa nerviosa, espontánea, como si la situación lo hubiera pillado desprevenido. Se incorporó de inmediato, aún con la sonrisa en los labios.

—Lo siento, lo siento… —balbuceó, incapaz de contener el rubor que ascendía por su rostro—. Es que no me lo esperaba. Antes hubiera apostado por un guantazo en vez de esto.

Diego apretó la mandíbula. Por un instante, pareció estar a punto de perder los estribos, pero se contuvo.

—Decías que hay que luchar por lo que uno quiere.

—Sí, pero… yo estoy luchando en otra batalla.

El cuerpo de Diego se tensó, como un resorte a punto de dispararse. Y entonces, explotó. Comenzó a gritar, a golpearse la cabeza contra los barrotes de la celda. Tomás abrió los ojos de par en par. Nunca lo había visto así. Diego, el hombre que siempre había representado la autoridad, el control férreo, la templanza implacable, estaba destrozándose frente a él.

—¡Basta! —Tomás reaccionó instintivamente, sujetándolo por los brazos para que se detuviera.

Diego, en su confusión, interpretó el contacto de otra manera y volvió a intentar besarlo. Tomás retrocedió justo a tiempo. Diego se dejó caer contra los barrotes, inerme, y se deslizó hasta al suelo, despojado de toda fuerza.

El estrépito atrajo a Eustaquio, que entró en tromba en la celda. Sin pensarlo dos veces, golpeó a Tomás. Debió pensar que el daño se lo estaba causando él. Luego, arrastró a su superior fuera de la cámara. Diego apenas reaccionaba, su frente estaba cubierta de sangre.

Tomás casi no había tenido tiempo de asimilar lo ocurrido cuando escuchó pasos apresurados acercándose. Levantó la mirada, su corazón comenzó a tamborilear en su pecho. Fue en ese instante cuando lo vio.

Sebastián irrumpió en la sala, con el rostro marcado por la angustia contenida y los ojos recorriendo cada centímetro de su piel, buscando cualquier señal de daño. Por un segundo, ambos se quedaron inmóviles, daba la sensación de que temieran que todo fuera una ilusión, una imagen frágil que podía desvanecerse en cualquier momento, pero no lo era. Era real.

Eustaquio esperó una señal de su jefe. Diego, aún aturdido, asintió con la cabeza. Sebastián no dudó ni un segundo. Con pasos firmes, entró en la celda abierta y abrazó a Tomás. Lo envolvió con una fuerza temblorosa, como si quisiera asegurarse de que seguía allí, de que no volvería a perderlo. El tiempo pareció detenerse. El aroma familiar de Sebastián, su calor, su respiración agitada contra su cuello… Tomás cerró los ojos y por primera vez en días sintió que estaba en casa. No importaba dónde estaban ni quién los miraba. Por un instante, nada existía salvo ellos dos.

Sebastián lo apartó solo lo suficiente para mirarlo a los ojos, con esa intensidad que siempre lo había desarmado. El amor, el alivio, la necesidad de aferrarse a él estaban ahí, en su mirada limpia y

transparente. Entonces, sin dudar, lo besó. Un beso cargado de todo lo que no habían podido decirse, de las noches en vela, del miedo a perderse para siempre. Tomás sintió que su corazón se expandía, parecía que todo el peso de la incertidumbre se disipara en un solo instante. Eustaquio miraba a Diego, daba la impresión de que no entendiera por qué no hacía nada para detener aquello.

—Creí que no volvería a verte… —susurró Sebastián, con la voz rota.

Tomás acarició su rostro, notando la humedad en sus mejillas. Eran lágrimas, pero no supo de quién, tal vez de ambos.

—Estoy aquí. —Su voz apenas fue un murmullo—. Estoy aquí, y voy a salir de esto. No voy a perderte.

Sebastián lo abrazó de nuevo, con la desesperación de quien ha visto la muerte demasiado cerca.

—No me importa cuánto tiempo tengamos. Si es un día, un año, o una vida entera… Solo quiero que sea contigo.

Tomás sintió un sollozo ahogarse en su garganta. Todo en él gritaba que no podía seguir encerrado en aquel lugar. Debía salir, aunque tuviera que luchar. Porque si algo había aprendido en esos días de encierro, era que no estaba dispuesto a perder lo único que de verdad importaba. Por primera vez, supo con certeza que Sebastián sentía lo mismo.

Miró a Diego, que seguía en el suelo, con el rostro cubierto de sombras. Lo observaba con resentimiento, con rencor, con algo más oscuro que el odio. Como si una sola mirada pudiera cambiarlo todo. Aunque Tomás no apartó la vista esta vez. Porque en ese instante, en ese duelo silencioso, se decidía todo. ¿Ganaría el amor o el rencor?

Penélope

Penélope corría a ciegas, con la respiración entrecortada y el pulso golpeando en sus sienes. La frondosidad del bosque y la negrura de

la noche convertían cada paso en una amenaza. Sujetaba con fuerza la mano de Damián, que tropezaba a su lado, mientras Canela avanzaba unos metros por delante, alerta, con el hocico pegado al suelo. Aún no se creía que hubieran logrado escabullirse por la cueva sin ser descubiertos.

Las hojas secas crujían bajo sus pies, amortiguando el silencio espectral que envolvía el bosque. No se escuchaba el ulular de los búhos ni el lejano croar de las ranas. Ni siquiera el susurro del viento. Era como si la naturaleza entera contuviera el aliento, expectante. La Luna, traicionera, asomó tímidamente entre las copas de los pinos, esparciendo sombras alargadas y espectrales sobre el suelo. Entonces, justo cuando alcanzaron campo abierto y la esperanza de escapar parecía al alcance de la mano, una sombra inmóvil en mitad de la planicie sembró la duda como una amenaza silenciosa.

Su corazón comenzó a latir con fuerza. Instintivamente, apretó la mano de su hijo hasta casi hacerle daño. Se detuvo en seco, con la mirada fija en aquella silueta difusa, atrapada entre la incertidumbre y el miedo, incapaz de discernir si era real o un engaño de la penumbra. No podía estar segura de lo que había visto. ¿Su mente la estaba engañando? Entonces, Canela empezó a ladrar con vehemencia, convirtiendo la sospecha en casi una certeza.

Un parpadeo, un segundo de vacilación, y la sombra ya no estaba. Damián tiró de ella con impaciencia, forzándola a moverse. Penélope tragó saliva y siguió avanzando, obligándose a ignorar la angustia que le oprimía el pecho. Tenía que llegar al camino. Allí estarían a salvo. O al menos, eso quería creer, pero la seguridad nunca era real. Un tronco cortado en medio del sendero los inmovilizó de pronto. La madera aún rezumaba savia fresca, el serrín se acumulaba a su alrededor como nieve sucia. No llevaba allí mucho tiempo. Alguien lo había cortado deliberadamente para bloquear el paso.

Fue en ese momento cuando la vio. Sentada sobre el árbol caído, como si aquel lugar le perteneciera desde siempre, la Dama de los

Huesos los observaba con una calma aterradora.

—Habéis tardado mucho… —musitó con una frialdad glacial—, pero la verdad… no tengo ninguna prisa.

Penélope sintió cómo un frío intenso le recorría la espina dorsal. Su cuerpo le gritaba que corriera, que huyera con su hijo al amparo de los árboles. Aunque en vez de eso, lo apartó instintivamente detrás de ella y alzó el palo que llevaba en la mano. No pensaba permitir que esa mujer los atrapara sin luchar. Águeda mostró en su rostro una sonrisa áspera, que permanecía impasible.

Penélope no esperó a ver su reacción. Con un rápido movimiento, le arrojó el palo a la cara. El impacto fue seco, directo a la frente. La Dama de los Huesos se tambaleó y cayó hacia atrás, pero enseguida se incorporó, tal que si el golpe no la hubiera afectado en absoluto. Penélope, desesperada, tanteó el suelo con una mano y agarró una piedra. Se la lanzó con todas sus fuerzas. Esta vez, falló. El impulso la hizo perder el equilibrio. Águeda aprovechó la distracción para arrojarse sobre ella, sujetándola del cuello con una fuerza inhumana. Penélope sintió las uñas clavándose en su piel, y cómo la presión aumentaba y el aire se le escapaba de los pulmones. Sin embargo, tenía libres las piernas. Con todas sus fuerzas, le asestó un rodillazo en el estómago. Águeda soltó un gemido de dolor y aflojó la presa. Penélope se apartó de un salto, jadeando, buscando otra piedra para defenderse.

—¡Detente!

La voz irrumpió en el silencio con un impacto seco y fulminante. Penélope se giró y vio a Dorotea, de pie, con una escopeta levantada.

—¡Apártate, Águeda! —ordenó, con el dedo sobre el gatillo.

—¡No, Dorotea, espera! —gritó Penélope, sintiendo cómo el pánico le atenazaba la garganta—. No puedes hacerlo.

Dorotea sonrió con desdén.

—Si no tuve reparos en hacerlo con mi marido, ¿qué crees que me detendrá ahora?

El tiempo pareció ralentizarse. Penélope apenas pudo procesar la confesión cuando decidió jugar su última carta.

—Tienes que saber la verdad —dijo, obligándose a mantener la voz firme—. Encontraron el cuerpo de vuestra madre en las cuevas del Oro de Santa Creu de Olorda.

Dorotea parpadeó, confusa.

—Eso no es posible. Ella nos abandonó… —murmuró, pero su voz tembló al final.

—Llevaba un collar de huesos. Como los que hace tu hermana. Además, compararon los restos de su vestido con el que aparece en una fotografía… —Penélope sostuvo su mirada—. No hay duda.

El rostro de Dorotea se ensombreció. Giró lentamente la cabeza hacia Águeda.

—Nos dijiste a todas que la viste huir.

Águeda evitó su mirada.

—¿Qué le hiciste a madre, Águeda? —insistió Dorotea, bajando lentamente la escopeta.

El silencio cayó entre ellas como una losa.

—Ella no nos quería… —susurró Águeda finalmente—. Iba a marcharse sin nosotras.

Entonces, la verdad, fría y descarnada, se extendió entre las tres como una sombra que no se podía ignorar.

En aquel momento, Rafael apareció por el sendero como un espectro surgido de la bruma nocturna. Caminaba con paso firme, con mirada penetrante, como si la escena de violencia contenida que se desarrollaba ante él no le sorprendiera en absoluto. A su lado, Gustavo, su hijo, lo acompañaba con la misma serenidad de un viejo sabio en el cuerpo de un chico.

Penélope sintió un alivio tan profundo que casi se desplomó. No esperaba que Rafael la encontrara a tiempo, pero lo había hecho. Estaba segura de que había sido gracias a Gustavo. Él siempre supo cómo llegar, aunque no lo pudiera contar. Solo había necesitado la determinación de un hombre que no creyera que su silencio lo incapacitaba.

Por un instante, el caos quedó suspendido. Luego, la voz del policía rompió la tensión como una cuchilla.

—Lo que dice Penélope es verdad.

El silencio pareció agrietarse.

—Soy el subinspector Rafael Monroy —continuó, con el tono severo de quien no deja lugar a dudas—. He visto el informe del forense con mis propios ojos. Además del abalorio que ella mencionó, también encontraron un medallón…

Hizo una pausa, dejando que las palabras calaran en el aire.

—Dentro había una fotografía —prosiguió—. Una niña pequeña, con el cabello rubio.

Dorotea dejó escapar un leve jadeo.

—Esa era yo… —susurró, con su voz impregnada de tristeza y dolor.

Sus ojos se clavaron en Águeda con una mezcla de furia y súplica.

—¿Crees que una madre con intención de abandonarnos llevaría una foto de una de sus hijas junto al corazón? —preguntó Dorotea, alzando lentamente el arma.

Águeda permaneció impasible, aunque algo en su expresión se quebró por un segundo.

—Ella no podía criarnos sola —dijo al fin, con una frialdad forzada—. Desde que padre se fue, nunca levantó cabeza. No te acuerdas porque eras demasiado pequeña, pero nuestra madre nos vendió a un proxeneta. Tenía intención de irse con el dinero. Yo solo hice lo que debía para protegeros.

Dorotea negó con la cabeza, sin apartar el dedo del gatillo.

—No te creo. Te lo estás inventando para salvarte.

—No podía permitir que nos despreciara así. Ella ya no pensaba en nosotras. Mucho antes de que nos abandonara, ya me hacía cargo de todas.

Dorotea tragó saliva, con la mente atrapada en un torbellino de recuerdos.

—Pero ella tenía mi foto cuando murió —murmuró—. No le diste la oportunidad de rectificar. Quizá en el último momento habría cambiado de idea.

Águeda no respondió. Su silencio fue una confesión. El disparo retumbó como un trueno. La bala impactó en el pecho de Águeda. Por un instante, la mujer de oscuros ropajes pareció no comprender lo que había sucedido. Dio un paso atrás, tambaleante, y miró a su hermana con incredulidad. Sin embargo, su cuerpo no cayó. Algo había amortiguado el golpe. Llevó una mano al pecho y descubrió, con asombro, el grueso medallón de metal que colgaba de su cuello, abollado por el impacto.

Dorotea volvió a levantar la escopeta, dispuesta a acabar lo que había comenzado, pero Rafael se adelantó. Con un movimiento rápido y preciso, le arrebató el arma, torciendo su brazo hasta que la redujo contra el suelo. Le esposó las manos a la espalda con la destreza de quien ya lo ha hecho demasiadas veces. El peligro parecía sofocado… hasta que otro disparo rasgó el aire. La Dama de los Huesos cayó de rodillas, con los ojos muy abiertos y una expresión de desconcierto en su rostro habitualmente impasible. Alguien le había disparado. Todos giraron la cabeza al mismo tiempo, buscando el origen del tiro. Arnaldo, el hombre que se suponía encerrado en el psiquiátrico, permanecía inmóvil, con el arma aún en la mano. Sus ojos azules estaban clavados en el cadáver de la mujer. Con un movimiento lento, casi mecánico, dejó caer el arma sobre la hierba.

—El diablo ahora duerme… —murmuró con voz quebrada—, pero volverá a despertar.

Sus palabras flotaron en el aire como un augurio. Luego, cayó de rodillas y comenzó a sollozar como un niño. La confusión se apoderó de todos. En medio de la conmoción, Dorotea, con una habilidad sorprendente, logró pasar los brazos esposados por debajo de sus piernas hasta colocarlos al frente. Antes de que nadie pudiera reaccionar, se hizo con el arma de Arnaldo y apuntó directamente a Rafael.

El subinspector no pestañeó. Dorotea tensó el gatillo… y de pronto, algo la detuvo. Sus ojos se fijaron en el hombro desnudo del policía, expuesto por la camisa entreabierta. Allí, sobre su piel, una marca de nacimiento con forma de estrella destacaba con claridad. La mujer quedó paralizada. Su expresión pasó del odio a la confusión. Sus manos temblaron. Y, en un giro inesperado, bajó el arma y se rindió.

Rafael no perdió el tiempo. En cuestión de segundos, la desarmó y la redujo junto a Arnaldo. El peligro, por fin, había pasado. Penélope corrió hacia Rafael. Se detuvo justo antes de alcanzarlo y lo miró a los ojos. En su mirada, vio el reflejo de lo que sentía. No podía permitir que notara su desesperación. No podía mostrarse vulnerable, pero su sonrisa incontenible la traicionó.

Sus brazos se movieron antes de que pudiera pensarlo. Rodearon su cintura y, con un impulso inconsciente, se alzó de puntillas y lo besó. El calor le subió al rostro en cuanto tomó conciencia de lo que acababa de hacer. Se apartó de golpe, escondiendo la cara entre las manos. Cuando volvió a mirar, vio que Rafael también se había sonrojado. No parecía haber esperado aquello… o no de aquella manera. Entonces él extendió los brazos y la atrajo suavemente hacia su pecho. Penélope cerró los ojos y suspiró contra su camisa. Por primera vez en mucho tiempo, sintió que el miedo desaparecía. Que ya no estaba sola.

Pero su felicidad duró apenas un instante. Pensó en Damián. ¿Cómo lo vería él? ¿Cómo interpretaría aquel repentino gesto de amor hacia un desconocido? Se apartó, buscando su reacción. Para su sorpresa, el niño le sonrió con picardía. Sin poder evitarlo, Penélope lo abrazó con fuerza. Lo había salvado. Lo había traído de vuelta.

Entonces, ocurrió lo imposible. Gustavo se acercó a Damián y, con total claridad, le preguntó si estaba bien. Rafael sintió un escalofrío al escuchar la voz de su hijo por primera vez desde que había vuelto a casa. Se le humedecieron los ojos. Conmovido, le colocó una mano en el hombro… pero el niño lo ignoró. No apartó la vista de su nuevo amigo. Rafael intentó girarlo hacia él, pero Gustavo esquivó su mirada. Algo dentro del policía se rompió. Se dejó caer al suelo, devastado.

Aunque lo peor aún estaba por llegar. Gustavo, con una expresión impenetrable, tomó la escopeta y la levantó, apuntando directamente a su padre.

—Esperé mucho tiempo y nunca viniste a buscarme —susurró con rabia.

Rafael reaccionó al instante. Le arrebató el arma antes de que pudiera disparar, pero no encontró palabras para defenderse. Porque, en el fondo, sabía que su hijo tenía razón. El policía se dejó caer al suelo a su lado, y Penélope vio cómo el peso de todo lo vivido caía sobre él como una losa. Su mirada, antes firme y llena de convicción, ahora parecía perdida en un torbellino de emociones que ella no necesitaba escuchar para entender. Furia, culpa, tristeza… Lo envolvían como una tormenta implacable, robándole toda la fuerza. Nunca lo había visto así. Siempre había sido el hombre que controlaba cada situación, que parecía tener respuestas cuando ella solo veía caos. Sin embargo, ahora, derrotado ante la mirada herida de su hijo, era solo un padre roto.

Penélope no dijo nada. No intentó consolarlo con palabras huecas, porque sabía que en ese momento no existía alivio posible. Se limitó

a sentarse a su lado, en silencio, con la esperanza de que su mera presencia fuera suficiente.

Pronto, Damián rompió la quietud. Con gesto solemne, sacó algo de una bolsa de tela. Un tarro cubierto de polvo, envejecido por el tiempo, apareció entre sus pequeñas manos. La luz mortecina reveló un símbolo grabado en su superficie. Penélope entornó los ojos, tratando de reconocerlo, pero solo vio una marca extraña, antigua, ajena a su mundo.

—Alfabeto rúnico —dijo Rafael, más como un pensamiento en voz alta que para que los demás lo escucharan.

Sintió a Rafael tensarse a su lado. Se giró para mirarlo y notó cómo su expresión había cambiado. Un escalofrío parecía recorrerle la espalda. Penélope frunció el ceño. No entendía qué veía él en ese objeto, pero había aprendido a confiar en su instinto. Entonces lo supo. Rafael quería detener a Damián. No sabía por qué, pero lo intuía en cada fibra de su cuerpo. No era miedo lo que veía en sus ojos, sino algo más profundo… algo parecido al respeto, o tal vez, a la rendición.

Su hijo lo miraba con una firmeza inusual. No era la mirada de un niño asustado, sino la de alguien que comprendía algo que los demás ignoraban. Damián le estaba pidiendo que confiara en él. Rafael tragó saliva. Penélope notó el leve temblor en su mandíbula, la tensión en sus manos. Sus pensamientos debían de estar desbordándose, buscando una respuesta lógica, una explicación racional. Sin embargo, ¿qué lógica podía aplicarse después de todo lo que acababan de vivir?

Penélope sintió su propio corazón acelerarse. Miró el líquido turbio en el interior del tarro. ¿Qué era aquello? No podía evitar pensar en el veneno, en pócimas olvidadas, en antiguas creencias que aún vivían en los rincones más oscuros del mundo. Por un instante, deseó que Rafael interviniera. Que impusiera su autoridad, que pusiera un freno a lo que fuera que estaba por ocurrir, pero no lo

hizo. Él simplemente asintió lentamente, entregándose a lo inevitable.

Damián se acercó a Gustavo con suavidad, sin prisa, daba la sensación de que todo aquello ya hubiera sucedido antes y él solo estuviera repitiendo un ritual olvidado. El niño levantó el tarro con ambas manos y lo inclinó apenas, dejando caer unas gotas en los labios de su amigo. Penélope sintió un nudo en el estómago. No entendía lo que estaba sucediendo, pero sí supo algo con absoluta certeza: lo que estaba por ocurrir escapaba a su control.

Minutos más tarde, regresaron al recinto donde Damián y Gustavo habían estado encerrados. El aire aún pesaba sobre sus hombros, impregnado del dolor de quienes habían habitado aquel lugar durante demasiado tiempo. Penélope lo sentía en la piel, como si la historia de ese sitio quisiera aferrarse a ella, tal que supiera que algo estaba a punto de terminar.

Miró a su alrededor. Los rostros de aquellos niños y jóvenes estaban marcados por el miedo, pero también por una chispa de esperanza. Un anhelo silencioso de algo que tal vez ni siquiera sabían nombrar: libertad. Con Rafael a su lado, los animó a seguirlos. Algunos, los más mayores, se resistían, tal que el encierro se hubiera convertido en su único refugio. El miedo a lo desconocido podía ser más fuerte que el deseo de escapar, pero la mayoría no dudó.

Mientras organizaban la marcha, Penélope observó de reojo a Damián y a Gustavo. Con una calma inusual, cómo pasaban discretamente de un niño a otro, ofreciendo pequeños sorbos de los frascos que habían traído consigo. Nadie protestaba, nadie preguntaba. Era un gesto tan natural que parecía parte del propio acto de salir de allí, como si sellaran, con cada trago, la despedida de aquel sitio.

Penélope vio en sus ojos algo que reconocía bien: la necesidad de romper con el pasado, de alejarse de todo lo que los había mantenido atrapados. Y entendió, con una certeza que le atravesó el

pecho, que aquello no era solo su lucha. Era la lucha de todos los que alguna vez habían vivido con el peso del miedo.

Caminaron juntos bajo el cielo nocturno, dejando atrás el horror de aquellas paredes, los secretos enterrados en la tierra y el peso de un destino que no habían elegido. Aunque mientras avanzaban, sintió un nudo en el estómago. ¿Qué pasaría cuando llegaran a la ciudad? Encontrarían a sus familias, sí… pero no todos. Algunos no tenían a nadie esperándolos. Penélope los miró con tristeza. Comprendió que no todos volverían a casa, porque algunos ya no tenían un hogar al que regresar.

Entonces lo entendió. La verdadera libertad no era solo salir de aquel lugar. Era elegir quién ser más allá de las sombras del pasado.

Capítulo 29 – Tomás

Rafael

Rafael observaba con atención cómo Penélope y Damián se alejaban, mientras conducía el vehículo, que los seguía a una distancia prudente para asegurarse de que alcanzaran su destino sin contratiempos. Con la mano de su hijo firmemente sujeta, Penélope se encaminaba hacia el lugar donde había dejado su ciclomotor, a pocos metros del viaducto de Can Ribes. Dado que el espacio del vehículo policial era limitado, no había cabida para todos. En la parte trasera viajaban los dos detenidos, y los niños liberados los seguían a pie.

Desde el espejo retrovisor podía ver cómo Dorotea mostraba en su rostro un desconcierto que se debatía entre el rencor y el agradecimiento hacia su acompañante. Gustavo se hallaba a su lado, buscando recuerdos en la mente que había mantenido ocultos durante demasiado tiempo. Tras el percance, Rafael lo observaba de reojo, temeroso de que un brote repentino provocara un brusco volantazo y desencadenase un accidente; sin embargo, algo en su interior le decía que podía confiar en él esta vez. Por su parte, Damián había sostenido con seguridad casi inusitada que no volvería a causar problemas, una afirmación que rozaba lo inverosímil. Gustavo, en cambio, afirmaba no recordar absolutamente nada tras su secuestro, como si aquella noche hubiera marcado el despertar de una nueva conciencia. Rafael, le colocó la mano en la pierna, en un gesto de consuelo y apoyo. La voz de Gustavo resonaba en sus oídos como un eco, un bálsamo y una herida al mismo tiempo, llenándolo de una emoción inesperada. El rostro de su hijo, tan mayor ya, era el reflejo de su propio dolor y esperanza. Pensó en todo lo que había perdido, en los momentos de ausencia que nunca pudo llenar, pero también recordó el amor incondicional que siempre había persistido en su interior. Había un alivio tangible, una alegría puramente visceral por tenerlo junto a él, pero a la par un miedo

profundo de que todo aquello pudiera desvanecerse de nuevo. La incertidumbre lo llenaba y sus emociones fluctuaban como las olas de un mar revuelto, con el anhelo de que finalmente pudieran hallar una paz que tanto les había sido arrebatada.

Por otro lado, Penélope había conquistado su corazón de manera ineludible, como una fuerza imparable que se instalaba en lo más profundo de su ser. No fue por un gesto grande o una declaración de amor sino por su autenticidad, su valentía y esa manera tan única de enfrentarse al mundo que, sin premeditación, eligió entrar en su vida. Su presencia se fue instaurando poco a poco, como una suave corriente que, aunque invisible, no dejaba de tejer silenciosamente su lugar en cada rincón de su alma. Así, su corazón, antes reticente, la acogió con un fervor que ni siquiera él había anticipado, permitiendo que Penélope se instalara ahí de manera firme y definitiva como alguien imprescindible para su existencia.

Más tarde, en la Jefatura, Rafael sintió un leve alivio al entrar en el calabozo y comprobar que Tomás ya había sido liberado. Con mano firme, se encargó de encerrar a los arrestados y se dirigió a Eustaquio para preguntar por Diego.

—Ya se marchó —informó el agente—. Supongo que fue a casa.

Era evidente que no habría encontrado ni a Dorotea ni a su marido en el domicilio. No entendía por qué motivo, tras fallar en el intento de arrestar a la mujer —ya recluida en una celda—, no se había presentado en el lugar de los hechos, tal como le había sugerido. Era evidente que no sabía trabajar en equipo. Sin demora, Rafael avisó a uno de los agentes de guardia para que comunicara a los juzgados las muertes de Francisco y Águeda, consciente de lo difícil sería encontrar a un médico forense disponible esa noche para exhumar los cadáveres. Lo más probable era que la tarea se pospusiera hasta el día siguiente, contando con su colaboración para esclarecer los hechos.

A la mañana siguiente, al notar la ausencia del inspector Roca, Rafael se inquietó. Tuvo la intención de visitarlo personalmente,

convencido de que algo extraño estaba ocurriendo. Sin embargo, antes de que pudiera salir, la puerta de la Jefatura se abrió de golpe. Un rostro conocido apareció en el umbral: Sara, la pelirroja esposa de Sebastián. Estaba agitada y su expresión delataba una mezcla de desesperación y miedo.

—Mi marido ha desaparecido —dijo, sin rodeos.

Rafael intentó tranquilizarla.

—Tal vez bebió de más y se quedó dormido en algún parque.

—No —replicó ella, con firmeza—. Sebastián es abstemio. Nunca duerme fuera de casa, salvo cuando está de viaje.

La determinación en su voz le hizo comprender que no aceptaría respuestas vagas. Con gesto sereno, Rafael se comprometía a avisarle si recibían noticias, y en un intento de calmarla, apoyó una mano en su espalda para acompañarla hacia la salida. Sin embargo, Sara no se movió.

—Hay algo más —dijo en voz baja—. Hace unos días escuché su confesión. Estaba en el coche con un tal Tomás cuando ocurrió la desaparición de su alumno. El inspector lo amenazó de muerte para que guardara el secreto. Temo que esa amenaza se haya cumplido.

La revelación hizo que un escalofrío recorriera la espalda de Rafael. Sebastián había desaparecido sin dejar rastro, y ahora su esposa temía lo peor. Consciente de que cada minuto contaba, se dispuso a buscar a Diego con mayor urgencia, ya que había sido el último en ver al profesor.

Horas más tarde, después de volver de casa del inspector y no encontrarlo allí, un agente irrumpió en su despacho con un comunicado inquietante.

—Un indigente asegura haber visto cómo un coche ha sido embestido y arrojado al agua en el puerto.

—¿Hay testigos?

—Solo él. Estaba ebrio y su testimonio es dudoso.

A pesar de la falta de pruebas, Rafael siguió su instinto y fue a comprobarlo por sí mismo. Al llegar al puerto, la oscuridad del agua, espesa por el petróleo derramado, hacía casi imposible distinguir nada bajo la superficie. La única opción era descender hasta el fondo. Tras una búsqueda tediosa por parte de un buzo de la policía, emergió a la superficie con cara de haber concluido con su tarea.

—He encontrado un coche.

Con la ayuda de una grúa, el vehículo fue extraído al exterior. Las aguas del interior caían como cascadas, retornando al mar de nuevo, como una retirada después de haber efectuado su labor maquiavélica. Era el coche de Tomás.

Rafael y los agentes contuvieron la respiración al acercarse, temiendo lo peor. Aunque el interior del automóvil estaba vacío. Sin embargo, el alivio fue breve. Un trabajador del astillero, con el rostro pálido, se acercó con voz temblorosa.

—He encontrado… un cadáver.

Sebastián yacía sobre el pavimento, con la piel tensa y empapada. El tono pálido de su cara contrastaba con las manchas de lodo y decoloración. Sus ojos, vidriosos y fijos, reflejaban un terror indescriptible. El cabello, enredado y apelmazado, se pegaba a su rostro inerte. Todo en su expresión era una prueba irrefutable de su trágico destino. Rafael sintió un nudo en el estómago al recordar las inquietudes de Sara, la esposa del profesor, y cómo sus temores habían resultado acertados.

Según la información que poseía Rafael, también Tomás debía hallarse en el interior del vehículo. Ambos habían salido juntos de la Jefatura de Policía, tal como le habían informado, y un testigo había confirmado que dos personas iban dentro cuando el auto cayó al agua. Entonces, ¿dónde estaba su cuerpo?

Ordenó buscar cualquier rastro del otro pasajero en los alrededores. Mientras tanto, el buzo continuó explorando el fondo marino del embarcadero. No encontró nada. Ni un simple indicio. ¿Se había ahogado? Si hubiera sobrevivido, ya habría aparecido. ¿O acaso

alguien lo había sacado del agua antes de que llegaran? La incertidumbre era un veneno lento. Sin pruebas, Rafael no podía afirmar nada. Solo quedaba esperar.

Con la situación aún sin resolver, Rafael dio la orden de poner a Diego en busca y captura, convencido de que su desaparición estaba relacionada con el incidente del puerto. Después, se dirigió a Can Puig, el siniestro lugar donde la Dama de los Huesos había sembrado el terror entre los niños durante años. Allí debía rendir cuentas ante las autoridades. Al llegar, un médico forense se le acercó con el ceño fruncido.

—Indíquenos dónde se encuentra el cuerpo de la mujer. Solo hemos hallado el de Francisco Rodés.

Rafael no respondió. Simplemente los guio hasta el prado que se extendía varios centenares de metros, junto a la salida secreta de Can Puig. Peinaron la zona palmo a palmo, removiendo la hierba y la tierra en busca de algún indicio. Sin embargo, el cuerpo de Águeda había desaparecido sin dejar rastro. Era como si la tierra misma se la hubiese tragado.

Una sensación de inquietud le erizó la piel a Rafael. La ausencia del cadáver abría demasiadas incógnitas inquietantes. Sebastián había muerto y Tomás estaba desaparecido. Y ahora, el cadáver de Águeda simplemente se había esfumado. ¿Alguien se la había llevado? ¿O acaso la Dama de los Huesos aún tenía algún último truco guardado en la oscuridad? Nada parecía tener sentido, y por primera vez en mucho tiempo, Rafael no estaba seguro de qué era peor: la certeza de la muerte de un inocente o la amenaza de lo desconocido.

Tomás

Tomás se sentía pletórico, como si las semanas en prisión hubieran sido solo una pausa en la vida que estaba destinado a vivir. Había algo embriagador en esa sensación de libertad, en la velocidad del

coche, en el aire fresco colándose por la ventanilla. Se sentía ligero, invencible. Conducía con una sonrisa ancha, de esas que no se pueden contener, mientras agarraba la mano de Sebastián con fuerza. Solo la soltaba cuando era absolutamente necesario para cambiar de marcha, pero enseguida volvía a buscar su contacto, como un ancla que lo mantenía conectado a ese momento perfecto.

Pensó en lo afortunado que era. No muchos podían decir que, tras varias semanas de encierro, encontraban al otro lado de los barrotes no solo la liberación, sino también el amor. Sebastián estaba ahí, con él, y eso hacía que todo lo sufrido tuviera sentido. No obstante, la gratitud que sentía no solo se dirigía a su compañero, sino también a Diego. Contra todo pronóstico, su viejo amigo había entendido su situación y les había dado la única oportunidad que tenían de empezar de nuevo. Sin hacer preguntas, sin exigir explicaciones, les había organizado la huida. Mallorca sería su refugio, su nuevo comienzo.

El plan era sencillo y, sin embargo, cargado de tensión. Debían llegar al puerto y esperar en un punto concreto. Allí, un desconocido cuya identidad no les revelaron, les entregaría los billetes y les indicaría qué barco abordar. Todo estaba saliendo redondo. Después de semanas encerrado, de noches interminables, el mundo volvía a abrirse ante él como un abanico de posibilidades. Todo lo que vendría después—los paisajes nuevos, la emoción de escapar, la promesa de una vida distinta—le aceleraba el pulso.

Por supuesto, había cosas que no había podido cerrar del todo. Penélope, su hermana, su estrella. Sabía que debía haberla visto antes de irse, pero… ¿qué podía hacer? Las circunstancias no se lo permitieron, y en el fondo, ella lo entendería. Habría tiempo para reencontrarse más adelante. Sin embargo, su sobrino había sido rescatado tras un secuestro, y Tomás no había podido abrazarlo. Aquello lo mantenía algo apenado, pero era parte del acuerdo: debía zarpar aquella misma noche. Lo importante era que lo habían rescatado, que estaba a salvo. Lo demás… en fin, el futuro siempre encontraba la forma de acomodar las cosas.

El semáforo se puso en rojo, y Tomás dejó escapar un suspiro antes de mirar a Sebastián.

—Esto es una locura —dijo, con una sonrisa llena de adrenalina.

—Pero te encanta —respondió Sebastián, mirándolo con complicidad.

Tomás rio. Sí, claro que le encantaba. La incertidumbre, la velocidad, el sabor de la libertad, la promesa de lo nuevo. Tomó su mano con más firmeza y aceleró en cuanto el semáforo cambió. No tenía idea de lo que les esperaba en Mallorca, pero eso lo hacía aún mejor. El futuro se abría ante él como una carretera sin final. Y él no tenía intención de mirar atrás.

Cuando llegaron al puerto, Tomás detuvo el coche en el punto acordado. El motor rugió unos segundos más antes de apagarse, daba la impresión de que aún se resistiera al silencio. Su corazón latía con fuerza, pero esta vez no era por miedo, sino por la promesa de una nueva aventura. Intercambió una mirada con Sebastián y vio reflejada en sus ojos la misma emoción: la alegría de recorrer un camino juntos. Sin embargo, algo la ofuscó.

Un impacto brutal los sacudió. Un coche los había embestido con tal violencia que lanzó sus cuerpos hacia adelante con un impacto seco. El aire escapaba de sus pulmones en un jadeo ahogado. Tomás levantó la vista, aturdido, y fijó la mirada en el otro vehículo. No le costó nada reconocer al conductor, a pesar de las sombras que transfiguraban su rostro. Aunque antes de que pudiera procesarlo, otro golpe le hizo entender que lo que estaba sucediendo escapaba a su control. Sintió la caída antes de asimilarla. El coche se precipitó al agua con un estruendo amortiguado.

El mundo se volvió un torbellino de metal y oscuridad. El agua entraba en tromba, reclamando cada espacio libre. Sebastián gritaba algo, pero Tomás no podía reaccionar. Seguía igual que si hubiese visto un fantasma. Sus manos, aferradas al volante como si fuera un salvavidas, se negaban a soltarlo, a aceptar lo inevitable, mientras

su mente estaba atrapada en un bucle, en un eco de incredulidad. *¿Cómo? ¿Por qué?*

—¡Tomás! — gritó Sebastián, con su voz quebrada por el pánico—. ¡No puedo abrir la puerta!

Lo zarandeó desesperado. El agua ascendía, rozándoles la barbilla. Un escalofrío despiadado arrancó a Tomás de su conmoción. Intentó abrir cada una de las puertas, pero todas estaban bloqueadas. Miró a Sebastián, vio el terror en sus ojos, la lucha en sus gestos. *No. No vamos a morir aquí.* Las manivelas habían desaparecido. Tenía que haber alguna forma de salir. Respiró hondo y buscó una salida. *Piensa, maldita sea.* Sus piernas, atrapadas por la presión del agua, no podían dar una patada con fuerza suficiente. Se le ocurrió una idea. El cambio de marchas. Lo arrancó de cuajo, sintiendo la resistencia del metal y la piel desgarrándose en su palma. *Es ahora o nunca.* Golpeó la parte superior de la ventanilla con furia. Una, dos, tres veces. El cristal estalló. El agua había irrumpido como un animal hambriento, clavándole esquirlas de vidrio en la piel. Dolía, pero estaba vivo.

Por fin consiguió salir del coche. El frío era insoportable, sentía una mordida helada en cada fibra de su cuerpo. Miró hacia adentro. Sebastián no parecía reaccionar. Introdujo su torso y estiró los brazos todo lo que la largura le permitía. En la penumbra del agua, apenas podía ver, solo palpaba, buscando desesperadamente. Sebastián estaba atrapado. Algo, que no lograba identificar, lo retenía. Subió a la superficie y tomó una buena bocanada de aire antes de volver a sumergirse. *No voy a dejarlo ahí. No voy a perderlo.*

Le costó horrores volver a encontrar el vehículo. No veía nada. Finalmente, palpó el frío metal con sus dedos. La desesperación le cortaba el aliento como una hoja afilada. Buscó a ciegas hasta que sus dedos tropezaron con su piel gélida. Tiró con toda la energía que le quedaba, aferrándose a Sebastián como si, con solo su determinación, pudiera arrancarlo del abrazo de la muerte. Al fin,

pudo liberarlo. Lo había sacado a la superficie, con el alma rota y las fuerzas desgarradas.

Lo recostó sobre el pavimento mojado, inclinándolo de lado.

—Vamos, vamos, ¡respira! —gritaba desesperado.

Presionó su pecho, con los dedos temblorosos, intentando que el agua saliera. Cada segundo que pasaba sentía que era una eternidad. Le insufló aire, presionó, lo zarandeó. Maldijo por su impotencia. Volvió a intentarlo, una y otra vez, pero era inútil. El cuerpo de Sebastián seguía inmóvil, con la piel fría como el hielo. La muerte ya había extendido su sombra sobre él.

La experiencia que había adquirido como ayudante de enfermería durante la guerra no había servido de nada en ese instante. Justo cuando más la necesitaba. Tomás sintió que la realidad se partía en dos. *Esto no está pasando. No puede estar ocurriendo.* Su mente entró en un vacío, un abismo sin fondo. No quedaban más golpes que dar, más aire que compartir. Se puso en pie, tambaleante. Caminó sin rumbo. Sin mirar atrás. Como si la distancia pudiera arrancarle el dolor. Tal que cada zancada lo alejara un poco más de la realidad. Sin embargo, el mar susurraba su nombre. Y él sabía que jamás dejaría de escucharlo.

Se perdió por la ciudad durante horas, tantas que el tiempo dejó de significar algo. Caminó hasta que la noche se disolvió en la mañana y luego en otra noche más, sin que pudiera precisar dónde terminaba un día y comenzaba el siguiente. No llevaba rumbo alguno, solo la inercia de quien no quiere detenerse, de quien sabe que, si lo hace, el dolor lo alcanzará para devorarlo por dentro.

De pronto, alzó la vista y se encontró frente al puente de Vallcarca. No recordaba cómo había llegado allí, pero eso ya no importaba. El amanecer se deslizaba sobre la ciudad con una indiferencia insoportable. Barcelona despertaba, pero él no quería hacerlo. Desde lo alto del viaducto, la luz pálida del alba cubría los tejados con un velo descolorido, como si la noche se resistiera a marcharse del todo. No era un espectáculo grandioso ni esperanzador, como

algunos lo describían. Era solo otro ciclo que se repetía. Otra mañana que traía consigo la misma carga de siempre. *Y yo sigo aquí. Vivo.* El pensamiento lo golpeó con una frialdad implacable. Sebastián no. Sebastián nunca más vería otro amanecer. Nunca más frunciría el ceño al oírle decir alguna estupidez, ni esbozaría esa media sonrisa cansada con la que solía perdonarle todo. Nunca más. Porque él no lo había podido salvar.

Las calles allá abajo se desperezaban con desgana. Los primeros transeúntes avanzaban encorvados por el frío o la rutina, con el rostro apagado, sin un solo destello de vida en los ojos. Como si todos arrastraran un peso invisible, igual que si el día los devorara antes siquiera de empezar. Todo seguía. Todo continuaba. Incluso después de la muerte. Y eso era lo más insoportable de todo.

Miró hacia el horizonte. El mar, en la distancia, no brillaba con promesas ni misterios, sino que se extendía como un pozo oscuro e inabarcable. La luz del sol intentaba arrancarle reflejos dorados, pero apenas lograba un destello débil, insignificante. Incluso el agua parecía cansada. Igual que él. Aunque lo peor no era el agotamiento. Lo más terrible era la impotencia. Porque Sebastián había muerto a manos de alguien a quien jamás habría considerado una amenaza. Porque quien lo mató también había intentado matarlo a él. Y en lugar de sentir rabia, solo quedaba una sensación de vacío e irrealidad. Como si todo hubiera sido una broma cruel que él aún no terminaba de entender.

El aire de la mañana trajo consigo el aroma de la humedad y el eco lejano de una ciudad que poco a poco emprendía su labor. Unas persianas subían con un chirrido desgastado, alguien arrastraba los pies por una acera aún húmeda, y más lejos, un coche encendía el motor con la misma pesadez con la que él sentía cada uno de sus pensamientos. Todo avanzaba. Todo se movía, pero nada de eso le pertenecía, porque alguien se lo había arrebatado todo.

Tomás sentía que aquel puente era el único lugar donde el tiempo no existía. Un umbral entre estar y desaparecer. Y ahí, en ese límite, todo parecía tan fácil… Solo un paso. Solo dejarse ir. Porque al final,

el amanecer no era más que otro recordatorio de lo que seguiría ocurriendo con o sin él. De que el mundo no había cambiado, aunque para él nada fuera igual. De que Sebastián ya no estaba. Y eso, quizás, era lo que más dolía.

Se acercó a uno de los balcones del viaducto. Apoyó las manos sobre la piedra fría. El hormigón era un límite, un muro. Sin embargo, los muros solo sirven cuando aún queda algo que contener. Pensó en seguir. Porque si se detenía, el dolor finalmente lograría alcanzarlo.

Penélope

Las nubes, pesadas y taciturnas, se aferraban al cielo como dolientes rezagadas, negándose a marcharse tras haber vertido su duelo sobre las tumbas durante la noche. Flotaban en un silencio denso, como si aún guardaran luto, oscureciendo la mañana con su sombra persistente, reacias a permitir que el sol rompiera la serenidad del cementerio.

Penélope avanzaba con pasos pesados, con la mano de su hijo sujeta a la suya como un ancla en medio de una tormenta. El contacto era su única certeza, su única prueba de que aún estaba allí, de que no se desvanecería como lo habían hecho tantos otros. Mantenía la mirada baja, clavada en la tierra húmeda que se extendía bajo sus pies, oscura, revuelta, como su propio ánimo. Se obligó a observar cada surco, cada piedra, cada charco que su calzado traspasaba, como si en aquel ejercicio de atención minuciosa pudiera encontrar algo de orden en el caos. Igual que si pudiera distraerse del vacío que sentía por dentro.

No se atrevía a levantar la vista. No quería ver las lápidas con sus epitafios de amor y despedida. Evitaba leer los nombres de los muertos. Porque si los leía, si los pronunciaba en su mente, entonces sería real. Penélope no podía permitirse que fuese así. Tomás. El nombre le atravesó la mente como un latigazo. Se lo había

repetido tantas veces en su cabeza, en un intento de que su ausencia no lo convirtiera en un recuerdo, pero ya no estaba. Al menos, eso decían. Aunque nadie había encontrado su cuerpo. Ese pensamiento la atormentaba. Si al menos hubiera un cadáver, si tan solo hubiera tenido la certeza de su muerte, quizá podría haber encontrado una manera de vivir con ello. Aunque no saber…, no conocer la verdad, la estaba volviendo loca... ¿Y si seguía vivo en algún rincón del mundo, sufriendo, esperando ayuda? ¿Y si había agonizado en la oscuridad, llamándola en vano?

El rostro afligido de Damián la sacó de sus pensamientos. Lo miró y, al ver su carita contraída por la tristeza, sintió que algo dentro de ella se quebraba de nuevo. No era justo. Aquel niño había perdido demasiado. Su tío, su maestro… su padre, un hombre al que nunca había conocido del todo. Aunque, últimamente, Damián insistía en que sabía quién era. Que siempre lo había sabido. Penélope no tenía fuerzas para enfrentar otra verdad.

Al llegar al féretro, sintió que el aire se le espesaba en los pulmones. No quería mirar. Aunque lo hizo. El rostro que yacía allí le resultaba familiar. Demasiado familiar. Por un instante, su mente la traicionó y creyó que era Tomás. Aunque no podía ser él. ¿O sí? Un sudor frío le recorrió la espalda. Si nadie le había dado respuestas, si nadie podía asegurarle nada, ¿cómo podía estar segura de que su hermano no había terminado igual? ¿Cómo podía convencerse de que no estaba, en ese mismo momento, en una fosa sin nombre, descomponiéndose bajo la tierra de alguna cuneta olvidada?

Rafael le tocó el hombro con suavidad, pero ella se apartó.

—¡Tú sabes quién ha sido! —su voz se quebró, y la desesperación se filtró por cada palabra.

Rafael la miró con una expresión indescifrable. No respondió. Y su silencio fue peor que cualquier confirmación.

Entonces, Penélope vio a la mujer pelirroja, con los ojos hinchados por el llanto y el rostro lívido por el dolor. Cruzaron sus miradas durante unos segundos. Rafael le susurró que era la esposa del

fallecido. Sebastián y Tomás iban a huir juntos. Ese pensamiento la golpeó con fuerza. Cuando la mujer se acercó y le tomó la mano, Penélope no supo cómo reaccionar. Aunque el gesto, por inesperado que fuera, le resultó sincero.

—Hubiera preferido que se fuese con Tomás —murmuró la mujer—. No le deseaba ningún mal.

El mundo de Penélope tembló bajo sus pies. Sintió el impulso de apartarse, de alejarse de aquella confesión, pero no lo hizo. Porque en el fondo, algo en ella comprendía lo que la mujer estaba diciendo.

En aquel momento, un murmullo inquietante recorrió el cementerio. Un rumor que se transformó en gritos ahogados que helaron la sangre de todos los presentes. Un muerto caminaba entre ellos. Tomás estaba vivo. Penélope sintió un vuelco en el estómago. Su respiración se cortó de golpe.

No podía ser, pero allí estaba. Avanzaba renqueante, como un espectro de carne y hueso que había regresado del abismo. Su ropa, sucia y desgarrada, lo hacía parecer un mendigo. Aunque su expresión… su expresión era la de un hombre que había visto el infierno y había vuelto para contarlo.

Su voz, rota y febril, pronunció un solo nombre:

—¡Sebastián!

Intentaron detenerlo, pero Tomás esquivó los brazos que pretendían hacerlo. Nada impidió que llegara hasta los pies de lo que quedaba de su amigo. Penélope sintió cómo su pecho se abría, como si algo la hubiera estado oprimiendo y, de pronto, se rompiera. Su hermano estaba vivo. Las piernas le fallaron y tuvo que apoyarse en un brazo que no supo de quién era. Un sollozo trémulo se le escapó de los labios antes de poder contenerlo. Por un instante, todo desapareció. El cementerio, las lápidas, la gente. Solo existía Tomás. El peso que había estado cargando como una piedra en la espalda se disolvió en una oleada de alivio tan intensa que casi dolía. Entonces lo vio desplomarse. El pánico la golpeó como un látigo.

—¡Tomás! —corrió hacia él, con el corazón martilleando en su pecho.

Se dejó caer a su lado y lo zarandeó con desesperación.

—¡Agua! —gritó, sintiendo que el temor le cerraba la garganta—. ¡Por favor, que alguien traiga agua!

Tomás abrió los ojos. Se encontraron con los de su hermana, y en ellos no había más que un océano de dolor. Penélope lo abrazó con fuerza. El dolor de Tomás era suyo también. Cuando pudo hablar, lo hizo con un hilo de voz.

—Diego me liberó… Dejó que huyera con Sebastián —balbuceó, mirando al policía—. Debíamos irnos de inmediato a Mallorca. Un barco nos esperaba… pero todo era una trampa. Querían hacerlo pasar por un accidente.

Penélope sintió que el aire le faltaba. Su hermano había estado tan cerca de la muerte. Y ella ni siquiera lo había sabido. Aunque lo peor estaba por llegar. Tomás hizo una pausa, tragó saliva y su voz, ahora firme y llena de rencor, pronunció el nombre de quien selló su destino:

—Fue mi padre… Justo Maspons —confesó con la voz quebrada, sintiendo cómo el pecho se le oprimía con cada palabra—. Nos embistió con su coche… quería matarnos.

Hizo una pausa, tragó saliva con dificultad y cerró los ojos por un instante, como si revivirlo le destrozara por dentro.

—Aunque no solo fue eso —continuó, con una voz temblorosa pero cargada de una verdad imposible de callar—. Se aseguró de que no tuviéramos escapatoria. Manipuló las ventanillas, las puertas… No podíamos salir.

Tomó aire con esfuerzo.

—Él siempre tuvo las llaves. El coche era suyo.

El tiempo pareció congelarse. Penélope sintió cómo el mundo se desmoronaba a su alrededor. No podía ser. Su propio padre. El mismo hombre que había sido una sombra en su vida, que la había

repudiado, que se había asegurado de que su existencia quedara reducida al más absoluto olvido… Ahora, ese hombre había intentado asesinar a su hermano. Y lo peor, lo había conseguido con otro. El pánico amenazó con engullirla. Su pecho subía y bajaba con violencia y el corazón le latía desbocado. No podía respirar, ni pensar. Miró a Damián. Él la observaba con preocupación. Eso la salvó. No podía derrumbarse. No en aquel momento. No mientras su hijo dependiera de ella. Así que cerró los ojos, tragó el nudo de angustia que le oprimía la garganta y tomó aire. Porque, aunque la verdad la desgarrara, a pesar de que su vida estuviera hecha trizas, debía seguir adelante. Porque, al menos, ahora sabía algo: Tomás estaba vivo. Y eso, en un mundo donde las certezas eran tan escasas como el consuelo, era suficiente para no dejarse vencer.

Capítulo 30 – Prófugos

Rafael

El tren a Ripoll traqueteaba con un ritmo monótono, casi hipnótico. Rafael no había dormido en toda la noche. Tenía la mirada fija en la ventanilla, observando el paisaje de montañas cada vez más escarpadas. La investigación lo había llevado hasta allí: Setcases, un pueblo perdido en el Pirineo gerundense. Su objetivo era Diego Roca, su excompañero en la policía de Barcelona. Un traidor. Un asesino.

Lo había seguido durante semanas, persiguiendo rastros sutiles: una taberna donde alguien mencionó un forastero que hablaba más de la cuenta, un comerciante en Camprodón que vendió provisiones a un hombre con acento barcelonés. Aunque lo que lo había confirmado todo era la carta interceptada: Roca había contactado a alguien en Francia. Rafael sabía que no tenía mucho tiempo antes de que cruzara la frontera.

El tren llegó a Ripoll al atardecer. Desde allí, tomó un autobús polvoriento hasta Camprodón. En la fonda donde se alojó, pidió un plato de estofado y esperó a que cayera la noche. En la barra, un grupo de hombres hablaba en voz baja sobre los últimos movimientos de la Guardia Civil.

—Los de Setcases han estado inquietos últimamente —decía uno, encendiendo un cigarro—. Parece que buscan a alguien, pero nadie dice nada.

Rafael tensó la mandíbula. Si la Guardia Civil ya estaba sobre la pista de Roca, todo se complicaría.

A la mañana siguiente, partió hacia Setcases a caballo, escoltado por un cabo de la Guardia Civil, un hombre serio, llamado Crespo. El camino era pedregoso, lleno de curvas traicioneras. Crespo apenas hablaba.

—¿Seguro que su hombre está aquí? —preguntó finalmente.

—Lo está —respondió Rafael—. Y si ya han oído rumores, eso significa que también sospechan.

Cuando llegaron a Setcases, el pueblo aún dormía bajo una bruma espesa. Un grupo de pastores los observó desde la distancia con mirada desconfiada. Rafael desmontó y se dirigió a la única taberna del pueblo, donde un hombre delgado limpiaba vasos sin mucha prisa.

—Busco a un forastero —dijo Rafael—. Barcelonés. Alto, de cabello oscuro.

El tabernero no levantó la vista.

—Aquí no vienen muchos forasteros, señor. Y los que vienen, no hablan demasiado.

Crespo se apoyó en la barra.

—No estamos para juegos. Si ha estado aquí, más le vale hablar.

El tabernero exhaló despacio, como si calculara el riesgo. Luego miró a Rafael.

—Se aloja en la casa de Els Bassacs, un refugio de pastores más arriba. Aunque si fuera ustedes, tendrían cuidado. Es un hombre que no quiere ser encontrado.

Rafael asintió y salió de la taberna con el pulso acelerado. Estaba cerca.

Se encaminaron hacia la casa. Subieron por un sendero que serpenteaba entre abetos y rocas húmedas. Cuando divisaron la construcción de piedra, Crespo sacó el arma. Se acercaron en silencio. Rafael sintió el peso de su pistola en la funda. Tocó la puerta con el dorso de los nudillos. Nadie contestó. Volvió a golpear, esta vez más fuerte.

—Roca. Sé que estás ahí. Abre la puerta.

El silencio lo invadía todo. Rafael intercambió una mirada con Crespo. Iban a tirar la puerta abajo cuando un disparo silbó desde el interior y atravesó la madera. Se lanzaron a ambos lados, cubriéndose detrás de las piedras.

Roca sabía que lo habían encontrado.

—¡Roca, sal! No hay a dónde ir —gritó Rafael.

La única respuesta fue el sonido de una ventana rompiéndose.

—Corre —gruñó Crespo.

Salieron de la cobertura y rodearon la casa justo a tiempo para ver a Roca huyendo hacia el bosque, su silueta difuminada entre la niebla. Rafael corrió tras él. Sentía los latidos en las sienes. El aire frío le quemaba la garganta. Roca no debía llegar a la montaña. Si lo hacía, desaparecería para siempre. Los pasos resonaban sobre la hojarasca mojada. Roca jadeaba, pero no se detenía. Rafael levantó la pistola.

—¡Detente o disparo!

Roca siguió corriendo. Sonó un disparo. Un grito ahogado retumbó entre las montañas. El cuerpo cayó rodando entre los arbustos. Rafael se acercó con el corazón en la garganta. Diego estaba en el suelo, sujetándose el costado ensangrentado. Respiraba con dificultad.

—Hijo de puta… —escupió Roca, con la voz rota por el dolor—. ¿Tanto te importa esa fulana?

Rafael se inclinó sobre él, con su sombra proyectándose sobre el hombre caído.

—Penélope es una mujer respetable. Y esto no es solo por ella. Se trata de lo que hiciste con su hermano. A menos que haya algo más que deba saber…

Roca apretó los dientes, disimulando el dolor tras una mueca vacía de emociones.

—Yo no he hecho nada —balbuceó—. Si vine hasta aquí, fue solo para empezar de nuevo.

Rafael soltó una risa seca, carente de humor.

—Enviaste a Tomás Maspons y a Sebastián Robles a la muerte. Eres cómplice de Justo Maspons.

Roca apartó la mirada, pero su silencio decía más que cualquier excusa. Unos pasos crujieron sobre la hojarasca mojada. Crespo apareció detrás de Rafael, con la pistola aún en mano.

—¿Lo rematamos o lo llevamos a Ripoll?

Rafael tardó un segundo en responder. Sus ojos recorrieron el rostro de su excompañero, y por primera vez, lo vio derrotado.

—Lo llevamos —dijo al fin. Su voz era firme, pero cargada de algo más profundo. Desprecio. —Aunque de aquí en adelante, su vida será peor que la muerte.

Crespo chasqueó la lengua y guardó su arma. Rafael se incorporó y miró las montañas a lo lejos. Debía regresar con el detenido, pero el disparo lo había complicado todo. A sus pies, Roca respiraba con dificultad. La bala solo le había rozado el costado; no moriría, al menos no aún. Rafael lo miró sin compasión. Durante años, aquel hombre había sido su compañero, alguien en quien confiaba… hasta que lo traicionó. Ahora, lo tenía en el suelo, sangrando sobre la hojarasca húmeda, y por primera vez en su vida, Rafael no sentía satisfacción en haber atrapado a un criminal.

Crespo se inclinó sobre Roca con la pistola aún en mano.

—Si lo dejamos aquí mucho tiempo, se va a desangrar —dijo con voz neutra—. En este pueblo no hay hospital, pero podemos llevarlo a una casa.

—¿Podemos confiar en alguien? —preguntó Rafael.

Crespo resopló.

—Nadie en Setcases confía en la policía, ni en la nuestra ni en la suya. Aunque hay una mujer que sabe tratar heridas.

La casa estaba en el borde del pueblo, una construcción de piedra con techos bajos y una chimenea de la que salía humo. La mujer que les abrió la puerta tenía el ceño fruncido, la piel curtida por el frío y un pañuelo negro cubriéndole la cabeza.

—No quiero problemas —dijo sin rodeos cuando vio a los hombres armados y al herido tambaleándose entre ellos.

—No pedimos ayuda, la exigimos —dijo Crespo con tono autoritario —. Ciérrese la boca y haga su trabajo.

La mujer los miró con dureza y luego escupió al suelo. Detestaba a la Guardia Civil, eso estaba claro. Aunque pareció optar por no discutir.

—Pónganlo ahí —dijo, señalando una mesa de madera.

Rafael y Crespo tumbaron a Roca sobre la mesa. Él gruñó de dolor cuando la mujer le levantó la camisa ensangrentada.

—La bala no quedó dentro —murmuró—. Se ha llevado más piel que otra cosa. No se morirá, aunque puede que llegue a desearlo.

Roca sonrió débilmente. La mujer sacó un frasco de aguardiente y empapó un trapo. Diego se retorció con un gruñido de dolor. La mujer trabajó rápido, limpiando la sangre seca, vendando el costado y murmurando en catalán palabras que Rafael no alcanzó a entender.

Rafael se quedó en la casa mientras Crespo volvía a la taberna para enviar un mensaje a Camprodón: tenían al prisionero, pero lo trasladarían cuando estuviera en condiciones.

La casa era fría y olía a leña mojada. Rafael se sentó en una silla junto a la mesa donde Roca dormía, sedado por el dolor y el cansancio. El fuego de la chimenea crepitaba, lanzando sombras en las paredes de piedra. Roca abrió los ojos un rato después. Su mirada no mostraba ningún atisbo de miedo, solo resignación.

—¿Cuánto tiempo planeas quedarte aquí mirándome, Rafael?

—Hasta que puedas caminar.

Roca sonrió débilmente.

—Si hubieras querido, me habrías dejado en la montaña para que muriera de frío, pero no eres como ellos.

—No me vengas con discursos.

—Oh, pero es cierto. Sigues creyendo en la ley. Sigues pensando que hay justicia en este país podrido.

Rafael apretó la mandíbula. No iba a dejarse provocar.

—Voy a entregarte y vas a hablar —dijo con firmeza—. Vas a decirme por qué lo hiciste y quién más estaba involucrado.

Roca se rio, pero el dolor le cortó la risa en un quejido seco.

—El señor Maspons me estaba coaccionando —confesó, con la voz tensa—. Quería que mantuviera a su hijo bajo control hasta que él diera la orden de liberarlo. Me dijo que lo enviara al puerto, que lo embarcara hacia Mallorca. Aseguró que solo quería alejarlo, nada más. Nunca mencionó lo que terminó ocurriendo.

Rafael lo miró, incrédulo. No podía creer que su antiguo compañero fuera tan ingenuo. Justo Maspons jamás hacía nada sin un propósito oculto. ¿Coacción? No. Aquello sonaba más a soborno. Diego no solo encubrió la maniobra, sino que sacó provecho de ella, obstruyendo la justicia a cambio de su propio beneficio. Claro que eso era solo una apreciación personal. Lo que realmente había ocurrido quedaría en manos del juez.

Rafael había seguido con obsesión cada pista sobre la fuga de Justo Maspons. El hombre había logrado burlar las redes policiales y había huido a Larache, Marruecos, una ciudad que estaba bajo el control del protectorado español. Allí, debía confiar en que la lejanía y la burocracia dificultarían su captura.

Tras semanas de investigaciones y contactos con informantes, Rafael descubrió que Maspons intentaba reiniciar su vida en la colonia española de Larache, acercándose a un grupo de empresarios dedicados al comercio y la exportación. Sin embargo, para lograr asociarse con ellos, debía demostrar solvencia y fiabilidad, dos aspectos que no terminaban de encajar con un fugitivo.

Uno de esos empresarios, Eduardo Medina, un hombre desconfiado y sagaz, decidió indagar sobre Maspons antes de aceptar cualquier trato con él. Su instinto le decía que algo no cuadraba. Encargó a uno de sus contactos en España que averiguara más sobre su nuevo socio potencial. La respuesta fue clara: Justo Maspons era un prófugo de la justicia, buscado por asesinato. Medina, sin dudarlo, decidió informar a las autoridades locales. Mientras esto ocurría, Rafael ya había activado una colaboración con la policía colonial en Marruecos, solicitando su cooperación en la captura. La denuncia de Medina aceleró el proceso: un informe detallado fue enviado a las autoridades españolas en la zona, quienes a su vez lo remitieron a la comandancia de la policía en Tetuán. Con esta información, Rafael consiguió autorización para viajar a Tetuán y supervisar personalmente la operación. A su llegada, se reunió con los oficiales locales y trazaron un plan para capturar a Maspons sin levantar sospechas. Sabían que era escurridizo y que, al menor indicio de peligro, podría desaparecer nuevamente.

La trampa se cerró cuando Maspons, confiado en haber encontrado un socio en Medina, acudió a una reunión en uno de los cafés más concurridos del zoco. Allí, agentes vestidos de paisano lo rodearon discretamente y, en el momento adecuado, lo redujeron sin darle tiempo a reaccionar. La captura fue limpia y rápida. Tras su arresto, Maspons fue trasladado a Tetuán y posteriormente entregado a Rafael, quien lo escoltó de vuelta a Barcelona. Su regreso no solo significaba la resolución del caso, sino también una victoria personal para el subinspector, cuya tenacidad había sido clave para cerrar el círculo en torno al fugitivo.

Ya en Barcelona, Maspons fue entregado a la justicia, enfrentándose finalmente a las consecuencias de su crimen. Rafael, por su parte, regresó a su rutina, sabiendo que, en su profesión, cada victoria solo significaba el inicio de una nueva caza. Sin embargo, no todas las investigaciones de Rafael terminaban con éxito. Belinda Carbonell se esfumó sin dejar rastro. Convencido de que seguía operando en su antiguo prostíbulo, organizó un operativo con refuerzos para irrumpir en el lugar. Al llegar, se encontraron con un edificio vacío, sin rastro de actividad reciente. No quedaba ningún indicio de su paradero, ningún testigo que pudiera arrojar luz sobre su destino. Era como si se la hubiese tragado la tierra.

Penélope

El sol radiaba con fuerza sobre un cielo sorprendentemente azul. Aquel mes de marzo había traído un tiempo inusualmente cálido para la época, haciendo que los campos cercanos a la ciudad se cubrieran con las primeras flores y que los insectos despertaran de su letargo invernal. Desde el mirador del Tibidabo, Barcelona se extendía con nitidez bajo sus pies. Más allá de los edificios, el color del mar se fundía con el del cielo en un horizonte casi irreal. Muy diferente del día del funeral de Sebastián.

Penélope sintió una sombra oscurecer su ánimo al divisar el puerto desde aquella altura. Una imagen invadió su mente: el intento de asesinato de su padre y todo lo que había provocado. Su estómago se tensó y un escalofrío le recorrió la espalda. No podía evitarlo. Rafael, a su lado, pareció percatarse y le acarició la mano con delicadeza. Todavía no se acostumbraba a esos gestos; le removían algo dentro, algo entre la gratitud y la incomodidad.

Había insistido en llevarlos al parque de atracciones—tanto a ella como a Damián—con la excusa de pasar un rato con su hijo, Gustavo. Aunque Penélope sabía que la verdadera razón era otra. Rafael quería decirle algo importante, y envolvía la conversación en

un ambiente distendido para amortiguar el golpe. Lo conocía demasiado bien como para no darse cuenta. Y, aunque en el pasado había evitado hablar de su padre, ahora sentía que estaba lista para escuchar la verdad. Rafael había estado mucho tiempo ausente, por culpa de los viajes y la búsqueda de rastros con el fin de localizar a los diferentes prófugos. Quizá por eso, ahora intentaba recuperar el tiempo perdido.

Entraron en la sala de los espejos. Mientras los niños se reían al ver sus imágenes distorsionadas, ellos se mantuvieron al margen, con la conversación pendiendo en el aire como una cuerda floja. Rafael la observaba de reojo, midiendo sus reacciones.

—He encontrado a tu padre —dijo finalmente con cautela—. Lo he detenido. Ahora está a disposición judicial.

El mundo pareció quedarse en pausa. De pronto, su obsesión con no perder de vista a Damián pasó a un segundo plano.

—No quiero saber nada de ese hombre —respondió con voz dura—. Ojalá se pudra en la cárcel por todo lo que ha hecho a mi familia.

Rafael asintió con gravedad.

—Lo localizamos en Larache, en el protectorado español de Marruecos.

Penélope alzó la vista, a pesar de sus palabras intransigentes.

—¿Larache?

—Así es. Tenía intención de asociarse con unos empresarios. Uno de ellos quiso investigar su pasado antes de cerrar el trato. Descubrió que estaba buscado por la policía española y no dudó en delatarlo.

El rubor subió por el cuello de Penélope y se instaló en sus mejillas. Sintió una presión punzante en la cabeza. Se llevó ambas manos a la frente, intentando asimilar la información. Movió los labios, pero no dijo nada. Lo dejó continuar.

—También hemos indagado en su pasado aquí, en Barcelona. Nos acercamos al campo de tiro al pichón en Montjuïc, donde solía ir a

practicar. Un socio suyo no tuvo reparos en revelar sus trapos sucios. Y ahí es donde entra Dorotea.

Penélope parpadeó, perpleja.

—¿Dorotea?

—Era su amante. La relación terminó mal. Ella le exigió que dejara a tu madre, pero él se negó. Dorotea juró venganza. Aunque no haya podido encontrar nada que lo implique con el secuestro de Damián, esto podía explicar algunas cosas.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace unos veinte años.

Los cálculos encajaron en su mente con un golpe sordo.

—Tenía nueve o diez años... Fue cuando intentaron secuestrarme. ¿Crees que puede estar relacionado?

Rafael la miró con admiración.

—No me extrañaría. Si Dorotea estaba involucrada, no sería la primera vez que lo hacía. Con la cantidad de niños que había en Can Puig, es evidente que las hermanas se dedicaban a esto con frecuencia. ¿Para qué? Quién sabe qué pasaba por sus cabezas.

Hubo un silencio denso entre ellos. Penélope cruzó los brazos, como si necesitara protegerse de la información.

—¿Has hablado con mi padre? ¿Sabe lo de mi madre?

—No lo sabía. Cuando se lo conté, ocurrió algo...

—¿Qué ocurrió, Rafael?

Él suspiró.

—Le dio un mareo. Perdió el conocimiento. Y desde entonces... no ha vuelto a ser el mismo. Ha sufrido un deterioro cognitivo.

La mandíbula de Penélope se tensó.

—¿Qué le dijiste exactamente?

—La verdad. Que tu madre no pudo soportar lo que hizo. Que, después de ver cómo intentó matar a tu hermano y cómo logró asesinar a su acompañante, ella... simplemente no vio otra salida. Que tomó todas las pastillas que encontró en la casa y que nadie la descubrió hasta una semana después, cuando el olor alertó al portero.

Penélope sintió un nudo en la garganta. Su mirada se clavó en Rafael, escrutándolo con extrañeza.

—¿Cómo pudiste ser tan brusco?

Él frunció el ceño.

—¿Qué esperabas? Ha matado a Sebastián y ha destrozado a tu familia. Quería que sufriera por lo que hizo.

Ella apartó la mirada, absorta.

—Ha sufrido una apoplejía. Los médicos creen que puede haber sido por una embolia. Le están haciendo pruebas.

Penélope respiró hondo y agarró la mano de Rafael con determinación.

—Vamos Damián. Iremos a ver al abuelo.

Rafael la miró, desconcertado.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—Pensé que no te importaría.

Penélope lo fulminó con la mirada.

—Es mi padre.

Él permaneció en silencio. Con cada día que pasaba, más difícil le resultaba prever sus reacciones. Sin embargo, no podía evitarlo: cada vez estaba más fascinado por aquella mujer enigmática. Mientras la llevaba al Hospital del Mar, le explicó que, tras recibir el alta, Justo sería trasladado a prisión preventiva hasta el juicio. Con la cantidad de pruebas en su contra, tenía altas probabilidades de ser

condenado a muchos años de cárcel. A su edad, quizá para siempre. Penélope escuchó con atención.

—¿Qué pruebas tienen contra él?

—Dos testigos. Tomás, que vio cómo su coche los embistió, y el hombre que alertó de la caída al agua. Ambos declararán en su contra. Además, hay un agravante: las ventanillas y las puertas estaban manipuladas para que no pudieran abrirse.

Penélope exhaló lentamente.

—Si pueden demostrarlo...

—Será acusado de asesinato con alevosía. Y eso significará una condena aún mayor.

Ella no respondió. Se limitó a mirar por la ventanilla del coche, mientras la ciudad pasaba ante sus ojos. En su interior, el caos. En su mente, una pregunta: ¿hasta qué punto estaba dispuesta a enfrentar la verdad?

Capítulo 31 – Profecía

Penélope

La tarde se presentaba enrarecida y turbadora. El viento agitaba las prendas que colgaban de los tendederos en las fachadas, haciendo que ondularan como si tuvieran vida propia. El cielo, inerte y vacío de nubes, reflejaba la amenaza de una noche inquieta. Penélope sujetaba su cabello con las manos en un vano intento por impedir que le dificultara la visión. No dejaría que el clima la arrastrara hacia pensamientos oscuros. Sabía que aquello no era real, sino un mecanismo de su mente acostumbrada al negativismo. Esta vez no lo abrazaría. Había decidido ignorar el pesimismo que surgía cuando no podía controlar lo que pasaba.

Se dirigía a la escuela a buscar a Damián, apurando el paso para llegar antes de que las puertas se abrieran y los niños salieran en tropel, ansiosos por reunirse con sus familias. Últimamente, sentía el cuerpo más pesado, las piernas hinchadas y torpes. Sabía que debía tomarse con más calma las pequeñas dificultades del día a día, pero, a sus seis meses de embarazo, aún no lo había conseguido. La inquietud le era natural, y los cambios recientes solo habían avivado esa sensación de fragilidad constante: el traslado a casa de Rafael, la boda precipitada, el nuevo trabajo y, sobre todo, la espera de un segundo hijo. Todo se le antojaba abrumador, como si la vida avanzara demasiado rápido y ella apenas pudiera sostenerse en pie.

El camino seguía plagado de obstáculos para ella. Casarse no fue sencillo para Penélope y Rafael. La Iglesia se negó a bendecir su unión, alegando que el pasado de ella—como amante de un hombre casado y testigo de su asesinato—la hacía indigna. La Policía, por su parte, intentó impedirlo con excusas burocráticas y advertencias veladas, recordándole a Rafael que su insistencia en casarse con una mujer marcada por el escándalo ya le había costado su ascenso. La familia del fallecido también movió influencias para desacreditar a

Penélope y evitar que su hijo heredara lo que le correspondía. Incluso desde la cárcel, Dorotea, la esposa asesina, lanzó amenazas, asegurando que su sombra seguiría persiguiéndolos.

Sin embargo, Rafael y Penélope encontraron un resquicio legal: el matrimonio por consentimiento tácito, una figura que permitía reconocer la unión si se demostraba que la pareja había manifestado su intención de casarse y era vista como tal por la sociedad. Con el apoyo de un sacerdote comprensivo y la recopilación de testimonios favorables, lograron presionar a la Iglesia y a la Jefatura, que terminaron por aceptar el matrimonio con reticencia. La boda se celebró sin honores ni celebraciones fastuosas, pero con la certeza de que habían ganado una batalla más. Sabían que la lucha no terminaba allí, pero por primera vez, eran marido y mujer ante la ley y ante el mundo.

Después, se topó con un nuevo desafío que debía superar. Desde el momento en que Penélope entró en la Jefatura, supo que su presencia allí era una provocación. Como mujer, ya tenía pocas oportunidades en un mundo dominado por hombres; como esposa de un subinspector que había desafiado las normas, aún menos. Su solicitud fue rechazada de inmediato bajo pretextos de moral y reputación, recordándole que su pasado la marcaba como indigna. No importaban sus habilidades o su matrimonio legítimo; para ellos, seguía siendo la amante de un hombre casado y la testigo de un crimen que nunca debió presenciar.

Aun así, Penélope no se dejó intimidar. Sabía que muchos de los que la juzgaban tenían pecados más graves que el suyo y que, si se mantenía firme, su presencia resultaría menos problemática que su ausencia. No lograron negarle el puesto sin arriesgarse a generar un escándalo dentro de la institución, así que fue admitida bajo condiciones estrictas: un cargo discreto, sin privilegios y con la expectativa de que se mantuviera en silencio. Sabía que la lucha no terminaba allí, que cada día dentro de aquellas paredes sería una prueba de entereza, pero también sabía que su simple permanencia en ese espacio era ya una forma de victoria.

Mantenerse ocupada la había ayudado a acallar el torbellino de pensamientos que la acechaba en cuanto tenía un instante de respiro. Se aferraba a cualquier tarea para evitar recordar los días en que perdió a Damián o enfrentarse a la punzada de angustia que le provocaba pensar en su madre. En el fondo, aún lidiaba con una culpa silente: durante años creyó que su madre había sido cómplice de su esposo, que nunca se había opuesto realmente a sus decisiones. Sin embargo, con el tiempo entendió que su silencio no era aprobación, sino resignación. Lo había visto en su mirada, en la forma en que sus manos temblaban cuando creía que nadie la observaba, y lo comprendió con absoluta certeza tras su trágico final. Ese pensamiento le brindaba un consuelo agridulce. Aunque ya no estuviera, al menos podía aferrarse a la evidencia de que su madre también había sufrido por sus hijos, de que, en su interior, nunca los había abandonado del todo.

Había otro dolor que la acompañaba, el que veía reflejado en los ojos de su hermano cada vez que el silencio lo envolvía. Él nunca fue el mismo después de la muerte de Sebastián. Aunque intentaba mostrarse fuerte, la sombra de la pérdida lo seguía a cada paso. Penélope no podía evitar preguntarse si, de alguna forma, también había fallado con él. Era su hermana, pero nada de lo que hiciera podía borrar el hecho de que el padre de ambos había sido el asesino. Le dolía ver cómo él cargaba con ese sufrimiento, igual que ella cargaba con su propia culpa. Ninguno de los dos había pedido esa herencia de dolor, pero allí estaba, enraizándose en su sangre como un legado maldito.

A pesar de que había transcurrido más de un año desde el rapto de Damián, no dejaba de vigilarlo como si aún estuviera en peligro. Lo sujetaba de la mano, casi con desesperación, igual que si fuera un niño pequeño. Él suspiraba con resignación cada vez que lo hacía frente a sus amigos en la escuela, pero ella no podía permitirse bajar la guardia. A veces se preguntaba cómo lo haría cuando naciera el bebé. Por las noches, una sensación de peligro la atormentaba. Aunque Dorotea estaba en prisión y Águeda había muerto, el hecho de que no se hubiese encontrado su cuerpo la inquietaba. Además,

la desaparición de Belinda y la existencia de una cuarta hermana, de quien no se tenía noticias, no resultaba nada tranquilizador.

Su mente vagó hacia un recuerdo: la primera noche que ella y Rafael compartieron como marido y mujer. Transcurrió entre risas, miradas cómplices y una calma que, por primera vez en años, parecía verdadera. Aunque, entonces, Rafael se detuvo al quitarse la camisa y señaló su hombro derecho.

—¿Siempre has tenido esa marca? —preguntó, con una voz grave, aunque llena de curiosidad.

Penélope parpadeó, confusa.

—Claro. Es mi marca de nacimiento. ¿Por qué?

En respuesta, Rafael se giró, mostrándole su propio hombro derecho. Penélope se quedó sin aliento al descubrir la misma estrella, idéntica en tamaño, forma y ubicación. Un escalofrío la recorrió mientras su mente se llenaba de preguntas. *¿Qué significa esto? ¿Cómo es posible?* Aunque en lugar de hablar, ambos optaron por el silencio. Esa noche, mientras Rafael dormía profundamente, Penélope no logró conciliar el sueño. Se quedó observando la estrella en su hombro, sintiendo que algo olvidado intentaba salir a la superficie, un recuerdo, una conexión que no lograba descifrar. Surgieron decenas de hipótesis que fue descartando a medida que aparecían, sin confiar del todo que alguna de ellas fuese cierta. El desconocimiento la mantenía en ascuas y no podía conformarse. La verdad era demasiado atractiva, aunque pareciera inalcanzable.

Ya no había marcha atrás. Debía avanzar, como siempre lo había hecho, aunque con una notable diferencia: ya no estaba sola. Rafael y Gustavo, su hijastro, se habían convertido en su refugio. Desde que Damián y ella se habían instalado en casa del policía, Gustavo se mostraba atento y cariñoso con ambos. Incluso más de lo que lograba serlo con su padre. Aunque los acercamientos con Rafael habían mejorado desde los sucesos de Can Puig, seguían siendo reducidos.

Mientras caminaba por el puente de Vallcarca, Penélope meditaba sobre el consejo de Rafael de dejar el trabajo temporalmente. Su cuerpo se lo estaba exigiendo, sin embargo, ella se negaba. Se sentía comprometida con aquel puesto en la Jefatura de Policía, al que había accedido con la ayuda de su marido. Atender al público y colaborar con los agentes en investigaciones menores la acercaba a su pasión por la justicia. No obstante, sabía que su tiempo era limitado.

Cuando llegó a casa, el teléfono sonó, rompiendo el silencio con una urgencia que le erizó la piel. Penélope dejó caer el bolso sobre la mesa y contestó al aparato con un ademán mecánico. En cuanto escuchó la voz al otro lado, su cuerpo se tensó como la cuerda de una guitarra.

—Señora, tiene que venir. Ya no podemos más. —La voz del médico sonaba crispada, como si contuviera una rabia que a duras penas lograba controlar—. Su padre está fuera de sí. Insulta, agrede a los cuidadores y se niega a cooperar. La situación es insostenible. Tendrá que llevárselo a casa o buscar otro centro, pero si no viene a recogerlo en las próximas horas, nos veremos obligados a dejarlo en la calle.

La sangre le bajó hasta los pies. No por miedo o compasión, sino por el peso de una obligación que, a pesar de todo, no podía ignorar. Justo aún no se había recuperado por completo de la embolia. Su capacidad cognitiva seguía afectada, lo que le evitó ser ingresado en prisión. Lo que ahora habitaba su cuerpo encorvado y macilento era una sombra, un residuo oscuro de lo que alguna vez fue. Apenas recordaba a sus hijos; no sabía, o no quería, distinguir el pasado del presente. Sin embargo, aquello no conmovía a Penélope. El rencor era más fuerte que cualquier vestigio de lástima. Cada arruga de su rostro le parecía un recordatorio de las maldades que había sembrado en vida. Dios lo está castigando, pensó una vez más, mientras se obligaba a vestirse con una armadura de indiferencia. A pesar de todo, fue a buscarlo, porque estaba convencida de que así debía ser, y porque nadie más lo haría por ella.

Los primeros días en casa fueron un infierno en forma de rutina. Justo parecía incapaz de realizar de cualquier acto de bondad o de silencio. Su boca soltaba veneno sin filtro; su mirada, carente de límites, clavaba espinas invisibles en quienes le rodeaban. Lo peor era su malicia desatada, un espíritu iracundo al que la enfermedad había liberado de toda contención. Arrojaba objetos sin advertencia, tan impredecible como una tormenta eléctrica. Los habitantes de la casa, siempre en tensión, se desplazaban con el miedo reflejado en cada movimiento. Penélope, en cambio, aguantaba. No porque fuese fuerte, sino porque el rencor la protegía de cualquier herida que él pudiera infligirle.

—¿Dónde está Felipe? —preguntaba una y otra vez, con una voz rasposa, cargada de confusión y exigencia en partes iguales.

Felipe; el hijo que lo había abandonado. El que, después de apoderarse de la empresa familiar, se desentendió del viejo como si fuera un mueble inservible. Penélope guardaba silencio. No porque temiera dañarlo con la verdad, sino porque no serviría de nada. Sabía que, en cuestión de minutos, su mirada se perdería en algún rincón de la sala, en un punto invisible para todos, y el olvido lo devoraría. Una ausencia que llegaba con la crueldad de un verdugo impasible.

Intentó ingresarlo en otro centro. Lo hizo tantas veces como pudo soportar, pero siempre era lo mismo: referencias, rechazo. *Lo sentimos, señora, no podemos aceptarlo*, repetían al otro lado del teléfono. Cada negativa añadía una nueva carga sobre sus hombros ya agotados.

La casa se convirtió en una prisión. Los días se alargaban como sombras al atardecer, y las noches eran una sucesión de sobresaltos, murmullos y objetos rotos. Penélope observaba a su padre; una figura doblada y espectral que parecía empeñado en arrastrarlos a todos con él hacia su infierno personal. No sentía pena. Ni siquiera odio. Lo único que quedaba era cansancio y una amarga certeza: aquel hombre nunca dejaría de ser quien siempre había sido,

aunque la enfermedad borrara su mente poco a poco. La maldad, como un tatuaje, permanecía grabada en lo más profundo de su ser.

A medida que pasaban los meses, Rafael llegaba más tarde del trabajo. Penélope no lo culpaba, aunque el vacío que dejaba era otro peso que añadir a su espalda. ¿Cómo podría culparlo? Pocos habrían sido capaces de resistir los gritos y la ponzoña que Justo destilaba con cada palabra. Aunque Rafael no estaba cuando más lo necesitaba. Tampoco lo podía ver ya en la Jefatura de Policía, de la que llevaba semanas ausente. Su cuerpo ya no se lo permitía: la barriga crecía, pesaba como un globo de plomo, y cada movimiento le costaba más. A veces ponía las piernas en alto para aliviar la hinchazón, pero ni eso servía. La Jefatura era un lugar imposible para una mujer en su estado, sobre todo con el pequeño riesgo que cargaba consigo el simple hecho de estar allí.

Aquella tarde, entre el sopor de las horas interminables, decidió que salir a pasear les sentaría bien a todos. Gustavo recogía la cocina y Damián hacía los deberes en silencio, con sus lápices moviéndose con un ritmo disciplinado que la conmovía. Penélope sacó fuerzas, agarró a su padre por el brazo y lo obligó a levantarse, a pesar de su resistencia. Lo arrastró hasta la puerta, un paso tras otro, y notó cómo, al caminar, su cuerpo adquiría un poco más de soltura. Estaba claro que él también necesitaba moverse, desentumecerse de tantas horas perdidas mirando por la ventana, como si esperara algo que nunca llegaría.

Cruzaron la calle despacio, los dos chicos se adelantaron al quiosco para comprar unos tebeos. Penélope les dio un par de reales para alentarlos a salir, y cuando vio que Justo seguía caminando a su lado, pensó que aquel paseo podría durar unos minutos más. El aire fresco le hacía bien.

Entonces ocurrió. Un dolor agudo le atravesó el vientre como un cuchillo. Se dobló hacia adelante, incapaz de respirar, y apoyó una mano en su abdomen. Aún le quedaba una semana, pero el momento, por lo visto, se había adelantado. Respiró con dificultad, buscando recuperar el aliento, y cuando alzó la mirada, un vacío

gélido la golpeó en el pecho. Justo ya no estaba a su lado. Lo vio a lo lejos, avanzando por la calle, inconsciente de todo.

—¡Padre! —gritó, pero su voz se perdió en el rugido del motor que venía a toda velocidad.

Un camión apareció de la nada, y el impacto fue brutal. El cuerpo de Justo fue lanzado varios metros hacia adelante, como un muñeco de trapo. Damián, a pocos metros, se quedó helado, con los ojos fijos en la escena. Penélope sintió cómo el tiempo se congelaba. Se mordió el labio tan fuerte que el sabor metálico de la sangre le inundó la boca. Otro dolor la sacudió, pero no fue suficiente para apartar la mirada del cuerpo inerte de su padre.

Se acercó, tambaleante, como en un sueño roto. Todo era irreal. El hombre que le tomó el pulso, negaba con la cabeza, y Penélope solo pudo observarlo todo como si estuviera fuera de sí. Quería sentir algo, cualquier cosa. Quería llorar, gritar, correr, pero lo único que encontró fue un vacío inmenso y el peso cruel del alivio. Sintió culpa por ese respiro, por aquella paz momentánea que no debía sentir.

Otra contracción la golpeó con furia. Cuando volvió a ser consciente, se encontraba en el interior de una ambulancia. El rostro de su padre estaba cubierto con una sábana blanca a su lado. Entonces, un grito desgarrador se escapó de su garganta. Gritó por el dolor, por la muerte de su padre, por los años perdidos y las cadenas invisibles que la mantenían atrapada. Gritó por su vida, por su miedo, por todo aquello que jamás había podido decir, pero entonces, entre aquel torbellino, una idea titiló como una estrella en medio de una noche cerrada: la calma llegaría. No podía resumir su existencia en todo lo que había perdido. Algún día, cuando el ruido cesara, lo bueno volvería a ella. Y aunque en ese momento no podía verlo, quiso convencerse de que no tardaría en venir.

Al cabo de un tiempo, cerca de casa, Penélope observaba a Damián jugar con otros niños. Su risa se mezclaba con las voces de las familias que compartían aquel lugar. Ella se apoyó en la barandilla que bordeaba el recinto, contemplando la vida que había construido

junto a Rafael, su marido y compañero de lucha. La tranquilidad de ese entorno contrastaba con las cicatrices que llevaba en el alma, las que el tiempo y el amor estaban empezando a suavizar. Sin embargo, la paz no era completa. Las sombras del pasado aún la visitaban. A veces, al cruzar el pasillo, creía oír los pasos sigilosos de su madre. Estaba convencida de que se había quedado junto a ella, que la protegía desde donde se encontraba. Como una deuda no saldada. Aunque Rafael insistía en que lo que pasó con su padre fue justicia poética, Penélope sentía la carga de haber permitido que muriera sin intentar detenerlo. Yo también tengo sangre en las manos, pensaba en silencio, sabiendo que Rafael nunca estaría completamente de acuerdo con ello.

Por las noches, cuando el hogar se sumergía en un silencio casi absoluto, Penélope se dedicaba a escribir cartas que nunca enviaría. En ellas, hablaba con su madre, con su padre, e incluso consigo misma, intentando poner en palabras el peso de los sucesos que habían acaecido. Una de aquellas noches, Rafael entró en la habitación, con su uniforme ya doblado para el día siguiente. Se sentó junto a ella, tomando sus manos entre las suyas.

—No necesitas cargar con esto sola —le dijo, con voz firme, pero llena de ternura.

—Es mi carga, Rafael. Yo dejé que ocurriera. Aunque era difícil evitarlo, no dejo de pensar que no me esforcé lo suficiente, prácticamente nada. Dudo si realmente no deseé que mi padre muriera. No puedo olvidarlo.

—Eso es lo que te hace diferente a él. A ellos. —Rafael la miró con una mezcla de amor y respeto que la conmovía.

Al día siguiente, mientras recogía a Damián de su juego, Penélope sentía que, aunque el pasado siguiera siendo parte de ella, el futuro tenía una promesa: la de una vida vivida con un propósito. Esa noche, mientras cenaban juntos, Rafael compartió una noticia. Una nueva asignación podría llevarlos a otro lugar. Ella asintió, lista para

empezar de nuevo, porque sabía que donde estuvieran juntos sería su hogar.

Penélope cerró la puerta del cuarto de Damián, después de darle las buenas noches. Al cruzar el pasillo hacia su habitación, pasó junto a una estantería donde guardaba algunas fotos: una de Damián jugando en el patio, otra de su boda con Rafael… y una más, escondida tras los libros, de sus padres y hermanos. Se detuvo un momento, tocando el marco con suavidad, fijando la mirada en el rostro de su madre, antes de apagar la luz.

Mientras se acostaba junto a Rafael, sentía por primera vez que el dolor, aunque no desapareciese, ya no definía quién era. Las estrellas brillaban débilmente tras las ventanas de la casa, y en su pecho latía una nueva fuerza. Lo haría por Damián. Por su madre. Por ella misma. Cerró los ojos, lista para enfrentar una nueva vida sin ella.

Unos días después, la rutina parecía volver a la normalidad. Penélope recogió a Damián de la escuela. Llevaba al bebé en los brazos. Al entrar en casa, Damián corría riendo hacia la sala. Lo miró con satisfacción mientras se dispuso a ordenar la cocina, pero al pasar por el comedor, un escalofrío la detuvo en seco.

Sobre la mesa, se hallaba un collar hecho de pequeños huesos blanqueados, iguales a los que Águeda usó en el pasado. Algo en el colgante llamó especialmente su atención: una estrella tallada en el centro, idéntica a las marcas de nacimiento que ella y Rafael compartían. Su primera reacción fue de puro pánico. ¿Cómo llegó hasta ahí? ¿Quién lo dejó? Buscó por toda la vivienda, como si esperara encontrar una sombra acechando, pero no había nadie.

—¡Madre, ¿qué ocurre? —preguntó Damián desde el pasillo, al contemplar el rostro aterrado de ella.

El silencio se instaló entre ellos dos. Penélope reaccionó rápidamente. Tomó el collar con un trapo y lo guardó en un cajón bajo llave, sin decir nada al niño. Hacerle revivir la pesadilla que sufrió, no era, ni mucho menos, una opción para una madre

protectora como ella. Esa noche, después de que todos se hubiesen ido a la cama, colocó el collar sobre la mesa de la cocina y llamó a Rafael. Cuando él vio el objeto, su expresión cambió de curiosidad a preocupación.

—Esto no es solo una advertencia. Es un recordatorio de que alguien aún nos vigila —dijo Rafael, examinando los huesos y la estrella.

Penélope todavía estaba procesándolo cuando recordó algo que Águeda le había dicho una vez en un momento de crueldad: *Tú no eres diferente a nosotras. Esa estrella en tu piel es una marca del destino, igual que la mía. Todos estamos atados a algo mucho más grande.* Las palabras de Águeda resonaron en su mente, pero esta vez, Penélope no sentía miedo. Se dirigió al armario donde guardaba bajo llave la escopeta que Rafael le enseñó a usar. La tomó entre sus manos y la revisó con precisión, cargándola y asegurándose de que estaba lista para ser usada en caso de ser necesario.

Por primera vez, se dio cuenta de cuánto había cambiado. La Penélope de antes habría llorado y buscado refugio. Ahora, era una mujer que había enfrentado la muerte, la pérdida y el horror, y que estaba dispuesta a luchar para proteger a los suyos. Miró su reflejo en el espejo. Ya no era la mujer rota que había sido un año atrás. Las cicatrices seguían allí, invisibles, pero ahora eran prueba de que había sobrevivido. *Esta vez no me esconderé*, se prometió, con la mirada fija en la marca de su hombro. Al guardar la escopeta, sintió una mezcla de miedo y resolución. El collar y las estrellas de sus hombros no eran coincidencias, y estaba decidida a descubrir la verdad, costara lo que costase.

Una noche, mientras todos dormían, Penélope escuchó un ruido en el patio. Se levantó rápidamente, con la escopeta en los brazos. Al mirar por la ventana, vio una figura oscura moviéndose entre las sombras. Su corazón latía con fuerza, pero no sentía el mismo miedo paralizante de antes. Bajó al patio con el arma preparada. La figura ya no estaba, pero encontró algo en el suelo: otro collar, con una estrella idéntica al primero. Esta vez, además, había una nota que decía: *El linaje no puede romperse. Las estrellas son la clave.*

Penélope pensó que quizá aquella estrella era la llave a algo más grande, una verdad que llevaba generaciones aguardando en la oscuridad.

A la mañana siguiente, Penélope y Rafael observaban cómo Damián jugaba con otros niños en el patio, mientras discutían qué hacer.

—Si alguien cree que puede amenazarnos, se equivoca —dijo Penélope con una firmeza que sorprendió incluso a Rafael.

—Esto va más allá de amenazas. Hay algo que debemos descubrir antes de que sea demasiado tarde —respondió él.

Penélope guardó el collar y la nota en el mismo armario donde estaba la escopeta. Mientras cerraba la puerta, susurraba para sí misma:

—Sea lo que sea, lo enfrentaremos juntos.

Un picor intenso atenazó a Penélope en el lugar donde se ubicaba la estrella, como si respondiera al desafío que estaba a punto de enfrentar.

Nota del autor

Sobre la sierra de Collserola

Aunque la Sierra de Collserola no presentaba en 1946 la frondosidad que hoy conocemos, he optado por describirla como un bosque denso y umbrío. En aquella época, muchas zonas estaban dedicadas al cultivo o recién repobladas tras la guerra, pero la imagen de un bosque cerrado y misterioso servía mejor a la atmósfera simbólica de la historia. Esta licencia busca evocar el espíritu agreste del lugar más que su realidad exacta, recuperando la sensación de territorio inexplorado que, de algún modo, Collserola alguna vez fue.

Sobre la zarzaparrilla

En la novela utilizo la zarzaparrilla como indicio que permite aproximarse al lugar donde Damián estuvo retenido. En la posguerra, esta planta era bastante conocida y tenía varios usos cotidianos: se empleaba como remedio depurativo, para aliviar problemas de piel, como tónico reconstituyente e incluso para elaborar bebidas caseras muy populares en la época. Su presencia solía asociarse a zonas de umbría y humedad en el bosque, lugares concretos que los vecinos conocían bien.

Hoy la zarzaparrilla crece de forma más extensa en Collserola y ya no serviría como pista fiable. Por eso, en la novela adopto una licencia literaria: me baso en el conocimiento botánico y local de los años cuarenta para convertir su presencia en una señal significativa dentro de un paisaje que, entonces, era menos transitado y mucho más específico en su vegetación.

Sobre Can Puig

En la novela, Can Puig aparece como un espacio aislado, inquietante y cargado de sombras, un lugar donde la realidad se estrecha con el mito y donde se ocultan sucesos que solo pueden ocurrir en los márgenes del bosque y de la memoria humana. Sin embargo, el Can Puig real, situado en la ladera que conecta la carretera de la Rabassada con la Ermita de Sant Medir, entre la Font Groga y el viaducto de Can Ribes, tenía en la década de 1940 un uso y una función muy distintos a los que muestro en estas páginas.

Históricamente, Can Puig no fue una masía tradicional dedicada a la agricultura o a la explotación forestal. A principios del siglo XX se transformó en un gran casal de estilo historicista, y durante los años previos y posteriores a la posguerra sus funciones estuvieron vinculadas a actividades sociales y educativas. En la década de 1930 se proyectó como casa de colonias para niños, y más tarde, ya en los años cincuenta, funcionó como internado para jóvenes en situación de vulnerabilidad. Su historia documentada, por tanto, está ligada al acompañamiento infantil y a usos asistenciales, nunca a actividades clandestinas ni a episodios de violencia como los que aparecen en la trama.

La versión que propongo en la novela se aparta deliberadamente de estos usos reales. El Can Puig narrativo es una construcción simbólica, un espacio liminal que condensa el miedo, el silencio y la fragilidad de la posguerra. Representa un arquetipo más que un edificio: el lugar donde aquello que no puede decirse se esconde, donde los niños desaparecen del mundo visible y donde las voces del bosque se mezclan con los secretos humanos.

Esa transformación responde a una licencia literaria consciente. Tomo el emplazamiento real y su atmósfera —el aislamiento del valle, la proximidad del bosque espeso, la sensación de frontera entre lo urbano y lo salvaje— pero lo reinterpreto para que pueda sostener el peso dramático y simbólico de la historia. No pretendo describir la historia verídica de Can Puig, sino explorar lo que ese

lugar pudo haber representado en un tiempo en que los bosques de Collserola aún guardaban silencios que hoy nos resultan impensables.

Mi Can Puig no es el real, sino una sombra paralela. Un eco. Una posibilidad.

◆

¿Te ha gustado la novela?

Dejar una reseña en Amazon es una forma sencilla de apoyar el trabajo de un autor independiente. Y de ayudar a otros lectores a decidirse.

Gracias por tu tiempo.